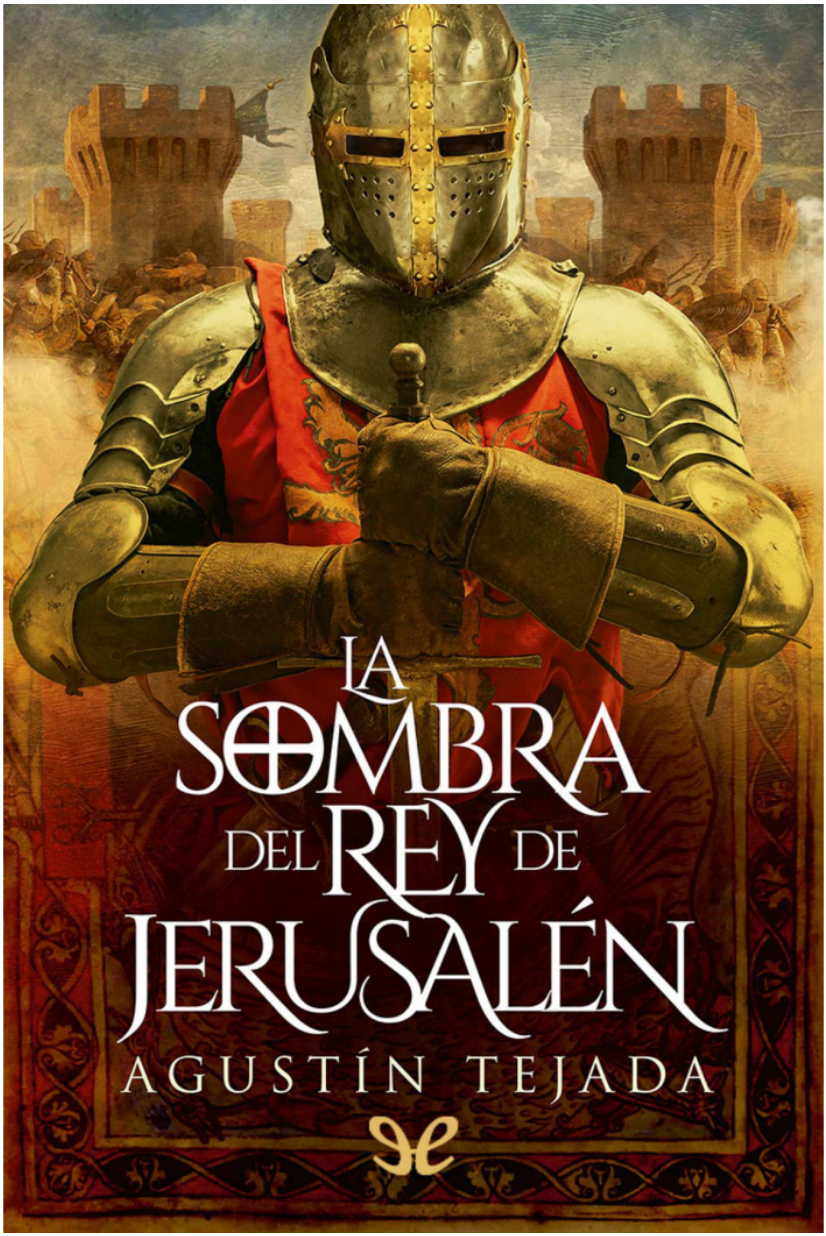

LA
SOMBRA
DEL REY DE
JERUSALÉN
AGUSTÍN TEJADA

Jerusalén, año 1175.

Balduino IV ha sido coronado hace unos meses rey de Jerusalén siendo apenas un adolescente, pero sufre claros síntomas de lepra. Sus tutores quieren protegerlo de toda clase de peligros y accidentes, pero él se empeña en ser adiestrado en las armas, como cualquier cruzado cristiano.

Tan peliagudo encargo recae en Amadís Pérez de Traba, un caballero de origen hispano de habilidad portentosa con la espada. Un hombre taciturno, zarandeado por su propia tragedia: perdió a su hijo pequeño, a causa —también— de la lepra, y a su esposa, quien se lanzó de una muralla al no poder soportarlo. Todo ello lo llevó a ingresar en la Orden de San Lázaro, de la que es su gran maestre.

Con la ayuda de Amadís, Balduino endurece su cuerpo y su espíritu. Renace como hombre y como soldado cuando muchos ya lo daban por muerto. Se empeña en reinar y en defender su territorio de los ataques de un nuevo caudillo musulmán llamado Saladino. A pesar de que la enfermedad resulta implacable, Balduino librará grandes batallas al lado de templarios, hospitalarios y caballeros de San Lázaro. En tan intenso reinado lo compartirá todo con su maestro de armas: las victorias, los desastres, las intrigas en la corte… y hasta el amor de la mujer que se cuela, sin pretenderlo, entre ambos corazones.

Cuando el final se acerca, el rey moribundo confía un último deseo a quien hasta ese instante ha sido como su misma sombra. Amadís tiembla al escucharlo. El hombre que jamás ha rehuido una batalla en su vida se debate ahora entre el deber y la desobediencia. La pelea por el reino de Jerusalén no ha hecho más que comenzar para el gran maestre de San Lázaro…

Agustín Tejada

La sombra del rey de Jerusalén

ePub r1.0
Titivillus 25-05-2023

Título original: *La sombra del rey de Jerusalén*
Agustín Tejada, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A todos los enfermos de cáncer y a las personas que cuidan de ellos.

LISTADO DE PERSONAJES HISTÓRICOS QUE INTERVIENEN O SE CITAN EN LA NOVELA

ABUL KHAIR: De origen beduino, fue el maestro de equitación del rey Balduino IV.

AIMERY DE LUSIGNAN: Hombre astuto y ambicioso. Sus amoríos con Inés de Courtenay le concedieron una gran influencia en la corte. Fue nombrado condestable del reino tras la muerte de Hunfredo II de Torón, cuando en realidad carecía de experiencia militar. Su mayor logro consistió, sin embargo, en introducir a su hermano menor, Guido, en los más altos círculos de poder.

ALBERICO: El relato *De conversatione servorum Dei* de Gerardo de Nazaret —obispo de Laodicea entre 1139 y 1161— menciona la existencia de un sacerdote de origen alemán llamado Alberico que habría tomado a su cargo las necesidades diarias de los leprosos de Jerusalén.

AMALARICO I DE JERUSALÉN: Rey de Jerusalén (1162–1174), y conde de Jaffa y Ascalón antes de su ascenso al trono. Era el segundo hijo de Melisenda I y Fulco I de Jerusalén. Se casó con Inés de Courtenay cuando era conde de Jaffa y Ascalón. Tuvo de ella dos hijos: Balduino y Sibila. Sin embargo, el patriarca de Jerusalén pronto puso objeciones al enlace por motivos de consanguinidad: ambos cónyuges compartían un cuarto abuelo. El Alto Tribunal se mostró taxativo cuando el rey Balduino III falleció y Amalarico pretendió el trono de su hermano: antes de coronarse rey debía repudiar a su esposa. María Comneno, hija del emperador bizantino Manuel I, fue la elegida. Tuvieron una hija, Isabel.

Amalarico de Nesle: Prelado de la Picardía, originario de Nesle. Fue prior del Santo Sepulcro y después patriarca de Jerusalén desde 1158 hasta 1180. Murió en octubre de 1180.

Andrónico Ángelo: Andrónico Ángelo o Andrónico Ducas Ángelo fue un gran general bizantino que contó con todo el apoyo del emperador Manuel I tanto en tareas militares como diplomáticas. Fue el encargado de liderar la flota bizantina que se presentó en Acre en agosto de 1177.

Andrónico I Comneno: Primo del emperador bizantino Manuel I. Hombre elocuente y enérgico. Además de por sus dotes como militar, destacó también por su crueldad a la hora de imponer su criterio político. Usurpó el trono al pequeño Alejo II, ordenó matar a su madre y se convirtió en emperador a una edad avanzada. Murió de forma trágica.

Arnaldo de Torroja: Caballero catalán. Noveno gran maestre del Temple. Sucedió a Eudes de Saint-Amand. Ya tenía más de 58 años cuando ascendió al cargo. Por lo tanto, era un hombre curtido en la disciplina militar y en el funcionamiento de la Orden. Su etapa de gobierno está marcada por las querellas que en aquella época libraron templarios y hospitalarios en busca de más tierras y poder político.

Balduino de Ibelín: Hermano menor de Hugo y Balián de Ibelín. Caballero de gran valentía, seguidor, igual que sus hermanos, de Raimundo de Trípoli. No en vano algunos lazos de parentesco unían a ambas familias. Según las crónicas de la época, fue el eterno pretendiente —sin éxito— de la princesa Sibila de Jerusalén.

Balduino IV de Jerusalén: Hijo de Amalarico I de Jerusalén y de Inés de Courtenay. Se le apodó «el Leproso» debido a la enfermedad que le afectó desde niño. Ascendió al trono con apenas trece años y gobernó hasta su muerte a los veinticuatro. Lidió tanto con quienes querían apartarlo del cargo desde el bando cristiano como contra el todopoderoso sultán Saladino. Solo la lepra logró derrotarlo definitivamente en el año 1185.

Balduino V: Heredero «teórico» de su tío Balduino IV. Hijo de

Sibila de Jerusalén y del conde de Monferrato, el niño nació enfermizo; y se crio siempre débil y achacoso a pesar de los cuidados.

Balián de Ibelín: Importante noble cruzado del reino de Jerusalén, señor de Ibelín y de Ramla. Hermano de Hugo y Balduino de Ibelín. Contrajo matrimonio con María Comneno, viuda del rey Amalarico I, y recibió el señorío de Nablus. Fue una figura clave en la defensa final de Jerusalén.

Bohemundo de Antioquía: También conocido como Bohemundo el Niño o el Tartamudo, fue príncipe de Antioquía desde 1163 hasta 1201. Era el hijo mayor de Constanza de Antioquía y su primer esposo, Raimundo de Poitiers. Al igual que Raimundo de Trípoli, jamás se consideró vasallo del rey de Jerusalén. Se alió con Balduino IV cuando le convino, pero también lo hizo con líderes musulmanes si entendía que los beneficios para su principado así lo justificaban.

El Viejo de la Montaña: Líder de la Secta de Los Asesinos. Su nombre real era el de Rashid Adin Sinan. Se aprovechó de la estratégica situación de sus fortalezas así como de las guerras e intrigas entre suníes, chiíes y cristianos para actuar y sobrevivir.

Farrukh-Shah: Sobrino de Saladino. Fue el emir ayubí de Baalbek entre 1179 y 1182. Sustituyó a su tío
Turan-Shah
(hermano de Saladino) en las labores de administración de Damasco. Permaneció como virrey de la capital siria hasta su muerte.

Federico Barbarroja: Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (1155–1190), rey de Alemania (1152–1190) y duque de Suabia. Participó en la Segunda Cruzada junto a su tío, el emperador Conrado III, quien lo nombró heredero. Su derrota en la guerra contra la Liga Lombarda propició que el matrimonio de su primo, Guillermo de Monferrato, con Sibila perdiera interés estratégico para el reino de Jerusalén.

Felipe de Flandes: Conde de Flandes entre 1157 y 1191. Su gobierno coincidió con el apogeo y principio del declive de la

pujanza flamenca en Europa. Su paso por la corte de Jerusalén en tiempos de Balduino IV resultó absolutamente surrealista. Como soldado cruzado dejó mucho que desear.

GÉRARD DE RIDEFORT: Segundón de un noble flamenco, no esperaba conseguir fortuna en su país, por lo que se une a la Segunda Cruzada en 1146, con la idea de conseguir el señorío feudal. Llegó a ser gran maestre de la Orden del Temple desde 1184 hasta su muerte.

GISMOND D'ARCY: Las crónicas de la época hablan de un caballero leproso de ese nombre que sirvió al rey Balduino.

GUIDO DE LUSIGNAN: Aprovechó el trabajo de su hermano Aimery en la alcoba de Inés de Courtenay para alcanzar cotas insospechadas en un advenedizo sin oficio ni beneficio. Guillermo de Tiro, canciller del reino e historiador de la época, lo describe como un «adolescente» cuando aparece en la corte de la mano de la princesa Sibila. Fue el último rey cristiano de Jerusalén.

GUILLERMO DE MONFERRATO: Apodado «Espada Larga» debido a sus incuestionables habilidades con el acero, Guillermo era sobrino de Conrado III de Alemania, primo de Federico Barbarroja, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, y del rey de Francia, Luis VII. Recibió el condado de Jaffa y Ascalón tras su matrimonio con la princesa Sibila. Hombre apuesto, amable y jovial, además de valiente. Murió demasiado pronto. No pudo siquiera conocer a su hijo, Balduino V.

GUILLERMO DE TIRO: Arzobispo de Tiro y posteriormente canciller del reino de Jerusalén. Estuvo al cargo de la educación humanístico-religiosa de Balduino IV. A él se debe el descubrimiento de los primeros síntomas de lepra en el pequeño aspirante a rey.

GUIOMAR RODRÍGUEZ: Única hija de la que hay constancia documental del matrimonio entre don Rodrigo Pérez de Traba, conde de Monterroso, y doña Fronilde. Se casó dos veces; la primera con Fernando Ponce el Mayor, y la segunda con Diego Ximénez, señor de los Cameros.

GÜMÜSHTEKIN: Fue un eunuco que ascendió dentro de la dinastía Zengid hasta ostentar los más altos cargos. Sirvió con fidelidad a su señor, Nur
ed-Din
, pero tras la muerte de este confabuló con unos y otros, incluso pactó con los cruzados, para hacerse con todo el poder. Se adueñó de Mosul y Alepo y trató de conquistar Damasco. Saladino se lo impidió.

HERACLIO DE AUVERNIA: Comenzó su actividad en Tierra Santa como arzobispo de Cesarea. Fue otro de los amantes destacados de Inés de Courtenay y, a la vez, enemigo acérrimo de Guillermo de Tiro. A la muerte de Amalarico de Nesle, Balduino IV tuvo que elegir entre ambos rivales para el puesto de patriarca latino. Escogió al primero, influido seguramente por su madre. Guillermo de Tiro jamás superó la decepción.

HUGO DE BURGUNDY: Tras la desaparición prematura de Guillermo de Monferrato, Balduino IV volvió a mirar a Europa en busca de un nuevo marido para su hermana Sibila. Hugo de Burgundy se le antojó como la mejor opción. El franco era sobrino de la reina Adela de Francia y ya conocía Tierra Santa, pues había combatido allí en 1177.

HUNFREDO II DE TORÓN: Ascendió al puesto de condestable del reino en 1153, cuando Balduino III salió victorioso de su lucha fratricida contra su madre, Melisenda. En 1176 su importancia en la corte real se redujo drásticamente debido a la influencia de Inés de Courtenay, aunque consiguió seguir siendo condestable. Fue uno de los partidarios más valiosos de Raimundo III de Trípoli. Ambos eran los máximos representantes de la facción que se oponía a algunos recién llegados como Reinaldo de Châtillon, Joscelino de Courtenay y, posteriormente, Guido de Lusignan.

HUNFREDO IV DE TORÓN: Nieto del gran Hunfredo II, mítico condestable del reino. En 1180 Balduino IV arregló su compromiso de boda con Isabel de Jerusalén, hija del rey Amalarico I y María Comneno. Es decir, su propia hermanastra. El objetivo no era otro que el pago de su deuda de honor con

Hunfredo II. La maniobra también servía para eliminar a Isabel de la esfera política de su padrastro, Balián de Ibelín.

Inés de Courtenay: Mujer de belleza cautivadora, casada en primeras nupcias con Reinaldo de Marash y posteriormente con Amalarico I de Jerusalén. De este último matrimonio nacieron Balduino IV y Sibila, aunque Inés apenas pudo gozar de la compañía de sus dos hijos. Su propio marido la repudió y la expulsó de la corte siguiendo el dictado del Alto Tribunal. Sus miembros argüían que los lazos de consanguinidad que unían a ambos cónyuges —compartían un cuarto abuelo— inhabilitaban a Amalarico para acceder al trono de Jerusalén. Inés de Courtenay se casó con el conde de Sidón en 1170. No tuvo más hijos.

Isabel de Jerusalén: Hija de Amalarico I de Jerusalén y de su segunda mujer, María Comneno. Es decir, nieta del emperador bizantino Manuel I Comneno. Isabel creció en la corte de su madre y de su padrastro, Balián de Ibelín, en Nablus. Con 12 años se acordó su matrimonio con Hunfredo IV de Torón, de 17.

Jobert de Siria: Fue el séptimo gran maestre de la Orden de los Caballeros de San Juan del Hospital —también llamada «de Malta»— desde 1172 hasta su muerte. En general se mostró colaborador con el reino de Jerusalén, aunque siempre a cambio de valiosas concesiones en cuestión territorial.

Joscelino de Courtenay: Hermano de Inés de Courtenay y conde honorífico de Edesa, dado que el territorio había caído en manos musulmanas en 1144. En 1164 fue capturado por Nur ed-Din
en la batalla de Harim y permaneció en cautividad hasta 1176. Al parecer su hermana pagó por su rescate cincuenta mil dinares, probablemente procedentes del tesoro real. Su sobrino, Balduino IV, pronto lo nombró senescal del reino. También le concedió tierras y castillos.

Leoncio II: Nació en Tiberiópolis (Macedonia), en la frontera balcánica del Imperio. Manuel I Comneno trató de restituirlo en su cargo de patriarca ortodoxo de Jerusalén en 1176. Su regreso a la ciudad formaba parte del acuerdo alcanzado entre el

emperador y el rey cristiano a cambio de ayuda militar en la guerra contra Saladino. Pero todo se malogró y Leoncio II murió exiliado en Constantinopla.

LUIS VII, REY DE FRANCIA: Fue consagrado *rex designatus* en Reims en octubre de 1131 por el papa Inocencio II tras la muerte accidental de su hermano mayor, Felipe. Tomó parte en la Segunda Cruzada con el fin de socorrer a los estados cristianos de Palestina, en especial al condado de Edesa, amenazado por los turcos. Fracasó rotundamente en su intento.

MANUEL I COMNENO: Emperador de Bizancio hasta 1180. Bajo su gobierno, el Imperio de Oriente rompió su tradición defensiva y se lanzó a una política militar agresiva. Destacó por su carisma y sus victorias militares, pero también fue criticado por su ambición, por su exceso de confianza y por su derrota contra los turcos al final de su reinado. En algunas ocasiones se enfrentó a los árabes en Tierra Santa en apoyo al reino de Jerusalén. En otras rehusó hacerlo, bien por estrategia política o por falta de medios.

MARÍA COMNENO: Nieta del emperador bizantino Manuel I Comneno. En 1167 se casó con el rey de Jerusalén, Amalarico I, una vez que este anulara su primer matrimonio con Inés de Courtenay. Tuvieron una hija, Isabel. Un año más tarde murió su esposo, lo que la convirtió en reina viuda. Posteriormente (1177), se casó con Balián de Ibelín.

MARÍA DE ANTIOQUÍA: María de Antioquía era la hija de Constanza de Antioquía y de su primer marido, Raimundo de Poitiers. Fue la segunda esposa del emperador bizantino Manuel I Comneno. En sus tiempos de regente de su hijo Alejo II favoreció a los mercaderes italianos y se mostró dispuesta a colaborar con el reino de Jerusalén. Por todo ello se ganó la animadversión de los griegos.

MILES DE PLANCY: Amalarico lo nombró senescal de Jerusalén en 1167. Todas sus decisiones resultaron bastante desafortunadas para el reino. En 1174 actuó como regente no oficial de Balduino IV, hasta que Raimundo III de Trípoli se presentó en Jerusalén y, como varón más cercano en la línea familiar del

pequeño rey, reclamó el puesto para sí.

NUR ED DIN: Sultán de Siria y de Egipto hasta su muerte, en 1174. Combatió victoriosamente contra la Segunda Cruzada. Se engrandeció con importantes conquistas, y fue considerado como el enemigo más peligroso de los cristianos de Tierra Santa, hasta el advenimiento de Saladino.

ODÓN DE SAINT-AMAND: Octavo gran maestre del Temple. Marchó muy joven a Palestina. Cuando asume la jefatura de la Orden ya tiene en su haber una importante carrera militar. Fue un hombre orgulloso en lo personal y valiente en el campo de batalla. Como todos los templarios, solo se sentía obligado ante Dios y el papa. Para Balduino IV resultó un aliado en general valioso a pesar de su indisciplina.

RAIMUNDO III DE TRÍPOLI: Era todavía menor de edad cuando la Secta de los Asesinos mató a su padre, Raimundo II de Trípoli. Capturado en la batalla de Harim por tropas de Nur
ed-Din
en agosto de 1164, sufrió presidio en territorio enemigo durante casi diez años. Su matrimonio con Eschiva de Bures lo convirtió en príncipe de Galilea y en uno de los nobles más ricos del reino de Jerusalén. Al morir Amalarico, y como pariente masculino más cercano del niño rey, Raimundo fue elegido regente a la espera de que Balduino IV alcanzara la mayoría de edad.

REINALDO DE CHÂTILLON: Era un hijo segundón de Enrique, señor de Châtillon, descendiente de una familia de la nobleza media de Champaña. Hombre práctico, astuto y cruel. Participó en la Segunda Cruzada y permaneció en Tierra Santa tras el fracaso de aquella. Fue príncipe de Antioquía durante siete años gracias a su sorprendente matrimonio con Constanza de Antioquía, la heredera del principado. En 1160 Reinaldo cayó prisionero cuando se encontraba en una expedición de saqueo contra los campesinos sirios y armenios de Marash. Estuvo confinado en Alepo durante diecisiete años. Regresó de su cautividad más ambicioso y sediento de sangre que nunca.

REINALDO DE SIDÓN: Conde de Sidón. Uno de los nobles más

importantes del reino de Jerusalén de finales del siglo XII. Se convirtió en padrastro del rey Balduino al casarse con Inés de Courtenay en 1170. Hombre prudente, no destacó precisamente por su arrojo en la batalla, pero sí es cierto que fue uno de los pocos señores francos que logró expresarse con fluidez en árabe.

RODRIGO PÉREZ DE TRABA. CONDE DE MONTERROSO:
Era hijo del conde Pedro Froilaz y de su segunda esposa, Mayor Guntroda. Llamado «el Velloso», fue conde de Monterroso y gran señor, alférez mayor del emperador Alfonso VII. Es el más destacado de los hijos que Pedro Froilaz tuvo de su segundo matrimonio. Se casó con Fronilde Fernández, de la que tuvo al menos una hija, Guiomar Rodríguez, única de la que hay constancia documental. Estuvo por dos veces en Jerusalén, la primera en 1138. Dejó constancia de su paso en el cartulario de la iglesia del Santo Sepulcro. Aparece mencionado como «el conde *Rodericus Petri*, dueño del castillo de Trava» *[sic]*.

RODRIGO ÁLVAREZ DE SARRIA: Miembro de la más alta nobleza gallega. Fundador de la Orden de Monte Gaudio en el castillo de Alfambra. Viajó a Tierra Santa en 1175, y debió de presentarse en Jerusalén hacia 1177. Se le concedieron abundantes tierras y castillos para que defendiera los territorios fronterizos del sur. Contaba con el apoyo del papa y del rey Alfonso II de Aragón. Tras su fallecimiento, poco antes de 1188, la Orden de Monte Gaudio se unió a la del Hospital de San Redentor, en Teruel. Popularmente se la conoció como Orden de Alfambra. El cuerpo de Rodrigo Álvarez de Sarria fue inhumado en el castillo turolense del mismo nombre.

ROGER DE MOULINS: Sucedió a Jobert de Siria a la cabeza de los caballeros hospitalarios. Hombre siempre implicado en la política del reino, se negó a ceder su clave de la tesorería real a Guido de Lusignan cuando este fue coronado rey de Jerusalén.

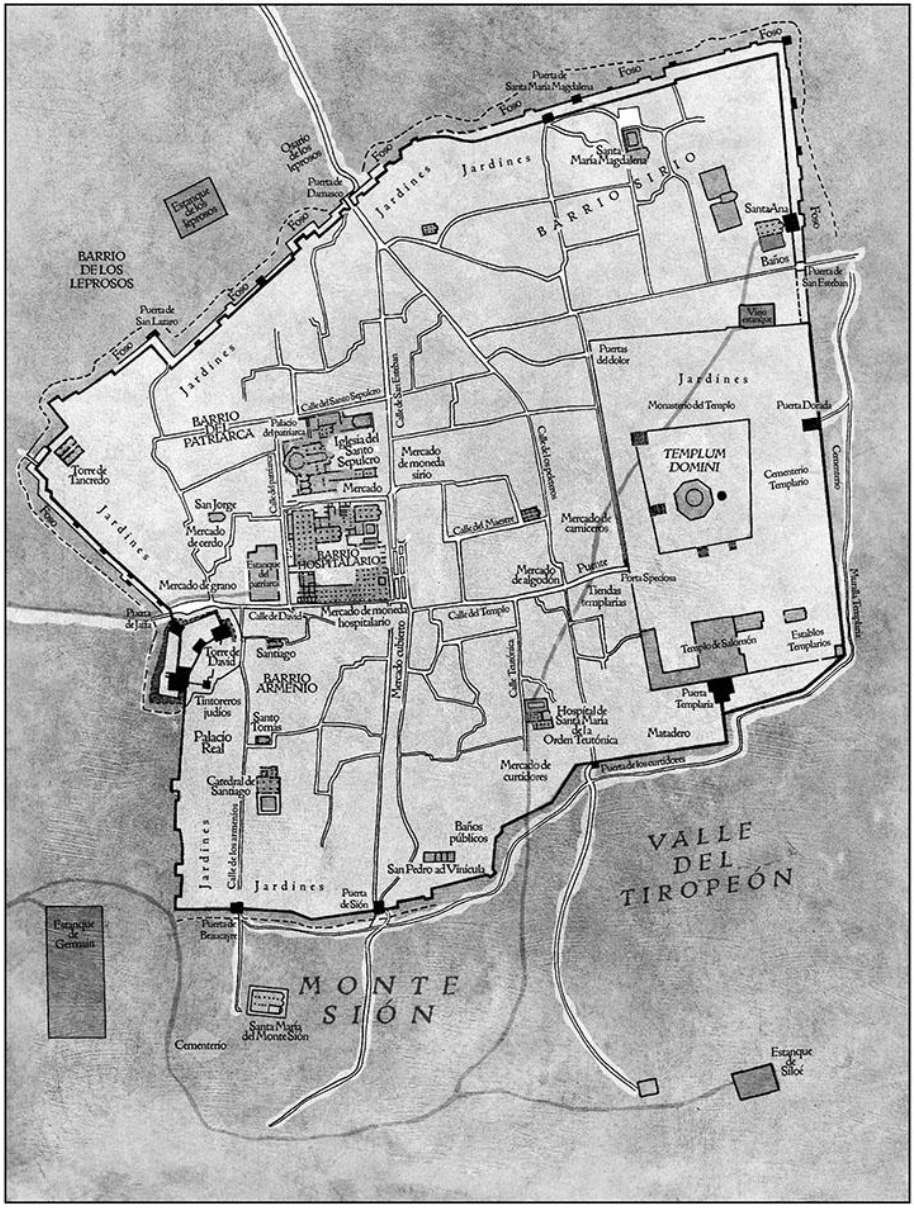
ROUPEN DE CILICIA: Fue el noveno señor de la Cilicia armenia. Era un príncipe justo y bondadoso, según las crónicas. En general mantuvo una buena relación con los Estados Cruzados, y llegó a casarse con Isabel de Torón, hija de Hunfredo III de Torón y

Estefanía de Milly.

SALADINO: Nació en 1138 en Tikrit (Irak), en el seno de una respetable familia kurda. Sultán de Siria y Egipto y principal héroe del mundo musulmán. A él se debe la reunificación de los diferentes estados islámicos de Oriente y la pérdida progresiva de poder por parte de los Estados Cruzados.

SIBILA DE JERUSALÉN: Hermana mayor de Balduino IV. Condesa de Jaffa y Ascalón desde 1176. Casada por primera vez con Guillermo de Monferrato, de quien tuvo un hijo: Balduino V. Volvió a contraer nupcias con Guido de Lusignan.

TURAN-SHAH: Fue emir de Yemen, Damasco y Baalbek en distintas etapas. Finalmente Saladino le encomendó el gobierno de Alejandría, donde murió. Sirvió con bastante fidelidad a su hermano menor, el sultán de Siria y Egipto, aunque no siempre con el debido acierto. De ahí, tal vez, sus frecuentes cambios de destino.


Foso
Puerta de Santa María Magdalena
Osario de los leprosos
Puerta de Damasco
Estanque de los leprosos
Jardines
Santa María Magdalena
BARRIO SIRIO
Santa Ana
Baños
Puerta de San Esteban
BARRIO DE LOS LEPROSOS
Puerta de San Lázaro
Vista panorámica
Puertas del dolor
Monasterio del Templo
Puerta Dorada
Calle del Santo Sepulcro
Calle de San Esteban
BARRIO DEL PATRIARCA
Palacio del patriarca
Iglesia del Santo Sepulcro
Mercado de moneda siria
Calle de los templarios
TEMPLUM DOMINI
Cementerio Templario
Torre de Tancredo
Calle Muristán
Mercado
San Jorge
Mercado de cerdo
Calle del Maestre
Mercado de carniceros
Estanque del patriarca
BARRIO HOSPITALARIO
Mercado de algodón
Puente
Porta Speciosa
Tiendas templarias
Claustro
Muralla templaria
Mercado de grano
Puerta de Jaffa
Calle de David
Mercado de moneda hospitalario
Calle del Templo
Templo de Salomón
Establos Templarios
Torre de David
Santiago
Mercado cubierto
Calle Teutónica
BARRIO ARMENIO
Tintoreros judíos
Santo Tomás
Hospital de Santa María de la Orden Teutónica
Puerta Templaria
Palacio Real
Matadero
Catedral de Santiago
Mercado de curtidores
Puerta de los curtidores
Calle de los armenios
Baños públicos
San Pedro ad Vincula
VALLE DEL TIROPEÓN
Puerta de Sión
Puerta de Beaucaire
Estanque de Germain
MONTE SIÓN
Santa María del Monte Sión
Cementerio
Estanque de Siloé

I

MARZO, AÑO DEL REDENTOR DE 1175

Balduino descendió por la rampa de troncos y acicateó a su montura. Las herraduras del animal pronto llenaron de ecos metálicos la zanja labrada en la roca. Galopar a lo largo del foso de Jerusalén le había resultado sumamente divertido al principio, cuando los monótonos ejercicios de doma en los jardines de palacio dieron paso por fin a las primeras cabalgadas. Soltar riendas, picar espuelas y salir catapultado como una flecha le habían supuesto sensaciones indescriptibles, apasionantes. Poco después llegaron nuevos retos.

Abul Khair, el maestro beduino al servicio del reino, se había empeñado en enseñarle a sortear travesaños, piedras y otras muchas trampas habituales en cualquier campo de batalla. Y cuando aquellas dificultades ya parecieron un juego de niños, el hombre del desierto decidió prenderles fuego. Para añadirle un ápice de realidad al entrenamiento; pero, sobre todo, para que su joven pupilo no se aburriera de hacer siempre lo mismo.

Aquel día Guillermo de Tiro se lanzó al foso haciendo aspavientos. El archidiácono, canciller del reino y tutor personal del futuro monarca no juzgó necesaria ni procedente tan temeraria práctica.

—¡Maldito árabe loco! ¿Pretendes dejarnos sin rey antes de que podamos subirlo al trono? —recriminó agriamente al beduino.

A la mañana siguiente, Abul Khair compareció en palacio con dos camellos, pero no logró llevar a cabo su peregrino propósito. Guillermo de Tiro no lo autorizó a impartir clases de equitación sobre aquellas criaturas horribles. Un rey cristiano, le dijo, jamás montaría bestias jorobadas más propias de infieles como él mismo. Así pues, lo único que el beduino consiguió con su iniciativa fue el

despido. Tras aquel día de infortunio, Balduino continuó con sus prácticas ecuestres una vez al día, pero ya sin nadie a su lado. Y, sobre todo, sin trabas ni cortapisas que pudieran poner en peligro su integridad física. Así lo decidió Guillermo de Tiro.

El joven jinete rodeó la ciudadela y dejó atrás la torre de David a galope tendido. La cuenta mental dentro de su cabeza se había iniciado en la misma pasarela de troncos, al descender al foso. Porque, a falta de otra cosa, el tiempo invertido en el recorrido había pasado a ser su único desafío. A Balduino le gustaba pensar que cada día era más rápido a lomos de su montura, aunque solo fuera durante unos pocos segundos. Y a tal fin trazaba las curvas a cuchillo y se aplicaba cada vez más tarde al freno en el momento de dar la vuelta, siempre en el mismo punto.

Al pequeño monarca le habría encantado cabalgar por lugares abiertos, asomarse al valle del Tiropeón, ascender al monte de los Olivos… O, cuando menos, completar el contorno de la ciudad, aunque su único horizonte no fuese otro que las paredes del foso. Pero Guillermo de Tiro se lo tenía prohibido. Invariablemente debía regresar tras doblar la torre de Tancredo. Y para asegurarse de que así lo hacía, el archidiácono había apostado allí a un puñado de guardias; por si a su a protegido le daba por incumplir las órdenes.

Muchas veces Balduino se preguntaba qué harían aquellos fieles soldados si un día decidiese no retener a su cabalgadura y seguir adelante. ¿Bajarían aquellos hombres las lanzas en son de amenaza o se apartarían para franquear el paso al futuro rey de Jerusalén?

Varias siluetas se asomaron desde el puente levadizo de la puerta de Jaffa al escuchar un golpeteo de cascos en el suelo del foso. Eran peregrinos provenientes de la costa. Hombres y mujeres que habían llegado en barco a alguno de los puertos de Tierra Santa con la ilusión de visitar el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo ahora que estaba en manos cristianas otra vez. Evidentemente, poco podían sospechar aquellas gentes que quien cruzaba como una exhalación por debajo de sus cabezas era el hijo pequeño del difunto rey Amalarico.

Balduino se ciñó a la pared derecha tras rodear la torre de Tancredo. Después tiró de las riendas y giró bruscamente cuando la colisión con los guardias ya parecía inminente. Era una maniobra arriesgada, violenta, pero muy medida, la que el aprendiz de jinete

ejecutaba a diario, siempre en sentido izquierdo. Y es que desde muy niño Balduino había notado más fuerza en su extremidad zurda, y de ahí que prefiriese usar ese brazo a la hora de realizar esfuerzos.

Divisó, como todos los días, la imagen rechoncha de su tutor sobre la rampa de troncos. El archidiácono acostumbraba a esperarlo allí, encaramado sobre el artilugio que él mismo había hecho construir con el fin de utilizar el foso de Jerusalén como un hipódromo. Otras dos figuras contemplaban también su escalofriante galopada desde la muralla de la ciudadela. Balduino las reconoció al instante a pesar de los contraluces. Aquellos brazos desnudos saludando desde las almenas, aquellas melenas sueltas al viento… Solo podían ser ellas. Tanto a su madre como a su hermana les gustaba asistir a sus ejercicios matinales de monta y jalear calurosamente sus progresos. A él, por su parte, le encantaba saberse admirado; y también querido por ambas mujeres.

Las dos habían regresado recientemente a la corte tras años de obligado destierro. En realidad sus vidas, y también la del propio Balduino, habían cambiado drásticamente en el mismo momento en el que el difunto Amalarico decidió ceder a las presiones del Alto Tribunal del reino.

Tras dos años de tiras y aflojas, Amalarico aceptó finalmente repudiar a su esposa con el único fin de mantenerse en el trono. Según el máximo órgano de Gobierno, el parentesco entre ambos cónyuges resultaba excesivamente cercano y, por tanto, indecoroso. Ya le habían permitido ser conde de Jaffa y Ascalón a pesar de estar casado con una prima lejana. Ostentar, sin embargo, el cargo de rey de todos los cristianos de Tierra Santa en esas circunstancias se antojaba inadmisible a los ojos de Dios y del papa. De ahí la procedencia de un divorcio inmediato.

Por eso Balduino se había criado como un pobre huérfano. A su madre dejó de verla a los dos años, cuando aún no tenía uso de razón. En cuanto a su progenitor, este siempre estuvo esclavo de sus guerras y sus treguas, sujeto a viajes inaplazables que lo mantenían ausente durante meses. Pero es que ni siquiera pudo disfrutar Balduino del contacto con su hermana Sibila. Amalarico pronto la recluyó en el convento de San Lázaro, en la ciudad de Betania, para que la criara su tía abuela, la abadesa Ioveta.

A cambio, el pequeño príncipe recibió una madrastra, María Comneno, sobrina nieta del emperador de Bizancio; y una media hermana, Isabel, con la que apenas había convivido dada la diferencia de edad entre ambos.

Balduino se soltó de manos para devolver el cariñoso saludo de ambas damas. Abul Khair le había enseñado a usar las piernas para manejar un caballo lanzado al galope. Heridas, golpes, lesiones o el simple embarazo de las armas, había insistido el beduino, exigían que un verdadero guerrero aprendiera a conducir su montura con una leve insinuación de las rodillas.

La brisa le trajo la voz angustiada de Guillermo de Tiro. El archidiácono lo instaba a dejarse de piruetas, y a recoger de nuevo las riendas, pero Balduino no le hizo caso. Además, en vez de finalizar su recorrido en la rampa de troncos, cambió de rumbo y se dirigió hacia la pequeña poterna de la torre de David.

Jamás había tratado de superar a lomos de un caballo los empinados escalones que ascendían directamente al interior de la ciudadela. Sin embargo, aquella mañana Balduino se propuso impresionar a sus dos admiradoras. Quería aparecer en los jardines de palacio por el lugar más insospechado.

Inevitablemente, el cuadrúpedo trastabilló un par de veces y casi perdió el equilibrio al verse obligado a atacar tan abruptos peldaños. Entonces los gritos del archidiácono se volvieron desgarradores, desaforados. Espabilaron a los dos centinelas que dormitaban al otro lado del arco, pero ya era demasiado tarde para impedir la osada maniobra del jinete.

Ambos guardias tan solo pudieron apartarse de un salto para que aquel centauro valiente no se los llevara por delante. Cuando Guillermo de Tiro se presentó junto a la fuente del patio, Balduino todavía estaba sobre la silla, recibiendo las felicitaciones de ambas damas.

—¡¿Pretendes que tu padre se levante de su tumba para asarme a fuego lento, maldito insensato?! ¡Le prometí que haría de ti un buen rey! ¡Pero no conseguiré nada si ni siquiera llegas a la mayoría de edad vivo! —resopló el religioso, rojo de ira y cansancio tras la carrera desde el foso.

Balduino se apeó del caballo de un salto y corrió hacia los centinelas. Apenas encontró oposición para hacerse con la espada

del primero.

—¡¿Un buen monarca has dicho?! —exclamó furioso—. ¡Solo me queda un año para alcanzar la mayoría de edad! ¡¿Hasta cuándo vas a tratarme como a un chiquillo?! ¡¿Acaso no hay nadie en todo el reino capaz de enseñarme a pelear como un caballero cruzado?!

—¡Balduino, por todos los santos, baja esa espada ahora mismo! —Guillermo de Tiro retrocedió al ver acercarse a su enfurecido alumno. A veces había considerado la posibilidad de proporcionar un cierto adiestramiento militar a su protegido, pero siempre había acabado desechando la idea.

Balduino era un adolescente sano, pero solo en apariencia. La enfermedad se presentaría en algún momento. De eso Guillermo estaba bien seguro, pues había sido él mismo quien descubriera los primeros síntomas. Y cuando eso ocurriera, el joven rey bastante haría con tomar decisiones desde su lecho. La cabeza importaba más que el físico, y por eso procedía priorizar lo intelectual sobre lo meramente atlético. Así lo había hecho siempre, con el beneplácito de su padre, el rey Amalarico.

—¡Pelea conmigo! ¡Mira, soy un guerrero beduino! —le gritó entonces Sibila a su hermano tras arrancarle la lanza a uno de los centinelas.

Balduino giró la cabeza y soltó una carcajada.

—¡Los beduinos son aliados nuestros! ¿Es que no lo sabes? ¡Pero sí que tienes aspecto de soldado mameluco con esa lanza! —rio abalanzándose sobre su hermana.

Ambos jóvenes cruzaron un par de golpes inofensivos ante la mirada de pavor del archidiácono.

—Tal vez debieras ser menos estricto con mi hijo. A su edad es normal que se interese por las armas. Al fin y al cabo, ya no es un niño…

Guillermo de Tiro escuchó la voz insinuante de Inés de Courtenay sobre su hombro. Entonces se volvió bruscamente, como si esperara una cuchillada por la espalda.

—Balduino es un joven enfermo. Ambos lo sabemos, condesa —repuso con la mayor firmeza posible.

Inés guardó silencio. Dejó que su mera proximidad y la fragancia de sus afeites surtieran efecto poco a poco.

—Al parecer, los médicos todavía conciben esperanzas… —

murmuró cuando vio que el archidiácono comenzaba a embriagarse con el aroma de su cuerpo.

—Los… los físicos no tienen dudas en cuanto a la aparición de… de… —Quiso rebatir Guillermo la validez de tan descabellado argumento, pero se sintió incapaz de concentrarse. La madre del rey había dado un nuevo paso adelante. Era Inés de Courtenay una mujer alta y voluptuosa, y por eso los bucles de su melena le hacían cosquillas en los mofletes. Lo peor de todo, sin embargo, era que el busto desafiante de la condesa de Sidón le quedaba justo debajo de los ojos.

Le sofocó al archidiácono la visión de aquel tobogán de carne trémula y brillante. Detestaba a la madre del rey desde hacía mucho tiempo, por su conocida vida licenciosa, y por considerarla una influencia nefasta para un ser todavía inmaduro. Aun así, debía reconocer que la antigua reina de Jerusalén era una hembra imponente, incluso a los ojos de un célibe. No era de extrañar que Amalarico hubiera sucumbido a sus múltiples encantos.

Se azoró Guillermo al ver que Inés todavía reducía distancias. Temió desfallecer ante las esencias de unos ungüentos capaces de convertir a una mujer de casi cuarenta años en una doncella de veinticinco.

—Los físicos no pueden predecir el momento en que la enfermedad se presentará de manera virulenta. Pero es posible que el proceso todavía se demore un poco. Mientras tanto, digamos que Balduino es un condenado a muerte con derecho a pedir un último deseo, o capricho, si queréis llamarlo de ese modo. ¿No os parece? Por eso mismo, ayer hablé con el regente.

La perplejidad hizo parpadear a Guillermo de Tiro.

—¡¿Habéis hablado con Raimundo de Trípoli?!

—Así es.

—¿Sobre qué? —preguntó el religioso a sabiendas de que la relación entre ambos era más bien tirante.

La condesa compuso uno de sus mohínes irresistibles.

—Sobre la educación de mi hijo —repuso—. Ambos estamos de acuerdo en que Balduino se inicie en el uso de las armas. Cuanto antes.

El archidiácono enarcó las cejas hasta que estas le rozaron el flequillo. Tenía a Raimundo III de Trípoli por un hombre recto y

cabal, a pesar de que se había visto obligado a hacer algunas concesiones tras acceder a la regencia. La primera, permitir el retorno a la corte de Inés de Courtenay y de su hija Sibila por requerimiento expreso de Balduino. Sin duda podía haberse negado a ello, amparado en su cargo. Pero el cauteloso conde de Trípoli no había juzgado conveniente indisponerse con el pequeño monarca, aun cuando su concepto de la familia Courtenay no fuera precisamente favorable. Ahora saltaba a la vista que la bella Inés había comenzado a ganar terreno.

—¡Para Balduino manejar una espada o una lanza supone un riesgo inasumible! —protestó el religioso mientras trataba de alejarse de la tentación de la carne.

Resultó aquel un gesto inútil, porque una mano blanca y sensual lo retuvo por el brazo.

—No me cabe ninguna duda de que entre el regente y Vuestra Ilustrísima sabréis escoger al candidato más adecuado para el puesto —le susurró la condesa de Sidón desde muy cerca.

El archidiácono dio un brusco respingo tras recibir el recado. Inés de Courtenay acababa de restregarle el interior del oído con la punta de la lengua.

II

14 DE MARZO DEL AÑO DEL SEÑOR DE 1175
FORTALEZA DE HOMS

El lamento metálico de los cerrojos puso a Amadís en guardia. El caballero cristiano se sentó de un salto sobre el borde de su camastro. Fue aquel un movimiento dictado por el instinto y no por el miedo; igual que cuando un animal salvaje presiente a otra alimaña en medio de la espesura. Hacía ya algún tiempo, además, que a Amadís vivir o morir le importaban lo mismo. Pero tampoco era cuestión de darle facilidades al verdugo.

En realidad, el trasiego de guardias y prisioneros por el pasillo se había iniciado unos minutos antes, aunque de manera un tanto anómala. Demasiado pronto para tratarse del paseo diario. Demasiado tarde como para que sus guardianes hubieran pensado en un traslado de los cautivos cristianos a otro presidio. Por eso, la fiera que Amadís llevaba siempre dentro había preparado las garras, por si acaso.

Dos hombres aparecieron en el umbral de la puerta. Al más distinguido le embargaba la curiosidad; al carcelero, en cambio, le podía el aburrimiento. Llevaba ya muchos días viendo al mismo cristiano alto y fornido que no despegaba los labios ni para quejarse de la comida.

El hombre del turbante y la barbita rala se dirigió a su interlocutor en el idioma de los francos.

—¿Sabes quién soy?

Amadís lo miró detenidamente a la luz de la vela. Era aproximadamente de su edad. Tenía la nariz aguileña, las mejillas un poco hundidas y la tez aceitunada. El árabe no destacaba por su envergadura, ni por su fortaleza. A decir verdad, cualquiera habría dicho que su aspecto resultaba casi enfermizo.

—Eres Saladino —dijo.

Unos dientes blancos y diminutos brillaron en la semipenumbra de la celda como un relámpago en la noche.

—Así me conocen los cristianos. —Asintió—. ¿Sabías también que esta fortaleza es ahora mía?

—Lo suponía.

—No me digas… —Saladino compuso una simpática mueca de sorpresa, como si la perspicacia de su prisionero le divirtiese.

En realidad, poco era lo que Amadís había presenciado desde su celda, pero sí había escuchado el clamor de la batalla en el exterior. Algún ejército había asediado Homs durante varias semanas, y no habían sido los francos. Porque entonces las represalias de los carceleros habrían sido inmediatas y despiadadas. Por eso había dado por hecho que el ataque sobre la ciudad amurallada respondía una vez más a desavenencias entre facciones sarracenas.

Estaba Amadís frente a un auténtico sultán, pero no quiso dispensarle el tratamiento honorífico que habría merecido un rey cristiano. Y por eso se dirigió a él como si fuera un carcelero más de la fortaleza.

—Deduzco que atacaste a tu señor, Nur
ed-Din
, el pasado ocho de diciembre —aventuró tranquilamente—, pero no lograste hacerte con la ciudadela hasta primeros de año.

No pareció tomarse a mal la desconsideración el guardián máximo del islamismo. De hecho, una abierta sonrisa se dibujó en sus labios.

—En realidad no fue exactamente así —dijo.

Amadís enarcó una ceja, súbitamente interesado en el acertijo.

—Nur ed-Din murió en mayo del año pasado —continuó explicando Saladino—, poco después de que todos vosotros ingresarais en este presidio. Así que difícilmente podría guerrear con un muerto. Pero sí, en cambio, me interesaba borrar de la faz de la tierra a quien ahora pretende hacerme sombra.

—¿Gümüshtekin?

Saladino asintió en silencio.

—El muy imbécil se ha autoproclamado gobernador de Alepo, y la guarnición de Homs decidió guardarle fidelidad en un primer momento. Cuando se vieron perdidos, se encerraron en la ciudadela

y pidieron ayuda a los tuyos. Tal vez os contaran algo mientras esperaban una respuesta…

A la memoria de Amadís acudieron hechos pretéritos: días de lucha y gritos, batir de fundíbulos y arietes, altas voces entre los propios carceleros, hombres desesperados corriendo por el pasillo…, pero solo eso.

—Nadie nos explicó nada a los prisioneros.

Saladino compuso un gesto displicente.

—Es natural, supongo. Porque los francos les exigieron la puesta en libertad de todos los cautivos cristianos…, y los hombres de Gümüshtekin no aceptaron. A los pocos días se rindieron a nosotros.

Amadís sí recordaba el repentino cambio de guardias en los calabozos, y de pendones en las torres. Aparte de eso, una vez restablecida la paz, la rutina de los cautivos había continuado siendo la misma.

—Entonces ya no somos prisioneros de Nur ed-Din, ni de Gümüshtekin, sino tuyos…

—Así es, desde hace tres meses.

Amadís frunció los labios. Algo le preocupó de repente.

—No sé si estás al corriente del acuerdo… —titubeó—. Es decir, no sé si conoces la razón por la que mis hermanos cristianos y yo nos encontramos aquí presos.

Otra vez la dentadura perfecta de Saladino iluminó la estancia.

—Siempre estuve informado de todos los asuntos de Nur ed-Din cuando le debía obediencia; también de sus cuentas pendientes con los cristianos —rio—. Sé que mi antiguo señor apresó a muchos grandes señores en la batalla de Harenc hace diez años. Tal vez tú mismo estuviste en aquel lance…

Amadís rememoró brevemente la confusión, el desorden de las líneas… y el descalabro final de los ejércitos cruzados.

—Estuve, pero logré escapar.

Un gesto de decepción ensombreció el rostro de Saladino.

—Yo no pude gozar de aquella victoria —se lamentó—, pero me enteré de que entre los cautivos cristianos se encontraba el mismísimo conde de Trípoli. Conozco también el acuerdo reciente por el cual Nur

ed-Din
accedió a liberarlo a cambio de una fuerte suma que, sin embargo, no cubría todo el montante del rescate. Sé que Raimundo tuvo que presentar garantías de pago antes de quedar libre.

Amadís miró de frente al caudillo sarraceno.

—Esa garantía fuimos nosotros. Veinte rehenes cristianos —dijo, pero a Saladino se le había quedado el aire un poco embelesado.

—Veinte hombres de alto rango, sí… Veinte cruzados… Veinte caballeros de élite… Eso es mucho dinero todavía pendiente. Y una gran pérdida para el reino de Jerusalén si yo decidiera sacrificaros —murmuró sin salir de su ensimismamiento.

El rumor de pasos había cesado en el pasillo. El último preso en abandonar su confinamiento había sido Eustaquio de Sidón, justo en la celda de al lado. Si a sus compañeros estaban ejecutándolos en el patio, a lanzadas o a tajos, él no iba a enterarse; hasta que le llegara el turno.

Saladino levantó de repente la cabeza para observar mejor a su prisionero. Había curiosidad en aquellas pupilas negras.

—La pregunta es: ¿qué razones empujan a un hombre a empeñar su libertad para que otro pueda volver a su castillo y tal vez desentenderse de todo?

Amadís dudo sobre la conveniencia de responder o guardar silencio. Sabía que muchos de sus compañeros cautivos habían aceptado convertirse en rehenes porque esperaban futuros favores políticos. Pero ese no era su caso.

—Cada cual maneja sus propias razones, supongo. Y yo no me he preocupado por averiguar las de los otros —respondió lacónico.

Saladino asintió en silencio, conforme aparentemente con lo escuchado.

—Pero conoces las tuyas… —dijo.

Amadís volvió a meditar su respuesta.

—En mi caso fueron la amistad y el agradecimiento —confesó al cabo.

—¿Tanto aprecias a Raimundo de Trípoli?

—Sí.

—¿Y tanto le debes?

A la memoria de Amadís acudieron retazos de una infancia feliz en la corte de Trípoli. Raimundo III había sido para él igual que un

hermano. Ambos se habían criado juntos. Habían compartido juegos y enseñanzas, e incluso la ausencia de un padre. En el caso del conde, debido a un lamentable asesinato. En el suyo…, a causa de la distancia.

Amadís había nacido en Palestina por accidente. Su progenitor, don Rodrigo Pérez de Traba, lo había engendrado allí en Tierra Santa, en algún desliz entre batalla y batalla. Así lo imaginó él siempre, porque de su madre jamás supo nada. Y cuando un día preguntó, le dijeron que había muerto.

Lo cierto era que el viejo conde de Monterroso había venido desde España para combatir al enemigo infiel, como hacían muchos grandes señores de Europa. Se trajo con él a un pequeño ejército que puso al servicio de Raimundo II de Trípoli durante un tiempo. Fue poco antes de regresar a su Galicia natal cuando le nació aquel hijo imprevisto; el único, que se supiese. Tardó diez años en volver a verlo.

Así pues, los de Trípoli habían sido su verdadera familia. Con ellos había convivido como uno más, en la mesa y en la batalla. Por ellos estaría dispuesto a morir si hacía falta.

Amadís agitó levemente la cabeza y chascó la lengua. Hablar por hablar no era una actividad que le divirtiese.

—Sin duda no has venido para que te cuente mi vida ni mis pensamientos —gruñó incómodo.

Un atisbo de sonrisa onduló el gesto del nuevo sultán.

—En realidad he venido para comunicarte tu liberación inmediata.

Amadís echó la vista atrás. Ocho meses habían pasado desde su ingreso en presidio. Un tiempo que no se le había hecho ni corto ni largo, más bien difuso. Libre o cautivo, por su cabeza cruzaban siempre los mismos recuerdos. Momentos que ya no volverían y que tal vez estuviesen mejor enterrados y muertos.

Saladino observó, no sin intriga, la escasa reacción de su prisionero.

—Finalmente el regente del reino de Jerusalén y yo hemos alcanzado un acuerdo que os convierte de nuevo en hombres libres. Me extraña que no te alegres… —repuso el sultán no sin asombro.

Un dardo imprevisto hirió los oídos del prisionero.

—¿Has dicho regente?

Un gesto de fingida contrariedad curvó los labios del caudillo sarraceno.

—¡Ah, claro, me olvidaba de que las noticias suelen llegar con cierto retraso a los calabozos! —exclamó—. Tu rey Amalarico murió poco después que Nur ed-Din, cuando tú ya estabas aquí dentro. Ahora tenéis un monarca que todavía no ejerce, y del que además se dice que está leproso. Por eso el Alto Tribunal ha nombrado regente a tu amigo Raimundo III de Trípoli.

Amadís se mantuvo en su sitio, erguido, grave, asimilando los hechos y los cambios. Sabía que algo más se escondía tras el anuncio de liberación de Saladino.

—También estoy aquí para hacerte una oferta —confesó al fin el gobernante agareno.

—¿Sobre qué?

—Sobre tus habilidades.

Amadís frunció el ceño.

—¿Cuáles?

—¿Sabes cómo te llaman mis hombres?

—No.

—Pues te dicen *alshaytan al'akhdar*.

Se encogió de hombros el prisionero cristiano.

—No hablo árabe.

—Yo sí. Significa «el demonio verde». —Saladino abrió los brazos como si le costara explicar lo evidente—. Lo de «verde» es por el color de la cruz que llevas cosida al pecho. En cuanto a lo de «demonio»… no es muy difícil de entender para cualquiera que te haya visto luchar en un campo de batalla. Y yo lo he hecho.

Durante muchos segundos, el silencio inundó el aire caldeado de la celda.

—Quiero que pelees a mi lado, en mis ejércitos —asentó al fin el sultán de Siria y Egipto.

Amadís agitó la cabeza.

—Eso no es posible.

—Te pagaré bien, como jamás nadie haya hecho. Te concederé tierras, te haré un hombre rico —continuó Saladino mientras contemplaba con aprensión la raída sobreveste de su prisionero.

—No es una cuestión de dinero.

—Pues tampoco creo yo que sea la fe la causa de tu rechazo —contraatacó enseguida Saladino.

—¿Por qué dices eso?

—Porque a pesar de esa cruz de San Lázaro que luces al pecho, nadie te ha visto rezar ni una sola vez en estos meses.

Amadís siempre había sido consciente de la paradoja. Aun así, decidió atenerse a una excusa que resultaba tan vulgar como indemostrable.

—Que nadie me haya visto no significa que no lo haya hecho —arguyó, hermético.

Saladino se mordió el labio inferior. Después se golpeó las rodillas con ambas palmas en claro ademán de derrota.

—Está bien. No insistiré más —concedió—, pero sabes mejor que yo que el reino de Jerusalén está condenado. Caerá en mi poder tarde o temprano. Con tu ayuda o sin ella.

Amadís asintió lentamente.

—Todo lo que nace muere, incluso los reinos. Por eso el tuyo también se desplomará algún día.

Saladino tendió su mano al hombre que estaba a punto de quedar libre.

—Volveremos a vernos, supongo…

El caballero de la Orden de San Lázaro aceptó la amable despedida del islamita.

—No habrá más remedio.

III

Amadís fue el último en abandonar la fortaleza a lomos de su caballo. Al animal, comprobó, lo habían tratado casi mejor que a su dueño en aquellos ocho meses de encierro. Le brillaba el pelo, lucía la grupa llena y parecía en plena forma. Seguramente lo habrían paseado por los alrededores casi todos los días. Picó espuelas para comprobarlo.

Puso rumbo hacia el montículo en el que sus compañeros de cautiverio estaban celebrando la liberación con amigos y familiares. Un escuadrón completo de caballería cristiana formaba tras ellos. Amadís distinguió las banderas amarillas del reino de Jerusalén y dos pendones con las cruces rojas del condado de Trípoli. En medio de aquellos estandartes se encontraba un hombre, también a caballo. Solo, expectante, con la mirada puesta en las puertas ya cerradas de Homs.

Raimundo III acicateó a su montura al ver aparecer en lontananza al último de los rehenes. Ambos jinetes se encontraron a medio camino, entre el cerrete de los reencuentros y las murallas de la fortaleza. El abrazo de los dos hombres resultó efusivo, rocoso, interminable.

—¡Al fin! —exclamó el conde de Trípoli con los ojos velados por la emoción—. Me habría gustado que fuera antes, pero…

Amadís zarandeó cariñosamente a su amigo de juventud y de infancia.

—¿Qué son ocho meses comparados con diez años? —dijo, en referencia a la duración del cautiverio del propio Raimundo.

Los dos caballeros se miraron de hito en hito durante unos segundos. Llevaban una década sin verse, desde la aciaga derrota de Harenc, cuando muchos cruzados murieron o cayeron prisioneros de las huestes sarracenas. Les costaba reconocerse. Pasaban con creces de la treintena. Seguían siendo fuertes, pero ya no eran los

jovenzuelos de antaño. Al conde Raimundo el encierro había hecho que le crecieran algunos flecos grises en las barbas. Menos mella le habían hecho a Amadís los ocho meses de calabozo. El destino, sin embargo, le había dado otro tipo de zarpazos.

—Siento lo de tu hijo. —El conde de Trípoli frunció los labios—. Me enteré al salir…

Amadís asintió, pero no hizo ningún comentario. Prefería engañarse pensando que el silencio lo ayudaba a mitigar el dolor y olvidar la tragedia.

—Tengo algunas otras noticias que darte —titubeó Raimundo entonces.

—Si te refieres a la muerte de Amalarico y a tu regencia…, el propio Saladino me ha puesto al corriente.

—Bueno, eso me ahorra algunas palabras —el conde de Trípoli esbozó una sonrisa amarga—, pero no las peores.

—Tú dirás…

—Al parecer, tu padre ha fallecido en España.

Una cabezada de asentimiento fue la contenida respuesta de Amadís. Para él, su verdadero padre siempre había sido Raimundo II, aunque bien era cierto que guardaba un simpático recuerdo del año y medio que su progenitor permaneció en la corte durante su segunda visita a Tierra Santa. Aunque aún era casi un niño, había cabalgado junto a él muchas veces por los campos de Trípoli, e incluso más lejos. Habían salido a cazar con azores. Habían hablado de España, de los proyectos que el viejo conde de Monterroso guardaba para su hijo franco. Porque siempre había sido voluntad de don Rodrigo Pérez de Traba que Amadís retornara a Galicia hecho ya un hombre.

—Recibimos en Trípoli su testamento. Yo mismo lo he dejado en la oficina de la torre de David para que lo leas. Deberías echarle un vistazo, supongo.

Asintió Amadís sin mucho entusiasmo.

—Sí, lo haré en cuanto pueda —dijo.

Un jinete se había destacado del escuadrón que esperaba sobre el montículo. Amadís reconoció la pelambre gris y la silueta todavía enhiesta de Hunfredo II de Torón, el sempiterno condestable del reino. Siempre había tenido una buena relación con aquel hombre honorable. Aun así, el caballero de San Lázaro prefirió ponerse al

día sin esperar la llegada del viejo caballero.

—¿Cómo están las cosas en Jerusalén?

Raimundo III se encogió de hombros.

—Coronamos a Balduino en julio del año pasado, pero nadie puede decir si será capaz de gobernar cuando le llegue el momento —dijo—. Y todavía estamos lamiéndonos las heridas del último desastre.

Amadís dio un respingo.

—¡¿Otra derrota?!

Raimundo de Trípoli pasó a relatar entonces la rocambolesca historia de su ascenso al cargo. Según dijo, a la muerte de Amalarico, el Alto Tribunal decidió dar plenos poderes al senescal, Miles de Plancy, un hombre más hecho a la vida palaciega que a las campañas contra el enemigo infiel. Y de ahí que el ataque conjunto que bizantinos y francos lanzaran sobre Egipto resultara al final un auténtico fiasco. Fue a la vuelta de aquel sonado fracaso cuando el conde de Trípoli había reunido de urgencia a todos los barones para exigir la regencia sin paliativos.

El futuro del reino de Jerusalén y el de todos los Estados Francos estaban en peligro, afirmó, sobre todo ahora que un único poder islámico los rodeaba como un lazo corredizo. Nadie encontró entonces palabras ni argumentos para frenar el ascenso de Raimundo a la regencia.

—Así pues, nos interesa la paz más que la guerra ahora mismo… —aventuró Amadís.

—Desde luego, al menos hasta que nos recuperemos de los últimos reveses —respondió el conde, tajante—. Falta dinero, faltan mercenarios y dependemos más que nunca de la ayuda que pueda llegar de Europa y de la buena voluntad de Bizancio.

—Todo eso no es nuevo para nosotros…

Raimundo de Trípoli chascó la lengua.

—No lo es, efectivamente. Pero lo cierto es que nunca hemos tenido un enemigo tan poderoso.

—¿Te refieres a Saladino?

El nuevo regente miró hacia las murallas de Homs entre la aprensión y el disgusto.

—¿A quién si no? —suspiró—. Las cosas han cambiado bastante en los últimos meses. Con Nur

ed-Din
muerto, Gümüshtekin acobardado y los príncipes selyúcidas arrodillados ante él como humildes vasallos, el poder de Saladino empieza a ser asfixiante para nosotros.

—Y el rey… ¿qué dice al respecto? —repuso Amadís de repente.

La pregunta cogió desprevenido a Raimundo.

—¿Balduino?

—Sí, ¿sabes qué opina sobre la nueva situación…, sobre la última derrota…, sobre su futuro como monarca…?

El conde de Trípoli torció el gesto.

—Balduino no es un muchacho fácil. Creo que desconfía de mí. Por eso he tratado de ganarme su confianza haciéndole algunas concesiones.

—¿Cuáles?

—Me he visto obligado a permitir el regreso de su madre y de su hermana a la corte.

—Ya, entonces… ¿Inés de Courtenay ha vuelto a Jerusalén después de tantos años?

—No he podido evitarlo —se lamentó el conde de Trípoli—. Balduino me lo pidió en cuanto llegué al cargo. Negarme a ello habría supuesto tensar un poco más la cuerda del arco.

La curiosidad guio la siguiente pregunta de Amadís.

—¿Y la reina? ¿María Comneno ha accedido a convivir en la corte con la madre de Balduino? Eso sí que no puedo imaginármelo…

Una nube de contrariedad veló la mirada del conde.

—María se marchó a su feudo de Nablus con la pequeña Isabel en cuanto murió Amalarico. Mucho me temo que Inés de Courtenay ha vuelto a Jerusalén para convertirse en reina *de facto*. Una desgracia con la que tendremos que convivir, supongo.

Amadís asintió comprensivo.

—Entiendo. Es natural que transigieras. Tu posición no es fácil —consoló a su amigo—. ¿Y quién se encarga de la educación del rey, además de su propia madre? ¿Guillermo de Tiro?

La nube de polvo en la que cabalgaba Hunfredo de Torón estaba a punto de alcanzarlos. Cuando el condestable se uniera a ellos, volverían los abrazos, los gritos de júbilo y los parabienes.

—Precisamente de eso quería hablarte. Hay algo que a ti

también te concierne. Pero tendremos tiempo de sobra para tratar de ello por el camino.

IV

Amadís se quitó el sol con la mano para contemplar mejor la Ciudad Santa. Muchas cosas habían ocurrido desde su partida ocho meses atrás, pero Jerusalén seguía siendo la misma. Resistía altiva, a pesar de las adversidades. Ni la muerte de sus reyes ni las derrotas de sus pobladores frente al enemigo islamita, ni siquiera las rencillas y disensiones entre sus gobernantes habían conseguido marchitar su grandeza.

Desde el monte de los Olivos el caballero de la Orden de San Lázaro admiró el contorno aserrado de la fortaleza, y la intrincada disposición de sus calles y barrios. Jerusalén era un laberinto labrado en la roca. Una ciudad vieja, como el mundo, en la que los cristianos de antaño y los llegados de Europa convivían con relativa armonía desde los tiempos de la Primera Cruzada.

Divisó la recién construida torre de Tancredo en el extremo noroccidental de la fortaleza. Una robusta atalaya llamada a reforzar el punto más crítico de la muralla. La mirada de Amadís barrió después el corazón de Jerusalén de un extremo a otro. A aquella hora, la explanada del Santo Sepulcro era un hervidero de gentes que buscaban la última comida del día, y también un aposento donde pasar la noche.

Los muros del hospital de San Juan destacaban por encima de las cúpulas de la iglesia como si ellos fueran los auténticos guardianes del cuerpo del Redentor. Un poco más a la izquierda, Amadís distinguió los mercados cubiertos. Imaginó la efervescencia que se vivía debajo de aquellas calles abovedadas, sobre todo en la *ruga Malquisinat*, el lugar en el que muchos peregrinos andarían comprando un trozo de queso, alguna fruta o cualquier vianda que llevarse a la boca antes de retirarse a dormir. A partir de ahí, el terreno descendía hasta el Tiropeón, el riachuelo que sacaba al

exterior todas las inmundicias de la ciudad. Las calles volvían a empinarse al otro lado del valle hasta alcanzar el Templo del Señor, en el distrito de los templarios.

Amadís sintió la mano firme de Raimundo sobre su hombro.

—Nosotros entraremos por la puerta de Damasco —le dijo su amigo—. Como ves, el archidiácono está esperándonos para celebrar el retorno de los rehenes, sanos y salvos.

Amadís observó la comitiva. Eran principalmente clérigos y canónigos del Santo Sepulcro los que se arremolinaban al otro lado del puente con cirios y palmas. Al frente de todos ellos se encontraba el recién nombrado canciller del reino: Guillermo de Tiro, la mano derecha de Raimundo III de Trípoli. El religioso que debía educar al rey y librarlo de algún modo de los funestos influjos de su querida madre.

—Yo me quedo en la colonia. Excúsame ante el archidiácono. Sé que sabrá entenderlo —repuso el último cautivo de Homs.

—Por supuesto. Te conoce de sobra.

Amadís se despidió de Raimundo y de Hunfredo de Torón con un gesto de la cabeza. Descendió del monte de los Olivos por la senda que bordeaba el estanque de San Lázaro entre campos de vides plagados de pámpanos.

Los huertos y las casitas blancas surgieron poco después, a medida que el solitario jinete fue acercándose a la colonia. Así la llamaban los más bondadosos. Otros preferían usar el término «leprosería» para referirse al barrio surgido fuera de la ciudad, al otro lado del foso: un hospital, un convento, una iglesia con su cementerio y un pequeño racimo de viviendas aledañas.

Amadís aspiró el aroma dulzón de los frutales. La primavera había cuajado sus ramas de yemas y flores. Cabalgó hasta detenerse delante de su antiguo huerto. Encontró los árboles floridos, pero tristemente ahogados por la maleza. La misma hierba que asfixiaba sus troncos ocultaba además otros cultivos viejos y también malogrados. Muchas veces se había propuesto roturar de nuevo la tierra, y volver a plantar ajos, cebollas y puerros, como había hecho antes, ayudado por su vástago muerto. Pero nunca había logrado reunir el coraje suficiente para vencer la nostalgia. Tal vez algún día.

Los primeros hachones, observó, prendían ya en las torres. Las

puertas de la ciudad cerrarían muy pronto. Después nadie podría entrar o salir de Jerusalén sin una excusa muy justificada. Pero la vida continuaría intramuros, al menos para algunos noctámbulos.

El hospital de leprosos, en cambio, siempre permanecía abierto. Porque su cometido era atender, a cualquier hora del día y en cualquier momento de su desgracia, a todos los aquejados por el mal de San Lázaro. Ya fueran peregrinos o residentes, pobres o ricos, hombres o mujeres. Como ya suponía, Bartolomé continuaba en su puesto a las puertas del recinto. El viejo cruzado se sobresaltó al reconocer a su amigo.

—¡Por todos los santos, Amadís! —exclamó—. ¡No te esperábamos tan pronto!

—¿Te refieres a los ocho meses de cárcel o a los seis días de viaje desde el presidio? —bromeó el recién llegado mientras se apeaba de su cabalgadura.

Ambos caballeros se fundieron en un abrazo emotivo pero incompleto, pues al bravo Bartolomé le faltaba la extremidad izquierda. Se la había dejado en una de las muchas escaramuzas libradas en territorio infiel. Su fuerza, sin embargo, seguía siendo admirable a pesar de las limitaciones. Además, ocultaba bastante bien el percance pues acostumbraba a colgarse el escudo del cuello mientras montaba guardia.

—¡Se me había olvidado! ¡Igual prefieres que te llamemos «conde» a partir de ahora! —exclamó el caballero manco en tono de rechifla.

Amadís le asestó un cariñoso puñetazo en el hombro.

—¡Hazlo y perderás el otro brazo! ¿Cómo están los enfermos? —preguntó.

Bartolomé torció el gesto.

—Dominique y René han muerto. Los demás aguantan.

—¿Hemos tenido ingresos?

—Sí, algunos. La enfermedad no descansa, ya sabes…

—Cierto.

—Si quieres comer algo antes de acostarte, Alberico anda todavía por ahí repartiendo cenas y bendiciones.

—No tengo hambre. —Amadís desestimó la idea de probar bocado y se encaminó directamente a los establos.

Cruzó el patio llevando a su montura por la rienda. A través de

las ventanas abiertas del hospital escuchó la voz algo gutural del prior alemán. Desde hacía más de veinte años, Alberico era el encargado de velar por las almas de los internos más graves y de santificarles, llegado el momento, el tránsito al otro mundo. Sus conocimientos médicos también lo convertían en el único físico autorizado de la colonia.

Amadís aseó a su fiel cuadrúpedo durante un buen rato. Después lo dejó descansando junto al resto de monturas de la Orden, apenas una treintena. Nada comparable con los dos mil ejemplares que los templarios guardaban en sus caballerizas subterráneas.

La noche envolvió al recién llegado mientras caminaba hacia el edificio conventual, el lugar de residencia de los caballeros sanos de la Orden y del propio Alberico. Un puñado de luces titilaba en la oscuridad, en el otro extremo del patio. Allí tenían sus viviendas los leprosos que aún contaban con energías para llevar una existencia independiente. Allí residía el gran maestre Gismond, un antiguo sanjuanista que había contraído la lepra algunos años atrás. Un hombre valiente y honorable que había decidido ingresar en la Orden de San Lázaro para seguir entregado a Dios, a Jerusalén y a otros enfermos de su misma índole.

Amadís repasó la inscripción grabada en la piedra tras ocho meses de ausencia: «*Atavis et armis*». «Con antepasados y armas». Así rezaba el lema de los servidores de la cruz verde. El mensaje bajo el que debía inclinarse todo aquel que pretendiera pasar bajo el arco de la puerta y penetrar en el convento.

Solo el eco de sus propios pasos lo persiguió hasta la celda. En realidad tampoco habría encontrado mucho más bullicio de haber llegado unas horas antes. Eran una docena, contándose él, los caballeros en condiciones de la Orden; los encargados de cuidar de más de un centenar de internos que apenas podían ya moverse de sus jergones. Por eso, el trabajo comenzaba temprano en el hospital de San Lázaro, y se prolongaba hasta bien entrado el mediodía. De ahí, la conveniencia de recogerse temprano.

Comparada con la mazmorra de Homs, su dormitorio se le antojó la alcoba de un príncipe. Tras un somero vistazo todo le pareció en su sitio: sus dos sobrevestes de hilo continuaban apiladas sobre la cama; sus botas, en el alféizar de la ventana; su cota de malla, cuidadosamente enrollada sobre una silla, igual que las

brafoneras. Su escudo, sus espadas y sus lanzas seguían colgados de alcayatas. Todo parecía en orden, excepto una cosa.

Amadís descolgó el crucifijo que ya desclavara de la pared tres años atrás y lo dejó en el mismo rincón de siempre. Saltaba a la vista que el padre Alberico había estado husmeando dentro de la estancia, y no había podido evitar la tentación de devolver a Cristo a un lugar predominante. En cualquier caso, el religioso alemán siempre se había mostrado indulgente ante su progresiva pérdida de fe. Incluso había hecho la vista gorda con sus devaneos.

El colchón del camastro le pareció hecho de plumas de ganso. Las mantas, auténticas sedas de Oriente. Su incapacidad para el sueño, sin embargo, era la misma que en la prisión de Homs. Dormía poco y mal en todas partes desde hacía años. En realidad, ya no recordaba la última vez en que el amanecer lo había sorprendido roncando a pierna suelta. Pero, seguramente, habría sido en los brazos de Ivette, ocho o diez meses atrás.

Amadís se levantó de la cama cuando se cansó de escuchar a las lechuzas en los tejados del convento. Ni siquiera se había molestado en desvestirse.

—¿Vas a verla?

—Sí.

—Haces bien. ¿Qué es un hombre sin una mujer a su lado? Además, ocho meses son muchos. Y no creo que Saladino te permitiera entrar en su harén privado.

—Pues no.

Amadís no tenía secretos con Bartolomé, el centinela infalible de la colonia. En realidad, no los tenía con nadie, ni siquiera con el prior Alberico. Porque a su modo de entender las cosas no traía cuenta esconder la verdad. Contar mentiras o guardar secretos era igual de inútil que tratar de hundir cortezas de alcornoque en el agua.

El caballero de San Lázaro salió al exterior y contempló el firmamento estrellado de Jerusalén. A su espalda, la torre de Tancredo asomaba sus almenas por encima de la muralla principal como un gigante indiscreto. La puerta de Jaffa y la de Damasco se encontraban a una distancia más o menos equidistante del hospital de leprosos, pero Amadís no iba utilizar ninguna de ellas para colarse dentro de una ciudad casi dormida. Demasiados pasos y,

sobre todo, demasiados gritos para conseguir que los centinelas accedieran a bajar alguno de los puentes levadizos.

El caballero de San Lázaro prefirió circunvalar el recinto hospitalario en sentido derecho hasta darse de bruces con el foso. Vislumbró la poterna de San Lázaro al otro lado, en la misma base de la antemuralla. Durante el día, aquella modesta portezuela era el acceso más rápido a la ciudad para los habitantes de la colonia. A medianoche, sin embargo, su pasarela de troncos apuntaba directamente a la luna. Afortunadamente, Amadís conocía el camino y los trucos para salvar la profunda sima. Había descendido por la pared de roca cientos de veces tentando las grietas y los agujeros con las manos. Una vez dentro del foso, una docena de escalones conducía tranquilamente hasta la poterna. El tintineo de las armas durante la operación resultó, sin embargo, inevitable.

—¡¿Quién anda ahí?! —exigió de inmediato Gastón, el caballero de San Lázaro encargado de la vigilancia.

—El único capaz de cruzar este maldito agujero sin partirse la crisma.

—¡Por todos los diablos, Amadís! ¡¿Eres tú?! Alberico nos dijo que te soltaban, pero no contábamos con tenerte aquí tan pronto. —El veterano lazarista enfundó la espada y descorrió los cerrojos con dedos ágiles.

Igual que con Bartolomé, el reencuentro de ambos amigos hizo crujir correajes y huesos. Tras el efusivo abrazo, Gastón procedió a asegurar de nuevo la gruesa cancela. Cuando se dio la vuelta, su compañero avanzaba ya con paso firme hacia los jardines que separaban los muros de Jerusalén de la urbe propiamente dicha. Había un retén de guardia apostado bajo el arco de la puerta.

Amadís el Hispano, como solían apodarlo en Tierra Santa debido al origen de su progenitor, se plantó tranquilamente frente a los soldados. Ninguno de ellos le preguntó siquiera por sus intenciones a horas tan intempestivas. Eran mercenarios a sueldo que habían peleado a su lado en más de una batalla. Hombres prudentes que conocían de sobra la vida y milagros del caballero que tenían delante.

Amadís los saludó con un gesto de la cabeza y dejó que el aroma del azahar le restregara la cara como una mano invisible enguantada en seda. Ochos meses de mazmorra y comida rancia le

habían hecho casi olvidar la fragancia de los naranjos en primavera.

Se dirigía al oeste, hacia el puente de piedra sobre el Tiropeón, pero no pensaba sesgar la ciudad en línea recta. Hacerlo así habría significado atravesar primero la explanada del Santo Sepulcro y después los mercados cubiertos. Aquellas no eran zonas especialmente peligrosas de noche, y menos para alguien tan ducho con la espada. Pero a Amadís le deprimía profundamente la visión de los niños, y por eso prefería evitarlas.

Jerusalén era una ciudad populosa, inquieta, palpitante; repleta de peregrinos del mundo entero, de residentes habituales, de mercenarios extranjeros, de comerciantes sirios o griegos… y de cientos de niños abandonados a su suerte. Una buena parte de aquellos infantes descarriados se refugiaba en la explanada del Santo Sepulcro al caer la noche, a la espera de las limosnas de los primeros fieles. Otros preferían pernoctar bajo las bóvedas de la *ruga Malquisinat* o de la calle de las Especias, porque siempre quedaban allí restos e inmundicias con los que llenar el estómago una vez recogidos los puestos.

Cruzó la calle de San Esteban y alcanzó la *ruga Ispaniense*. Allí se paró a admirar el escudo de armas de los Monterroso en la fachada de una vivienda, un capricho de su adinerado padre durante su primera visita a Tierra Santa. Contempló durante unos segundos la casa que él mismo había habitado unos años atrás, hasta que decidió mudarse al edificio conventual de San Lázaro.

Giró enseguida a la derecha para descender al valle del Tiropeón y apoyó instintivamente la mano sobre la empuñadura de su espada al llegar a la calle de los Curtidores. El puente de piedra ya no quedaba lejos; pero aquellos terrenos, ocupados durante el día por inofensivos artesanos, convenía pisarlos con cautela después del crepúsculo. Allí, a cobijo de la noche, se daban cita gentes muy poco recomendables. Rara era la mañana en la que no flotaba algún cadáver en las aguas sucias del riachuelo.

Tahúres, tramposos, aventureros y también algunos incautos se reunían debajo del acueducto para jugar a los dados. En la margen opuesta, muy cerca de aquel tugurio infecto florecían algunas conocidas tabernas, como la de El León Dorado. Amadís había conocido a Ivette allí, entre jarras de vino áspero y rumor de borrachos. Al principio, el dolor de la tragedia lo había impulsado a

buscar refugio en la bebida. Afortunadamente, el error no se prolongó demasiado tiempo.

Una ráfaga cálida e inmunda como la bocanada de un dragón enfermo le abofeteó al abrir la puerta. Le resultaron ya lejanos los días en los que él mismo había soportado, sin notarlo, la fetidez de aquel ambiente. Pero lo cierto era que durante varios meses frecuentó la taberna hasta perder la noción del tiempo y de las cosas; hasta que Ivette lo zarandeaba cuando ya no quedaba nadie sentado a las mesas. Entonces emprendía el regreso a su casa, tambaleante, desconsolado, vacío como un cántaro con el culo roto.

Una madrugada, sin embargo, el noctámbulo impenitente despertó en una cama distinta a la suya, con una mujer a su lado.

—El vino no te ayudará a superar las muertes de tu hijo y de tu esposa —le dijo Ivette entre dos luces.

Amadís se dio cuenta de que el delirio de la borrachera había hecho que se le soltara la lengua. Imaginó que habría hablado de su pena irrestañable tras las muertes de Céline y de Santiago; de su abandono de Dios y de toda esperanza de una vida digna. Y de ahí que una estocada rápida e indolora en la batalla se le antojara como la única solución posible a tanta desgracia. La mirada grave de Ivette y su ademán sereno parecían, sin embargo, querer contradecir tanto pesimismo.

—¡Es que no puedo olvidarlos! —estalló entonces Amadís con impotencia, como si su causa no tuviera remedio.

La tabernera continuó mirándolo en silencio, con aquellas ascuas negras que gastaba por ojos.

—Nadie te ha pedido que lo hagas —le susurró la muchacha—. Pero si, como dices, la muerte te rehúye en la batalla, tal vez puedas encontrar otros métodos para reunirte con ellos…

Amadís salió un instante de su purgatorio.

—¡¿Suicidarme…, quieres decir?! —demandó perplejo.

—Por ejemplo.

—¡Eso no! —negó tajante.

—¿Por qué? Tú no tienes fe. Para ti no existe el pecado. No hay Paraíso ni Infierno.

Por un instante Amadís pareció acorralado por sus propias paradojas.

—No hay tanta prisa… La muerte siempre nos alcanza a todos,

con más o menos prontitud y justicia —adujo finalmente.

La bella Ivette se encogió de hombros.

—Tendrás que seguir viviendo entonces… —resumió—. Y te aseguro que será un suplicio si no encuentras un camino que dé sentido a tu vida.

Amadís guardó silencio. No se le ocurría una sola manera de conciliar el recuerdo de los suyos con una existencia simplemente llevadera. Pero Ivette volvió a esbozar aquella sonrisa triste y a la vez tranquilizadora.

—Mucho me temo que no te quedará otro remedio que convertir ese dolor que arrastras en tu propia fuerza —le dijo.

—¿Cómo?

—Podrías empezar por devolver algo de lo que recibiste —propuso.

Aquel mismo día Amadís dejó la casa familiar en la *ruga Ispaniense* y pidió el ingreso en la Orden de San Lázaro. Siguió viendo después a Ivette, cada vez con más frecuencia. Pero ya no lo hacía agarrado a una jarra de vino, sino abrazado al cuerpo sereno y gatuno de la muchacha como un náufrago empeñado en salvarse de la tormenta.

No estaba enamorado de ella, había decidido, porque continuaba soñando con Céline, su esposa muerta, con bastante frecuencia. Y eso, para él, era síntoma inequívoco de un amor todavía latente. Por alguna razón, sin embargo, anhelaba la presencia de Ivette en su vida. Le gustaban su conversación y su risa. La echaba de menos mientras trabajaba en el hospital y buscaba su compañía por las noches. Desgraciadamente, eso no era siempre posible, pues la muchacha se debía a su taberna; y a sus clientes. El León Dorado no era un prostíbulo a la usanza, pero Amadís era consciente de que, bien por capricho, bien porque la bolsa le pareciera colmada, Ivette dormía a veces con otros hombres.

«*Hoy no puedo*», solía decirle entonces, con aquel mohín de niña traviesa. «*¿Vendrás mañana?*».

«*Sí*».

Una sonrisa pícara y un guiño eran la respuesta de la muchacha. Porque Amadís e Ivette se entendían con solo mirarse, aunque no se amaran.

La puerta se cerró detrás del lazarista, pero nadie dentro del

local notó su llegada. El rechinar de los goznes, las pisadas, el tintineo de las armas…, todo lo engulló la cháchara de conversaciones y el repiqueteo de jarras. Amadís tuvo tiempo de sobra para localizar a Ivette entre las mesas. Rememoró el gesto ofuscado de la muchacha la noche en que le comunicó su inminente partida hacia Homs con el fin de ofrecerse como rehén para que Raimundo III de Trípoli pudiera ser libre.

«*¿Entonces…?*», había murmurado Ivette con ojos despavoridos en las tinieblas de la alcoba.

«*Entonces nada*», había respondido Amadís con ojos duros pero húmedos, incapaz de predecir la duración de su encierro.

«*Claro, entonces nada*», había repetido ella bajando la cabeza, consciente de que no existía ningún compromiso de fidelidad entre ambos. En realidad, nunca lo habría. Porque, en opinión de la muchacha, los hombres que soñaban con otras, aunque ya estuvieran muertas, no valían para maridos.

Ivette reparó en Amadís a los pocos segundos. Estaba hecha a escudriñar la estancia de cuando en cuando en busca de nuevos clientes. Y el caballero lazarista no habría pasado inadvertido en ningún sitio.

Dejó la bandeja sobre una mesa vacía, se frotó las manos en el delantal, se ahuecó el cabello y se fue hacia él sin prisas ni aspavientos; como si apenas se alegrara de verlo. Como si la hoguera que llevaba encendida dentro fuera de hielo y no de fuego.

—El enemigo no te ha tratado tan mal, por lo que veo —lo saludó, aunque no pudo evitar la caricia.

—He estado en peores lugares —bromeó él, con la mano de Ivette puesta sobre su mejilla.

La bella tabernera de El León Dorado no había cambiado un ápice en aquellos ocho meses de ausencia. Frisaría los veinticinco años, pero en un buen día y si la luz no era mucha, podría pasar tranquilamente por una jovenzuela casi adolescente.

—¿Cómo se presenta la noche? —le preguntó Amadís mientras examinaba la clientela reunida en una habitación abarrotada.

Ivette abrochó sus brazos alrededor de la cintura del lazarista.

—Ya tardabas en preguntarlo. ¿Acaso no ves dos cruces verdes en mis pupilas?

V

Despertó Amadís sobresaltado, como un centinela que ha descabezado un sueño en mitad de su guardia. Se sentó en la cama de un salto y escrutó el exterior a través de las contraventanas. Había dormido demasiado. Amanecería en una hora, más o menos, y debía estar en el Hospital con las primeras luces con el fin de trasladar a los enfermos más graves hasta el estanque de San Lázaro. Aquella era una labor que realizaba con Bartolomé y Gastón cada mañana.

Obviamente, durante su confinamiento en Homs, ambos caballeros habían tenido que apañarse solos. Habrían tenido que llevar sobre sus hombros, uno por uno, a personas que ya no podían siquiera montar en un burro ni soportar el traqueteo de un carro. Eran aquellos unos seres que se caían a pedazos, como si sus cuerpos ya no pudieran soportar el peso de la carne. Aun así, los tres caballeros lazaristas se esforzaban en cuidarlos y asearlos a diario, a conciencia. Les ofrecían todo su cariño, para que el calvario de la lepra no fuera un añadido más a su injusta desgracia. Más tarde acudía el prior Alberico con los potingues, los emplastos y los rezos.

Amadís admiró unos segundos el cuerpo ondulado de Ivette, le acarició los cabellos con un dedo y la besó en un hombro con mucho cuidado. Después se vistió sin hacer ruido. Al principio de sus encuentros solía dejarle unas monedas en la almohada de la cama, pero ya no lo hacía porque a ella no le gustaba. «*Me hace sentirme como una furcia. Y no soy eso para ti, supongo…*», le dijo un día.

Flecos de una luz muy blanca asomaban al este de Jerusalén, por encima del muro templario, la enorme pared levantada por los caballeros para aislar su distrito del resto de los mortales. Amadís,

sin embargo, iba a caminar en sentido opuesto, hacia la colonia de San Lázaro. En esta ocasión, ya no juzgó necesario rodear la zona de los mercados y la explanada del Santo Sepulcro. A aquella hora, los niños perdidos ya se habrían diseminado por las más de sesenta iglesias con que contaba la Ciudad Santa. Pasarían un día más arremolinados en los escalones de los templos, pidiendo limosna o comida a los fieles. Y a la vez pendientes de cualquier descuido. Para salir corriendo con una bolsa llena de monedas o una reliquia recién comprada si la ocasión se presentaba propicia.

Ascendió Amadís por la calle de los Curtidores y torció a la izquierda en su primera confluencia. Pretendía acceder por allí a la calle de los Bazares, para avanzar por aquella solitaria vía hasta enlazar con el estrecho pasadizo que la comunicaba con la *ruga Malquisinat* y la calle de la Especias.

Eran tres callejones largos, paralelos, coincidentes con el antiguo *cardo* romano. Durante el día estaban llenos de vida, gracias al techado que protegía a vendedores y clientes del sol o de las inclemencias del tiempo. Por la noche, en cuanto se consumían los hachones de las paredes, aquellos espacios se quedaban vacíos de voces y oscuros como la boca del lobo.

Amadís se detuvo un instante para contemplar a la luz de la luna las bóvedas de crucería y los majestuosos pilares adornados con capiteles. Una admirable obra arquitectónica que los cruzados habían acometido tras la conquista de Jerusalén con el fin de favorecer el comercio interno de la ciudad.

Le pareció escuchar pasos en la oscuridad mientras miraba. Titubeó un segundo, pero descartó la idea de evitar aquel recinto empedrado dando un rodeo por el barrio Armenio. Seguramente se trataba de los últimos niños, de algún grupo de rezagados camino del Santo Sepulcro o del Hospital de los Caballeros de San Juan.

Todavía no había recorrido veinte pasos dentro del túnel cuando fue consciente de su fatídico error. No necesitó mirar atrás para saber que lo seguían. La duda estribaba en si eran dos o tres los maleantes, y de qué tipo. En ocho meses, se dio cuenta, había olvidado la prudencia y, por ende, las buenas costumbres. Ahora tendría que esperar un poco para comprobar la verdadera calaña de sus perseguidores. En aquella zona operaban auténticos profesionales de la emboscada; y también meros perdedores

acorralados por las deudas del juego. Bribones que buscaban recuperar parte de su fortuna a costa de caminantes descuidados.

Una mujer salió de las sombras y se le colgó del brazo derecho. Farfullaba palabras soeces con voz aguardentosa, prometía deleites carnales rápidos y a módicos precios. Amadís apenas la miró. Tampoco trató de apartarla de su lado. Sabía que el auténtico cometido de la mujerzuela no era otro que embarazarle los movimientos de su mano diestra, la de la espada.

Un reflejo blanco, de acero bien lustrado, centelleó en el lado opuesto de la calle. Un hombre enfundado en una loriga larga avanzaba hacia él con paso confiado. Traía su arma ya desenfundada, lista para usarla. Amadís no le vio la cara porque el desconocido llevaba el almófar sobre la cabeza. Pero sí distinguió dos siluetas pardas, recostadas tranquilamente contra el muro de la calle. Eran sus compinches, y esperaban el desenlace de los primeros golpes. Contando con los que venían por detrás, el grupo debía de estar formado por al menos cinco villanos, más la prostituta, calculó el lazarista.

El de la cota de malla cargó el brazo para lanzar una estocada de punta, pero Amadís ya lo estaba esperando. Aquel era el *modus operandi* típico de todas las bandas de criminales urbanos. Primero actuaba el más preparado, el mejor protegido. Y después, si la víctima aún resistía, se aplicaban los otros.

La mujer se aferró al antebrazo de Amadís como una lapa. Cargó sobre él todo su peso. Pensó erróneamente que el emboscado intentaría librarse de aquel estorbo para defenderse con la espada. Lejos de hacerlo, el caballero de San Lázaro la usó de adarga. Tiró de ella con fuerza, la hizo girar en el aire como una peonza hasta colocarla delante de él como un escudo humano. Desenfundó a la vez la daga con su mano izquierda.

Dos palmos de acero surgieron de repente bajo el esternón de la prostituta. Su propio compinche la había estoqueado, sin pretenderlo, en plena espalda. Antes de que pudiera derrumbarse, Amadís volvió a rotar en sentido inverso. Atrajo así al de la loriga, que mantenía la espada ensartada en el cuerpo desvencijado de su compañera. Un aullido atroz rebotó contra las paredes del túnel cuando el caballero de San Lázaro le clavó su daga en el ojo izquierdo.

Tras la cuchillada, el desconocido retrocedió dos pasos. Trastabillaba como un beodo, se tapaba la cara con ambas manos mientras bramaba como un cerdo. El segundo golpe Amadís lo ejecutó ya con la espada, por debajo del borde de la loriga, a la altura de la rodilla izquierda del maleante. Fue un tajo profundo, certero, de carnicero experto. Resultó casi cómico ver cómo la pantorrilla y el pie del desgraciado salían volando por los aires pero él todavía continuaba en pie unos segundos antes de derrumbarse.

Una alborada tímida quería filtrarse ya por el angostillo que unía las tres calles cubiertas de Jerusalén. Amadís se colocó de perfil en el cruce, para que aquel haz de rayos oblicuos le iluminara la figura y el rostro.

—¡Es el Hispano! —exclamó al fin uno de los malhechores.

—Os dije que lo habían soltado —se lamentó otro.

—¡Y yo os dije que podía ser él el hombre al que estábamos siguiendo, pedazo de imbéciles! —terció el más cauteloso mientras echaba a correr para ganar la salida del callejón cuanto antes.

Sus cuatro compinches siguieron su ejemplo a continuación. Solo entonces se agachó Amadís para limpiar su daga y su espada en las ropas de la prostituta. Después se inclinó sobre el único asaltante que no había podido huir de la quema.

—No voy a matarte si tú no quieres —le dijo con voz serena.

El jefe del grupo lo miró con un ojo espantado y el otro vacío.

—¡Quiero vivir…! —suplicó exangüe mientras trataba de contener la hemorragia de su pierna con ambas manos.

Amadís asintió, haciéndose cargo del dilema.

—Es natural —le dijo—, pero, aunque te hicieras un torniquete con el cinto, ya has derramado mucha sangre…

—¡Pero aún puedo salvarme! —reclamó aquel hombre sacando fuerzas de flaqueza.

El lazarista torció el gesto.

—No lo creo —le contradijo—. Sabes tan bien como yo que las ratas y los perros ya habrán olido tu sangre y se presentarán en cualquier momento para terminar la faena. No será un final fácil…

Las manos crispadas del malhechor se cerraron sobre los faldones de la sobreveste de quien tenía que haber sido su víctima.

—¡Llévame contigo! —aulló espantado—. ¡Eres un caballero del Hospital de San Lázaro! ¡Allí podéis curarme!

Amadís volvió a mostrarse taxativo.

—No puedo hacerlo. No eres un leproso, ni siquiera un enfermo. Tan solo un criminal con mala suerte. Mi hospital no es para gente de tu especie —respondió—. Estás en una encrucijada y debes elegir entre dos caminos: morir devorado por perros y ratas o bajo mi espada.

Las luces del alba avanzaban ya por la calle de los Bazares como una larga procesión de luciérnagas.

—Se me está haciendo tarde —apremió al herido.

VI

Amadís penetró en el Hospital de San Lázaro cuando el sol aún no asomaba su cogote dorado por encima de la muralla. Finalmente había llegado a tiempo para iniciar los cuidados matinales de los enfermos. E incluso para tomar un ligero tentempié antes de comenzar el trabajo. Pero antes que nada, se cambiaría de ropa.

El lazarista se detuvo en seco nada más penetrar en su celda. El instinto lo llevó a echar mano de su daga de misericordia por segunda vez aquella madrugada. En las cortas distancias, mejor un puñal corto que una espada.

Estaba oscuro y apenas se veía nada en la estancia, pero aquel intenso aroma a cirio quemado no se había presentado solo. Tenía que haber llegado hasta allí impregnado en las ropas de alguien.

—¡Por todos los santos, soy yo! ¡¿Es que ya no me conoces?! —chilló Guillermo de Tiro cuando el lazarista se giró, daga en mano.

—De noche todos los gatos son pardos, páter. Oh, perdón, quizá debiera llamarte ilustrísima. O tal vez canciller… —bromeó Amadís al reconocer a su viejo amigo de juventud—. Desde que Raimundo está en la regencia acumulas tantos cargos que es difícil aclararse…

El archidiácono pasó por alto la chanza.

—Alberico me ha dicho que podría encontrarte en tu celda, pero ya veo que te ha faltado tiempo para volver a las andadas… —gruñó.

—He pasado la noche con Ivette, es cierto —admitió sin rodeos —. Nada nuevo…

Guillermo encendió la única vela de la estancia. Entonces dio un respingo al advertir la sangre en las ropas del recién llegado.

—¡Tu primera noche en la ciudad y ya has tenido que matar a alguien…! —lo censuró.

—A la vuelta de la taberna he tenido un pequeño contratiempo. Pero ya está solucionado —explicó Amadís con calma.

—A tu manera, claro…

—No había otra.

El archidiácono emitió un largo suspiro.

—¿Sabes por qué he venido?

—Porque yo no he ido a verte.

—Es cierto. —Guillermo de Tiro frunció el ceño—. Confiaba en que ayer mismo pudiésemos haber hablado del tema. Si no me equivoco, Raimundo ya te ha puesto al corriente por el camino.

Amadís agitó la cabeza.

—Así es, pero no puedo aceptar el cargo.

—¿Por qué?

—Porque no soy la persona más indicada.

Guillermo acercó la vela a los ojos del lazarista hasta casi socarrarle las pestañas.

—¿Por qué dices eso? La Providencia jamás podría habernos enviado a alguien más idóneo que tú para instruir a Balduino en las armas.

—Alguien que carece de fe jamás podría ser una buena influencia para un rey cristiano —contraatacó Amadís, pertinaz en su negativa.

El resoplido del archidiácono hizo temblar el cirio.

—Del alma cristiana de Balduino ya me ocupo yo —sostuvo—. A ti solo te pido que te encargues de su cuerpo y sus destrezas militares. Y no puedes negarte. Eres un caballero de San Lázaro y juraste asistir a cualquier leproso, hasta la muerte.

—Ya, pero…

—¡Se trata de tu propio rey, diablos! ¿Todavía quieres un motivo más justificado? —zanjó el religioso.

El lazarista frunció los labios y dio por perdida la batalla dialéctica. Guillermo de Tiro siempre había tenido una habilidad especial para acorralar a las personas con sus argumentos, e incluso para engatusar a las mujeres. En tiempos ya remotos ambos habían compartido mocedad y correrías en Jerusalén, hasta que uno sintió la llamada de Dios y el otro, la del matrimonio. Pero lo cierto era que Amadís apenas conocía a Balduino IV. Solo lo había visto de muy niño, correteando por los jardines de palacio en compañía de otros muchachos de noble estirpe. Después, durante varios años, el pequeño príncipe había desaparecido de la faz de la tierra como por

ensalmo. Ahora se decía que montaba a caballo algunos ratos, pero solo por el foso de Jerusalén o por los jardines de la ciudadela.

—Raimundo me habló de procurarle un cierto adiestramiento militar —murmuró al fin Amadís, más hecho a la idea de convertirse en el maestro de armas de un rey enfermo.

Guillermo de Tiro chascó la lengua.

—En realidad, se trata de concederle ese pequeño capricho al muchacho. Dudo mucho de que sea capaz de empuñar una espada más de cinco minutos, pero le hace ilusión parecerse, aunque sea de lejos, a un caballero cruzado.

—¿Tan mal está?

—¡Está leproso, Amadís! ¡Tú sabes mejor que nadie lo que eso significa! —respondió el religioso con voz quebrada.

—Ya, pero… ¿tiene síntomas?

—Algunos. Los suficientes.

—¿Cuáles?

—Tiene prácticamente insensible el brazo derecho. Yo mismo lo descubrí al observar sus juegos infantiles.

Amadís asintió en silencio.

—Y por eso convenciste a su padre, al rey Amalarico, de que lo mejor era encerrarlo en vida… —musitó al cabo.

La indignación tiñó de rojo la papada y los mofletes del archidiácono.

—¡¿Encerrarlo en vida?! ¡¿De qué diablos estás hablando?! Tanto Amalarico, mientras vivía, como yo ahora lo único que hemos pretendido siempre es protegerlo. ¡Nadie quiere impedir que reine, ni siquiera Raimundo! Pero todos debéis entender que Balduino jamás llegará a subirse al trono si no… si no…

—Si no lo mantenéis dentro de una hornacina mientras viva —repuso Amadís, embutido ya en ropa limpia—. ¿Sabe él que está enfermo?

—¡Por supuesto! ¿Qué ganaríamos ocultándoselo?

Amadís cabeceó mientras pensaba.

—Está bien. Acepto el cargo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Yo soy quien decide todo lo referente a su adiestramiento.

Guillermo de Tiro esbozó una sonrisa ladina. Había terminado venciendo la reticencia de un hombre habitualmente terco.

—Por supuesto. Para algo vamos a contratarte… —afirmó satisfecho.

—Mi siguiente condición es que las clases sean aquí —repuso entonces Amadís.

Los cabellos de Guillermo de Tiro se erizaron como un bosque de espinos alrededor de la tonsura.

—¡¿Aquí?! ¡¿En la leprosería?! ¡¿Te has vuelto loco?! ¡Me niego en redondo! Amadís se ciñó con parsimonia el cíngulo de su hábito blanquinegro.

—¿Por qué?

—¡Porque eso sería igual que pasearlo por el infierno, rediantre! —se encrespó el archidiácono.

El caballero lazarista miró tranquilamente a su interlocutor.

—Acabas de decirme que está leproso y que, además, lo sabe. ¿Qué problema hay en que conozca de cerca este mundo?

El horror y la ira impidieron a Guillermo de Tiro responder con la celeridad deseada.

—¡No hay ninguna necesidad! ¡Él nunca acabará aquí por mucho que su mal empeore! ¡Le… le pondremos los mejores físicos! ¡Incluso médicos árabes, si hace falta! —exclamó cuando logró serenarse.

Amadís apagó finalmente la vela y apartó al archidiácono suavemente de su camino. La campanilla del desayuno sonaba con insistencia en el pasillo del convento.

—Empezaremos hoy, justo después del mediodía —sostuvo.

—¡Pe… pero el rey descansa a esa hora! —se indignó su maestro en humanidades.

—A partir de hoy ya no descansará después del almuerzo. Y tú tampoco, porque lo acompañarás hasta aquí. Pero permanecerás en mi celda todo lo que dure el entrenamiento.

VII

Guillermo de Tiro colocó a Balduino frente a Amadís, justo delante de la puerta del convento de San Lázaro.

—¿Satisfecho? —preguntó.

El caballero lazarista apenas gruñó su asentimiento. En realidad, se había empeñado en impartir las clases dentro de la colonia porque no deseaba que los jardines de palacio se convirtieran en el escenario de un circo. Si Inés de Courtenay y Sibila habían vuelto a la corte, a buen seguro estarían allí a diario. Fisgonearían su labor; lo mirarían todo con aquellos ojos acostumbrados a los espectáculos de magos y bufones. Y precisamente por eso se espantarían, sobre todo al principio.

—Balduino, este es Amadís Pérez de Traba, caballero de la Orden de San Lázaro y conde de Monterroso, en España; el hombre del que te he hablado —resumió Guillermo de Tiro antes de retirarse.

—Majestad, bienvenido a la colonia —dijo Amadís mientras componía una reverencia a la que no estaba acostumbrado. Después observó de arriba abajo a su futuro alumno.

Venía el joven rey ataviado con una túnica bordada en oro. Lucía la cruz amarilla del reino de Jerusalén estampada en el pecho. El talle lo traía ceñido por un vistoso cinturón de piel de lagarto. Un bonito echarpe de terciopelo rojo le cubría los hombros. En los pies gastaba zapatos.

Balduino recorrió con mirada curiosa las dependencias de la colonia.

—Nunca había estado aquí antes… —musitó.

—Lo sé.

—Así pues… ¿este es el Hospital? —preguntó, apuntando con su dedo al marmóreo edificio que tenía delante.

—Sí.

—¿Y allí viven los…? —Al rey se le habían quedado los ojos fijos en el extremo más alejado del patio.

—Allí vive un buen número de personas, majestad. Hombres y mujeres que ahora están descansando u ocupándose de sus negocios.

—¡¿Negocios?! —La perplejidad hizo parpadear a Balduino varias veces.

Amadís se fijó en las cejas del monarca. Eran apenas dos líneas blancas, brillantes, casi exentas de vello en los bordes. También las pestañas brillaban por su ausencia. Aquellos podían ser, en efecto, signos indicativos de una lepra todavía incipiente. Nada, sin embargo, que pudiera mermar las facultades físicas de una persona joven. Todavía.

—Oh, sí, raro es quien no tiene un huerto, una viña o un campo del que preocuparse. Otros prefieren la artesanía… —explicó sonriente—. ¿Os parece que comencemos con la clase?

La pregunta sacó a Balduino de su momentáneo ensimismamiento.

—Claro —respondió, y desenfundó la espada que traía colgada del cinto.

Amadís levantó una mano en ademán defensivo.

—Hoy no usaremos aceros, majestad —rio—. Es demasiado pronto. Además, antes debemos prepararnos para la práctica.

—¿Prepararnos?

El lazarista se sacó los hábitos por encima de la cabeza y los dejó doblados sobre el pretil de la fuente. Después se desprendió de las botas.

—Ahora vos, majestad —dijo.

Balduino admiró la estampa poderosa del caballero que iba a ser su maestro. Reparó en las muchas marcas que cruzaban su torso, hombros y muslos.

—¿Eso son cicatrices? —preguntó mientras se desvestía.

—Son recuerdos —sonrió el lazarista.

—¿Y ahora qué hacemos?

Amadís examinó con detenimiento el cuerpo semidesnudo del monarca. Balduino IV de Jerusalén, observó, tenía una complexión muy parecida a la de su difunto padre, Amalarico. Era alto, tenía la tez sonrosada y poseía una figura y unas facciones ciertamente

agraciadas. Sus manos y pies le parecieron sanos, sin signos de hinchazón o enrojecimiento. Las piernas y brazos también se le antojaron fuertes, aunque eso todavía había que comprobarlo.

Sin más preámbulos Amadís propinó un fuerte empujón al joven monarca que a punto estuvo de llevarlo al suelo. No obstante, Balduino se rehízo tras recular tres o cuatro pasos. El lazarista sonrió interiormente. Las piernas de su pupilo contaban con la musculatura suficiente.

—Ahora vos. Vamos, haced lo mismo.

Balduino se acercó para empujar a su instructor, pero este lo aferró por los brazos y forcejeó con él, breve pero intensamente. Probó su equilibrio, sintió la fuerza que anidaba en aquellas extremidades y otra vez se mostró conforme. Amadís recogió entonces dos gruesas varas de fresno del pretil de la fuente y ofreció una a su pupilo.

—Bien. Ahora tratad de golpearme con esto.

Balduino miró incrédulo a su maestro.

—¿Quieres que te golpee con este palo? —preguntó—. Te haré daño…

—Quiero que lo intentéis.

El joven rey lanzó un mandoble débil, timorato, más propio de un niño apocado que de un robusto adolescente. Amadís lo detuvo con una sola mano. Un gesto de desaprobación arrugó el semblante del lazarista.

—¿Eso es todo lo que sabéis hacer? El próximo día tal vez llame a vuestra hermana Sibila. Seguro que demuestra más rasmia —gruñó.

Le dolió el comentario al rey. Apretó las mandíbulas, afianzó las piernas y lanzó, ahora sí, un golpe mucho más contundente. Pero Amadís lo esquivó con un movimiento de cadera y además endosó a su oponente un fuerte varetazo en su extremidad izquierda.

El aullido de furia y el contraataque resultaron inevitables. Con una esquiva similar, el lazarista se zafó de nuevo de la acometida de su pupilo. El golpe aterrizó esta vez en el antebrazo derecho del monarca. Fue incluso más contundente que el anterior, pero los gestos de dolor de Balduino resultaron escasos. No hubo tampoco lamentos. Aun así, la rabia encorajinó al rey, que atacó a su rival con los brazos en alto. Amadís aprovechó aquella guardia

descuidada para fustigarle ambas piernas.

El joven monarca se mordió un labio con rabia. Después se abalanzó sobre su contrincante hecho un basilisco, pero Amadís contuvo fácilmente el ataque. Retuvo la vara bajo la axila y aprovechó la cercanía para asestarle a Balduino un codazo en pleno rostro.

El rey de Jerusalén se derrumbó como un fardo.

—El suelo es mal sitio para un caballero que pretende sobrevivir en medio de una batalla —le recriminó Amadís desde las alturas—. Habitualmente nadie dura más de cinco segundos ahí abajo, y vos ya lleváis tres.

Balduino se levantó de un salto. Había sangre en su nariz y en sus labios. Su mirada mostraba signos de aturdimiento. Aun así atacó de nuevo. Esta vez con la vara por delante, como si se tratara de una lanza. Amadís amagó a la derecha, pero fintó en sentido opuesto. Por eso, el rey pasó a su lado como una vaquilla enfurecida, ajeno a la trampa tendida por su maestro.

Una simple zancadilla dio de nuevo con los huesos del monarca en el suelo. Además, al caer de bruces se golpeó la nariz y la frente.

—Hemos terminado por hoy, majestad —anunció un satisfecho Amadís—. Lavaos en la fuente antes de vestiros.

A Guillermo de Tiro solo le había dado tiempo a rezar tres misterios dentro de la celda.

—¡¿Ya?! —se asombró al ver retornar a Amadís.

—Es suficiente por hoy —replicó el lazarista.

—¿Dónde has dejado al chico? ¡No habrá vuelto solo a palacio…! —se inquietó el archidiácono.

—Está lavándose en la fuente.

Guillermo de Tiro frunció el ceño.

—¿Lavándose? ¿El qué?

—La sangre.

Los ojos del nuevo canciller del reino se abrieron como ventanos desvencijados por el viento.

—¡¿No habrás tenido el valor de golpear a un niño leproso?! —exclamó horrorizado mientras iniciaba una apresurada marcha hacia el patio.

Amadís retuvo al religioso por un brazo y lo obligó a permanecer dentro de la celda.

—Balduino no es un niño. Y tampoco un leproso. Al menos todavía —dijo.

—¡Sabes que lo es! —se empecinó el archidiácono—. Seguro que has notado lo de su brazo derecho.

—Sí, eso es cierto —admitió el caballero de San Lázaro—, pero todavía no tiene nódulos, ni llagas, ni pústulas, ni siquiera enrojecimiento en las extremidades.

—Tendrá todo eso en algún momento —insistió Guillermo de Tiro—. Es una cuestión de tiempo.

Amadís lanzó a su amigo una mirada descarnada.

—¿Y tú sabes decir cuándo?

El archidiácono calló unos segundos. Trataba de leer la luz misteriosa de aquellos ojos glaucos.

—¿Qué pretendes decirme? ¡Habla claro!

—Balduino no es un chiquillo enfermo, sino un joven todavía sano y con carácter. Haríamos mal si no le permitiésemos desarrollar una vida plena ahora que aún puede.

Guillermo de Tiro pareció considerar las palabras del lazarista. Pero volvió a mostrarse pesimista tras el análisis.

—¿Una vida plena? Debes de estar bromeando —murmuró agitando la cabeza—. Para empezar, dudo de que quiera volver a ejercitarse contigo.

Balduino regresó al patio de la colonia al día siguiente, y muchos otros. Ya sin capa de terciopelo sobre los hombros, ni túnicas bordadas con hilo de oro; también sin acompañante a partir de la segunda semana. Guillermo de Tiro acabó por aburrirse de rezar en la celda de Amadís mientras esperaba el fin de unas clases que cada vez se hacían más largas, más intensas, más apasionantes para el joven monarca.

El mes de marzo se les fue en paradas, fintas y redobles con la vara de fresno. El rey siguió rodando por los suelos en ocasiones. Solía acabar aquellas sesiones magullado y dolorido, pero sus gritos de euforia saltaban las tapias del recinto cada vez que lograba asestar algún golpetazo a su contrincante.

—¡Buena! —le animaba entonces Amadís mientras se frotaba el brazo o la pierna—. De haber sido con espada, esa me habría dejado una cicatriz más, aparte de las que ya llevo.

Pero lo cierto es que la práctica con aceros no llegó hasta bien

entrado el mes de abril. Porque justo cuando el maestro había pensado comenzar con el verdadero adiestramiento de un caballero cruzado, Balduino se mostró súbitamente afligido aquel día.

Amadís había preparado un artilugio nuevo para la ocasión. Se trataba de un muñeco articulado que imitaba la estampa de un guerrero acorazado. Dos gruesos maderos en cruz simulaban los brazos. Una vieja cota de malla rellena de paja y arena hacía las veces del tronco. Sobre aquella especie de espantapájaros con loriga, el lazarista señaló los puntos débiles de toda armadura. Mostró a su pupilo la forma de hacer verdadero daño a un hombre vestido de aquella guisa. Y para eso, asestó al muñeco diversas estocadas de punta y de filos. Después instó al rey a probar fortuna, pero Balduino apenas lanzó un par de tajos sin maña ni temple.

—¿Os ocurre algo, majestad? —le preguntó Amadís al verlo tan decaído.

—Se acerca Pascua —musitó el rey, tras recostarse en la fuente.

—Es cierto. ¿Y eso qué tiene que ver con nuestras clases?

Faltaban apenas cuatro días para el Domingo de Ramos, y una semana más para el de Resurrección. Unas fechas que Amadís nunca esperaba con especial entusiasmo. Las celebraciones poco o nada le decían. Y, además, la ciudad se llenaba de forasteros, de peregrinos llegados de lugares impensables, de tahúres, de vividores, de pedigüeños y de maleantes. En cualquier caso, Jerusalén se enfundaba sus mejores galas para recordar la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo. Porque a sus palacios y templos acudían todos los barones del reino e incluso, en ocasiones, algunos reyes de Europa.

Al solitario lazarista, sin embargo, el jaleo de las calles y el escándalo de los campanazos le aturdían los oídos. Le irritaba también verse privado de Ivette tantos días. Porque El León Dorado, como el resto de tabernas de Jerusalén, rebosaba de clientes a todas horas. Y antes era el deber que la devoción. Además, aunque no la amaba, no le agradaba verla en brazos de otros. Y por eso Amadís se quedaba en su celda mirando al techo las noches de Pascua.

—Hace años que no acudo a las procesiones —le oyó decir al rey mientras pensaba—, pero lo cierto es que este año me gustaría asistir a alguna de ellas.

—¿Y cuál es el problema, majestad? —le preguntó, aunque ya

imaginaba la respuesta.

Balduino adoptó el aire de un animalillo asustado.

—No sé cómo decírselo al archidiácono. Ni siquiera estoy seguro de que mi madre me apoye… —adujo cariacontecido.

Amadís se irguió en toda su estatura. Una vena le palpitaba inquieta en el cuello.

—¡Sois el rey! —barbotó como si lanzara un horrible exabrupto.

Balduino lo miró con aquellos ojillos despavoridos.

—Sí, pero…

—¡Sois el rey de Jerusalén —repitió Amadís todavía con más contundencia—, aunque Raimundo de Trípoli sea el regente ahora mismo!

—Soy el futuro rey —admitió al fin el joven monarca—, pero muchas veces siento que no lo fuera. Casi nadie me conoce fuera de palacio. Todo el que aún se acuerda de mí debe de tener la imagen de un niño de seis o siete años.

Amadís asintió. A él le había pasado lo mismo. Había dejado de ver corretear a Balduino por las calles de Jerusalén hacía ya bastantes años.

—¿Cuándo fue la última vez que recorristeis la ciudad a vuestro antojo? —le preguntó.

Un rictus de amargura ensombreció el rostro del muchacho.

—Fue un día en el que jugaba con otros niños de la corte. Íbamos, como siempre, acompañados por un ejército de ayas, escoltas y tutores. Pero, aun así, nos perseguíamos, nos pellizcábamos, nos arañábamos para ver quién soportaba mejor el dolor sin inmutarse. En un momento dado, el archidiácono tuvo que parar aquel juego porque a mí me estaban arrancando la piel a tiras y no parecía enterarme…

Amadís se dio cuenta de que el joven rey estaba refiriéndose al episodio que había marcado su vida desde entonces. El funesto descubrimiento en el que Guillermo de Tiro creyó anticipar la tragedia: el pequeño Balduino tenía un brazo totalmente insensible, y eso constituía un síntoma infalible de lepra. De ahí que convenciera al rey Amalarico de la necesidad de envolver a su heredero entre algodones. Hasta que le llegara el momento de gobernar o hasta una muerte que ambos presumieron bastante cercana.

Una flecha imaginaria se clavó en las entrañas del caballero lazarista. El dolor se presentó súbito, inesperado. Lo vació de arrestos para seguir escuchando.

—Ya, entiendo —lo interrumpió bruscamente.

Balduino pareció confundido.

—¿Qué es lo que entiendes?

—¡Que el rey de Jerusalén ha de estar presente en las procesiones de Semana Santa! —exclamó con vehemencia—. ¡Y su pueblo debe ser capaz de reconocerlo! Eso también está claro. —Amadís adoptó un aire pensativo—. Tenemos cuatro días para lograrlo, pero hemos de darnos prisa.

Balduino abrió mucho los ojos.

—¡¿Cómo lo haremos?!

—Tengo una idea. Pero tendrá que ser ya mañana, bien temprano.

—Pero tú tienes trabajo en el Hospital por las mañanas… —adujo el rey, preocupado.

—Bueno, un día es un día. Ya estuvieron sin mí ocho meses.

VIII

Amadís y Balduino salieron al exterior del recinto con las primeras luces. Echaron a andar por la senda que, entre viñedos y hortales, conducía desde la poterna de la colonia hasta la puerta de Damasco.

—Nunca había estado aquí. Excepto un pequeño sector, jamás había visto la ciudad desde fuera de las murallas —sostuvo el rey mientras miraba en derredor como un conejo desorientado.

—¿Tampoco habéis subido nunca a la torre de Tancredo? —le preguntó Amadís.

—No.

—Ya. Con razón entonces no os suena nada de todo esto. Porque desde allí puede divisarse Jerusalén entero y gran parte de su entorno.

Ambos hombres siguieron durante un rato el contorno de la antemuralla. De pronto, algunas voces lejanas llamaron la atención del monarca. Había un enorme embalse a los pies de la loma. Un grupo de unas veinte personas charlaba animadamente en su orilla. Unos se aseaban; otros tomaban sus aguas.

Balduino lanzó una mirada inquisitiva a su maestro de armas.

—Es el estanque de San Lázaro —le explicó Amadís escuetamente.

—Entonces… ¿son leprosos?

—Así es. —El caballero lazarista apretó el paso, pero enseguida se dio cuenta de que Balduino se había detenido.

—Nunca he coincidido con otros enfermos de lepra. Me gustaría acercarme a ellos —le pidió el monarca.

Las palabras del rey se clavaron en la espalda de Amadís como una descarga de flechas enemigas.

—Vamos justos de tiempo, majestad —trató de disuadirlo.

—Insisto.

Un hombre permanecía sentado en una piedra en el extremo

más meridional del estanque. Ya había terminado su baño o sus abluciones, y por eso se cubría los hombros y la espalda con una manta. Se volvió bruscamente al escuchar pasos.

—Soy yo, Gismond. No temas —se identificó el lazarista.

El enfermo se levantó al escuchar la voz de su amigo y avanzó casi a tientas. Trastabillaba entre las piedras mientras se apoyaba en una tosca muleta.

—Amadís, ¿eres tú? —dijo.

—Sí, hoy vengo acompañado.

Gismond D'Arcy elevó la cabeza para acabar de orientarse; y para tratar de romper los velos de su incipiente ceguera. Tenía los párpados muy engrosados y las pupilas casi enteramente blancas, bañadas por un humor vítreo. Le faltaba una oreja completa y parte de la otra. Su nariz, chafada y consumida por la enfermedad, le confería un aspecto leonino. Varios dedos se echaban también en falta en sus extremidades. Amadís miró de reojo al rey para comprobar el impacto de una visión tan espeluznante. Pero encontró a Balduino firme a su lado. Parecía tranquilo mientras examinaba en silencio el cuerpo mutilado de aquel viejo leproso.

—Majestad, este es Gismond D'Arcy, gran maestre de la Orden de San Lázaro —lo informó—. Mi querido Gismond, tienes ante ti, aunque no lo veas muy bien, a Balduino IV, rey de Jerusalén —añadió hasta completar las presentaciones.

El antiguo hospitalario apenas tardó dos segundos en asimilar el mensaje. Entonces se aferró a su muleta y trató de arrodillarse. Los temblores, sin embargo, amenazaron con colapsar sus piernas.

—¡No es necesario! ¡De verdad que no lo es! —le dijo Balduino mientras le impedía la maniobra.

Gismond D'Arcy le dedicó una sonrisa ciega, pero rotunda.

—Oh, sí, debo hacerlo, majestad. En realidad todos debemos… —murmuró. Después se volvió y llamó a grandes voces al resto de congregados.

Un rumor de sorpresa planeó por encima de las aguas de un estanque al que muchos atribuían propiedades milagrosas. En pocos segundos, el nombre de Balduino estaba pasando de boca en boca, cada vez con más fuerza. Veinte hombres se arrodillaron de una manera u otra, con más o menos trabajo. Uno de ellos se atrevió a proclamar un emocionado *«¡Viva el rey de Jerusalén!». «¡Larga*

vida a Balduino IV!», entonó otro.

Los vítores y las aclamaciones persiguieron a maestro y pupilo durante bastantes pasos. Después, ambos volvieron a detenerse ante un edificio perfectamente cuadrangular y con las paredes cubiertas de cal blanca.

—Es el osario de la colonia —se adelantó a explicar Amadís antes de que el rey preguntara.

Balduino contempló brevemente la estructura destinada a contener los huesos de quienes ya no cabían en el cementerio de San Lázaro. Después se volvió hacia su maestro.

—Dime la verdad, Amadís —le pidió con ojos súbitamente acuosos.

—¿Sobre qué?

—Yo también acabaré mis días como Gismond
D'Arcy
y los otros, ¿no es cierto?

El caballero de San Lázaro maldijo por segunda vez su ocurrencia de bordear la ciudad por fuera para buscar desde allí la puerta de Jaffa.

—No lo sé, majestad —mintió.

Balduino lo agarró por una manga y le zarandeó el brazo.

—¡Tú cuidas de los enfermos del Hospital y ayudas a los internos de la colonia! —le dijo—. ¡Conoces su evolución! ¡Lo sabes todo de la enfermedad, aunque no seas médico! ¡Quiero que me lo digas!

Amadís esperó a que el rey cesara en sus empellones. Entonces lo arrastró suavemente otra vez en dirección a la puerta de Damasco.

—Yo no sé cómo acabarán vuestros días, majestad. Un rey tiene muchas formas de encontrar la muerte —respondió suavemente.

—¿Cuáles?

—Bueno, vuestro mismo padre murió de disentería, por ejemplo, tras una larga campaña contra el enemigo.

—Sí, es verdad —consintió Balduino, algo más tranquilo.

—Otros reyes perecen en el campo de batalla… Y sé de algunos que han reventado después de una comilona para celebrar una victoria. En cualquier caso, eso no debiera preocuparos ahora mismo —concluyó el lazarista cuando Balduino ya estaba más

pendiente del tumulto.

Sobre el mismo puente levadizo de la puerta de Damasco, e incluso en la propia carretera proveniente de la costa, varios centenares de personas esperaban turno para entrar en Jerusalén. Amadís tuvo que explicarle a su acompañante la razón para tanta acumulación de viajeros. La fila de la derecha, la más ágil, la formaban simples peregrinos que llegaban a la ciudad para Semana Santa; en la otra murmuraban y maldecían los comerciantes que a diario se desplazaban desde urbes cercanas o desde el campo. Pretendían vender sus productos en los mercados de la capital, pero antes debían satisfacer los impuestos de portazgo.

—¡Paso al rey! ¡Abrid paso a Balduino IV de Jerusalén! —bramó Amadís cuando alcanzaron la calzada.

Súbitamente, el joven monarca se llevó las manos al pecho y se repasó las ropas con ambas manos. Vestía su indumentaria habitual en un día de adiestramiento: un modesto pellote acolchado con los colores de su bandera y simples escarpes como calzado. Al cinto, una de las espadas de Amadís.

—¡No sé si estoy muy presentable! —se alarmó de repente, al ver mil ojos pendientes de su figura.

El lazarista emitió una sonora carcajada.

—No podríais ir vestido de mejor forma —repuso—. Aunque muchos gobernantes no lo saben, lo cierto es que al pueblo llano le gustan los reyes humildes. Es decir, los que se aproximan a ellos de igual a igual; sin coronas ni floridos albornoces, como si el cargo fuera más bien una cuestión de servicio y no una cosa hereditaria.

—Entiendo —musitó Balduino mientras contemplaba con asombro cómo mercaderes y peregrinos hincaban la rodilla en tierra y le abrían un ceremonioso pasillo por el que ganar la entrada.

—¡¿Estáis acaso sordos?! ¡¿No me habéis oído anunciar la presencia del rey en el puente?! —Amadís amonestó con voz severa a los dos funcionarios apostados debajo de la barbacana.

No había en realidad ánimo de ofensa en aquellos hombres. A diferencia del resto de guardianes y centinelas de la ciudad, ellos sí conocían a Balduino de sobra. Lo habían visto pasear por los jardines de palacio muchas veces. De hecho, solían cruzarse con él cuando acudían a la oficina de aduanas de la torre de David para el cumplimiento de sus variadas labores. Ahora, sin embargo, veían al

pajarillo fuera de su jaula y no daban crédito a sus ojos.

Ambos funcionarios buscaron con la mirada a alguien más autorizado que Amadís para pasear a Balduino por las calles de Jerusalén. Pero al no encontrar al archidiácono ni al regente, optaron por arrodillarse sin mediar palabra.

Alcanzaron la *ruga Ispaniense* a los pocos minutos, pero la abandonaron muy pronto, en su primer cruce, para introducirse en el barrio de los cristianos sirios. Rodearon después los jardines aledaños a la muralla y llegaron a una zona de nuevo abarrotada.

—Nunca había estado aquí —repitió Balduino, como si no conociera otras palabras.

—Sí, bueno, aquí no se le ha perdido nada a un franco —lo disculpó Amadís—, pero hay días en que la visita es obligada.

—¿Hoy, por ejemplo? —preguntó Balduino sin dejar de mirar los puestos.

—En efecto.

El caballero de San Lázaro agarró al rey por el codo y lo empujó suavemente en dirección al mercado de palmas. Allí los cristianos sirios, le dijo, habían encontrado su filón y su monopolio. Eran los únicos que vendían ramas secas de palmera durante todo el año. Ahora, en Semana Santa, y con la llegada de nuevos peregrinos, el negocio marchaba mejor que nunca.

Amadís se detuvo frente a uno de los tenderetes más céntricos y estuvo un rato examinando el género. Al final se decidió por una palma adornada con cintas de colores. Tras pagar por la suya, instó a Balduino a escoger otra. Después, ambos se dieron la vuelta para continuar el paseo entre el gentío. La respuesta del vendedor apenas se demoró unos segundos.

—¡Alto ahí, detengan a los ladrones! —aulló mientras echaba a correr tras la pareja.

El lazarista se volvió con parsimonia al escuchar los gritos. El enfurecido sirio se acercaba a ellos con una estaca en alto. Detrás de él venían otros dos comerciantes también armados, y muchos curiosos. Amadís los esperó tranquilamente, consciente del revuelo. Sabía que la escena atraería a muchos otros mirones.

—¡El chico no ha pagado! ¡Son dos monedas de cobre! —le echó en cara el vendedor, tomándolo sin duda por el padre del muchacho —. ¡Si no tenéis dinero cristiano, acepto medio dírhem sarraceno!

¡Pero nadie se va sin pagar de mi puesto!

Amadís se tomó su tiempo antes de responder. Esperó a que las voces y los gritos dieran paso a una expectación malsana. Lo más habitual en aquellos casos era presenciar un desenlace violento. Nadie llama ladrones a dos hombres con aspecto de caballeros sin que corra la sangre.

—¿Has dicho pagar? —preguntó con ademán incrédulo—. ¿Pretendes cobrarle al rey? ¿Serías incluso capaz de golpear al monarca de Jerusalén por una mísera rama de palma? Me temo que tendré que tomar cartas en el asunto…

Amadís había elevado el tono de su voz mucho más de lo necesario, para que sus palabras llegaran lo más lejos posible. Después desenfundó con gran aparato. No fue, sin embargo, el gesto amenazador del lazarista el que hizo palidecer a los tres comerciantes, sino la duda.

—¿El… el rey? —tartajeó el vendedor agraviado.

—¿Este es el rey de Jerusalén? —titubeó otro de los comerciantes en medio de un rumor cada vez más creciente.

El caballero de San Lázaro inspeccionó el círculo de curiosos que rodeaba la escena. Los bisbiseos de incredulidad pronto alternaron con voces que portaban una mayor certeza. Había ya entre el público una decena de peregrinos recién llegados de la puerta de Damasco, y seguían llegando otros. En ellos confió el lazarista las labores de identificación del monarca.

—¡Es el rey, y está en peligro! —exclamó uno con espanto.

—¡Quieren matar al rey de Jerusalén! —terció otro de los que ya habían visto a Balduino con sus propios ojos.

—¡Debemos impedirlo! —clamó un tercero mientras dos hombres se abrían paso a través de la muchedumbre con sus espadas desenvainadas.

Eran los dos oficiales encargados de la aduana en la puerta de Damasco. Alguien los había informado de lo ocurrido, y debieron de imaginar las consecuencias para ellos mismos si el rey era asesinado delante de sus narices.

—No hay ningún problema, tan solo ha sido un malentendido —los tranquilizó Balduino, que ya tenía a sus pies dos docenas de palmas y muchos otros regalos, incluidas algunas reliquias de santos. Y es que el convencimiento de que el rey estaba visitando el

barrio sirio se había instalado definitivamente entre sus gentes. Ni un solo vendedor dejó de insistirle entonces para que aceptara llevarse gratis cualquiera de sus mercancías. Todos, incluidos los peregrinos más humildes, encontraban gran regocijo si el joven monarca tomaba algo suyo o les dirigía unas palabras. No le quedó otro remedio a Amadís que hacerse cargo de un grueso haz de palmas y otros recuerdos.

Tras varios minutos de sonrisas, parabienes y agradecimientos, maestro y pupilo avanzaron hacia la iglesia de Santa María Magdalena, en el mismo distrito sirio. Al principio eran decenas los que se atrevieron a seguirlos a una prudente distancia. Cuando ambos se detuvieron frente a la muralla norte tal vez fueran ya varios centenares.

—Aquí empezó todo —anunció el lazarista de repente, con un orgullo que a Balduino le sonó anacrónico o tal vez absurdo.

—¿El qué?

Se percató Amadís de que el rey observaba el muro con ojos indiferentes. Poco o nada parecía decirle el color más blanquecino de la mampostería.

—¿No veis que está reparado? —insistió.

—¡Ah, es cierto! —exclamó Balduino, consciente al fin de los cambios.

—A este sector lo llamamos «la brecha» —le explicó entonces Amadís—. Por aquí penetraron los nuestros después de derribar ese trozo de muralla. Tampoco hace tanto…

Un aire de concentración se apoderó de Balduino.

—Vaya, el gran Godofredo de Bouillón… —murmuró extasiado —. Y Bohemundo de Tarento, y su sobrino Tancredo…

—Sí, bueno, pero tampoco debemos subestimar el ataque combinado que Raimundo de Saint-Gilles llevó a cabo desde el sur. De no haber sido por aquella maniobra de distracción…

Dedicaron todavía varios minutos a la contemplación de la famosa brecha. Después las voces y los murmullos les hicieron mirar a sus espaladas. La plaza estaba abarrotada de público. Muchos habían acudido desde la iglesia de Santa María, otros lo habían hecho desde la cercana capilla de Santa Ana. La indecisión acorraló al joven monarca al ver que todo el mundo se arrodillaba en son de respeto.

—¿Qué… qué hacemos ahora? —preguntó.

—Es evidente que esperan un gesto.

—¡¿Mío?!

—¿De quién si no?

Amadís arrastró al rey a la misma base de la brecha y le entregó una de las ramas de palma que llevaba entre los brazos.

—Mostradla al público y dejadla en el muro. Hacedlo despacio, con ceremonia —le aconsejó.

Instruido por su maestro, Balduino se dispuso a glorificar el inicio de un reino. Apoyó hasta media docena de palmas contra la superficie blanca, una por una, con gran veneración y cuidado. Antes de poner la última, se volvió hacia el público.

—¡Sea este el estandarte que representa a todos nuestros hermanos caídos en la batalla! ¡Que el tiempo no nos haga olvidar nunca su hazaña! ¡Honremos siempre su recuerdo! —proclamó con voz enfervorizada el monarca. Después lanzó varios vivas al reino de Jerusalén y a la Ciudad Santa. Unos vítores a los que los congregados respondieron con auténticos rugidos de entusiasmo.

—¡Viva el rey! —tronó entonces Amadís arrodillándose a su lado.

—¡Viva el rey Balduino! —le respondieron mil gargantas de cien nacionalidades cristianas.

Una multitud murmurante los siguió todavía hasta el barrio de los Templarios. Se asombró el rey al ver la antigua mezquita de Al-Aqsá.

Y se maravilló mucho más al ver las nuevas columnas de mármol, los jardines de naranjos, los inmensos aljibes de agua, los almacenes de armas, los graneros, las caballerizas…

—¿Y dices que solo hay trescientos caballeros del Temple en Jerusalén? —preguntó Balduino con ojos incrédulos.

—Más o menos.

Abandonaron el distrito por la *Porta Speciosa*. Un velo de pensamiento ensombreció de repente la mirada del joven monarca.

—Tal vez debiéramos regresar ya. Quizá nos estén buscando… —murmuró preocupado.

Pero Amadís se mostró partidario de continuar ganando adeptos en el barrio Hospitalario y en la iglesia del Santo Sepulcro, aunque ya sin paradas ni burdas triquiñuelas como la del mercado de

palmas. A aquellas alturas todo Jerusalén sabía ya con quién iba de paseo el nuevo conde de Monterroso aquella mañana de abril del año del Señor de 1175.

Las loas a Balduino IV seguían atronando los aires de la ciudad cuando maestro y pupilo enfilaron, por fin, la calle de David y se plantaron frente a la entrada de la ciudadela.

—Majestad, tendréis que despediros de vuestro pueblo de algún modo… —le dijo entonces Amadís al rey, sonriendo.

—¿Lo… lo hago desde aquí? —titubeó el monarca.

El caballero lazarista señaló la torre de David.

—Mucho mejor desde arriba —le dijo.

Balduino distinguió entonces al archidiácono en la misma entrada a los jardines de palacio. El religioso discutía a voz en grito con el retén de guardia y con los dos aduaneros de la puerta de Damasco. Su enfado parecía monumental. Sus aspavientos habrían asustado al mismísimo demonio. Un súbito temblequeo agitó al joven monarca.

—Pe… pero… no sé si podré cruzar esa puerta sin que me detengan… —se lamentó.

Amadís lo fulminó con aquellos ojos de hielo esmeralda.

—¡Sois el rey! —le dijo—. Nunca tengáis miedo a nada.

IX

Guillermo de Tiro no fue consciente de que una sombra furtiva cruzaba a sus espaldas. Sí reparó al cabo en la estampa hierática de Amadís a pocos pasos de distancia. Y en la enorme muchedumbre que abarrotaba la calle de David, la explanada de la cercana catedral de Santiago en el barrio Armenio e incluso los jardines aledaños a la ciudadela.

—¡Maldito tarado! —increpó al lazarista—. ¡¿Dónde está Balduino?!

Amadís sonrió displicente.

—En palacio. ¿No lo has visto pasar a tu lado?

El cuello del archidiácono se retorció como el de una gallina clueca en busca de sus polluelos.

—¿Ya ha entrado? ¿Ya está en casa? —preguntó algo más apaciguado.

—Pues claro. Tan solo hemos dado una vuelta.

Tras el alivio, la cólera ardió nuevamente en el interior del archidiácono. Un dedo acusador se clavó en la cruz verde que Amadís lucía al pecho.

—¡Has puesto en peligro al monarca! ¡Podía haberle ocurrido algo! —le recriminó Guillermo de Tiro.

Amadís enarcó una ceja.

—Oh, sí, claro. Podía haber tropezado con un adoquín suelto. O tal vez podía haberle caído encima una cornisa desprendida. ¿Te refieres a eso?

El canciller pasó por alto la ironía.

—¿Qué diablos te has propuesto? ¿Y qué pinta aquí toda esta gente? —inquirió, súbitamente consciente de la muchedumbre.

Amadís se encogió de hombros.

—Puedes preguntarles tú mismo, pero creo que acaban de enterarse de que tienen un rey de carne y hueso.

Miles de cabezas se alzaron hacia las almenas de la torre de David cuando Balduino se asomó para saludar a los reunidos. Miles de brazos correspondieron a los gestos del monarca. Miles de gargantas entonaron su nombre con los acentos más variopintos.

Guillermo de Tiro observó la escena con ojos opacos.

—¿Ves lo que has conseguido? —le dijo a su amigo.

—¡Por todos los diablos, deberías alegrarte de que Jerusalén entero adore a su rey! ¡¿Qué es un monarca sin su pueblo?! —se encorajinó Amadís al percibir el ademán sombrío del religioso.

—¡No me refiero a eso, imbécil! —masculló el archidiácono.

—¿A qué entonces?

Guillermo de Tiro señaló hacia un extremo de la torre. Dos figuras habían surgido del interior de la fortaleza y se aproximaban a Balduino para compartir con él la alegría de las ovaciones.

—Darle protagonismo a Balduino supone dárselo también a la familia Courtenay. ¿No te das cuenta?

Amadís aguzó la mirada. Eran Inés y Sibila quienes ya flanqueaban al monarca. Ambas mujeres agitaban la mano hacia el público asistente como si aquellas muestras de fervor y cariño fueran también dirigidas a ellas. Una tercera silueta se recortó contra el cielo azul del mediodía. Era apuesta, se apoyaba en un báculo engastado con clavos de oro, vestía ropa talar y se tocaba con un vistoso solideo.

—¿También Heraclio de Auvernia está con los Courtenay? —se admiró el lazarista al reconocer al joven archidiácono de Cesarea en la torre.

Guillermo de Tiro chascó la lengua con desagrado.

—¿Aún no te has enterado?

—¿De qué?

—Heraclio es el último capricho de la madre de Balduino. Por eso viene a Jerusalén con tanta frecuencia. Para acostarse con ella.

Amadís dio un respingo.

—¡¿Son amantes?!

El archidiácono de Tiro entornó los párpados.

—Debes de ser el único que aún no lo sabe. Cada vez somos menos los que todavía no nos hemos ido a la cama con Inés de Courtenay. Conociéndote…, ni siquiera pondría la mano en el fuego por ti —gruñó antes de dejar a su amigo solo a las puertas de

palacio.

El estruendo de algunas voces de mando logró romper el cerco que la muchedumbre había impuesto alrededor de la ciudadela. Por aquel estrecho pasillo apareció el regente, seguido de cuatro escoltas.

Muchos tenían a Raimundo III por un hombre avinagrado y adusto. Pero Amadís sabía que era simplemente el peso del deber lo que al conde de Trípoli le endurecía los rasgos.

—El pájaro ya está de vuelta en su jaula de oro, si es eso lo que buscabas —anunció el caballero lazarista en cuanto tuvo al regente a su lado.

Raimundo de Trípoli lanzó un suspiro.

—¡Loado sea el Señor! —exclamó—. Guillermo me ha avisado hace más de dos horas para que mandara a buscaros. Y he decidido ir yo en persona. Por lo visto, no estaba al corriente de vuestra excursión por los alrededores. Y cuando los funcionarios de la puerta de Damasco le han dado aviso, se ha vuelto loco.

—Espero que tú no tengas inconveniente en que Balduino gane un poco de visibilidad ante sus súbditos —repuso Amadís con prudencia.

Raimundo compuso un gesto ambiguo.

—Puede que no sea tan mala idea teniendo en cuenta que solo le queda un año para alcanzar la mayoría de edad —sostuvo sin mucho entusiasmo.

Desde el viaje de vuelta del presidio de Homs, ambos hombres apenas habían tenido la oportunidad de cruzar palabra. Cada cual había estado enfrascado en sus propios asuntos. Amadís vio entonces la ocasión de sondear a su amigo.

—¿Crees que los barones del reino están por la labor de respetar el mandato de Balduino?

Entornó los párpados el de Trípoli como si el sol le hubiera cegado de repente.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque está leproso, y ya se sabe que a perro flaco…

Meditó su respuesta Raimundo con sumo cuidado.

—No hay tantos que puedan discutirle el trono —dijo.

—Sí, es cierto. Apenas dos o tres —repuso el lazarista, consciente de que estaba pisando terrenos cenagosos—. Pero tú eres

uno de ellos.

Sacudió la cabeza el conde de Trípoli. Había cierta incomodidad, o tirantez, en el gesto.

—Pienso regresar a mi feudo en cuanto Balduino sea mayor de edad. Ya llevo demasiado tiempo fuera, y supongo que es hora de ocuparme otra vez de mis súbditos y de mis negocios.

—Entiendo —murmuró Amadís cuando a Raimundo aún le quedaban palabras en la boca.

—Si exigí la regencia en su momento fue porque, tras la muerte de Amalarico, el Alto Tribunal dejó el reino en manos de auténticos incompetentes. Ahora mi único objetivo es entregarle a Balduino un reino sin guerras pendientes —añadió el regente.

—Ya. Suena bien para un discurso, pero tú y yo sabemos que eso es muy difícil. Por no decir imposible. Los francos vivimos de hacer la guerra contra nuestros múltiples enemigos, pero también de provocarla entre ellos.

Asintió Raimundo, conforme a medias.

—Voy a firmar una tregua con Saladino —confesó—. Si Balduino decide romperla cuando ejerza como rey, eso ya… será cosa suya, no mía.

Ambos condes se despidieron con un fuerte abrazo. Después el lazarista quiso contemplar por última vez una estampa a la que él había contribuido con mejor o peor fortuna: la de un rey vitoreado por miles de súbditos; la de un muchacho feliz dentro de su tragedia. En ese instante, el caballero de San Lázaro se percató de que Inés de Courtenay lo miraba desde la atalaya con ojos brillantes. Casi le asustó el gesto. Era una atención peligrosa, inquietante; como la de un águila imperial justo antes de lanzarse sobre su presa.

X

Amadís y Balduino todavía tuvieron tiempo de recorrer la ciudad en un par de ocasiones más antes de Semana Santa. Ya sin prisas ni inconvenientes, porque hasta el archidiácono comenzó a ver aquellas salidas con buenos ojos. Eso sí, obligó al rey a llevar una escolta de cinco alguaciles.

Con tan nutrida compañía visitaron el barrio armenio, al sur de la ciudad; el distrito más cercano a los reales de Balduino pero no por ello el más conocido. Pasearon junto a la pequeña iglesia de Santo Tomás y penetraron después en la catedral de Santiago. Un templo que Amadís conocía bien, pues su padre, Rodrigo Pérez de Traba, lo había llevado allí varias veces de pequeño. Al ser oriundo de Galicia, el antiguo conde de Monterroso había sido gran devoto del apóstol.

Abandonaron la catedral después de que Balduino desgranara unas cuantas oraciones frente al altar. Amadís no lo hizo. Permaneció respetuosamente en pie, detrás del monarca.

—¿Tú no rezas? —se extrañó el rey.

—Hace ya algún tiempo que perdí la costumbre.

Balduino escrutó con más detenimiento a su acompañante.

—¿Puedo preguntarte por qué? Jamás había topado con nadie de los nuestros que rechazara a Dios —sostuvo más sorprendido que disgustado por el hallazgo.

—Yo no rechazo a Dios —respondió Amadís algo incómodo.

—¿Entonces?

—A mi modo de entender, Dios debe de tener otros asuntos más importantes de los que ocuparse antes que de nosotros, los simples mortales.

—Pero llevas una cruz en el pecho, como los hospitalarios o los templarios. Todos sois *milites Christi*… —porfió todavía Balduino —. Sin duda eso indica…

—Esta cruz verde indica simplemente servicio —lo interrumpió Amadís—, pero a los hombres.

Dejaron Jerusalén por la puerta de Sión, al sur de la catedral, y rodearon el monte del mismo nombre; tan solo porque Balduino se empeñó en conocer el lugar exacto por el que los provenzales de Raimundo de Saint-Gilles habían lanzado su ataque siete décadas antes.

Aprovechando la altura de la colina, el rey admiró los frutales, los huertos, las viñas, los olivos, los campos de cereales… y una franja sucia e inabarcable más a lo lejos.

—¿Jerusalén siempre fue así? —preguntó con ojos curiosos.

—Así… ¿cómo?

—Un vergel rodeado de desierto.

—Dicen que no.

—¿Cómo era entonces? ¿Tú lo sabes?

—Al parecer, bosques infinitos rodeaban la ciudad antiguamente.

—¿Y qué fue de ellos?

—Los nuestros los talaron para hacer torres de asedio, escalas y fundíbulos.

Balduino asintió, conforme con la suerte de aquellos árboles.

—Bien cortados están entonces —murmuró mientras iniciaba el regreso al interior de la fortaleza.

La puerta de los Desperdicios en el mismo valle del Tiropeón los recibió con su inconfundible fragor humano y su rastro de podredumbre; y eso que Amadís trató de evitarle al rey el engorro de la pestilencia. Pero, otra vez, Balduino insistió en ver su ciudad al completo. Quiso admirar el trabajo abnegado de curtidores y carniceros junto al riachuelo en el que vertían todas las inmundicias. Se paseó alegremente por el mercado de los ganaderos. Departió con unos y con otros y circunvaló después el Hospicio de los Alemanes, cerca del distrito Templario.

—¿Queréis saber dónde se ahorcó Judas Iscariote? —le preguntó Amadís cuando avanzaban por la calle del Templo, a la altura del mercado del algodón.

—¡¿Fue por aquí?!

—Ahí adelante, en ese mismo arco. —Amadís señaló la confluencia de los antiguos *cardo* y *decumano*.

Balduino observó el incesante trasiego de gentes por debajo de aquella bóveda de piedras.

—La verdad es que podía haber elegido un lugar más discreto —repuso.

—Posiblemente Jerusalén no era así en época de Cristo.

—¿Tú crees?

—Para empezar, todo esto no existía porque lo construimos nosotros, los francos —explicó Amadís en referencia a las tres calles cubiertas en las que desembocaba el arco de Judas.

—¿Quieres decir que en tiempos de Jesús no había mercados?

—Oh, sí. Seguramente los había, pero no tenían techo, como ahora.

Amadís y Balduino estaban charlando posiblemente en el lugar de mayor tránsito de toda Jerusalén. Justo el punto de intersección de los cuatro sectores principales de la ciudad. El lazarista dudó sobre la conveniencia de exponer al monarca a las apreturas de los bazares. Decidió finalmente que ya no era la mejor hora y aplazó la visita para otro momento.

Ambos regresaron a los dos días. Y esa mañana, Balduino disfrutó como un niño pequeño. Trasteó entre tenderetes durante horas mientras aceptaba regalos y chucherías de los vendedores. La calle de las Especias le emborrachó los sentidos con sus fragancias exóticas y sus colores inimaginables; le acostumbró también los oídos a voces de continentes y lugares impronunciables. La *ruga Malquisinat* le demostró a Amadís que el rey contaba con el mismo apetito voraz que su padre, el difunto Amalarico.

Balduino devoró sobre la marcha dos enormes piezas de asado. No le importó además verse rodeado de humos y de peregrinos entusiasmados. Inevitablemente, la sed lo asaltó a la salida de la calle de «la mala cocina». El caballero lazarista se atrevió entonces a enseñarle El León Dorado.

El tiempo se congeló en la taberna de Ivette cuando Amadís abrió la puerta y pregonó el nombre del rey con voz estentórea. En ese instante, decenas de conversaciones quedaron suspendidas en el aire mientras sus dueños se debatían entre la incredulidad y el asombro.

—¿Mi padre nunca estuvo aquí? —preguntó Balduino al ver los gestos de estupor de los concurrentes.

—Nunca.

—¿Y mi tío, Balduino III?

—Tampoco —respondió el lazarista con la misma contundencia.

—¿Ni siquiera el rey Fulco?

Amadís presintió el nerviosismo de los clientes. La mayoría no sabía a qué atenerse, y se levantaba para ceder su sitio a los recién llegados. Otros se arrodillaban junto a sus mesas ceremoniosamente. El caballero de San Lázaro los serenó a todos con un gesto de la mano.

—Ni siquiera el rey Fulco, majestad —dijo—. Ningún monarca se había mezclado tanto con sus vasallos —añadió antes de pedir dos jarras de vino.

A las procesiones de Semana Santa acudieron los de costumbre: el regente, el senescal, el condestable, el canciller… y todos los cargos principales del reino. De los barones y señores de los feudos vasallos tampoco se echó en falta a nadie. Obviamente, por delante de ellos desfilaron los canónigos del Santo Sepulcro, el patriarca latino, los archidiáconos de todas las ciudades relevantes y, en realidad, cualquiera que vistiera un hábito religioso. Pero si aquellos eventos resultaron multitudinarios se debió fundamentalmente a la presencia del rey Balduino entre tanto prohombre cristiano.

A Amadís no se le vio tomar parte en tan aparatosos despliegues de religión y opulencia. No acudió a la procesión del Domingo de Ramos, ni a la de Resurrección, ni a la que ascendió al monte del Calvario siguiendo el viacrucis de Jesucristo. Tampoco a la que terminó en las puertas de la iglesia de la Cuna de la Virgen María. Por eso tuvo que enterarse del éxito de aquellos eventos por boca de Ivette.

Ella le habló de la presencia cautivadora de Bohemundo de Antioquía. Y de Inés de Courtenay y Sibila, siempre al lado de Balduino. Entre risas le oyó decir también que los cuernos de Reinaldo de Sidón, tercer marido de la madre del rey, asomaban por encima de la cruz de Cristo.

—Por cierto, nunca te perdonaré que no me presentaras a Balduino el día que lo trajiste a la taberna —le dijo al oído.

Amadís la apretó contra sí. Le gustaba sentir el calor de aquel cuerpo desnudo pegado al suyo.

—En realidad tuve miedo de que te encapricharas de él y me

abandonaras por alguien más joven —bromeó.

La risa de Ivette escapó por la ventana como una corriente de aire fresco.

—La verdad es que, de lejos, me pareció un chico de lo más atractivo —dijo.

—Sin duda lo es —replicó Amadís mientras buscaba sus labios.

El gesto súbitamente grave de Ivette aplazó el beso.

—¿Es cierto lo que algunos dicen de él?

—¿El qué?

—Que está leproso.

Amadís sintió los ojos de la muchacha fijos en los suyos. Sobre la enfermedad del monarca muchos habían oído campanas, pero pocos sabían a qué carta quedarse. Y menos ahora, cuando todo el mundo lo había visto recorrer las calles de Jerusalén como un ciudadano cualquiera.

—No sabría decirte —le mintió mientras trataba de esconder su mirada entre las tinieblas de la noche.

La mano de la tabernera se apoyó en el mentón del caballero lazarista. Con ademán suave lo obligó a girar la cabeza.

—A mí puedes contármelo…

Asintió Amadís en silencio, incapaz de eludir la verdad con más requiebros.

—Ahora mismo no tiene vestigios de lepra. Al menos, no signos importantes —murmuró.

—Pero está enfermo…

—Está enfermo, pero vivo —reconoció al fin, sin paliativos.

XI

Amadís no necesitaba los trinos de los pájaros para despertarse. El amanecer solía pillarlo con los escarpes ya puestos y la ropa ceñida al cuerpo. Aquella madrugada aún quedaban por recoger muchas estrellas del firmamento cuando se levantó de la cama.

Ivette se movió perezosa en el lecho.

—¿Ya te vas? Aún es muy pronto. ¿No quieres que volvamos a hacerlo? —le preguntó.

—Hoy tengo más prisa —se disculpó.

—¿Por qué?

—Quiero dejar listo el muñeco antes de empezar con el trabajo en el Hospital.

—¿Qué muñeco?

—El rey va a empezar hoy a ejercitarse con la espada —repuso mientras se ceñía la suya propia al cinto.

Ivette lanzó un beso al aire y se dio la vuelta.

—Procura que no se corte…

Amadís cerró la puerta de la alcoba con delicadeza; también la de la taberna, en la planta baja. Y todavía permaneció un par de minutos inmóvil bajo el cobertizo. Atento, alerta, escuchando el aliento de la noche en busca de anomalías. No oyó ulular a los búhos, lo cual habría sido la señal más tranquilizadora, pero se puso en camino de igual manera. La prisa lo acuciaba y, en cualquier caso, los gritos de los borrachos y los juramentos de los jugadores del puente de piedra le parecieron los acostumbrados.

Con el fin de ahorrar tiempo, se dirigió directamente a la calle de los Alemanes sin rodear su hospicio, como solía. Ya en el descampado, escuchó pasos entre la niebla. Al principio no le dio importancia. Atribuyó aquellos ecos a algún noctámbulo impenitente como él mismo. No, obstante, aceleró con el fin de comprobarlo. Al llegar a la primera bifurcación, el rumor de pisadas

continuaba, persistente, a su espalda. Su perseguidor estaba tratando de acortar distancias. Escuchó entonces voces de otros hombres que se reclamaban con insistencia entre jirones de algodón blanco.

Amadís torció el gesto. La experiencia le dijo que eran al menos cinco o seis los desconocidos que le pisaban los talones. Escogió finalmente el ramal derecho. Era el más corto para alcanzar el arco de Judas y también el más empinado. Si no lo habían visto todavía, sus perseguidores tendrían que dividirse en aquel punto, so pena de arriesgarse a penetrar todos juntos en un callejón vacío.

Un juramento se le atascó en la garganta al alcanzar el centro neurálgico de Jerusalén. A apenas veinte pasos, dos hombres controlaban la calle del Templo, la que confluía con el arco de Judas por la derecha. Una cosa se le antojó clara en aquel instante: aquellos no eran simples truhanes en busca de una bolsa con la que aminorar sus pérdidas en el juego. Aquellas gentes parecían organizadas y, lo peor de todo, estaban llevando una cacería a gran escala. Habían tendido un lazo que debía cerrarse sobre su presa en el mismo corazón de la ciudad, allá donde el venado acabaría llegando, por un sitio o por otro, en su afán de huir de los perros.

El grito de alerta de uno de los vigilantes espantó a las palomas que dormían sobre los sotechados de la *ruga Malquisinat*. Amadís no lo dudó. Entablar una pelea en la que pronto se vería acorralado por varios frentes no era una opción asumible. Además, nuevas voces y más pisadas resonaron dentro de las tres calles cubiertas de los mercados. También en la de Judas Iscariote y en sus paralelas en el barrio Armenio.

Amadís descendió por los escalones de la calle David a grandes trancos, despreocupado ya de provocar ruidos o tintineos. Llevaba la mirada puesta en la siguiente esquina, y la espada desenfundada. Estaba seguro de que otros sicarios estarían esperándolo en aquella vía de acceso a la puerta de Jaffa. Tan solo confiaba en no encontrarlos demasiado pronto.

Dejó atrás el mercado, vacío, de las Especias y giró a la derecha en cuanto pudo, para introducirse en el barrio de los Caballeros de San Juan. Zigzagueó entre los olivos y los arbustos plantados frente a su famoso hospital. Tras rodearlo, se detuvo junto al estanque del Patriarca. Una pareja de amantes se timaba debajo del acueducto

que alimentaba aquella enorme laguna. Aparte de ellos, silencio.

La brisa nocturna le trajo algunas voces exaltadas que él ubicó en la calle de David. Así pues, los asesinos del sector este se habían encontrado con sus análogos de la zona opuesta. Se culpaban unos a otros por la falta de éxito de la emboscada. El jabalí no acababa de caer en la trampa, y por ello discutían sobre el nuevo rumbo que tomar por los sabuesos.

Amadís estimó en un par de minutos su ventaja. En cuanto la cabeza se les enfriara un poco, aquellos perros de presa se darían cuenta de que la única escapatoria posible para el fugitivo, al menos temporalmente, era adentrarse en el distrito Hospitalario. Por eso no podía quedarse allí eternamente.

Imaginó que sus perseguidores peinarían la ciudad en dirección norte, con el fin de culminar la emboscada en la puerta de Damasco. Lo harían en grupos de tres o cuatro; con el fin de cubrir todas y cada una de las calles. Rastrearían las plazas, las iglesias e incluso los descampados. Para semejante labor, Amadís calculó necesario contar con al menos veinticinco hombres. En cuanto alguna de las patrullas avistara a la presa, el resto se presentaría en cuestión de minutos.

Desestimó la calle del Patriarca como una vía de aproximación a la iglesia del Santo Sepulcro. Asomarse a la puerta de la Crucifixión habría supuesto asumir el riesgo de encontrarse con los primeros niños mendigos. A pesar de la hora, tal vez algunos pequeñuelos ya estuvieran pululando alrededor de la rotonda a la espera de los primeros peregrinos. En cualquier caso, el destino final de Amadís era la *curia regis*.

Se decía que tanto Godofredo de Bouillón como su hermano Balduino I habían habitado aquel coqueto palacio en los primeros años del reino. Hasta que la escasez de medios había obligado a los cruzados a vender el plomo de su tejado. La ruina amenazaba ahora al insigne edificio, igual que al estrecho pasaje que conectaba el jardín de la *curia regis* con la iglesia del Santo Sepulcro.

Amadís se coló por uno de los agujeros horadados en el muro de la emblemática residencia y penetró en la galería. Dejó que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad antes de ponerse a buscar el escondite. Era aquel un pasadizo angosto, un vestigio de tiempos ancestrales, tal vez un refugio que los primeros cristianos de

Jerusalén utilizaban para huir de los romanos. Guillermo de Tiro le había enseñado aquel apartado rincón hacía ya años, cuando el archidiácono aún se empeñaba en combatir su descreimiento a base de largos paseos y sesudas charlas. Al cabo de los meses, el religioso había terminado desistiendo.

Amadís avanzó hasta topar con la tosca balaustrada que remataba la gruta. En lugar de saltarla, retrocedió dos pasos y tentó la pared izquierda con ambas manos. Al fin encontró el hueco. Según Guillermo de Tiro, en aquella misma oquedad los romanos habían emparedado a san Simeón en vista de que ninguna tortura lograba matarlo. Tan solo por irritar a su amigo, Amadís sostuvo que aquello tenía más pinta de ser el escondrijo donde el patriarca latino de Jerusalén tabicaba a sus amantes cuando se cansaba de ellas.

Cuatro hombres penetraron en la galería con las espadas brillantes. Avanzaron con cautela a lo largo del túnel. Eran cuatro asesinos alerta, cuatro alimañas con todos los sentidos en guardia, excepto la vista. Pasaron a dos palmos de su presa sin advertirla, y se asomaron a la balaustrada todavía ciegos. Nunca le había gustado a Amadís matar a nadie por la espalda, ni siquiera en el campo de batalla. Había ocasiones, sin embargo, en que la nobleza y los escrúpulos convenía pasarlos por alto.

Desenfundó su daga de misericordia muy lentamente con la mano izquierda. La espada ya la llevaba preparada en la derecha. Entonces se aproximó a sus víctimas. Los cuatro hombres fisgaban en un antiguo jardincillo convertido en selva. Esforzaban sus ojos entre la maleza, por si allí se escondiera el fugitivo. El caballero lazarista apuñaló al primero de sus rivales en la misma cerviz, y al segundo en el cuello. Fueron dos golpes limpios, concatenados, asestados con la velocidad del relámpago. Ambos desdichados murieron tal y como Amadís esperaba: uno con la boca muy abierta y el gesto helado por la sorpresa; el otro, asiéndose el gaznate con ambas manos mientras la vida se le escapaba a borbotones. Al tercero, el lazarista le endosó dos palmos de acero en las tripas. Con el cuarto no tuvo más remedio que trabar combate.

Retrocedió Amadís muy despacio mientras se quitaba de encima la lluvia de tajos. Se trataba tan solo de una retirada aparente, pues el objetivo del lazarista no era otro que sumergir a su rival en la

zona más oscura hasta dejarlo ciego. Lanzó un primer golpe de punta cuando le pareció que su rival trastabillaba entre el escombro. El desconocido ahogó un gemido al sentir la punzada en el hombro. Aun así contraatacó con firmeza, pero sin tiento. La penumbra continuaba inutilizando sus ojos. Por eso sus mandobles solo conseguían arrancar chispas de las pareces y hasta del techo.

El segundo tajo del conde de Monterroso le cercenó el antebrazo derecho. Un estertor de angustia se le escapó al desconocido al adivinarse manco. El dolor y la agonía le llegarían un poco más tarde. Amadís también lo sabía, y por eso le habló antes.

—Te doy a elegir entre ser un tullido para los restos o un hombre muerto desde ahora mismo —le ofreció—. Para la primera opción solo tienes que decirme quién te envía. Para la segunda, te basta con guardar silencio.

Un salivazo en pleno rostro fue la respuesta del hombre muerto. Todavía andaba el lazarista frotándose las flemas cuando se acuclilló junto al que se taponaba las entrañas con ambas manos. A ese también le hizo una oferta, aunque en términos distintos.

—Puedes morir rabiando como un perro o puedes acortar los plazos de manera casi indolora. Dime para quién trabajas y este filo te parecerá mano de santo —le susurró mientras le colocaba al cuello su daga de misericordia.

Amadís se revolvió como una culebra en apuros antes de que el otro pudiera responderle. Había una quinta sombra en la galería y no se había dado cuenta. Se aproximaba, en cualquier caso, con desconcertante parsimonia aquella figura misteriosa.

—No hace falta que mates a todos mis hombres. Tan solo pretendía hablar contigo en privado… —le dijo una voz femenina, insinuante, falsa como un dírhem de plata.

Inés de Courtenay se colocó de cara a la escasa luz que ya se colaba por entre los barrotes de la barandilla. La madre del rey venía embutida en una indumentaria enteramente masculina, aunque con algunos toques personales. Vestía calzas muy ajustadas y chapines con suela gruesa de corcho para no pisar las inmundicias del terreno. Un coselete muy apretado y abierto realzaba aún más un busto ya de por sí exuberante. Sobre los hombros lucía una larga capa negra para quitarse el relente de la noche.

—¡¿Qué diablos pretendéis con todo esto?! —bufó Amadís

señalando a los muertos y al moribundo.

La dentadura perfecta de Inés resplandeció en la gruta.

—Tan solo sacarte de tu error y ahorrarte males mayores —dijo.

La perplejidad golpeó al lazarista como un puño de piedra, y le hizo bajar su arma.

—¿Error? ¿Qué error? —titubeó por primera vez en la noche.

Inés de Courtenay observó con satisfacción el gesto descompuesto del caballero de San Lázaro. Entonces lo aferró por la ropa y lo atrajo hacia ella como a un muñeco de trapo. Amadís recibió en plena cara el hálito tibio con el que muchos soñaban en Tierra Santa. Sintió clavarse en su pecho los senos turgentes de la condesa. Acusó también la puñalada intangible de su desprecio.

—Hasta Guillermo de Tiro sabe que el futuro del reino de Jerusalén no pasa por Balduino, sino por mi hija, Sibila —le espetó la madre del monarca.

Afortunadamente, Amadís reaccionó a tiempo. Su daga de misericordia se abrió paso entre los dos cuerpos cuando mayor era la cercanía.

—No permitiré que le usurpéis el trono a vuestro hijo. La enfermedad no le impedirá reinar —replicó con voz ronca, posando su puñal bajo el cuello de la condesa.

—No se te ocurra ser un estorbo para lo inevitable, conde de Monterroso… —lo advirtió ella, no obstante, sin ceder terreno—. He oído que has heredado tierras en España. ¡Pues márchate allá mientras puedas!

Durante varios segundos, el caballero de San Lázaro mantuvo el pulso de aquella mirada. Y también la amenaza de su daga. Un simple pinchazo en una zona tan tierna, pensó, despejaría de forma definitiva el horizonte borrascoso de Balduino IV.

—Decidme una sola razón para que no os mate ahora mismo —le dijo al fin con la boca ya pastosa.

Inés de Courtenay esbozó una sonrisa perversa.

—No vas a matarme porque matarías también a Balduino si lo hicieras. Él me adora —respondió tranquilamente.

Amadís se mordió un labio. Voces mercenarias atronaban la rotonda del Santo Sepulcro, y también la plaza de los Mercaderes. Debía marchar ya. Alguno de aquellos sicarios daría pronto con el pasadizo. En realidad, no tenía miedo por él. Había sobrevivido a

muchas emboscadas como aquella. Pero sí le preocupaba alguien que no contaba con tantos recursos.

—Es cierto lo que decís —asintió al fin, cabizbajo—. Mataría a Balduino si acabara con vuestra vida. Pero no dudaré en hacerlo si a Ivette le ocurre algo. Ese día os buscaré, os encontraré… y os cortaré la cabeza delante de vuestro hijo. Y para demostraros que no bromeo, os dejaré un recuerdo.

Los gritos de Inés de Courtenay al sentir el corte de la daga justo debajo de la barbilla y después la hemorragia fueron lo último que Amadís escuchó mientras saltaba limpiamente la balaustrada y desaparecía entre el forraje.

XII

Balduino tomó asiento en el pretil de la fuente y observó durante unos instantes los destrozos causados en el muñeco. El casco lo tenía abollado por los golpes, los troncos que hacían las veces de brazos mostraban las mellas provocadas por el filo; la vieja cota de malla que Amadís había rellenado de arena y paja para simular el tronco de un humano era un auténtico coladero con mil agujeros y otros tantos desgarros.

Llevaba ya muchas semanas ensayando con la espada; aplicando la técnica aprendida con cañas y palos a una hipotética situación de combate.

—Amadís… —reclamó, todavía resollando de cansancio.

—¿Qué, majestad?

—¿Qué se siente al matar a un hombre?

El caballero lazarista estaba saciando su sed tras una calurosa sesión de espada. La pregunta le interrumpió el trago.

—¿Os referís al primero? —preguntó tras pensarlo un poco.

—¿Hay diferencia?

Amadís volvió a meditar.

—Diría que sí. En realidad, estoy seguro.

Balduino lo miró con ojos ansiosos, expectantes.

—¡Explícamelo entonces! —lo apremió.

El lazarista apuró su jarro lentamente. Se debatía en la incertidumbre. No sabía si contar la verdad o solo lo procedente. En realidad, recordaba con bastante nitidez su primer muerto, y también el último. Los otros, los de en medio, ya no tenían cara ni ocupaban espacio en su memoria. Eran, en cualquier caso, demasiados como para ir guardando un registro.

—Uno nunca se libra del rostro de su primera víctima —afirmó, lacónico. Calló lo demás por miedo a que Balduino le preguntara por los caídos en la galería del Santo Sepulcro.

Sacudió la cabeza el rey, insatisfecho con la respuesta.

—Ya, pero… ¿qué se siente? ¿Qué se piensa al clavarle la espada o la lanza a un contrario?

—En realidad no da tiempo a gran cosa —se defendió Amadís—. Todo ocurre muy deprisa en una batalla…

—Sí, pero en el momento de iniciar la carga al menos debes apuntar tu lanza hacia algún cuerpo… Lo vas viendo acercarse según galopas… Has de distinguir sus rasgos en algún momento… Tendrás de llevar entre ceja y ceja algún tipo de pensamiento —lo acorraló el monarca.

Amadís lo pensó por primera vez en su vida.

—No es odio lo que se siente, si os referís a eso —respondió.

—¿Ni siquiera si los de enfrente son sarracenos?

El lazarista sintió el rayo de dos ojos muy abiertos pendientes de sus reacciones.

—Ni siquiera si lo son, aunque yo solo puedo hablar por mí, majestad —arguyó.

—Pero tú has matado a muchos infieles… —insistió Balduino.

—Sí.

—Entonces… ¿por qué lo has hecho si no los odias? Hay mucha gente en Jerusalén que no toma parte en las guerras pero son de los nuestros… Podías haberte dedicado al comercio, o haberte hecho religioso…

Amadís no necesitó pasar revista a su vida para dar una respuesta.

—Ha sido el destino, majestad.

—¿No le rezas a Dios pero crees en esas cosas? —se aturulló el joven monarca.

El caballero de San Lázaro se atrevió a expresar entonces el resultado de muchas noches de reflexiones; de muchas horas gastadas en brazos del desvelo.

—El destino nos rompe como si fuéramos de cristal, y nuestros pedazos nunca más vuelven a unirse; entre otras cosas porque no hay manera de encontrar los fragmentos —murmuró como si hablara consigo mismo.

Balduino permaneció unos instantes en silencio, cavilando sobre lo que le había sonado como un acertijo.

—¿Quieres decir que nuestras vidas están ya escritas desde que

nacemos y que poco o nada podemos hacer por cambiar su rumbo?

Amadís asintió. Rememoró brevemente su infancia en Trípoli, su juventud en Jerusalén, su participación en las guerras de todos los reyes cristianos, su matrimonio con Céline… y el resto de su tragedia. No se le ocurrió forma alguna de reparar un jarrón fracturado en mil añicos.

—En realidad, nos queda muy poco margen —dijo—. Por eso vos nacisteis para ser rey, y vais a serlo por encima de todo.

Una nube de pensamiento rodeó a Balduino.

—En verdad me gustaría saber si alguna vez lograré acceder al trono —musitó abstraído.

—¡Reinaréis!

Balduino chascó la lengua.

—En ese caso procuraré ser mejor gobernante que Raimundo de Trípoli o que mi propio padre —sostuvo con un gesto de determinación que asombró al lazarista.

—¿No os pareció correcta la labor de vuestro padre, el rey Amalarico? —le preguntó atónito.

—Regular.

—¿Tampoco la del conde de Trípoli?

—Tampoco. —Balduino agitó la cabeza, presa de un convencimiento meditado y profundo.

—¿Por qué?

—Ambos han sido gobernantes excesivamente prudentes —dijo —. Dejaron pasar demasiadas oportunidades para hacer daño al enemigo. Eso se llama miedo.

—La prudencia no es una mala virtud en un rey… —sostuvo Amadís, consciente de los esfuerzos de ambos hombres por nadar y guardar la ropa dentro de unos territorios siempre inestables. Pero Balduino volvió a mostrarse tajante.

—Jerusalén solo puede ser de uno. Aquí no cabemos árabes y cristianos —murmuró mientras contemplaba las mellas de su espada —. Puede que no se requiera odio para matar sarracenos, pero sí se necesita el convencimiento de que somos nosotros o ellos. Y por eso no podemos darles tregua.

Amadís ya no se atrevió a contradecir al rey. Además, Bartolomé y Gastón habían aparecido en el patio, a lomos de sendos caballos. Traían del ramal otras dos monturas ya ensilladas.

—Creo que nos buscan —dijo.

—¿Adónde iremos hoy? —preguntó Balduino.

Maestro y alumno llevaban casi dos meses recorriendo los alrededores de Jerusalén por las tardes, después de practicar con la espada. El verano había alargado los días volviéndolos tórridos, interminables. Por otro lado, las ganas del rey por conocer su reino resultaban irrefrenables.

Habían comenzado circunvalando la ciudad al principio. Habían cabalgado después hasta los cercanos embalses de Siloé, Mamila o la Nueva Cisterna. Pero al rey todo se le hacía poco. Y Amadís había tenido que ir ampliando los círculos, trazando recorridos cada vez más amplios, para que Balduino viera, aunque fuera de lejos, otros horizontes de su territorio.

Habían pasado junto a Betania; penetraron una tarde en Belén y otra en Jericó, siempre de incógnito. Porque aquellas correrías las hacían a espaldas del archidiácono; y precisamente por eso Amadís había acabado recurriendo a la compañía sus dos camaradas de Orden, para evitar imprevistos.

Aquella tarde el grupo se desplazó hasta el mar Muerto, a apenas veinte millas de Jerusalén. Era uno de los pocos lugares accesibles en una sola jornada que Balduino todavía no había visto. A la vuelta, al rey le brillaban los ojos.

—¡Quiero ver más! ¡Pronto! —le pidió a Amadís sin bajarse del caballo.

—¿Más? No hay mucho más en los alrededores de Jerusalén, majestad.

—Quiero conocer mi reino más a fondo. Quiero ver las grandes ciudades: Ascalón, Jaffa, Acre… ¡Todas! —resumió en una sola palabra.

Amadís trató de hacerle ver las dificultades y los inconvenientes de la empresa.

—Bueno… Eso significaría emprender un viaje muy largo. Son grandes distancias, majestad… No podríamos ir solos… Posiblemente Guillermo de Tiro no…

—¡Soy el rey! ¡Puedo hacer lo que guste! —concluyó Balduino con mirada llameante.

Para sorpresa de Amadís, Guillermo de Tiro no se opuso a la aventura. Tampoco lo hizo el regente. El archidiácono tan solo puso

dos condiciones: él también se uniría al grupo; además, un escuadrón de caballería de setenta jinetes los escoltaría permanentemente.

Balduino torció el gesto en un primer instante al advertir la pérdida del encanto. Embarcarse en un viaje rodeado de setenta hombres desconocidos no era lo mismo que hacerlo en compañía de tres amigos.

—¿Para qué queremos un ejército a nuestro lado con la paz que Raimundo acaba de firmar con Saladino? —arguyó, otra vez crítico con las tácticas conservadoras del regente.

—Setenta jinetes de caballería pesada no es un ejército —le reconvino Amadís rápidamente.

—¿Y cómo lo llamas tú entonces?

—Una fuerza necesaria.

Balduino dio su brazo a torcer finalmente, sobre todo cuando el lazarista le hizo ver la oportunidad que le brindaba el destino: por primera vez ostentaría el mando de una tropa de élite, incluso si el condestable, Hunfredo de Torón, se animaba a ir con ellos.

La fecha de la partida se fijó para el 1 de agosto. Antes había que enviar emisarios a todas las ciudades por las que pasaría el monarca. Para que engalanaran las calles con pendones y estandartes del reino, para que encarcelaran a todos los maleantes y sospechosos, para que limpiaran las inmundicias del suelo que iba a pisar Balduino IV de Jerusalén. Es decir, para que tuvieran todo dispuesto.

La tarde anterior a aquel primero de agosto Amadís no quiso pasarla solo. Por si acaso. Porque uno nunca sabía dónde y cuándo el martillo del destino querría hacer más añicos de unos vidrios ya bastante esparcidos.

Buscó a Ivette en El León Dorado y la convenció para dar un paseo. Ambos echaron a andar por la calle de Los Molinos, en el mismo valle del Tiropeón. Amadís compró una hogaza de pan en una de las muchas panaderías y un tasajo de cerdo en la carnicería del matadero, justo al lado de la puerta de los Desperdicios.

Por aquel mismo arco salieron al exterior de Jerusalén y avanzaron hacia el sur hasta alcanzar el embalse de
Bir-Ayyub,
allá donde los caballeros de San Juan del Hospital habían plantado

su osario. Cenaron pan con tocino entre dos luces. Después el agua los reclamó como a dos peces nocturnos.

—Te vas con el rey, entonces… —le dijo Ivette mientras se desvestían.

—Solo unas semanas. Tal vez un mes, o mes y medio como mucho —repuso, consciente del desasosiego de la muchacha.

—¿No aprovecharás la ocasión para coger un barco desde Acre o desde Jaffa y marcharte sin mí a España? —preguntó tratando de que sus palabras sonaran a chanza.

Amadís enarcó las cejas.

—Nunca lo había pensado. Tal vez no sea tan mala idea —respondió en el mismo tono.

Los ojos de Ivette se posaron en la línea desfalleciente del horizonte. Dulces, soñadores, melancólicos.

—¿Alguna vez has pensado en envejecer en algún sitio que no sea Jerusalén, junto a alguien, sin guerras ni peligros? —le preguntó.

—¿Con niños?

Ivette se encogió de hombros.

—O sin ellos.

Amadís nunca había contado con llegar a viejo. En realidad, tal vez ya hubiera visto demasiado después de todo lo ocurrido.

—La verdad es que no —confesó, incapaz de imaginar una vida sin puñaladas ni sobresaltos.

Ivette se estremeció al introducirse en el agua del embalse. Lanzó un gemido al notar el cascajo en la planta de sus pies desnudos. Amadís se acercó a ella por la espalda y la cogió entre sus brazos, también desnudo, también trémulo por el contacto.

—¿Todavía sueñas con ella? —le preguntó la muchacha cuando él le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

Amadís cejó en sus carantoñas.

—A veces —mintió, porque eran todas las noches las que veía el rostro de Céline dentro de una nebulosa.

En realidad, no eran visiones ardientes las que se presentaban infaliblemente en las pocas horas en las que lograba conciliar el sueño. Era siempre la misma nube negra, la misma pesadilla recalcitrante en la que Céline y el pequeño Santiago, el hijo de ambos, aparecían cogidos de la mano. Los dos lo llamaban a gritos

mientras un torbellino arrastraba al abismo la barca en la que viajaban. Desgraciadamente, Amadís nunca llegaba a tiempo para salvarlos.

—¿Me dirás si un día ya no la ves en tus sueños?

—Sí.

Ivette se revolvió en el agua. Ciñó sus muslos a las caderas del caballero de San Lázaro. Lo besó en los labios. Lo sintió ya preparado para la cópula.

—Eres un hombre bueno, pero extraño —le dijo con aquella mirada a medio camino entre la pasión y la tristeza.

—Lo sé.

—Daría lo que fuera por saber cómo acabaremos —repuso antes de entregarse a él—. Daría la vida por verte feliz.

—El destino decidirá por nosotros —le contestó el lazarista.

XIII

Balduino se puso en marcha aquel 1 de agosto con un humor de mil diablos. Se enteró aquella misma mañana de que los ejércitos sicilianos estaban atacando Egipto pero que Raimundo había desestimado ayudarlos para no indisponerse con Saladino. Guillermo de Tiro, en cambio, se mostró conforme con los acontecimientos. Y así trató de explicárselo al rey: no era posible estar en misa y a la vez repicando. No resultaba lícito ni lógico firmar una tregua e incumplirla al día siguiente. Gracias a la paz, le dijo, el reino de Jerusalén podría dormir tranquilo durante un tiempo.

—Nosotros dormiremos tranquilos, sí, pero ellos aprovecharán la paz para hacerse más fuertes —fue la respuesta entre dientes del joven monarca.

La gran fortaleza de Ascalón los recibió con las últimas luces del día. Sin embargo, antes de penetrar en aquella, Balduino insistió en circunvalarla en todo su perímetro. Pretendía ver los lugares de mayor batalla, así como conocer todos los detalles de su reciente conquista. Habían sido la fe y la paciencia de su tío Balduino III los artífices de la victoria en aquel sangriento asedio, le aseguró el archidiácono.

Cinco días más tarde, el rey se trasladó a Jaffa, y una semana más tarde al señorío de Arsuf. Desde allí siguió ascendiendo por la costa hasta Cesarea, donde también permaneció unos cuantos días. En Acre, Balduino se habría quedado una vida entera.

Le encantaron la ciudad, la bahía, el clima y las enormes plantaciones de caña de azúcar que inundaban la planicie costera. Paseó por su puerto repleto de barcos mercantes, y de peregrinos recién llegados de Europa. Se mezcló con desparpajo entre aquellas gentes estupefactas. Respondió a sus loas y muestras de cariño. Recorrió el camino de ronda de unas murallas construidas igual que

balcones colgantes sobre el agua. Ascendió con Amadís a todas sus torres, y se demoró un poco más en la de San Nicolás, en el extremo oeste de la fortaleza. Porque desde ella pudo divisar, al fin, la grandiosidad de su reino.

—Todo eso es vuestro —le dijo el caballero de San Lázaro desplegando el brazo en círculo.

—No, todo eso es de Dios —le contradijo Balduino—. Es el Reino de los Cielos. Yo solo trataré de ser su guardián, si tengo fuerzas.

Tras descansar en Acre unos días, el rey prosiguió camino hasta Tiro. El archidiácono disfrutó allí tanto como el monarca. Porque pudo mostrar a sus gentes a un monarca todavía en una pieza. Celebró varias misas acompañado de cien canónigos y repartió bendiciones a dos manos por sus calles y plazas. Aprovechó también la ocasión para pedir a los fieles más contribuciones a las arcas de la Iglesia. Y para echar pestes de Heraclio de Auvernia, el archidiácono de Cesarea.

A Balduino le habría gustado continuar viaje hasta Trípoli y Antioquía, pero Amadís logró quitarle la idea de la cabeza. No era conveniente seguir más adelante, le aconsejó. Aunque tanto Raimundo de Trípoli como Bohemundo de Antioquía le debían obediencia, aquella servidumbre era tan solo teórica. En su fuero interno ninguno de los dos se consideraba súbdito del reino. Y, por eso, pisar el condado o el principado habría sido como invadir los territorios de dos leones muy fieros y poderosos.

La expedición emprendió el regreso a Jerusalén desde la ciudad de Beirut a principios de septiembre. El plan de ruta establecido incluía visitar el lago Tiberíades, detenerse unos días en la fortaleza de Nablus y también en Nazaret. Después continuarían rumbo al sur, para rodear el mar Muerto por su vertiente de levante, una orilla que Balduino no había pisado todavía. Sin embargo, a punto de tomar la carretera que unía Damasco y Galilea con la ciudad de Banias, el rey detuvo su montura al pie de una colina. Amadís y Hunfredo de Torón, el condestable del reino, pararon a su lado.

—¿Es que no oís lo que yo oigo? ¡Están luchando al otro lado de esa loma! —les espetó con ojos incrédulos, como si aquellos dos veteranos de mil combates estuvieran acaso sordos para no identificar la música metálica de la guerra a menos de media milla

de distancia.

Hunfredo de Torón y Amadís cruzaron una mirada cómplice.

—Es mejor no implicarse, majestad —le recomendó al rey el condestable. Entonces Balduino se volvió hacia Amadís. Buscaba, como era evidente, la opinión contraria.

—No trae cuenta meterse en guerras ajenas —opinó el lazarista, apoyando así la postura de Hunfredo.

El monarca arrugó el ceño.

—¿Guerras ajenas? Cualquier conflicto dentro de mi territorio me concierne —insistió.

Amadís le explicó entonces que aquellas rutas estaban frecuentadas por tribus nómadas, en ocasiones belicosas. Unos pueblos que, además, solían mantener entre ellos sus propias diferencias.

—Sería un error impedir que resolvieran sus problemas en privado —quiso zanjar el lazarista.

—¿Y si son beduinos los atacados? ¡Son aliados nuestros! —exclamó Balduino mientras picaba espuelas y se ponía a ascender por la colina.

Amadís, Hunfredo y el archidiácono lo alcanzaron a media ladera. Allí desmontaron los tres, pues no era recomendable descrestar el cerrete a uña de caballo, le dijeron. Los de abajo podrían verlos e incluso hacer las paces, y sellar una alianza en cuestión de segundos. Cualquier ocasión era buena para atacar a unas huestes cristianas no demasiado numerosas.

Pero las víctimas del valle no resultaron ser beduinos, sino pacíficos mercaderes cristianos que viajaban hacia la ciudad de Banias.

—¡Son de los nuestros! ¡Tenemos que actuar de inmediato! —aulló Balduino al contemplar el frenético ir y venir de unos y otros.

Amadís analizó la escena. Los asaltantes no eran más de cuarenta hombres. Vestían túnicas y turbantes. Esgrimían viejas hachas, garrotes y algunas espadas cortas. Solo unos pocos portaban arcos. Un armamento suficiente, en cualquier caso, para doblegar la pobre resistencia de una veintena de comerciantes. Tres o cuatro de los más osados yacían muertos junto a sus carromatos. Los demás solo podían mirar con ojos impotentes la brutal expoliación de sus pertenencias.

—¡Tenemos que bajar a ayudarlos! —reclamó de nuevo Balduino, más alterado que antes.

—Sí, habrá que trabar combate con el enemigo —coincidió Amadís tras su rápido análisis—. ¿No te parece, Hunfredo?

El condestable dio su consentimiento con una cabezada.

—Así lo creo. Preparémonos para luchar —asentó mientras se llevaba a Balduino de vuelta al grupo.

Guillermo de Tiro agarró a Amadís por un brazo cuando ambos quedaron solos sobre la loma.

—¡¿Trabar combate con el enemigo has dicho?! —le preguntó el religioso, atónito.

—Así es. Eso he dicho.

—Pero… ¡¿qué enemigo?! ¡Apenas es una banda de miserables! ¡Huirán en cuanto nos asomemos todos a esta colina!

—No queda otra que luchar —se empecinó el lazarista.

—¡Por todos los santos, será una masacre! —explotó Guillermo de Tiro, que conocía a la perfección el efecto demoledor de una carga de caballería cristiana.

Amadís se escupió en las manos para que la lanza que iba a usar no se le escapase en el momento más inoportuno.

—Sí, será una carnicería —admitió—. Necesaria.

—¡¿Por qué?! —se indignó el archidiácono.

Amadís sonrió ante la galopante ignorancia de su amigo.

—El rey está progresando bien en el arte de la guerra —le dijo —. Pero hay cosas que solo se aprenden sobre el terreno y no con muñecos.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Hoy toca matar de verdad —zanjó el caballero de San Lázaro, y comenzó a descender por la ladera al galope.

Llegó justo cuando Hunfredo de Torón se disponía ya a impartir órdenes.

—Voy a ir concienciando a la tropa… —lo informó el condestable.

—Déjalo a él —le respondió Amadís mientras se atirantaba el barboquejo del casco.

—¡¿A Balduino?!

—Sí.

—¿Sabrá hacerlo?

—Mejor de lo que crees. Llevamos tiempo practicando.

El caballero de San Lázaro le hizo una seña a su pupilo. Balduino desenfundó entonces y se colocó frente al grupo. Levantó la espada para hacer silencio y se dirigió, por primera vez, a un escuadrón de caballería pesada de setenta hombres.

—¡Caballeros de Jerusalén y de Cristo! ¡Vamos a entablar batalla! El enemigo está al otro lado de esta colina. Atacan a una caravana de mercaderes cristianos. ¡Dios ha querido guiarnos hasta aquí para que podamos ayudar a nuestros hermanos! Nos dividiremos en dos cuerpos. Rodearemos el montículo y cargaremos en dos puntas. ¡¿Estamos?! —tronó con voz firme.

Balduino besó su espada tras el asentimiento de sus hombres, la enfundó y mandó montar las moharras en las astas. Un segundo después, dos hileras perfectamente formadas se desplegaron alrededor del montículo. Treinta y cinco hombres de acero cabalgaban en cada una de ellas. Todos iban enfundados en gruesas cotas de malla, incluyendo brafoneras y manoplas. Hunfredo de Torón conducía el ala izquierda. Amadís acompañaba al rey por el lado contrario. Guillermo de Tiro prefirió verlo todo desde las alturas, y por eso retornó a la cima del cabezo. Para rezar desde allí por la seguridad de su protegido.

Hunfredo de Torón y el rey cruzaron una mirada de lejos cuando ambas columnas ya se encontraban en campo abierto. El fragor de setenta caballos de guerra lanzados al galope pronto alertó a los maleantes. Las banderas cristianas y los emblemas del reino provocaron gritos de alegría entre los mercaderes. Amadís contempló con adoración de maestro, o de padre, a su joven alumno. Cabalgaba como un verdadero caballero cruzado, con la lanza encajada en la axila y los estribos bajos, para hacer más fuerza con las piernas, para causar más daño a los que se llevara por delante.

El escuadrón cristiano ocupó toda la campa sin dejar de ganar velocidad en ningún momento. La táctica consistía en trazar poco a poco un semicírculo con dos puntas adelantadas con el fin de encerrar a los malhechores en una ratonera fatídica. Sin embargo, a media espolonada, el caballero lazarista torció el gesto. Se percató con fastidio de que la carga no sería tan letal como había pensado en un principio. Los propios carruajes de los mercaderes y la

insospechada tenacidad de aquellos ladrones iban a impedirlo.

Al verse atacados, muchos bandidos no salieron corriendo a campo abierto, sino que buscaron refugio detrás de los carromatos. Solo una docena trató de emprender la huida hacia el páramo. Balduino dudó al ver que Hunfredo de Torón mandaba desmontar a sus hombres para acometer a los que se escondían entre los carros. Lanzó entonces una mirada anhelante a Amadís, y el caballero de San Lázaro le señaló a los que corrían como liebres entre los arbustos.

Pretendía así alejar al rey de los riesgos de un combate a espada presumiblemente caótico. Resultaría sin duda mucho más sencillo alancear peones a la carrera, aunque fuera por la espalda. Al fin y al cabo, para un principiante en las lides de la guerra, la sensación de haber derramado sangre sarracena iba a ser muy parecida.

Balduino y Amadís pasaron como una exhalación entre dos carromatos. Delante de ellos, una docena de presas fáciles. Eran hombres despavoridos que corrían mortalmente separados unos de otros mientras trataban de escapar de lo irremediable. Al rebasar la loma, sin embargo, ambos perseguidores descubrieron el destino de aquellos fugitivos.

Había una mancha de acacias a pocos pasos. Tres docenas de camellos y otras bestias de carga esperaban a sus dueños trabados a la sombra de los arbolillos. Corrían los bandidos como gamos en pos de una salvación que veían cerca y, aun así, iba a resultarles inalcanzable.

Podía haberlo hecho él mismo, pero Amadís dejó que fuera el rey quien atropellara a un primer enemigo. Balduino lo aplastó sin piedad bajo los cascos de acero de su montura y se preparó para acabar con el siguiente. A ese le clavó la lanza entre las escápulas, y se lo llevó arrastrando un trecho. Cuando el cuerpo del desdichado se desprendió de su asta, el monarca pudo buscar un nuevo objetivo.

Uno de los ladrones había ganado por fin el bosquecillo salvador, y estaba a punto de subirse a su camello. El animal se había arrodillado para permitir que su jinete pudiera encaramarse más fácilmente. Balduino se fue hacia él como una centella. Amadís se preparó para disfrutar del espectáculo.

Desgraciadamente, el camello se incorporó en el último instante,

y el rey marró el golpe debido al súbito incremento de altura. En vez de incrustar su pica en el torso del sarraceno, la clavó en el brazuelo izquierdo de su montura. Quebró el asta en el impacto y, aunque el rey acabó derribando a su adversario, su caballo también rodó por los suelos embolicado en las patas del camello.

Masticó Amadís un terrible juramento y picó espuelas con presteza. El jinete recién descabalgado no era un don nadie. Vestía cota de malla, como los cristianos, y casco plateado sobre el turbante. Su indumentaria y armas hablaban claramente de su jerarquía dentro de la banda. El lazarista volvió a maldecir en alto al ver aparecer dos siluetas sobre una loma cercana. Eran los esbirros encargados de velar por la seguridad de aquel gerifalte. Dos hombres montados sobre camellos inmensos que regresaban del páramo para auxiliar a su líder.

Pidió ayuda Amadís a voz en grito, pero todo fue en vano. Hunfredo de Torón y los otros debían de estar ocupados con los truhanes escondidos en los carruajes. Tal vez acudieran cuando los echaran de menos, se le ocurrió, pero quizá ya fuera demasiado tarde. Con un brusco tirón de las riendas, el lazarista cambió de rumbo y de estrategia. La única manera de ayudar al rey, decidió, sería interponerse en el camino de aquellos guardianes mientras el monarca peleaba también por su propia vida.

Se desprendió de su lanza y desenfundó. Las astas no valían para las distancias cortas. Divisó a Balduino mientras esperaba a sus contrarios. Respiró al verlo en pie y con el escudo contra el pecho. Se emocionó al comprobar que el monarca luchaba con la serenidad de un auténtico veterano. Paraba los mandobles de su flanco derecho con la adarga y desviaba los otros con el plano de la espada. Reservaba así los filos intactos, como siempre le había inculcado Amadís, para el momento más adecuado. Su rival no era manco. Manejaba la cimitarra con desenvoltura. Habría librado muchos combates cuerpo a cuerpo aquel sarraceno. Se le notaba la experiencia de una vida entera dedicada al pillaje; y eso, afortunadamente, lo convertía casi en un viejo.

Los recién llegados se aproximaron a Amadís desde puntos opuestos. Trataban de confundirlo con aquel movimiento; para abrumarlo a base de golpes lanzados desde ambos costados, desde la altura infinita de sus monturas. Pero, al menos, aquellos truhanes

no portaban arcos.

La lluvia de tajos no se hizo esperar. Y llegó tal y como Amadís esperaba: tupida, constante, mortífera a medio plazo. Porque nadie sobrevive eternamente a semejante avalancha de golpes. O bien cae el caballero o bien se derrumba su montura con el cuello rajado y las tripas abiertas. Después, un cruzado en tierra es pan comido para dos expertos jinetes.

Era la suya, pues, una táctica estrictamente defensiva. Bloqueaba con el escudo por un lado mientras desviaba con el plano de la espada por el otro. Pero no daba abasto a quitarse espadazos. El combate estaba llamado a tener un final previsible si ambos hombres continuaban manteniéndolo atascado entre sus camellos. Además, la sed comenzó a torturarlo. Sudaba como un condenado debajo del gambesón, resollaba como un galgo viejo en medio de una carrera. Aun así, Amadís se las apañó para comunicarse con su montura como había hecho otras veces en la batalla.

Emitió un agudo silbido por entre las anillas del babero de malla. Era la señal convenida para que su amigo, y mejor aliado, interviniera en momentos de desesperación absoluta. Todo valía en un combate librado en inferioridad numérica.

El destrero de Amadís levantó las orejas tras escuchar el reclamo del jinete. Buscó una mayor cercanía con uno de los camellos y le asestó un tremendo mordisco en el anca trasera. Acusó la dentellada la bestia sarracena y bajó la cabeza con el fin de responder al ataque del equino, o simplemente para dolerse. El lazarista aprovechó el escorzo del bicho para desjarretarle media cara de un mandoble.

Tras el impacto, el enorme cuadrúpedo trastabilló un par de veces. Temblaba, sangraba por donde antes había tenido ojo y oreja. Se vio obligado a abrir mucho las patas para mantener el equilibrio y no caerse. En esa pose se quedó hasta que Amadís le cercenó el cuello de un nuevo tajo. Mientras se derrumbaba, la espada del lazarista alcanzó también a su jinete en una ingle. El rey, comprobó mediante un breve vistazo, seguía defendiéndose con éxito. Y no solo eso. Parecía llevar ahora la mejor parte en la pelea. Su oponente jadeaba, titubeaba, se resentía ya ante la prolongada duración del combate. El horizonte se oscureció, sin embargo, cuando las cosas ya se antojaban más manejables para los dos

soldados del reino.

Media docena de hombres cubiertos de telas y velos como las momias de Egipto penetró en el bosquecillo de acacias. Iban sobre caballos ligeros y no encaramados en camellos. En el fragor de la pelea, a Amadís le resultó imposible discernir si se trataba de miembros de la misma banda u otros merodeadores distintos. Tanto daba si había que batirse también con ellos.

Tres de los desconocidos comenzaron a cerrar el círculo sobre el lazarista. Los restantes se fueron directos a por el rey Balduino. Pero antes siquiera de alzar las cimitarras, uno de aquellos hombres lanzó un grito que sonó a advertencia.

Los seis advenedizos se detuvieron en seco. Se leyeron los ojos a través de las rendijas del turbante, volvieron grupas y salieron del bosque al galope tendido como si escaparan de una plaga o del diablo. El sarraceno que se encontraba al lado de Amadís no emprendió la huida porque yacía muerto en el suelo. El rival de Balduino no lo estaba todavía, pero casi. Lucía varios tajos en los brazos y dos feos cortes en las piernas.

Amadís desmontó y se acercó al rey. A duras penas logró sofocar las ganas de abrazarlo contra su pecho.

—¡Buen trabajo, majestad! —lo felicitó con voz un tanto quebrada. Balduino, en cambio, miraba a su maestro de armas con ojos asombrados.

—Uno de esos hombres te ha llamado «demonio verde» —murmuró estupefacto.

—No hablo árabe, majestad.

—Yo sí. ¿Es así como te conocen los sarracenos?

—Por lo visto, algunos. —Amadís contempló al cabecilla caído. Balbucía palabras ininteligibles.

—Está pidiendo clemencia —le explicó Balduino, aunque no resultaba difícil imaginárselo.

—La mejor clemencia sería matarlo.

—Se ha rendido… —adujo el monarca, dubitativo.

—Aun así, sería lo más cristiano.

El rey miró extrañado al hombre que ya no rezaba a Dios pero que hablaba como si lo hiciera.

—¿Tú crees?

Amadís asintió.

—Sus heridas no le permitirán llegar a ninguna parte. Si lo dejamos aquí, será pasto de los chacales y de los lobos. ¿Qué elegiríais vos?

Balduino cabeceó conforme.

—Tienes razón —admitió.

El caballero de San Lázaro desenfundó entonces su daga de misericordia, el instrumento diseñado para abrirse paso entre las anillas de una loriga, y se la tendió al rey con ademán solemne.

—Majestad…

Los ojos del monarca casi se salieron de sus órbitas al adivinar lo que pretendía su maestro.

—¡¿Yo?! ¡¿A sangre fría?! —exclamó espantado.

—Es lo que ahora toca.

XIV

Balduino regresó de aquel largo periplo por su reino un caluroso 15 de septiembre, y lo hizo en loor de multitudes. Guillermo de Tiro había enviado heraldos por delante para preparar el terreno. El patriarca latino y el regente encabezaban el grupo que esperaba a los expedicionarios en la misma puerta de Damasco. Obviamente, también estaban allí Inés de Courtenay; su marido, Reinaldo de Sidón; su hija, Sibila, y todos los cargos principales del reino.

Los cincuenta canónigos del Santo Sepulcro formaban detrás de ellos, preparados para empujar a lo largo de la muralla el carro en el que portaban la Vera Cruz, aquella en la que Jesús había padecido hasta su muerte. Mil presbíteros pertenecientes a todos los templos de la ciudad iban a tomar parte también en la procesión que debería acabar en la iglesia del Santo Sepulcro, donde el archidiácono y el patriarca pensaban oficiar una misa para dar gracias por el feliz regreso del monarca. Al final de aquella comitiva, como siempre, el pueblo llano.

Amadís arguyó algunas labores inaplazables en el Hospital con el fin de excusar su asistencia a tan grandilocuente acto. Balduino asintió, condescendiente, conocedor de la profunda aversión del lazarista por aquellas celebraciones. Ambos quedaron en verse al día siguiente, donde siempre, para continuar progresando con la espada.

—Ese sarraceno viejo me duró demasiado —bromeó el monarca.

Pero lo cierto fue que Balduino no compareció a su cita con las armas ni aquella mañana ni durante toda la semana. Fue el archidiácono el que se presentó en la colonia al octavo día, pálido como un difunto. Buscó a Amadís en el patio, en el Hospital, en las casitas de los leprosos e incluso en la iglesia: tal era la desesperación que lo embargaba. El prior Alberico le dijo que podría encontrarlo en el estanque, junto a Bartolomé y Gastón. Los

tres caballeros de la Orden andaban por allí bañando enfermos.

—¡Balduino se muere! —le gritó el archidiácono desde lejos—. ¡Balduino agoniza! —proclamó otra vez en un alarido.

Amadís lo dejó llegar, y recuperar el aliento. Le pidió calma para que pudiera hablar con sosiego. Pero Guillermo de Tiro no consintió en esperar ni un solo minuto. El tiempo apremiaba, dijo, y por eso no permitió que el lazarista terminara con sus labores de sanitario. Lo arrastró con él a palacio porque el rey quería verlo por última vez antes de rendir el alma.

Amadís pasó aquella tarde a solas con Balduino, sentado a la vera de su lecho. Al salir de la alcoba real, el archidiácono abordó a su amigo con desesperación de náufrago.

—¡Entonces… ¿cuál es tu diagnóstico?! —demandó angustiado.

—¿Mi diagnóstico? —Amadís enarcó las cejas.

—¡Pues claro! Te has pegado tres horas ahí dentro. ¡Algo habrás visto! —se impacientó el religioso.

—Yo no he visto nada que no hayan advertido ya los médicos. Pregúntales a ellos —respondió el lazarista, huraño.

La irritación enrojeció el rostro mofletudo de Guillermo de Tiro.

—¡Maldita sea, Amadís, los médicos no están todo el día entre leprosos! Ellos tratan a muchas clases de enfermos. ¡Por eso te lo pregunto a ti, porque confío en tu ojo clínico!

—Vivirá.

El alivio disolvió momentáneamente la cólera del archidiácono. Pero enseguida le volvieron las dudas.

—¿Tú crees?

—Vivirá —insistió Amadís—, pero es imposible prever el tiempo de recuperación. Ahora mismo solo tiene unos cuantos nódulos infectados en brazos y piernas. No hay deformación. No hay supuración. No hay llagas…

—Pero tiene fiebre muy alta…

—La superará, pero no sé decirte cuándo. Balduino está ahora mismo en el principio de un proceso —explicó Amadís a sabiendas de que, en lo tocante a la lepra, el inicio y el final de la enfermedad podían ser momentos muy cercanos.

—¿Volverás a verlo?

—Todos los días —prometió el caballero de San Lázaro.

Tal y como había dicho, Amadís visitó a Balduino a diario durante

muchas semanas. Aplazó sus citas nocturnas con Ivette, y descuidó incluso sus funciones en el Hospital para poder permanecer más tiempo a su lado. Los dos charlaban cuando el rey tenía fuerzas y ánimos para hacerlo. Guardaban silencio si el enfermo mostraba signos de cansancio. Al final, Amadís tuvo que recurrir a relatos de leyendas e historias de batallas triunfales con el fin de mantener a Balduino consciente. Y es que, desgraciadamente, la evolución del joven monarca no fue la esperada.

Octubre y noviembre los pasó abrasado por una calentura casi constante. Los emplastes a base de ortigas y uña de gato no lograron desinflamar sus nódulos. Tampoco las sangrías a las que fue sometido por los médicos lo ayudaron. La salud de Balduino seguía empeorando de manera muy preocupante a principios de diciembre, justo cuando Amadís se vio obligado a interrumpir sus visitas. En realidad, ni siquiera Guillermo de Tiro pudo ya acceder a la alcoba en la que descansaba su protegido.

Fue Inés de Courtenay la causante de tan abrupto aislamiento. Aprovechó la ausencia en la corte de Raimundo de Trípoli para dictar sus propias normas. Solo los muy allegados al rey, dispuso, podrían acercarse a su cama. Obviamente, en la lista que ella misma elaboró no figuraban ni el archidiácono ni el maestro de armas de su hijo. Para los dos hombres que con más celo habían cuidado hasta entonces del joven monarca, las Navidades discurrieron tristes y sin noticias. El año del Señor de 1176 solo trajo más incertidumbre.

Balduino seguía sin mostrarse en público. Llegó a decirse incluso que había fallecido. Y que su madre lo había enterrado en secreto en los jardines de la ciudadela mientras buscaba un marido para Sibila. Ni siquiera Guillermo de Tiro pudo desmentir aquella información cuando Amadís fue a preguntarle. Porque, aunque como canciller del reino entraba y salía de las oficinas de la torre de David cuando quería, la guardia personal de Inés de Courtenay no le permitía el acceso a palacio.

El regente regresó a Jerusalén a mediados de febrero, justo a tiempo para dirigir la reunión del Alto Tribunal. Al día siguiente buscó a Amadís en el Hospital de San Lázaro. Lo encontró en el patio de la colonia, retirando muñecos de madera y barriles de arena llenos de mellas de espada.

—Tal vez te estés precipitando. Lo más probable es que tu pupilo pueda volver a utilizar esos juguetes muy pronto —lo asaltó por la espalda.

Amadís se volvió al escuchar la voz de Raimundo. Se serenó un poco al advertir el ademán tranquilo de su amigo, pero no aflojó el ceño a pesar de la chanza.

—Vaya, al fin apareces —le dijo con un mohín de reproche.

—Sé que no habéis tenido muchas noticias, ni mías ni de Balduino, en todo este tiempo —se disculpó entonces el regente.

—En realidad no hemos tenido ninguna. A veces llegué a pensar que habías delegado tus funciones en Inés de Courtenay, o que te habías pasado al enemigo —lo censuró Amadís por su larga ausencia.

Raimundo compuso un gesto de impotencia.

—Sabes que tengo otros asuntos de qué ocuparme además de esta regencia —arguyó, defensivo.

El caballero de San Lázaro chascó la lengua.

—Todos los tenemos —repuso—, pero tal vez Jerusalén y el rey debieran ser prioritarios.

El conde de Trípoli decidió eludir la pulla, pero agravó el semblante.

—El Alto Tribunal se reunió ayer —dijo.

—Eso he oído.

—Balduino asistió a la asamblea.

Amadís olvidó súbitamente su desazón y aferró por los hombros al conde.

—¡Entonces está bien…!

—No hizo falta llevarlo en parihuelas, si eso es lo que te preocupa —respondió Raimundo al ver el gesto anhelante del lazarista.

Un suspiro de alivio se le escapó a Amadís de lo más hondo del pecho.

—Dijeron que había muerto… —musitó con un hilo de voz—. Y que Inés de Courtenay mantenía el secreto mientras buscaba un marido para su hija, Sibila. Es decir, un rey consorte.

El silencio rodeó a ambos condes durante unos segundos. El de Monterroso parecía dar gracias a una Providencia a la que él prefería llamar Destino. El de Trípoli tan solo meditaba la manera

de exponer las cosas sin trabucarse.

—Lo primero era falso, evidentemente. Lo segundo tiene más visos de ser cierto —reconoció sin tapujos.

Amadís salió de su burbuja de pensamiento como si abandonara una casa en llamas.

—¡¿Qué pretendes decirme?! —demandó con ojos encendidos.

—Que Balduino va a abdicar en cuanto eso sea posible.

—¡¿Abdicar?! —Amadís pronunció la palabra como si masticara alfileres—. ¡¿Todavía no ha subido ni al trono y alguien ya quiere bajarlo?! ¡¿De qué diablos me hablas?!

—Su madre lo ha convencido para que renuncie —adujo el regente.

El caballero lazarista buscó los ojos de su amigo, pero Raimundo tenía la mirada hundida en el suelo.

—Y ni el Alto Tribunal ni tú no habéis podido evitarlo, claro… —murmuró con sarcasmo.

Gotas de un sudorcillo frío y viscoso perlaban la frente del conde de Trípoli. Discutir con Amadís no era fácil.

—Sé que en todos estos meses has avanzado mucho en tu relación con Balduino. Guillermo me ha dicho que ambos habéis estrechado lazos…, tal vez demasiado —repuso.

El caballero de San Lázaro advirtió un cierto deje de reproche en el tono.

—Nadie me dijo que hubiera límites —respondió molesto.

Asintió despacio el de Trípoli. Parecía meditar la forma de presentar sus reflexiones sin incomodar demasiado a su amigo.

—La abdicación de Balduino es lo mejor para el reino, créeme —sostuvo de repente—. Aunque se recupere de este achaque, no durará mucho. Tendrá otros… Ya no será el mismo. Jerusalén necesita un rey sano, un monarca capaz de ostentar el cargo durante muchos años.

Un velo de decepción empañó la mirada del lazarista.

—No sé si te reconozco, Raimundo —musitó, incrédulo—. Pensaba que, en el fondo, estabas de su lado…

Hirieron al conde el gesto y las palabras.

—Ahora mismo no se trata de elegir bandos —adujo con ademán dolido—. Es el momento de buscar una estabilidad a largo plazo. Y tal como está Balduino, el reino sería un barco a la deriva

en sus manos. No tiene salud, ni experiencia, ni posiblemente aptitudes para el cargo.

Trató Amadís de replicar, pero las palabras se le mezclaban con las maldiciones. Al final ordenó sus ideas lo mejor que pudo.

—Claro, cuando tú te marches, Jerusalén necesitará un gobernante como Dios manda —murmuró al fin—. ¿Y puede saberse en quién ha pensado el Alto Tribunal? O debería decir… ¿a quién pretende casar Inés de Courtenay con su hija, Sibila?

Sabía Raimundo de Trípoli del carácter indómito de Amadís, así como de su tendencia al sarcasmo.

—Guillermo de Monferrato es el escogido —dijo, sin querer entrar en diatribas.

—No lo conozco. ¿Europeo?

—Sí, es el hijo mayor de Guillermo V, marqués de Monferrato. Primo del rey de Francia y del emperador Federico Barbarroja. Llegará a Tierra Santa con las mareas de octubre.

Amadís agitó la cabeza. Entendía aquella búsqueda desesperada de teóricas alianzas con Europa y el Sacro Imperio Romano Germánico, pero denostaba la idea de traer un rey a ciegas.

—No le faltan buenos parientes, en efecto —gruñó—. Pero ¿no podíais haber buscado un poco más cerca?

—¿Quieres decir aquí, en Tierra Santa?

—¡Evidentemente! Todo el mundo sabe que el pequeño de los Ibelín está loco por Sibila. —Amadís se golpeó la frente de manera histriónica—. Ah, claro, se me escapaba… Balduino de Ibelín es un muchacho valiente, buen guerrero, buen cristiano, de buena familia… Pero, aun así, es poca cosa para los Courtenay.

Resopló Raimundo como un buey cansado mientras el caballero lazarista se daba la vuelta para retornar a sus labores.

—¡Todavía no he terminado de hablarte, maldita sea! —lo retuvo, sin embargo, el conde de Trípoli.

Amadís se volvió de mala gana.

—¿Todavía hay más desgracias?

—Gümüshtekin está a punto de firmar una alianza con Bohemundo de Antioquía con el fin de tener las manos libres y poder guerrear más tranquilamente contra Saladino —lo informó el regente.

—Eso no son malas noticias…

—Eso no. Pero tal vez sí la contrapartida.

Amadís frunció el ceño, consciente de que una flecha estaba a punto de abandonar el arco.

—No sé si te entiendo —murmuró confundido.

—Bohemundo le ha pedido a cambio la liberación de su padrastro, Reinaldo de Châtillon, y de Joscelino de Courtenay.

El badajo de una campana casi olvidada retumbó dentro de la cabeza del caballero lazarista. Tanto Joscelino como Reinaldo eran dos prisioneros ilustres cuyo recuerdo casi se había perdido. El primero era otra de las víctimas de la infausta batalla de Harenc. Tras languidecer una década como cautivo del gran Nur ed-Din, había pasado a manos de Gümüshtekin tras la muerte del primero. Su rescate siempre se había dado por imposible dado su precio: cincuenta mil dinares de oro.

Reinaldo de Châtillon era un caso distinto. Su rastro se había perdido en 1160, al ser apresado en una escaramuza cuando ocupaba el cargo de príncipe consorte de Antioquía. De ahí los ciento veinte mil dinares que se pidieron por su liberación. Una cifra inalcanzable que lo condenó al ostracismo en un calabozo de Alepo. No se sabía de nadie que hubiese aguantado tanto tiempo en manos sarracenas. Pero si, tras diecisiete años de cautiverio, Châtillon salía vivo y, además, cuerdo, la única explicación plausible sería que el odio conserva divinamente el cuerpo y la mente de las personas.

—Está claro que Joscelino vendrá aquí, a la corte de Jerusalén, al ser hermano de Inés y tío de Balduino —reflexionó en alto el lazarista.

—Así es. Y también lo hará Reinaldo, me temo. Por muy padrastro suyo que sea, Bohemundo no lo quiere en Antioquía.

No había tenido muchas oportunidades Amadís de coincidir con Châtillon. Ni en los pasillos ni en la batalla. Pero conocía, como todo el mundo, su reputación de hombre violento y sanguinario.

—Flaco favor nos hace Bohemundo reclamando a esos dos, precisamente ahora… —murmuró el conde de Monterroso.

—Con Reinaldo y Joscelino en la corte… —Raimundo torció el gesto—, mucho me temo que los Courtenay van a recuperar toda su fuerza. Y nadie va a poder impedirlo.

XV

Amadís abandonó la segunda planta del Hospital de San Lázaro tras asear, mudar de ropa y cambiar de postura a su último enfermo. Antes había hecho lo propio con otros cincuenta pacientes. Ahora llegaba el turno del padre Alberico, el encargado de desgranar una catarata de rezos para los que ya no tenían remedio. Porque todos los allí ingresados podían contar sus días con los dedos de las manos. Y solían quedarles muy pocos a aquellas alturas.

El caballero lazarista se dispuso a continuar con su labor en el primer piso, con los enfermos que aún contaban con cierto margen, aunque no mucho. Sus tareas allí eran algo distintas. Se ocupaba también de su limpieza, pero además les extendía ungüentos de mercurio sobre llagas y pústulas, les administraba brebajes con ortigas y hierbas purificadoras. Y les daba a beber caldo de víbora. Quien todavía contaba con dientes podía intentar masticar también la carne de las serpientes.

Lo cierto era que toda la vida dentro del Hospital de San Lázaro discurría en silencio o, como mucho, rodeada de murmullos de agradecimiento por parte de los leprosos. Todos los allí enclaustrados eran conscientes de su negra suerte. Llevaban bastante tiempo padeciendo aquella peste incurable, normalmente años, y conocían muy bien las etapas que había que recorrer dentro de la colonia. Por eso no había vestigios de sorpresa en sus rostros, ni lamentos inútiles dentro de sus gargantas.

Lo habitual era ingresar en la Casa de San Lázaro con los primeros síntomas, y recibir una cabaña con jardín y huerto. Allí vivían en buena armonía, incluso en familia, mientras podían valerse. Se trataba en realidad de una ciudad en miniatura con sus propias normas. Cuando la enfermedad progresaba, la primera planta del Hospital era el destino inevitable. Eso suponía comenzar a tocar con las yemas de los dedos las sandalias de San Pedro, y por

ello los afectados trataban de demorar aquel momento en la medida de lo posible.

Ascender por las escaleras que Amadís estaba ya bajando era el último peldaño antes de ver el Paraíso. Y a Dios levitando sobre su pedestal de nubes. El Altísimo los esperaría a las puertas del Edén. Para acoger a su diestra a casi todos los que fueran llegando. Ya sería mala suerte que a alguno lo colocara en su lado siniestro. Pero si tal cosa ocurría, eso era porque el finado había hecho méritos sobrados para arder en el infierno. Así se lo explicaba el prior Alberico a aquellos seres de carnes corrompidas y cuerpos incompletos. Y ellos lo creían en su mayor parte.

El sacerdote alemán llevaba aquel día tres biblias bajo el brazo, tal y como era su costumbre. Una en su idioma materno, otra en francés y una tercera en latín. Para así poder predicar y hacerse entender con todos los ingresados.

—Ha regresado el hijo pródigo —le dijo a Amadís tras aferrarlo por la manga de los hábitos.

El lazarista observó con gesto bobalicón la amplia sonrisa del prior.

—¿Qué hijo pródigo? —murmuró sin entender nada.

Alberico sonrió, beatífico, benevolente.

—El rey te está esperando en el patio. Es su hora…

Hacía ya muchas semanas que Amadís había perdido la costumbre de salir al patio a mediodía para esperar a Balduino. Ni siquiera tras la conversación mantenida con Raimundo de Trípoli se había tomado en serio la vuelta del rey a los entrenamientos. Desde que Inés de Courtenay le cerrara las puertas de palacio, el caballero lazarista había tratado de mitigar el dolor y la incertidumbre a base de acallar la mente. Y para ello se había refugiado en su dura rutina dentro de la colonia.

Se alimentaba poco, y se obligaba a llevar un ritmo demoledor de trabajo: empalmaba jornadas sin apenas descanso, hacía turnos que no le correspondían y llegaba a las noches tan exhausto que también Ivette había dejado de verlo.

A Amadís le estalló en la cara el sol de una primavera en ciernes. Parpadeó, cegado por los rayos. Por fin lo vio junto a la fuente. Le pareció que un halo mágico rodeaba la figura algo escuálida del monarca.

—¡Balduino, qué alegría! —exclamó, y corrió hacia él con los brazos abiertos.

La emoción le hizo prescindir de protocolos y tratamientos honoríficos. Se abalanzó sobre el rey. Lo estrechó. Notó las manos del monarca apretando su espalda. Sollozaron como niños mientras se decían el uno al otro palabras empapadas de lágrimas.

Cuando al fin logró serenarse, Amadís aferró por los hombros a Balduino y lo miró con detenimiento. Buscaba manchas rojas en su rostro, signos de descamaciones, vestigios de tubérculos en la cara o en el cuello… No encontró nada. Entonces volvió a estrujarlo contra su pecho, y a besarlo como a un hijo.

—Gracias —murmuró, sin saber a quién se las daba.

Amadís y Balduino no empuñaron la espada aquella tarde. Hacía meses que el rey no salía de palacio, y les pareció más procedente emprender una larga caminata por el campo. No hablaron durante aquel paseo sobre los meses de postración y aislamiento, ni de la auténtica razón por la que habían dejado de verse. Ni siquiera juzgó apropiado Amadís abordar el tema del matrimonio de Sibila y su próxima abdicación del trono. Todo eso podía esperar, decidió; si es que alguna vez encontraba la manera y el valor de tratar tales cuestiones.

En realidad tardaron varias semanas en volver a usar los muñecos de madera, los barriles mil veces agujereados, las espadas y las lanzas. Pero, cuando lo hicieron, Amadís comprobó con agrado que Balduino no mostraba agarrotamiento en las manos, y tampoco deformidades en los pies ni en las extremidades. El rey seguía siendo un chico sano, en apariencia. Y por eso pronto recobró las energías y las ganas de seguir ejercitándose.

Regresaron entonces las interminables cabalgadas por los alrededores de Jerusalén, incluidos los chapuzones en los estanques. No era infrecuente que maestro y pupilo hicieran un alto en el lago de Mamila o en alguno de los otros embalses cercanos con el fin de aliviarse de los rigores de aquel tórrido mes de mayo.

Solían recorrer también las calles y los mercados de Jerusalén justo antes del crepúsculo. Deambulaban sin rumbo fijo por las calles escalonadas de la ciudad y por los jardines aledaños a las murallas. Varias veces se les vio en El León Dorado tomando una jarra de vino porque un día el rey le pidió a Amadís regresar a la

taberna.

Con cierto sonrojo, Balduino le confesó que jamás había hablado con una mujer a solas, exceptuando a su madre y a su hermana. Dadas las circunstancias, no estaba previsto que contrajese matrimonio, reconoció apesadumbrado. Y por esa razón, a nadie se le había ocurrido que pudiera apetecerle el contacto con el sexo contrario. Charlar con una dama, aunque fuese de baja alcurnia, y no verse rechazado por su condición de enfermo incurable ya constituiría para él un verdadero triunfo. En El León Dorado, le dijo con sonrisa tímida, había visto varias camareras jóvenes el día en que visitaron la taberna. Y tal vez Amadís supiera de alguna que no pusiera objeción a intercambiar con él unas pocas palabras.

El caballero lazarista dudó en un primer instante. Llevaba demasiado tiempo sin ver a Ivette, y sin darle explicaciones por su larga ausencia. Sabía que sufriría sus iras. En el fondo las merecía. Aun así, decidió dirigirse a El León Dorado con Balduino. Al fin y al cabo, él no conocía a muchas otras mujeres dispuestas a sentarse y departir con un joven leproso. Por muy rey que fuese y por muy remotos que resultasen todavía sus síntomas. Pero Ivette era distinta. Amadís estaba seguro de que se mostraría bondadosa y también atenta con el monarca.

—Te presento al rey Balduino —le dijo por todo saludo aquella tarde de primeros de junio—. Va a esperarme aquí mientras hago unos recados. ¿Te importa hacerle un poco de compañía? —añadió algo acobardado, incapaz de soportar el fuego de aquellos ojos.

Durante casi una hora, Amadís vagó como un sonámbulo por la calle de Los Molinos. Se preguntaba, sin hallar una respuesta, si acaso habría sido buena idea abandonar al rey a su suerte. Aunque Ivette fuese una mujer admirable, El León Dorado no dejaba de ser un lugar tan infecto y peligroso como cualquiera de su especie. No quiso ni imaginar lo que el archidiácono le haría si a Balduino le pasase algo.

Pero lo cierto fue que Ivette y el monarca seguían sentados a la misma mesa cuando regresó a la taberna. Charlaban animadamente, bromeaban, reían rodeados de jarras vacías.

Amadís tuvo que carraspear para hacer notar su presencia. Balduino entendió que su primera cita con una doncella había concluido. Su inexperiencia en aquellos lances lo hizo titubear en el

momento de la despedida. Fue Ivette la que se adelantó y, con sonrisa rutilante, le dijo:

—Volved siempre que os plazca. Ha sido un placer conoceros. ¡Y gracias por el regalo!

Un grueso anillo de oro bailaba en el dedo anular de la muchacha. No era de mujer. Y por eso Amadís supuso que Balduino lo habría heredado de su padre, el rey Amalarico.

—Se hace tarde, majestad. Debemos volver a palacio —tuvo que insistirle al ver que ambos seguían mirándose como dos tontos. Al fin Ivette se ahuecó la falda para realizar una última reverencia. Después hizo algo impensable: frotó con sus dedos de tabernera la mejilla del monarca y lanzó un beso al aire. Cuando se volvió para marcharse, Amadís se sintió un fantasma invisible a los ojos de la muchacha.

XVI

Balduino lanzó una última estocada al muñeco y se sentó en el pretil de la fuente.

—¿Os apetece que cabalguemos un rato? —le preguntó Amadís.

El monarca sacudió la cabeza con desgana.

—Hoy me gustaría hacer otra cosa —dijo.

—¿El qué?

La mirada de Balduino voló al otro extremo del patio. Más allá de los muros del Hospital, de la iglesia y del edificio conventual de los caballeros de la Orden.

—Quiero ver el poblado.

Amadís se sintió en cierto modo aliviado. Habría sido peor, o al menos más incómodo, que el monarca se hubiera empeñado en visitar las dos plantas del Hospital de San Lázaro, sobre todo la segunda.

—¿Sabes qué día es hoy? —le preguntó Balduino mientras caminaban hacia la puerta de hierro que daba acceso a las casitas blancas.

Amadís conocía el día en el que vivía porque llevaba una semana entera viendo cómo la torre de David se engalanaba para la ceremonia.

—Claro. Es catorce de junio —respondió—, la víspera de vuestro cumpleaños.

—Mañana alcanzaré la mayoría de edad. —Asintió sin entusiasmo—. Y comenzaré un reinado que durará unos pocos meses.

—¿Por qué decís eso?

La pregunta irritó a Balduino.

—¡He estado muchos días agonizando en una cama! ¡Estoy vivo de milagro! —exclamó—. ¡Resulta bastante obvio que no puedo reinar en esas condiciones! Lo mejor es que…

La lengua se le había trabado a Balduino en el último instante, pero Amadís lo ayudó a pescar la palabra fatídica.

—Lo mejor es abdicar, claro.

—Sí. ¿No te parece lógico… en mi estado?

Bandeó la cabeza el lazarista mientras andaban. Trató de que su tono sonara comprensivo con el enfermo.

—Oh, sí, todo el mundo tiene derecho a renunciar a su cargo cuando ya no es capaz de ejercerlo, o cuando siente miedo de hacerlo, o cuando sucumbe ante las presiones de otros… —sostuvo con voz sombría.

Habían llegado caminando hasta el portalón de acceso al poblado. Dos caballeros de San Lázaro guardaban la entrada. Ambos estaban armados hasta los dientes y lucían cotas de malla sobre el cuerpo. Al cruzar entre ellos, el monarca se fijó en el que parecía de más edad. Mostraba grandes cercos blanquecinos en la frente y en el rostro, la nariz había empezado a perder su forma natural, al igual que las manos con las que empuñaba la lanza. Un párpado lo tenía caído y el otro inmóvil.

—Sí, está leproso, como otros muchos caballeros de la Orden —le confirmó Amadís—. Apenas tiene veinticinco años, pero la enfermedad le avanza muy rápido. Aun así se niega a ceder su puesto de centinela. Pero no os preocupéis. Mañana mismo mantendré una conversación con él para que dimita de sus cargos. Tal vez no se haya dado cuenta, pero resulta inadmisible que, en su estado, todavía se empeñe en montar guardia. —Amadís se llevó un dedo a la frente—. De todas formas, no sé si lograré arrancarle la renuncia. Dennis es un soldado muy duro.

Balduino guardó silencio. Contemplaba la curiosa organización del barrio, sus calles perfectamente trazadas y los tamaños variables de sus viviendas.

—Las casas son muy distintas… —murmuró asombrado.

—Lo son —coincidió Amadís—. La lepra no sabe de linajes. Afecta a cualquiera. Al ingresar aquí todos reciben lo mismo. Después, cada cual reforma o amplía sus propiedades según sus posibles o sus necesidades. De ahí las diferencias.

Maestro y pupilo se adentraron en una retícula casi perfecta de calles. Siguieron durante un trecho la vía principal. Después se perdieron por otras secundarias. El rey quedó admirado de la

limpieza de los suelos y del verdor de los jardines. El poblado, le explicó Amadís, contaba con varias acequias provenientes del estanque de San Lázaro y un ramal derivado del acueducto de Mamila. El agua, sostuvo, era fundamental para combatir la lepra.

—¿Alguno llega a curarse aquí? —preguntó entonces el monarca con ojos ilusionados.

—Eso no, pero, según los físicos, un ambiente húmedo ayuda a contener la enfermedad.

—Ya.

Al cabo de unos cuantos pasos, Balduino se detuvo frente a una casa grande y robusta. La vivienda era toda de piedra y estaba cubierta por un bonito tejado a dos aguas. El jardín aparecía tan cuidado y lustroso como en el resto de cabañas. Su dueño, en cambio, era un árbol carcomido por los cuatro costados.

—¿Ese no es el gran maestre de la Orden de San Lázaro? —le preguntó a su guía.

Se acordaba todavía el monarca de su primera visita al estanque de San de Lázaro. Aquel día había conocido a Gismond D'Arcy, un hombre casi ciego e inválido al que los caballeros llevaban a hombros al embalse para que disfrutara de sus abluciones matinales.

—Es él, en efecto —le confirmó Amadís.

—Todavía vive… —se admiró Balduino.

—Así es. Ahí tenéis la prueba. —El lazarista señaló con un gesto de la cabeza al hombre que tomaba los vientos del desierto sentado en una silla de anea.

Balduino reparó en el deterioro creciente del gran maestre. Comparado con aquel día, Gismond D'Arcy ya no gastaba escarpes. Ahora llevaba los pies forrados de vendas, igual que las manos. La cara se la tapaba con un velo negro para cubrir de aquella manera los mordiscos de la lepra. Era frecuente acabar sin nariz, sin orejas y sin labios.

—Todavía vive, pero ya no le quedará mucho… —aventuró Balduino.

Amadís se encogió de hombros.

—Es posible, pero… ¿quién se atreve a decirlo?

El rey contempló con más interés, si cabía, al hombre que vivía tranquilo, desafiando a la muerte a diario. Debió de parecerle inaudito que aquel ser cubierto de trapos, igual que un cadáver embalsamado, fuera capaz de moverse.

—¿Y no ha pensado en retirarse? ¿O en delegar al menos en alguien en mejor estado? —preguntó incrédulo.

Amadís levantó la cabeza y miró a Balduino como si no diera crédito a sus oídos.

—¡¿Os referís a dimitir?! —se preguntó de manera retórica—. ¡Eso es algo impensable para el gran Gismond! ¡Tan solo sugerirle la idea ya sería para él un insulto! La dimisión o la renuncia no son opciones que considerar para un gran maestre. Algunos cargos, majestad, se ejercen… ¡hasta la muerte! Y os diré más: ¡si ahora mismo estallara una guerra contra Saladino, Gismond
D'Arcy
se haría llevar a la batalla aunque fuese en angarillas!

Pareció abrumado Balduino ante tanta vehemencia. Tal vez por eso el silencio envolvió a ambos caminantes durante un buen rato. Amadís dejó que el rey deambulara a su antojo por las calles del poblado, meditabundo, cavilante, hasta que al fin se detuvo frente a una bonita casa.

Se trataba de una vivienda amplia, diáfana, algo más grande que la mayoría de las cabañas. Había contado con su jardín, pero ahora se la veía abandonada a la maleza. Sin embargo, entre los matojos todavía se distinguían un balancín y un columpio.

—¿No resulta extraño que un hogar así esté deshabitado? —preguntó el monarca, intrigado—. Está en muy buen estado, y tampoco costaría tanto limpiar el jardín de zarzas.

Balduino se volvió hacia su guía al percatarse de que la respuesta se demoraba en exceso.

—Algunas casas nunca vuelven a utilizarse —murmuró el lazarista mientras miraba hacia otro lado.

—¿Por qué?

—Porque los propios leprosos las consideran malditas.

—¿Y esta es una de ellas?

—Sí.

Balduino escudriñó la vivienda como si esperara ver salir demonios por las ventanas.

—¿Tú sabes la razón por la que esta casa está maldita? —preguntó.

—Porque en ella vivió un niño que ya está muerto.

—¿Un niño leproso, quieres decir?

Amadís asintió. No miraba a la casa. Eludía también contemplar el jardín con los columpios. Y aunque hubiese levantando la cabeza, no habría visto nada, porque las lágrimas se lo habrían impedido.

—Sí, un niño leproso —musitó con un hilo de voz—. Mi hijo.

El agua de la fuente de San Lázaro le sirvió a Amadís para deshacerle el nudo de la garganta. Apoyado en el pretil recuperó el color y la compostura; y un sinfín de historias que no relataba a nadie desde hacía años.

Rememoró para los oídos del rey su infancia en la corte de Trípoli, al lado de Raimundo III. Recordó la mocedad posterior de ambos en Jerusalén y la amistad que habían fraguado con Guillermo de Tiro, cuando el archidiácono no era siquiera novicio y perseguía a las muchachas igual que ellos.

Céline había aparecido un día en aquellos devaneos de juventud, para quedarse definitivamente en su vida. Se habían casado pronto y habían habitado la casa familiar de los Monterroso en la *ruga Ispaniense*. Allí había nacido el pequeño Santiago. Un nombre hispano, sí, el que Amadís le había puesto a su hijo, debido a la profunda devoción que su padre, el conde Rodrigo Pérez de Traba, sentía por el apóstol.

Amadís hizo una pausa antes de abordar el tramo final de su relato. Los arpones de la tristeza seguían clavados en su alma mientras él trataba de rescatar lugares, caras y hechos en un torrente de aguas negras.

La felicidad, dijo, había rodeado a la familia hasta que un día el pequeño Santiago comenzó a mostrar signos inequívocos de lepra. Perdió rápidamente sensibilidad en las extremidades, y casi toda la fuerza. Le aparecieron después las costras y los bulbos. El traslado a la colonia resultó inevitable a partir del cuarto año de vida de la criatura. Sus llagas, sus pústulas y sus heridas eran ya demasiado evidentes como para pasearlo por las calles de Jerusalén sin que la gente huyera despavorida.

La casita con jardín fue un bonito refugio durante los siguientes tres años. Había otros niños enfermos en el poblado. Y para ellos,

las marcas, las vendas e incluso las mutilaciones eran una realidad cotidiana. A nadie lo apartaban del juego porque le faltaran la nariz o una oreja. Sin embargo, la salud de Santiago empeoró drásticamente al cumplir los ocho años, y fue necesario ingresarlo en el Hospital con el fin de que pudiera recibir cuidados más específicos.

La voz de Amadís desfalleció cuando quiso recordar el ascenso del pequeño a la segunda planta. Sus fuerzas parecieron acabarse ahí, en el mismo borde del precipicio. Balduino se acercó a él entonces y lo estrechó entre sus brazos. Lo apretó contra su pecho hasta que el corazón del caballero lazarista comenzó a latir más sereno.

—¿Y qué fue de Céline? —le preguntó el monarca.

—Murió.

—¿También de lepra?

Amadís sacudió la cabeza. Los labios se le habían fruncido en una mueca de dolor apenas tolerable.

—No pudo soportar la pena. Se tiró de la muralla al foso al día siguiente de morir Santiago —murmuró mientras derrumbaba la cabeza sobre el hombro de Balduino.

—¿Fue durante esos años cuando perdiste la fe en Dios? —le preguntó el rey al oído.

Amadís levantó la cabeza para hacer memoria.

—Recé mucho en aquel tiempo —repuso—. Todos los días, a todas horas. Pero nunca conseguí entender el sentido de aquella tortura que acabó en muerte. No logré comprender el castigo que Dios nos había enviado tan injustamente —se lamentó.

Fue ahora Balduino quien se mostró pensativo.

—Yo no lo veo así —adujo al cabo—. Para mí, la lepra no es un castigo divino, sino una prueba. Y tú me has hecho consciente de ello. Puede que la enfermedad me haga flaquear a veces, pero no va a impedir que cumpla con mi cometido. Y tampoco va a hacer que mi amor por Dios se resquebraje —afirmó con un velo húmedo en los ojos.

Amadís no dijo nada. En realidad admiraba a todos aquellos capaces de aferrarse a un instrumento tan ciego e intangible como la fe.

—¿Ingresaste, pues, en la Orden de San Lázaro tras fallecer tu

hijo? —le preguntó Balduino.

—No inmediatamente —respondió el lazarista—. Primero quise ahogarme en vino o morir en una batalla. Fue Ivette la que me hizo ver, tras muchas noches de borrachera, lo absurdo de mi comportamiento. Fue ella, en realidad, la que me hizo caer en la cuenta de que si nada le debía a Dios, sí al menos podría dar gracias a la Orden de San Lázaro. Por todo el amor demostrado hacia mi hijo, por todos sus cuidados. Y también a los habitantes leprosos del poblado, por las mismas razones. Aquella misma noche solicité mi ingreso.

—¿Y nunca has pensado en volver a casarte? —le preguntó de pronto Balduino—. Todavía podrías tener hijos…

Amadís lo pensó unos segundos.

—Llegué a descartarlo durante un tiempo —admitió—, pero ahora veo que tal vez sea posible.

—Todo es cuestión de dar con la persona adecuada…

—Así es.

—¿Y para eso también confías en el destino?

—No es una cuestión de confianza, sino de convencimiento.

—¿De qué?

—De que la vida de una persona es un sendero más o menos retorcido, pero sin bifurcaciones.

El atardecer se presentó por sorpresa cuando más enredados estaban en la madeja de sus confesiones. Las luces del crepúsculo pintaron de oro las murallas blancas de Jerusalén. Estiraron también las sombras de los árboles hasta hacerlos parecer monstruos de brazos informes.

—Quisiera pedirte algo para mañana —repuso el monarca.

Amadís sonrió, porque ya contaba con ello.

—Me gustaría que acudieses a la ceremonia —le dijo Balduino.

—Podéis estar seguro de que estaré en los jardines de palacio, aclamándoos igual que miles de personas.

El gesto del rey se volvió súbitamente solemne.

—No me refiero a los jardines, sino al salón de plenos de la torre de David —replicó.

—Pe… pero eso no es posible…

—Lo será si pasas antes por la oficina y formalizas de una vez por todas los papeles de tu título de conde —lo atajó Balduino muy

serio.

Amadís frunció los labios. Había dejado pasar el tiempo sin hacer nada. Pretendía así huir del compromiso que obligaba a todos los cargos nobiliarios del reino.

—Habéis estado mirando los documentos llegados de España… —murmuró.

Balduino asintió.

—Te quiero a mi lado en el Alto Tribunal —repuso—. Y para ello necesito tu nombramiento oficial como conde de Monterroso. Los cargos y también los títulos se ejercen hasta la muerte. ¿Es que ya no lo recuerdas?

XVII

Amadís penetró en la ciudad por la poterna de San Lázaro. Cruzó primero el foso utilizando su puente levadizo y accedió después a los jardines. Sintió ganas de taparse los oídos mientras caminaba entre los naranjos. Las iglesias de Jerusalén y todas las ermitas circundantes llevaban horas reventando los aires de la mañana a base de campanazos.

Divisó la torre de Tancredo a su izquierda, engalanada de banderas y cruces amarillas de pies a cabeza. A la derecha, la iglesia de San Jorge tenía su *parvis* abarrotado de peregrinos que querían rezar un último responso antes de aclamar al nuevo monarca del reino. Atravesó el mercado porcino y luego el de los cereales. Eran espacios desiertos aquel 15 de junio. Aun así, puso el caballero lazarista sumo cuidado en evitar los desperdicios del suelo. Vestía su mejor sobreveste y sus botas más relucientes, una indumentaria que solo usaba, obligado por Alberico, para conmemorar a San Lázaro.

Torció a la izquierda, hacia el estanque del Patriarca, para embocar desde allí la calle de David. La alegría dentro de Jerusalén se le antojó desbordante. Miles de personas esperaban a la procesión que llevaría a todos los miembros del Alto Tribunal y al mismo rey hasta la iglesia del Santo Sepulcro. Para que el patriarca latino lo ungiera allí con el óleo crismal y le repartiera todas sus bendiciones antes de hacerlo subir al trono.

Amadís solo había asistido a las entronizaciones de Balduino III y de su hermano Amalarico, pero no recordaba que aquellas dos ceremonias hubiesen conmovido tanto al pueblo llano.

La torre de David le mostró sus almenas desde la distancia. Destacaban sobre el horizonte azul como un jardín colgante del firmamento. Pero era, en realidad, la ciudadela entera la que se vestía de gala para tan magna ceremonia. Brillaban sus balcones

repletos de guirnaldas blancas. Asomaban las flores hasta por las troneras. Cientos de pendones y banderas multicolores adornaban la fachada del edificio.

Mientras ascendía por la rampa de acceso a la oficina, Amadís se detuvo un instante para observar las enseñas de las principales casas del reino: la de Jaffa y Ascalón, la de Ibelín, la de Cesarea, la de Sidón… La de los Monterroso también tendría que ondear allí en breve, en cuanto formalizara sus papeles.

Apenas le costó diez minutos erigirse en el sucesor legal de Rodrigo Pérez de Traba. Leyó por primera vez el testamento de su progenitor, al que hasta entonces apenas había concedido importancia. Se le antojó, en cualquier caso, un documento de lo más ambiguo. Su derecho al título figuraba claro, pero no se enumeraban posesiones concretas en aquel pergamino. Tan solo se hablaba de heredar «*toda la hacienda y el patrimonio de* Rodericus Petri*, conde de Monterroso y mayordomo de la Casa Real Portuguesa*».

Se dirigió Amadís al salón de la torre sin darle más vueltas, y se sentó entre sus ocupantes con pleno derecho. Llegó el último debido a los trámites, y por eso concitó una docena de miradas curiosas. Tuvo que optar por una silla al final de la sala. Desde su posición solo veía cogotes y nucas, pero imaginó que en primera fila se sentarían los más notables, acompañados de Inés de Courtenay y su hija, Sibila.

Distinguió a Balduino sobre el estrado, sentado en un bonito escabel con brazos. Estaba flanqueado por el patriarca y por Hunfredo II de Torón, como miembro más veterano del Alto Tribunal. Le pareció al lazarista que el rey había demorado el inicio de la ceremonia a propósito. Porque tan pronto lo vio aparecer en el salón, autorizó a Amalarico de Nesle a iniciar su discurso.

Disertó el patriarca largo y tendido. Habló sobre el carácter divino de aquel mandato; del sentimiento de hermandad de todos los Estados Latinos; de la sumisión ante el papa y de la necesidad de que la Iglesia y sus *milites Christi* se mantuvieran siempre unidos frente el paganismo. Cuando terminó, dejó su espacio al regente.

Se acercó entonces Raimundo III al estrado. Traía el semblante grave pero sereno. Ejecutó una breve inclinación de cabeza antes de depositar a los pies del monarca el cetro y la espada real. Se ayudó

después del condestable para colocarle el *mantum* sobre los hombros. La corona ya la llevaba puesta Balduino porque, en realidad, era rey desde los trece años, aunque no pudiera ejercer sus funciones.

Carraspeó Raimundo con el fin de hacer silencio. Sacó después un rollo en el que traía escrito el discurso con el que pasaba revista a su tiempo en el cargo. Afirmó haber tratado de cumplir con Dios, con Jerusalén y con el cristianismo. No se cubrió de más méritos, pero se le vio satisfecho, orgulloso incluso, de lo logrado; sobre todo de la paz que había traído finalmente a las ciudades del reino. Saladino no era ya una amenaza inminente, sino casi un amigo. La tregua que ambos habían firmado serviría para que todos los cristianos de Tierra Santa vivieran despreocupados. Y prosperasen sin miedo a emprender viajes entre ciudades. También los peregrinos podían abordar tranquilos sus desplazamientos habituales desde la costa porque nadie estaría acechándolos en las carreteras.

Volvió Raimundo a su escaño tras su alocución y se dispuso, como todos, a asistir al primer discurso de Balduino IV ante el Alto Tribunal del reino.

Dejó el rey su escabel para dirigirse, en pie, a los reunidos. No usó el bastón de mando a la hora de apoyarse, sino la espada de plata. Vestía además Balduino una preciosa cota hecha con anillas de plata, y una sobreveste con el escudo de Jerusalén. Era una loriga de ceremonia y no de guerra, pero, visto desde lejos, daba la impresión de que Balduino venía preparado para entrar en combate.

Repitió el monarca el solemne juramento que ya pronunciara el día de su coronación, por si alguien hubiera olvidado su compromiso. Agradeció después a Raimundo, de manera muy sucinta, los servicios prestados al reino antes de pasar al capítulo de las bienvenidas.

Hizo levantarse y saludar a su tío Joscelino, conde de Edesa, y a Reinaldo de Châtillon, antiguo príncipe de Antioquía. A ambos se les veía eufóricos de volver a pisar suelo cristiano tras una larga estancia en cárceles sarracenas. Joscelino lucía el pelo más blanco que en otra época. Estaba flaco y desmejorado. Reinaldo, en cambio, parecía haber hecho un pacto con el diablo. Era diecisiete años más viejo que el día de su apresamiento, pero cualquiera

habría jurado que habían pasado solo diecisiete días. El antiguo príncipe ya había rebasado los cincuenta, pero seguía conservando el cuerpo magro del chacal y el rictus cruel del lobo estepario. A través de aquellos ojos oscuros miraba la misma alimaña que había ordenado la matanza de miles de ancianos y niños en Chipre en una represalia atroz contra el Imperio bizantino. A nadie le extrañó que su propio hijastro, Bohemundo de Antioquía, lo hubiera enviado a la corte de Jerusalén con tal de perderlo de vista.

Balduino dejó que la expectación creciera en el salón de plenos antes de entrar en materia. En realidad, nadie esperaba gran cosa de un rey adolescente y enfermo; de un monarca bisoño que apenas podría tener criterio político, ni objetivos a medio plazo, ni siquiera noción de Estado. Tal vez incluso su antiguo tutor, Guillermo de Tiro, tan solo esperaba oír simples balbuceos por parte de su pupilo. Pero lo cierto fue que Balduino se plantó al borde del estrado sin rollo ni papeles en los que ayudarse. La espada de plata y su gesto decidido constituían sus únicas armas.

Señaló el nuevo rey a su tío Joscelino con el dedo y, con voz firme, lo llamó a la tribuna. Le mandó arrodillarse ante él y, sin más rodeos, lo nombró senescal del reino, un puesto que estaba vacante desde la caída en desgracia de Miles de Plancy dos años antes. Hubo murmullos de sorpresa, pero no muchos. Pocos eran los que no esperaban el nombramiento. La mano de Inés de Courtenay había comenzado a moverse en la sombra, igual que una serpiente silenciosa.

Muchos daban ya por concluida la ceremonia cuando Joscelino regresó a su escaño tras jurar el cargo. Algunos hicieron amago de levantarse, pero Balduino los contuvo con un gesto de la mano. Qué más podría querer decir un mocoso aprendiz de rey en su primer día de mandato, se preguntaron los miembros de un Alto Tribunal estupefacto. Porque Balduino acababa de clavar su espadón de plata en las tablas de la tarima y parecía meditar sus siguientes palabras.

—Algunas cosas deben cambiar a partir de este mismo día, y pido vuestra confianza para lograrlo —asentó mientras sacudía la cabeza—. Tenemos una tregua con Saladino, es cierto. ¡Pero una paz lograda de esta forma difícilmente puede considerarse un triunfo! ¡Se trata más bien un signo de debilidad inadmisible en el pueblo franco! —sostuvo el rey con ojos encendidos.

La larga pausa que siguió a tan sorprendente manifiesto le permitió a Amadís escrutar las caras de sorpresa de muchos prohombres. Ni Raimundo de Trípoli, ni el condestable ni el patriarca salían de su asombro. Estaba claro que ni siquiera los más próximos al rey conocían los entresijos de su pensamiento. Sí apreció el lazarista el fuego que ardía dentro de las pupilas de Balduino, y por eso la tormenta lo pilló ya preparado.

—Soy consciente de que algunos gobernantes han hecho de la paz su principal objetivo —dijo, en referencia a su propio padre y a Raimundo III—. Creyeron obrar de forma prudente, pero lo cierto es que se equivocaron. No cayeron en la cuenta de que el enemigo nunca descansa, y aprovecha esos períodos de tranquilidad para rearmarse y volver con más fuerza. ¡Cada día que no peleamos contra ellos les concedemos aire! ¡Cada ocasión que perdemos para hostigarlos es una batalla perdida por nuestra parte! —afirmó con encendida vehemencia el joven monarca.

Hizo Balduino una larga pausa para que la sala asimilara sus palabras. Después, con el silencio otra vez rehecho, arrancó su espada de las tablas y la enarboló por encima de la cabeza.

—¡Olvidaron esos gobernantes que el reino de Jerusalén es la punta de lanza del cristianismo! —tronó—. ¡Dios creó esta tierra para que la habitara un solo pueblo, los francos! —aseguró a todos los reunidos un segundo antes de declarar rota la tregua que el regente había firmado con Saladino—. ¡Volveremos a salir de campaña este mismo verano, para cortar la soga que ahoga a los Estados Latinos! ¡Reconquistaremos plazas y ciudades que ya fueron nuestras! ¡Liberaremos cristianos que languidecen en cárceles ismaelitas, porque combatir al infiel y sembrar el terror en sus territorios es lo que Dios demanda de nosotros! —anunció—. ¡Volved a vuestras casas, a vuestros feudos, a vuestros señoríos, y preparaos para una guerra inminente! —dispuso ante una cámara estupefacta.

Ahora sí, Balduino dio su intervención por finalizada. Retornó a su escabel y se sentó en él como si fuera el emperador del mundo. Miró impasible a los miembros del Alto Tribunal y dejó que los murmullos de asombro crecieran hasta convertirse en exclamaciones de miedo o de esperanza.

Raimundo III abandonó el salón con gesto colérico. Balduino

advirtió el movimiento. Quiso intercambiar una mirada cómplice con Amadís, pero ya no lo encontró donde estaba. El recién nombrado conde de Monterroso no pensaba tomar parte en la procesión hasta el Santo Sepulcro. Y tampoco tenía intención alguna de asistir al convite en palacio. Por eso salió de la sala poco después que el conde de Trípoli. Quería ganar la calle cuanto antes y regresar a su mundo. Una mano lo cazó por sorpresa antes de que pudiera lograrlo.

El instinto le hizo aferrar su daga de misericordia, pero no llegó a desenfundarla. Pensó que era el archidiácono quien lo abordaba, espantado por el discurso abrasador de su pupilo.

—¡¿Qué diablos te propones?! —le espetó, sin embargo, Inés de Courtenay a un soplo de distancia.

Amadís escrutó los rasgos crispados de la madre del rey. Aspiró la fragancia sofocante de su perfume. Admiró durante un segundo la belleza malévola de aquel rostro. Hasta la pequeña cicatriz que él mismo le había dejado con su daga bajo la barbilla le añadía un toque de singularidad.

—Tan solo trataba de llegar a tiempo al almuerzo en el Hospital de San Lázaro. Se me está haciendo un poco tarde… —ironizó.

Inés de Courtenay enrojeció de ira.

—¡¿Cómo se te ocurre llenarle a mi hijo la cabeza de pájaros?! —resolló—. ¡Sé que todas esas ideas de conquista, dominación y guerra eterna son cosa tuya! ¡Mi hijo no es así!

Amadís se zafó de un brusco estirón.

—¡¿Y qué es lo que esperabais de él?! ¡¿Una declaración anticipada de renuncia?! —exclamó enfurecido—. ¡Pues ya veis que Balduino tiene ideas propias! ¡Y planes de futuro! Vio gobernar a su padre y también al conde de Trípoli. Después, él mismo ha sacado sus conclusiones.

Inés de Courtenay frunció los labios en un mohín que portaba más contrariedad que cólera.

—En cualquier caso, Balduino no está en condiciones de salir de campaña este verano. Apenas acaba de restablecerse. No permitiré que juegues con su vida —asentó.

—No es la vida de Balduino la que os preocupa realmente, sino el futuro de Sibila. Sed al menos sincera conmigo.

—¡¿Cómo te atreves?!

La condesa de Sidón trató de abofetear a Amadís. Pero se vio inmovilizada por dos zarpas que eran como grilletes de acero.

—Lo que os aterra es que ese Guillermo de Monferrato no llegue a tiempo para la boda si Balduino fallece antes en combate. Si eso ocurriera, es evidente que los planes que habéis hecho para sentar a vuestra hija en el trono podrían complicarse… —le susurró Amadís al oído.

—¡Yo amo a mi hijo! ¡¿Cómo puedes dudarlo?! —replicó ofendida la madre del monarca.

Afianzó su agarre el caballero de San Lázaro hasta que las muñecas de Inés de Courtenay crujieron como dos palos secos.

—Tenéis un hijo válido e inteligente. Haríais muy mal en empujarlo a una abdicación prematura. ¡Respetad sus decisiones! ¡Apoyadlo mientras aguante en el trono, como haría cualquier madre! ¡Después ya veremos quién merece sentarse en su sitio! —le dijo mientras la apartaba de su camino de un empujón.

XVIII

Balduino volvió a reunir al Alto Tribunal al día siguiente, y no tardó mucho en darse cuenta de que un ejército no puede levantarse de la noche a la mañana, y menos gratis. Desconocía el monarca los entresijos del cargo. Tuvo que ser el condestable, Hunfredo de Torón, quien le abriera los ojos sobre estos temas.

La nobleza, le explicó, solo estaba obligada a sufragar las campañas estrictamente defensivas. Las otras, las expediciones de castigo y conquista en tiempos de tregua, tendría que financiarlas la propia Corona. Y las arcas del reino, vino a decirle, no estaban precisamente para muchas alegrías.

Enfureció Balduino al enterarse de aquello. Lo consideró un acto de mezquindad de sus barones. Afortunadamente, y sin que sentara precedente, los grandes maestres del Hospital y del Temple se pusieron por una vez de acuerdo. Entre ambos convencieron a los presentes de la necesidad de una actuación conjunta y desinteresada contra un peligro creciente llamado Saladino. Ellos mismos movilizarían a varios centenares de caballeros de sus Órdenes, así como tropas de sus muchos castillos en la frontera, dijeron. Y lo harían sin gravamen alguno para las arcas del reino.

Tras la encendida arenga de Odón de Saint-Amand y Jobert de Siria, ningún barón se mostró totalmente remiso a tomar parte en una acción armada. Tan solo pidieron tiempo para organizar sus ejércitos. En realidad, Amadís ya contaba con el entusiasmo inicial de los dos grandes maestres, pero no esperaba que Joscelino de Courtenay y Reinaldo de Châtillon celebraran la intervención con tanto entusiasmo. Debía de ser el ardor de la revancha el acicate que movía a tan ilustres liberados.

Lo cierto fue que a aquella segunda asamblea Reinaldo asistió ya como nuevo señor de Kerak. No había pastos, ni bosques ni riquezas en aquellas estepas meridionales. Apenas se trataba de unos simples

peñascos con un castillo en su cúspide, pero Châtillon se conformó con ello. No estaba todavía en condiciones de exigir un principado como el que había dejado en Antioquía.

Para su tío, Balduino fabricó un nuevo feudo de la nada. Porque Joscelino llevaba el nombre de Edesa en su título nobiliario, y también en su escudo de armas. Pero, en realidad, la ciudad cristiana se había perdido treinta años atrás, por negligencia del propio interesado, sostenían las malas lenguas. Por eso, el hermano de la bella Inés era un conde sin condado, un noble sin tierras. Y para que las tuviera de nuevo, aunque fueran pocas, el rey desgajó algunas fincas de sus dominios en Acre y las llamó «el señorío de Joscelino III de Edesa».

Quien no emitió juicio alguno sobre aquellas decisiones ni tampoco sobre los aires de guerra que flotaban en el ambiente fue el antiguo regente. Raimundo III había abandonado Jerusalén sin despedirse de nadie. Y, por lo que se sabía, andaba ya camino de Galilea. Para retomar sus asuntos cuanto antes y olvidarse de tanta ingratitud y tanto reproche.

Ante la falta de noticias, Balduino le envió una carta a la semana siguiente. Se trataba en realidad de un duro requerimiento para que se uniese a la campaña contra Saladino, «*como estaban haciendo todos los hombres honorables de los Estados Cruzados*», le decía. A Amadís le habría gustado que los términos de la misiva hubiesen sido más cordiales, pero el monarca no quiso cambiar ni una coma.

Fueron aquellas unas semanas frenéticas para el caballero lazarista. Por deseo expreso del rey, Hunfredo del Torón, Joscelino y él mismo tuvieron que multiplicarse en sus visitas a todos los feudos vasallos del reino. Su misión consistió en comprobar, uno por uno, el grado de formación de cada hueste. Todo el mundo debía estar preparado y en orden de marcha para últimos de julio. El objetivo: Egipto.

La primavera había resultado inusualmente dura. Los pozos se habían secado en los oasis. Los arroyos de los páramos eran simples pedregales ardientes. Ni siquiera la hierba de camello había nacido en el desierto. La expectativa de un verano tórrido y abrasador había llevado a Saladino a evacuar a su ejército de El Cairo y llevárselo a otra parte. Por eso los entendidos aconsejaron dar un golpe de mano en aquellas tierras. A Balduino la idea le sedujo de

inmediato, pues aún recordaba el día en que el regente había desestimado ayudar a la armada siciliana en su ataque contra Egipto.

La respuesta de Raimundo III al ultimátum del rey llegó el 10 de julio, y no resultó menos contundente que la carta original de Balduino. Criticaba al joven monarca por su osadía y su poca cabeza al salir de campaña sin motivo justificado. Descartaba, por supuesto, sumarse con su ejército a un plan tan descabellado.

Lo cierto fue que aquella réplica no mereció demasiado debate. No había tiempo para reuniones estériles. El rey y su Alto Tribunal cavilaban aquellos días cómo recolocar sus fichas en el tablero de la guerra. Y es que, cuando menos se lo esperaba nadie, Saladino había tomado la iniciativa; curiosamente, en las antípodas de donde Balduino pretendía golpearlo.

Había cercado el sultán la fortaleza de Masyaf, el principal enclave de la Secta de los Asesinos. Una estirpe ciertamente incómoda para el gran guardián del islamismo, pues, aun sin ser cristianos, tampoco podía considerar amigas a aquellas gentes. Eran hombres belicosos que se empeñaban en hostigar a sus tropas siempre que podían. El objetivo de Saladino era doble en aquel inesperado ataque: por un lado pretendía castigar a los Asesinos. Y, además, si la fortaleza caía, eliminaría definitivamente el último obstáculo que cerraba su paso a los Estados Latinos del norte.

Nadie volvió a mencionar el nombre de Egipto en las siguientes reuniones del Alto Tribunal. La secta dirigida por el Viejo de la Montaña estaba formada por guerreros execrables, y además infieles. Pero su enfrentamiento con Saladino los convertía en aliados potenciales del reino. Así se expresó Hunfredo de Torón, quien también le recordó al monarca la alianza que su padre, el rey Amalarico, había hecho con ellos en tiempos relativamente recientes. Urgía pues, desde un punto de vista estratégico, prestarles ayuda lo antes posible; para que Masyaf continuara ejerciendo como el tapón de un odre que amenazaba con derramar su agua. Porque si la fortaleza se rendía a Saladino, incluso Bohemundo de Antioquía podría considerarse amenazado.

Balduino propuso entonces reclamar la ayuda de los ejércitos del principado, pero Reinaldo de Châtillon le hizo comprender la improcedencia. Su hijastro, le explicó, nunca accedería a dejar sus

territorios desguarnecidos. Librar una batalla tan decisiva a solo cien millas de casa podría significar la hecatombe del territorio en caso de derrota. A pesar de todo, Bohemundo no se negaría a ayudarlos. A buen seguro les enviaría víveres o algún escuadrón de caballería que perjudicase las labores de forrajeo del enemigo, opinó Reinaldo.

—Atacaremos con lo que tenemos entonces… —resolvió Balduino.

Se refería el rey a los seiscientos setenta jinetes y los cinco mil peones que contaba reunir dentro de las fronteras de su reino. A lo cual habría que añadir la caballería pesada de las dos grandes órdenes militares. En cuanto a la aportación de los lazaristas, esta podría estimarse en apenas una veintena de hombres capaces de subirse a una montura y empuñar una lanza.

—Golpearemos con lo disponible. Pero, a mi juicio, no debería ser en Masyaf —puntualizó entonces el condestable para sorpresa del rey, y de todos.

Balduino arrugó el entrecejo.

—¿Por qué no? ¿No es ahí donde está la batalla? —inquirió.

Hunfredo de Torón pasó por alto la pregunta y se acercó al mapa de operaciones.

—Avanzar hasta la fortaleza Asesina significaría cruzar Siria, y dejar su capital a nuestra espalda —le explicó con calma—. Si las cosas se dieran mal, podríamos acabar atrapados entre dos frentes.

—Las cosas no tienen por qué darse mal —protestó el rey.

—Tampoco es seguro que vayan a darse bien —terció, prudente, Joscelino, que algo sabía de derrotas y cautiverios.

Balduino desplegó la mirada por una sala atestada de expertos veteranos.

—Entonces… ¿qué sugieres? —le preguntó—. Tendrás que justificarnos muy bien tu propuesta…

Hunfredo de Torón posó su dedo en un punto del mapa. Era una marca negra, voluminosa, de un tamaño muy superior a cualquier otro castillo o fortaleza cercanos. Su nombre destacaba en letras mayúsculas.

—Atacaremos Damasco —proclamó, y dejó que cada cual se tomara su tiempo para asombrarse.

Guillermo de Tiro fue uno de los primeros horrorizados. El

archidiácono había asistido a todas las reuniones del Alto Tribunal en calidad de canciller. Pero había callado la mayor parte de las veces debido a su desconocimiento en materias militares. No obstante, la osadía del condestable debió de parecerle excesiva.

—¡¿Da… Damasco?! —tartajeó perplejo—. No tenemos fuerzas para tanto… Damasco es una ciudad inexpugnable para nosotros. Cuenta con una guarnición que ya de por sí es un auténtico ejército…

Hunfredo de Torón había retirado ya su dedo chafado del mapa, pero se demoraba sobre él con ojos entendidos. Parecía hacer números, aunque tal vez solo consideraba plazos y distancias.

—Según nuestros aliados beduinos, Saladino ha movido el grueso de sus tropas a Masyaf —explicó—. Enfrentarnos a ellas sería una temeridad. Por eso creo que hacer peligrar su capital es la mejor forma de obligarlo a levantar el cerco. Pero es evidente que necesitaríamos un segundo ejército para enfrentarnos a la guarnición de Damasco con algunas garantías… —murmuró mientras parecía hacer cábalas.

—No tenemos dos ejércitos —le salió al paso Balduino.

Hunfredo lo miró con aire fingidamente distraído.

—Podríamos tenerlo si Raimundo nos ayudara —adujo—. Y lo cierto es que ese ataque sobre Masyaf, lo quiera o no, también le afecta a él directamente. La fortaleza Asesina no queda tan lejos de sus territorios, y…

—¡No pienso pedirle ayuda al conde de Trípoli! ¡No pienso arrastrarme a los pies de Raimundo después de su desplante! —lo interrumpió de inmediato Balduino.

Hunfredo de Torón calmó al rey con una sonrisa paternal. Examinó la sala. Comprobó que sus palabras habían cosechado muchos más signos de aprobación que de rechazo. Entonces se atrevió a señalar al caballero de San Lázaro con su dedo índice.

—Majestad, nadie os ha pedido que os arrastréis —dijo—. Afortunadamente, tenemos entre nosotros al único hombre capaz de hacer recapacitar a Raimundo de Trípoli y atraerlo a la causa.

Cincuenta miradas se posaron sobre Amadís Pérez de Traba. De todos era conocida la amistad que unía a ambos condes. El lazarista torció el gesto al sentirse objeto de tanto escrutinio. No acostumbraba a rehusar responsabilidades, pero tampoco era

Jesucristo para obrar milagros.

—Lo intentaré —murmuró lacónico. Después pidió la carta manuscrita por Raimundo y abandonó con prisas el salón de la torre.

XIX

No regresó Amadís al Hospital de San Lázaro de inmediato, sino que encaminó sus pasos hacia El León Dorado. Había recalado allí varias veces las últimas semanas, infructuosamente. Cada vez que sus viajes por el reino y sus quehaceres en la colonia se lo permitían, el lazarista había tratado de ver a Ivette en la taberna. Sin embargo, la mala fortuna había querido que la muchacha siempre estuviera ausente durante aquellas visitas. Había salido sin decir adónde… No se la esperaba aquella noche… Tal vez volviera en un par de días… Sus compañeras de la taberna no sabían darle más señas.

Aunque a ellas les decía que solo pretendía saludarla, en su fuero interno Amadís era consciente de sus intenciones. Algo había cambiado desde que abandonara su cautiverio en Homs. En su mente y en sus entrañas. Tal vez habían sido la soledad y el aislamiento los que le habían hecho recapacitar. Había sido una transformación lenta la suya, eso era cierto. Porque el agua filtra mal cuando el poro es pequeño. Pero al final se había hecho consciente del dolor de la muchacha a cuenta de sus silencios y sus vacilaciones. Una vez decidido, ardía ya en deseos de confesarle su amor a Ivette, y de proponerle un compromiso más estrecho y de fundamento. Con papeles de por medio. Desgraciadamente, sus ausencias de la taberna le habían impedido hacerlo hasta entonces.

Aquella tarde, el caballero de San Lázaro no penetró en El León Dorado para preguntar por la bella mesonera. Supuso que las respuestas de las empleadas serían igual de esquivas. Por eso permaneció fuera, cobijado tras una tapia derrumbada del Hospicio de los Alemanes. Después, cuando el crepúsculo comenzó a emborronar las sombras de los vivos y a confundirlas con el hálito de la noche, el lazarista avanzó hasta el muro templario. Allí se acurrucó a la espera de acontecimientos.

Una mujer surgió por la puerta con ademán resuelto. Iba

embutida en un vaporoso vestido de seda y cubierta con un tocado hecho de la misma tela. La falda la llevaba recogida en la mano, como las princesas, para que no rozara con el suelo. Más que por la indumentaria, Amadís la reconoció por su donaire.

—Ivette… —La tabernera se volvió muy despacio al escuchar su nombre. Apenas había dado cuatro pasos desde el porche. El silencio envolvió después a dos figuras que parecían estatuas enfrentadas.

El lazarista la miró fijamente a los ojos.

—Me has estado eludiendo… —le dijo.

—¿Qué haces aquí?

Amadís se encogió de hombros.

—La calle no es de nadie —le dijo—. Tan solo te esperaba. Sospechaba que estabas dentro y no querías verme, como ya me ha pasado otras veces.

Una lágrima traicionera resbaló por la mejilla de la muchacha.

—Escucha, Ivette; puedo explicártelo todo: las ausencias, la falta de noticias… Han sido semanas muy agitadas… —Amadís se preparó para abordar un relato cargado de actos de servicio, tanto para el Alto Tribunal como para el Hospital de San Lázaro.

—No es eso… —adujo la muchacha con un mohín de tristeza.

El desconcierto desdibujó el semblante del caballero lazarista.

—¿Qué es entonces lo que te ha contrariado?

Ivette sacudió la cabeza. Trataba de encontrar la manera de expresar la incertidumbre, los sinsabores, las angustias de su pensamiento. Al final se decidió por el resultado de todos ellos.

—He empezado a verme con alguien —murmuró.

Amadís no supo qué lo golpeaba antes y con más fuerza, si el dolor o la sorpresa. Siempre había sido consciente de los contactos esporádicos que la muchacha mantenía con algunos clientes adinerados, y lo aceptaba. Formaban parte de una relación sin reglas, sin lazos, sin malentendidos. Al menos, así lo había creído él siempre. Aquellas palabras, sin embargo, sonaban a despedida.

—¿Con alguien? ¿Por qué? —preguntó, todavía incrédulo.

—Porque, por una vez, me he sentido querida.

Amadís había recibido heridas en combate sin pestañear. Flechas sarracenas lo habían atravesado en diversas ocasiones sin merecer un lamento. Cimitarras musulmanas le habían desgarrado la carne

mientras sonreía indiferente. Ivette lo hizo tambalear usando simplemente palabras.

—¿Te has sentido querida por otro…? —farfulló atónito—. Yo no pensaba que…

—¡Claro, tú nunca te paraste a pensar en esas cosas!

—Ivette, yo…

—¡Nunca creíste que demostrar amor fuera algo necesario para mantener a una mujer a tu lado! —continuó la muchacha.

Quiso replicar Amadís a tan nutrida andanada de reproches, pero su pensamiento apenas logró arrancar balbuceos.

—Soy hombre de pocas palabras. Ya lo sabes… —articuló al fin.

La joven tabernera asintió, y su rostro compuso al hacerlo una mueca de dolor infinito.

—Lo sé muy bien —repuso—. Tanto es así que apenas te he oído pronunciar mi nombre en todos estos años. He escuchado el de Céline en tus sueños muchas más veces que el mío cuando estabas despierto.

—Nunca te oculté que aún soñaba con ella, y con Santiago —sostuvo, abrumado, el caballero de San Lázaro.

—Qué significaba yo para ti, Amadís. Eso era lo que me preguntaba cada vez que te ibas de mi lado por las mañanas. Qué le pedías a la vida, y dónde quedaba yo en ese deseo… Cómo imaginabas nuestro futuro al cabo de los años. Dónde acabaríamos. Cuándo podríamos compartir al fin nuestros días. ¡Nunca quisiste contestar a esas preguntas, y eso ha acabado por condenarnos!

Todos los años gastados en Jerusalén rodearon a Amadís como un torbellino diabólico. Vio caras dentro de la nube, escuchó voces, risas y lamentos danzando a su alrededor como muñecos grotescos. Le resultó imposible poner orden en aquella tempestad de sueños rotos.

—Tal vez nunca contesté porque no estaba preparado para dar una respuesta —musitó al cabo.

La noche había desplegado ya su manto negro y su silencio de grillos cuando Ivette quiso zanjar de manera definitiva una conversación sin arreglo posible.

—He de marchar ya —dijo.

Amadís asintió mientras la observaba. Jamás la había visto tan bella. Aquellas ropas de seda y encajes eran propias de las grandes

señoras. Ivette lucía incluso una gruesa alhaja colgada del cuello.

—¿Ese «alguien» es de la nobleza? —le preguntó.

Ivette dudó unos instantes, pero escogió la verdad antes que los rodeos. Al fin y al cabo, Amadís siempre había sido sincero con ella.

—Estoy viéndome con el rey —sostuvo.

Parpadeó varias veces el caballero de San Lázaro como si un fantasma invisible le estuviera soplando en los ojos.

—¡¿Con Balduino?!

—Sí. Tú lo trajiste a mi taberna. ¿Ya no te acuerdas? O tal vez fuera ese destino en el que tanto crees el que lo acercó a mí aquel día.

Asintió Amadís mientras intentaba tragar la hiel de su boca.

—Debe de haber sido eso —respondió sombrío antes de añadir —: ¿Estás acudiendo a palacio?

—Nos vemos en la *curia regis*.

Un gesto de suspicacia arrugó el ceño del lazarista.

—La *curia regis* es una ruina… —murmuró incrédulo.

—Ya no. Balduino ha hecho reconstruir una parte del palacete para que podamos estar cómodos.

Cientos de preguntas cruzaron la mente de Amadís como dardos rusientes, pero casi todas las juzgó inadecuadas, inoportunas e injustas. ¿Quién era él para reprocharle nada a una mujer a la que nunca había dedicado ni un «Te quiero»? Por eso humilló la cabeza y se apartó del camino, para que Ivette no llegara tarde a su cita; a un encuentro con alguien que sí la amaba de veras.

La siguió con la mirada mientras se alejaba. Al fin la perdió de vista cuando la joven cruzó por la trasera del Hospicio de los Alemanes en dirección a la calle de Judas Iscariote. No era que pensara que Ivette le había mentido sobre su relación con Balduino. Simplemente se le ocurrió que quizá aquella fuera la última vez que podía contemplarla sin prisas.

No regresó Amadís al Hospital de San Lázaro después del desengaño. Buscó de nuevo su antigua mesa dentro de El León Dorado y pidió una jarra de vino. Y después otra; y así hasta que la borrachera le apagó las luces de la conciencia. Las doncellas de la taberna lo despertaron cuando la alborada ya clareaba a través de las ventanas.

Le dolía la cabeza horriblemente. Pero no sabía si achacar la

molestia a la dureza de la mesa o a sus sueños atroces. Céline e Ivette habían pasado toda la noche peleándose a brazo partido dentro de una pesadilla interminable. Ambas mujeres se insultaban, se disputaban su amor hasta que se daban cuenta de que el objeto de su deseo era un muñeco y no un hombre.

Desplegó la mirada alrededor del local. Encontró el suelo ya limpio de caldos y babas. Los muebles y los cacharros también estaban ordenados para el día siguiente. Imaginó a las chicas trajinando sin descanso mientras él deliraba incongruencias.

Dejó tres monedas de plata junto a las jarras vacías. Supuso que con aquello cubría el vino y los trastornos. Después volvió a la colonia arrastrando los pies y el alma. Gastón lo vio acercarse de aquella guisa a la barbacana de la muralla y echó abajo el puente levadizo a pesar de la escandalera de poleas y cadenas. Pensó que su amigo iba a partirse la crisma si pretendía llegar al patio del Hospital trepando las paredes del foso.

—Veo que la noche no ha acabado bien —le dijo el guardián infalible de la colonia.

—Así es.

—¿Ella te ha abandonado?

Amadís se encogió de hombros, casi lloriqueaba.

—Quizá me lo merezco. Por imbécil.

Gastón chascó la lengua.

—Y te habrá dejado por algún canalla, claro…

—En realidad, ha escogido a alguien mucho mejor que yo. Y me alegro por ambos —repuso Amadís con la cabeza baja.

Se preocupó Gastón al ver reblandecerse de aquella manera a alguien que siempre había sido duro como el pedernal. Y le ofreció su mejor consejo.

—Bueno, pues ya sabes qué debes hacer ahora…

Levantó la cabeza el lazarista.

—¿El qué? —preguntó como si fuera lerdo.

—Un clavo saca a otro clavo. Y más vale que te des prisa antes de que el que llevas metido se oxide.

Asintió el caballero de San Lázaro en silencio y se fue hacia los establos. Aquella misma mañana debía emprender una misión casi tan imposible como lograr que Ivette volviera a amarlo en algún instante de su vida.

XX

Amadís se dirigió directamente a la ciudadela de Trípoli. Le habría gustado recorrer antes sus calles estrechas, perderse en los antiguos zocos ahora en manos cristianas, ver el mar desde las murallas, abandonarse a los recuerdos de una infancia feliz en su mayor parte…, pero el tiempo apremiaba. Además, había cabalgado seis días sin apenas descanso y le dolían hasta las pestañas.

Se presentó a los centinelas como el heredero del noble español Rodrigo Pérez de Traba. Pero en vista de la indiferencia, probó con lo de «ahijado de Raimundo II, padre del actual conde de Trípoli y príncipe de Galilea». Entonces tampoco le cedieron el paso aquellos celosos guardianes, pero al menos *sí* accedieron a llamar al principal morador del castillo de Saint-Gilles.

El antiguo regente del reino de Jerusalén se presentó en la barbacana a los cinco minutos. Vestía una túnica larga, de rica seda de Oriente. Llevaba las piernas desnudas debajo de aquella tela con el fin de combatir los rigores de la canícula. En los pies lucía unos escarpines de piel de lagarto agujereados en el empeine. Traía el conde el semblante tranquilo. Se le notaba aliviado de haber puesto millas de por medio con los problemas de su antiguo cargo. Tal vez había superado incluso la ingratitud mostrada por el monarca el día de la ceremonia.

—¡Amadís! —exclamó sorprendido al reconocer al viajero.

—Me temo que voy a mancharte la ropa —replicó el lazarista mientras correspondía al abrazo de su amigo de infancia.

Tras los saludos, el conde de Trípoli arrastró al recién llegado a un rincón fresco de su castillo.

—He recuperado algunos viejos placeres que no me permitía en la corte de Jerusalén, es cierto —reconoció tras escanciar vino frío en sendas copas de cristal italiano.

Amadís estaba sediento, y vació la suya de un trago. El conde de

Trípoli hizo lo propio. Después se dirigió a su compañero de juegos y aventuras infantiles sin ambages ni medias tintas.

—¿Has venido como amigo o como enviado del rey Balduino? —le espetó a la cara.

El lazarista saboreó el vino con calma. Era un caldo muy superior al que servían en la taberna de Ivette, y por eso mismo nublaba menos los juicios.

—¿Una cosa excluye a la otra? —preguntó.

—Puede.

Se hurgó Amadís debajo del *gambax* y sacó la carta que Raimundo había enviado al Alto Tribunal algunos días antes.

—Tal vez no estabas todavía al corriente del asedio de Masyaf cuando escribiste esto —aventuró.

Raimundo III arrugó el ceño.

—En realidad me enteré al día siguiente de enviar la nota —admitió con indiferencia. Amadís respiró hondo y se preparó para el cuerpo a cuerpo.

—¿Y la noticia no te ha hecho reconsiderar tu postura? Es posible que una campaña en Egipto te quedara lejos —dijo—, pero lo de Masyaf nos incumbe a todos. A ti el primero.

Un silencio espeso rodeó a ambos hombres mientras el conde volvía a rellenar las copas.

—Por lo que a mí respecta, Saladino y el Viejo de la Montaña —arguyó Raimundo III en referencia al líder de los Asesinos— pueden despellejarse a su antojo. En este caso además, casi estoy por enviarle refuerzos al sultán para…

Amadís elevó una mano en el aire.

—Sé lo que vas a decirme —interrumpió a su amigo—. Aquel día fatídico siempre estará presente en mi recuerdo, igual que el dolor que todavía siento en el pecho.

Se refería el caballero lazarista a la muerte de Raimundo II, asesinado a las mismas puertas de Trípoli por sicarios de la Secta.

—Los Asesinos me privaron de mi padre cuando era niño —murmuró apesadumbrado el conde—. Tú estabas allí, a mi lado, y lo viste. ¿Cómo pretendes que ahora los ayude? Es una cuestión de principios, Amadís.

Asintió el lazarista en silencio. Sirvió más vino, pero antes de hablar dejó que los posos de la inquina se calmaran en el fondo de

la copa.

—Todas las balanzas tienen dos brazos —dijo—, pero muchas veces hacemos mal al poner peso solo en uno de los platillos.

Entornó los párpados el conde de Trípoli.

—Explícate, maldita sea. Hay veces que no te entiendo —gruñó.

—Un hombre vive de acuerdo con sus principios —sostuvo Amadís con calma—, pero también debe considerar sus intereses de manera fría y objetiva. Tan solo pretendo hacerte ver que el asedio de Masyaf tal vez merezca un examen más detenido por tu parte —propuso—. La Secta de los Asesinos acabó con la vida de tu padre, es cierto. Pero el Viejo de la Montaña está en paz con los francos ahora mismo. Si su fortaleza cae en manos de Saladino, no solo Antioquía estará en peligro. También tus tierras quedarán abiertas a ataques enemigos.

El planteamiento hizo meditar a Raimundo III. Aun así, su respuesta resultó clara.

—Saladino no es mi enemigo —rezongó testarudo.

Amadís se llevó las manos a la cabeza.

—¡¿No es tu enemigo?! —preguntó admirado—. Si el sultán conquista Masyaf, tendrá una fortaleza magnífica en el mismo patio de tu casa. ¿Acaso crees que entonces respetaría la paz que firmaste con él en tus tiempos de regente?

—¿Por qué no iba a hacerlo? Saladino es un hombre honorable.

El caballero lazarista estuvo a punto de fracturar el frágil vidrio italiano al colocar la copa sobre la mesa.

—¡Maldita sea, Raimundo! —exclamó exasperado—. ¡Saladino lleva años esperando la ocasión de expulsar a los francos de Trípoli y Antioquía! ¡La fortaleza de Masyaf es lo único que se lo impide!

Un nuevo velo de pensamiento secuestró la mirada del conde. Más denso que la vez anterior. Más difícil de penetrar desde fuera.

—¿Sabes qué piensa hacer Bohemundo? —inquirió al cabo.

—Contribuirá con víveres y bastimentos, si los necesitamos.

Una sonrisilla irónica afloró en los labios de Raimundo III.

—Una postura bastante cómoda, sin duda.

Amadís compuso un ademán de anuencia.

—Comprenderás que el príncipe no pueda mover su ejército hasta Damasco… Antioquía está demasiado cerca y la ciudad quedaría desguarnecida si las cosas se torcieran.

Raimundo arrugó el ceño.

—¿Has dicho Damasco?

Amadís sonrió interiormente. La cuña había empezado a resquebrajar un tocón duro como el castaño.

—¡Ah, quizá había olvidado decírtelo! —repuso mientras se llevaba un dedo a la frente—. El ejército del reino golpeará en Damasco y no en Masyaf. Parece más procedente. Los beduinos aseguran que Saladino ha reunido al grueso de sus tropas alrededor de la fortaleza Asesina, pero un ataque en la capital de Siria seguramente le haría soltar el hueso.

—¿Y eso lo ha decidido Balduino? —preguntó un sorprendido conde de Trípoli.

—En realidad, no. Ha sido el condestable quien lo ha propuesto.

Raimundo III se llevó la copa a los labios con ademán reflexivo. Pareció cavilar sin necesidad de mapas.

—No es mala idea. Aun así, tengo que meditarlo. Concédeme un par de días —murmuró.

Asintió el conde de Monterroso y abandonó la estancia satisfecho. Sabía que había ganado un aliado para la causa.

Amadís se reencontró con Balduino y su ejército el 6 de agosto, en el valle de Bekaa, tal y como estaba previsto. A su lado cabalgaba Raimundo III con trescientos caballeros de Trípoli. El conde se avino al final a tomar parte en el golpe de mano que debería liberar a la fortaleza de Masyaf del abrazo del oso. No se llevó con él a todos sus efectivos, pues consideró prudente dejar sus ciudades y feudos protegidos con tropas experimentadas. A pesar de todo, aquellos trescientos jinetes de élite a Amadís le parecieron una ayuda extraordinaria. Era seguramente más de lo que Hunfredo de Torón y el propio rey esperaban. Además, el hecho de trasladarse sin infantería les permitió viajar mucho más rápido. En solo dos jornadas alcanzaron la vega del río Orontes. La sorpresa les salió al paso al descrestar la última colina.

—Pensaba que veníamos a guerrear y no a asistir a una fiesta —masculló Raimundo al divisar los reales de Balduino.

La visión provocó en Amadís un primer gesto de desconcierto. Su ademán fue mudando después del asombro a la irritación a medida que el ejército de Trípoli se acercaba a las faldas del monte Líbano.

Había demasiados carruajes en el campamento del rey; muchos más de los necesarios para aprovisionar a un ejército en campaña. Se veían también más tiendas de las habituales. Algunas destacaban por su tamaño y por los lujos que se adivinaban dentro. No era concebible que aquellas enormes estructuras de lona y hierros formaran parte de ningún acuartelamiento estrictamente militar. Y menos sus ocupantes.

Amadís arrugó el ceño cuando vio que Inés de Courtenay paseaba sus curvas y sus pronunciados escotes delante de todo el mundo. La madre del rey iba, además, rodeada de sus damas de compañía. Algunos bufones de la corte correteaban alrededor del grupo de mujeres haciendo sus gracias. No muy lejos, Reinaldo de Sidón se ejercitaba con dos azores.

La bella Inés se aproximó al lazarista cuando este se apeó del caballo.

—Fue un acierto el encuentro que ambos mantuvimos el día de la ceremonia. ¿No crees? —le espetó con sonrisa rutilante.

Una nube de suciedad ocre sobrevolaba la figura cenicienta del conde de Monterroso.

—¿Un acierto? —gruñó mientras escrutaba a la condesa a través de la cortina de polvo.

Inés de Courtenay acarició el antebrazo de Amadís sin temor a mancharse los dedos de mugre; sin miedo tampoco a que su esposo la viera sonreír a otro.

—¡Por supuesto! —sostuvo con ademán desenvuelto—. Aquel día me hiciste ver la necesidad de apoyar a mi hijo en todo momento. Y de estar cerca de él incluso en la guerra.

El rey y su tío Joscelino aparecieron en aquel instante. Ambos se dirigieron a saludar a Raimundo III. Las salpicaduras de barro que cubrían las ropas del conde de Trípoli no fueron obstáculo para que Balduino y él se fundieran en un abrazo.

—Ya tendremos ocasión de charlar en otro momento, cuando la batalla amaine. Veo que el deber os llama ahora mismo, conde de Monterroso —se despidió Inés de Courtenay con un guiño de picardía.

Regresó la madre del rey con sus damas y sus enanos, pero se lo tomó con calma. Antes deambuló entre los tingladillos de la soldadesca. Se contoneó cuanto quiso entre peones, cabos y

alféreces. Por respeto, muchos hacían como que no miraban, pero pocos eran los que, a hurtadillas, no la devoraban con los ojos. Ni siquiera Amadís se libró de la tentación ofrecida por el diablo. Durante muchos minutos contempló absorto a una mujer que parecía envuelta en un aura mágica de frivolidad y encanto. La voz del condestable sacó al caballero lazarista de unas ensoñaciones que empezaban a ser perniciosas.

—Tenemos reunión en la tienda de Balduino. Hay que empezar a decidir cosas —le dijo Hunfredo II de Torón.

Fue Joscelino quien habló de hacer avanzar los ejércitos cuanto antes. Los infantes del reino habían tenido tiempo de sobra para recuperarse del viaje desde Jerusalén. De hecho, hacía tres días que esperaban a las tropas de Raimundo en la ladera del monte Líbano, y había llegado ya el momento de comenzar con las hostilidades, sostuvo.

Todos los mandos se mostraron de acuerdo. Pero quien más prisa demostró por echar abajo las murallas de Damasco o, cuando menos, trabar combate con el enemigo no fue otro que Balduino. Y mientras unos y otros disertaban sobre la mejor manera de acercarse a la capital de Siria sin ser advertidos, Hunfredo de Torón puso a Amadís al corriente.

Le explicó la ruta seguida desde Jerusalén y la magnitud exacta de las fuerzas reunidas. Habían partido con apenas cuatrocientos caballeros, incluyendo los aportados por las grandes Órdenes militares. La primera parada la realizaron en Jaffa, donde se hicieron cargo de cincuenta lanceros y tres centenares de peones; después habían recorrido las ciudades de la costa —Arsuf, Cesarea, Acre, Tiro y todas las demás— hasta reunir un total de casi setecientos hombres de a caballo y tres mil infantes bien pertrechados. Tras avituallarse en Sidón, se habían internado tierra adentro hasta alcanzar el valle de Bekaa sin ningún tropiezo.

Amadís repasó con la vista a todos los ilustres reunidos en la tienda de Balduino, y echó en falta a alguien.

—¿No ha venido el archidiácono? —preguntó.

—Guillermo de Tiro ha preferido quedarse en Jerusalén, pero nos ha encasquetado a cincuenta canónigos del Santo Sepulcro —lo informó Hunfredo.

—¿Cincuenta sacerdotes? ¿Para qué queremos tantos?

—Según él, serán necesarios para las confesiones antes de la batalla. Y, sobre todo, para velar por la seguridad de la Vera Cruz.

—¿Habéis traído la Vera Cruz?

—Sí. Ya sabes que a veces ayuda…

—Eso es cierto —concedió Amadís, que había presenciado con sus propios ojos los efectos casi milagrosos que aquel tronco seco producía en hombres que ya se daban por muertos.

—No veo a Gismond entre los presentes —repuso el lazarista de repente.

A Hunfredo de Torón se le ensombreció el gesto.

—Al gran maestre de San Lázaro lo internaron en el Hospital el mismo día en que partimos —dijo—. En su segunda planta.

—Entonces… puede que ya no lleguemos a tiempo de despedirnos —repuso el lazarista.

—Es lo más probable. No obstante, han venido veinte caballeros de tu Orden que ahora quedan a tu cargo; por decisión expresa, y tal vez póstuma, de Gismond
D'Arcy.

Amadís se mostró conforme con la encomienda.

—Por supuesto —dijo en el mismo instante en que la voz rotunda de Raimundo III se alzaba por encima de veinte cabezas.

El conde de Trípoli no pretendía discutir sobre el avance inmediato de todas las tropas, aunque posiblemente no estuviera de acuerdo. Eran problemas de otra índole los que le preocupaban.

—¿Cómo vamos a manejar todo este dislate? —preguntó al fin, sin poder aguantar más tiempo el ascua dentro de la boca.

Se refería Raimundo III a la presencia de tanto no combatiente dentro de un ejército que, supuestamente, estaba en campaña. Y, por tanto, obligado a rápidos desplazamientos. Los cincuenta canónigos del Santo Sepulcro iban a pie y sin armas, y supondrían un lastre inevitable a la hora de avanzar y tomar posiciones frente al enemigo. Por otra parte, Inés de Courtenay había traído consigo a toda su pléyade de damas, modistas, peluqueras e incluso bufones. Cierto era que todos viajaban a bordo de galeras y carromatos, pero no era cuestión de dedicar un tercio de las fuerzas a la protección de una comitiva absurda que nada aportaba a la contienda.

Amadís vio enrojecer peligrosamente al rey. Las palabras del conde de Trípoli no estaban dejando en un lugar muy decoroso a su

querida madre. Afortunadamente, Hunfredo de Torón se adelantó en la respuesta, y sugirió aplazar toda decisión hasta no examinar antes las murallas de Damasco.

XXI

La capital de Siria arrancó exclamaciones de asombro en quienes todavía no la conocían. Por sus torres, por sus puertas, por los miles de cascos y picas que asomaban sobre las almenas. A Amadís el espectáculo no le causó ningún estupor. Había merodeado muchas veces alrededor de Damasco junto al rey Amalarico. Balduino fue también de los pocos que no abrieron la boca al contemplar las defensas de la fortaleza.

A la muralla romana, ya de por sí robusta, el gran Nur ed-Din le había añadido otra antes de morirse. Más recia, más alta, más inexpugnable todavía. Y lo había hecho así precisamente para rechazar los ataques cristianos. El rey, sin embargo, pronto reparó en la ausencia de foso. Una circunstancia que, según él, propiciaba un ataque inmediato en dos lugares opuestos, tal y como habían hecho Godofredo de Bouillón y Raimundo de Tolosa en Jerusalén ochenta años atrás.

Fue Hunfredo II de Torón el que le quitó la idea de la cabeza, no sin trabajo.

—Entonces nosotros somos peores que Godofredo y Raimundo de Saint-Gilles… —se lamentó Balduino con una mueca de desencanto.

—No lo somos —le explicó el condestable—. Simplemente ellos vinieron para algo distinto.

—¿Para qué?

—Para conquistar. Ese fue su papel en todo esto.

—¿Y cuál es el nuestro?

—A nosotros nos toca no perder lo que heredamos de ellos. Al menos, no demasiado rápido.

Ante la negativa del viejo Hunfredo a intentar un asalto directo, a Balduino se le ocurrió entonces iniciar un asedio en toda regla. No

reparaba el monarca en el contorno inabarcable de la ciudad sarracena, en la falta de artillería de su ejército ni en las ocho puertas que no lograrían bloquear de manera efectiva para evitar que los sitiados recibieran ayuda desde el exterior.

Percibió Amadís la necesidad de apoyar la postura del condestable ante el silencio del resto.

—Majestad, no hemos venido hasta aquí para perder el tiempo. Tomar Damasco al asalto no es exactamente la escaramuza de Banias —le dijo, en referencia al golpe de mano asestado a aquella caravana de malhechores del desierto.

Admitió Balduino el comentario de su maestro de armas, pero no cejó en su empeño de trabar combate cuanto antes.

—Está bien. Entonces esperaremos a que salgan —zanjó, pertinaz en su idea de luchar.

—No saldrán —lo desengañó su tío Joscelino.

Reinaldo de Châtillon estaba cerca y escuchó las palabras del senescal.

—Lo harán si saqueamos sus barrios extramuros y los matamos a todos —sugirió con sonrisa siniestra.

Balduino se volvió hacia Amadís. Pretendía sondearlo sobre la procedencia o no de arrasar aquellas modestas barriadas de arcilla y bálago.

—Somos soldados profesionales, no maleantes, majestad. No vamos a asesinar a mujeres y niños inocentes —masculló el lazarista mientras socarraba a Châtillon con una mirada incendiaria.

El señor de Kerak masticó varias maldiciones al ver truncada su iniciativa, pero todas resultaron inaudibles. Fue de nuevo el rey el que habló en alto. Y lo hizo para mostrar su desconcierto ante tanta inoperancia.

—¿Para qué diablos hemos venido hasta Damasco si no vamos a intentar tomar la ciudad, ni tampoco a asediarla? —preguntó.

Vislumbró Balduino algunas sonrisas entre los mandos. Se preguntó si algo se le habría escapado en las reuniones previas o, peor aún, si aquellos barones habrían tomado decisiones a sus espaldas. Amadís y Hunfredo cruzaron una mirada para ver cuál de los dos tomaba el toro por los cuernos.

—Majestad, estamos aquí, plantados frente a las murallas de Damasco, para infundir pánico a sus habitantes. Para que imaginen

con solo vernos el calvario que este invierno van a sufrir —le explicó el conde de Monterroso tranquilamente.

Balduino se encogió de hombros.

—¿Y qué va a sucederles este invierno?

—Que se van a morir de hambre.

Amadís le tendió una antorcha encendida al monarca. Apenas habían cabalgado una jornada y media desde la capital de Siria.

—Debéis ser el primero —le dijo—. Es el protocolo.

Delante de ellos se extendía la fértil vega del río Orontes, el verdadero granero de la ciudad de Damasco. Había todavía muchas cosechas sin recoger en aquellos primeros días de agosto. A Balduino le chocó aquel terreno colinoso sin llegar a ser escarpado. Le gustaron los tonos verdes de las praderas; se admiró ante sus inmensos viñedos. Contempló boquiabierto los olivares, los almendros, los campos de cereal…

Agarró por fin la tea que le ofrecía el lazarista.

—¿Vamos a quemar todo esto entonces? —preguntó.

—Sí.

—¿Y no es eso lo mismo que matar a mujeres y niños inocentes?

Amadís torció el gesto.

—Puede, pero al menos no se ve la sangre —rezongó, incómodo.

Asintió Balduino, aparentemente conforme con los dramas de la guerra.

—¿Y por qué he sido el último en enterarme del cometido real de esta campaña? —quiso saber antes de aplicar el fuego.

Sonrió afable el caballero de San Lázaro.

—Es vuestra primera vez… —le dijo—. Es lógico que sean los veteranos quienes tomen las decisiones al principio. Nadie nace aprendido…

—Ya. Es cierto. —Balduino dejó caer al fin la antorcha sobre la hierba.

Durante más de una semana, los ejércitos del reino destruyeron la riqueza inconmensurable del valle. Asolaron alquerías aisladas. Derruyeron molinos. Quemaron fincas y campos enteros. Y cuando la frondosidad de las viñas les impidió el incendio, los caballeros cruzados las arrancaron de cuajo usando la fuerza bruta de sus monturas.

Al noveno día de infierno recibieron al fin noticias de que la

guarnición de Damasco andaba buscándolos. Al undécimo divisaron al enemigo en lontananza: diez mil infantes y setecientos jinetes fue el cálculo de los entendidos. Se asombró entonces el monarca al comprobar que sus oficiales rehuían el combate directo y se entregaban al juego del gato y el ratón.

—Hay que elegir bien el lugar y el momento —le explicó Amadís al percibirlo inquieto.

—Pero tenemos más y mejor caballería que ellos. Somos superiores… —se empecinó Balduino, incapaz de soportar aquel absurdo ir y venir.

—Eso todavía hay que verlo. Ellos nos triplican en fuerzas de infantería.

Durante cinco jornadas más, ambos ejércitos se vigilaron desde una prudente distancia. Acamparon incluso a la vista el uno del otro, pero sin llegar a formar para la batalla. Por fin, tras dar muchas vueltas, árabes y cristianos volvieron a verse las caras a apenas diez millas de Damasco. Una modesta corriente de agua los separaba al caer la tarde del 27 de agosto.

—Será mañana, si os parece —determinó Hunfredo de Torón en la asamblea de aquella noche.

No hubo discrepancias. A todos les pareció adecuado el sitio escogido, pues, entre otras cosas, ofrecía buena protección a los no combatientes. Un pronunciado meandro envolvía al campamento cristiano en sus dos terceras partes. Un flanco quedaba algo desguarnecido, pero cincuenta peones serían suficientes para que la madre del rey y los canónigos del Santo Sepulcro no corrieran peligro.

En cuanto a la batalla, sería mejor librarla en la margen izquierda del río; es decir, en el lado enemigo, decidieron los más veteranos en aquellas lides. El ejército sarraceno había acampado muy cerca de un vado y no resultaría difícil cruzarlo con las primeras luces. Después, a pocos pasos del agua, el Reino de los Cielos acometería a las huestes de Belcebú.

Además del monarca, apenas una docena de hombres permaneció en la tienda de Hunfredo para ultimar la estrategia. Entre ellos estaban los hermanos Ibelín, los dos Reinaldos —el de Sidón y el de Châtillon—, Joscelino, Raimundo III de Trípoli y, por supuesto, Amadís.

—¿Venceremos? —le preguntó Balduino al terminar el cónclave.

Por primera vez, el caballero de San Lázaro identificó la incertidumbre, o tal vez el miedo, en las pupilas del rey.

—Espero que sí, pero eso será cosa del destino, como siempre. En cualquier caso llevamos la Vera Cruz, y esa no suele fallar nunca —respondió.

El prior del Santo Sepulcro se presentó en ese instante en la tienda para llevar a cabo una absolución general de los reunidos. Pretendía ahorrar así tiempo con el fin de dedicárselo después a la tropa.

—¿No te quedas para la confesión? —Balduino aferró a Amadís por el brazo—. Tal vez Dios sí esté en algún sitio, dispuesto a escucharte.

—Tengo tantos pecados que no sabría por cuál empezar a arrepentirme —respondió el conde de Monterroso con medio cuerpo ya en la calle.

Relinchó el caballo de Amadís al barruntar el agua. Después lo hicieron las monturas de Hunfredo de Torón y Odón de Saint-Amand. Ellos iban a ser los primeros jinetes en vadear el cauce. Lazaristas y templarios formarían la punta de lanza de aquel ejército. En realidad, así solía ocurrir siempre. Dada su enfermedad, los primeros se sabían ya condenados a una muerte prematura. Resultaban por tanto unos guerreros fantásticos, inmunes al miedo y al dolor. Los otros eran simplemente los mejores en el arte de matar. Constituían la tropa de élite de cualquier ejército, aunque su concurso no salía precisamente barato para las arcas de ningún rey.

Detrás cruzaron los jinetes de Trípoli, con Raimundo III a la cabeza. A su lado iba el rey, a quien Amadís había logrado convencer para que no formara en primera línea. La infantería atravesó la corriente a continuación. Iban hundidos hasta los sobacos entre jirones de niebla. Chapoteaban en silencio mientras mantenían las picas y las espadas sobre la cabeza. El resto de la caballería les guardó los flancos durante la maniobra. Los hermanos Ibelín comandaban el ala derecha. Reinaldo de Châtillon y Joscelino se encargaban de la izquierda. El otro Reinaldo, el de Sidón, debía de haberse demorado con sus azores y sus halcones, pues nadie supo dar señas de dónde estaba.

Jobert de Siria se quedó en la margen cristiana del río con

doscientos peones y cien caballeros hospitalarios. Era aquel un escuadrón de reserva que podría incorporarse a la pelea en cualquier momento, tanto para ayudar en una retirada imprevista como para culminar la degollina del rival.

El orden de marcha se mantuvo al alcanzar la otra orilla. A pesar de la cercanía, la bruma impedía divisar al enemigo con claridad. El tintineo de las armas cristianas alternaba con los juramentos o las oraciones de la soldadesca. Hunfredo de Torón levantó al fin una mano, y el ejército real se detuvo. Amadís giró la cabeza al escuchar el trote de un caballo a su espalda.

—He pensado que un rey debe ir siempre a la cabeza de sus hombres —le dijo Balduino mientras se hacía un hueco en primera línea.

Volvió la vista el caballero de San Lázaro para pedirle explicaciones a Raimundo III por el abandono, pero este compuso un ademán de impotencia. Quería darle a entender con el gesto que no había podido retener al rey a su lado por más tiempo.

Amadís y Hunfredo de Torón guardaron silencio. Así era en realidad el código no escrito de la guerra. Ellos ya habían peleado, codo con codo, con Balduino III y con Amalarico en lances parecidos. Pero ambos reyes habían llegado al cargo con más edad, más curtidos. Y además, sanos.

Balduino escudriñó entre la niebla.

—¿El enemigo sabe que hoy le daremos batalla? —preguntó.

—Por supuesto. Tienen escuchas y vigías, como nosotros —replicó el lazarista.

—¿Y a qué esperamos?

—A que se acerquen más.

El rey pareció dudar. Las últimas filas de peones aún tenían los pies en el agua.

—¿Vamos a luchar tan cerca del río? —se extrañó.

—La infantería aguantará aquí, pero solo al principio —le explicó el condestable—. Es la única manera de evitar que sus arqueros montados rodeen a los nuestros y los conviertan en puercoespines.

—Una parte de la caballería los defenderá mientras esperan su momento —añadió Amadís, por si el rey aún no viera clara la estrategia.

Un estruendo de atabales y tambores espantó finalmente las brumas de la mañana. El ejército sarraceno se mostró entonces en todo su esplendor. Se admiró el rey de que los jinetes infieles usaran cotas de malla a la usanza cristiana. Y de que su infantería portara lanzas tan largas y gruesas como las de sus soldados.

—Forman igual que nosotros… —murmuró al ver que la caballería damascena escoltaba los flancos de sus peones.

—No por mucho tiempo —repuso Amadís.

Balduino trató de identificar al líder de aquel ejército, pero no vio a nadie de rango en sus primeras filas.

—¿Quién los manda? —preguntó.

Cinco jinetes habían ascendido a un montículo cercano y se preparaban para presenciar el espectáculo desde las alturas. No muy lejos de ellos, un escuadrón de caballería pesada velaba por la seguridad de aquellos notables.

—Turan-Shah, el hermano de Saladino. —Amadís señaló con su dedo al más fastuoso de los jinetes.

—¿Y no va a entrar en combate?

—No todos los gobernantes atesoran el mismo valor —respondió el lazarista, aunque el rey ya no pudo entenderle. El enemigo estaba muy cerca, y el escándalo de sus tambores no dejaba espacio para la charla.

Hunfredo levantó su espada y buscó al conde de Trípoli con la mirada. Ambos jefes cruzaron un breve asentimiento. Un segundo después, la caballería pesada de Raimundo III y la de Jerusalén emprendieron la marcha hacia lo desconocido. Veinte cruces verdes y un centenar y medio de emblemas templarios se desplegaron en semicírculo. Hunfredo de Torón vestía de riguroso negro. El rey, en cambio, destacaba del resto con su sobreveste blanca. Ambos portaban el escudo de Jerusalén en el pecho y en la adarga.

Trotaron todos al principio, mientras embrazaban los escudos y encajaban la lanza bajo la axila. A mitad de campa, templarios y lazaristas eran ya una horda de centauros desbocados. Los de Trípoli venían por detrás. Iban desplegándose poco a poco con intención de abarcar todo el campo de batalla. Su cometido era ampliar la brecha tras el primer impacto y seguir sembrando muerte después. No obstante, el combate ya había empezado en las alas.

En el flanco derecho, Balián de Ibelín y su hermano trataban de

impedir que la caballería ligera ayubí atacara a las tropas de infantería cristiana antes de tiempo. En el otro extremo, Reinaldo de Châtillon y Joscelino de Courtenay también andaban metidos en faena. Perseguían sin descanso a un nutrido escuadrón de arqueros montados. Y aunque no conseguían darles alcance, sí al menos estaban evitando que sus flechas se abatieran sobre lazaristas y templarios.

Amadís escrutó al enemigo que tenían delante. Sus filas se le antojaron peligrosamente apretadas, y bien dispuestas. Aquellos peones sirios eran tropas experimentadas, se dio cuenta mientras galopaba. Iban a recibirlos con la rodilla en tierra, el asta oblicua y el regatón incrustado en el suelo. Sin rehúses de última hora, sin titubeos.

Echó el lazarista un último vistazo a su derecha antes de la colisión. El rey mantenía la velocidad y el rumbo como uno más. Adivinó su gesto decidido debajo del babero de malla. Su mano buena, la izquierda, la llevaba firme sobre el asta. Cabalgaba ligeramente encorvado, con los estribos bajos y las piernas bien estiradas, tal y como él le había enseñado. Le emocionó verlo tan regio, tan valeroso. No le habría importado que Balduino fuera hijo suyo. Para vivir, luchar y perecer juntos si el destino decidía llamarlos aquella mañana de agosto.

XXII

—¿Cómo es el momento del choque entre dos ejércitos? —le había preguntado el rey en más de una ocasión durante los entrenamientos. Y Amadís no había sabido qué responder. A pesar de haber participado en infinidad de batallas campales, no había encontrado palabras para describir los gestos desaforados de unos y otros; ni los sonidos infernales de aquel estruendo. Nunca se había dado cuenta de que algunos sentidos se apagaban un segundo antes de la colisión; no por capricho, sino por no dejar heridas en la memoria.

Fue aquel cataclismo igual que todos los demás: una explosión formidable de hierros, madera y carne. Hubo gritos, relinchos y lamentos dentro de una nube de odio, astillas y sangre. Crujieron las astas y los huesos al partirse tras el impacto. Cedieron muchas cotas de malla ante el empuje de las moharras. Chapotearon muchos caballos cristianos en sus propias vísceras cuando las picas sarracenas les horadaron las tripas. El propio Amadís sintió varios golpes en las piernas mientras atravesaba las líneas enemigas como un estilete. No supo si achacarlos al baqueteo de los cuerpos que iba atropellando por el camino o a refilonazos de espada. Llevaba puestas las brafoneras. Aun así, sabía por experiencia que, aunque sufriera heridas, no sentiría dolor hasta el final de la batalla.

Volvió grupas al salir otra vez a campo abierto. Miró en derredor con desesperación. Más de cien caballeros habían cruzado el maremágnum de cimitarras y lanzas. Pero todos llevaban la cruz verde o la roja en la sobreveste. Por fin descubrió a Balduino entre los supervivientes. El rey había atravesado aquella marea hostil como un experto cruzado. Tenía las piernas y el pecho cubiertos de sangre, pero parecía indemne. Se saludaron con un gesto de la cabeza. Amadís apuntó con su lanza hacia el amasijo de cuerpos caídos, para que el rey se regodeara del espectáculo. Durante unos

segundos ambos contemplaron cómo los jinetes de Trípoli completaban el trabajo de demolición. La infantería cristiana, además, ya se movía por la campa. Venían aquellos bravos peones dispuestos a iniciar la segunda fase de la batalla. Porque, a pesar de los destrozos, los infantes sirios estaban recomponiendo sus filas con el fin de aguantar.

Balduino se acercó al lazarista.

—¿Y ahora?

La batahola le impidió a Amadís dilatarse en más explicaciones.

—Ahora toca desenfundar. Porque en el revoltijo de la riña también tenemos la ventaja nosotros —sonrió.

Odón de Saint-Amand y Hunfredo de Torón ya llevaban las espadas en la mano. Raimundo de Trípoli se les unió a los pocos segundos.

—¡A por ellos! —tronó el viejo condestable, y se zambulló el primero en un zafarrancho todavía incierto.

Amadís y Balduino acabaron la batalla a pie. El caballero de San Lázaro le había hecho desmontar porque a los sarracenos agonizantes procedía acortarles los plazos y las distancias con su paraíso. Además, acabar con todos, uno por uno, era la única manera de detectar a los muertos ficticios y convertirlos en auténticos difuntos. Pareció el rey, sin embargo, algo confuso al descubrir a tanto cristiano despanzurrado entre los caídos.

—Entonces… ¿hemos ganado? ¿A pesar de tanta baja? —preguntó titubeante.

Estaba Amadís arrodillado junto a dos cuerpos inertes, los de Bartolomé y Gastón, sus dos compañeros de Orden. Ambos habían perecido en el primer lance. Posiblemente uno se habría detenido para ayudar al otro y los dos habrían acabado abatidos por las lanzas sarracenas.

—A veces las victorias son caras y dolorosas, sobre todo si caen amigos —contestó Amadís, sombrío—. Pero sobre nuestro triunfo… no cabe ninguna duda.

Se animó Balduino al escuchar el juicio de un experto.

—Mi primera victoria entonces… —asentó sonriente.

—Así es.

Una nube de pensamiento rodeó al joven monarca mientras caminaba entre cadáveres.

—¿Y qué nombre tendrá esta batalla? —preguntó, curioso.

—Ninguno.

La decepción ensombreció el semblante de Balduino.

—¿Por qué?

—Sobre todo porque enfrente no hemos tenido a nadie de verdadera enjundia guerrera.

—¿Turan-Shah no es alguien distinguido?

Amadís se encogió de hombros.

—No es un cualquiera, pero no se le puede comparar con Saladino, Nur
ed-Din
o Gümüshtekin —dijo.

—Entonces… ¿todo lo que hemos hecho hoy queda reducido a la categoría de mera escaramuza? —se entristeció Balduino.

—Para la posteridad, seguramente sí. Pero para vuestros vasallos del reino, hoy ha sucedido algo maravilloso. Ellos recordarán lo ocurrido durante muchos años, y lo llamarán de alguna manera. De eso no hay duda —lo consoló Amadís.

Cabeceó más conforme el joven monarca y se arrodilló junto a un sarraceno muerto. Se trataba de algún jefezuelo o, en cualquier caso, de un soldado pudiente, ya que el desconocido portaba un bonito medallón de oro al cuello. Balduino se lo arrancó y se lo guardó debajo del *gambax*. Después reparó en otro cadáver e hizo lo mismo con una cadenilla de plata.

—¿Puedo preguntar qué hacéis, majestad? Desvalijar a los muertos es más propio de la soldadesca —lo amonestó Amadís, extrañado por el comportamiento.

—Solo quiero recoger algún recuerdo de la batalla —sonrió—. Para Ivette.

Una extraña quemazón laceró la garganta del conde de Monterroso.

—¿Para Ivette?

—Sí. Se lo prometí antes de partir. No sé si te había dicho que ella y yo…

Se azoró Amadís de manera inevitable.

—Sí, sí, es posible que me lo dijerais —mintió, loco por abandonar aquella conversación.

Pero Balduino todavía se inclinó para recoger un estandarte

enemigo.

—Ella le ha dado un nuevo sentido a mi vida, y creo que debo demostrarle mi gratitud de alguna manera. ¿No te parece? —murmuró con aquel rictus de felicidad infinita.

Amadís cayó entonces en la cuenta de que él jamás le había llevado nada a la tabernera. Ni de sus viajes por el reino ni de las batallas peleadas contra el infiel.

—Sí, claro. Es lo lógico —farfulló.

Una sombra de tristeza se aferró a los ojos de Balduino.

—Sé que nunca podré casarme con ella; y tampoco darle hijos —musitó mientras plegaba la tela que también depositaría a los pies de su amada.

—Entiendo.

—En cualquier caso… la quiero.

—Es natural. Al fin y al cabo, ¿qué es un hombre sin una buena mujer a su lado? —filosofó el lazarista.

Balduino miró repentinamente a su acompañante. Había curiosidad en sus ojos.

—¿Nunca has vuelto a amar a una mujer después de la muerte de tu esposa? —le preguntó.

Se debatió Amadís en un incómodo amasijo de duda y pesar.

—Tal vez sí, pero sin saberlo —dijo.

—¿Cómo es eso?

Un barullo de gritos en la misma orilla del río interrumpió de repente una conversación que empezaba a ser dolorosa y errática. Un jinete había cruzado el cauce, y se acercaba a ellos escoltado por dos hospitalarios. Venía casi derrumbado sobre la grupa. Traía dos profundos cortes de cimitarra en la espalda. Aun así, tuvo fuerzas para entregar su inquietante mensaje:

—Se llevan a la madre del rey —dijo. Y cayó muerto.

Balduino zarandeó al mensajero. Lo interpeló con desesperación y violencia en busca de respuesta. Pero no logró arrancarle ni una sola palabra más al cadáver. Cuando levantó la cabeza, Amadís ya estaba vadeando el río a caballo. Lo acompañaban los dos caballeros hospitalarios.

Al lazarista no le hizo falta conocer el porqué, el dónde ni el cómo. Le habría gustado, eso sí, disponer de más tiempo para explicarle al rey que algunas batallas se ganan por aniquilación y

otras, por la retirada vergonzante del contrario. Era en estas últimas precisamente en las que el ganador estaba más expuesto al zarpazo postrero del humillado.

A Inés de Courtenay se la había llevado algún escuadrón enemigo que merodeaba al otro lado del río mientras sus compañeros de fe rendían el alma. O tal vez el propio
Turan-Shah,
a la vista de los acontecimientos, había decidido equilibrar la balanza a través de un audaz golpe de mano. El secuestro de la madre del rey no era mal botín para tratarse de una derrota.

Si Inés de Courtenay cruzaba las puertas de cualquier fortaleza siria, por pequeña que fuese, jamás volvería a saberse de ella en el mundo cristiano. Sencillamente porque su rescate resultaría impagable. Y Amadís sabía muy bien que la tragedia y su dolor consiguiente acabarían con Balduino antes incluso que la propia lepra.

XXIII

Apenas dos soldados se mantenían con vida cuando Amadís y los hospitalarios se presentaron en el campamento. Sus heridas, sin embargo, eran demasiado graves y sus fuerzas muy escasas. Poco fue lo que dijeron y menos lo que el lazarista sacó en claro de sus murmullos. Había muchos más cuerpos diseminados alrededor de las tiendas. Solo tres pertenecían a soldados sirios. Todos los indicios apuntaban a una lucha breve y desesperada por parte cristiana.

Los asaltantes no habían quemado nada; ni siquiera habían robado objetos valiosos debido a las prisas. Tan solo se habían llevado a quien consideraban un trofeo más preciado que el oro. Y para transportarlo habían usado su propia carroza.

Amadís repasó la masacre. Los cincuenta hombres que habían quedado de guardia yacían muertos o malheridos, igual que los bufones de la corte y las damas de compañía. En cuanto a los canónigos del Santo Sepulcro, tan solo contó veinte cadáveres. ¿Acaso era posible que el enemigo hubiese tomado cautivos al resto con el fin de torturarlos y sacrificarlos en el interior de Damasco?, se preguntó.

Un rumor de pasos provocó la alarma de los recién llegados. Los tres desenfundaron con presteza y se prepararon para la refriega. Se trataba, sin embargo, del prior del Santo Sepulcro. El religioso venía con las ropas empapadas de barro y sangre, pero feliz por haber salvado la Vera Cruz de las garras sarracenas. Según explicó, con la voz entrecortada por el esfuerzo y las emociones, los infieles habían tratado de llevarse la valiosa reliquia junto con la madre del rey. Pero ellos habían luchado a brazo partido para impedirlo. Y cuando lo vieron todo perdido, los treinta que quedaban vivos se habían lanzado al río abrazados a la misma cruz. Imaginaban que el enemigo no perdería tiempo en perseguirlos por la orilla, dadas las

prisas que los acuciaban.

—¿Cuántos eran? —le preguntó Amadís al prior.

—Unos cuarenta jinetes.

—¿Hacia dónde se han ido?

El prior señaló la carretera que se dirigía a Damasco. Amadís la conocía bien, de otras incursiones anteriores. Se trataba de un trayecto ancho que zigzagueaba entre colinas hasta alcanzar la capital de Siria.

Uno de los hospitalarios se acercó a Amadís al verlo dispuesto a partir.

—¿No sería mejor esperar a los otros? —arguyó.

—Damasco está a apenas diez millas de aquí. Esa carroza está obligada a seguir la carretera, pero un caballo puede atajar a campo traviesa. Con suerte, los pillaremos un poco antes de que lleguen —replicó el lazarista.

—Pero son muchos… —terció el segundo caballero de San Juan.

Amadís picó espuelas sin mirar atrás. Un minuto más tarde comprobó con alivio que ambos hospitalarios le pisaban los talones. Damasco surgió en el horizonte al cabo de media hora. Los tres perseguidores se detuvieron en la cima del último cerro antes de salir a campo abierto. Desde allí podían controlar fácilmente todas las vías de acceso a la fortaleza.

—Me temo que han sido más rápidos que nosotros —se lamentó el hospitalario de más rango tras escrutar un páramo yermo y vacío de cualquier actividad.

Amadís no contestó. Los caballeros de San Juan llevaban las orejas cubiertas por el yelmo, pero él se lo había dejado en el río, con las prisas de la persecución. De ahí que el traqueteo del carromato le estuviera llegando con tanta claridad.

El armatoste de cuatro ruedas irrumpió en la explanada a través de un portillo entre dos montículos. Rodaba con exasperante lentitud a pesar del castigo que sufrían los caballos. Y es que no era aquel un carricoche destinado a lucir a una reina en un desfile de Pascua, sino un pesado artilugio diseñado para que un rey decrépito o una dama curiosa pudiesen acercarse a la batalla con ciertas garantías de supervivencia. Por eso el carro blindado de Inés lucía el pescante guarnecido con barras de hierro y malla de acero. Igualmente, carecía de ventanas. En su lugar contaba con pequeñas

troneras, para que dos o tres buenos ballesteros pudieran mantener a raya a un ejército entero.

En cualquier caso, y dadas las circunstancias, Amadís dio por sentado que dentro del carruaje solo viajarían la madre del rey y el guardián encargado de su custodia.

—Ahí los tenemos —anunció el lazarista a sus dos acompañantes.

Ambos hospitalarios cruzaron un breve bisbiseo a través de las ranuras del casco. No parecía atraerles la perspectiva de atacar un vehículo tan fuertemente defendido. Treinta jinetes trotaban por delante de la prisionera, con los ojos ya puestos en la puerta entreabierta de Bab
al-Saman.
Un soldado permanecía apostado en cada estribo del carro y dos más en el transportín trasero.

—Atacar ese convoy es una locura —resumió el más veterano.

—Tienes razón. Volved al campamento y decidle al rey que habéis preferido ser prudentes —le respondió Amadís. Después se lanzó ladera abajo como un loco.

Antes de alcanzar la hondonada, los dos caballeros del Hospital volvían a estar a su lado.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —quiso saber el que antes se mostraba reticente.

—Me basta con que acabéis con los del transportín y el del estribo derecho. Después, quedaos a cubierto detrás del coche.

—¿Y los otros? —El hospitalario utilizó su lanza para señalar al grupo de jinetes que marchaba delante del carricoche.

—Esos no van a enterarse de nada —les aseguró.

Los del sillín de cola comenzaron a dar gritos en cuanto vieron a tres caballeros cristianos al galope, recortándoles las distancias. Pero solo atrajeron la atención de quienes viajaban apoyados en los estribos. Y no por mucho tiempo. Los hospitalarios despejaron el transportín en un abrir y cerrar de ojos. Después, uno se quedó allí, detrás del carruaje, mientras el otro derribaba y pisoteaba el que defendía la portezuela derecha. Casi a la vez, Amadís desjarretó al del estribo contrario de un golpe de filos. Después se dispuso a hacer ejercicios de equilibrismo.

Descartó definitivamente la presencia de arqueros en el

habitáculo, porque de otro modo ya habrían sufrido sus disparos. Así pues, realizó todas sus maniobras con cierta calma pero sin demora. La ciudad de Damasco estaba cada vez más cerca.

Dejó galopar a su caballo en paralelo al carricoche mientras él se aferraba al marco de la puerta con ambas manos. Sacó el pie derecho del estribo, lo apoyó en una de las troneras y se apeó como si tal cosa. Después desenfundó y abrió la puerta con cautela, consciente de que la oscuridad lo dejaría ciego unos instantes.

Nada se movió en el interior del carruaje. Dos cuerpos viajaban acurrucados en el rincón más alejado. Uno, el de Inés de Courtenay, tenía los ojos grandes y blancos. El otro, el del carcelero, guardaba los suyos entre rendijas mientras apretaba una daga contra el cuello de la cautiva.

—¡La mataré si intentas atacarme! —barbotó el sarraceno en una lengua de Oc bastante comprensible.

Amadís penetró en el carromato como si fuera un viajero más. Se fijó en el cochero, protegido de las amenazas externas por su jaulón de hierros y tablas; vulnerable, sin embargo, a una estocada a traición. Todo el afán de aquel hombre estaba puesto en acicatear a los caballos para ganar cuanto antes la seguridad de la fortaleza. Apenas notó el filo de la espada que le entró por los riñones y le asomó por el pecho.

La carroza de Inés de Courtenay comenzó a perder velocidad inmediatamente, hasta quedar inmóvil a apenas un tiro de flecha de los muros de Damasco. Solo entonces se concentró Amadís en quien amenazaba la vida de la condesa de Sidón.

—¡La mataré si intentas algo! —repitió el guardián, pertinaz en su amenaza.

El lazarista apoyó su acero en el suelo de la tartana. Puso después ambas manos sobre la guarda, en una postura casi reflexiva.

—No lo harás. Y yo te diré por qué —discrepó con voz templada.

El sirio no respondió, pero su inacción y su gesto atento parecieron indicar que estaba dispuesto a seguir escuchando.

—No matarás a esa mujer porque, si lo haces, Saladino te partirá los brazos y las piernas en cuanto vuelva de su guerra con los Asesinos. Después te echará dentro de un pozo para que las ratas

devoren el cuerpo de un tullido. Y si aún respiras al amanecer, sus esbirros te sacarán. Pero no para salvarte, sino para despellejarte vivo tan solo por diversión. Y cuando más supliques la muerte, todavía te derramarán plomo fundido en los ojos y vinagre sobre el cuerpo —le explicó Amadís con calma.

—¡Fue Turan-Shah quien me ordenó secuestrar a esta mujer, no Saladino! ¡Él no es como su hermano! ¡Él no me hará todo eso! —arguyó entonces el guerrero ayubí, como si esperara más comprensión o misericordia por parte del actual gobernador de Damasco.

Amadís volvió a contradecirle con ademán pausado.

—Te equivocas. Te matará cualquiera de los dos, el que primero te ponga la mano encima, a no ser que les digas quién te arrebató a la prisionera. Entonces entenderán tu cobardía, y te perdonarán la vida.

El sarraceno aguzó la mirada en la penumbra. Reparó por primera vez en los rasgos de su interlocutor y no en su espada manchada de sangre. Aquella melena suelta hasta los hombros, aquel mentón cuadrado y brillante, aquellos ojos glaucos y fríos pronto hicieron sonar tambores de muerte dentro de su sesera. La cruz de San Lázaro terminó por convencerlo de la identidad del caballero cristiano.

—¡Eres el demonio verde! —exclamó temblequeando.

—Así me llaman.

Uno de los hospitalarios se acercó a la puerta en ese instante.

—¡Un escuadrón de caballería acaba de salir de Damasco! ¡Nos han descubierto! ¡Vienen hacia aquí! —chilló a través de una tronera.

—¿Có… cómo sé que respetarás mi vida si la suelto? —se avino al fin a negociar el sirio.

—Tienes mi palabra, por ahora —le dijo Amadís.

—¿Por ahora?

El lazarista había sacado la cabeza del carruaje para ver a los jinetes enemigos. Llegarían en un minuto, calculó.

—El plazo expira en cuanto se me agote la paciencia —respondió—. Y estoy a punto de perderla.

La portezuela derecha de la carroza se abrió de golpe y el celoso guardián de Inés de Courtenay echó a correr hacia los suyos.

Vociferaba en su idioma. Señalaba con un dedo hacia el carromato del que acababa de apearse. De toda aquella cháchara histérica, Amadís solo entendió su sobrenombre en árabe: «*alshaytan al'akhdar*». El demonio verde.

—Debemos irnos —le dijo a Inés de Courtenay mientras se echaba a un lado para cederle el paso.

—¡¿Cómo?! —La madre del rey pareció reticente a abandonar la seguridad de su carroza.

—En mi caballo.

—¡Yo no sé cabalgar!

—No os hará falta. Bastará con que os agarréis fuerte.

—¿A ti?

—En realidad podéis elegir.

Pareció confundida la madre del rey ante la disyuntiva, pues los dos hospitalarios ya habían emprendido la huida al galope. Por eso el lazarista se vio obligado a explicarse mejor.

—Podéis elegir entre agarraros a mi cintura ahora o abrazar el cuerpo de Turan-Shah esta noche y muchas otras mientras él os toquetea a su antojo. Pero no os demoréis mucho en vuestra elección… —dijo.

Inés de Courtenay se dejó izar por el brazo de Amadís como una pluma. Después ambos iniciaron una galopada frenética en busca de una salvación que por momentos se antojó imposible. Los caballos árabes eran mucho más rápidos que los destreros. Afortunadamente, Joscelino y el mismo rey aparecieron en la explanada con cuatrocientos jinetes cristianos. La caballería sarracena volvió entonces grupas a Damasco en vista de la alarmante desproporción de fuerzas. Madre e hijo pudieron por fin fundirse en un abrazo tras la primera victoria de Balduino IV en una batalla.

XXIV

En contra de la opinión de su propio tío, Balduino se empeñó en permanecer bajo los muros de Damasco durante varias horas. Pretendía así hacer alarde de su primera victoria y desafiar a la guarnición restante de aquella fortaleza con solo cuatrocientos caballeros cruzados. Afortunadamente, ninguna formación enemiga surgió por la puerta de Bab
al-Salam,
ni por ninguna otra, para hacer frente a las tropas cristianas.
Turan-Shah
debía de estar todavía lamiéndose las heridas de una mañana aciaga. O tal vez temblando ante la ira que aquella derrota desataría en su hermano Saladino. Solo al atardecer consintió Balduino en regresar al campamento del río. Antes, obviamente, había abrazado a Amadís hasta dejarlo sin aliento.

Ya no llegaron a tiempo para los entierros y los responsos. Hunfredo de Torón había ordenado dar sepultura a todos los caídos cristianos, incluidos los de la masacre en el campamento. Así lo aconsejaba el bochorno rusiente de agosto. En cuanto a los cadáveres sarracenos, esos fueron amontonados en una enorme pila. Para que los suyos pudieran retirarlos si así lo deseaban; o para quemarlos al día siguiente si aún seguían en la campa. El protocolo no escrito de la guerra concedía un día a los vencidos para venir a buscar a sus muertos.

Amadís empleó las últimas horas de la tarde en adecentar su aspecto. Había llevado todo el día ropas ensopadas en sangre. Tuvo que lavar incluso la loriga y las brafoneras en la corriente del río. Y pulirlas después con arena para quitarles los grumos rojos. Se enfundó entonces una sencilla túnica por toda vestimenta y repuso fuerzas sentado en una roca de la orilla.

Devoró unos trozos de cecina y pasta de galleta mientras la oscuridad y el silencio se adueñaban del campamento cristiano. Una vez terminado el festín, se dispuso a recogerse en la tienda que compartía con el conde de Trípoli. Joscelino de Courtenay le salió al paso, sin embargo, antes de que pudiera lograrlo.

—Mi hermana quiere darte las gracias por lo de esta mañana —le dijo.

Trató de sortear Amadís al conde honorífico de Edesa con una evasiva.

—No tiene importancia. Decidle que era mi deber. Cualquiera habría hecho lo mismo por la madre de nuestro rey —arguyó sin detenerse.

El senescal, sin embargo, lo atrapó por el brazo.

—No estaría bien rechazar una conversación con tan alta dama —adujo, el gesto ceñudo.

Amadís asintió. No era cuestión de afrentar al senescal del reino por una pequeñez. Escucharía lo que la condesa de Sidón tuviera que decirle y proseguiría después su camino. Apenas perdería un minuto.

Dudó al presentarse en la entrada del pabellón. De haber sido una puerta de tablas, habría llamado con los nudillos; pero tratándose de una tela, el lazarista carraspeó con el fin de hacer notar su presencia.

Una mano de uñas largas y perfectas descorrió la cortina. Un brazo terso, blanco, brillante apareció detrás de aquellos dedos. Así era en realidad toda la piel de Inés de Courtenay, incluido el cutis de su rostro. La condesa de Sidón iba descalza, ataviada con una bata tan corta que dejaba entrever unas piernas torneadas con perfección diabólica. El resto de aquel cuerpo Amadís lo imaginó plagado de curvas y oloroso de afeites.

—Conde de Monterroso… Ya pensaba que no vendrías —sonrió la madre de Balduino mientras se apartaba para ceder el paso a su visitante.

El caballero lazarista penetró en una estancia amplia que contaba incluso con alfombras y muebles. Porque hasta una cama con patas de madera y dosel de encajes se había llevado aquella mujer a la guerra.

—Algunas labores inevitables tras la batalla me han entretenido

—murmuró algo cohibido por el ambiente.

Inés reparó en las prendas recién lavadas que su invitado sostenía entre los brazos. Y se abalanzó sobre él con la intención aparente de aligerarle la carga.

—¡Oh, permitidme que os ayude! —exclamó.

—En realidad, no es necesario… No pesan tanto —trató de oponerse el lazarista. Pero el absurdo forcejeo acortó unas distancias ya de por sí breves. Acercó dos cuerpos algo sudorosos debido a los rigores del clima. Permitió incluso el roce casi imperceptible de los dedos de Amadís sobre el busto de la condesa. También los labios de la mujer se le antojaron al caballero de San Lázaro más próximos, más abiertos, más dispuestos al contacto.

Inés de Courtenay se salió al final con la suya. Arrancó de los brazos de su acompañante los bultos que lo embarazaban. Una anilla de la armadura debió de enganchársele, sin embargo, en la bata de seda, pues cuando depositó los trastos sobre una mesa, el cinturón cedió ante el estirón provocado por la cota de malla.

Apartó la mirada Amadís de aquellos pechos desnudos por mero decoro. Pero volvió a girar la cabeza cuando se percató de que el imprevisto tan solo provocaba risas y no vergüenza en la madre de Balduino.

—Hace calor… ¿No es cierto, señor conde? ¿O acaso debo llamarte «demonio verde»? —Inés de Courtenay se repasó los costados, el vientre y los muslos con manos trémulas.

Amadís la vio acercarse como una pantera a punto de saltar sobre su presa. No era él de los que rehusaban la pelea en el campo de batalla, y, tan solo por eso, trató de no parecer amedrentado.

—En realidad atiendo a los dos nombres, según el momento —adujo.

Inés prosiguió con aquel avance felino e implacable.

—Tan solo deseo agradeceros vuestra proeza de hoy —le susurró con ronroneo de gata casera.

El lazarista notó el contacto de unas yemas cálidas y húmedas en el cuello y en las mejillas. Dos senos puntiagudos se le incrustaron después en la tabla del pecho. Se estremeció sin remedio al sentir el de Inés ceñido al suyo. No se había enfundado Amadís ropa interior debajo de la túnica, y la condesa de Sidón lo intuyó al instante.

—Algunos favores los pago con dinero —resolló excitada—. Para

otros reservo un agradecimiento distinto.

La pared de tela del pabellón acorralaba a Amadís por la espalda. La figura insinuante de Inés de Courtenay le cerraba el paso hacia la puerta.

—¿Y esta es una de esas ocasiones? —preguntó mientras sujetaba a la mujer por las nalgas y la apretaba contra su miembro inflamado.

La madre del rey aceptó el abrazo mientras se repasaba los labios con la lengua.

—Lo es. Y presiento que no vas a tener inconveniente —sonrió maliciosa.

—En realidad, no. —Amadís le arrancó la bata de un solo tirón y contempló el cuerpo turgente de la condesa de Sidón a la luz de las candilejas.

—Lo sabía… —musitó ella, provocativa.

De repente, el lazarista lanzó una mirada recelosa hacia la entrada.

—¿Y vuestro esposo? —preguntó.

—Reinaldo duerme en su propia tienda, con los halcones —respondió ella entre carcajadas—. Y, además, no es celoso.

—Ya. Entiendo.

Se dejó arrastrar Amadís hasta la cama con dosel y patas. Permitió que Inés le sacara la túnica por la cabeza y le repasara las cicatrices del pecho con la punta de la lengua.

—Nunca lo he hecho con alguien con tantas marcas de guerra —le confesó Inés de Courtenay con la voz ronca de deseo.

—Pues hay otras más abajo… —suspiró el lazarista mientras se desplomaba en la cama boca arriba.

La madre del rey le dedicó una última mirada antes de cerrar los ojos y ponerse a gemir sobre su miembro enhiesto. No le importó a Amadís sentirse como un juguete en manos de una reina *de facto*. Todos los amantes de la bella Inés eran eso: marionetas con hilos en brazos y piernas. Había, sin embargo, algo que a él lo diferenciaba del resto: el conde de Monterroso era un personaje insignificante en la corte, comparado con los otros. De ahí que atribuyera aquel encuentro al mero capricho de una mujer poderosa, y no a las típicas ansias de manipulación de la condesa.

Despertó Amadís cuando la alborada aún era joven. Inés de

Courtenay yacía a su lado. Desnuda, fascinante, con los labios entreabiertos y el cabello revuelto sobre los hombros. Le pareció la mujer más atractiva y quizá deseable del mundo conocido. Aun así, ni por un solo instante se le ocurrió que la condesa de Sidón pudiera ser quien lograra arrancar el verdadero clavo que él llevaba incrustado en el alma.

Quiso escapar el caballero de San Lázaro de la tienda antes de que se hiciera de día, pero una mano firme lo atrapó por la muñeca.

—Quiero preguntarte algo antes de que te vayas.

Se volvió sobresaltado el fugitivo.

—¿El qué?

—He oído que Balduino tiene una relación con una mujer. ¿De quién se trata?

—¿Por qué habría de saberlo yo? —intentó defenderse.

—Porque mi hijo no tiene secretos contigo.

Amadís estaba de espaldas a la condesa, y se mantuvo así para poder mentir con más desahogo.

—Es una joven de buena familia —dijo.

—¿Noble?

—Sí.

—¿Cristiana?

—Por supuesto.

—¿De dónde?

—Georgiana o armenia. No estoy seguro.

El silencio le dio pie a Amadís a pensar que el interrogatorio había concluido, pero pronto se percató del error.

—¿Sabe esa muchacha que Balduino está enfermo? —inquirió la condesa de Sidón.

El fuego de la cólera socarró las entrañas del caballero de San Lázaro sin previo aviso.

—¡Esa muchacha lo sabe todo, diantre! —barbotó irritado—. ¡Y no pretende ser un estorbo para Sibila y ese Guillermo de Monferrato cuando el rey ya no pueda ejercer sus funciones! ¡Pero ahora mismo Balduino es joven y no presenta síntomas graves, así que bien merece un esparcimiento! ¡¿No te parece?!

Inés de Courtenay enmudeció unos segundos mientras reflexionaba. Se arrodilló después sobre la cama y se acercó a Amadís a gatas.

—Tienes razón. Balduino merece ser feliz, como cualquiera de nosotros —murmuró con los brazos enlazados alrededor del cuello de su acompañante.

Se estremeció el lazarista al sentir el contacto de las manos de Inés en sus hombros, y el roce sedoso de sus bucles negros en el rostro. Escuchó la voz entrecortada de la mujer mientras una lágrima ajena le hacía cosquillas en el cuello. Y después varias más. Pero no se atrevió a moverse para no importunar el llanto. Nadie había visto llorar jamás a Inés de Courtenay en público, ni siquiera cuando Amalarico la expulsó de la corte. Y él no quería ser el primero. Por eso hizo ademán de irse. Sin embargo, la madre el rey estrechó su abrazo.

—Amadís… —le dijo muy queda.

—¿Qué?

—Nadie ha querido a Balduino tanto como tú. Ni siquiera su propio padre.

El caballero de San Lázaro se encogió de hombros. La mirada se le había vuelto húmeda de repente.

—Me recuerda a mi hijo. No puedo evitarlo —repuso con voz quebrada.

—Lo sé. Todos lo sabemos —respondió la condesa de Sidón antes de depositar un beso casi amoroso en la mejilla del lazarista.

XXV

Diez días se hicieron esperar las noticias, hasta que dos jinetes llegaron por fin una tarde procedentes del norte. Uno era cristiano; el otro, un emisario de la Secta de los Asesinos. Ambos traían la buena nueva de que Saladino había levantado el asedio de la fortaleza de Masyaf tras conocer el descalabro de su hermano frente a Balduino IV de Jerusalén. El Viejo de la Montaña, le dijo al rey aquel mensajero anónimo, le hacía llegar su más infinito agradecimiento, así como la promesa de una alianza larga y fructífera que pronto uniría a Asesinos y a cristianos.

Hubo gritos de alegría, risas, banquetes y misas en el campamento del río aquel mismo día. Incluso Raimundo III de Trípoli celebró el acuerdo alcanzado con los verdugos de su propio padre. Su condado y sus súbditos podrían respirar más tranquilos si la fortaleza de Masyaf continuaba ejerciendo como un incómodo dique de contención para los ejércitos sarracenos.

Se le agravó el gesto, sin embargo, al día siguiente al enterarse de que Saladino viajaba a toda prisa hacia Damasco con sus treinta mil hombres. Se preocuparon en realidad todos los barones del reino al conocer la noticia. Hunfredo de Torón pasó la jornada entera cambiando impresiones con unos y con otros. Habló con los hermanos Ibelín un buen rato, y con los dos Reinaldos. Lo intentó con Joscelino y hasta conversó con su hermana Inés. Pero todos le dijeron lo mismo: no habían podido convencer a Balduino para que diera orden de levantar el campamento y emprender la vuelta a Jerusalén.

Tras su primera victoria, el rey se consideraba preparado para lucir sus galones de monarca. Pretendía esperar allí a Saladino, y plantarle cara en su propia casa. Para que la victoria del Reino de los Cielos fuera total y definitiva frente a las fuerzas del Anticristo. Hunfredo de Torón recurrió al conde de Monterroso como última

esperanza.

Se hizo Amadís el encontradizo a la mañana siguiente, e invitó a Balduino a dar un paseo a caballo por los alrededores. Aprovechó entonces para ilustrarlo sobre algunas batallas en las que los ejércitos cruzados se habían impuesto al enemigo en clara inferioridad numérica. En ninguno de aquellos enfrentamientos, sin embargo, la desproporción había sido de diez a uno a favor de los sarracenos, le aseguró.

Balduino guardó silencio mientras escrutaba el horizonte inabarcable de Siria.

—Pensaba que al menos tú sí me apoyarías —murmuró al cabo.

—Moriría por vos, si hiciera falta —le respondió Amadís al instante—, pero aún no ha llegado ese momento. Creedme.

Chascó la lengua el monarca, contrariado por el comentario.

—No sería para tanto —gruñó—. La moral de la tropa es ahora mismo muy alta, y mi idea es aprovecharla —insistió todavía.

—Esa moral de la que habláis se resquebrajaría mucho antes de ver formar a los ejércitos de Saladino delante de nuestros ojos. Los hombres no son ciegos, ni sordos.

—Esos hombres de los que dudas son mis soldados, y se mantendrán fieles al reino en una nueva batalla.

—No lo creo.

El asombro desorbitó los ojos de Balduino.

—¡¿Por qué?!

—Porque son soldados profesionales y seguirán a un buen capitán, pero no a un loco. Todos se marcharán si los empujamos a un combate innecesario en condiciones tan desfavorables.

—Todos no —se empecinó Balduino—. Los templarios y los hospitalarios no me traicionarán —asentó convencido—. Ellos sí pelearán por Dios y por el reino.

—Tanto unos como otros pelean por Dios, es cierto —consintió Amadís—, pero sobre todo lo hacen por sus propios intereses. Por eso vuestro reino es cada vez más pequeño y más pobre y sus posesiones más grandes.

Torció el gesto Balduino. Desconocía las concesiones de tierras, castillos, negocios y monopolios que su padre, el rey Amalarico, y todos los monarcas anteriores se habían visto obligados a hacer a las dos Órdenes militares con el fin de obtener su ayuda en las

guerras. Tuvo que ser Amadís quien le abriera los ojos.

—Saladino me tomará por un cobarde si me retiro ahora… —se lamentó el monarca, abrumado por una realidad insoslayable.

—En absoluto —le contradijo el lazarista.

—¿Qué pensará entonces?

—Pensará que sois astuto. Y peligroso.

—Pero verá que hemos huido…

—Nadie ha hablado de huir y encerrarnos en casa.

Balduino convocó a sus mandos al día siguiente, para informarlos de sus intenciones definitivas. Un escuadrón de caballería compuesto por doscientos jinetes se quedaría dentro de las fronteras de Siria, aunque en continuo movimiento. Asolarían, quemarían y destruirían campos de cultivo, acequias, acueductos y otras infraestructuras valiosas del enemigo. El condestable, el conde de Monterroso y él mismo comandarían a aquellos jinetes. La infantería al completo y dos tercios de la caballería pesada emprenderían, pues, la vuelta a Jerusalén, dispuso. Con ellos viajarían los quinientos prisioneros sirios capturados en la batalla. La redención de cautivos era, al fin y al cabo, una fuente importante de ingresos para muchos barones.

Dio instrucciones el rey para que se hicieran lotes equitativos con aquellos hombres a la mayor brevedad posible, con el fin de sortearlos y repartirlos entre los presentes. Solo Amadís rehusó la parte a la que tenía derecho.

Aquel mismo mediodía Reinaldo de Châtillon examinó su cuota humana con ojos opacos. No había ningún notable árabe entre los desdichados. Todos le parecieron peones sin importancia. Aun así, no protestó al rey por la injusticia, ni se quejó de su mala suerte. Dejó que la decepción y la ira lo corroyeran en silencio. Pocos beneficios iban a reportarle aquellos malditos si, además, tenía que pagar su manutención durante el traslado a Jerusalén a través del desierto. Ante semejante tesitura, mandó ahorcarlos a todos antes de que la caravana se pusiera en marcha.

—Si matas a estos prisioneros a sangre fría, tendrás que vértelas conmigo —lo amenazó Amadís delante de todos.

El señor de Kerak quiso evitar un duelo a espada que tenía perdido de antemano. Y, por eso, esbozó una sonrisa mansa e hizo descolgar las sogas de los árboles. Por la tarde, sin embargo, cuando

supo que el caballero de San Lázaro estaba lejos, ordenó cortarles las manos a los cautivos y mandarlos andando a Damasco. Los desdichados se alejaron entre gritos y lamentos. La mayoría arrastraba sus extremidades recién amputadas atadas a una cuerda.

Durante casi dos semanas, doscientos jinetes cruzados mantuvieron en jaque a los ejércitos de Saladino. Se movieron como fantasmas por las vegas y los pastos de Siria. Convirtieron en cenizas las cosechas de fruta. Acabaron con miles de reses que pastaban en aquellas praderas y las dejaron pudrirse al sol del estío. Para que los sirios comieran carroña y no carne cuando llegara el invierno. Emponzoñaron también los pozos de agua y redujeron a escombros muchas atalayas de vigilancia entre fortalezas.

Solo cuando supo que el enemigo se retiraba a Egipto, hastiado de aquel juego, consintió el rey de Jerusalén en dar por finalizada su campaña de verano. El sultán llegó a su destino el 10 de septiembre del año del Redentor de 1176. Balduino lo hizo un poco antes. A Saladino le esperaba la ardua tarea de fortificar El Cairo, pues así lo aconsejaba el inesperado renacer de los Estados Latinos. Para el rey cristiano el retorno a casa después de tanto triunfo culminó con un baño de multitudes.

Guillermo de Tiro apenas le permitió descansar en palacio unas pocas horas. Para el amanecer del siguiente día ya tenía preparada una celebración más fastuosa aún que la del Domingo de Ramos. También Amadís sufrió aquella tarde sus propios sobresaltos.

El prior Alberico esperó a los caballeros lazaristas integrantes de la campaña real en los escalones de la iglesia de la colonia. Venía armado con un hisopo de metal en la mano derecha y un rollo de papel en la izquierda. Bendijo a los quince supervivientes de la campaña con ojos acuosos. Después los abrazó uno a uno, y cuando le llegó el turno a Amadís, el religioso alemán lo llamó «gran maestre».

—Supongo que ya sabes que Gismond murió cuando estabas fuera… —aventuró Alberico al verlo algo confuso.

—Lo supuse. Hunfredo me dijo que estaba en las últimas. Pero no soy yo quien…

El prior alzó una mano para detener las protestas de su amigo.

—Los caballeros leprosos de la Orden insistieron en votar la semana pasada. Te eligieron por unanimidad. Firma tu

nombramiento —dijo mientras le extendía el pliego y el cálamo.

—¡Pero yo estoy sano! Esa designación contraviene las normas —adujo el lazarista.

—Solo en parte —repuso Alberico—. Tras la muerte de Gismond D'Arcy,
tú eres el único que ostenta un título nobiliario. Y, además, los hombres te quieren a ti en el puesto. ¿Acaso vas a defraudarlos?

Agachó la cabeza el caballero de San Lázaro y estampó su firma en el documento.

—Por supuesto que no.

Apenas contó Amadís con unas pocas horas para digerir su nombramiento. Porque al rayar el alba del día siguiente, el archidiácono y el patriarca latino lideraron una procesión interminable desde el Santo Sepulcro hasta el *templum Domini*. Se empeñó Guillermo de Tiro en que todos los asistentes portaran palmas y ramas de olivo durante el trayecto, como si se tratara de Pascua. Al alcanzar el Templo del Señor, los dos bendijeron aquellos símbolos cristianos en medio de la plaza, y rociaron con agua bendita a los recién llegados de la guerra.

Hubo misa al aire libre, con sermones y discursos. Al acabar, los dos líderes religiosos retrocedieron hasta el antiguo barrio Sirio y condujeron a la comitiva al exterior a través de la puerta de los Leones. Allí se les unió mucho más público. Eran residentes y también peregrinos que no habían podido ver al rey todavía a causa de las estrechuras. Avanzaron después todos juntos hacia el valle de Josafat, donde Guillermo de Tiro volvió a celebrar un nuevo oficio ante el delirio de muchos y el aburrimiento de algunos.

Tras un pequeño recorrido, la muchedumbre regresó al interior utilizando la Puerta Dorada. La simbología buscada por el archidiácono con aquel gesto le pareció clara al caballero de San Lázaro: si Jesucristo había entrado a Jerusalén por allí tras volver a la Tierra una vez resucitado, bien podía Balduino emularlo. Con un poco de suerte, quizá aquel arco de piedra obrara el milagro de curarlo de la lepra.

Hunfredo de Torón y Joscelino de Courtenay abordaron a Amadís cuando este ya estaba pensando en retirarse a la tranquilidad de la colonia.

—¿Te has enterado de las noticias? —lo interrogó el conde de

Edesa.

—¿Sobre qué?

—Sobre Guillermo de Monferrato.

Amadís examinó el semblante ceniciento de ambos hombres.

—¿Qué ocurre con él? ¿Ya no va a venir de Europa para casarse con Sibila? ¿Ya no tenemos futuro rey de Jerusalén en lontananza? —ironizó.

Hunfredo II de Torón tomó el relevo del senescal en las explicaciones.

—Vendrá —gruñó—, pero ya no es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque lo que llegue ya no será un cometa luminoso, sino una estrella sin brillo.

Parpadeó el lazarista ante la elegante pero ininteligible retórica del condestable.

—¡No te entiendo, diantre! —le dijo.

Entre uno y otro lo pusieron al día de los últimos acontecimientos ocurridos en el Viejo Mundo. Al parecer, las cosas habían cambiado inesperadamente en Europa. A peor. Y ello afectaba al futuro inmediato del reino de manera muy directa. Porque el matrimonio de Sibila con Guillermo de Monferrato se había preparado pensando en la victoria final de Federico Barbarroja, primo del novio y emperador del Sacro Imperio Romano, en la guerra que lo enfrentaba a la Liga Lombarda. Habría gozado así el reino de Jerusalén de la alianza con una gran potencia. Pero Federico había caído derrotado definitivamente en Legano, y su poder se desmoronaba por momentos. Guillermo de Monferrato ya no era el primo de un emperador todopoderoso en Europa, sino el pariente pobre de un perdedor que bastante tenía con aferrarse a su propio trono.

Como resumió Hunfredo: «*El matrimonio de Sibila con ese hombre carece ya de cualquier importancia estratégica*».

—¿Pero ese Monferrato no era también primo del rey de Francia? —arguyó entonces el caballero de San Lázaro.

—Luis VII tampoco está para muchas alegrías ahora mismo. Los príncipes franceses andan todos a la gresca en cuestiones sucesorias —adujo el condestable cabeceando con pesadumbre.

Amadís trató de hacerse cargo de la amarga desazón de aquellos

dos fieles funcionarios. Quiso, no obstante, iluminarles el futuro de algún modo.

—En cualquier caso, y como habéis podido ver, tenemos rey para tiempo. Balduino no necesita abdicar a corto plazo —les dijo, por si no se habían percatado de la vitalidad del monarca—. Ese Monferrato puede venir, casarse con Sibila… y esperar sentado a que le llegue la hora. ¿No os parece? Tal vez las cosas se hayan arreglado en Europa para entonces.

Joscelino y Hunfredo asintieron sin mucho entusiasmo.

—Es posible —murmuró uno.

—Dios lo quiera —musitó el otro.

Creyó Amadís erróneamente que la conversación había terminado, pero Hunfredo de Torón lo retuvo por el brazo.

—Hay otra cosa que nos preocupa aún más que lo de Monferrato —le confesó.

El lazarista escrutó detenidamente el ceño fruncido de los dos veteranos, consciente —ahora sí— de la encerrona.

—¿Qué diablos queréis de mí? —demandó.

—Queremos que hables con mi sobrino —le espetó Joscelino con el mismo ademán impaciente que su compañero.

—¿Sobre qué?

—Sobre estrategia y futuro.

—¿De qué diablos estáis hablando? —Fue ahora a Amadís al que se le atirantaron los músculos de la cara.

—Tenemos miedo de que la campaña de este verano en Siria lo haya confundido —le explicó Hunfredo con voz más pausada.

—¿Confundirlo? ¿Sobre qué?

—Sobre la creencia de que acabar con el poder de Saladino es factible.

—¿Y no lo es?

Resopló el condestable al verse obligado a malgastar saliva.

—Hace tiempo que los tres echamos los dientes en esto de la guerra. Tú sabes, igual que nosotros, que ante Saladino solo podemos nadar y guardar la ropa. No te hagas el tonto o el sorprendido —le reprendió Hunfredo.

—Estamos convencidos de que la victoria sobre la milicia de Damasco puede haber supuesto un espejismo muy peligroso para mi sobrino —insistió Joscelino—. Y lo cierto es que solo parece

escucharte a ti. Por eso serás tú quien lo aborde y le haga poner los pies en el suelo.

—Me parece que estáis sobreestimando mi capacidad de influencia sobre el monarca. ¿Qué pretendéis de mí exactamente? —La voz se le había enronquecido a Amadís sin darse cuenta.

—Lo de Damasco ha salido bien, excesivamente bien —sostuvo el condestable con un deje de pesar—. Y eso puede resultar al final una trampa.

—¿Por qué habría de serlo?

—Porque a la vista de tanto éxito, Balduino podría estar ya tramando otra locura parecida. Una tan grande que acabe mal esta vez —zanjó el condestable.

—Si es así, queremos que se la quites de la cabeza —asentó Joscelino muy serio—. Hazle entender también que la llegada de Guillermo de Monferrato ya no va a ser la solución a nuestros problemas. Nada vendrá tras él: ni armadas, ni ejércitos ni dinero.

XXVI

Nada vino, efectivamente, detrás de Guillermo de Monferrato. Pero sí con él. El hombre al que en Europa apodaban Espada Larga llegó a Sidón a primeros de octubre aprovechando los vientos del otoño. Se presentó escoltado por una enorme flota genovesa de cuarenta barcos. Unos bonitos navíos que se marcharon a los pocos días para no perder las mareas. Antes, sin embargo, desembarcaron a un centenar largo de soldados profesionales. No eran, desde luego, los ejércitos del Sacro Imperio Romano, ni la ayuda esperada de Francia. Pero eran cien hombres con experiencia; decididos, además, a quedarse en Tierra Santa.

Amadís presenció la llegada del italiano y su tropa en el mismo puerto. Había viajado hasta la ciudad costera a instancias del propio Balduino. Para acompañar a Inés de Courtenay y a su marido en tan señalado acontecimiento.

Guillermo de Tiro le había dicho antes de partir que no esperara milagros. Alguien que venía precedido de ese apodo tan rimbombante solo podría ser un fantoche o un asesino. No le pareció a Amadís, sin embargo, que Espada Larga tuviera hechuras de mamarracho. Tal vez sí de aventurero. En cuanto a lo segundo, era cierto que gastaba el arma baja y sin trabar, como los galanes dados a tirar de espada con ligereza. Pero todo eso… habría que verlo con el tiempo.

Resultó ser Guillermo de Monferrato un hombre apuesto, de estatura aventajada y andares poderosos. Tenía los cabellos dorados, casi rojos, y la mirada chispeante. Desde luego, ya no era un adolescente, pues había cumplido los treinta y seis años antes de dejar Europa. Su mano le pareció firme a Amadís cuando se lo presentaron, y eso para el lazarista era un síntoma de nobleza.

Fue Inés de Courtenay la encargada de acercarlos en el mismo muelle.

—Este es mi amigo, el conde de Monterroso —le dijo a su futuro yerno.

Espada Larga enarcó las cejas al escuchar el título.

—¿Italiano? —preguntó curioso.

—Español.

—¡Ah, España! Un país cada vez más grande —sonrió el transalpino.

—Y también más dividido en pequeños reinos, según he oído —replicó Amadís.

—Sí, eso es cierto —asintió Monferrato—. ¿Hace mucho que no vais por allí?

—En realidad no he estado nunca —le confesó Amadís—. Mi padre sí era de Galicia, pero yo nací en Tierra Santa.

Asintió comprensivo Monferrato.

—Deberíais ir en algún momento, aunque sea de visita.

Correspondió el caballero de San Lázaro al gesto de simpatía.

—Sí, algún día lo haré —dijo.

No se amedrentó Espada Larga al verse enfrentado al Alto Tribunal del reino a la semana siguiente. Hincó la rodilla ante Balduino sin dudarlo; y besó la mano de su hermana como si ya viniera enamorado. Agradaron a Sibila las maneras del italiano, así como su mundana desenvoltura. Y se lo demostró con una interminable colección de sonrisas. Lo encontró, además, atractivo e incluso juvenil a pesar de la diferencia de años. Lo cierto fue que aquella misma mañana, y para sorpresa de muchos, Guillermo de Monferrato demostró ser una persona cabal; un hombre sin expectativas concretas ni ínfulas de grandeza. Pocos esperaban que encajase con tanta serenidad y bonhomía el discurso del monarca.

Apenas se inmutó cuando Balduino le dijo que tal vez lo hubiesen informado mal en Europa al hacerle creer que viajaba a Tierra Santa para subirse a un trono. La abdicación no era ni siquiera una posibilidad remota en aquellos momentos; y quizá nunca llegara a ceñirse la corona, le advirtió sin ambages.

Las palabras del rey arrancaron una sonrisa franca del italiano. Aclaró sin trabucarse que a él solo le habían ofrecido casarse en Jerusalén con la dama más bella de la cristiandad. Y quienes así se lo dijeron no habían errado lo más mínimo. Ese era el único propósito de su viaje, asentó Monferrato. Y estaba de acuerdo en

rubricarlo de nuevo, si así lo estipulaba la Alta Cámara. Jamás se le había pasado por la cabeza exigir castillos o feudos en Tierra Santa, y mucho menos coronas. Tras su breve alocución, Espada Larga se quedó mirando, entre desafiante y divertido, la reacción de la sala.

Amadís rio, y celebró para sus adentros el desparpajo del europeo. Percibió muchos gestos complacidos a su alrededor, incluido el de Inés de Courtenay. Nada perdía en realidad la madre del monarca con el trato. Tenía un hijo rey, y una hija que reinaría tarde o temprano, aunque quizá tardara un poco más de lo previsto, dada la sorprendente buena salud de Balduino.

El 26 de noviembre fue la fecha fijada para la boda. Quería así la familia Courtenay dar un cierto plazo a los novios para conocerse. El patriarca Amalarico de Nesle, sin embargo, quiso poner los puntos sobre las íes antes de dar por terminada la reunión; por si en Europa las costumbres fuesen más relajadas. Daba su consentimiento —les dijo— para que la pareja estrechase lazos un poco antes de la ceremonia, pero eso no incluía el contacto físico. Él mismo velaría para que así fuera.

A la semana siguiente, Balduino llamó a Amadís y le pidió que entretuviera a su futuro cuñado. Según había llegado a sus oídos, Espada Larga se moría del aburrimiento en palacio.

Tuvo, pues, que dedicarle el conde de Monterroso al de Monferrato las tardes libres. Porque las mañanas el lazarista seguía santificándoselas a los enfermos de lepra. Y a tal fin le mostró la ciudad como si se tratara de un peregrino más venido de Europa. Pronto se percató, sin embargo, de que el tedio acorralaba al italiano igual que en palacio. Las iglesias y las ermitas le hacían bostezar sin remedio. Las explicaciones sobre los Santos Lugares las escuchaba por compromiso, pero sin el menor entusiasmo. El arte tampoco era lo suyo, pues venía ya cansado de ver maravillas en Italia. Amadís decidió entonces guiarlo por sitios más frívolos.

Aquella misma tarde se lo llevó a El León Dorado. Podían haber acudido a cualquier otra taberna, pero al caballero de San Lázaro le pudo la querencia. Hacía mucho, le confirmaron las chicas, que Ivette ya no repartía jarras ni recogía mesas. También había renunciado a la alcoba que alquilaba en el primer piso. Desconocían su paradero, así como si algún día volvería a trabajar en la taberna.

No quiso indagar más Amadís, pero Monferrato se mostró un

tanto curioso.

—¿Amor no correspondido o capricho? —aventuró el italiano con sonrisilla irónica.

—Solo una vieja amiga —replicó, lacónico, el lazarista.

—Ya. Y parece que se ha buscado algún establo mejor que esta caballeriza… —rio el italiano sin darse cuenta de que su compañero no estaba para bromas.

—Sí, lo mismo que tú al cambiar Europa por Tierra Santa —le respondió Amadís desabrido, aunque se disculpó tras un par de jarras.

Resultó ser el conde italiano un bebedor formidable. Saboreó con interés los caldos del reino y se mostró tolerante con ellos, aunque afirmó que eran mejores los de Francia e Italia. Amadís se encogió de hombros, incapaz de contradecirle. En cualquier caso, no quiso prolongar demasiado aquella ronda. El alcohol aumentaba peligrosamente la locuacidad de Monferrato, y le dio miedo que Sibila se quedara sin marido antes de tiempo debido a una reyerta. Así pues, las tardes siguientes no las pasaron sentados a una mesa, sino sobre la silla de montar.

Repitió el lazarista casi los mismos recorridos de antaño, al lado de un adolescente que apenas conocía el terruño en el que reinaría. Fueron varias las excursiones que ambos condes compartieron por los alrededores antes de que Balduino llamara a Amadís a consultas. Encontró al rey solo en su despacho, inclinado sobre unos mapas. Vestía una bonita túnica de la que asomaba una camisa bordada de seda blanca. Las piernas las llevaba cubiertas con calzas ceñidas a los muslos. A Amadís le pareció percibir una mano femenina detrás de toda aquella indumentaria. Y no precisamente las de Sibila o Inés de Courtenay.

—¿Y bien? —le preguntó Balduino nada más verlo.

El nuevo gran maestre de la Orden de San Lázaro compuso un gesto de desconcierto. El monarca reformuló entonces su pregunta.

—¿Qué te ha parecido Guillermo de Monferrato?

Resopló Amadís ante el desafío. Consideró confesar la poca afición del italiano por los asuntos religiosos, y su gusto por las tabernas. Pensó hablar sobre sus admirables aptitudes como jinete, y sobre su conversación serena y sincera una vez libre de los efluvios del vino.

—Es de confianza —resumió, sin embargo, en tres palabras.

Asintió el rey, complacido.

—Me alegro de que te haya causado buena impresión. Para mí es muy importante. Tendremos que apoyarnos en él en algún momento —afirmó mientras volvía su atención a los mapas.

Contempló Amadís aquellos planos con ojo experto. La ciudad de Jerusalén aparecía muy al norte. Debajo, una retahíla de nombres y puntos negros que daban miedo.

—Estoy pensando en atacar Egipto el próximo año —asentó Balduino tan tranquilo.

—Ya veo.

—¿Te parece una osadía?

Amadís echó una mirada a su alrededor. Fue un gesto instintivo, pues sabía muy bien que Hunfredo y Joscelino le habrían cortado el cuello de haber estado escuchando detrás de las cortinas.

—En absoluto.

—Entonces… ¿crees que tal cosa puede hacerse? —insistió el rey con ojos brillantes.

—Con la debida preparación, sí.

Balduino reflexionó unos segundos en silencio. Sacó nuevos mapas de unos cajones y los desplegó sobre la mesa.

—Habría que pedir ayuda, claro… —murmuró.

—Sí, bastante.

—¿A Bizancio?

—Efectivamente.

Asintió Balduino con labios fruncidos.

—Hace mucho que no tenemos relación con ellos —se lamentó.

—Nunca es tarde para recuperarla —lo consoló Amadís.

—¿Crees que querrán ayudarnos?

—A ellos también les conviene socavar el poder de Saladino.

—Pero pondrán condiciones…

—Sería lo justo.

—Ya. Entonces, habría que mandar a alguien a parlamentar con el emperador Manuel…

—Es evidente.

La mirada del rey voló a través de la ventana.

—¿Irías tú, con Hunfredo? —preguntó al cabo.

A Amadís le hizo gracia la oferta.

—En Bizancio, el condestable y yo seríamos igual que dos bostas de vaca humeando a la vera del camino —le dijo.

—¿Y mi tío Joscelino?

—Lo mismo.

—Entonces… ¿quién nos queda?

—El señor de Kerak.

Balduino enarcó ambas cejas en ademán de asombro.

—¡¿Reinaldo de Châtillon?!

—Eso es.

—Pensaba que lo detestabas…

—Y es cierto —concedió Amadís—. Aun así, es el más indicado para la misión. Recordad que es el padrastro de María de Antioquía, la esposa del emperador. Por otra parte, un hijo de Reinaldo de Châtillon se dejó la vida peleando por Bizancio.

Consideró Balduino el peso de todas aquellas razones durante unos instantes.

—Pero lo de Chipre… —adujo, circunspecto, en referencia a la matanza perpetrada por Châtillon en la isla bizantina antes de caer prisionero.

—Bueno, eso fue hace veinte años. Tal vez el emperador Manuel ya no se acuerde —respondió Amadís, optimista.

—Confiemos en que así sea. —Balduino volvió a inclinarse sobre su mapa—. ¿Dónde crees que podríamos hacerle más daño a Saladino?

Amadís examinó sobre el papel unos territorios que conocía como la palma de su mano. Aun así, no se atrevió a poner el dedo sobre ningún objetivo concreto.

—Las cosas cambian de un año para otro. Se dice que Saladino planea mejorar muchas fortificaciones. Todo eso tendríamos que saberlo mucho antes de ponernos en marcha —repuso.

—¿En la primavera tal vez?

—En primavera Saladino tendrá ya las orejas tiesas como las liebres. Ahora sería un buen momento para husmear sin ser vistos.

Balduino asintió, el gesto concentrado.

—¿Irías tú? —preguntó.

—A esto sí.

—¿Cuántos hombres necesitarías?

—No muchos. Unos cuarenta jinetes. Una tropa mayor no

pasaría fácilmente inadvertida.

Se mostró conforme el rey con aquellos preparativos.

—Pregúntale a Monferrato si quiere acompañarte —sugirió entonces para sorpresa del lazarista—. Aún queda tiempo hasta la boda.

—Eso supondría un riesgo para vuestro futuro cuñado… —le advirtió Amadís—. Cuando uno sale de descubierta, nunca se sabe…

—Es cierto. Por eso te digo que le preguntes antes. Así veremos de qué pasta está hecho ese conde italiano.

XXVII

Al conde de Monferrato no podría haberle seducido más la idea de internarse en Egipto. Ni siquiera preguntó cuántos hombres formarían la expedición que se infiltraría detrás de las filas enemigas para inspeccionar los trabajos defensivos de Saladino. Y cuando Amadís se lo dijo, cuarenta jinetes le parecieron un ejército.

Así pues, el caballero lazarista y Espada Larga comandaron el escuadrón de caballería que partió de Jerusalén el último día de octubre del año del Redentor de 1176. Montaban caballos ligeros, y no destreros de guerra. Porque la idea era avanzar con la mayor celeridad posible a través de terrenos cristianos, siguiendo la costa, hasta alcanzar el asentamiento beduino de El Arish. A partir de allí tendrían que andar con cuidado, viajando de noche si hacía falta.

Apenas tardaron cuatro días en saborear el té caliente de sus aliados nómadas. Aquellos mismos guerreros cetrinos les hablaron de movimientos de tropas egipcias entre fortalezas. Y de ingentes traslados de troncos y madera a través del Nilo.

Guillermo de Monferrato contempló con ojos entornados a los hombres del desierto. Le chocaron sus armas, gruesas y curvas, pero receló inevitablemente de aquellos rostros oscuros y misteriosos apenas visibles tras los velos.

—¿Podemos fiarnos de ellos? —le preguntó a Amadís durante la cena.

—Por supuesto —le respondió el gran maestre—. Son aliados y tributarios del reino. Pagan para que los protejamos de Saladino. ¿Qué es lo que no te gusta de ellos?

—Su indumentaria. Casi no se les ve la cara —se quejó el transalpino.

—Pues espera a verte tú mismo mañana… —rio Amadís mientras saciaba el hambre con delicioso cuscús beduino.

Y es que nadie le había contado todavía al conde de Monferrato

que a partir de El Arish proseguirían su camino disfrazados de árabes. Un grupo de cuarenta soldados con cotas de malla, brafoneras, yelmos y cruces cristianas en la sobreveste jamás podría acercarse a menos de veinte millas de ninguna ciudad enemiga. En cambio, si se vestían con ropas sarracenas, podrían tomarlos por integrantes de una unidad militar que volvía a casa tras una aceifa.

Espada Larga miró su imagen recién estrenada en el agua de la fuente. Casi no se reconoció envuelto en aquellos refajos de algodón negro, y tocado con un turbante color plomo enrollado sobre el casco. Se vio contento al menos de mantener sus botas de montar y su loriga debajo de aquellas ropas, como todos los otros.

—A mi padre le daría un síncope si me viera de esta guisa —murmuró mientras se ajustaba los velos—. Jamás ha visto a un sarraceno en su corte.

Amadís no dijo nada, pero se acordó de su progenitor. Él sí debió de haber visto muchos infieles en su vida, tanto en España como en Tierra Santa. Chascó la lengua al percatarse de que había desperdiciado algunas ocasiones de charlar con el antiguo conde de Monterroso, sobre la vieja Hispania heredada de los visigodos.

Guillermo de Monferrato interrumpió las sombrías reflexiones del lazarista a poco de iniciar la marcha.

—Entonces… habrá que descubrir dónde está el enemigo construyendo su nueva flota —propuso como si hablara solo.

Se sobresaltó Amadís al escuchar el comentario.

—¡¿Te refieres a barcos?!

—Los beduinos dijeron anoche que por el Nilo bajaban cargamentos de troncos. No pensarás que esa madera es para fabricar armarios… —le ilustró el italiano.

Gruñó Amadís su desconcierto.

—No había pensado en eso —dijo—. A decir verdad, Saladino nunca ha tenido una flota muy poderosa.

—Tampoco el reino de Jerusalén la tiene, por lo poco que he visto —asentó un observador Monferrato.

—Es cierto. Ese ha sido siempre nuestro talón de Aquiles. Por eso no queda otra que recurrir a Bizancio para este asunto de Egipto.

Le pareció cosa harto asombrosa a Monferrato que las dunas y los guijarros del desierto diesen paso al agua y a los huertos en

apenas dos días de camino. Incluso los pájaros del cielo dejaron de ser buitres y se convirtieron en patos salvajes y gaviotas.

—Esto es el delta del Nilo. Posiblemente la región más fértil del mundo —le explicó Amadís, que ya había recorrido aquellos parajes años antes.

En solo una jornada más alcanzaron el inmenso Manzalah, un lago salado que bordearon por su vertiente meridional ocultos en sus carrizales. La presencia, sin embargo, de agricultores y de pequeñas embarcaciones de pescadores aconsejó cubrir la siguiente etapa de noche. La ciudad de Damietta ya estaba cerca, y el riesgo de toparse con escuadrones enemigos de vigilancia aumentaba a cada paso.

Acamparon en un bosquecillo de palmeras datileras cuando las luces de la fortaleza les iluminaron el horizonte. Al amanecer, Amadís y Guillermo de Monferrato ascendieron a un montículo cercano desde el que pudieron ratificar los pronósticos del conde italiano: Saladino iba a emplear el invierno y la primavera en construir decenas de barcos dentro del puerto de Damietta. A la vez se había propuesto reforzar las murallas y las torres de la fortaleza.

Le habría gustado a Amadís continuar viaje hasta Alejandría, tan solo por cerciorarse de si el frenesí de la guerra había llegado tan lejos. Encontró, sin embargo, inmanejables los ramales del Nilo en aquellas fechas. Tal vez disminuyeran su caudal en una semana o dos, pero tampoco era cuestión de eternizarse en suelo enemigo.

Pusieron entonces rumbo al sur, y remontaron el gran río por su margen derecha. Comprobaron que, en la ciudad de Tanis, a las murallas también les había dado por crecer de repente. Y a las torres, por armarse de máquinas artilleras. Vislumbraron por fin El Cairo tres días más tarde.

Amadís se quitó el casco y se frotó los ojos varias veces. La ciudad que contemplaba desde la lejanía nada tenía que ver con la que había conocido en los tiempos de Amalarico. Una ciudadela a todas luces inconquistable cobraba poco a poco forma en las colinas cercanas de Mokattam. Y por si eso fuera poco, el sultán de Siria y Egipto trataba de encerrar su capital y también los escombros de Fustat detrás de una nueva muralla. Fue precisamente aquella colección de ruinas negras lo que llamó la atención de Guillermo de Monferrato.

El caballero de San Lázaro le explicó entonces el motivo de tanta destrucción. Había sido el acercamiento de los francos una década atrás lo que había impulsado al visir Shawar a prenderle fuego a la capital administrativa de Egipto. Para que los cruzados no pudieran gozar de sus lujos y sus riquezas si, al final, la conquistaban. Saltaba a la vista que Saladino pretendía recuperar ahora al menos una parte de aquellos barrios chamuscados para engrandecer todavía más El Cairo.

Amparados en sus disfraces sarracenos, Amadís, Espada Larga y un cabo de tropa que chapurreaba árabe se habían ido internando en los extramuros de Fustat mientras hablaban. Cabalgaban despacio entre muros derrumbados; admiraban los restos revueltos de una urbe fantasmal que había contenido auténticas maravillas. Se acercaron sin pretenderlo hasta un lienzo de muralla en plena construcción. Contaba ya la pared con una altura de cuatro varas y una puerta a medio hacer. Pero aún no tenía almenas ni adarve, por lo que nadie fisgaba desde las alturas.

Un centenar de hombres apilaba piedras sin descanso bajo el sol implacable del mediodía. Estaban encadenados unos a otros, excepto los que trabajaban sobre los andamios. A esos los mantenían atados con cuerdas a la misma estructura de tablas. Apenas una docena de guardianes se encargaba de su custodia. Amadís, Monferrato y el cabo los observaron unos minutos resguardados tras un montón de cascotes.

—Son cristianos —afirmó Espada Larga, que también tenía el oído fino.

—Sí, son francos —coincidió Didier, el cabo de tropa.

—¿Qué esperabais? —les respondió Amadís—. Son prisioneros de guerra. Es mano de obra barata. Nosotros hacemos lo mismo.

—Tienen muy pocos centinelas —apuntó entonces Monferrato con ojos peligrosamente brillantes.

—Hay más soldados dentro, al otro lado del muro —opuso Amadís—. ¿Es que no oyes sus voces?

—No parecen muchos. Tal vez otra docena —replicó Espada Larga tras poner el oído al viento unos segundos.

—Somos solo tres —lo contuvo el lazarista—. Y no vamos a volver al campamento para traer a los otros. Tanto movimiento nos delataría.

Didier no dijo nada. Monferrato se mordía un labio, pensativo.

—¿Crees que Saladino estará dentro de El Cairo? —preguntó el italiano de repente.

—Por supuesto.

Espada Larga se relamió los labios.

—¿Imaginas cómo se sentiría si recibiera un golpe de mano en su misma casa?

—¿Golpe de mano? —Amadís comenzó a preocuparse.

—Sí, me refiero a qué pensaría si un pequeño grupo de cristianos liberara a cien de sus prisioneros francos.

Didier rio por lo bajo.

—Sería divertido comprobarlo —dijo, y se quedó mirando a quien ostentaba el mando de aquel grupo.

Amadís sacudió la cabeza.

—Sería una locura —decidió—. Y, además, no podríamos llevarlos con nosotros. Volverían a capturarlos al poco rato. Acabarían todos muertos hoy mismo.

Monferrato señaló hacia un enorme templo derruido. A la sombra de sus escombros, tres galeras con su dotación de caballos y provistas de jaulas metálicas esperaban la vuelta de los prisioneros.

—No tendríamos que cargar con ellos —sostuvo—. Contarían con su propio medio de transporte. Nosotros tan solo seríamos su escolta.

El caballero lazarista volvió a mostrarse contrario.

—No podemos arriesgarnos. Eres el heredero al trono del reino —le rebatió a Monferrato—. Imagina que cayeras prisionero de Saladino.

Espada Larga esbozó entonces aquel gesto entre franco y desenvuelto que tanto había encandilado a Sibila.

—Todavía no soy nadie —dijo—. Y si cayera prisionero, nada cambiaría para el reino de Jerusalén. Sé que Balduino no pagaría por mí ni una moneda de cobre. Porque otro pretendiente igual o mejor que yo llegaría de Europa con la próxima marea. —Monferrato hizo una breve pausa antes de añadir—: Pero tal vez el gran maestre de una Orden militar sí pudiera ser un botín preciado para Saladino. Si eso es lo que te frena a actuar, puedo entenderlo.

Amadís escupió en el suelo. Después cruzó una mirada con el cabo de tropa. Lo vio tranquilo y confiado. Había peleado ya junto a

Didier en varias batallas. Sabía de su fiereza y de su valía con la espada. En cuanto a Monferrato, tan solo le cabía esperar que hiciera honor a su sobrenombre.

—Lo haremos justo antes del anochecer —dispuso.

XXVIII

Permanecieron al acecho el resto de la tarde. Tendidos sobre las ruinas asistieron al sombrío espectáculo de ver cómo los guardianes sarracenos se mofaban cruelmente de sus esclavos cristianos. Apenas les dejaron probar el agua en todo el tiempo mientras ellos bebían sin recato de sus odres. Derramaban a propósito el preciado líquido, y se reían al contemplar las caras de angustia de sus prisioneros. Para comer tan solo les ofrecieron unos pocos dátiles.

Los tres libertadores comenzaron a moverse con las últimas luces del crepúsculo. Debían cubrir una cierta distancia por terreno abierto hasta alcanzar el lienzo de muralla en el que unos trabajaban y otros holgaban a la espera de la retirada. Ocho de los doce guardianes sarracenos descansaban junto a las carretas. Solo cuatro permanecían en su puesto a pie de muralla. Ya no se veía mucho, pero por si no todos los gatos fuesen pardos de noche, a Amadís se le ocurrió una treta.

Didier y el lazarista surgieron de la escombrera envueltos en sus velos y sus turbantes. Escoltaban a un hombre tambaleante de cabellos dorados, claramente un cristiano recién capturado. Lo llevaban atado con una cuerda, pero solo en apariencia. Porque Monferrato llevaba en realidad las manos sueltas tras la espalda, con una larga daga preparada en la izquierda y la espada oculta entre las entretelas del traje. Amadís y el cabo de tropa también portaban las suyas escondidas, para que la falta de curvatura de sus armas no los delatara demasiado pronto.

—¡Traemos al prisionero huido! ¡Llevamos todo el día buscándolo! —gritó Didier en árabe cuando aún les quedaban por cubrir unos cuantos pasos.

Los guardias sarracenos no se movieron, pero cruzaron algunas miradas de recelo.

—¡¿Qué diablos está pasando?! —preguntó Amadís por lo bajo.

—Creo que no me entienden —murmuró el francés, contrariado.

—¡Prueba con un mensaje más simple, diantre! —le urgió el lazarista.

—¡Prisionero! ¡Prisionero cristiano! —aulló entonces el cabo de tropa mientras zarandeaba a Espada Larga por el hombro.

Uno de los vigilantes se puso entonces a contar a los trabajadores forzosos que todavía apilaban piedras. El que estaba a su lado alzó la vista para hacer lo propio con los que estaban subidos al andamio. Después hablaron entre ellos, con voces altas y recias. No resultaba fácil saber si discutían o simplemente se consultaban. En cualquier caso, aquel era el segundo de distracción que Amadís esperaba.

Soltó el lazarista la cuerda con la que simulaba sujetar a su cautivo, desenfundó con la rapidez de la serpiente y desjarretó a los dos sarracenos más próximos con el mismo golpe. Guillermo de Monferrato usó su daga para acabar con el tercero en discordia. A Didier poco le costó dar cuenta del cuarto.

Los ocho hombres que dormitaban recostados en los carromatos se miraron los unos a los otros con ojos desorbitados por el espanto. Parecían preguntarse si la sangre, los gritos y las cabezas rodando eran reales o formaban parte de la duermevela. Didier y Espada Larga no les concedieron mucho tiempo para pensarlo. Ambos se fueron a por ellos mientras Amadís abría los grilletes de los prisioneros con la llave de uno de los muertos.

—El trabajo no ha terminado —les dijo a aquellos hombres sorprendidos—. Empuñad las armas de los guardias muertos y ayudadnos.

—¿So… sois cristianos? —preguntó uno de los liberados, todavía incrédulo al ver cómo unos hombres con turbante mataban a otros del mismo aspecto.

—Somos arcángeles —gruñó el lazarista—. ¿Cuántos guardianes quedan al otro lado del muro?

—Bastantes —respondió el cautivo.

No tuvo tiempo Amadís de pedirle mayor concreción a aquel hombre estupefacto. Didier y Monferrato habían derribado a todos los guardias, menos a uno. El maldito había abandonado la lucha al verse perdido y corría hacia la puerta entreabierta de la muralla dando alaridos. El caballero de San Lázaro solo entendió la palabra

«*frany*» entre tanto grito. Era aquel el término que los árabes usaban para denominar a todos los cristianos venidos de Europa, fueron o no francos.

Emprendió Amadís la persecución del superviviente mientras sus dos compañeros remataban a algunos heridos. Lo alcanzó al final, y le cortó el cuello de un tajo. Después corrió hacia la poterna. Llegó justo a tiempo de evitar el portazo. Dos centinelas trataban de colocar los postigos a toda prisa, prevenidos por las voces de alarma. El lazarista los abatió antes de que lo lograran.

Respiró Amadís al percatarse de que un tabique había ocultado sus maniobras. Nadie había presenciado, pues, su breve pelea con los vigilantes. Estaba por ver si tampoco se habían oído los gritos.

Una ciudad a medio reconstruir se desplegó frente a los ojos del intruso. Al parecer, Saladino pretendía anexionar el barrio menos dañado de la vetusta Fustat a los extrarradios de El Cairo. Se trataba de una obra faraónica que convertiría a una urbe ya de por sí enorme en otra simplemente inmensa. Pero mientras eso ocurría, la antigua capital administrativa de Egipto continuaba siendo un laberinto de casas y templos aún vacíos. Solo los prisioneros cristianos encargados de aquellas tareas de construcción y sus carceleros deambulaban por sus calles igual que sombras vagabundas.

Amadís se concedió apenas unos segundos para analizar el panorama. La situación se le antojó muy parecida a la que ya había visto al otro lado del muro: cincuenta prisioneros cristianos acumulaban y transportaban piedras mientras otros cincuenta las recibían en el andamio y las colocaban siguiendo las instrucciones de dos maestros constructores. Una docena de guardias charlaba tranquilamente a una cierta distancia de los presos. Eran soldados fatimíes; hombres indolentes, abandonados a la molicie de la rutina. Porque el auténtico control de los presos lo ejercían cuatro fieros mamelucos.

Amadís se acercó a estos últimos con paso tranquilo. Sonreía. No podía descartar que aquellos guerreros de élite hubieran escuchado voces, pero le serenó comprobar que no habían siquiera desenfundado cuando se presentó ante ellos. La visión de un hombre solo, cubierto de velos como ellos, no despertó sus alarmas. Tal vez la forma en que el desconocido portaba la espada, cruzada a

la espalda y con el puño asomando por encima del hombro, acabaría al final por delatarlo. Por eso actuó pronto.

A juicio de Amadís, no existían grandes diferencias entre matar a traición o por sorpresa. No era su forma predilecta de hacer sangre, pero en ciertas ocasiones estaba justificado. Desenfundó con ambas manos, para imprimir mayor fuerza a sus mandobles. Fueron dos golpes oblicuos, secos y muy violentos, asestados de arriba abajo. Primero hacia la derecha y después al contrario. Ambos mamelucos se desplomaron con el pecho abierto, sin pronunciar palabra.

Contaba el lazarista con la reacción de sus dos compañeros, y por eso liberó el alfanje que traía al cinto. Se lo lanzó con la mano izquierda al que venía por delante y atacó al segundo, al que todavía hacia guiños de asombro sin moverse del sitio. A este le rebanó el antebrazo de un tajo y lo dejó aullando en aquella lengua ininteligible. El sable sarraceno no había matado al primer mameluco, pero lo había dejado malherido.

Guillermo de Monferrato apareció en ese instante, con su famosa espada en ristre y la daga también preparada. Ninguno de los dos caballeros portaba escudo, porque los habían dejado colgados del arzón de la silla para evitar tintineos al avanzar entre las piedras.

—¡¿Dónde diablos está Didier?! —demandó Amadís con urgencia al ver aparecer solo al italiano.

—Han llegado más soldados al otro lado. Didier y los otros están haciéndoles frente como pueden —lo informó Monferrato, que había pegado su espalda a la del lazarista.

Amadís aprovechó la indecisión inicial del enemigo para contar con más precisión a los guardianes.

—Son siete para cada uno… —dijo.

—¿Y qué?

No podía ver el gran maestre de San Lázaro el rostro de Espada Larga, pero su tono le pareció confiado, tal vez en exceso. La quietud y el silencio terminaron cuando el jefe de aquella tropa ladró algunas órdenes.

Los dos primeros rivales de Monferrato encontraron la muerte sin apenas ver el filo que los tajaba. La rapidez de movimientos del italiano y la precisión de sus golpes le parecieron a Amadís cosa de magia. Él, por su parte, tuvo que trabajar un poco más, pues le

acometieron dos guerreros fatimíes parapetados en adargas. Los cuerpos, aun así, pronto se fueron acumulando a los pies de los dos cristianos.

—¡Vienen más! —le alertó Monferrato de repente.

El caballero lazarista apenas pudo distraer un ojo para mirar hacia las calles antes vacías de Fustat. Vio un pelotón completo de soldados musulmanes en la lejanía. Venían corriendo por este lado de la muralla. Tal vez Didier y los otros estuvieran ya copados por tropas similares, se le ocurrió. Ellos mismos iban a estarlo en cuanto aquellos refuerzos llegaran.

—¡¿Qué estás haciendo?! —le preguntó Monferrato en medio de una pelea cada vez más desesperada.

Amadís no le contestó. Se acaba de quitar el casco y el turbante y los había lanzado al suelo. Brillaron los ojos glaucos del lazarista en una noche algo prematura. Resplandeció su melena lacia entre las chispas de los espadazos. Se ahuecó un poco las ropas para mostrar la cruz de San Lázaro. Luego aún mató a otros dos antes de que alguien pusiera el grito en el cielo.

—*¡Alshaytan al'akhdar!* —aulló al fin, despavorido, uno de los sarracenos.

La exclamación pasó de boca en boca entre aquellos hombres oscuros hasta que un primer guardián rompió filas y salió corriendo. Después se marcharon todos, incluido el jefe. Los que llegaban corriendo se detuvieron a preguntarles. Cuando supieron quién los esperaba al final de la calle, solo media docena se decidió a proseguir su avance, pero andando. Y muy despacio.

Amadís aferró el hacha de un sarraceno muerto y partió con ella las cadenas que sujetaban a unos presos a la propia pared de la muralla y a los otros al andamio.

—¿Eres cristiano o demonio? —le preguntó con ademán temeroso uno de aquellos cautivos, que al parecer entendía algo de árabe.

—¿Qué más da eso? —gruñó el lazarista—. ¿Tendrías inconveniente en que el propio diablo te liberara de este infierno?

Didier se presentó a la carrera en ese instante.

—¡Hay que darse prisa! —gritó—. ¡Todo está preparado, pero no podemos perder tiempo!

Al otro lado de la muralla la lucha había sido enconada y

cruenta. Los prisioneros francos habían peleado con bravura contra los refuerzos sarracenos. Habían usado sus propias cadenas y las armas que iban recogiendo de sus carceleros caídos. Habían vencido, pero a costa de sufrir muchas bajas. Los cincuenta supervivientes de la batalla ya estaban encaramados a las carretas cuando el resto de sus compañeros llegó corriendo desde el interior de la fortaleza. Ellos no habían tenido que pelear, porque dos guerreros formidables con apodos extraños les habían ahorrado el trabajo.

Usaron para escapar los mismos carromatos que, durante meses, los habían transportado desde los calabozos hasta la muralla exterior de El Cairo. A Amadís se le ocurrió mandar a Didier por delante con el fin de que los del campamento estuvieran ya listos para marchar en cuanto llegaran. La vuelta a casa iba a ser un poco antes de lo previsto, pero, sobre todo, mucho más peligrosa.

Aquella noche viajaron en medio de una oscuridad angustiosa, sin encender una sola tea. Deambularon entre los carrizales como murciélagos errantes. Se detuvieron al rayar el alba y descansaron amatojados entre la espesura. Amadís, Didier y Espada Larga echaron mano de sus raciones de cecina y galleta para reponer fuerzas. Los cautivos se alimentaron de ranas y anguilas. Pero se las tuvieron que comer crudas porque Amadís les prohibió hacer fuego por miedo a que el humo de una fogata los delatara.

Repitieron aquel *modus operandi* los dos días siguientes. Al tercero, la presencia de patrullas enemigas con antorchas les impidió cualquier movimiento. Pretendía Amadís continuar hacia el norte siguiendo el delta del Nilo, y después avanzar por la costa hasta alcanzar territorios beduinos. Las aguas del gran río les daban de beber y su fauna los alimentaba de algún modo. Sin embargo, tras un par de sustos, el caballero lazarista se dio cuenta de que tarde o temprano acabarían por descubrirlos.

—Cambiaremos de rumbo. Iremos hacia el este —decidió al anochecer del quinto día.

—¿Hacia el Sinaí? Eso sería una locura —se atrevió a advertirle el propio Didier.

—Precisamente por eso lo haremos —replicó Amadís con mirada fría—. Porque jamás nos buscarán en medio del desierto.

Había un alférez de tropa entre el centenar y medio de cristianos

liberados. Tenía el gesto audaz y parecía mantener los galones.

—Moriremos todos de sed en ese infierno —se enfrentó al lazarista—. Mis hombres y yo nos negamos a tomar ese camino que dices.

Amadís ni siquiera se giró para mirarlo. Tenía los ojos puestos en un horizonte negro e incierto, en un territorio que pocos cristianos osaban pisar sin guías beduinos.

—Tenéis mi consentimiento para hacer lo que os plazca —le dijo sin alterarse—. Pero no os llevaréis ni una sola carreta.

Casi cien hombres optaron por permanecer fieles a su antiguo alférez. Los otros cincuenta se acomodaron holgadamente en los tres carros y emprendieron rumbo al este aquella misma madrugada.

Viajaron entre dunas durante tres jornadas. Procuraban hacerlo de noche, para evitar el martirio del sol en la medida de lo posible. Aun así, acabaron por consumir el agua de las cantimploras. La de los odres Amadís había ordenado reservarla para las caballerías, y de ahí que los hombres tuvieran que mitigar la sed recurriendo a su propia orina. Cuando ya no hubo otro remedio, degollaron a los percherones de una galera que viajaba medio vacía para beberse su sangre.

—¿Tenemos alguna opción de supervivencia o conviene ir preparándose para rendir cuentas al Altísimo? —Monferrato esbozó aquella sonrisa de canalla simpático que a Sibila le había parecido tan adorable.

Amadís contempló al italiano. Tenía los cabellos lacios, sucios de sangre, sudor y polvo. El sol implacable del desierto le había quemado el rostro. Sus labios eran una burda colección de grietas. No se parecía en nada al hombre apuesto que había conocido en el puerto de Sidón, pero su gesto se mantenía inalterado, igual que la luz cristalina de sus ojos. Espada Larga, se dio cuenta, no era un noble de salón, sino un soldado intrépido que había pasado ya por trances parecidos, si no peores.

—Una vez me perdí por aquí con el rey Amalarico —le contestó —. Y salvamos la vida gracias a un oasis.

—Dios se apiadó de vosotros entonces… —ironizó el conde de Monferrato.

Amadís le señaló una vaguada cercana. Las ramas de unas

palmerillas asomaban por encima de una pequeña duna.

—Prefiero pensar que fue el mismo destino que hoy ha querido también salvarnos —le respondió sonriente.

—¿No será un espejismo? —preguntó el italiano, todavía incrédulo.

Guillermo de Monferrato regresó a Jerusalén tres días antes de la fecha prevista para su boda; cuando todo el mundo lo daba por muerto, como al resto de los expedicionarios.

—Has vuelto un poco desmejorado. Tal vez Sibila te rechace ahora —le dijo Amadís en tono zumbón tras divisar los muros de la Ciudad Santa.

—Sí, es posible —rio Espada Larga—. Pero por nada del mundo me habría perdido esta tranquila excursión por la campiña.

Ambos condes ya no volvieron a verse hasta el día de la ceremonia. A cada cual lo retuvo un deber distinto. Monferrato tuvo que ponerse otra vez en manos del sastre para que le ajustaran las sisas del traje a causa del adelgazamiento. Y, además, Sibila ya no le permitió salir de palacio.

Amadís pasó largos ratos con el rey. Le explicó sus pesquisas con todo detalle sobre los mapas.

—Entonces… tal vez Saladino ataque antes de que nosotros lo hagamos —concluyó Balduino tras el relato del lazarista.

—Es lo más probable, pero aún tenemos la primavera para prepararnos —sostuvo el lazarista.

—Cierto. La primavera llegará —asintió el rey—. Pero antes lo hará la boda de mi hermana. ¿Sigues pensando lo mismo de Monferrato?

—No podría haber llevado mejor compañero de viaje, majestad.

XXIX

Jerusalén amaneció engalanado con tapices, alfombras y cirios aromáticos aquella mañana de finales de noviembre. Había músicos apostados en todas las esquinas, para llenar cada rincón de la ciudad de melodías y cantos. La calle de David tenía el suelo de terciopelo rojo, incluidos sus famosos escalones. Los templos sacaron a sus puertas las reliquias que guardaban dentro de sus criptas, para que novios y celebrantes estuvieran a salvo de los influjos del Maligno. Y por si aquella protección fuera poca, el patriarca hizo pasear la Vera Cruz por las avenidas principales mientras nobles, vasallos y peregrinos hacían tiempo para la boda.

Guillermo de Monferrato se presentó en la iglesia del Santo Sepulcro a lomos de un enorme caballo blanco. Iba escoltado por dos alféreces uniformados de su séquito italiano. Vestía una bonita gonela con el escudo de armas de su familia bordado con hilo de oro en el pecho. Un lustroso pellote de piel de zorro lo protegía de los colmillos del frío. En los pies gastaba zapatos de guadamecí ligeramente abotinados.

Sibila llegó minutos más tarde, en una carroza sembrada de guirnaldas blancas y pétalos rojos. Iba sentada entre su hermano y su madre. Lucía un vestido muy abierto y escotado. Sin embargo, aquella desnudez un tanto flagrante quedaba atenuada por el velo que le tapaba el rostro y se le desmayaba después sobre el cuello y los hombros. En cualquier caso, su madre le ciñó una capa de seda india al bajarse de la carroza.

Joscelino estaba plantado en la puerta de la iglesia, listo para ejercer su función de padrino. Como Guillermo de Monferrato no tenía a nadie de su familia, fue la propia Inés de Courtenay quien se lo llevó hasta el altar del brazo. Los cincuenta canónigos del Santo Sepulcro acompañaron tan regio desfile con un *Te Deum* desde el coro.

Los archidiáconos de las ciudades más emblemáticas del reino y, obviamente, el patriarca estaban ya esperando a la pareja en el altar. Al frente de todos, Guillermo de Tiro. Ningún alto prelado se atrevió a discutirle el papel de conductor de la ceremonia, ni siquiera el ínclito Heraclio, el amante de Inés de Courtenay, según las malas lenguas.

Amadís se quedó fuera del templo, disimulado entre un vulgo ruidoso. Fueron miles los que no pudieron encontrar un asiento entre tantos señores y se quedaron escuchando en la puerta. Lo cierto fue que el caballero lazarista ni siquiera intentó hacerse un hueco. No se marchó a casa por respeto a Balduino. Y porque, además, le había prometido a Guillermo de Monferrato que acudiría al convite para que no se sintiera perdido entre tanto gentilhombre.

El patriarca y el canciller del reino lideraron la procesión que llevó a novios, invitados y curiosos de vuelta hasta las puertas de palacio. Sibila y Espada Larga, ya casados, hicieron el camino bajo palio. Los demás iban detrás, rezando —al menos en teoría— por el bienestar de la pareja. Después, a Amadís no le quedó más remedio que sumergirse en un mundo que aborrecía. Y, además, tuvo que sentarse a la mesa de los ilustres.

Allí estaban todos, incluidos los dos más grandes: Raimundo III de Trípoli y Bohemundo de Antioquía. Dos hombres que no se consideraban precisamente vasallos del reino, ni de nadie. Pero que no quisieron afrentar al rey el día de la boda de su hermana. Al menos, a Amadís le quedó el consuelo de tener junto a él a Hunfredo de Torón, con el que tenía cierta confianza. Quiso aprovechar el lazarista para ponerlo al día de todo lo que había visto recientemente en Egipto, pero el condestable ya estaba al corriente. Al parecer, el mismo Balduino lo había informado de ello.

—Joscelino y yo te pedimos que le sacaras al rey los pájaros de la cabeza y, en vez de hacerlo, le has metido una jaula de grillos. Que Dios nos pille confesados ahora con eso de Egipto —repuso Hunfredo con gesto de disgusto.

Discurrió el banquete por los cauces previstos. Hubo música, recitados de poesía y juegos malabares en los prolegómenos. Balduino prohibió, sin embargo, los espectáculos con enanos, y los bufones. Utilizar a los primeros para provocar la risa se le antojaba denigrante. Los segundos simplemente no le hacían gracia. A Inés

de Courtenay le encantaban ambos, pero por una vez decidió plegarse a la voluntad de su hijo.

Los sirvientes de palacio aparecieron tras el último truco de un mago. Portaban grandes bandejas con frutas troceadas de todos los colores. Amadís se refrescó la boca con un poco de naranja y piña de Oriente. Luego sirvieron potaje, pero él prefirió reservarse para las carnes.

Trajeron en primer lugar un estofado de ciervo con jengibre blanco y pimienta. Después vinieron varias fuentes con asado de jabalí especiado con azafrán y comino. Para quienes aún no se habían saciado, los criados sacaron ocas y capones rellenos con manzanas y dátiles. Fue al llegar los postres cuando Balduino se levantó y pidió la palabra para dirigirse a todos los comensales de aquella sala. Los que comían en otros salones, alejados de los próceres del reino, esos le importaban menos. O no estaban tan ligados a él por parentesco, o sus humildes fortunas los convertían en vasallos menos influyentes.

Las primeras palabras del monarca fueron para desear una vida larga y dichosa a los novios. Su regalo de bodas, les dijo, era modesto. Hasta que llegaran tiempos mejores solo podía ofrecerles el condado de Jaffa y Ascalón. Apenas un rincón de su territorio en el que, no obstante, podrían vivir cómodamente y llenarlo de hijos.

Se le vio contento con Guillermo de Monferrato, a quien denominó «heredero al trono» sin ningún rodeo. Le agradeció su primer servicio al reino de Jerusalén. La misión de espionaje que había llevado a cabo al lado del gran maestre de la Orden de San Lázaro había sido ciertamente un éxito.

Las noticias que ambos condes habían traído de Egipto no eran noticias precisamente halagüeñas —afirmó—, pero era mejor conocer la realidad de antemano. Todos los indicios apuntaban a que Saladino estaba preparándose para la guerra. Las labores de fortificación en sus ciudades más importantes y el movimiento constante de tropas así lo indicaban. Y como quien golpea primero da dos veces, por eso procedía adelantarse.

Convocaría al Alto Tribunal en breve para hablar de la situación y tomar decisiones urgentes, dispuso. No obstante, ya podía adelantarles una, la más importante: dada la magnitud del problema, habría que pedir ayuda al Imperio de Bizancio cuanto

antes. Al frente de la embajada que partiría hacia Constantinopla antes de acabar el año iría Reinaldo de Châtillon.

Amadís miró de reojo al señor de Kerak y lo vio ufano, con los ojos brillantes. Se le notaba satisfecho de ir ganando espacio y relevancia entre los más grandes. Poco sospechaba el antiguo príncipe de Antioquía quién había sido su principal valedor para el puesto. En cualquier caso —prosiguió Balduino con voz firme—, el concurso de todos los presentes en aquella nueva campaña se hacía más necesario que nunca. El emperador de Bizancio debía comprobar, además, que todos los Estados Latinos permanecían unidos ante las dificultades y colaboraban los unos con los otros desinteresadamente. De lo contrario, tal vez declinara ayudarlos.

Hubo solemnes cabezadas entre los reunidos. Los murmullos de aprobación también menudearon en la sala. Raimundo de Trípoli y Bohemundo de Antioquía, sin embargo, no levantaron los ojos de sus postres. Fingían rebuscar con los dedos entre los pasteles de cisne como si hubieran perdido alguna moneda de oro dentro de los hojaldres. Probaban de otras bandejas llenas de faisanes cocinados con azúcar o de liebres rociadas de zumos exóticos. El discurso de Balduino, saltaba a la vista, no iba con ellos. Tanto para el príncipe como para el conde, las guerras en Egipto nada tenían que ver con las de Siria. Esas últimas sí les atañían algo más, por la proximidad de sus territorios. Pero para pelear al sur de Jerusalén, Balduino tendría que valerse de sus propios medios. Eso es lo que pareció desprenderse de la actitud distante de ambos mandatarios. Y de ahí que el comedor se llenara de silencio. Porque quienes más mimbres podían aportar a la guerra preferían mirar para otro lado.

Joscelino hizo pasar de inmediato a los músicos con el fin de que el ambiente no se enrareciera definitivamente. Cuando empezaron a sonar los primeros acordes para el baile, Amadís juzgó el momento de lo más oportuno para escabullirse. Se excusó ante el condestable y trató de dejar el salón sin que nadie lo viera. Desgraciadamente, al cruzar el umbral de la puerta una mano atrapó la manga de su túnica.

—Conde de Monterroso, ¿seríais capaz de ausentaros sin dedicarme ni una sola pieza del baile? —le dijo la voz ronroneante de Inés de Courtenay.

Amadís la observó de cerca. De lejos ya lo había hecho aquel

día, igual que todo el mundo. Porque la madre del rey había concitado más miradas que la propia novia. Olió sus perfumes y sus afeites mientras la condesa de Sidón lo arrastraba de vuelta a la sala.

—Todavía recuerdo la noche de Damasco —le susurró ella al oído mientras se movía entre sus brazos.

—Pues muy mal…

—¿Por qué?

—Porque no es bueno vivir de recuerdos.

Inés de Courtenay dio una vuelta completa alrededor del caballero de San Lázaro sin soltarle la mano.

—En ese caso, tal vez debiéramos repetir el encuentro, para no tener que andar solo recordándolo —sugirió tras regresar de la pirueta.

Amadís calló por miedo a que el mismo demonio que en las batallas lo volvía invencible le soplara al oído respuestas improcedentes.

—La chica no es ninguna condesa, ¿verdad? —inquirió entonces Inés, en vista del silencio.

—¿Qué chica?

—Ivette.

Los vaivenes impredecibles de la música dejaron momentáneamente a Inés de Courtenay en los brazos hercúleos de Balián de Ibelín. A él le trajeron un rostro anónimo y un cuerpo destartalado. Aunque no habría resultado una actitud caballerosa, podía haberse marchado en ese instante, arguyendo cualquier excusa. Pero Amadís se quedó esperando el regreso de Inés. No era su estilo dejar las conversaciones a medias.

—Ivette no pertenece a ninguna familia noble. ¿No es cierto? —volvió a la carga la madre del rey a los pocos segundos.

—Ivette es una simple tabernera —reconoció el lazarista, para quien la línea recta siempre evitaba esfuerzos inservibles.

Inés de Courtenay sonrió. Y lo hizo de manera franca, no como cuando se sabía deseada por centenares de ojos.

—No importa —dijo—. Balduino es feliz a su lado, y no será tan difícil mantener el secreto. Si en algún momento alguien preguntara por sus orígenes, le diremos que es sobrina del príncipe Roupen de Cilicia. ¿Te parece? —Los labios de Inés rozaron el lóbulo de la

oreja del lazarista.

—No es mala idea —reconoció mientras veía acercarse a Reinaldo de Sidón entre los danzantes.

—Para tu tranquilidad, quiero que sepas algo. —Inés ahuyentó a su marido con un gesto de la mano.

—¿El qué?

—No iré a esa campaña en Egipto.

—También eso me parece buena idea.

—Una última cosa, Amadís… —La voz de la condesa de Sidón sonó suplicante en esta ocasión.

—¿Qué ocurre?

—Quiero que cuides de Balduino en esa guerra como si fuera tu propio hijo.

—Sabes que lo haré.

Inés de Courtenay depositó un primer beso en la mejilla del lazarista. Después lo miró unos segundos con ojos brillantes antes de sellarle los labios con los suyos propios. Reinaldo de Sidón estaba muy cerca y lo vio todo. Pero no dijo nada, porque, según decían, no era un hombre celoso.

XXX

Raimundo de Trípoli y Bohemundo de Antioquía ya no asistieron a la reunión de la *curia generalis* convocada por Balduino la semana siguiente a la boda. Ambos adujeron imponderables de última hora en sus territorios. Sí acudió Reinaldo de Châtillon, que ya tenía el equipaje hecho para desplazarse a Bizancio. Y, por supuesto, Guillermo de Monferrato, cuyo viaje de bodas tendría que esperar un tiempo.

Amadís explicó en público los resultados de la misión llevada a cabo en Egipto, así como sus conclusiones. La armada que él había visto en fase de construcción en el puerto de Damietta tendría, cuando se acabara, un tamaño considerable, dijo. Y no era impensable que más barcos se estuvieran preparando en Alejandría. No obstante, aquella flota no estaría dispuesta hasta bien entrado el verano, estimó el lazarista. Por lo que no resultaba probable que Saladino se arriesgara a iniciar las hostilidades antes.

A Hunfredo de Torón el cálculo le pareció apropiado y, sobre todo, tranquilizador. Porque concedía a Reinaldo de Châtillon un plazo más que suficiente para desplazarse a Constantinopla y embarcar al emperador Manuel en una nueva contienda. Fueron varias las voces que dudaron de aquel hipotético apoyo. Los hermanos Ibelín, sin embargo, se mostraron optimistas, pues opinaban que dominar el delta del Nilo siempre había sido un objetivo bizantino. Y ahora podían al fin lograrlo, en detrimento de otros rivales casi igual de incómodos, los sicilianos.

Juan de Arsuf, hombre cauto y habitualmente silencioso en aquellos cónclaves, se levantó entonces de su escaño y pidió a todos los presentes hablar de una vez por todas de números. Si, como todo parecía indicar, los ejércitos de Trípoli y Antioquía se mantenían al margen, ¿con qué fuerzas contaría el reino de Jerusalén para enfrentarse a Saladino? Aquella fue la pregunta que

dejó a todos mirando a los mandatarios de las dos Órdenes militares más importantes de la cristiandad.

A Odón de Saint-Amand, gran maestre del Temple, se le vio remiso a tomar la palabra. Cuando lo hizo, fue para dar largas. No podía adelantar mucho sin reunirse antes con los suyos y debatir el asunto, afirmó con un rictus de pesadumbre que pareció algo impostado. Tras las evasivas de su homónimo, Jobert de Siria destapó de manera inesperada la caja de los truenos.

Se le vio dolido al gran maestre de la Orden de San Juan. Dedicó, para empezar, palabras duras a los últimos ocupantes del trono. Afirmó haber disputado todas y cada una de las campañas libradas contra el enemigo sarraceno, siempre en primera línea a pesar de que las recompensas posteriores habían resultado escasas. Al menos, muy inferiores a las que había merecido la Orden del Temple tras aquellos lances.

Arrugó el entrecejo Balduino, incómodo ante el reproche. Y por eso el hospitalario se vio obligado a concretar más sus acusaciones, con el fin de que no lo tacharan de envidioso. Los templarios contaban con tierras y castillos en Gaza, Safed, Ahament y La Fève. Su orden, en cambio, tan solo había logrado tenerlos en Bethgibelin y Belvoir. Incluso el rey Amalarico había incumplido la promesa de concederles tierras en Egipto. La desproporción resultaba ofensiva, sostuvo antes de cruzarse de brazos a la espera de una respuesta.

Víctima de su desconocimiento, Balduino consultó con Hunfredo de Torón y también con Amadís por medio de sendas miradas. Ambos asintieron, dándole la razón así a Jobert de Siria. No se perdió en rodeos el joven monarca. Ni tampoco se le ocurrió justificar a su padre muerto por el olvido. Si Amalarico les había prometido tierras en Egipto, él se las daría sin dudarlo, afirmó solemne. Podían ya contar como suya la fortaleza de Bilbeis, en el delta del Nilo, pero cuando se conquistase. Además, con el fin de compensarlos por todos los agravios anteriores a su reinado, donaría a la Orden treinta mil besantes de oro en cuanto aquella reunión acabara.

—Por cierto, conde de Monterroso… —solicitó Balduino de repente—, ¿cuánto dinero, castillos o tierras exigirán los caballeros de San Lázaro por unirse a esta cita con la espada?

—¡Nosotros lo haremos gratis, como siempre! —sostuvo Amadís,

y su voz grave retumbó en la sala como la andanada de un *trebuchet* franco.

Quiso Odón de Saint-Amand decir algo en aquel instante. Tal vez intentaba defenderse de los ataques de su homónimo hospitalario o más probablemente referirse a la imposibilidad de comparar a dos Órdenes militares de poderío y prestigio con la de los caballeros leprosos. Pero Balduino no le dio el uso de la palabra, porque su padrastro había levantado el brazo.

Reinaldo de Sidón, el tercer marido de Inés de Courtenay, tenía fama de timorato en la batalla y también en el matrimonio, pero todos lo consideraban un hombre prudente en los negocios. Su voz era, por tanto, una de las más respetadas en las reuniones del Alto Tribunal debido a la cautela de sus juicios. Y así ocurrió también aquel día, cuando sugirió hacer las paces con el gobernador de Damasco.

Cogió a todos por sorpresa la proposición del conde, pero nadie se atrevió a contradecirle. Parecía adecuado, incluso procedente, intentar una tregua con el derrotado
Turan-Shah,
antes de mover tropas hacia el sur y dejar Jerusalén totalmente desguarnecido.

A Balduino la estrategia le sonó en principio descabellada, máxime cuando los rescoldos de la batalla contra el hermano de Saladino aún humeaban. Pero el condestable lo tranquilizó al decirle que los sarracenos entendían los lazos de sangre de otra manera. El hecho de que
Turan-Shah
y Saladino fueran hermanos no tenía por qué impedir el acuerdo. Él mismo se ofreció a viajar a Damasco y parlamentar con los sirios.

Guillermo de Monferrato se aclaró la garganta cuando el rey y sus vasallos daban ya la reunión por concluida. Todos volvieron entonces a sus asientos para escuchar la primera intervención de Espada Larga en el Alto Tribunal del reino. Había expectación por ver lo que aquel advenedizo simpático podía aportar a la causa.

El conde italiano alabó todas las medidas y estrategias discutidas en la Cámara. Todo lo acordado le parecía bien, dijo. Los pactos, las contraprestaciones, la petición de ayuda… eran cosas inherentes a una guerra, pero, aun así, él echaba en falta algo. El inicio de las

hostilidades podría demorarse todavía meses. Y no era cuestión de permitirle a Saladino vivir tranquilo hasta entonces, sostuvo con aquel brillo intrépido chispeando en sus pupilas.

Propuso Espada Larga hostigar sin descanso al gran enemigo sarraceno hasta que llegara el momento de enfrentarse a él en campo abierto. Por suerte o por desgracia, las ciudades de El Cairo y Damasco distaban muchas millas una de la otra, y eso concedía al reino la oportunidad de actuar sin apenas riesgo.

No haría falta un gran ejército para interceptar sus caravanas de aprovisionamiento, secuestrar sus envíos y provocar el caos en unas líneas de comunicación que debían pasar invariablemente por territorio cristiano. Un escuadrón de apenas cuarenta o cincuenta jinetes bien pertrechados podría causar auténticos estragos, afirmó, vehemente, Espada Larga, que allí mismo se postuló para liderar esas tropas junto con el conde de Monterroso.

Guillermo de Monferrato lanzó a Amadís una mirada consultora y este le regaló un breve asentimiento. «*Estaría dispuesto a recorrer la frontera con él en busca de nuevas aventuras*», quiso decirle con el gesto.

Balduino levantó la asamblea después de emplazar a todos los presentes a una nueva reunión «en cuanto hubiera noticias». Es decir, en cuanto los mensajeros enviados a Damasco y Constantinopla regresaran, Dios lo quisiera, con las manos llenas de acuerdos e ilusiones.

XXXI

Poco tiempo pudo dedicar Amadís al Hospital de San Lázaro y a sus enfermos leprosos aquel invierno, y menos todavía durante la primavera. Las frecuentes correrías al lado de Espada Larga lo ocuparon hasta bien entrado el año del Redentor de 1177. Ambos causaron el terror en la frontera con sus tropas de caballería. Guillermo de Monferrato y Sibila habían acabado por establecerse en la ciudad de Ascalón y, desde allí, los dos condes lanzaban sus zarpazos más fieros contra las caravanas enemigas de abastecimiento.

Saladino se vio impotente para contrarrestar aquellos golpes de mano. La rapidez de actuación de los jinetes del reino y su conocimiento del terreno frustraron todos sus intentos. En vista de los fracasos, el sultán de Siria y Egipto trató de poner en práctica una treta: escribió una montaña de cartas a Balduino. En ellas se quejaba de los ataques indiscriminados de las fuerzas cristianas a sus vasallos. Aquello era intolerable, argumentaba, porque él todavía consideraba vigente la tregua firmada con Raimundo de Trípoli.

Balduino hizo un montón con todas aquellas epístolas y las quemó en público en una pira el mismo día en que Reinaldo de Châtillon regresó de Constantinopla. Quería así celebrar el monarca las buenas noticias. Como muchos ya esperaban, Bizancio no podría enviar tropas terrestres a aquella contienda debido a sus propios problemas. Acababan de perder la batalla de Miriocéfalo frente al sultán Kilij Arslan II. El desastre dejaba sus fronteras más amenazadas que nunca por los turcos selyúcidas, se disculpaba el emperador en su carta. No obstante, estaba de acuerdo en participar en la empresa con toda su flota a cambio de algunos favores sin importancia.

Hunfredo de Torón también había vuelto de Damasco unos días

antes con el semblante aliviado.

Turan-Shah

se había comprometido a no atacar los territorios francos en la frontera de Siria durante el conflicto, aunque —eso sí— le cedería tropas a su hermano Saladino si este se las pedía. El pacto, obviamente, fue del agrado de Balduino y de todos sus barones.

Amadís no pudo asistir a aquella asamblea del Alto Tribunal convocada el segundo lunes de marzo del año del Redentor de 1177. Un cónclave en el que se volvió a echar en falta al conde de Trípoli y al príncipe de Antioquía. Y es que el rey había enviado al caballero lazarista al puerto de Acre, para recibir en persona al conde español Rodrigo Álvarez de Sarria. El origen del recién llegado aconsejaba su presencia en el muelle, le hizo ver Balduino.

Resultó proceder de Galicia el noble hispano. Y fue más sorprendente todavía conocer la amistad que había unido al recién llegado y al viejo conde de Monterroso. A través de don Rodrigo se enteró Amadís de la enfermedad que había consumido a su padre durante meses, y de cómo había pronunciado el nombre de su hijo franco muchas veces mientras agonizaba en el lecho.

Era el conde galaico de mediana edad y algo achaparrado. No tenía la estampa de un gran guerrero cruzado, pero el valor y la fuerza se le adivinaban en el fulgor de sus ojos. Venía acompañado de una tropilla de casi cien hombres. Traía también consigo algunas cartas de recomendación bastante curiosas. A Rodrigo Álvarez de Sarria lo avalaba el rey Alfonso II de Aragón, pues al parecer el gallego venía ofendido con el de Castilla. También lo apoyaba el papa. Entre uno y otro le habían encomendado una labor inaplazable: afianzar en Tierra Santa la recién creada Orden de Monte Gaudio. Al fin y al cabo, don Rodrigo ya contaba con experiencia en la materia. Había sido comendador mayor de la Orden de Santiago, en España. Pero tanto el pontífice, Alejandro III, como el rey Alfonso deseaban algo más recto, con una regla más estricta. Querían formar un linaje de hombres santos y castos forjados con el mismo molde irrompible que el de los templarios.

El rey Balduino recibió al conde español a los pocos días. Y lo hizo encantado, porque su presencia en Jerusalén suponía engrosar los menguados ejércitos del reino con un centenar de buenos soldados acostumbrados a pelear contra hordas infieles. Tal vez con

el rifirrafe y los reproches de Jobert de Siria todavía en la memoria, Balduino se decidió a concederle tierras y un par de castillos en la frontera. Después lo invitó a conocer la Ciudad Santa de la mano del condestable. Amadís y el rey quedaron entonces frente a frente tras varios meses de apenas verse las caras. Y como si aquel momento tuviera algo de mágico, una catarata de recuerdos inundó la mente del lazarista.

Recordó Amadís sus primeros encuentros con Balduino, los largos días de entrenamiento, las salidas a caballo, las conversaciones, las confesiones mutuas… Nada, le pareció, tenía que ver aquel rey con el joven inseguro al que había enseñado a manejar la espada en el patio de la colonia. Nadie habría dicho que Balduino IV de Jerusalén apenas contaba con diecisiete años.

—¿Por qué me miras así? —lo interrogó el monarca—. ¿Acaso te ha parecido excesiva la concesión de tierras a ese conde gallego?

Amadís salió con prisas de su embelesamiento.

—Me ha parecido bien —murmuró—. Es la costumbre…

Asintió Balduino, complacido con la apreciación del gran maestre.

—Monte Gaudio todavía no es una Orden grande, pero confío en que vayan sumándosele más adeptos. Poco a poco he ido dándome cuenta de que reinar es igual que mover fichas en un tablero de damas —sostuvo el rey con aire reflexivo.

Rio Amadís el comentario del monarca.

—Por esa misma razón he decidido proporcionarle a Reinaldo de Châtillon una nueva esposa. Quiero agradecerle de algún modo su labor en Constantinopla —afirmó Balduino entonces.

—Me parece correcto. Es un hombre viudo… Bien está que encuentre a alguien al volver a casa. ¿Quién es la afortunada, si puede saberse? —preguntó sin mucho interés el lazarista, a quien poco le importaban las tribulaciones del señor de Kerak.

—Estefanía de Milly.

Amadís dio un respingo.

—¡¿Estefanía de Milly?! Si casáis a Châtillon con esa mujer, lo estaréis convirtiendo en el señor de Hebrón y Transjordania —arguyó estupefacto.

—Lo sé.

—¡Será uno de los hombres más ricos e influyentes del reino!

¡Tendrá un poder excesivo!

Cabeceó su asentimiento Balduino.

—¡Es un sanguinario! —insistió Amadís.

—Es posible, pero confío en él. Tú mismo me lo recomendaste para esa misión en Bizancio, y ha cumplido con creces. Piensa un poco… —le pidió el monarca.

—¿En qué?

—En que tenemos que asegurar la frontera meridional del reino de alguna forma. Y las fichas, gracias a Dios, van encajando.

El lazarista desplegó en su mente el mapa siempre inestable del reino de Jerusalén. Al norte se extendía una Siria peligrosa debido a la falta de solidaridad de Antioquía y Trípoli. Al sur, los desiertos inabarcables de Egipto y las fortalezas fatimíes de Saladino constituían una amenaza constante. Cerrar aquellos espacios incontrolados era crucial para la tranquilidad de los Estados Latinos. La decisión de Guillermo de Monferrato de establecerse en Ascalón con su pequeño ejército había sido como instalar una primera puerta. Balduino pretendía que la segunda lo fuera Reinaldo de Châtillon en Transjordania; y la tercera, la Orden de Monte Gaudio con sus tropas españolas. Todas aquellas fortalezas meridionales iban a quedar, en principio, bien guarnecidas de cara a la guerra. Pasar entre ellas iba a costarle bastante más trabajo a cualquier ejército enemigo.

—Sí. Es posible que tengáis razón —consintió al cabo Amadís.

—La tengo. No lo dudes.

Ambos hombres habían iniciado un improvisado paseo por los jardines de la torre de David mientras hablaban.

—¿Qué nos han pedido los bizantinos a cambio de mandarnos su flota? —preguntó Amadís, que aún desconocía los términos del acuerdo.

Balduino se encogió de hombros.

—Lo que ya habíamos previsto —dijo—. Quieren representantes permanentes tanto en Jerusalén como en Antioquía.

—Bueno, eso no es tan grave. Tal vez a Bohemundo no le importe tener a un espía del emperador en su corte —bromeó el lazarista.

Una nube de duda cruzó la mirada de Balduino.

—Más nos vale, porque el príncipe de Antioquía va a tener que

tragarse sapos peores.

El desconcierto detuvo los pasos de Amadís.

—¿Hay más condiciones? —preguntó.

—El emperador pretende casar a Bohemundo con su bisnieta Teodora.

No había coincido mucho el gran maestre de San Lázaro con el príncipe antioqueño, ni en palacio ni en la guerra. Pero cualquier ciudadano de Tierra Santa sabía de su tartamudez y de su carácter de mil demonios.

—Jamás aceptará —dijo.

—Le impondré ese casamiento —zanjó el monarca—. Entre otras cosas, porque yo también tendré que comerme mis propias culebras.

—¿A qué os referís?

—Manuel Comneno también exige el envío de un patriarca ortodoxo a Jerusalén, para que se quede a vivir entre nosotros.

Amadís se frotó la frente. A él poco o nada le afectaba la cuestión religiosa, pero podía imaginarse el destemple de algunos, incluido el propio rey.

—El patriarca latino, Amalarico de Nesle, se subirá por las paredes cuando se entere —adujo—. Incluso a Guillermo de Tiro le dará un síncope. El poder del papa quedará severamente dañado en el reino.

—Lo sé muy bien, pero no hay más remedio que esperar el desembarco de ese tal Leoncio. Al fin y al cabo, lo que importa ahora es la guerra con Saladino —resumió el rey—. Y en ese sentido, no podemos quejarnos de cómo pintan las cosas.

—Sí, eso es cierto.

Una estela de polvo rasgó el horizonte de Jerusalén a los pocos días. Era un jinete solitario el que se aproximaba desde el este. Iba enfundado en una sobreveste con los colores de la Casa de Monferrato, pero traía también una banderita con el mismo emblema ondeando al viento. Pretendía el heraldo que se le reconociera desde lejos para que no lo cosieran a flechazos cuando llegara a la puerta de Jaffa. Y es que el italiano ni siquiera contuvo su galope al pasar por debajo de la barbacana.

Los peregrinos y los comerciantes que hacían cola para entrar en la ciudad en el mismo puente levadizo tuvieron que lanzarse al suelo con el fin de no ser pisoteados por su cabalgadura. Y lo mismo

hicieron los dos funcionarios encargados de la aduana.

La irrupción del mensajero en la ciudadela resultó igual de violenta. Si no lo mataron los guardas de la puerta fue porque su gesto y sus ademanes no se les antojaron amenazantes, sino, más bien, embargados por la congoja.

Guillermo de Monferrato había caído enfermo en la ciudad de Ascalón y estaba poco menos que agonizante, pregonó aquel hombre a los cuatro vientos en cuanto pisó la torre de David. El comunicado causó revuelo en la corte sin saber todavía de qué tipo de afección se trataba. No obstante, a juzgar por los aspavientos y el semblante sombrío del italiano, muchos vieron ya a Sibila viuda, incluida su madre.

Para Balduino, la preocupación fue doble. Había depositado su confianza en Espada Larga, tanto para sucederle en el trono como para defender con uñas y dientes aquellos territorios meridionales en una guerra que se presumía próxima. De producirse, la muerte del conde causaría un auténtico estropicio en los planes del joven monarca.

A Amadís no le pilló por sorpresa su designación para desplazarse hasta Ascalón y averiguar la auténtica gravedad de las cosas. El heraldo no había sido demasiado explícito en cuanto a la enfermedad que mantenía a Monferrato postrado en una cama. Y tampoco supo dar señas de sus síntomas.

Sesenta millas separaban la fortaleza de Ascalón de la capital del reino, y el lazarista las cubrió en una sola jornada, y sin escolta. Era el 20 de abril del año del Redentor de 1177. La misma Sibila lo informó de todo el proceso tras recibirlo en palacio. Su esposo, le dijo, había comenzado a sentirse mal diez días atrás, a poco de regresar de su última incursión en territorio sarraceno. Una cabalgada que, de hecho, había compartido con el propio Amadís. Al principio había sido solo fiebre, pero luego comenzaron los vómitos, los espasmos y los dolores en todo el cuerpo.

El caballero de San Lázaro escuchó atentamente las explicaciones de la joven. Jamás había departido a solas con Sibila. La había visto corretear por los jardines de palacio de niña, ocupada en juegos infantiles con su hermano, Balduino. Había asistido de lejos a su ostracismo en un convento tras la expulsión de su madre de la corte. La había visto retornar a Jerusalén hecha mujer y

casarse por amor con un desconocido que había resultado ser al final un hombre adorable, a pesar de su apodo.

—Malaria, entonces —murmuró Amadís, contrariado.

La mano de la joven apretó el antebrazo del caballero con aprensión fatídica.

—Sí. Eso han dicho los galenos. ¿Morirá?

La cabeza del lazarista trazó otra vez una línea recta y sin interrupciones.

—Sí —admitió sin más preámbulos—. Pero aguantará todavía unos días; tal vez semanas.

Un sollozó se le escapó a la joven esposa al escuchar el dictamen.

—Él te aprecia… —dijo.

—Lo sé, Sibila. El sentimiento es mutuo.

—¿Te quedarás a su lado entonces?

—Hasta el final. Descuida.

Encontró a su amigo Espada Larga tendido en el lecho. Demacrado, amarillento, cubierto de sudor y emplastes aromáticos.

—Amadís, has venido… —musitó el italiano cuando escuchó pasos en la habitación.

—Me han dicho que te aburrías y he pensado que un poco de compañía te vendría bien hasta que puedas volver a las andadas… —bromeó el lazarista.

El enfermo quiso reír, pero todo quedó en un violento ataque de tos cavernosa. Cuando se le calmó el acceso, Monferrato le hizo un gesto a Sibila para que abandonara la sala y los dejara solos.

—Mal momento he elegido para morirme —afirmó con un deje de tristeza.

—Mala hierba nunca muere —respondió Amadís en un intento vano por animarlo.

Esbozó Monferrato una de sus famosas sonrisas.

—Al menos he hecho algo bien —dijo—. Tal vez Balduino V esté ya de camino.

—¿Balduino V? —Tardó un poco en asociar ideas el lazarista, y por eso Espada Larga tuvo que ser más claro.

—Sibila está embarazada. Si es niño, el reino de Jerusalén tendrá un nuevo heredero para finales de año —explicó el italiano entre jadeos.

Amadís se dio cuenta de que, incluso si la criatura no se malograba, necesitaría vivir y crecer quince años antes de ceñirse la corona. Demasiado tiempo para que su tío contuviera a la lepra. Demasiado también para que un nuevo regente volviera a ocuparse de todo. Aunque Monferrato aún respiraba en Ascalón, algunas cabezas debían de estar ya buscando un nuevo marido para Sibila.

—Siempre creí que moriría en un campo de batalla o en un duelo, y no consumido en una cama —continuó Espada Larga tras recuperar el aliento.

—Ya. Ese es el final ideal para un buen soldado —coincidió Amadís.

—¿Cómo está el rey?

—Ocupado. Una guerra da mucho trabajo, ya sabes —sonrió el lazarista.

Asintió Espada Larga, enterrado en sus cataplasmas.

—Dile que no se equivocó conmigo…

—Lo sabe de sobra. Y, además, podrás decírselo tú mismo. Vendrá a verte cualquier día.

Torció el gesto Guillermo.

—Pues tendrá que darse prisa si quiere verme vivo —replicó con voz ya exangüe.

Amadís ya no le dio más conversación para no fatigarlo, pero se mantuvo a su lado, sentado en un escabel hasta la noche. Al día siguiente mandó recado a Jerusalén para informar del estado lamentable del conde italiano. Y de sus intenciones de permanecer en Ascalón hasta la muerte del enfermo. Porque al gran Espada Larga, aseguró, no le quedaban ni dos padrenuestros.

Se apresuró entonces Balduino a acudir presto a las exequias de su cuñado. Pero, sorprendentemente, se lo encontró vivo e incluso en condiciones de charlar algún rato. Inés de Courtenay y Guillermo de Tiro también acudieron a Ascalón con el rey, aunque por motivos distintos. La primera quería acompañar a su hija en el trance de perder a un marido; algo que a ella ya le había ocurrido antes. El segundo aspiraba a que fuera su mano la que administrara la extremaunción al conde de Monferrato.

A finales de mayo quedó claro que el gran maestre de San Lázaro había errado en sus cálculos. Espada Larga era difícil de matar en cualquier terreno. Y por eso, cuando el 3 de junio los

beduinos informaron de presencia enemiga en la frontera meridional del reino, el rey envió allí a Amadís al mando de las tropas italianas de Monferrato.

Recurrió también el lazarista a los españoles de Monte Gaudio, recién establecidos en el entorno, y comprobó su valía durante una breve campaña que se prolongó diez días. Cuando regresó a Ascalón, satisfecho y victorioso, divisó las torres y las murallas plagadas de crespones negros. Supo mucho antes de llegar que Espada Larga había rendido por fin el alma, y que su cuerpo ya reposaba bajo tierra.

Guillermo de Tiro lo vio acercarse desde una torre y salió a recibirlo al puente levadizo. El archidiácono se le echó encima haciendo aspavientos con los brazos. Gritaba mientras corría, gesticulaba, echaba espuma por la boca como un enfermo poseído por el diablo. El religioso tropezó en uno de los travesaños y cayó de bruces como un fardo muerto. Le crujieron los huesos de la nariz en el golpe. Amadís creyó que había perdido el sentido. Sin embargo, el horror de la noticia que traía guardada en la garganta lo hizo levantarse de un salto.

—¡Balduino está enfermo! —aulló.

—¿Malaria? —le preguntó el lazarista, pensando en un contagio.

Al archidiácono las lágrimas se le juntaron con la sangre que le manaba del rostro.

—¡La lepra le ha vuelto! —gritó desconsolado—. ¡Esta vez se muere!

XXXII

Amadís esperó respetuosamente en la puerta. A los pocos minutos, Inés de Courtenay apareció acompañada de dos hombres. Se lanzó la madre del rey en sus brazos nada más verlo. Llevaba el moño desmadejado y los ojos arrasados de lágrimas.

—¡Dicen que ya no le queda mucho! —explotó entre sollozos.

—¿Qué le han hecho hasta ahora? —inquirió Amadís.

—Solo sangrías. Según los físicos, Balduino tiene los humores contaminados de bilis negra y conviene sacarle esa ponzoña.

—Es mejor que no vuelvan a extraerle sangre —repuso el lazarista.

Inés de Courtenay salió del abrazo un segundo para escrutar el gesto del gran maestre.

—¿Estás seguro? ¿Quieres hablar con los médicos? —le preguntó sorprendida.

—No me hace falta. ¿Puedo ver ya a Balduino?

La condesa de Sidón entreabrió una de las dos hojas de la puerta. Una fetidez ácida y ofensiva restregó los ojos del caballero de San Lázaro. Divisó una cama con su dosel echado dentro de una habitación casi a oscuras. Un cuerpo inerte se adivinaba en el interior de aquella jaula de seda y encajes.

—Los médicos lo quieren así. Es por el peligro de contagio —le explicó la mujer cuando lo vio descorrer las cortinas.

—Me gustaría estar a solas con él, si no es mucho pedir —solicitó Amadís tras abrir de par en par las ventanas del dormitorio.

El miedo le mordió en las entrañas mientras se acercaba al enfermo. Notó también las piernas desfallecientes. Había tratado a miles de leprosos en toda su vida. Estaba acostumbrado a hablar, reír y bromear con aquellos seres deformes como si no pasara nada. Hacer de tripas corazón era su oficio, y una de las máximas de su Orden. Esta vez, sin embargo, Amadís dudó de que pudiera lograr

tal cosa.

Balduino había presenciado en silencio todas las maniobras previas del lazarista.

—Parece que te has propuesto contradecir a mis médicos… —murmuró con voz débil.

—Cada cual tiene sus teorías y sus experiencias, majestad —respondió Amadís mientras fijaba su mirada experta en el monarca.

Por primera vez vio delante de él a un auténtico enfermo de lepra. Antes había sido solo la sospecha; o, como mucho, la certeza de una desgracia sin fecha fija de entrega. Balduino quiso sonreír al visitante. Pero la parálisis parcial de su rostro dejó el gesto reducido a una extraña mueca. El rey presentaba también una visible decoloración de la piel de la cara, e hinchazón en pies y manos. En las piernas Amadís le adivinó nódulos, pero no pudo verlos, pues los tenía tapados con vendajes.

—Al menos he tenido tiempo de despedirme de mi cuñado —musitó el rey—. Guillermo de Monferrato ha muerto sin saber que yo lo seguiría pronto.

—No podéis morir, majestad. Tenemos una guerra pendiente —trató de animarlo Amadís, sin éxito.

—Esa no será para mí —se lamentó.

—Cualquier enfermedad es como librar una larga guerra —insistió el lazarista—. Es decir, se trata de pelear varias o muchas batallas. A brazo partido. Una por una; sin pensar en la siguiente. Vuestro propio cuñado peleó hasta el último momento. Cuando llegué aquí, yo mismo pensé que no duraría mucho. Y ya veis que casi vence a la malaria.

Balduino esbozó una sonrisa cansada.

—Dicen que algunos logran vencer a la malaria, es cierto. —Asintió—. ¿Pero a cuántos conoces que le hayan ganado a la lepra?

Amadís no sabía de nadie que lo hubiera hecho, evidentemente. Pero antes de caer en el descreimiento, había leído la Biblia y los Evangelios.

—¡A Lázaro! —proclamó.

Rio el rey la ocurrencia.

—A ese no lo conocimos ni tú ni yo —sostuvo Balduino.

—Ya. Pero un buen cristiano debería darlo por cierto.

—Sí, supongo.

Intentó el monarca alcanzar un par de rollos que descansaban sobre una mesita aledaña, pero el dolor de los nódulos le impidió el movimiento. Amadís acudió raudo en su ayuda.

—En realidad, son para ti —le dijo entonces Balduino.

—¿Para mí? —Amadís observó el sello real estampado en la pasta del lacre.

—Uno es para que se lo lleves mañana mismo a Reinaldo de Châtillon. He decidido nombrarlo regente del reino.

Amadís abrió la boca para replicar, pero Balduino lo hizo callar elevando un dedo en el aire. Había cansancio y tal vez reflexión detrás de aquel gesto.

—El segundo es para que se lo entregues al condestable en cuanto llegues a Jerusalén. Quiero que convoque en mi nombre una asamblea de la *curia generalis* en la que se ratifique el nombramiento de Reinaldo. Por otra parte, los preparativos para la guerra en Egipto deben continuar a pesar de todo, incluso si yo fallezco. Hunfredo debe asegurarse de que Raimundo de Trípoli y Bohemundo de Antioquía asistan a esa reunión del Alto Tribunal. Debemos agotar todas las opciones para que nos acompañen.

—Yo mismo los llevaré a Jerusalén en cadenas si es preciso —repuso el caballero lazarista antes de marcharse.

Amadís cruzó el umbral de la puerta con los rollos bajo el brazo y la cabeza humeante. Ascalón podía convertirse en un cementerio de grandes hombres en cuestión de semanas. De repente, y cuando mejor rodaban las cosas, la situación del reino se había tornado en pesadilla. El recién designado heredero al trono había muerto de malaria, el mismo rey agonizaba sin remedio aparente, el concurso de los templarios en la campaña aún estaba en el aire y, en cuanto a la ayuda de Antioquía y Trípoli…, mejor no confiar demasiado. Al menos Bizancio no reculaba.

Una mano ya conocida detuvo el avance del lazarista al doblar la primera esquina del pasillo.

—Inés… —murmuró Amadís al ver frente a sí a la madre de Balduino.

—¿Cómo lo has encontrado?

—No está bien. Esa es la verdad.

—¿Morirá? En breve, quiero decir…

Una vez más, el flechazo directo se le antojó a Amadís como la

mejor opción posible en su escaso repertorio de respuestas.

—Es lo más probable —dijo—, pero ya me equivoqué con Espada Larga.

Los bucles de Inés de Courtenay danzaban, desmadejados, alrededor de su rostro. Cada mohín, cada gesto de la condesa producía un baile elástico y maravilloso de aquellos tirabuzones negros. Sus ademanes seguían siendo arrebatadores a pesar de las circunstancias. A Amadís le pareció que la madre del rey era una mujer de belleza inquietante incluso si el dolor la acorralaba.

—Mañana volveré a Jerusalén —adujo pensativa.

—¿Vas a apartarte de su lado en un momento así? —se extrañó el lazarista.

—Voy a Jerusalén para traerla a ella.

—¡¿A Ivette?!

—Sí.

—¿Él lo quiere así? —A Amadís se le escapó la vista en dirección a la alcoba de Balduino.

Inés agitó la cabeza.

—No se atreve a pedírnoslo, pero yo sé que lo desea. ¿Te parece mal? —La mano blanca de la condesa de Sidón se posó plana sobre el pecho del lazarista.

—No, por supuesto.

Inés colocó la segunda mano en la nuca del lazarista y se aproximó un poco más a su salvador en Damasco.

—Y la designación de Reinaldo de Châtillon como regente… ¿la estimas adecuada?

Amadís escrutó los ojos brillantes de Inés de Courtenay. No eran los de una gata cimarrona. Se parecían más a los de una culebra, pero a él le gustaron igualmente.

—Me parece correcta si ha sido él quien ha decidido —respondió mientras entornaba los párpados ante lo inevitable. Los cerró al segundo siguiente porque los labios de la condesa estaban ya muy próximos a los suyos y no quería ver el pecado tan de cerca. Encontrar a Reinaldo de Châtillon resultó para Amadís un poco más difícil de lo previsto. No estaba en Hebrón, como se esperaba, sino en su señorío de Kerak, al otro lado del mar Muerto. Así que al lazarista no le quedó otro remedio que prolongar dos días más su viaje por el desierto.

La noticia sobre el nuevo achaque del rey ya le había llegado a Reinaldo por otros medios, pero desconocía su nombramiento como regente. Leyó la misiva con el ceño fruncido y murmuró un escueto «*Acepto*». Después le pidió a Amadís un plazo de cinco días para prepararse. Primero tendría que dejarlo todo bien atado en Transjordania, le dijo.

Dudó en un principio el gran maestre sobre la conveniencia de permanecer o no en el castillo de Kerak tanto tiempo sin hacer nada, pero optó finalmente por esperar a que Châtillon llenara veinte carros con equipaje y reuniera cien jinetes como escolta. El 7 de julio ambos se pusieron en marcha, codo con codo, al frente de aquella tropa de caballería pesada.

—Sé que no confías en mí, pero te equivocas —le recriminó Reinaldo de Châtillon a poco de dejar la fortaleza.

Cabalgaban en formación de combate por la orilla oriental del mar Muerto. A pesar del calor, llevaban puesta la loriga y el almófar sobre la cabeza, por si acaso. Escondió Amadís un gesto de disgusto tras el babero de malla. No era su intención cruzar demasiadas palabras con el nuevo regente, pero tampoco era cuestión de guardar silencio si el otro le preguntaba.

—Es cierto que no escogería tu espalda para jugármela en los últimos compases de una batalla —respondió.

—¿Qué te hace pensar eso? —replicó Châtillon al instante.

Resopló Amadís entre las anillas de la armadura.

—Llegaste a Tierra Santa como un simple mercenario, sedujiste a la princesa Constanza de Antioquía en secreto hasta que lograste casarte con ella. En pocos años pasaste de ser un muerto de hambre a convertirte en un príncipe. Nadie medra de esa manera en la corte sin recurrir a sucias artimañas. —El caballero lazarista hizo una pausa antes de decir—: Reconocerás que la fama que te precede no es precisamente buena.

Reinaldo de Châtillon había escuchado la retahíla sin decir nada, con la mirada puesta en las aguas calmadas del mar Muerto.

—A mí también me habría gustado ser el hijo de un conde, aunque sus tierras y riquezas se encontrasen en España. Eso me habría ahorrado muchos problemas, incluido un presidio de diecisiete años —masculló incómodo. Después dejó que sus palabras penetraran la loriga de anillas de Amadís como una afilada daga de

misericordia.

—Hay muchas otras cosas que te convierten en una alimaña —le espetó el lazarista tras sentir el pinchazo.

—¿Lo dices por lo de Chipre?

—Por ejemplo.

Asintió Reinaldo comprensivo mientras parecía hacer cálculos.

—¿Qué edad tenías tú cuando aquello? ¿Doce años? ¿Quince tal vez? —acabó preguntando.

—Más o menos.

—¿Estuviste allí para ver lo que ocurrió?

—¡¿Cómo diablos iba a estar?! ¡Apenas sabía manejar una espada con esos años! —se encrespó el lazarista.

—Hablas de oídas, entonces.

En su fuero interno, Amadís tuvo que reconocer que así era. La lista de tropelías de Reinaldo, sin embargo, era muy larga, y el lazarista mencionó otra.

—Hiciste torturar salvajemente al patriarca de Antioquía. No me dirás que eso no es cierto… —le echó en cara.

A Châtillon comenzó a estorbarle el casco y lo colgó del arzón de la silla. Después se bajó el babero de malla para hablar más claro.

—¡Necesitaba fondos para defender el principado de amenazas externas! —se quejó—. Eran tiempos complicados. Y el maldito patriarca se negaba a abrir las arcas de la Iglesia para contribuir a la causa. Solo le untamos el cuerpo con miel y lo atamos a un tejado para que se lo comieran las moscas.

—Y al final… claudicó.

—Por supuesto. ¡¿Pero a eso puede llamársele una tortura salvaje?! —se indignó el nuevo regente.

Amadís había visto cosas peores, y por eso saltó al siguiente cargo.

—Mandaste que les cortaran las manos a tus prisioneros sirios hace bien poco —le dijo—. Aprovechaste que yo no estaba cerca y no podía impedirlo.

Reinaldo de Châtillon se tiró de las barbas con saña.

—¡Maldita sea, Amadís! Hace cuatro días que puedo llamarme rico. Lo perdí todo tras el cautiverio. En Damasco estaba todavía tieso, y no podía costear el traslado de aquellos hombres hasta

Jerusalén. ¡Se habrían muerto de hambre por el camino! ¡¿Qué pretendías que hiciera?! ¿Dejarlos libres para que se convirtieran otra vez en enemigos en diez minutos? ¡Al menos no los maté a sangre fría!

El gran maestre de San Lázaro y el señor de Hebrón y Transjordania llegaron a la Ciudad Santa después de haber arreglado cuentas de algún modo. Era el 12 de julio del año del Redentor de 1177. El reino de Jerusalén era tierra abrasada por la sequía, y arrasada por los malos augurios. Hunfredo de Torón escrutó al nuevo regente a través de los velos de la desconfianza. Después leyó con atención el rollo dirigido a él por un rey agónico.

—Convocar al conde de Trípoli y al príncipe de Antioquía a una nueva reunión del Alto Tribunal llevará su tiempo. Habrá que mandarles emisarios y esperar su respuesta.

—Pero esta vez no se negarán a venir, teniendo en cuenta las circunstancias —terció Joscelino, el único Courtenay presente en la corte en aquel momento.

Al condestable se le fue la mirada a una nube solitaria en el cielo mientras pasaba fechas a toda prisa en el calendario de su cabeza.

—Eso espero. En cualquier caso, no creo que Raimundo y Bohemundo puedan estar aquí antes del veinte de julio —dijo al fin, y se quedó mirando a Amadís antes de añadir—: ¿Vivirá Balduino tanto tiempo?

—Rezaremos por mi sobrino todo lo que haga falta —se adelantó a responder Joscelino, que era hombre dado a los golpes de pecho.

—¿Se sabe algo de los bizantinos y de su escuadra? —terció entonces Amadís, ávido por conocer las últimas noticias.

—Nada. Nadie ha visto sus barcos, ni en Acre ni en ningún otro de nuestros puertos —respondió el condestable.

El lazarista chascó la lengua.

—Entonces rezad también a Dios para que Saladino no se entere demasiado pronto de la enfermedad del rey y decida atacar antes de que nosotros lo hagamos. Necesitamos esa armada a la mayor brevedad posible —sostuvo Amadís con ademán preocupado.

El patriarca Amalarico de Nesle cantó misa por Balduino aquella misma tarde. Pidió por su sanación y por la salvación del reino de

Jerusalén a pesar de todos los avatares. Y Dios proveyó que un ejército fabuloso amarrara sus cincuenta barcos en la bahía de Acre el primero de agosto del año de Nuestro Señor de 1177. De ellos se apearon dos mil infantes acorazados y quinientos jinetes de caballería pesada. Venían de la vieja Europa. Eran expertos profesionales. Al mando de aquella tropa de élite estaba un tal Felipe de Flandes.

XXXIII

Dios dispuso también que Balduino continuara vivo en aquellas fechas. El patriarca lo atribuyó al éxito de sus misas y a la constancia en los rezos de sus feligreses. Como siempre, Amadís lo achacó al destino y, tal vez, a la intervención de otras fuerzas más terrenales.

Se topó con Ivette el mismo día en el que viajó a Ascalón para comunicarle al rey la inesperada llegada de su primo de Flandes. Ambos titubearon al darse casi de bruces en un pasillo. A Amadís le impuso respeto verla convertida en una dama de alcurnia. Iba la muchacha embutida en un brial de raso con incrustaciones de piedras preciosas. Un gonete corto le ceñía el talle y le cubría hasta el arranque de las caderas. Tuvo que reconocerla por la gracia de sus andares y por aquel gesto inconfundible al quitarse los cabellos del rostro. La parada, al final, resultó inevitable. Y también el silencio.

—Me alegro de verte, Ivette —comenzó al fin Amadís—. Hace mucho que quería decirte todo lo que…

La antigua tabernera de El León Dorado puso su dedo índice sobre unos labios que Amadís no había tocado desde hacía meses.

—No hace falta —le respondió ella con un mohín de tristeza pretérita—. No tenemos nada que reprocharnos. Estuvimos juntos durante unos años, pero ambos sabíamos que algunas cosas acabarían por separarnos. Y tal vez nos negábamos a admitir que no tenían remedio.

Un nudo invisible apretó el gaznate del lazarista. Le trabó las pocas palabras que se le ocurrieron. Le estranguló además el valor para pronunciarlas.

—Ya. Es posible —musitó con un hilo de voz.

—En cualquier caso… ahora es Balduino el que vuelve a unirnos de algún modo.

Asintió Amadís, todavía atascado en el recuerdo.

—¿Cómo lo has encontrado? —le preguntó al fin a la muchacha.

—Mal pero no muerto, como me temía. Se recuperará.

—¿Tú crees?

Ivette se mostró convencida.

—Lo hará, pero llevará su tiempo. De eso no hay duda.

—Espero que tengas razón.

Terminaron de cruzarse en el pasillo sin rozarse la ropa. Quizá tenían miedo a que el contacto rescatara viejos cariños de un naufragio todavía incompleto.

—Amadís… —lo llamó Ivette cuando aún no había dado dos pasos.

—¿Qué?

—¿Todavía sueñas con ella?

—¿Con Céline?

Ivette se encogió de hombros.

—Con ella o con Inés de Courtenay.

Amadís se miró las punteras de las botas.

—Hago lo que puedo para seguir adelante —murmuró, y entró en la cámara del rey para entregarle una noticia que quizá le aliviara algo de sus padecimientos.

Balduino recibió la buena nueva con lágrimas en los ojos. Calificó el acontecimiento de auténtico milagro. La llegada de aquel primo lejano de Europa con su fabuloso ejército había ocurrido en el momento preciso, igual que si fuera el maná llovido del cielo.

—Todavía no conocemos sus intenciones —le dijo Amadís para aplacarle un poco tanta euforia.

—¿Qué otra cosa podría pretender mi primo más que ayudarme en la guerra contra Saladino? —replicó el monarca, molesto con el comentario.

Abandonó Amadís la cámara real una hora más tarde. Portaba un rollo lacrado bajo el brazo y un montón de instrucciones en la cabeza. El pergamino lo había redactado él mismo, al dictado del monarca. Iba dirigido a Felipe de Flandes. Emplazaba al flamenco a asistir a la reunión del Alto Tribunal que se celebraría en Jerusalén a la semana siguiente. El documento debía ser entregado en mano por el condestable a la mayor brevedad posible. Así pues, Amadís regresó a la capital del reino al galope aquella misma tarde, y

embarcó a Hunfredo de Torón en un viaje de dos días hasta Acre.

—¿Y Balduino piensa asistir a la asamblea? —inquirió el condestable por el camino.

—Por supuesto —respondió el lazarista.

—¿Está en condiciones de cabalgar?

—No.

—¿Viajará entonces en carruaje?

Sacudió la cabeza Amadís con pesadumbre.

—Aún no está para esos trotes, me temo.

—Entonces… ¿cómo vendrá?

—Lo hará en litera.

Las cejas del condestable rebotaron contra el borde del casco.

—¡Pero le costará cinco días! —exclamó estupefacto.

—Claro, por eso ha convocado la reunión para la semana que viene.

Se asombraron ambos enviados reales ante el espectáculo que encontraron en la ciudad costera. Los casi tres mil hombres que componían la expedición flamenca lo llenaban todo con sus voces guturales y sus pendones amarillos con el león rampante. Las calles, las plazas y las tabernas lucían abarrotadas de peregrinos y soldados europeos mientras Amadís y el condestable cabalgaban hacia la ciudadela de Acre. Más sorprendente les resultó, sin embargo, encontrar a Raimundo de Trípoli y a Bohemundo de Antioquía departiendo tranquilamente con Felipe de Flandes en la torre del homenaje. Los reunidos, en cambio, no se alteraron ante el inesperado encuentro. Según explicaron, los tres contaban con razones de peso para estar tomando el aire en aquella atalaya y en aquel momento.

Felipe de Flandes apenas había tenido tiempo de poner pie en Tierra Santa y todavía estaba conociendo la ciudad. En cuanto a los otros dos, tanto el conde como el príncipe se habían enterado de la llegada del europeo cuando iban camino de Jerusalén. Su carácter hospitalario los había hecho desviarse un poco de la ruta para darle la bienvenida.

Amadís escrutó en primer lugar a Raimundo, para ver cómo había encajado la elección de Reinaldo de Châtillon para la regencia. No le pareció que el de Trípoli tuviera el gesto huraño. Más bien al contrario. Se mostraba locuaz y relajado en la charla

que compartía con sus dos acompañantes.

Centró después su atención en Felipe. Lo observó mientras leía el rollo de Balduino. No le gustó su gesto, ni tampoco su aspecto. Era el de Flandes un joven alto y apuesto. Una melena rubia y muy cuidada le bordeaba un rostro agraciado y sin cicatrices. Iba vestido como si la guerra lo esperara en la primera esquina. Lucía una gruesa loriga, espada e incluso daga. Saltaba a la vista, sin embargo, que su cota de malla jamás había visto la sangre de cerca, ni había sentido el mordisco de un filo enemigo, porque ningún artesano había tenido nunca que remendarla.

La espada la llevaba demasiado alta, de tal manera que hasta un guerrero mediocre habría podido matarlo tres veces antes de que lograra desenfundarla. Si Guillermo de Monferrato le pareció un canalla simpático en su primer encuentro, Felipe de Flandes se le antojó un mequetrefe con aires de fiero mercenario.

Acabó la lectura el recién llegado. Plegó el documento y se lo devolvió a Hunfredo. Estaría encantado de asistir a la reunión de tan alta Cámara, y de conocer, por fin, a su famoso primo de Oriente, afirmó con un retintín que Amadís le sonó a guasa. Sin embargo, la mueca de suficiencia se le borró al instante; en cuanto el condestable le dijo que no se le permitiría desplazarse a Jerusalén con toda su soldadesca.

Había sido, en realidad, el caballero lazarista quien recomendara al monarca adoptar aquella medida; no fuese a ocurrir que quien a duras penas ejercía como conde en su patria quisiera proclamarse rey por el simple peso de los números. Y es que si las cosas o las negociaciones se torcían, y el tal Felipe se volvía violento, no habría forma de sacar a su ejército de la ciudad ni echando mano a todas las fuerzas disponibles.

Balduino llegó a Jerusalén la tarde del 9 de agosto, tras casi cinco días de viaje. Trescientos caballeros escoltaban la litera real y la carroza en la que viajaban dos mujeres insignes: su propia madre y la sobrina del príncipe Roupen de Cilicia, según decían.

El rey se fue directo a sus aposentos sin que nadie lograra verlo ni de lejos. Muchos se preguntaron entonces si el enfermo había venido a morir a casa o a presidir la *curia generalis* del día siguiente. Y de ahí la expectación en el salón de la torre de David aquella tórrida mañana de agosto.

Nunca había visto Amadís a tanto asistente. Allí estaban todos los señores de los feudos vasallos del reino, los mandatarios de Trípoli y Antioquía, los grandes maestres de todas las Órdenes, el patriarca, todos los clérigos principales de Jerusalén e incluso el comendador de la Orden de Monte Gaudio, el español Rodrigo Álvarez de Sarria. La gravedad de la situación sin duda lo merecía.

Se presentó Balduino cuando todos estaban ya sentados en sus escaños. Parloteaban en alto los barones como aves exóticas, pero callaron como muertos en cuanto apareció el palanquín con reposabrazos. Cuatro robustos sirvientes depositaron la silla del rey donde antes solía tener su trono.

Vestía Balduino una saya de ciclatón hasta más abajo de las rodillas. Lucía el escudo con los colores del reino bordados en el pecho. No se le veían las llagas, ni las pústulas de las manos o de las piernas, pues llevaba las extremidades vendadas como una momia. Traía la corona encasquetada sobre un velo de gasa que escondía con cierto éxito la horrible tumefacción de su rostro. Hubo algunos que dieron un respingo al enfrentarse a una visión tan pavorosa. Amadís no pudo comprobar si Felipe de Flandes era uno de los que se asustaba, pues lo tenía delante y no le veía la cara.

Balduino dio la bienvenida a su primo europeo en medio de una quietud expectante. Lo hizo con palabras y gestos cariñosos, pero sin llegar a tocarlo en ningún momento. Se dirigió a él con voz firme pero baja, aunque fue desfalleciendo a medida que alargaba su charla. Y es que el rey se empeñó en hacer una síntesis de los últimos acontecimientos, creyendo a su pariente desinformado.

Le habló de los preparativos de Saladino para la guerra en Egipto, de los acuerdos con los bizantinos y con el gobernador de Damasco; de la muerte trágica de Guillermo de Monferrato… De todo ello —le dijo—, incluida su propia enfermedad, podía inferir la preocupante situación por la que atravesaba su reino.

Recuperó fuerzas el monarca antes de embarcarse en la parte más espinosa de su discurso. Porque nadie, ni siquiera Amadís, conocía las verdaderas intenciones de Balduino aquella mañana de agosto.

Tomó un vaso de agua con aquellas manos cubiertas de trapos y bebió con avidez una parte. La otra se le derramó por el pecho, porque el líquido se le escapó entre las grietas de los labios. Ya con

menos fuerza y más jadeos le ofreció todo a su primo Felipe: la regencia, los poderes, el tesoro y el control de los ingresos del reino.

Un murmullo de asombro recorrió la sala desde el primer banco hasta el último y se instaló después en el aire como una tormenta insidiosa. Aprovechó Amadís para observar el impacto que aquellas palabras de renuncia habían tenido en Reinaldo de Châtillon. Pero encontró al señor de Kerak tranquilo, a pesar de que el cargo de regente le había durado solo unos días.

Dejó al fin su asiento Felipe de Flandes cuando muchos ya lo tenían por mudo; salió a la palestra y se dirigió a todos los miembros del Alto Tribunal con la cabeza erguida y una mano apoyada en la empuñadura de la espada.

Afirmó no haber venido a Tierra Santa con intenciones de aspirar al trono de Jerusalén, aunque estaba al día de las dificultades de su ocupante. El propósito de su viaje era simplemente pelear por Dios y por el cristianismo. En cuanto a la oferta de la regencia y todo lo demás —dijo—, debía pensarlo con calma. Y por eso pidió un receso hasta la tarde.

Balduino fue incapaz de contestarle, pues acababa de desvanecerse sobre su silla. Tuvo que ser el condestable el que levantara la sesión en su nombre y emplazara a todos para continuar con el pleno después del almuerzo.

Abandonó Amadís el salón de los primeros. No quería ver ni hablar con nadie, y por eso no se quedó en palacio. Se dirigió a la *ruga Malquisinat* con idea de comer allí algo rápido y en solitario. Compró unos trozos de carne asada y unas chucherías en los puestos ambulantes. Después subió a la torre de Tancredo para contemplar el horizonte. Se sentía inquieto y a la vez disgustado, y creyó ilusamente que la inmensidad del desierto lo calmaría.

Trató de hacerse a la idea de que el lamentable estado físico de Balduino había terminado por derrumbar su ánimo. Y de ahí la renuncia a todo. Se daba cuenta de que el joven monarca veía en su primo al sucesor perfecto. Felipe de Flandes era un ser celestial enviado por la Providencia. Tres mil hombres armados solo podían ser un regalo de Dios para salvar al reino de Jerusalén en el último momento.

Amadís contempló las dunas durante un rato, hasta que en vez de arena comenzó a ver monstruos de color ocre. Entonces rodeó la

torre y hundió la mirada en los jardines de naranjos aledaños a la muralla norte. Frunció el ceño al encontrarse con un panorama parecido al de Acre.

En medio de aquel vergel de fruta madura y flores blancas, Raimundo de Trípoli y Bohemundo de Antioquía flanqueaban a Felipe de Flandes en un paseo aparentemente bucólico. No podía escuchar sus palabras debido a la distancia, pero los tres departían en perfecta sintonía. Lo que sí se le antojó claro fue que aquellos tres hombres poderosos no estaban hablando del bochorno de la tarde.

Tras el descanso para el almuerzo, Balduino compareció en la sala en último lugar. Le habían cambiado las gasas de la cara y las vendas de las piernas, pero estaba peor que antes. Venía desmoronado sobre su palanquín con asas. Apenas podía articular palabra. Por eso, Hunfredo de Torón y Guillermo de Tiro se sentaron a su lado para ejercer como altavoces de aquel cuerpo desfalleciente.

Tras mantener un breve bisbiseo con el monarca, el condestable instó al de Flandes a responder a la oferta recibida pocas horas antes. No obstante, volvió a recordarle la magnitud de las concesiones: regencia, dinero, ingresos y libre jurisdicción sobre todos los hombres del reino.

Se tomó su tiempo el invitado para levantarse de su asiento. Pareció incluso que lo hacía con desgana, o que aún estaba pensándoselo. Pero pronto se vio que el receso le había aclarado la mente.

Felipe rehusó de plano la regencia y todo lo que el cargo llevaba aparejado. Justificó su negativa en que no había venido a Tierra Santa para quedarse. Tenía asuntos que resolver en Flandes, y no podía demorarse demasiado tiempo. De ahí que su interés real solo fuera el de combatir unos meses contra el paganismo.

Trató de ocultar Balduino su desconcierto y su desánimo debajo de los velos. Reflexionó unos instantes, inmóvil en su palanquín, mientras otros, como el propio Amadís o el conde español Álvarez de Sarria, se retorcían en sus asientos. Reclamó el rey de nuevo a sus dos ayudantes y les susurró algo. Guillermo de Tiro tradujo después el contenido de aquellos murmullos: en vista de la negativa, Reinaldo de Châtillon continuaría como regente del reino.

Amadís aún estaba observando la reacción del recién restituido señor de Kerak cuando Balduino volvió a farfullar algo. El condestable y el canciller le pidieron que lo repitiera. Después, ambos se miraron como si no dieran crédito. Fue Hunfredo el encargado de dejar a todos estupefactos con su transcripción de los murmullos: Balduino estaba dispuesto a poner bajo el mando directo de su primo a todos los ejércitos cristianos en la guerra que había de librarse contra Saladino en Egipto más pronto que tarde. Obviamente, al acabar, habría una gran recompensa en forma de tierras y castillos.

Cien ojos se posaron en las figuras silentes del conde de Trípoli y de Bohemundo de Antioquía. Porque, en ausencia del rey en una campaña de tanta importancia, ellos eran los más grandes. Y podían tomarse a mal la elección de un advenedizo para desempeñar semejante cargo. Pero ninguno de los dos movió un pelo del bigote para protestar; y por eso todas las miradas volvieron a recalar en Felipe de Flandes.

El flamenco continuaba en pie en el estrado, mirándolo todo con ademán dominante. Pero ya no mantenía la mano en el puño de la espada, sino en la frente. Esta vez, el nuevo ofrecimiento del monarca parecía haberlo pillado por sorpresa. Fruncía los labios con disgusto, hacía extraños guiños mientras pensaba. Al final, su respuesta fue otra vez negativa. Sus razones, cuando menos, extrañas.

Egipto era peligroso en otoño por las crecidas traicioneras del río Nilo, afirmó sin importarle las sonrisas irónicas de los congregados. Además, nunca saldría de campaña con un regente como Reinaldo de Châtillon, asentó para sorpresa de todos. Se necesitaba a alguien más competente que él al frente del reino. Porque si la guerra resultaba al final un fiasco, ¿a quién iban a echarle la culpa de todo?, se preguntó histriónicamente el de Flandes.

Amadís notó movimiento a su lado. Era el conde Álvarez de Sarria, que se había puesto en pie de un salto.

—¡Mamarracho! —increpó en voz alta a Felipe antes de retarlo a desplazarse a España y reírse así de cualquiera de sus reyes. Poca vida le auguraba en su tierra si actuaba de aquella manera tan pretenciosa, porque en Castilla, León, Aragón o Navarra lo

colgarían por los tobillos, le sacarían las tripas y se las darían de comer a los cerdos. Después de su acalorada intervención, el gran maestre de Monte Gaudio se marchó de la sala dando un portazo.

No se inmutó mucho Felipe de Flandes tras las palabras del español, porque no entendió casi nada. Y es que Álvarez de Sarria lo había soltado todo muy deprisa, en aquel mismo chapurreado cantarín que solía usar al hablar el viejo conde de Monterroso. Y de ahí que Amadís se sonriera para sus adentros, pero solo un poco. La ira le volvió al instante, en cuanto fijó otra vez la mirada en el figurín de Flandes.

Guillermo de Tiro se acercó a Amadís al acabar la asamblea, mientras el público abandonaba el salón de la torre en un ambiente de derrotismo.

—Nunca te he pedido que mates a nadie. Pero si acabas con este bastardo flamenco, Dios sabrá entenderlo —le dijo.

—¿Tú crees?

No acertó a percibir la ironía el archidiácono, y por eso respondió al instante.

—¡Por supuesto!

—Ya. ¿Y de qué lo acusará Dios para mandarlo al infierno?

—¡De regicidio! ¡Lo enviará con Satanás por haber acabado con la vida de Balduino prematuramente! —afirmó, y dejó a Amadís esperando a que la estancia se vaciara del todo.

Primero sacaron al rey, otra vez desmayado. A su lado desfilaron el fiel Hunfredo y los asistentes. Joscelino, Châtillon y el propio archidiácono se fueron tras el palanquín, rumiando su pesadumbre en silencio. Los hermanos Ibelín salieron después, sin dejar de lanzar imprecaciones por lo bajo. El conde de Trípoli y Bohemundo de Antioquía abandonaron la sala disimulados entre la muchedumbre. Entonces solo quedó el hombre que se había negado a todo y sus dos escoltas armados. Y Amadís, en el último banco.

Emprendió el lazarista la marcha por detrás de los tres flamencos. No tenía nada previsto, y por eso lo dejó todo en manos del destino. Quiso este que en el primer descansillo de la escalera Felipe de Flandes se desviara para ir a las letrinas. Los dos sabuesos permanecieron en la puerta, dispuestos a esperar lo que hiciera falta.

Amadís se dirigió entonces a la entrada del excusado

aferrándose las tripas con ambas manos. Los escoltas de Felipe le salieron al paso de inmediato con el claro propósito de impedirle el acceso.

—¡Hay dos agujeros, diantre! —se quejó el lazarista con ademán descompuesto—. ¡¿Queréis que me lo haga todo encima?!

—La espada —demandó al fin uno de los guardianes antes de franquearle el paso.

No sabían los flamencos que Amadís llevaba la daga de misericordia escondida entre las ropas.

Encontró a Felipe de Flandes sentado sobre las tablas. Tenía las calzas bajadas hasta los tobillos y la espada apoyada en la pared para una mayor comodidad en las maniobras. Amadís no malgastó ni un segundo en presentaciones. Ambos ya se conocían del viaje desde Acre y el tiempo apremiaba.

—¡Pedazo de mierda flamenca! —lo increpó tras agarrarlo del cuello con la mano derecha y levantarlo en el aire como a un pelele.

Felipe de Flandes se vio de repente arrancado de su asiento. Escuchó a la vez el crujido de su garganta entre los dedos del lazarista. Pataleó un poco mientras trataba de llamar a su escolta, pero cesó en sus movimientos al notar una daga justo debajo de la barbilla.

—¡Vas a contarme ahora mismo qué diablos te propones antes de que se me canse el brazo! —lo amenazó Amadís.

—¡Te matarán por esto! —resolló Felipe.

La daga de misericordia hundió su punta en la papada del europeo. Un reguerillo de sangre comenzó a mancharle el cuello y la sobreveste.

—Es posible, pero tú ya no estarás en este mundo para verlo —respondió el gran maestre de San Lázaro.

Felipe de Flandes se dio cuenta de que cuanto más luchase, más acortaría la distancia con la punta que amenazaba su garganta.

—¡Ha sido cosa de ellos! —confesó entre jadeos—. Ellos me convencieron…

—¡¿Quiénes son ellos?! —demandó el lazarista, aunque ya se lo estaba imaginando.

—El conde de Trípoli y el príncipe de Antioquía.

Amadís aflojó un poco su zarpa, pero afianzó la daga.

—¿Y de qué te han convencido, si puede saberse?

—Ambos planean atacar Siria este otoño. Me… me han prometido tierras allí, y riquezas…

—También lo ha hecho Balduino…

—Sí, pero en Egipto…

—¿Y qué tiene de malo Egipto?

Felipe de Flandes quiso encogerse de hombros, pero se pinchó con la daga y volvió a quedarse quieto como un mazo.

—Ellos me han dicho que todo lo conquistado allí abajo habría que repartirlo con los bizantinos. En cambio, en Siria…

—Ya. Entiendo.

Amadís descolgó al flamenco, pero antes de que pudiera recuperar el aliento, le golpeó la cabeza contra el tabique y lo dejó sentado sobre el agujero, con la barbilla apoyada en el pecho, como si estuviera borracho. Después salió de la letrina silbando.

—Parece que a vuestro jefe le ha dado una mala gana ahí dentro —les dijo a los dos guardianes antes de poner rumbo a palacio.

Se dirigió directamente a la zona de alojamiento reservada a los invitados más ilustres. Preguntó por los aposentos del conde de Trípoli. No le dejaron pasar, pero uno de los mayordomos se ofreció a ir a buscarlo.

Apareció al fin Raimundo, con las mismas ropas que había vestido en la asamblea y con la misma cara de jugador de naipes. Pretendió abrazar al lazarista, pero este lo recibió con un saludo inquietante.

—Acabo de hablar con Felipe de Flandes —le dijo—. Y lo que me ha dicho no te deja en muy buen lugar.

—¿Felipe de Flandes ha accedido a recibirte? —se asombró el conde.

—En realidad, no. Digamos que hemos coincidido en las letrinas y hemos aprovechado la ocasión para cambiar impresiones.

—Ya. —Sonrió torcido el de Trípoli. Conocía muy bien la sorna y los métodos de su amigo. Y también su poca afición por los rodeos. Por eso pasó a explicarle sin más preámbulos lo que el flamenco había callado ante el Alto Tribunal del reino.

Bohemundo y él llevaban algún tiempo considerando la posibilidad de intervenir en Siria. Algo serio y a gran escala, afirmó, no meras escaramuzas. Aun así, su primera intención había sido la de unirse a la campaña de Balduino en Egipto. Sin embargo, la

inesperada llegada de Felipe de Flandes con su ejército —reconoció — había cambiado todos sus planteamientos iniciales. Con aquella nueva fuerza podrían asestar un golpe contundente allá donde la soga más les apretaba a ellos. El momento era el idóneo, se habían dado cuenta, ahora que Saladino tenía al grueso de su ejército acantonado en El Cairo. En realidad, la campaña de Balduino no corría tanta prisa. Y si, a pesar de todo, el rey insistía en atacar Egipto… —Raimundo se encogió de hombros—, quizá con la ayuda de Bizancio ya fuera suficiente.

Amadís dejó que el conde de Trípoli justificara la desafección a sus anchas. Sin embargo, las razones que esgrimió no lo convencieron.

—¡Sabes que la escuadra del emperador es importante, pero más determinantes son todavía los ejércitos de Trípoli y Antioquía! —le espetó con ademán crispado.

—Balduino tendrá que esperar a que nosotros resolvamos primero nuestros asuntos —se cerró en banda el antiguo regente.

—¡Por todos los demonios, Raimundo! ¡El asunto de todos se llama Saladino! ¡Él es el enemigo común de todos los francos! ¡Él es el peligro que acecha a los Estados Latinos! —se encrespó el lazarista—. Y ahora tenemos la oportunidad de golpear sus posiciones de Egipto antes de que acabe de fortificarlas. Y de destruir su nueva flota cuando aún está varada en tierra.

Sacudió la cabeza Raimundo de Trípoli con pesimismo.

—Es inútil —dijo—. La decisión está tomada; y los preparativos, en marcha.

Amadís lanzó su última andanada.

—Dejarás Jerusalén desguarnecido si mueves tus ejércitos hacia el norte.

—Es posible, pero no hay más remedio.

Asintió el lazarista con pesadumbre.

—Esto cambia las cosas entre nosotros, Raimundo —dijo—. Supongo que te das cuenta…

—¿Te refieres a nuestra amistad?

Una mueca de dolor frunció los labios del gran maestre de San Lázaro.

—Lo nuestro era distinto —afirmó con ojos algo vidriosos—. Eso que dices es cosa de amigos. Tú y yo crecimos y nos criamos como

hermanos. Pero hoy dejaremos de serlo.

—Yo conduzco un estado, Amadís. Tú solo estás pendiente de las lágrimas de impotencia de un niño enfermo —sostuvo Raimundo con ojos duros.

Le dolió aquel comentario al lazarista, y no lo ocultó.

—Eres injusto con él. Balduino tiene más coraje del que crees.

Chascó Raimundo la lengua con desagrado.

—Si tuviera redaños, me habría colocado nuevamente como regente durante su enfermedad. Entonces ya no habría problema con Saladino. Balduino nunca valoró mi labor en el cargo, y ahora ha querido humillarme nuevamente. Si el reino de Jerusalén está en peligro, es por su culpa. Por eso tendrá que ser él quien salga del aprieto —asentó con frialdad el conde de Trípoli.

Se despidió Amadís de su antiguo amigo con un simple gesto de la cabeza. No quiso enzarzarse en absurdas diatribas sobre treguas y guerras. No era aquel el momento de discutir qué había favorecido más el ascenso imparable de Saladino, si sus propios méritos o la patética inacción de algunos gobernantes latinos. Aquel 10 de agosto del año del Redentor de 1177 era un día mucho más indicado para sentarse a la orilla del mar y contemplar el horizonte. Porque la armada bizantina era casi la única esperanza del reino de Jerusalén para su guerra de Egipto. Y, con un poco de suerte, quizá aquellos barcos prometidos ya no tardaran mucho.

XXXIV

Amaneció el rey con más energías a la mañana siguiente. Había recuperado la voz y el ánimo. Recibió primero a Amadís y discutió con él todo lo ocurrido en la asamblea del día anterior. El lazarista le contó sus pesquisas en la letrina, pero guardó para sí su conversación con Raimundo de Trípoli. Tras la marcha del conde de Monterroso, Balduino hizo llamar a su díscolo primo de Europa. No hizo falta poner la oreja en la puerta para escuchar lo que se decían. Las voces de uno y otro hicieron volver la cabeza incluso a los sirvientes que recorrían los pasillos.

Amonestó Balduino a Felipe por su falta de honestidad y por haberle hecho perder el tiempo miserablemente. Lejos de amilanarse, el de Flandes criticó los planes estratégicos del rey y los tachó de absurdos y descabellados. Se permitió, además, opinar sobre la necesidad de casar a Sibila cuanto antes. Para más inri, quiso imponer incluso a los candidatos, todos los cuales eran miembros de su familia. En el fragor de la disputa, ambos parientes cruzaron palabras gruesas que acabaron en insultos personales. Al final, Felipe abandonó la cámara real dando un sonoro portazo.

No tuvo Balduino que dirigirse a Raimundo de Trípoli ni a Bohemundo de Antioquía para decirles que ellos tampoco eran bienvenidos en su casa. Los dos gobernantes abandonaron Jerusalén a la vez que su aliado flamenco. Al fin y al cabo, los tres compartían objetivos militares y quizá también un lamentable desinterés por el devenir del reino.

Solo al destino fue achacable la curiosa coincidencia ocurrida en Acre a los pocos días, concretamente el 20 de agosto. Aquella tarde, el gran almirante bizantino Andrónico Ángelo se presentó en el puerto cruzado al frente de setenta barcos. Era la esperada flota del emperador Manuel II, la que debería apoyar por mar a las tropas terrestres del reino en su ataque a Egipto.

Casi no encontraron los griegos sitio para fondear, pues aún estaban allí las galeras de guerra de Felipe de Flandes. En realidad, tanto él como sus dos amigos disidentes acababan de llegar a la ciudad costera. Los tres pudieron presenciar desde el muelle un espectáculo sin precedentes.

Una chalupa trajo a tierra al comandante en jefe de aquella gigantesca escuadra y a Leoncio II, el hombre designado por el emperador Manuel Comneno para asumir el cargo de patriarca ortodoxo de Jerusalén.

Ni en sus mejores sueños habría imaginado el religioso bizantino un recibimiento tan caluroso. Había pasado el tiempo desde la conquista de la ciudad por parte de los primeros cruzados. Pero, a pesar de todo, Acre seguía siendo mayoritariamente ortodoxa. Y de ahí que se echara a la calle en masa para festejar la llegada de quien venía a restaurarles su credo y sus costumbres.

Si Andrónico Ángelo conocía o no la llegada del ejército de Felipe de Flandes a Tierra Santa, así como los planes urdidos por los tres aliados cristianos, jamás se supo. Al bizantino no se le vio parlamentar con ellos, al menos en ese instante. Su cometido era otro: venía a entrevistarse con Balduino para entregarle en mano la crisóbula del emperador Manuel II. A los cuatro días de tocar tierra, el almirante estaba ya en Jerusalén listo para la cita.

No juzgó necesario el rey convocar al Alto Tribunal para recibir al militar griego. Lo hizo simplemente rodeado de sus hombres de confianza. En principio, aquel primer contacto solo tenía un propósito: ratificar el tratado alcanzado por Reinaldo de Châtillon meses atrás en Constantinopla. Lo fundamental, acordar un calendario definitivo para el ataque sobre Egipto, eso sí que habría que hacerlo entre todos.

Andrónico Ducas Ángelo frisaría los cincuenta años. Era un hombre moreno, corpulento, de barba cerrada y ojos orgullosos. Además, su estrecho parentesco con el emperador Manuel le enaltecía todavía más el gesto. Apenas inclinó levemente la cabeza cuando tuvo ante sí al rey de Jerusalén. Después le entregó la crisóbula que traía bajo el brazo con ademán distante.

—Debéis firmar esto —le requirió escuetamente, como si tuviera prisa por volver a sus barcos.

Balduino desplegó el documento, que ya llevaba impresa la

firma de Manuel II. El ceño se le arrugó al instante. Se quitó también el velo que le tapaba la cara y los ojos por si la tela le estuviera distorsionando la lectura. Llamó después a Reinaldo de Châtillon, que presenciaba la escena sentado en un banco.

—¿Esto es lo que negociaste en Constantinopla? —le preguntó.

El señor de Hebrón, Kerak y Transjordania tomó el rollo de manos del monarca.

—Debe de tratarse de una broma —murmuró mientras leía la crisóbula con ademán estupefacto.

Balduino había dejado al aire sus facciones tumefactas. Se le apreciaban también las llagas de las orejas y los bultos en el cuello. Pero al almirante griego no le mudó el gesto. Debía de haber visto cosas más espeluznantes en su larga existencia.

—Son las nuevas condiciones de nuestra alianza —asentó, altivo, el bizantino.

El rey recuperó el documento de manos de un Reinaldo de Châtillon convertido en estatua de mármol. Lo repasó otra vez, le dio tres vueltas, lo miró hasta del revés y volvió a enrollarlo con manos crispadas.

—Estoy de acuerdo en lo del reconocimiento del protectorado, y en restaurar el patriarcado ortodoxo en la figura de Leoncio II. Lo demás es inaceptable —concluyó con la mandíbula apretada por la cólera.

Andrónico esbozó una sonrisa despectiva.

—La situación ha cambiado en estas últimas semanas —dijo.

—¿Podéis ser un poco más explícito? —le pidió Hunfredo de Torón al ver que Balduino enrojecía peligrosamente.

Compuso un gesto de hastío el bizantino. Los hechos que iba a relatar ya los conocían todos en aquella sala. Y, al parecer, hablar por hablar le fatigaba.

—Sabemos que Antioquía y Trípoli renuncian a apoyar al reino de Jerusalén en su guerra contra Saladino; igual que Felipe de Flandes —explicó con voz monótona—. Es difícil que los templarios colaboren en la empresa. Y en cuanto a los hospitalarios… todavía tienen que pensárselo. A día de hoy, Bizancio es vuestro único aliado. —El almirante sacudió la cabeza con falso desánimo—. La desproporción de tropas en esa guerra será mucha; y los riegos, enormes. Es muy probable que nuestra flota sufra graves daños, y

de ahí que exijamos un justo resarcimiento.

Aprovechó Amadís el momento de tenso silencio para examinar a sus acompañantes en aquel cónclave. A Guillermo de Tiro el miedo le provocaba extraños guiños en los ojos. Joscelino y Hunfredo mantenían la compostura, pero sus semblantes eran del color de la harina. En cuanto a Châtillon, la cólera le había vuelto los ojos más opacos.

La voz le salió ronca a Balduino cuando se dirigió otra vez a Andrónico.

—¿Gobernar sobre *todos* los territorios conquistados en Egipto es la compensación que ahora me pide el emperador?

—Exacto. Y debo llevarle vuestra respuesta cuanto antes.

Volvió a ceñirse la corona el rey, aunque esta vez sin gasas que le escondieran los mordiscos de la lepra o su cara de disgusto. Pidió después una vela como si necesitara más luz para ver mejor las letras. Pero lo que en realidad hizo fue aplicarle la llama a la crisóbula. El suelo se cubrió entonces de cenizas negras y briznas de pergamino ardiendo.

—Ahí tenéis mi contestación a las nuevas condiciones del emperador Manuel II. Agachaos a recogerla —le dijo al almirante.

Andrónico Ángelo abandonó la habitación con pasos destemplados. Mascullaba letanías en griego, unas maldiciones ininteligibles para todos los presentes excepto, quizá, para Guillermo de Tiro.

—¿Creéis que me he precipitado? —les preguntó Balduino a sus hombres de confianza tras un largo minuto de silencio.

Hunfredo de Torón, Joscelino y el archidiácono no respondieron. Estaban mirando por la ventana. Contemplaban con ademán abatido cómo la última gran esperanza del reino de Jerusalén cruzaba los jardines en busca de su caballo. Si Balduino se lo hubiera permitido, los tres habrían echado a correr tras Andrónico; y lo habrían perseguido dando gritos hasta las mismas puertas de Acre. Se habrían postrado después para besarle las botas si así conseguían que el almirante disculpara la afrenta de un rey bisoño.

—Habéis hecho lo correcto —opinó Amadís—. Mejor solos que rodeados de traidores.

—Siempre nos quedarán los caballeros de San Juan del Hospital,

si al final se deciden… —terció Reinaldo de Châtillon.

A pesar de las caras largas y los gestos de pesadumbre de casi todos, Amadís salió reconfortado de aquella reunión con el soberbio Andrónico. Balduino no se había rendido en su lucha con la lepra. La ira e incluso el desprecio con el que había despedido al emisario bizantino eran signos inequívocos de que estaba sanando. En apenas dos meses, el rey había pasado de agonizar en una cama a despachar los asuntos del reino con la misma determinación que antes. Le quedarían marcas en el rostro y, posiblemente, algunas pequeñas deformaciones en manos y pies. Pero así era la lepra, al fin y al cabo: una enfermedad que nunca dejaba de avanzar aunque en ocasiones fingiera retirarse. Eran esos tiempos de prórroga los que había que aprovechar para cobrar nuevas fuerzas y seguir gobernando con mano firme.

XXXV

A primeros de septiembre, Balduino se sintió capaz de dar sus primeros paseos por los jardines de palacio. Lo hizo aferrado al brazo de Ivette para no tambalearse demasiado. Fue aquella una estampa adorable que duró dos semanas, hasta que el rey cobró fuerzas para subirse a un caballo. Entonces reclamó a Amadís con el fin de retomar los entrenamientos de antaño.

Ambos hombres volvieron a cabalgar por los alrededores de Jerusalén, primero al paso, después al trote y, por último, al galope tendido. Era crucial para el maestro saber si su pupilo todavía podría empuñar la lanza en una hipotética carga contra una formación enemiga.

Volvieron también los muñecos con brazos de madera y panza de arena al patio de la colonia. Balduino se ensañó otra vez con ellos, aunque solo pudo asestarles mandobles con su brazo izquierdo. El derecho tuvo que usarlo únicamente para sostener el escudo debido a la pérdida de fuerza en ese miembro. Y aunque, en conjunto, la recuperación del monarca pareció casi milagrosa, él lo tuvo claro desde el principio: «*El amor me ha curado*», le confesó a su maestro durante un receso en los ejercicios.

Nada respondió Amadís, pues en su fuero interno no confiaba en ninguna fórmula mágica contra las enfermedades del cuerpo o del alma. Pero se alegró de que Balduino hubiese recuperado las energías y el ánimo. Bien sabía él que todo le haría falta, y bien pronto. Porque las noticias que comenzaron a llegar a Jerusalén a primeros de octubre dieron la razón a los más agoreros. La muerte del gran maestre de la Orden de San Juan, Jobert de Siria, tan solo fue la primera losa.

Precisamente aquellos días, los hospitalarios estaban a punto de ratificar su apoyo definitivo a Balduino, pero el ascenso al cargo de Roger de Moulins los hizo decidir en sentido contrario. Algunos

lazos de sangre unían al nuevo gran maestre con Bohemundo de Antioquía, y de ahí que, entre Siria o Egipto, escogiesen la primera como campo de operaciones. Y lo mismo hicieron los templarios, aunque estos prometieron enviarle al rey «*algo de ayuda*» en caso de emergencia.

Así pues, uno de los ejércitos más fabulosos jamás formados en Tierra Santa partió de Trípoli a últimos de octubre con la idea de conquistar la fortaleza ayubí de Hama. Entre las tropas movilizadas por Raimundo III, las aportadas por Felipe de Flandes y el apoyo de las dos grandes Órdenes militares, las fuerzas cristianas podían cifrarse en más de mil quinientos caballeros y cinco mil infantes. Y todavía faltaban las huestes de Bohemundo III, que acudiría desde Antioquía para reunirse con ellos una vez iniciado el asedio.

Balduino cabalgó en silencio aquella mañana. Los acontecimientos se agolpaban uno tras otro como buitres ávidos de carroña. Se solapaban con las malas noticias y con los peores presagios. No hacía falta ser adivino para darse cuenta de que el reino de Jerusalén jamás había atravesado una situación tan apurada. Sin caballeros templarios ni hospitalarios dentro de las murallas, sin el apoyo de Bizancio y con el desafecto de Antioquía y Trípoli, la Ciudad Santa peligraba más que nunca.

—Ya no habrá campaña de Egipto, ¿verdad? —murmuró cuando ambos jinetes desmontaron para descansar a orillas de la Nueva Cisterna.

—Me temo que no.

Un aire de reflexión envolvió al rey durante unos minutos.

—¿Y qué pensará Saladino cuando se entere de todo lo que está pasando? —preguntó como si hablara para sí mismo.

—Pensará que somos estúpidos —repuso Amadís antes de corregirse a sí mismo—. Bueno, en realidad, eso ya lo sabe desde hace tiempo.

Un conato de carcajada agitó el pecho del monarca. Después, la gravedad volvió a su rostro.

—¿Qué va a pasar ahora, Amadís?

—Saladino aprovechará nuestra debilidad para atacarnos. Le hemos servido la ocasión en bandeja —repuso el lazarista mientras hacía volar una piedra sobre la superficie del agua.

—¿Crees que intentará incluso tomar Jerusalén?

Amadís lanzó un segundo canto y después se volvió para escudriñar el rostro del monarca. No advirtió miedo en su cara. El segundo brote de lepra le había dejado la nariz algo más chafada y las cejas abultadas. Las circunstancias de su reinado le estaban endureciendo los rasgos.

—Recuperar Jerusalén es su objetivo último. El nuestro, impedirlo —afirmó solemne.

Asintió el rey, conforme con la teoría.

—No tenemos mucho… —sostuvo pensativo—. Y, además, tú no eres de los que cree que Dios vaya a echarnos una mano.

—La fe no es mi fuerte —admitió el lazarista—, pero no está de más si a vos os ayuda confiar en la ayuda divina.

—¿Cuándo crees que ocurrirá?

Amadís llevó su mirada hacia los territorios septentrionales de Siria.

—Pronto —dijo—, pero eso dependerá de los que están peleando allá arriba. La fortaleza de Hama no está suficientemente al norte como para que Saladino se arriesgue todavía a cargar contra nosotros. Pero si Raimundo y sus aliados siguen avanzando y alejándose de Jerusalén…, entonces habrá que prepararse.

—¿Para morir?

—Para pelear. Lo otro no está en nuestras manos.

Y Dios o el Destino decidieron que la clepsidra de la catástrofe se pusiera en movimiento el 16 de noviembre del año del Redentor de 1177. Un mensajero trajo aquella tarde la noticia del levantamiento del asedio de Hama por parte de los ejércitos cristianos. Al parecer, Bohemundo III reclamaba a sus socios desde Harim. El príncipe de Antioquía estaba a punto de tomar la fortaleza tras una sorprendente revuelta interna. Según informó el heraldo, el *atabeg* Gümüshtekin había sido depuesto y ejecutado, pero un buen número de sus partidarios se había refugiado en la ciudadela, y ahora se la ofrecían a Bohemundo si los libraba de los rebeldes. El príncipe se apresuró entonces a llamar a sus aliados en la guerra de Siria. El concurso de todos, les dijo, acortaría drásticamente los plazos del asedio y, además, las recompensas de conquistar Harim serían muchas.

Saladino apenas tardó cinco días en recibir notificación de lo ocurrido. Después comenzó a mover a sus ejércitos desde El Cairo.

Fue el propio Reinaldo de Châtillon quien se presentó en Jerusalén al frente de todo lo que había podido reunir en sus feudos sin dejarlos enteramente desguarnecidos: ciento cincuenta caballeros con armadura y lanza.

Traía el semblante algo lechoso el señor de Hebrón cuando apareció en palacio. Amadís prefirió atribuir el color de su tez al polvo de los caminos.

—El enemigo se acerca a Ascalón. Llegarán en cuatro o cinco días —anunció ante una improvisada *curia generalis*.

—¿Saladino va al mando? —inquirió Balduino desde su trono.

—Sí.

—¿Y cuántos hombres trae?

—Treinta mil.

—¿Caballería?

—Más de la mitad.

Los números comenzaron a rodar como norias desbocadas en las cabezas de todos los asistentes. Miraban al techo los miembros del Alto Tribunal mientras calculaban. Echaron algunos mano de los dedos, aunque, a decir verdad, no era una operación tan complicada la que abordaban. Y tenía más de resta que de suma. Porque a los efectivos habituales del reino de Jerusalén en tiempos de crisis había que excluir en esta ocasión a templarios, hospitalarios y a las huestes de Trípoli y Antioquía.

—Contando con todos los caballeros de Ascalón, no llegamos a quinientos jinetes —resumió al fin Hunfredo de Torón en medio de un silencio de catacumba.

Amadís estaba a punto de recordar que la Orden de San Lázaro aportaría no menos de veinte hombres en condiciones de pelear, pero calló al ver que Balduino se fijaba en el gran maestre de Monte Gaudio. Y es que el conde Álvarez de Sarria había viajado junto a Reinaldo de Châtillon desde sus territorios meridionales, por si el rey impartía instrucciones que pudieran afectar a los suyos.

—¿Aguantarán los castillos que os doné en la frontera simplemente con sus guarniciones actuales? —le preguntó a sabiendas de que no eran todavía muchos los defensores.

El conde gallego se puso en pie de un salto.

—¡Somos españoles! ¡La duda ofende, majestad! —respondió con mirada fulgurante.

—Es verdad. No había caído. Perdona —se disculpó el monarca.

—La cuestión ahora es debatir si tratamos de salvar Ascalón o si nos centramos en proteger Jerusalén —terció Joscelino, impaciente.

Entendía el senescal que tal vez su sobrino estaba tardando demasiado en abordar el principal escollo. Pero Balduino lo serenó con un gesto de la mano.

—Por lo que tú sabes, además de Ascalón, ¿hay más ciudades en peligro extremo? —le preguntó a Reinaldo de Châtillon con voz tranquila.

—Gaza quedará sitiada en breve. Después, evidentemente, vendrán otras —lo informó el señor de Kerak.

Asintió el rey mientras pensaba.

—Ese es un enclave templario —murmuró abstraído—. Que un mensajero viaje hasta Siria y le haga llegar a Odón de Saint-Amand las noticias. Que él mismo decida si quiere pelear por su ciudad o perderla. Nosotros no dejaremos que Ascalón caiga. Partiremos hacia allí mañana mismo con todos los efectivos posibles —dispuso.

El pánico debió de pinchar a Guillermo de Tiro en las posaderas, porque el archidiácono y canciller del reino se levantó de su escaño como accionado por un resorte.

—¡No puedes llevarte a todas las tropas de Jerusalén! ¡Nos quedaremos indefensos! —recriminó al rey, como si aún fuese su maestro de retórica y humanidades.

Una sonrisa irónica le afloró a Balduino en los labios.

—No te preocupes. No voy a hacer tal cosa —le respondió—. Pienso dejar aquí a un ejército de mujeres, ancianos y monjes para que peleen como hombres y defiendan la ciudad de cualquier peligro. A su mando estará el patriarca, Amalarico de Nesle, porque, si te pongo a ti, tal vez ya no tenga adónde volver tras la batalla.

XXXVI

Cuatrocientos caballeros de acero y dos mil quinientos infantes abandonaron Jerusalén la madrugada del 17 de noviembre con destino a Ascalón. Con ellos iban también la Vera Cruz y el obispo de Belén, que se había prestado a acompañar a los expedicionarios para cuidar de la famosa reliquia.

Tres días enteros empleó el ejército del reino en el trayecto. Y los tres los pasó el religioso confesando a una tropa que barruntaba la batalla cercana. Y es que varias veces en el horizonte se dibujaron siluetas de jinetes sarracenos. Eran los batidores que Saladino había mandado por delante para saber exactamente a lo que iba a enfrentarse.

Ascalón recibió a su rey con la reverencia debida y con el alivio lógico al verlo otra vez en condiciones. No obstante, la alegría por el reencuentro resultó de lo más contenida. El obispo de Belén dijo una misa rápida y después todos subieron a sus puestos en las almenas. Eran muchos los que opinaban que Saladino intentaría asaltar las murallas en cuanto llegara, entre ellos el propio rey. Por eso, al día siguiente proclamó la *arrière ban*, una orden de movilización general por la que todos los hombres sanos quedaban obligados a empuñar las armas. No solo dentro de Ascalón, sino también en todas las aldeas y ciudades aledañas. Y para ello, el joven monarca mandó dos docenas de emisarios. Ningún otro gobernante había hecho algo semejante desde la Primera Cruzada. Pero es que Balduino no deseaba verse rodeado por los cuatro costados, y era más partidario de dar batalla en campo abierto.

No quiso Amadís quitarle la idea de la cabeza. Y tampoco los hombres que tenían autoridad para oponerse se atrevieron a contradecir al monarca. Todos prefirieron que fuera la misma realidad la que se encargara de aplastar sus esperanzas de victoria. Así pues, la mañana del 21, quinientos jinetes de caballería pesada

y tres mil peones salieron de Ascalón en formación de combate. Atrás quedaron los ancianos, las mujeres, los niños algo crecidos y los tullidos. Ellos iban a ser los guardianes de la fortaleza hasta que el rey volviera.

Avistaron a la vanguardia enemiga al cabo de dos horas de marcha. Eran principalmente jinetes de caballería ligera, armados con arcos y cimitarras. Balduino cabalgaba entre Amadís y Reinaldo de Châtillon en ese momento.

—¿Qué opináis? —les preguntó.

—Alrededor de cinco mil —aventuró el señor de Kerak.

—No me refiero a eso —gruñó el rey—, sino a la posibilidad de trabar combate con ellos.

—Esos no pelearán —asentó Amadís entonces, perfecto conocedor de las tácticas sarracenas.

—Sigamos adelante entonces —decidió el monarca.

Marcharon durante un buen rato en silencio, hasta que de repente una densa polvareda ocultó el sol del mediodía. De esa manera supieron que el grueso del ejército de Saladino se encontraba ya a muy poca distancia.

—Ahora sí. Ahí están. —Balduino levantó una mano e hizo detenerse a sus tropas.

Amadís sintió la mirada angustiada de Reinaldo de Châtillon sobre su cota de malla. De no haberla llevado puesta, los ojos del señor Kerak le habrían quemado las carnes. Hunfredo de Torón y Joscelino se presentaron en ese instante.

—¡Son más de veinte mil! —proclamó el tío del monarca.

—Sé contar —le respondió con sequedad su sobrino.

—¡Su caballería pesada quintuplica la nuestra! —abundó el condestable—. ¡Y por detrás vendrán más escuadrones de reserva!

Balduino no respondió. Se había quedado contemplando el centro de la formación enemiga. Un jinete destacaba en medio de un poderoso escuadrón de mamelucos. Montaba el mejor caballo y lucía el yelmo y la armadura más brillantes.

—¿Aquel es Saladino? —le preguntó a Amadís.

—Sí.

El joven rey tensó la trabilla de su casco con dedos serenos y se afianzó en los estribos antes de ponerse a ladrar órdenes.

—¡Vamos a cargar! —anunció con voz estentórea—. ¡Todo el

mundo preparado para entrar en combate! ¡Desplegad las líneas de infantería! —les instó a los cabos de tropa encargados de la maniobra.

Balduino llamó después a los hermanos Ibelín para encomendarles el mando del ala derecha de la caballería. A Hunfredo y a su tío Joscelino los envió al lado opuesto. Los dos Reinaldos, dispuso, permanecerían a la expectativa con un grupo de cincuenta jinetes. El centro del ataque se lo reservaba para él y para los caballeros de San Lázaro.

Hubo murmullos de estupor entre la tropa mientras los hombres tomaban posiciones. Se escucharon exclamaciones, juramentos y rezos. Aun así, los soldados y los jefes cumplieron con disciplina con el protocolo que antecede a toda batalla.

Pretendió desenfundar entonces el rey para dirigir unas últimas palabras a la tropa antes de dar la orden de carga, pero la voz de Amadís le heló el gesto.

—¡Maldita sea, Balduino, ¿te has vuelto loco?! ¡Pensaba que te darías cuenta en algún momento! ¡Nos destrozarán antes de acabar la primera espolonada! ¡Haz el favor de comportarte! —le gritó tras bajarse el babero de malla.

El monarca guardó su arma en la funda. Lo hizo despacio, como si reflexionara mientras envainaba.

—Nunca me habías hablado así… —murmuró sorprendido.

—¡Porque nunca antes habíais estado a punto de cometer una torpeza de estas dimensiones!

—¿No dejarse arrastrar por el miedo está mal? —inquirió Balduino con ojos todavía incrédulos.

Amadís sacudió la cabeza.

—Eso no. Pero sí es absurdo mandar a la degollina a un ejército entero si no existe una sola opción de victoria. Y es mucho peor todavía lo que una decisión así conlleva —replicó el lazarista en tono severo.

—¿Te refieras a la derrota?

—¡No!

—¿A qué entonces?

—¡A la pérdida de confianza por parte de la tropa y los mandos!

Se percató entonces el monarca de que muchos soldados estaban pendientes de aquella conversación.

—Ya. Entonces toca retirarse… —adujo cabizbajo.

—Hoy sí. Lo procedente ahora es regresar a Ascalón y jugar nuestras cartas de otra manera cuando podamos —repuso Amadís, que debió haber añadido «*si nos dejan*», pero no lo hizo para no desmoralizar a quienes los escuchaban desde las primeras filas.

El ejército del reino regresó a la seguridad dudosa de las murallas de Ascalón aquella misma tarde. Fue un ambiente de funeral el que recibió a unas tropas que volvían indemnes en lo físico pero derrotadas en su ánimo. Porque cuando Saladino rodeara la ciudad a la mañana siguiente, incluso los ciegos iban a ser capaces de vislumbrar la enorme desproporción de fuerzas; y la inutilidad de cualquier resistencia. Pero antes de que eso ocurriera, un caballero cristiano se presentó en Ascalón disimulado por la noche.

Era un templario llegado desde Gaza. Lo enviaba Odón de Saint-Amand. La ciudad había quedado sitiada por tropas enemigas, informó. Aun así, el gran maestre y ochenta caballeros más habían logrado colarse dentro. Sorprendentemente, Saladino apenas había dejado un destacamento de quinientos hombres bloqueando las puertas de la fortaleza, por lo que no resultaría muy complicado escapar de ella en cuanto el rey lo dispusiera, sostuvo aquel caballero solitario.

Se marchó el del Temple cuando aún no habían cantado los primeros gallos. Dijo que cabalgaría por la franja del litoral para volver a Gaza aprovechando que los ejércitos sarracenos avanzaban por el interior. Allí esperarían las órdenes de Balduino para actuar cuando fuera necesario.

Dejó cavilante al rey y también a sus hombres de confianza aquel bravo sargento.

—Poco podremos hacer si nos cercan… —murmuró, sombrío, el monarca.

Tal y como estaba previsto, el ejército enemigo se plantó a las puertas de Ascalón la mañana del 23 de noviembre con Saladino a la cabeza. El rey de Jerusalén salió a recibirlo a la torre más alta de la ciudadela. Ambos mandatarios se saludaron desde lejos, pero viéndose las caras, pues apenas los separaba medio tiro de flecha. Fue un gesto entre la admiración y el respeto el que el sarraceno dedicó al cristiano, aunque sin palabras. Después, el sultán de Siria

y Egipto volvió grupas y se entregó a unos quehaceres ya planificados en la soledad de El Cairo: conquistaría plazas más sencillas que Ascalón mientras avanzaba hacia su último objetivo, la ciudad de Jerusalén. Sabía que Balduino saldría de su madriguera y presentaría batalla cuando viera peligrar la capital de su reino. No antes.

A nadie extrañó que fortalezas peor defendidas cayeran de manera inevitable en las siguientes jornadas. Ramla fue la primera ficha de aquel dominó fatídico. Su población escapó corriendo a Jaffa en cuanto divisaron treinta mil picas enemigas en lontananza. Dos días más tarde se rindieron Mirabel y Lydda. Aquella misma noche Amadís buscó al rey en su cámara. Lo encontró inclinado sobre un mapa, meditabundo, instalado en el desánimo. Contaba el monarca las ciudades cristianas que habían cambiado de manos en un abrir y cerrar de ojos. Y las que lo harían en días próximos.

—Ha llegado el momento —le dijo.

—¿De qué?

—De reclamar a los templarios de Gaza.

—¡¿Por fin vamos a pelear?! —preguntó entonces el rey como un niño alborozado.

—Lo intentaremos. Pero antes tenemos que abrir el cerrojo.

Se refería Amadís a los quinientos guerreros ayubíes encargados del bloqueo de Ascalón. Al igual que en Gaza, Saladino había dispuesto un pelotón de guardia en su cara norte. No iba a tomar la ciudad al asalto, había decidido, pero vigilaría los movimientos de sus moradores. Y si Balduino y sus hombres intentaban una salida a la desesperada, bastaba con que alguno de sus jinetes corriera a darle aviso. La escasa distancia entre el ejército cristiano y el sarraceno posibilitaba una acción rápida. El final de Balduino y de sus menguadas huestes se produciría en cuestión de horas.

Caballeros e infantes se reunieron en la plaza de Ascalón para recibir una absolución grupal antes de marchar a la batalla. El obispo Alberto de Belén iba a ser el encargado de lanzarla a los cuatro vientos desde la torre del homenaje, pero por algún motivo su ilustrísima se retrasaba. Al fin compareció el religioso sobre las almenas. Lo hizo con los brazos abiertos y el gesto desencajado. Farfullaba, gesticulaba con gran aparato. Un monaguillo le dio de beber de una calabaza con agua y al fin consiguió serenarse.

Un milagro había ocurrido aquella misma noche en la iglesia de San Esteban. ¡La Vera Cruz rezumaba la sangre de Cristo a borbotones!, anunció emocionado el religioso. Y mostró sus manos manchadas para demostrarlo. Todos los congregados pudieron apreciar entonces que las palmas del obispo estaban teñidas de rojo y goteaban como esponjas. Era aquella una señal inconfundible del Redentor, afirmó a voz en grito. Porque después de que el *lignum crucis* quedara limpio y seco como un corcho tras el chapuzón sufrido en Siria, aquella sangre nueva y fresca solo podía ser el presagio de una sonada victoria de sus *milites Christi*.

Amadís miró a Reinaldo Châtillon de reojo.

—Te dije que rociaras la cruz con unas cuantas gotas, no que le echaras un odre entero por encima —le recriminó en voz baja.

El señor de Kerak se encogió de hombros.

—El borrego era grande —se excusó—, y ya puestos a hacer milagros…

Al lazarista le dio miedo que la algarabía montada en el interior de la fortaleza a cuenta de la sangre de Cristo hubiese llegado a oídos del enemigo. Pero cuando entreabrieron la puerta de Jaffa para dejar paso a los cien primeros jinetes de caballería pesada, la noche era de los búhos y de las últimas chicharras. Apenas media docena de centinelas sarracenos dormitaba junto a la lumbre de las fogatas mientras esperaba una alborada todavía muy lejana.

El cometido del grupo era atravesar el campamento enemigo de lado a lado y establecer una barrera de contención que impidiera después la escapatoria. Tras aquella primera acometida vendría otro escuadrón cristiano que llevaría a cabo una eliminación más minuciosa. Por último saldrían los infantes. Ellos acabarían el trabajo. Irían tienda por tienda, con el fin de pasar a cuchillo a los heridos, a los moribundos y a los pillos. Porque ni un solo enemigo debía quedar en pie tras la refriega.

Después de la prédica arrasadora de Alberto de Belén, el condestable se vio obligado a hacer un sorteo para designar a los caballeros y a los infantes que saldrían a pelear en las primeras oleadas. Tal era la fe en la victoria que abrasaba a todos los hombres antes del combate. Y aún fue mayor el fuego divino tras la escabechina.

Ni siquiera los que se rindieron lograron salvar la vida. Poner

grilletes y arrastrar una larga cuerda de cautivos hasta el interior de la fortaleza habría sido perder el tiempo lastimosamente. La noche había que aprovecharla para avanzar sin ser vistos. El amanecer descubriría indefectiblemente las posiciones de unos y otros. A mediodía, los planes deberían estar ya claros. La tarde sería para combatir, y el crepúsculo… para lo que procediera.

Balduino advirtió cómo los comandantes principales de su ejército cambiaban impresiones mientras se limpiaban la sangre del rostro. Se acercó a ellos con prudencia. Él también llevaba la lanza roja y la sobreveste llena de salpicaduras.

—¿Y ahora? —les preguntó, aparentemente conforme con que fueran ellos los que decidieran.

—Avanzaremos hacia el norte en estricta formación de combate hasta reunirnos con los templarios de Gaza. Después, ya veremos —lo informó escuetamente su tío Joscelino antes de partir flanqueado por Châtillon y Hunfredo.

Balduino los vio marchar con mirada opaca. Solo Amadís permaneció a su lado.

—Ya no parezco un rey —se lamentó.

—¿Por qué decís eso?

—Porque he perdido vuestra confianza después de lo del otro día.

El lazarista acercó su montura a la del rey hasta que sus rodillas se rozaron. Después hizo algo al alcance de muy pocos: rodeó los hombros de Balduino con su brazo y lo zarandeó como a un hijo.

—Habéis aprendido muy rápido —le dijo—. Sois un monarca admirable, como pocos ha habido en este reino, pero manejar el arte de la guerra es una carrera muy larga.

Asintió Balduino, algo más tranquilo.

—Esto no es la campaña de Siria, ¿verdad?

—Así es. Saladino no es Turan-Shah, ni tampoco los ejércitos de uno y otro se parecen. Es mejor que ahora mismo decidamos los que tenemos experiencia en esto.

Dio por terminada la conversación el caballero de San Lázaro y tiró de las riendas con intención de apartarse.

—Amadís… —lo retuvo el rey.

—¿Qué?

—El otro día me llamaste por mi nombre. ¿Recuerdas? Me

tuteaste.

El lazarista recordó el momento. Había perdido los nervios al presentir la catástrofe.

—Lo siento, majestad. No volverá a ocurrir. Fue debido a…

—Me gustó —lo interrumpió Balduino—. Desearía que siguieras haciéndolo.

—Pero eso va contra el protocolo…

—Apenas escucho mi nombre en boca de nadie —insistió—. Hay muy pocas personas que se dirigen a mí así, y a veces están muy lejos.

En ese instante a Amadís le habría gustado preguntar si Ivette era una de las afortunadas, pero se contuvo a tiempo.

—Está bien, lo haré cuando estemos solos —consintió al fin.

Los ochenta caballeros templarios y su gran maestre, Odón de Saint-Amand, aparecieron frente a las murallas de Ascalón antes incluso de que el ejército del reino se pusiera en marcha. Habían roto el cerco enemigo sin ningún problema, pero las prisas por reunirse con el grueso de las tropas cristianas les habían impedido perseguir a los supervivientes de su mortífera carga. Por eso no podían descartar que algún jinete sarraceno estuviera ya buscando a Saladino para darle cuenta.

El ejército al completo buscó la franja del litoral en medio de la penumbra. No eran más de quinientos ochenta jinetes y tres mil infantes los que avanzaban entre murmuraciones y rezos. Eso era todo lo que el reino de Jerusalén iba a poner en juego para librar su batalla más decisiva. No había más mimbres que aquellos tras las desafecciones de Trípoli y Antioquía. La experiencia de los mandos contaría, y también la astucia y la suerte. Aun así, el poder de la Vera Cruz tendría que equilibrar una balanza que se presumía muy inclinada de su brazo erróneo.

Tras cuatro horas de marcha la vega de Ramla surgió entre la neblina de un amanecer tardío. El cielo quiso estar plomizo aquel 26 de noviembre del año del Redentor de 1177, por lo que la luz plena llegaría muy entrada la mañana. El obispo de Belén atribuyó la circunstancia a un nuevo favor divino. El enemigo tardaría mucho más en divisar el peligro gracias a la intervención de la Providencia, dijo. Lo cual pareció cierto, porque varias bandas de saqueadores que se toparon con la formación cristiana murieron con

los bolsillos llenos, pero sin darse cuenta.

Aquellos mismos jirones blancos les permitieron sorprender a otros dos grupos de merodeadores. Tras la última escaramuza, Amadís conversó brevemente con Châtillon, Joscelino y Hunfredo y luego se llevó al rey a un aparte.

—Balduino —le dijo otra vez con el brazo sobre el hombro—, prepárate para dirigirte a los hombres. Eso sí que debes hacerlo tú. La hora del combate ha llegado.

Movió la cabeza el rey en todas direcciones. Trataba de identificar el peligro. Buscaba hordas sarracenas a punto de cargar contra su ejército. Pero no vio nada.

—¡¿Ya?! —exclamó entre el susto y el deseo.

Asintió Amadís mientras se abrochaba la correa del casco.

—Saladino ha permitido que sus soldados rompas filas y se dediquen al pillaje durante toda la noche —sostuvo—. Pero a estas horas ya se habrá enterado de que estamos llegando. Con toda probabilidad estará intentando recomponer su ejército, pero eso lleva su tiempo. Por eso lo atacaremos en cuanto lo veamos delante. Sin rodeos ni preámbulos. De ahí que los discursos a la tropa haya que hacerlos ahora.

Desvió su mirada Balduino hacia una formación que seguía compacta y en orden de batalla.

—¿Qué procede decirles? —le preguntó a su maestro.

Amadís se rascó por debajo del reborde del yelmo.

—En un momento así, a los hombres hay que mentarles a Dios, pero sin pasarse. Además, ya van muy encendidos con lo del supuesto milagro de la sangre.

A Balduino se le espantaron los ojos.

—¡¿Lo de la sangre de la Vera Cruz ha sido un truco entonces?! —demandó estupefacto. Pero el lazarista pasó por alto la pregunta.

—Lo que quiero decir es que aquí todos tienen hijos, mujeres, tierras… Y al final son las cosas cercanas las que más tocan el corazón antes de jugarse la vida. No hay mucho que inventar en esto de las arengas. ¿Entiendes, Balduino?

—Sí.

Dirigió su caballo el rey a la primera línea de su menguado ejército, lo hizo piafar y desenfundó con gran aspaviento. Esta vez Amadís le permitió el gesto. Pero enseguida se le pusieron los ojos

vidriosos al lazarista, y tuvo que mirar para otro lado cuando Balduino comenzó a hablar en público. No quería que nadie lo viera llorando de emoción antes de una batalla.

XXXVII

El ejército cruzado se detuvo a tres millas de Ramla, justo cuando la fortaleza vomitaba ríos de gente por todas sus puertas. Eran soldados sarracenos con sacos y bultos a la espalda los que acudían a toda prisa al reclamo de sus oficiales. Un guirigay de gritos y órdenes llenaba de ecos de guerra el interior de una ciudad abandonada al pillaje. El estruendo de cientos de cuernos y trompetas trataba de atraer a otros grupos también dispersos. Y es que miles de guerreros ayubíes seguían entregados al saqueo de los suburbios y las huertas de la fortaleza cristiana.

—Hay que darse prisa antes de que se ordenen —le apremió Amadís a Balduino.

Asintió el rey mientras se encajaba la lanza bajo la axila.

—¿Cómo lo haremos? —le preguntó, a sabiendas de que los hombres que de verdad entendían de guerras ya lo habrían hablado todo por el camino.

—Dejaremos que los templarios intenten romper por el centro. Hay que reconocer que son los mejores en eso.

—Entiendo; ¿y quién mandará las alas?

—Los hermanos Ibelín conducirán la derecha. Reinaldo de Châtillon y Hunfredo irán por la izquierda.

—¿Mi tío y mi padrastro quedarán en reserva entonces?

—Eso es —repuso Amadís—, aunque solo les dejaremos cincuenta jinetes. Hay que echar el resto desde el principio, y ya estamos tardando.

No juzgó adecuado explicarle al monarca que aquellos cincuenta caballeros de élite, especialmente escogidos por su fidelidad y habilidades, serían en realidad su escolta. Los encargados de acudir en su rescate y sacarlo del embrollo si las cosas se torcían demasiado. Un final nada impensable teniendo en cuenta que jamás un ejército cruzado tan pequeño había tenido la osadía de atacar a

otro diez veces más grande.

El gran maestre de San Lázaro volvió a contemplar la llanura plomiza de Ramla. Saladino destacaba en medio de una tupida guardia de jinetes mamelucos. Vestía una brigantina de escamas recubierta con el mismo acolchado rojo que el *tifat* de su montura. El escudo todavía lo llevaba colgado a la espalda, pero la espada —larga y recta a la usanza cristiana— la mantenía desenfundada mientras impartía instrucciones de última hora. El sultán de Siria y Egipto se desgañitaba dando voces a diestro y siniestro. Pretendía que sus *amires* transmitieran aquellas órdenes desesperadas a una tropa fatalmente distraída. Y es que miles de hombres seguían llegando a la carrera al campo de batalla, pero lo hacían con las manos llenas y la mente puesta en el oro de sus zurrones. Muchos de aquellos soldados repentinamente ricos se negaban a soltar sus ganancias y a aferrar las armas para el combate. Otros pululaban con la mirada perdida, sin encontrar la unidad a la que pertenecían ni al oficial al que debían obediencia.

El ejército ayubí apenas había logrado colocar diez o quince filas de infantes con cierto orden de batalla cuando Odón de Saint-Amand enarboló su lanza. En los costados de aquella masa todavía informe trataba de situarse la caballería ligera sarracena. Los mamelucos acorazados y el propio Saladino tomaron posiciones bastante más retrasadas.

—¿Tú y yo con quién iremos? —quiso saber el monarca.

Amadís se golpeó el frontal del casco.

—Se me había olvidado —sostuvo sonriente—. Un rey tiene que ir siempre al frente de sus hombres.

—Pero no el primero, como en Siria… —Balduino frunció los labios.

—Esta vez no.

—Ya.

El lazarista percibió una cierta decepción en el tono del monarca.

—Tampoco estaremos muy lejos de la cabeza —lo confortó—. Cabalgaremos justo por detrás de los templarios, comandando a los caballeros de San Lázaro.

Amadís pasó revista a los suyos con una simple mirada. Allí estaban los veinte jinetes de su Orden. El babero de malla les

ocultaba a algunos el destrozo implacable de la lepra, pero no los ojos. Y por eso, el brillo indómito de sus pupilas se confundía con el color verde de las cruces que lucían en el pecho. Aquellos bravos caballeros estaban listos para desafiar una vez más al enemigo y al destino. Al fin y al cabo, si la batalla se daba mal, la única consecuencia sería el acortamiento de su condena. Porque la sentencia a muerte… esa ya la traían firmada de antemano.

Châtillon, Balduino de Ibelín y Odón de Saint-Amand bajaron sus brazos al unísono. Un segundo después lo hizo Amadís. Entonces la llanura de Ramla retumbó como un tambor gigante. Más de quinientos destreros cristianos se lanzaron a un galope furioso en busca del cataclismo. Por detrás arrancó la infantería cruzada, encendida por una fe ciega en la Vera Cruz. Vociferaban como locos aquellos peones del reino mientras corrían con la espada desenfundada y los escudos sobre la cabeza. Por si, en vez de agua, de aquel cielo gris les llovían flechas.

Amadís se alzó sobre los estribos para mirar por encima de los hombros de Odón de Saint-Amand. Un buen número de guerreros ayubíes, observó, mantenía la calma en primera línea. Habían plantado sus largas *sariyah* en el suelo y se disponían a aguantar el topetazo. A su lado distinguió a otros soldados provistos con ganchos, peligrosos instrumentos especialmente diseñados para desmontar a quienes perdieran velocidad tras el impacto. Pero a espaldas de aquellas huestes de veteranos, el caballero lazarista vio a muchos que reculaban.

Todavía sin haber probado el acero templario, miles de guerreros sarracenos ya corrían despavoridos hacia la ciudad de Ramla. Sus *amires* los arengaban para que dieran la vuelta y regresaran a la disciplina de una formación que, en realidad, nunca había llegado a ser perfecta. Mientras tanto, Saladino trotaba inquieto de un lado a otro de la campa. Gesticulaba, aullaba como un poseso, prometía la muerte a gritos a todos aquellos que desertaran de Alá y del Profeta.

El gran maestre Odón de Saint-Amand percutió contra la muralla sarracena como si sus picas no tuvieran punta. Navegó entre las lanzas sarracenas como un centauro intocable mientras atravesaba cuerpos sin descanso. Y lo mismo hicieron sus seguidores. Amadís trató de orientarse en la batalla cuando solo

quedaban segundos para que el grupo que Balduino y él comandaban se sumergiese en la vorágine.

A su derecha, los hermanos Ibelín también habían quebrado las primeras líneas enemigas y trataban de llegar a campo abierto. Después, sus instrucciones eran las de perseguir a la caballería ligera enemiga con el fin de que no hostigaran a la infantería cruzada con sus dardos. En el extremo contrario, Reinaldo de Châtillon lideraba el grupo que pretendía abatir a los que huían en dirección a Ramla.

Cuando, al fin, el rey y los caballeros de San Lázaro alcanzaron la línea de choque, media docena de monturas cristianas agonizaba con las tripas abiertas. Sus jinetes no habían corrido mejor suerte. Afortunadamente, el grueso del escuadrón templario ya estaba al otro lado del revoltijo, preparado para sembrar más muerte entre los heridos, los aturdidos y los timoratos.

El gran maestre de San Lázaro ordenó desplegar líneas en el último instante. El destrozo provocado por Odón de Saint-Amand y sus hombres iba a permitirles avanzar con más holgura en aquel mar de cuero, lanzas rotas y sangre. Veinte hombres sin miedo apuntaron sus moharras hacia los sarracenos que aún se mantenían en sus puestos. Balduino reparó en un guerrero ayubí que acababa de levantarse. Parecía aturdido, sangraba por boca y espalda. Le ahorró el suplicio de una muerte lenta y dolorosa porque le arrancó la cabeza de un solo golpe. Siguió adelante con decisión, sin perder velocidad en su galope. Atropelló a varios despistados mientras alanceaba sin miramiento a los que le quedaban en su lado bueno, el izquierdo. A los otros los fue derribando a patadas.

Amadís iba detrás, pendiente de sus aciertos, listo para enmendar sus errores; preparado para ayudarlo en el caso de que se viera arrancado de la silla por alguno de aquellos ganchos traicioneros. Lazaristas y templarios viraron en redondo tras atravesar la muralla humana y se detuvieron un momento para observar los resultados de su espolonada.

El campo de Ramla era un amasijo de cuerpos ensangrentados. Muchos ya no se movían. Otros agonizaban suplicantes. Miles todavía peleaban cuerpo a cuerpo en un suelo encharcado de caldo rojo. Châtillon y los Ibelín también se habían parado antes de emprender una segunda acometida desde las alas. El objetivo de los

ejércitos del reino era embolsar a la infantería superviviente de aquella carga y ofrecerles una alternativa poco reconfortante: pelear con sus homólogos cristianos o forzar la salida del círculo entre caballeros con armadura y lanza. Hacer prisioneros no era siquiera una opción para los cruzados.

Odón de Saint-Amand se descubrió la cabeza para contemplar mejor los destrozos. Respiró hondo varias veces mientras asentía satisfecho. El gran maestre lucía los cabellos pegados a las sienes y los bigotes amustiados por los efectos del vaho. Desde hacía algunos años, el caballero templario usaba uno de aquellos grandes yelmos con estrechas ranuras para los ojos. Amadís prefería sentir los efluvios de la batalla de manera más directa, y por eso aún gastaba casco abierto.

—Siguen siendo muchos más que nosotros —gruñó Saint-Amand.

—Sí. Por eso hay que seguir apretándoles antes de que puedan recomponer las filas… —le respondió Amadís mientras hacía un rápido recuento de los suyos y echaba en falta a tres de sus hombres.

—¿El rey? —le preguntó el templario de repente.

—Aquí, a mi lado. —El lazarista movió la cabeza para señalar el hueco en el que debería haber estado el monarca.

—¡Por todos los santos! —exclamó Odón de Saint-Amand cuando al fin divisó a Balduino en la distancia.

Saladino estaba presenciando la debacle de sus ejércitos desde un montículo cercano. Incrédulo, enrabietado, impotente ante una carnicería que no parecía cesar nunca. Decididamente, permitir que sus hombres se dispersaran por los alrededores de Ramla para satisfacer sus ansias de botín había sido un error imperdonable en un líder de su experiencia.

Un jinete solitario llamó la atención del gobernante de Siria y Egipto mientras contemplaba la masacre. Llevaba un yelmo completo, como el usado por muchos templarios, y una lanza bajo la axila. No lucía, sin embargo, una cruz roja en sus ropas aquel desconocido cristiano, sino una muy grande y amarilla.

Amadís llamó a Balduino a grandes voces mientras trataba de darle alcance, pero sus gritos quedaron ocultos bajo el fragor de una batalla todavía inconclusa. Además, a través de las estrechas

ranuras del yelmo, el rey de Jerusalén solo tenía ojos para su enemigo acérrimo en Tierra Santa: el gran Saladino.

Cinco jinetes mamelucos abandonaron el grupo y se lanzaron ladera abajo para recibir a un loco con ganas de ver el Edén aquella misma tarde. Amadís dio un respingo sobre su silla al advertir los reflejos. Los cinco escoltas vestían cinturones metálicos con hebilla de plata por encima de la armadura. Era aquella una condecoración solo al alcance de los más hábiles y temerarios en la pelea. Saladino se había rodeado de los mejores para poder escapar de una ratonera llamada Ramla.

Balduino derribó al primer mameluco de un certero lanzazo en el vientre. Al segundo lo desmontó también al acertarle con la moharra en pleno escudo. Pero perdió mucho ímpetu en la maniobra, y prefirió esperar a que su destrero despedazara al caído antes de hacer frente al tercer adversario. Algo que tendría que hacer a golpe de espada, pues poca ayuda puede proporcionarle una pica a un jinete inmóvil.

Contuvo el sarraceno a su montura a pesar de que la velocidad de su galope y la propia inclinación de la ladera le daban todas las ventajas. Prefirió aguardar a sus dos compañeros para, entre todos, acabar de una vez por todas con aquel cristiano insolente. No se percataron los mamelucos de que dos jinetes cristianos rodeaban el montículo para asistir al caballero de la cruz amarilla. Sí los vio venir, en cambio, Saladino; y por eso envió algunos refuerzos.

Dejó Amadís que fuera Odón de Saint-Amand quien ayudara a Balduino. Él pasó de largo para encararse con los que llegaban. Los tres mamelucos se desplegaron en abanico para atacar al lazarista desde puntos distintos e indefendibles.

Conocía Amadís el origen armenio de muchos de aquellos celosos guardianes. Habían crecido en El Cairo; habían forjado sus cuerpos y sus almas en el islamismo más radical y perverso, pero habían nacido en el seno de familias cristianas antes de ser secuestrados por hordas sarracenas. Con un poco de suerte, se le ocurrió, tal vez aquellos hombres aún recordaran su lengua materna.

—¡Venid a morir a manos del demonio verde, malditos renegados! ¡Dadle recuerdos a Alá de mi parte, y también al Profeta! —les gritó desde lejos.

Los dos mamelucos destinados a atacar a Amadís por los costados perdieron velocidad de manera alarmante y acabaron por detenerse a media ladera. El que venía por el centro no se apercibió de ello, y se presentó al combate con ojos llameantes. Saltaba a la vista que no había entendido nada. Quizá fuera de ascendencia turca.

El impacto de su lanza le arrancó a Amadís el escudo. Lo hizo tambalear peligrosamente, pero no consiguió tirarlo. Procuró después el lazarista mantenerse cerca del mameluco, para que este no pudiera volver a usar su lanza y se viera obligado a tirar de cimitarra. Detuvo sus primeros tajos con el plano de la espada, pero pronto tuvo que hacerlo de cualquier manera en vista de la catarata de golpes. Contraatacar era misión imposible debido a la falta de adarga.

Desenfundó Amadís su daga de misericordia con la mano izquierda y buscó una proximidad casi suicida con el jinete enemigo. Le escupió a la cara aprovechando que usaba casco abierto. El mahometano vio venir el salivazo y realizó un brusco escorzo para esquivarlo. Fue aquel un gesto instintivo y a la vez fatídico, porque el lazarista utilizó el breve lapso para dejarle la daga clavada en el muslo.

Un alarido y un juramento se le escaparon al escolta de Saladino, en ese orden. Después, también de manera inconsciente, intentó arrancarse el afilado estilete de la pierna. Usó el brazo del escudo para hacerlo, y por eso no llegó a tiempo. Porque al bajar la mano dejó un hueco suficiente para que la espada de Amadís lo tajara mortalmente en el cuello.

—¡Es el demonio verde! —le oyó decir a uno de los mamelucos que había presenciado la lucha desde una distancia salvadora.

—*Alshaytan al'akhdar* —asintió el otro, conforme con el pronóstico.

Amadís enarboló su espada ensangrentada sobre la cabeza y se dirigió al tropel de soldados que rodeaba a Saladino.

—¡¿Queréis ver el Paraíso?! ¡¿Queréis yacer con mil mujeres de ojos verdes esta misma tarde?! ¡Pelead entonces con el demonio verde! —los retó, preparado, no obstante, para escapar al galope tendido si a aquellos antiguos esclavos armenios les daba por aceptar el desafío.

Ningún mameluco movió un dedo. Y Saladino no se molestó en incitarlos al combate. El sultán de Siria y Egipto saludó a Amadís con un gesto de la cabeza y se perdió con toda su guardia detrás del cerrete. Solo él sabía que debajo de aquella sobreveste con una cruz verde manchada de sangre no había más que un ser de carne y hueso. Un caballero extraño dotado de una habilidad portentosa con la espada. Un veterano con artimañas de culebra. Pero hombre, al fin y al cabo, y no diablo.

Odón de Saint-Amand ya cabalgaba ladera abajo cuando el caballero lazarista se dio la vuelta. Había tres cuerpos despanzurrados en el suelo y otro de rodillas. Amadís lanzó un grito de espanto al percatarse de que era el rey el que gateaba alrededor de los mamelucos. Lo creyó herido, tal vez buscando un sitio donde rendir el alma. Pero Balduino lo recibió con una amplia sonrisa.

—¿Saladino ha logrado escapar al final? —preguntó.

—¡Ha sido una locura imperdonable lo que has hecho! —lo recriminó el lazarista.

El monarca se encogió de hombros.

—No he podido evitarlo. Lo he visto tan cerca… —respondió.

—Hemos podido quedarnos sin rey de una manera muy absurda.

—Nunca me habrías dejado intentarlo si te hubiese preguntado —arguyó Balduino con una mueca traviesa—. Al menos me llevaré un recuerdo.

Amadís contempló con cierto desdén el cinturón metálico con hebilla de plata que descansaba en la mano del rey.

—Es bonito, pero los nuestros de cuero son más cómodos para llevar la espada —le dijo.

—Es para Ivette —sostuvo entonces Balduino con ojos enamorados.

—Ah, claro.

El joven monarca observó con curiosidad el gesto algo tirante del lazarista.

—¿Sigues sin tener a nadie a quien llevarle cosas?

Asintió Amadís sin despegar los labios.

—Tal vez debieras buscar a una mujer que te esperase con los brazos abiertos después de una victoria como esta —le recomendó entonces Balduino.

—Todavía no hemos ganado nada. ¿No ves qué prisa se ha dado

el gran maestre del Temple en regresar al campo de batalla? —gruñó incómodo el lazarista—. Más vale que aproveches para aliviarte la vejiga y beber un poco de agua. Lo más probable es que no nos bajemos del caballo hasta la noche.

El rey se aupó sobre su montura tras seguir el consejo de su maestro. Se sintió listo para proseguir la demolición del mayor ejército sarraceno jamás reunido en los últimos tiempos.

—Amadís…

—¿Qué?

—¿Esta batalla tendrá un nombre o será como la que libramos contra la guarnición de Siria?

El lazarista no tuvo dudas.

—Esta pasará a la Historia —dijo.

—¿Y cómo se llamará?

—Tendrá nombre cristiano si ganamos nosotros, y árabe si lo hacen ellos.

Aprovechando la altura del promontorio, Balduino recorrió toda la llanura de Ramla con la mirada. La lucha continuaba en el campo de batalla, igual que la persecución de los cobardes. Algunos soldados sarracenos lograban romper el cerco y escapaban a campo abierto, pero solo temporalmente. Reinaldo de Châtillon y los suyos pronto les daban alcance y los convertían en cadáveres. Había otros que llegaban muy tarde a la llamada de sus *amires*. Los timbales y las trompetas los habían pillado en Lydda o Mirabel mientras saqueaban sus alrededores. Esos soldados remolones también encontraban la muerte por el camino. Aferrados a sus nuevas riquezas. Asombrados por la osadía de un pequeño grupo de caballeros cristianos.

—Ganaremos nosotros —dijo.

—Puede.

—¿Cómo se llama esta colina? —preguntó el rey con ojos evocadores.

—Montgisard.

—Pues ya tenemos nombre para la batalla —murmuró pensativo —. ¿Sabes una cosa, Amadís?

—¿Qué?

—Hoy es el día que más odio a Raimundo de Trípoli y a Bohemundo de Antioquía.

—El odio no es un sentimiento muy cristiano…

—Lo sé —asintió Balduino—. Pero si hoy ambos hubiesen estado aquí con sus respectivos ejércitos, la amenaza de Saladino habría terminado para siempre. Por eso jamás podré perdonarlos.

XXXVIII

La batalla de Montgisard se saldó con más de diez mil muertos por parte sarracena. A pesar de lograr una victoria aplastante, el ejército cristiano también sufrió sus pérdidas. El rey Balduino quiso pasear por la campa tras la batalla para ver más de cerca la hecatombe de su enemigo acérrimo. Pero casi le faltaron los números cuando pretendió contar sus propias bajas. Fueron al final mil doscientos los caídos y setecientos cincuenta los heridos graves en las filas cruzadas. Por eso la persecución posterior de Saladino a través del desierto del Sinaí se antojó imposible ante la falta de efectivos. Aun así, todos los mandos y barones del reino felicitaron al rey por su hazaña. La victoria de Montgisard, afirmaron aquella misma noche, iba a traer a sus feudos una tregua maravillosa, unos tiempos de paz desconocidos hasta la fecha.

Balduino, sin embargo, se mostró en desacuerdo. Lo de las treguas era cosa del primer regente. Raimundo de Trípoli había negociado, se había humillado e incluso había pagado a Saladino con tal de evitar la guerra. Había permitido con ello que el enemigo se fortaleciera gracias a la inacción de las tropas cristianas. Él, en cambio, había amansado a la fiera a base de asestarle cuchilladas. Y si no había podido matarla del todo era precisamente por culpa de los que faltaban. Así se expresó el rey en presencia de sus barones.

Corría el 30 de noviembre del año del Redentor de 1177 cuando el ejército del reino penetró en Jerusalén por la puerta de Jaffa. Lo hizo en loor de multitudes, entre campanazos, cánticos y salvas; hasta que a alguien de entre el público le dio por calcular, *grosso modo*, el tamaño absurdo de aquellas huestes. Faltaban muchos de los que habían partido a la guerra, proclamó en alto aquel hombre. Entonces se hizo el silencio mientras Guillermo de Tiro y el patriarca Amalarico de Nesle discutían sobre quién se ocuparía de

las procesiones de la victoria y quién de las misas por los muertos.

No fue un debate amistoso el librado por los dos religiosos, pues ambos querían hacerse cargo solo de las celebraciones. En una cosa al menos sí estuvieron de acuerdo tras escuchar los testimonios de un buen puñado de supervivientes: la victoria sobre Saladino y el Maligno solo había sido posible gracias a la milagrosa aparición de san Jorge en la llanura de Ramla y al poder de la Vera Cruz con su sangre renovada.

Dos grandes acontecimientos sucedieron en el reino de Jerusalén aquel mismo invierno justo antes de las Navidades. Uno provocó inmensa alegría en la corte; el otro, simplemente recelo. Y es que la víspera de Nochebuena Sibila dio a luz al esperado hijo póstumo de Guillermo de Monferrato. Solo tres días antes, Balián de Ibelín había contraído nupcias con María Comneno, viuda del rey Amalarico y sobrina del emperador bizantino Manuel II.

La inesperada ceremonia causó autentico pavor entre los Courtenay, incluido el propio rey, debido al inmenso poder que llovería sobre una familia a la que siempre habían despreciado a pesar de sus servicios al reino. Porque el ajuar de bodas de María Comneno incluía el valioso señorío de Nablus y algo mucho más inquietante: la alianza incondicional de Bizancio.

Las noticias sobre el accidentado regreso de Saladino a El Cairo tras su debacle en Montgisard disiparon en cierto modo las habladurías. Las peripecias de los vencidos para evitar los ataques beduinos en su tránsito por el Sinaí distrajeron durante unos días las murmuraciones. En la corte no hacía más que hablarse de la silenciosa acechanza de Bizancio gracias al nuevo matrimonio. En las calles y mercados, en cambio, los cuchicheos eran más tribales, más mundanos; y se referían al aspecto enfermizo del heredero recién nacido. Un niño que no se parecía en nada a su colosal padre y al que no se le auguraba una larga vida. Algunos afirmaban que el neonato ni siquiera vería el Año Nuevo. Pero se equivocaron; porque, aunque débil y amarillo, Balduino V seguía vivo al aflorar la primavera de 1178.

También sobre los que habían preferido hacer la guerra por su cuenta en tierras de Siria se supieron algunas cosas al acabar el invierno. Y no fueron noticias precisamente portentosas las escuchadas. Raimundo de Trípoli, Bohemundo de Antioquía y

Felipe de Flandes no llegaron a conquistar nada. Asediaron Harim durante varios meses hasta que decidieron arreglarse con los que estaban dentro. Aceptaron su dinero a cambio de abandonar el cerco y cada cual volvió a su casa con los bolsillos algo más llenos. Montgisard les habría dado más laureles, evidentemente. Pero menos oro. Así que tampoco era probable que se arrepintieran de su aventura. O tal vez sí, porque en abril Saladino volvió a las andadas.

Reinaldo de Châtillon y Odón de Saint-Amand fueron los primeros en dar la alerta. Desde sus posiciones en la frontera meridional advirtieron movimientos de tropas sarracenas. Pronto quedó claro que el gran defensor de los pueblos islámicos pretendía llevarse su ejército de vuelta a Damasco. Dejó a su hermano
al-Adil
como virrey de Egipto mientras él se adentraba en el Sinaí para desafiar al desierto, a los beduinos y a los soldados que a buen seguro enviaría el rey cristiano en su contra.

Desgraciadamente, Balduino solo pudo reunir doscientos jinetes dentro de Jerusalén. Entre el señor de Hebrón, los templarios y lo aportado por el reino, apenas cuatrocientos caballeros trataron de impedir el retorno de Saladino a territorios sirios.

Conscientes de sus limitaciones, y ya que no podían enfrentarse a un ejército tan numeroso en campo abierto, los cruzados intentaron jugar otro tipo de bazas. Asediaron Qalat Guindi, en las mismas estribaciones del Sinaí. Si el castillo caía en sus manos, el ejército enemigo moriría de sed sin remedio. Entre El Cairo y Damasco no había más agua que los manantiales que aquella fortaleza guardaba celosamente.

Reinaldo de Châtillon y Odón de Saint-Amand derrotaron a la guarnición sarracena en una dura batalla. Pero, aun así, fueron incapaces de asaltar después sus murallas. Avisado por los suyos, Saladino aceleró el paso y el pequeño ejército cristiano tuvo que retirarse.

A principios del verano, una idea había empezado a calar en la cabeza del joven Balduino: el león al que había dado casi por muerto en Montgisard volvía a dar muestras de fiereza. La debilidad todavía le haría ser prudente durante un tiempo, pero bien haría el reino de Jerusalén en aprovechar ese lapso para reforzar sus propias

defensas. Así, el mismo 1 de julio, el rey dio orden de ahondar todavía más el foso de la Ciudad Santa y reforzar sus murallas. Envió también al condestable Hunfredo hasta la Alta Galilea con el fin de reconstruir la abandonada fortaleza de Chastelneuf.

Una amarga disyuntiva se le planteó aquellos días cuando dos heraldos se presentaron en palacio con los caballos desbocados y las ropas llenas de polvo. Eran emisarios de la flota siciliana que acaba de forzar la entrada en el puerto egipcio de Tinnis, dijeron. Habían logrado tomar la fortaleza gracias a la escasez de fuerzas defensoras, pero reclamaban la intervención inmediata del reino de Jerusalén para poder retener la ciudad en su poder. Sospechaban que Saladino mandaría ayuda a los suyos más pronto que tarde. Sicilia, sostuvieron rodilla en tierra, estaría dispuesta a entregar el futuro control de Tinnis al rey Balduino a cambio únicamente de una calle y dos plazas.

Lloró de rabia el joven monarca delante de los dos enviados italianos al no poder ofrecerles nada, excepto un vaso de agua. Había perdido casi dos mil hombres en la batalla de Montgisard, les dijo. Y había dado orden de licenciar a otros mil soldados al no disponer de fondos para pagar sus salarios. Jerusalén apenas contaba con tropas suficientes para defender el contorno de su muralla en caso de ataque. Por todo lo cual solo podía desearles suerte.

Amadís se enteró de aquel episodio varios días más tarde, cuando los itálicos ya habían levado anclas para escapar de un puerto que en cualquier momento se convertiría en ratonera. Y es que el caballero de San Lázaro volvió a retomar sus quehaceres en el Hospital a la vuelta de Montgisard. A veces, la guerra y los viajes le hacían casi olvidar el auténtico cometido de su existencia. Afortunadamente, el prior Alberico siempre estaba allí para recordárselo.

—Dicen que ganasteis la batalla gracias a la intervención milagrosa de san Jorge —aventuró el alemán el mismo día en que volvió al redil de la colonia.

—En Montgisard no hubo santos ni dragones, páter —replicó Amadís, lacónico—. Tan solo hombres luchando por su vida.

—También he oído que lo de la sangre fresca en la Vera Cruz fue obra tuya…

—Solo la idea.

Alberico chascó la lengua con disgusto.

—Hiciste mal —gruñó.

—¿Por qué?

—Porque a Dios no le gusta que se juegue con sus cosas.

Asintió Amadís con aparente pesadumbre.

—Iré haciéndome a la idea de pasar una temporada en el Purgatorio…

—Tal vez sea más que una temporada teniendo en cuenta tus pecados de la carne —adujo Alberico, el gesto huraño.

—¿Y todos mis servicios en el hospital de leprosos no van a valer para compensar mis errores? —inquirió Amadís algo ofendido con tanto reproche.

El prior sacudió la cabeza con vehemencia.

—La balanza de Dios el Día del Juicio Final no es exactamente simétrica —asentó tajante—. El brazo en el que descansa el platillo con los pecados es más largo y, por tanto, se vence más fácilmente. ¿Entiendes?

—Sí, pero me extraña.

—¿Por qué?

Amadís se encogió de hombros.

—Pensaba que Dios era justo e infinitamente misericordioso…

—Pues no te lo creas —rezongó Alberico—. Eso solo lo digo en mis sermones para que no se desanimen los que van a morir pronto.

—Está bien. Lo tendré en cuenta —respondió Amadís con fingida mansedumbre, y se alejó silbando.

XXXIX

Hunfredo de Torón regresó de la Alta Galilea con el deber cumplido a principios del otoño. Chastelneuf, informó, había dejado de ser una ruina y ya podía llamarse otra vez castillo. Cerraría de manera muy efectiva el paso entre aquellos riscos con una guarnición muy reducida. Así se lo explicó al rey mientras desplegaba un enorme pergamino que traía bajo el brazo. Balduino inspeccionó intrigado tanta línea y tanto trazo.

—¿Y esto qué es? —preguntó.

—Un proyecto.

—¿De qué?

—De una fortaleza absolutamente inexpugnable y, a la vez, muy necesaria para nosotros —replicó Hunfredo.

—¿Y lo has ideado todo tú solo? —quiso saber el monarca.

—Yo he elegido el emplazamiento —explicó—. El resto es cosa de los técnicos.

Amadís observó el boceto con curiosidad. Tenía cierta costumbre de interpretar mapas y planos.

—Esto es el vado de Jacob… —repuso.

—Así es —contestó Hunfredo con ojos brillantes.

El gran maestre de San Lázaro se mostró pesimista ante unos planes tan descabellados.

—Para Saladino, ese castillo sería una amenaza inasumible —adujo—. El vado de Jacob es el único lugar por el que puede cruzar el río Jordán al sur de Damasco. Jamás permitirá que le cerremos el paso.

—Saladino está acobardado después de la debacle de Montgisard. No hará nada por impedírnoslo —le contradijo el condestable.

Amadís miró a su compañero de fatigas con ojos incrédulos.

—¡¿Te has vuelto loco, Hunfredo?! —le dijo—. ¡El vado de

Jacob está a menos de un día de distancia de Damasco! ¡Hacer allí un castillo sería como irnos a vivir a casa del enemigo durante muchos meses! ¡Es su territorio! ¡Nos atacarán antes de que pongamos tres piedras!

—Saladino no se atreverá a salir de su madriguera si nos llevamos al ejército del reino para proteger a los trabajadores.

—¡¿Llevarnos a todos los hombres disponibles a las puertas de Damasco y exponerlos a una emboscada?! ¡Imagina que Saladino nos pidiera alquilar la torre de Tancredo durante un año y se trajera con él a todos sus mamelucos! ¡¿Acaso se lo permitirías?!

—No.

—¡Pues esta locura que planteas viene a ser más o menos lo mismo! —se encorajinó Amadís.

Balduino había asistido en silencio a la discusión de sus dos asesores principales. Había dado varias vueltas alrededor de los planos de Hunfredo y después se había marchado a contemplar el mapa que tenía clavado en la pared de su despacho.

—Me gusta la idea —murmuró abstraído—. Levantaremos ese castillo. Y pronto.

Amadís dio un respingo al oír aquello, pero trató de mantener fría la sangre. Conocía a Balduino y sabía de su afición por las aventuras.

—¿Alguien se ha parado a pensar quién se encargaría de defender un puesto tan avanzado? —preguntó mientras miraba ora al rey ora al condestable.

—Tal vez tu paisano, el conde Álvarez de Sarria, se preste… —sostuvo Balduino, displicente.

—El gran maestre de Monte Gaudio apenas tiene hombres para guardar lo que le hemos dado —respondió Amadís agriamente—. Después de destacar a doscientos soldados en Chastelneuf… ya no nos quedan casi efectivos. Tendríamos que poner en las almenas muñecos con armadura y lanza.

Balduino miró al condestable. Se dio cuenta de que el caballero de San Lázaro tenía razón en sus cálculos. Las posibilidades del reino en cuestión de hombres eran cada vez más limitadas, sobre todo después de las bajas de Montgisard.

—Ya he hablado con Odón de Saint-Amand —explicó entonces Hunfredo—. Ellos se ocuparían de todo.

Amadís sacudió la cabeza como si le estuvieran comiendo las moscas.

—¿Más poder para los templarios? —repuso.

—¿Se te ocurre una opción mejor? —le preguntó el rey—. Al fin y al cabo, tal vez les debamos algo después de la última batalla.

La primera piedra de Le Châtelet —como al final decidieron llamar a la fortaleza— se colocó el 1 de diciembre. La antemuralla, los puentes levadizos y el foso se terminaron a finales de enero del nuevo año del Redentor de 1178. Nunca antes habían trabajado tantos cristianos tan cerca del enemigo en la construcción de un fortín en Tierra Santa. Porque en esta ocasión no se recurrió a prisioneros de guerra dada la extrema cercanía del enemigo, sino a voluntarios.

Fueron miles los ciudadanos del reino y los peregrinos europeos que se ofrecieron para construir aquel bastión inexpugnable. Y pareció, en efecto, que Saladino temblaba ante tan descomunal despliegue de poderío cristiano debajo de sus propias barbas. Durante tres meses, el horizonte habitual de aquellos hombres no fueron las lanzas sarracenas ni los jinetes mamelucos, sino los cerros pelados de Siria y los milanos del cielo.

El propio monarca se desplazó hasta el vado de Jacob a finales de febrero; y decidió quedarse en vista de la tranquilidad y el clima favorable. Se hizo acompañar de Amadís y de los últimos caballeros todavía presentes en Jerusalén para aquel viaje de cien millas. El resto ya estaba en Le Châtelet desde el principio.

Durante el trayecto, el lazarista le recordó al rey la importancia de ser prudente en todo momento. La certeza de que Saladino no había abandonado Damasco no excluía del todo las amenazas, le dijo. Y de ahí que no conviniese prescindir de la cota de malla ni de las brafoneras. Pero Balduino compuso un gesto de sufrida impotencia.

—Mucho me temo que, de ahora en adelante, solo podré vestirme de guerra cuando vea la batalla próxima —arguyó con un mohín de tristeza—. A pesar del velmez de cuero, la armadura me mata. Las anillas me laceran las carnes y no puedo soportar el dolor demasiado tiempo.

Aquella misma tarde Balduino pudo admirar las impresionantes hechuras de su nuevo castillo. Circunvaló sus murallas a caballo, se

asomó al foso y ascendió por último al camino de ronda. Se sintió cansado mientras contemplaba las estepas inabarcables de Siria, y por eso le pidió a Amadís que lo acompañara hasta las orillas del río Jordán. Quería refrescarse un poco y, de paso, comprobar las propiedades medicinales de unas aguas que habían servido para bautizar a Jesucristo.

Ambos descendieron al famoso vado de Jacob y se desprendieron de la ropa. Fue entonces cuando el lazarista descubrió los nuevos signos. Aquellas costras, aquella piel tensa y brillante como una telaraña a punto de desgarrarse correspondían a una nueva fase de la enfermedad. No la última, evidentemente, pero sí la antesala de tiempos mucho peores.

Para Amadís bañarse en el Jordán resultó un suplicio. Sus aguas heladas se le clavaron como dolorosos estiletes en los músculos. Balduino no lanzó ni un simple resoplido, porque sus miembros también comenzaban a entumecerse.

Maestro y pupilo todavía emprendieron algunos paseos a caballo los días siguientes, hasta que tres semanas más tarde los aires de Siria se llenaron de voces femeninas. Tres carrozas se presentaron en Le Châtelet escoltadas por soldados del conde de Sidón. En la más grande y fastuosa viajaban las dos mujeres más importantes en la vida del monarca, con permiso de Sibila, que prefirió quedarse en Jerusalén con su vástago. A partir de aquel día, a Balduino solo se le vio acompañado de la sobrina del príncipe Roupen de Cilicia. Porque así era como todos conocían a Ivette, la bella tabernera.

Amadís se dedicó entonces a cabalgar en solitario. Al amanecer solía subir a los riscos más elevados para ver mejor el panorama. Recorría también el río Jordán por ambas orillas en busca de partidas de caballería enemiga. Pero nunca llegó a ver nada, ni siquiera batidores. Al final, el tedio le hizo abandonar aquellas excursiones.

Busco entonces refugio entre los canteros que todavía cortaban piedra, o entre los albañiles que colocaban aquellos sillares en una muralla de altura infinita. Al acabar la jornada le gustaba acercarse al vado, porque la primavera ya había reventado en los páramos de Siria y la corriente bajaba algo más caldeada. Había descubierto un pequeño remanso al sol que casi parecía una terma romana al caer el crepúsculo. Fue allí precisamente donde lo sorprendieron.

Solía trabar Amadís a su caballo sobre el talud del río, para que el noble bruto ejerciera de vigilante. Después se bañaba tranquilo, con la seguridad de que si alguien se acercaba el animal relincharía. Tal era el entendimiento al que jinete y equino habían llegado tras años de compartir batallas y sortear a la muerte.

Pero aquel día el lazarista se explayó en su baño. Se alejó nadando un poco más de la cuenta. Cuando regresó a la orilla, no había uno, sino dos caballos en lo alto del terraplén. Dudó entre permanecer escondido entre los juncos o salir a recuperar su espada. Entonces la vio. Inés de Courtenay descendía por la pendiente de arena con aquellos andares insinuantes; como si pretendiera encantar a una serpiente con la danza de sus caderas.

Iba descalza, vestida con una túnica corta que le dejaba los muslos al aire. El cabello lo lucía suelto, ensortijado, desmadejado sobre los hombros como si acabara de levantarse de la cama. Amadís se dio cuenta de que el aburrimiento le estaba haciendo relajar las costumbres de manera lamentable. Solo un jinete atolondrado cometería el error de cabalgar tanto rato sin mirar una sola vez a su espalda. Afortunadamente era una mujer desarmada quien lo había seguido hasta el vado, pero de haber sido un guerrero sirio, habría tenido que pelear sin espada. Con Inés de Courtenay, la lucha sería también cuerpo a cuerpo, y no exenta de cierto despliegue físico. Pero sin que su vida peligrase en ningún instante; a lo sumo, su alma.

La madre del rey se desprendió del cinturón de la bata sin dejar de mirar al caballero lazarista. Después se quitó el albornoz muy despacio, como si el suave refrote de la seda sobre la piel la excitara carnalmente. Usó la superficie del agua para mirarse en ella como en un espejo. Sonrió satisfecha tras el examen y pronunció entonces sus primeras palabras.

—¿Todavía te gusto?

—Debe de ser que sí —respondió Amadís—. De lo contrario, ya habría cruzado a la otra orilla.

Inés de Courtenay penetró en la corriente del vado con paso inestable y gesto melindroso.

—No me gusta hacerlo dentro de un río —confesó tras atrapar a Amadís entre sus piernas.

—¿Por qué?

—Porque podría confundir esto con una culebra —replicó la condesa mientras frotaba vigorosamente el miembro erecto del lazarista.

Inés de Courtenay abandonó el lecho del río de puntillas, dando graciosos saltitos. Pisar los lodos del fondo le daba asco. Amadís la siguió muy de cerca, encelado como un potro joven que persigue a una yegua. Se preguntó dónde yacerían, porque él solo tenía la ruana áspera de su montura. Más previsora, la madre del rey se había traído una manta de algodón fino.

Juguetearon largo rato con sus cuerpos. Se susurraron palabras cariñosas, aunque no de amor. Recordaron su primer encuentro en el valle de Bekaa, no muy lejos de donde se encontraban. Siria volvía a unirlos, rieron antes de enmudecer ahogados por el frenesí de la cópula.

Amadís se desplomó a un lado de la condesa. Tardó unos segundos en recuperar el resuello, y la frialdad de ideas. Cuando lo consiguió, se aupó sobre un codo.

—¿Qué has venido a pedirme en esta ocasión? —preguntó con ojos graves.

Inés de Courtenay se enrolló el cuerpo con un extremo de la manta, como si la desnudez y la sinceridad fuesen enemigas acérrimas.

—Que no te opongas al sentir de todos los hombres importantes del reino —respondió la condesa de Sidón, aplacados ya los jadeos.

Amadís arrugó el ceño.

—¿A quién te refieres exactamente?

—Pues a todos los que de verdad cuentan: Hunfredo, Joscelino, mi marido, los grandes maestres del Temple y del Hospital, el patriarca Amalarico…, incluso Guillermo de Tiro.

—¿Y Reinaldo de Châtillon? ¿Él no es acaso de los importantes? ¿Él no está de tu parte?

La condesa torció el gesto.

—A él no lo he sondeado —reconoció—. Ahora está más próximo a ti, y no sé qué podría decirme.

Varias ranas croaban en las cercanías. Amadís les lanzó un guijarro para acallarlas. Le pareció que sus ruidosos cánticos le quitaban seriedad a la charla.

—¿Y a qué se supone que no debo oponerme?

—A que busquemos otro rey.

Instintivamente, Amadís se tapó él también sus partes pudendas con la ruana del caballo.

—Pensaba que ya habíamos zanjado el tema de la abdicación hace tiempo —gruñó—. Me parece recordar que el propio Balduino le dejó bien claro a Monferrato que no pensaba bajarse del trono a corto plazo.

Inés de Courtenay lanzó un largo suspiro.

—Ahora está más hecho a la idea. Se da cuenta de que la buena salud no va a durarle siempre. Creo incluso que tiene miedo —dijo.

Esta vez Amadís no tiró al agua un pequeño canto, sino un tremendo pedrusco.

—¡Cualquiera se moriría del susto si se viera rodeado de un coro de enterradores que le recuerda a cada instante que la muerte está acechando a la vuelta de la esquina! ¡Hasta yo mismo preferiría colgarme antes que aguantaros! —exclamó iracundo.

No le amilanaron a la condesa las altas voces.

—¡Por todos los cielos, Amadís! ¡No podemos cerrar los ojos a la realidad! —contraatacó, embargada por una desesperación súbita y dolorosa.

—¡¿De qué realidad hablas?! —se exasperó el conde de Monterroso—. ¡Tu hijo acaba de ganar la más grande de las batallas! ¡En Montgisard estuvo siempre en primera línea! ¡Mató a muchos enemigos! ¡Yo lo vi con mis propios ojos! ¡Esa es la única realidad que conozco, maldita sea!

La madre del rey se acurrucó en un extremo de la manta, hecha un ovillo. Sollozaba. Ya no era la mujer orgullosa y subyugante que había aparecido sobre el terraplén media hora antes.

—¿Cuánto vivirá mi hijo? —preguntó con voz ronca.

Amadís contempló aquellos ojos enrojecidos por el llanto. Después giró la cabeza y se quedó mirando al vacío.

—No lo sé —murmuró.

Inés de Courtenay recuperó las fuerzas de repente. Gateó hasta el caballero de San Lázaro, lo agarró por los hombros y lo zarandeó como a un muñeco.

—¡Maldito seas, Amadís Pérez de Traba! ¡Tú eres quien mejor sabe cuánta vida le queda a Balduino, y quiero que me lo digas! —le gritó mientras lo golpeaba en la cabeza y en la espalda.

Un último puñetazo de cólera estalló contra el pecho del caballero de San Lázaro, pero no le hizo daño. Le dolieron mucho más sus propias palabras.

—Cinco años —respondió con la garganta seca—. Seis a los sumo.

Un silencio de ranas y grillos rodeó a la pareja. El crepúsculo comenzó a enfriarles los cuerpos, y por eso tuvieron que vestirse. Pero siguieron acurrucados uno al lado del otro en la misma orilla del vado.

—¿En quién estáis pensado para el reemplazo? —preguntó Amadís al cabo.

—El duelo de Sibila por Guillermo de Monferrato acabará en junio —explicó la condesa—. Creemos que Hugo de Burgundy puede ser el más indicado para sustituirlo.

—¿Francés?

—Sí.

—No lo conozco.

—Es sobrino de Adela, la reina de Francia.

Amadís chascó la lengua.

—Con que sea la mitad de bueno que Monferrato, me doy por satisfecho —gruñó—. En cualquier caso, no entiendo ese afán por buscar siempre en Europa cuando tenéis al candidato ideal tan cerca.

—¿Te refieres al pequeño de los Ibelín?

—¡Pues claro! —exclamó el lazarista—. Lleva años enamorado de Sibila.

—Lo mejor que tiene ese joven es el nombre —ironizó con cierto desdén la madre del rey—. Por lo demás se trata de un don nadie.

—¡Maldita sea, Inés! ¡Balduino de Ibelín es un soldado valeroso, un caballero fiel a la causa! ¡¿Por qué no iba a ser también un buen rey?!

Inés de Courtenay se había puesto ya la bata. Su semblante volvía a reflejar ese gesto altivo y esa calma regia que la caracterizaban.

—Eres un buen hombre, Amadís. No lo niego. Y, además, amas a mi hijo, que es lo importante. Pero te falta altura de miras —asentó la antigua reina de Jerusalén.

—No sé qué quieres decir con eso —gruñó el lazarista.

Una sonrisa entre el desencanto y la ternura afloró en los labios rojos de la condesa.

—Pues es muy sencillo —dijo—. ¿Te has puesto a pensar cómo se tomaría el resto de barones el que Balduino de Ibelín se casara con Sibila? Sería un desprecio para ellos, y por tanto algo muy peligroso para la estabilidad del reino. Por eso, esta misma semana enviaremos una carta al rey Luis VII de Francia para que autorice a Hugo de Burgundy a venir a Tierra Santa y quedarse aquí para siempre —sostuvo mientras enfilaba el terraplén del vado.

Amadís meditó aquellas palabras unos segundos, y todavía llegó a tiempo de lanzar una última andanada.

—¿Sibila está de acuerdo en casarse con ese hombre?

Inés se detuvo a media ladera. El pronunciado desnivel le realzaba la figura y le descubría buena parte de los muslos. Un mohín de sorna le estiraba las comisuras de la boca.

—Una mujer de alcurnia no está en disposición de elegir a su marido, pero sí a sus amantes —dijo—. Por cierto…

—¿Qué?

—Por si no lo sabías, Ivette también es partidaria de que Balduino abdique —dijo antes de montar sobre su corcel blanco y emprender la vuelta a un castillo al que ya le quedaban por poner pocas piedras.

XL

Los francos dieron por terminada su obra a primeros de mayo en el año del Redentor de 1179. El día 10 de ese mismo mes, el rey decidió celebrar una fiesta para conmemorar el momento, y también como despedida. Antes, sin embargo, el patriarca de Jerusalén dijo una misa al aire libre. En ella dio gracias a Dios por su protección en aquellos largos meses de obras. Si Saladino no se había acercado en todo ese tiempo para hostigar a albañiles y tropas, se debía únicamente a la intervención de la Providencia.

Tras el responso, Odón de Saint-Amand recibió de manos de Balduino las llaves de la fortaleza. Juró solemnemente el gran maestre del Temple defender con su propia sangre aquel valioso fortín a orillas del río Jordán. Se mostró, no obstante, confiado en que los ochenta caballeros y los mil peones que pensaba destacar en Le Châtelet fuesen suficientes para guardar el vado de Jacob con eficacia e impedir cualquier avance enemigo sobre Jerusalén.

Los invitados se trasladaron después a la torre del homenaje para degustar el obligado convite. Un barullo de gritos sobrevoló el salón antes de que nadie pudiera sacar los asados. Después llegó el tintineo nervioso de cientos de aceros desnudos dispuestos para el combate. Y es que desde las almenas, los centinelas habían dado la voz de alarma al descubrir un escuadrón de caballería sarracena.

Cincuenta jinetes habían cruzado el vado y se aproximaban a la fortaleza al galope. Portaban, eso sí, una enorme bandera blanca. El propio Balduino ordenó que no los acribillaran a flechazos mientras se acercaban. Un solo hombre echó pie a tierra y penetró después en Le Châtelet a través de uno de sus puentes levadizos.

Lucía el infiel unos ojos muy abiertos y el gesto todavía asombrado cuando se presentó ante el monarca. Saltaba a la vista que jamás había visto un castillo tan poderoso. Inclinó la cabeza el emisario árabe en son de respeto antes de dirigirse al rey Balduino.

A los demás los miró simplemente por encima, casi como si no existieran.

No pareció afectarle a aquel sirio el hecho de verse expuesto al escrutinio de tanto caballero cristiano. Porque, a excepción de los gobernadores de Trípoli y Antioquía, en la sala se encontraban casi todos los miembros del Alto Tribunal del reino, incluido Balduino de Ibelín, el candidato imposible al trono.

Se expresaba en francés con soltura el heraldo sarraceno, y resultó muy claro en sus explicaciones. Su señor Saladino, afirmó, había sido muy paciente con los invasores. Les había permitido residir en las cercanías de Damasco durante meses como si fueran sus invitados. Había evitado atacarlos mientras construían aquella enorme fortaleza confiado en que ellos mismos se darían cuenta algún día de la ofensa y del desatino. Pero en vista de la ceguera, había decidido finalmente tomar cartas en el asunto. Su carácter magnánimo, no obstante, lo impulsaba una vez más a ser generoso con los francos. Y por eso le ofrecía a Balduino cien mil dinares por demoler el castillo y marcharse de su territorio.

Hubo un momento de silencio tras aquellas palabras. Debió de ser el estupor inicial, porque poco después comenzaron las carcajadas. Al principio se escucharon de forma aislada, solo al fondo, pero pronto se propagaron por toda la sala. Y es que las pretensiones de Saladino habían sonado como la cháchara absurda de un loco. Porque nadie en su sano juicio levanta semejante bastión durante meses para reducirlo a escombros a los cuatro días; ni siquiera a cambio de una cantidad tan astronómica como la que mencionaba el emisario árabe.

Balduino fue de los pocos que aguantaron el tipo sin reírse. Se levantó de su tronó cuando volvió el orden y agradeció al recién llegado su amable visita. Lo invitó incluso a sentarse a la mesa y disfrutar del banquete que estaba a punto de servirse. En cuanto al ofrecimiento de Saladino, el rey de Jerusalén afirmó estar dispuesto a aceptar los cien mil dinares. Pero no por destruir Le Châtelet, sino a cambio de no asolar Damasco aquel mismo verano.

Hubo quien vislumbró llamaradas de odio en los ojos del sirio tras la contraoferta. Otros afirmaron que era el miedo lo que destellaba en la mirada oscura del guerrero ayubí. Nadie se atrevió a decir, sin embargo, si la amenaza vertida por Balduino tenía visos

de realidad o eran simples fuegos de artificio.

Lo cierto fue que el ejército de Jerusalén, con su rey al frente, emprendió el regreso a su cuartel general al día siguiente, pocas horas después de que el mensajero sarraceno y su escuadrón de jinetes partieran con rumbo a Damasco en medio de una furiosa polvareda.

Aprovechando que cabalgaban en paralelo y nadie podía oírlos, quiso Amadís amonestar otra vez a Balduino en el camino de vuelta a casa. Esta vez no fue a cuenta de la cota de malla y las brafoneras que no llevaba puestas, sino debido al tono de su discurso.

—Nunca resulta procedente mostrarse altivo y presuntuoso ante un emisario enemigo —lo aleccionó—. Y menos amenazar con cosas que no tienen fundamento.

—¿Lo dices por lo de asolar Damasco este verano?

—Sí.

—Tienes razón. No estuve acertado con ese mensajero de Saladino —dijo el monarca asintiendo.

—Es de sabios reconocer los errores —asentó Amadís, satisfecho de que sus palabras hubieran calado hondo.

Balduino, sin embargo, esbozó una sonrisa ladina.

—En realidad le mentí —dijo.

—¿En qué?

—Le dije que no atacaríamos Damasco este verano si Saladino pagaba cien mil dinares, pero lo cierto es que lo haremos antes. Pague o no pague.

Amadís tiró de las riendas con fuerza.

—¡¿Antes?! ¡¿Cuándo?!

—Esta misma primavera. Pienso convocar al Alto Tribunal en cuanto lleguemos a Jerusalén, y tú respaldarás mi idea en la asamblea.

El caballero lazarista estuvo a punto de rebelarse. Más gastos, más muertes, más riesgos… Una nueva incursión en territorio enemigo cuando aún estaban calientes los cadáveres de Montgisard se le antojó una empresa de lo más descabellada. Pero luego lo pensó mejor y se dio cuenta de que tal vez Balduino estuviera jugando con dos barajas.

Por un lado escuchaba a su madre como un hijo paciente y amoroso. Soportaba con estoicismo sus teorías sobre los beneficios

de una abdicación temprana, consciente de que muchos barones del reino también las respaldaban. Pero después el joven rey hacía de su capa un sayo y seguía preparando sus campañas y sus batallas. Y mientras todo siguiera así —Amadís sonrió para sus adentros—, el fantasma de la renuncia se mantendría lejos de su cabeza. Tal vez incluso la misma lepra se asustara de tanta osadía.

—Te he preguntado si me apoyarás ante el Alto Tribunal para aprobar lo del nuevo ataque sobre Siria —demandó Balduino en vista de que Amadís cabalgaba con la mirada algo perdida.

—¡Por supuesto!

Una mano blanca y arrugada de tanto tocar agua bendita frenó la entrada de Amadís en el salón de la torre. Guillermo de Tiro iba tras ella. El archidiácono no había querido sufrir las incomodidades de un castillo en plena construcción y por eso había permanecido en Jerusalén mientras Le Châtelet cobraba forma y altura.

—¿De qué diablos va a hablarnos hoy Balduino? ¿A qué viene tanta prisa por reunirnos? Seguro que tú lo sabes —demandó nervioso el canciller del reino.

El caballero lazarista se llevó al religioso a un rincón del pasillo.

—Tal vez quiera comunicarnos por fin la gran noticia que todos estáis esperando —le dijo.

—¿A qué te refieres?

—A su abdicación del trono. ¿No eres tú uno de los que más lo empujan a ello?

—Hombre, yo… —se ofuscó el archidiácono.

—Pensaba que denostabas a Inés de Courtenay, pero ya estás en su mismo bando —le reprochó Amadís agriamente.

El semblante de Guillermo de Tiro cobró de repente una gravedad inusitada.

—Sigo censurando a la madre del rey por una vida licenciosa de la que tú ya formas parte, según he oído —le espetó a su amigo—, pero coincido con ella en la preocupación por su hijo. ¿Eso está mal?

Un juramento se le atravesó a Amadís en la garganta.

—¡¿Y crees que a mí no me quita el sueño la enfermedad de Balduino?! ¡Te recuerdo que mi propio hijo murió de lo mismo! —exclamó colérico.

—Lo sé —cabeceó el religioso—. Por eso a veces creo que

utilizas a Balduino para recuperar lo que la vida te arrancó hace años. Yo te puse a su lado porque sabía que serías compresivo con su estado y lo tratarías con cariño y delicadeza. Pero nunca pensé que tu influencia sobre él fuera tan… tan…

Amadís había agarrado al archidiácono por el pecho mientras esperaba la palabra que mejor describiera su influjo maligno sobre el monarca. La cabeza pelada de Hunfredo de Torón apareció mientras tanto bajo el umbral de la puerta.

—El rey está esperando… —gruñó, y desapareció dentro de la sala.

Un rumor nervioso hacía vibrar la estancia cuando el caballero de San Lázaro alcanzó su escaño. La premura por llevar a cabo la reunión parecía ser la causa. Algunas voces alteradas se asombraban ante la ausencia de los gobernantes más poderosos de los Estados Latinos con permiso del propio rey: Raimundo de Trípoli y Bohemundo de Antioquía. Criticaban incluso que no se les hubiera avisado a tiempo para tratar un tema tan crucial para el devenir del reino. Solo Amadís sabía que Balduino ni siquiera se había molestado en invitarlos. Y si Inés de Courtenay lo había hecho por su cuenta, aquella reunión iba a pillarlos por el camino.

En cualquier caso, todos los allí presentes, sin excepción alguna, habían acudido a la cita pensando en una asamblea con únicamente dos puntos en su orden del día: la designación de Hugo III de Burgundy como futuro marido de Sibila y la renuncia de Balduino IV cuando el francés llegara a Tierra Santa con los vientos de la próxima primavera. Pocos eran los que no conocían ya la decisión tomada por la familia Courtenay para suplir al monarca enfermo.

Los murmullos cesaron en cuanto el rey se levantó de su trono dorado. Lucía el monarca un rictus concentrado y a la vez divertido aquella mañana de mediados de mayo. Se notaba que estaba pensando en cómo presentar su discurso. Cruzó una mirada cómplice con Amadís y desenrolló el pliego que llevaba entre las manos. Era un mapa, y por eso no leyó nada. Tan solo lo colocó en la pared y dejó que todos lo observaran tranquilamente.

El silencio inicial dio paso a algunos bisbiseos a medida que los miembros del Tribunal iban identificando ciudades, montes, lagos, fortalezas… Le Châtelet estaba entre ellas. A su lado, Damasco; y

muy cerca de la capital de Siria, una zona verde que el rey había rodeado con un círculo de tinta roja.

Tras el escrutinio, todas las miradas regresaron a un monarca que continuaba, impertérrito, sobre el estrado.

—He aquí el objetivo de nuestra próxima campaña —asentó entonces Balduino con calma, y posó su dedo sobre la marca roja del mapa.

Giraron las cabezas de los barones como si fueran gallinas despavoridas. El asombro y el desconcierto arrancaron todo tipo de exclamaciones entre los concurrentes. Quien más quien menos había tomado las ciudades y fortalezas del mapa por la ruta de Hugo de Burgundy en su primer viaje a través del reino.

Hunfredo II de Torón fue el primero en reaccionar al imprevisto. Al fin y al cabo, era el condestable, y oír hablar de nuevas campañas le había hecho levantar las orejas como a una liebre acosada por los perros.

—Eso es el bosque de Banias… —dijo.

—Así es —replicó Balduino tan tranquilo.

Joscelino de Courtenay fue el siguiente en intervenir. Tenía el cuello rojo, pero la cara lívida el senescal del reino. Él era uno de los artífices del advenimiento del tal Burgundy. Y, además, conocía al dedillo el orden del día de una asamblea diseñada para tratar exclusivamente el tema sucesorio. De hecho, lo había redactado él mismo delante de Balduino, con su consentimiento. No obstante, aquella temeridad súbita y alocada de su sobrino le hizo olvidarse de todo.

—¡¿Pretendes regresar a las puertas de Damasco y saquear esas tierras?! ¡¿Ahora?! ¡¿Te has vuelto loco?! —le echó en cara al rey, prescindiendo de cualquier tratamiento honorífico.

—No podemos dejar que el moribundo resucite —sostuvo Balduino con increíble aplomo.

Guillermo de Tiro y el patriarca Amalarico de Nesle se levantaron casi a la vez de sus asientos. Pero no para decir nada, sino para ponerse a rezar en alto. Ambos parecían pedirle a Dios la vuelta a la cordura del joven monarca. Fue entonces cuando el propio Odón de Saint-Amand pidió la palabra; y los rezos y las voces cesaron por completo.

El gran maestre se aclaró la garganta antes de comenzar un

discurso que se presumía largo o, cuando menos, contundente. Sabía el caballero templario de su peso dentro de aquella Cámara. Era consciente del poder de su Orden a la hora de influir en las decisiones reales.

—Majestad, hemos estado casi seis meses en territorio sirio, a apenas treinta millas del enemigo. Le hemos demostrado de lo que somos capaces y, sobre todo, que no le tememos. La construcción de Le Châtelet ha constituido una auténtica demostración de determinación y fuerza por nuestra parte. Pero ya es suficiente. —Saint-Amand hizo una pausa con el fin de dar más lustre a su siguiente mensaje—. Sería un error garrafal volver a la misma zona y exacerbar todavía más la ira de Saladino. Creo más sabio y prudente…

Una silla chirrió con estrépito en mitad de la sala. Una inmensa cruz verde sobresalió por encima de cien cabezas como las aspas de un molino celeste. Hasta Odón de Saint-Amand perdió el hilo de su discurso cuando divisó la silueta amenazante del gran maestre de San Lázaro.

—¿Ya es suficiente con lo que hemos hecho, dices? —interpeló Amadís al templario.

—¡Pues claro!

Movió la cabeza dubitativo el lazarista mientras fijaba su mirada en el mapa.

—¿A quién pertenece ese nuevo castillo ahora? —preguntó.

—¿Le Châtelet? ¡A mi Orden! ¡Nos lo ha confiado el monarca! —exclamó ufano.

—Claro, sí, entiendo —cabeceó Amadís—. Una fortaleza más para los templarios. Ya he perdido la cuenta.

El ambiente de la sala se había tensado de repente como la cuerda de una ballesta. Pero eso era algo con lo que ya contaban tanto el rey como el lazarista.

—¿Tienes algún inconveniente? —Odón de Saint-Amand entornó los párpados.

—Ninguno —repuso Amadís—. Tan solo estaba calculando a cuántos hombres has dejado allí acantonados para guardar el vado de Jacob.

—¡Más de mil! ¡¿Te parece poco?! —contraatacó el templario a sabiendas de que la Orden de San Lázaro no podría reunir tal

cantidad de servidores ni resucitando a todos sus leprosos muertos.

—Al contrario —replicó Amadís con calma—. Me parece un número muy apropiado. Ahora dime: ¿cómo vas a alimentarlos?

El gesto granítico de Odón de Saint-Amand se volvió de repente inseguro.

—Pues… pues… habrá que enviarles vituallas y bastimentos; como a otros bastiones aislados en la frontera… —titubeó.

—Claro. Es natural. ¿Y lo harás tú con tus propios recursos? ¿Organizarás una caravana de suministros y la acompañarás con tus caballeros hasta Le Châtelet?

Odón de Saint-Amand se movió inquieto antes de ponerle palabras a un pensamiento excesivamente obvio.

—¡No tengo tantos templarios en Jerusalén como para escoltar un convoy tan grande hasta las puertas de Damasco! ¡Mis castillos están lejos, en el sur! Eso lo saben hasta los niños —se quejó—. Tendrán que apoyarnos los ejércitos del reino…

Hunfredo de Torón continuaba en pie al lado del mapa. Había hablado poco hasta el momento, tan solo para mostrar su disgusto con la idea de salir nuevamente de campaña. Había asistido después con ademán hermético al violento rifirrafe entre ambos grandes maestres. Sin embargo, aquel último supuesto del caballero templario acabó por hacerlo salir de su mutismo.

—¡El ejército de Jerusalén no va a exponerse otra vez en campo abierto, si te refieres a eso! —tronó colérico—. Escoltar una caravana con víveres para alimentar a mil hombres durante todo el invierno sería igual que correr hacia el enemigo con los brazos abiertos y el cuerpo desnudo. ¡Los hombres que has dejado en Le Châtelet tendrán que valerse por sí mismos! —zanjó Hunfredo, categórico.

—¡Maldita sea, Hunfredo, te creía con más cabeza! ¡Te pensaba más comprensivo con los de mi Orden! —se encorajinó Odón de Saint-Amand—. Se te olvida que solo he dejado a ochenta jinetes en el castillo. Ellos no pueden forrajear y cazar para mil peones y algunos sirvientes… ¡¿Pretendes que los deje morir de hambre?!

Amadís se había sentado otra vez en su escaño para contemplar con más perspectiva el debate. Miró al rey en medio de la trifulca y le guiñó un ojo. Balduino le devolvió el gesto. Nadie en la sala parecía acordarse ya de un desconocido llamado Hugo III de

Burgundy, ni de la dichosa renuncia. Cien cabezas pensantes trataban de encontrar la manera de que los templarios de Le Chastellet no perecieran de inanición sin tener que recurrir a una arriesgada caravana de suministros.

XLI

Al final, una incursión en el bosque de Banias a todos se les antojó como la estrategia perfecta. Allí pastaban los rebaños de Damasco en primavera. Miles de ovejas y vacas guardadas por unos cuantos pastores sin armas y, tal vez, algún pequeño escuadrón de caballería sarracena. Porque nadie podía esperar una vuelta de los cruzados tan pronto. Y, sin embargo, la necesidad de abastecer a los destacados en Le Châtelet iba a obligarlos a hacerlo. Pero no en forma de caravana, con cientos de carruajes expuestos a la destrucción y al asalto, sino con un reducido ejército de caballeros acorazados. Aquellas tropas se moverían con gran rapidez hasta alcanzar el bosque; secuestrarían cientos, tal vez miles de cabezas, y acabarían con los pastores, con sus guardianes y con todas las reses que no pudieran llevarse.

Con tan valioso botín los vigilantes del vado de Jacob podrían vivir todo el invierno e incluso más tiempo mientras la ciudad de Damasco se moría de hambre. Resultaba obvio que los caballeros cristianos tampoco podrían eternizarse en territorio enemigo. Porque en cuanto asestaran el primer zarpazo, las noticias volarían hasta la capital de Siria y entonces Saladino saldría a buscarlos con todos sus efectivos. Así pues, el plan diseñado en aquella misma reunión incluía una única acción rápida y una meteórica vuelta a casa. La salida sería casi inmediata, pensaron en un principio; y, sin embargo, la inesperada revuelta de Baalbek lo aplazó todo una semana completa.

Como siempre, fueron los beduinos los portadores de la noticia. Según dijeron, la ciudad conquistada por Saladino a los turcos selyúcidas solo cuatro años antes se había sublevado contra sus nuevos gobernantes. Al parecer, el levantamiento había tenido éxito gracias a la ayuda de Raimundo de Trípoli. Por eso, el sultán de Siria y Egipto había anunciado sus intenciones de movilizar todas

sus fuerzas disponibles con el fin de aplastar de manera definitiva a los insurgentes.

Tras escuchar a sus aliados del desierto, Balduino decidió esperar hasta que Saladino moviera a todo su ejército a la ciudad de Baalbek. Se le ocurrió que de esa manera encontraría el camino más expedito para su rapiña. Amadís aprovechó aquel tiempo para quitarse la cota de malla y enfundarse sus ropas de sanitario.

Volvió el gran maestre de la Orden a recorrer las plantas del Hospital de San Lázaro como antaño. Encontró algunas caras nuevas entre los enfermos, y echó de menos a otros que habían fallecido durante su estancia en Le Châtelet. Se le hizo esta vez más duro el trato con aquellos seres de voz ronca y facciones leoninas. Y es que muchas veces se sorprendía a sí mismo pensando en el día en que vería así a Balduino. Aquello lo descorazonaba. Se obligaba entonces a acallar su mente a base de más dedicación y trabajo, hasta que el jergón de su celda recibía por la noche la visita de un cuerpo exhausto y una mente aplacada.

Fue pocos días antes de partir hacia Banias cuando el prior Alberico se presentó ante Amadís con cara de pocos amigos.

—Hay una mujer que pregunta por ti —le dijo.

—¿Leprosa?

—Al contrario. Muy sana —replicó el religioso con sorna—. La he hecho pasar a la iglesia para que no ande llamando la atención en el patio.

—¿Se trata de Inés de Courtenay?

—No, es la otra —gruñó el prior.

Ivette estaba sentada en uno de los primeros bancos, pero Amadís jamás la habría reconocido viéndola por la espalda. Aquellos cabellos recogidos en un moño alto no eran los que él recordaba de los viejos tiempos. Tampoco el vestido de cendal con ricos bordados habría sido el más adecuado para servir jarras de vino entre rudos clientes. Pero saltaba a la vista que la transformación de la tabernera había sido completa desde que frecuentaba la corte como si fuera una princesa armenia.

Amadís se sentó a su lado sin pronunciar palabra, y se puso a mirar el retablo del altar como si rezara.

—Quizá debiéramos salir de aquí… —propuso la muchacha al instante.

—¿No quieres que Dios ni los santos te escuchen? ¿Tan grave es lo que has venido a decirme? —ironizó el lazarista sin mostrar intenciones de moverse del sitio.

Ivette lanzó un sonoro bufido. Conocía muy bien el lado sarcástico de su antiguo compañero de alcoba.

—Balduino me ha dicho que saldréis de campaña pasado mañana —asentó la muchacha con voz tirante.

—Así es.

El silencio reinante en el templo permitía escuchar el crepitar de los cirios. La quietud, sin embargo, solo duró un segundo.

—¡¿Hasta cuándo, Amadís?! —exclamó Ivette presa de una indignación explosiva.

El lazarista decidió obviar el tono airado y la agresividad del gesto. Escogió también malinterpretar la pregunta a propósito.

—Oh, apenas estaremos fuera una semana. Tal vez diez días… —respondió con indiferencia.

—¡Sabes muy bien que no me refiero a eso!

—¿A qué entonces? —Amadís enarcó las cejas de manera ingenua.

Repentinamente, las palabras y la cólera se agolparon dentro de la garganta de Ivette como flemas incandescentes.

—¡¿Hasta cuándo vas a manipular a Balduino?! —gritó cuando logró hilvanar sus ideas.

Un horrible exabrupto precedió a un violento puñetazo sobre el banco de la iglesia de San Lázaro. La sangre de Amadís volvía a hervir como un caldo rojo abandonado al fuego.

—¡Balduino es dueño de sus actos, y perfectamente consciente de sus obligaciones como monarca! ¡Es él quien toma todas y cada una de sus decisiones! ¡¿Cuándo vais a daros cuenta de eso, maldita sea?! —aulló encolerizado—. ¡¿Tú también eres de las que quieren verlo apeado del trono?! ¡¿Y para qué?! ¡¿Para contemplar de cerca cómo languidece paseándose por los jardines de palacio mientras otros con menos aptitudes se ocupan del gobierno del reino?! ¡¿Es eso lo que todos deseáis?!

Durante unos instantes, las llamas de los cirios ardieron sin sobresaltos mientras Ivette y Amadís trataban de recobrar la calma. Ambos se dieron cuenta de que jamás habían discutido de aquella forma tan virulenta cuando eran amantes.

—Lo único que yo quiero es disfrutar de Balduino unos pocos años —musitó Ivette—. Ya sabes…

Cabeceó aquiescente el lazarista.

—Sí, claro. Te gustaría compartir con él lo que le quede de vida. Dar paseos por los jardines… Bañarte a su lado en la Nueva Cisterna… Contemplar el crepúsculo desde la torre de David… Mirar el firmamento de noche… Contar historias… —Amadís hizo una pausa—. Vivir sin temor a que un día ya no vuelva de la guerra.

—¡Sí!

—O sin temor a que vuelva vivo pero enfermo, con nuevos achaques debido a los esfuerzos de la campaña… —prosiguió Amadís en su dramático soliloquio.

—¡Eso!

—Es natural. Es muy loable esa forma de ver las cosas —asintió el caballero de San Lázaro—, pero ¿te has preguntado si a Balduino le llenaría una vida así, tal y como la imaginas?

Ivette desorbitó los ojos, pero después entornó los párpados como si la oscuridad de la iglesia le impidiera una visión diáfana de las cosas y de los pensamientos ajenos.

—¿Qué estás intentando decirme, conde de Monterroso? —demandó con el ceño fruncido.

—Algo muy sencillo. —Amadís lanzó a la muchacha una mirada descarnada—. ¿Crees que tu simple presencia ya lo llenaría todo? ¿Eres tan ilusa de pensar que Balduino sería plenamente feliz tan solo por tenerte pegada a él todo el día? ¿Acaso te crees tan importante?

La voz se le enronqueció repentinamente a la antigua tabernera de El León Dorado.

—Comprendo que tengas estas dudas —murmuró con lágrimas en los ojos—. En realidad ahora es cuando lo entiendo todo.

Sonrió Amadís satisfecho de su elocuencia.

—Me alegro mucho. Ya te digo que un rey… —quiso continuar, pero se vio interrumpido.

—No me refería a Balduino.

—¿A quién entonces?

Ivette tuvo que recurrir al vuelo de su falda para secarse los ojos.

—A ti y a mí. A nosotros —sollozó—. Acabo de entender por

qué nunca fui suficiente para el apuesto y valiente caballero Amadís Pérez de Traba. Pero lo peor de todo es que piensas que Balduino es como tú. Y en eso te equivocas.

El llanto acompañó a la bella tabernera hasta el patio de la colonia. Dos ojos estupefactos la siguieron mientras recorría, tambaleante, el pasillo central de la iglesia. Y no eran los de Jesucristo crucificado.

XLII

Balduino se puso en marcha cuando tuvo constancia de que el ejército ayubí había partido de Damasco en dirección a Baalbek. Apenas se llevó con él a doscientos cincuenta jinetes. Consideró aquella tropa más que suficiente para adueñarse de las vacas y las ovejas de Saladino; y vencer, si era necesario un enfrentamiento, a la escolta de aquellos rebaños.

Corría el 25 de mayo del año del Redentor de 1179 cuando las huestes cristianas alcanzaron la antigua ciudad de Cesarea de Filipo, al abrigo del monte Hermón, muy cerca ya de su objetivo final. Podían haber pernoctado en Le Châtelet, pero la sospecha de que el vado de Jacob pudiera estar vigilado les hizo desistir de la idea. Por eso escogieron aquella recóndita urbe romana. Porque sus cuevas, sus túneles y sus templos todavía en pie les darían cobijo tanto de la intemperie como de las miradas enemigas. Además, el enclave contaba con un manantial que proporcionaría agua abundante a hombres y bestias.

La luna todavía rodaba por los cielos de Siria cuando Balduino y su reducido ejército levantaron el campamento y se introdujeron entre dos paredes de roca. Un silencio tenso, plagado de relinchos y campanilleo de armas, los acompañó a través del desfiladero que Amadís había elegido para plantarse en el mismo corazón del bosque de Banias. Algunos batidores ascendieron, con trabajo y peligro, hasta el borde de aquellos acantilados mientras el grueso de la tropa seguía el curso de un arroyuelo.

La mayor parte de aquellos curtidos veteranos ya había estado allí antes, y por eso pocos se sorprendieron cuando aquella modesta corriente de agua se convirtió primero en torrente y después en catarata. El rey fue uno de los que sí se pasmaron ante tanta exuberancia. También se mostró confundido al no ver factible la salida de aquel estrecho. Amadís se colocó entonces a su lado y le

señaló una línea blanca casi imperceptible con la punta de la lanza. Después le explicó cómo procederían a partir de ese instante.

El grupo debería ascender en fila de a uno por aquella senda zigzagueante, muy atentos a las riendas y a los tropiezos de las cabalgaduras. Una vez arriba se desplegarían en un amplio semicírculo con el fin de encerrar dentro de un redil de picas a todos los rebaños que a buen seguro estarían pastando en la llanura. En cualquier caso, el hecho de que los batidores no hubiesen avistado jinetes enemigos no quería decir que no los hubiera, asentó el lazarista con ademán serio. Y por eso instó a Balduino a colocarse la cota de malla y las brafoneras de manera inmediata, incluso si le hacían daño.

El rey se lamentó amargamente de las rozaduras al acabar la jornada. Porque aquella primera incursión en el bosque de Banias fue lo más parecido a un paseo por los jardines de su ciudadela. A decir verdad, las lorigas y las lanzas estuvieron de sobra desde el principio. Dejar fuera de combate a los cuatro o cinco pastores que intentaron huir a lomos de sus burros resultó ser un juego de niños para los cruzados. El rapto posterior de los rebaños y su traslado a Le Châtelet se llevó a cabo sin el menor incidente.

Corrió la sangre en el castillo templario aquella misma tarde. Y seguían balando de miedo las ovejas cuando cayó la noche. Porque los matarifes no quisieron interrumpir su trabajo ni siquiera para participar en las celebraciones. Parecía correrles prisa poner en salazón toda aquella carne con el fin de guardarla en las bodegas a la espera del invierno.

Circuló también el vino en abundancia en los salones de Le Châtelet, aunque no todos los expedicionarios lo cataron. Los caballeros del Temple prefirieron abstenerse de caer en las manos pringosas del dios Baco y solo bebieron agua del pozo. Algunas malas lenguas afirmaron, sin embargo, que si obraban así era porque su gran maestre, Odón de Saint-Amand, estaba presente en el banquete.

Y es que había mucho que celebrar a cuenta de las miles de cabezas aprehendidas al enemigo sirio; y hasta Hunfredo de Torón, hombre siempre mesurado en sus costumbres, consumió varias jarras de caldo rojo. Después, acabada ya la cena, llegaron los discursos.

Habló el rey con la serenidad y la parsimonia de un veterano, y se le vio muy satisfecho con lo conseguido. Disertó a continuación su tío Joscelino, que pareció haberse olvidado de un fantasma llamado Hugo de Burgundy. Tomó en último lugar la palabra el condestable del reino.

Tenía Hunfredo la nariz muy roja y los párpados algo caídos cuando se puso en pie. Arrastraba un poco las palabras, hipaba de vez en cuando, pero logró dejar clara su idea a pesar de los muchos tropiezos.

Sugirió el condestable una nueva incursión en cuanto amaneciese. Otra «gatada» a Saladino, lo llamó él entre risas. En un lugar distinto, evidentemente; en unos parajes que él conocía como la palma de su mano. Porque el castillo de Le Châtelet, afirmó entre balbuceos, todavía contaba con mucho espacio en sus bodegas y neveros para almacenar más cecinas y más mondongos.

Fue aquella una propuesta aplaudida por casi todos los presentes, a pesar de los indiscutibles signos de embriaguez que aquejaban al bueno de Hunfredo. Solo Amadís y el conde español Álvarez de Sarria se opusieron a la iniciativa. El botín obtenido aquel día, defendió el conde de Monterroso, ya era suficiente para alimentar a todos los moradores del castillo durante un año entero, por lo menos. Además, no podía descartarse que algún pastor hubiese conseguido llegar a Damasco tras escapar de la emboscada, en cuyo caso habría ya tropas ayubíes pululando por los alrededores.

El gran maestre de la Orden de Monte Gaudio suscribió todo lo dicho por el lazarista y terminó su alocución con un refrán que solo arrancó carcajadas entre los concurrentes. «*La avaricia rompe el saco, señores*», sostuvo con un dedo en alto antes de volver a sentarse.

El vino que corría por las venas de todos, incluso por las de Balduino, fue el peor enemigo de los dos disidentes a la hora de hacer valer su criterio, porque nadie los tomó en serio. Algunos incluso se mofaron de que la afamada sangre española de ambos condes se hubiera convertido de repente en agua.

Así pues, la alborada pilló a muchos de aquellos caballeros ufanos todavía sentados a la mesa; adormilados, medio borrachos, pero aun así convencidos de que el éxito volvería a sonreírles

aquella brumosa mañana de mayo.

Se empeñó Amadís en que el rey saliera de Le Châtelet forrado de malla, pero el monarca se negó en redondo. Se escudó en las molestas rozaduras cosechadas el día anterior para prescindir de una armadura que no iba a hacerle falta. Muchos siguieron el ejemplo de Balduino porque, según dijeron, no hacía falta coraza para ir a cazar cabras. Y por eso, el patio de armas del castillo quedó alfombrado de cotas de acero burdamente enrolladas.

Hunfredo II de Torón buscó la compañía de los dos condes hispanos al poco rato de marcha. Él sí llevaba puesta su coraza de anillas, las brafoneras e incluso los guanteletes. Un extraño rictus entre la preocupación y la vergüenza afeaba el semblante habitualmente digno del condestable.

—Creo que ayer no estuve muy acertado… —murmuró como si hablara solo.

—Ningún borracho suele estarlo —le reconvino Amadís agriamente.

—El vino desboca el optimismo, pero nubla la vista y por eso impide ver los peligros —abundó Álvarez de Sarria.

Cabeceó Hunfredo, avergonzado por su comportamiento. Después volvió la vista atrás para buscar unas murallas que ya no estaban en el horizonte.

—Tal vez debiéramos regresar antes de alejarnos más —titubeó indeciso.

Amadís impostó una carcajada como si le hubieran contado un chiste sin gracia.

—¿Volver? ¿Se lo dirás tú al rey? —preguntó.

Balduino cabalgaba en medio de su pequeño ejército, flanqueado por Odón de Saint-Amand y su tío Joscelino. Trotaba indolente, despreocupado. Lucía su habitual sobreveste con la cruz amarilla directamente sobre la carne. Amadís se dio cuenta de que ni siquiera llevaba el yelmo colgado del arzón de la silla.

—Ya has metido en canción a demasiada gente como para echarte atrás ahora. A lo hecho, pecho —recriminó otra vez Álvarez de Sarria al condestable.

—Sí, es posible —reconoció Hunfredo con ademán compungido —. ¿Tú eres de rezar?

—¡Por supuesto! —respondió el español mientras Amadís

guardaba silencio.

—Pues hagámoslo durante un rato —propuso—. Al menos hasta que salgamos de este barranco.

Cabalgaban en dirección sur, siguiendo el lecho de un río seco. Era un camino pedregoso, serpenteante, encajado entre profundos acantilados, el que Hunfredo de Torón había elegido para plantarse en las estribaciones del monte Arbel sin ser advertidos por nadie. Allí volverían a ganar altura, y saldrían a campo abierto para asestar un nuevo golpe. En aquellas estepas pasaban la primavera los famosos rebaños de cabras de Damasco. Ya habían dejado a Saladino sin ovejas ni vacas de cara al invierno. Ahora se trataba de que los sirios ni siquiera tuvieran leche que llevarse a los labios.

El día se presentaba abrasador, sobre todo dentro de un cauce en el que el sol calentaba los cantos hasta convertirlos en ascuas. Amadís echó mano de su odre y bebió unas gotas de agua. Sintió envidia de los batidores que avanzaban por encima de los riscos. Desde su elevada posición, además de vigilar la llanura y el barranco, aquellos hombres podían también disfrutar de la brisa en el rostro.

—¿Quieres un poco? —El lazarista le ofreció su pellejo a Álvarez de Sarria.

El de Monte Gaudio apenas se mojó los labios.

—Se nota que Dios quiso castigar a los moradores de estas tierras por sodomitas y fariseos —murmuró mientras miraba en derredor con ojos entornados.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿No ves que les puso las tierras por debajo del nivel del mar para que se cocieran a fuego lento?

—Tal vez Dios se quedó sin agua después de crear Galicia —bromeó Amadís—; y después se vino para aquí solo con las piedras y los guijarros sobrantes.

El gran maestre de Monte Gaudio no conocía muy bien los principios religiosos del lazarista —o más bien la falta de ellos— y por eso se tomó la reflexión en serio.

—Sí, también pudo ser así como dices —respondió pensativo—. Por cierto, algún día tendrás que volver allí a poner tus cosas en orden.

—Sí, en cuanto encuentre un rato libre.

Colgó Amadís su odre del arzón, pero enseguida volvió a alzar su mirada hacia las peñas al escuchar los graznidos. Una bandada de cuervos sobrevolaba las cornisas. Algo había espantado de sus nidos a unas aves siempre recelosas. De lo contrario no andarían atronando el desfiladero con sus ecos de alerta.

—¿Queda mucho para salir de esta ratonera? —le dijo a Hunfredo de Torón tras alcanzarlo.

La pregunta sobresaltó a un condestable que cabalgaba con los ojos casi cerrados. Los excesos de la noche anterior y las oraciones que venía desgranando por el camino lo habían sumido en un sopor irresistible.

—¿Para el monte Arbel? —bostezó aparatosamente.

—Para donde sea.

—Unas tres millas. ¿Por qué?

—Porque los cuervos no levantan el vuelo sin una buena causa. Pero, sobre todo, porque desde hace unos minutos no consigo ver a ninguno de nuestros exploradores ahí arriba.

Hunfredo de Torón se quitó el sol con el dorso de la mano para escudriñar las peñas.

—Tal vez se hayan alejado un poco… ¿Ves? —repuso satisfecho cuando un jinete apareció de repente al borde de los cortados. Sus ojos de mochuelo le impidieron apreciar, sin embargo, los tres astiles de flecha que aquel hombre llevada clavados en la espalda.

—¡Rápido, poneos los cascos! ¡Van a atacarnos! —tronó Amadís al instante.

—¡¿Cómo?!

Hunfredo de Torón todavía se debatía en el aturdimiento cuando el vigía cristiano se precipitó al vacío con su montura. Escogió una muerte más rápida e indolora el cruzado antes que verse en manos de quienes lo perseguían.

—¡Salgamos de aquí! —exclamó el lazarista tras presenciar el brutal impacto de bestia y jinete contra las rocas.

El grupo picó espuelas en medio del desconcierto. Muchos ya no se acordaban de que sus corazas se habían quedado en el patio de Le Châtelet; y por eso las buscaban sobre los lomos de sus monturas. El mismo rey estaba entre los que se lamentaban de aquella desidia.

—¡¿Te das cuenta ahora de la imprudencia?! —Amadís se dirigió

a Balduino sin cuidarse de si otros escuchaban la regañina.

—Sí.

—¡Entrar en territorio enemigo sin coraza ni casco no tiene perdón de Dios! ¡¿Me entiendes?!

—Sí.

—¡Pues no se te ocurra desobedecerme la próxima vez! ¡Todavía no tienes edad ni experiencia como para llevarme la contraria en estos asuntos, rediantre! Y ahora, ¡ponte mi casco!

—De acuerdo.

Balduino siguió cabalgando en silencio, con la mirada puesta en la siguiente revuelta del camino; aunque, como todos, echaba vistazos intermitentes a los cortados por si allí asomaran los temidos arqueros sarracenos. Amadís se percató entonces de que muchos de los hombres encargados de la seguridad del rey iban a cuerpo gentil, y por las justas llevaban escudo. Llamó entonces a Álvarez de Sarria y le pidió que fueran sus huestes las que ejercieran como escolta del monarca. Porque los de Monte Gaudio sí vestían como dictaban los cánones.

Hunfredo de Torón, mientras tanto, abría la marcha con trote nervioso, libre ya de los tentáculos del sueño. Había vuelto a ser el soldado intrépido y competente de siempre. Aun así, Amadís lo hizo detenerse al poco rato.

—Nos van siguiendo por arriba —le dijo.

—¡Eso ya lo sé, maldita sea! Por eso mismo no deberíamos perder el tiempo en paradas inútiles —gruñó el condestable.

Amadís ignoró el destemple de Hunfredo, y señaló hacia un ramal que se desgajaba del barranco.

—¿Adónde lleva esto?

—Asciende también a la llanura, pero nunca alcanzaremos la subida del monte Arbel antes que ellos si seguimos hablando en balde. Ya no queda mucho. Al menos allí podremos batirnos en campo abierto.

Sacudió Amadís la cabeza con vehemencia.

—Ellos llegarán antes a esa cuesta, y nos cerrarán el paso. No olvides que el enemigo cabalga por una planicie mientras que nosotros lo hacemos por encima de un mar de pedruscos.

Hunfredo pareció hacer sus cálculos.

—Sí, es posible —admitió al cabo—. En realidad, puede que

lleguen antes que nosotros a todas partes. Entonces…, mejor nos volvemos por donde hemos venido.

—Eso tampoco.

—¿Por qué?

—Porque a estas horas varios escuadrones de caballería enemiga andarán ya pisándonos los talones. Y si nos trabamos con ellos dentro de este atolladero, los de arriba tendrán tiempo de sobra para bajar y rematarnos por la espalda.

—¡¿Qué diablos quieres que hagamos entonces?! —se encrespó el viejo condestable—. ¿Convertirnos en mártires? Bien pensado, no se trata de un mal sitio. Este es el barranco del Infierno.

Pasó Amadís por alto la pregunta y la ironía.

—¿Qué subida es más ancha? —preguntó—. ¿Esta o la del monte Arbel?

—Este ramal es mucho más amplio y despejado —reconoció Hunfredo más aplacado, más hecho a la idea de pelear por su vida y por la de su rey entre peñascos y cuervos.

No le hizo falta al gran maestre de San Lázaro seguir escuchando. Impartió órdenes escuetas y se colocó al frente del pelotón con el fin de liderar la subida. A su lado, Álvarez de Sarria y el condestable. Un poco más atrás, el grueso de la tropa, con Balduino en el centro, rodeado por los de Monte Gaudio.

No sufrieron el hostigamiento de los arqueros en el ascenso, ni tampoco les lanzaron rocas desde los cortados. A media cuesta, sin embargo, la sospecha de Amadís quedó plenamente confirmada: un enorme escuadrón de caballería enemiga andaba tras sus pasos. Una gran nube blanca los ocultaba, pero, a juzgar por el tamaño de la polvareda, no serían menos de trescientos jinetes. A pesar de todo, Hunfredo de Torón se mostró confiado en las posibilidades del ejército cristiano.

—Al coronar nos abriremos paso entre los que vienen siguiéndonos por arriba. No pueden ser muchos. Cuando los desbandemos, nos ocuparemos de los que se acercan por abajo.

Acertó a medias el condestable. En efecto, no eran demasiados los enemigos. Al menos no superaban en gran número a los cruzados. Pero

Farruk-Shah,

sobrino de Saladino y jefe de la guarnición de Damasco, quería

hacer méritos aquel día, para poder arrogarse ante su insigne tío la muerte del último rey de Jerusalén. Y por eso lanzó a los suyos a una furiosa carga en cuanto vio aparecer las lanzas cristianas.

Cuando los vio bajar la cuesta como demonios desbocados, Amadís tuvo apenas tiempo para ladrar un par de órdenes.

—¡Proteged a Balduino con vuestra vida! —les gritó a los de Monte Gaudio—. ¡Apretaos hacia el interior de la calzada! —aulló después mientras se preparaba para un combate en el que el desnivel y, por tanto, el ímpetu en la embestida estarían de parte sarracena.

XLIII

Estrecharon su formación los cruzados hasta dejar libre el exterior del camino. Era aquella una concesión temeraria en apariencia, pues permitiría al enemigo penetrar muy hondo en las filas cristianas e incluso superarlas. Pero también se trataba de una celada. Porque si
Farruk-Shah
deseaba hacer buena la ventaja y conquistar ese flanco, primero tendría que lidiar con el precipicio. A aquella altura, el barranco del Infierno se divisaba como una profunda sima blanca hambrienta de cuerpos muertos.

Aquellos jinetes cuya montura diera un mal paso entre las piedras o trastabillase al borde del abismo morirían sin remedio. Bajarían hasta el fondo del cauce dando tumbos por la pared de roca hasta acabar convertidos en un amasijo de acero, telas y pulpa.

Eran lanceros ayubíes quienes formaban las primeras filas enemigas. Venían pertrechados para el combate a la usanza cristiana. Detrás de ellos, sin embargo, viajaban hombres con indumentarias más modestas. Parecían artesanos o campesinos arrastrados a la batalla a última hora. La mayoría solo portaba escudo y cimitarra. Algunos ni siquiera lucían yelmo de acero sobre la cabeza, sino un burdo casco de cuero duro. Tal vez, se le ocurrió a Amadís, las mejores tropas fueran las que venían siguiéndolos por el barranco. Y por eso el cometido de aquel escuadrón enemigo tan solo fuese el de entretenerlos hasta que llegaran los de abajo. Aun así, el propio
Farruk-Shah
cabalgaba a retaguardia del grupo. Sus ropas, sus armas y el grupo de mamelucos que lo rodeaba lo señalaban como al líder indiscutible de aquel ejército.

Los lanceros sirios decidieron evitar el precipicio en la medida de lo posible, y buscaron el choque frontal contra el centro de la vanguardia cristiana. Pero los cruzados ya habían previsto la maniobra, y de ahí que abrieran algo sus líneas en el último momento. Engulleron de ese modo dentro de su seno a los lanceros sirios. Hubo astas rotas, gritos, blasfemias y alaridos de muerte, como otras veces. Después, todo el mundo echó mano a sus espadas para continuar la refriega a golpe de tajo.

La voz de Amadís se alzó entonces por encima de la batahola para ordenar un nuevo estrechamiento de las líneas. Había visto partir la segunda oleada enemiga y pretendía despejar otra vez el borde del precipicio. Para que aquellas tropas menos expertas los atacaran por un pasillo angosto en el que a un lado solo había filos y puntas y en el otro, el vacío.

Farruk-Shah y su guardia de mamelucos se detuvieron antes de caer en la trampa.

—¡Ahora! ¡Empujad! —instó Amadís a los suyos, a aquellos que no estaban embarazados en la pelea con los lanceros sirios.

Quince o veinte jinetes sarracenos se precipitaron al vacío al primer embate. De pronto, sus monturas habían dejado de tener sitio para colocar las patas. Sus aullidos mientras se despeñaban llenaron la hoz del cañón de ecos espantosos. Muchos más corrieron la misma suerte a medida que los destreros cristianos iban ganando terreno en la calzada. Y es que nunca antes había librado Amadís una batalla en un espacio tan reducido.

Buscó a Balduino en medio del embrollo. Respiró aliviado al verlo junto a Hunfredo de Torón y al conde de Sarria. A pesar de las apreturas, el monarca todavía no se había visto obligado a cruzar aceros con nadie, y tal vez por eso parecía algo nervioso.

—¡Hunfredo, Rodrigo, sacad de aquí al rey como sea! —les gritó —. ¡Los demás os seguiremos en cuanto sea posible!

Se espantó Farruk-Shah al ver cómo las estrellas rojiblancas de la Orden española se abrían paso en medio del tinglado. No le importó abandonar a su suerte a todos aquellos campesinos y artesanos reclutados a la fuerza en las calles de Damasco, a unos hombres que iban a morir a manos de expertos matarifes. Seguramente pensó que sus lanceros le bastarían para prolongar la lucha hasta la llegada de los de abajo. Y, sin embargo, ni uno solo

de aquellos apuestos guerreros quedaba en pie cuando el pelotón que ascendía desde el barranco del Infierno se presentó para dar batalla.

A decir verdad, la escena debió de antojárseles sencillamente pavorosa a los que llegaban. Había un centenar y medio de caballeros cruzados bloqueando la calzada, listos para cargar contra ellos. Cuesta abajo, con monturas más pesadas y los brazos ya calientes de tanto repartir muerte. Una inmensa bandada de buitres sobrevolaba también la formación sarracena, a la espera de más cadáveres. A espada o por despeñamiento, tanto les daba a aquellas aves carroñeras.

Amadís ordenó iniciar la embestida con un movimiento de su espada. Un segundo más tarde, las tropas sirias comenzaron a maniobrar de manera alocada. Chocaban unos contra otros en medio del caos. Se empujaban, se golpeaban incluso, al tratar de volver grupas todos al mismo tiempo. Varios caballos perdieron el equilibrio en medio de aquel violento desorden y se fueron al abismo con sus jinetes. Otros lo hicieron mientras escapaban desbocados en busca del barranco.

Las huestes cristianas se detuvieron a los pocos pasos. Sabían que habían ganado una batalla con un simple amago. A pesar de todo, Amadís dejó a cien hombres allí apostados, para que le guardaran las espaldas mientras localizaba el paradero de Balduino y los de Monte Gaudio. Se llevó para la tarea a veinte jinetes.

Cuando coronaron, la llanura se presentó vacía y en calma. Le extrañó al lazarista aquella quietud anacrónica. Le inquietó no divisar al rey ni a sus guardianes. La falta de casco le permitió, no obstante, escuchar el tañido de las armas. Había pelea en unos matorrales cercanos. Era, en realidad, un bosquecillo de acebuches silvestres el lugar del que escapaba el fragor del combate.

Vio enseguida a Balduino caído en el suelo, y al condestable a su lado. Hunfredo pugnaba por levantar al monarca y alejarlo del peligro. A pocos pasos, Álvarez de Sarria y sus hombres andaban enzarzados en fiera disputa con los mamelucos. Habían establecido un perímetro de seguridad alrededor de Balduino, y, a pesar de su inferioridad numérica, intentaban mantenerlo a salvo de los zarpazos sarracenos.

Imaginó Amadís lo ocurrido: Farruk-Shah se habría refugiado en

la espesura, a la espera del desenlace de una batalla que había dejado a medias. Ver aparecer al rey de Jerusalén con unos pocos hombres a su alrededor había desatado su codicia de gloria. Y de ahí el improvisado ataque de su guardia personal.

Envió el gran maestre de San Lázaro a su menguada tropa en ayuda de los de Monte Gaudio. Él picó espuelas para acercarse a un rey que ya había logrado ponerse de rodillas pero aún daba muestras de aturdimiento. Hunfredo pretendía auparlo sobre su propia montura, ya que la de Balduino agonizaba con un lanzazo en el vientre.

Un guardián mameluco surgió de repente de entre los arbolillos antes de que Amadís lograra reunirse con los dos hombres. Traía el sarraceno su lanza en ristre, y al rey cristiano grabado en las pupilas. Los alaridos de Amadís no fueron suficientes para despabilar al monarca, pero sí al menos alertaron al condestable del peligro inminente.

Hunfredo se puso en pie de un salto y agarró su escudo. Se dio cuenta de que ya no podría subirse al caballo para defender al rey a espadazos; y por eso decidió interponer su propio cuerpo entre la moharra enemiga y el torso de Balduino.

Crujió la lanza del mameluco al horadar la adarga cristiana. Se llevó por delante al condestable como si fuera un muñeco de trapo, pero tardó unos segundos preciosos aquel jinete solitario en desembarazarse de su lastre. Un tiempo que Amadís aprovechó para llegar hasta él y cortarle la cabeza de un solo tajo.

Farruk-Shah escapó del bosquecillo cuando tuvo claro que no ganaría la batalla del desfiladero, ni tampoco acabaría con el último rey cristiano. Había perdido más de cien hombres aquella infausta mañana y, lo peor de todo, la confianza de su tío Saladino. Pero había salvado la vida al menos. La del condestable, en cambio, pendía de un hilo.

El propio Amadís lo atendió tras comprobar que lo de Balduino no era nada. Hunfredo lucía un gran boquete en la cota de malla, a la altura de su hombro derecho. La herida lo incapacitaba para cabalgar por sí solo, y por eso el lazarista lo aupó sobre su propia montura. Para que viajara allí, aferrado a su cintura hasta Le Châtelet. Encorvado, dolorido, pero, aun así, lúcido.

—Todo ha sido culpa mía… —se lamentó el viejo condestable.

—Ha sido una emboscada. Esas cosas ocurren a veces —le respondió Amadís, indulgente.

Cabeceó Hunfredo, no muy convencido.

—En cualquier caso, creo que puedo morirme tranquilo —dijo.

—No vas a morirte por un rasguño.

Un conato de risa desmayada le desencadenó un violento ataque de tos al herido.

—Sabes que sí.

—Ya, bueno, todos tenemos que marcharnos algún día…

Asintió el condestable, esta vez con mayor vehemencia.

—Quiero decir que Balduino ya ha hecho mucho más de lo que su propio padre y yo mismo esperábamos.

Chascó la lengua el lazarista.

—Todo depende de las expectativas —repuso—. A mí me da la impresión de que todavía logrará grandes hazañas.

Sacudió la cabeza Hunfredo con sus últimas fuerzas.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque un rey que apenas puede levantarse del suelo cuando se cae del caballo ya no puede decirse que esté en condiciones de seguir gobernando. Solo espero que Dios le dé fuerzas para continuar unos meses, hasta la llegada de Hugo de Burgundy —murmuró el condestable un segundo antes de caer desvanecido.

La expedición llegó a Le Châtelet muy entrada la tarde. Hunfredo de Torón todavía respiraba cuando lo bajaron del caballo. Aguantó así dos días más, entre fiebres y delirios. El día 1 de junio, el viejo funcionario rindió el alma tras veintisiete años en el cargo. Había servido a todos los soberanos desde los tiempos de la reina Melisenda. Murió, curiosamente, en el mismo castillo que él diseñara unos meses antes. Dar su vida por Balduino IV en el campo de batalla fue su último servicio al reino.

XLIV

Se llevaron su cuerpo a Jerusalén, con el fin de enterrarlo en la iglesia del Santo Sepulcro, para que el gran Hunfredo II de Torón pudiera reposar al lado de otros hombres ilustres. El patriarca Amalarico de Nesle decretó dos semanas completas de duelo; y pretendió dedicarle tres misas diarias en todos y cada uno de los templos de la ciudad y en las ermitas de los alrededores. Pero Saladino se empeñó en lo contrario, y el luto por el condestable muerto tan solo pudo alargarse dos días.

El 4 de junio, dos heraldos llegaron a Jerusalén casi al mismo tiempo, aunque por separado. Uno lo mandaba Reinaldo de Sidón; el otro, Raimundo de Trípoli. Ambos hombres se entrevistaron con Balduino para contarle historias inquietantes, y a la vez parecidas. Después se quedaron en un salón de la torre de David esperando una respuesta que a la fuerza había de ser urgente.

Según explicaron, Baalbek ya no era una ciudad insurrecta, sino una laguna de sangre turca. En pocos días Saladino había aplastado la revuelta de la población selyúcida a pesar de la ayuda proporcionada por el conde de Trípoli. Al volver a Damasco, la cólera del líder sarraceno había hecho temblar a vivos y a muertos. Encontrarse de repente sin rebaños de ovejas ni vacas con los que abastecer a su población en invierno no era algo con lo que hubiese contado de antemano.

Pidió cuentas a Farruk-Shah por el desaguisado, pero este se escudó en el descomunal tamaño del ejército cristiano para justificar su derrota. Saladino mandó azotar entonces a su sobrino por inepto. Después lanzó a sus tropas contra los territorios colindantes de Sidón y Beirut. Para robarles sus cosechas recién recogidas, raptarles su ganado y compensar un poco los agravios sufridos en el bosque de Banias. Lo que los heraldos no supieron decir fue si Saladino se contentaría con aquellas represalias o si, ya

metido en faena, planeaba un ataque a mayor escala.

Balduino hizo llamar a Amadís mientras mantenía esperando a los dos mensajeros cristianos. A grandes trazos le resumió la conversación mantenida con ellos.

—Así pues, parece que nuestra última incursión puede haber desencadenado una nueva guerra… —murmuró pensativo el monarca.

Tomó asiento el caballero de San Lázaro en medio de un silencio lóbrego y examinó a Balduino. Era la primera vez que lo veía de cerca desde el regreso de Le Châtelet, y no le gustó su aspecto. Había vuelto a gastar babuchas sarracenas al no tolerar los escarpines. Lucía vendas en brazos y piernas debido a algunas úlceras nuevas.

Atribuyó Amadís aquella visible recaída a la obligación que él mismo le había impuesto de vestir la cota de anillas durante todo el trayecto de vuelta. Pero es que Balduino también mostraba un semblante más escamoso y descolorido que de costumbre, aunque eso tal vez fuera achacable al desasosiego.

—¿No vas a decirme qué opinas? —le preguntó al fin el monarca.

—Que todos los actos suelen acarrear consecuencias.

Asintió Balduino con ademán preocupado.

—Sí, ya veo. Tendré que volver a movilizar al ejército…

—Es evidente.

—Para ayudar a mi padrastro…

—Para ayudarlos a ambos.

El cansancio y los achaques no impidieron que Balduino levantara su cabeza con la rapidez de las serpientes.

—¡¿También a Raimundo de Trípoli?!

—Por supuesto.

—¡¿Después de su deslealtad al reino?!

Amadís se frotó la cara con ambas manos. Él también se encontraba exhausto de tanto ajetreo por los caminos de Siria. Ahora, la necesidad de explicar lo evidente le extenuaba todavía más si cabe.

—Estamos condenados a entendernos. Con Raimundo e incluso con Bohemundo de Antioquía cuando toque. Nadie puede vencer a Saladino por sí solo —arguyó con paciencia.

—¡Nosotros lo hicimos en Montgisard! —proclamó el rey con vehemencia.

—¡En Montgisard tuvimos suerte, maldita sea! —se encrespó Amadís—. ¡Y lo más probable es que eso jamás se repita!

—¡¿Por qué?! —Balduino se puso en pie de un salto.

El conde de Monterroso golpeó con furia el apoyabrazos de su escabel. Entonces se dio cuenta de que la cólera y las altas voces no los llevarían a ninguna parte.

—Porque Saladino aprendió una gran lección aquel día. Y no volverá a cometer ese tipo de errores —sostuvo más aplomado.

Regresó el rey a su trono cabizbajo. Cojeaba de la pierna derecha. Compuso una mueca de dolor al sentarse.

—Haré lo que dices, aunque ello suponga rebajarme ante el conde de Trípoli —musitó.

—Es él quien se ha humillado ante ti al pedirte ayuda ahora —lo consoló Amadís.

Asintió el rey, más conforme.

—Habrá que recurrir otra vez a los templarios… —reflexionó en alto.

—Y a algunos más —respondió el lazarista—. Esta vez vamos a encontrarnos con un auténtico ejército, no con una guarnición engrosada con pastores y campesinos.

El rey y el gran maestre todavía debatieron durante un buen rato; sobre rutas posibles hasta el lugar del conflicto, sobre las escalas de un viaje que se presumía largo, pero sobre todo hablaron de números. Se devanaron los sesos para encontrar la forma de levantar un ejército suficiente sin dejar desguarnecida la retaguardia.

Decidieron que sería prudente mantener a Reinaldo de Châtillon y a Álvarez de Sarria en sus territorios meridionales. Para que siguieran defendiendo la frontera sur de posibles sustos provenientes de Egipto. Tras la charla, Amadís abandonó el palacio a través de los jardines. Llevaba la cabeza convertida en una colmena furiosa, y, tal vez por eso, no reparó en las dos siluetas que lo acechaban detrás de una adelfa.

Se sobresaltó al ver surgir las dos sombras. Llegó incluso a echar mano a su espada hasta que reparó en las faldas. Inés de Courtenay e Ivette no iban armadas, pero sus ojos desprendían fuego. Tanto

fulgor hizo recular a Amadís hasta la fuente.

—Habéis estado escuchando detrás de la puerta… —les espetó a la defensiva.

Inés fue la primera en acercarse.

—Balduino no puede salir otra vez de campaña. Apenas hace un par de días que habéis vuelto… —repuso con aire algo temblón, apagadas en apariencia las llamas de su mirada.

—Es tu marido quien le ha pedido ayuda. ¿Quieres que lo dejemos a merced de Saladino? Tal vez tú debieras estar también en Sidón, a su lado, aferrada a una lanza, y no aquí en la corte poniéndole trabas a todo —le respondió con acritud el lazarista.

—¡Balduino ha empeorado! —terció Ivette entre el desespero y la cólera—. ¡No podrá soportar una nueva marcha! ¡Solo tú puedes quitarle la idea de la cabeza! ¡Solo tú puedes impedir que muera lejos de aquí, apartado de nosotras!

Amadís torció el cuello para mirar hacia los balcones de palacio, por si al rey se le hubiera ocurrido salir a tomar el fresco. Afortunadamente no vio a nadie asomado a la barandilla.

—¡Balduino es el rey de Jerusalén, maldita sea! ¡¿Cuándo vais a entenderlo?! —gritó colérico—. ¡Sé que está mal! ¡Yo lo he visto con mis propios ojos, pero todavía puede cabalgar y dar órdenes! A veces el destino de un rey es morir con las botas puestas. Al fin y al cabo, eso es mucho mejor que agonizar en una cama de palacio con el cuerpo lleno de gusanos.

Amadís lamentó sus palabras casi mientras las pronunciaba. Pero aquella era su manera de pensar, y no tenía por costumbre morderse la lengua. Inés e Ivette prorrumpieron en un auténtico torrente de sollozos. El caballero lazarista hizo entonces algo inaudito. Fue una reacción espontánea que ni siquiera él mismo habría podido explicar en ese instante. Se acercó a ambas mujeres y las estrechó entre sus brazos.

—Balduino regresará vivo. Después, descansará a vuestro lado. Para siempre. Os doy mi palabra. Esta será su última campaña, porque para la siguiente ya tendremos aquí a Hugo de Burgundy —les prometió con voz entrecortada.

XLV

Dos días más tarde, Balduino IV de Jerusalén volvía a ponerse en camino. Había logrado reunir a su alrededor a una fuerza considerable. Además de los trescientos caballeros templarios de Odón de Saint-Amand, lo acompañaban los hermanos Ibelín con sus propias huestes. Raimundo III de Trípoli aportaría mil soldados más. Y aunque Reinaldo de Sidón se mostró remiso a desprenderse de tropas, entre unos y otros Amadís estimó en mil jinetes acorazados y tres mil infantes los integrantes de aquel ejército.

Según los mensajeros, Saladino permanecía acuartelado en Banias. Desde allí estaba lanzando sus temibles razias. De ahí que la primera escala de los cruzados en su rápido desplazamiento fuese la ciudad de Tiberíades, adonde llegaron en apenas tres jornadas. Bordearon el lago al día siguiente y continuaron hacia el norte, concretamente hasta la fortaleza de Safed, en un recorrido de veinte millas. Alcanzaron por último el castillo de Torón, propiedad de la familia del condestable muerto, el 9 de junio a mediodía. Allí se reunieron con Raimundo III de Trípoli y sus hombres.

Fue un reencuentro frío el que protagonizaron ambos dirigentes. Se arrodilló el conde ante el rey en son de respeto, aunque no pidió disculpas por su comportamiento pasado. Aleccionado por Amadís, Balduino no quiso hacer leña del árbol caído, y se limitó a aceptar la reverencia con un asentimiento apenas perceptible. Había prisa por hacer las paces, y por descubrir el paradero de unas fuerzas enemigas que ya no estaban en Banias.

A pesar del cansancio que acumulaban sus tropas de infantería, Balduino se empeñó en emprender la persecución de su enemigo acérrimo al despuntar el alba. Crujieron otra vez los caminos bajo las botas de tres mil infantes cristianos. Volvieron los relinchos de los destreros al barruntar la batalla. Regresó el silencio espeso a unas filas que ya salieron por la puerta del castillo de Torón en

formación de combate.

Ascendieron a la cordillera costera con gran trabajo, y avanzaron por su cresta durante un rato. Llevaban el mar a un lado y las montañas del Antilíbano al otro. En medio, el hermoso valle de Bekaa. Los batidores cristianos regresaron al galope tendido cuando solo habían transcurrido un par de horas.

Habían encontrado el campamento sarraceno a poniente de aquellos riscos, a apenas tres millas de distancia. También habían localizado un amplio camino por el que la infantería podría descender a cubierto hasta plantarse en la misma puerta de la tienda de Saladino. La ocasión, dijeron, era de lo más propicia para un ataque por sorpresa.

Quiso el rey verlo todo con sus propios ojos, y por eso pidió a los exploradores que lo llevaran al lugar del avistamiento. El día había amanecido brumoso, pero la brisa del Mediterráneo había acabado por disolver la calima. Amadís examinó con atención el cuartel enemigo. Era enorme, parcelado en zonas según los rangos y los posibles de cada soldado. Los aposentos de Saladino destacaban en aquel mar multicolor de telas y cuero. Su pabellón era el más fastuoso, y se encontraba en el centro, protegido por un grueso cinturón de tiendas mamelucas. Para llegar hasta él había que matar mucho y bien, sin olvidar que después habría que salir de la ratonera de algún modo.

—¿Ves algo? —Amadís dio un respingo al escuchar la voz de Balduino sobre su cabeza.

—¡¿Tú no?! —preguntó alarmado el gran maestre.

—Solo manchas sin forma.

Supo así el lazarista que la lepra había empezado a comerse los ojos de Balduino. No por ser un síntoma ya esperado le dolió menos el descubrimiento. Porque a partir de ese instante, el rey cada vez vería menos, hasta quedarse totalmente ciego. Pero esa desgracia aún tardaría en llegar un tiempo. Y antes había que ganar una batalla.

Amadís pasó su brazo por encima de los hombros del monarca y le dio un beso en la sien.

—No te preocupes —le dijo con voz amorosa—. A partir de ahora, yo seré tus ojos.

Celebraron una asamblea rápida en la cumbre de aquel collado.

Y no todos estuvieron de acuerdo en la estrategia. Odón de Saint-Amand resultó el más ambicioso. Pretendía lanzar a toda la caballería por delante para llevar a cabo un ataque fulminante. El enemigo estaba desapercibido, y había que aprovechar el momento, les aseguró a todos. La infantería tendría tiempo de sobra después para acabar con los pocos supervivientes de la escabechina.

Raimundo de Trípoli también apostaba por avanzar de inmediato, pero de manera conjunta, ya que una carga de la caballería sin el apoyo de los infantes podría ser al final peligrosa. Tanto a los Ibelín como a Amadís les parecía más prudente alargar un poco las labores de descubierta. La escasa actividad dentro de aquel campamento inducía a pensar que en su interior faltaban muchos hombres. Unas tropas que tal vez estuvieran merodeando por los alrededores, y que podrían presentarse en el momento más insospechado y rodearlos. El rey no pudo arrojar muchas luces sobre el dilema. Y por eso lo dejó todo al libre albedrío de sus generales.

Se impuso el criterio del conde Raimundo en un primer instante, y el grueso del ejército inició el descenso de la cordillera unido. Avanzaban entre bosques de cedros, con todos los jinetes al frente del grupo, seguidos por una infantería que aprovechaba el desnivel para caminar a buen paso. Aun así, el ritmo impuesto por los caballeros templarios pronto se tornó demoledor, y amenazó con reventar a la mayor parte de los peones cristianos.

Amonestó el rey a Odón de Saint-Amand a cuenta de aquellas prisas. Le ordenó a gritos que parase aquella locura, pero el gran maestre ya se había encasquetado el yelmo y fingió no escuchar nada. Tampoco prestó oídos al resto de mandos cristianos. Al fin y al cabo, los templarios solo respondían ante Dios y el papa.

Cuando las trescientas cruces rojas se perdieron de vista en la primera curva, a todos les quedó claro que la infantería se presentaría a la batalla con dos horas de retraso. Lo que aún estaba por decidir era el número de jinetes que llevarían a cabo la primera carga.

Balduino sintió entonces sobre su sobreveste los dardos de muchas miradas. Todos, incluido Raimundo de Trípoli, se quedaron esperando la resolución final del monarca. No era fácil la disyuntiva, y nadie quería arriesgarse a cargar con las culpas de una

posible debacle. Dejar atrás a toda la infantería entrañaba un riesgo casi suicida. Pero, por otra parte, confiar en que solo trescientos jinetes del Temple pudieran aplastar un campamento con quince mil guerreros dentro era como creer a pies juntillas en el milagro de los panes y los peces. A Amadís le dio pena que fuera Balduino quien tuviera que soportar sobre sus hombros el peso de una decisión tan complicada.

—Mejor toda la caballería junta que por separado —murmuró el rey con ademán contrariado—. Malditos templarios —añadió poco después cuando solo Amadís lo escuchaba.

La vida y el cargo le habían enseñado que la Orden de la cruz roja era un mal necesario en su reino. Aquellos caballeros indómitos y orgullosos eran igual que hijos díscolos cuyos desplantes no quedaba más remedio que aguantar. Eran guerreros formidables en la batalla, pero el hecho de que no obedecieran a ningún rey los convertía muchas veces en mastines ingobernables.

Alcanzaron a los templarios a medio camino. Cabalgaron tras su estela hasta el final del barranco. Allí formaron para enfrentarse a las huestes de Saladino. En el centro se colocó Odón de Saint-Amand con sus hombres. El ala derecha quedó para Raimundo y los jinetes de Trípoli. En la izquierda irían los caballeros de Jerusalén, con los Ibelín a la cabeza. Amadís logró convencer a Balduino para que permaneciera a su lado en segunda fila. Porque, además, el rey ya no portaba lanza. Había perdido fuerza también en su brazo bueno y el peso le fatigaba.

Irrumpieron de improviso en la campa tras derribar a varios ojeadores. Después se desplegaron en una larga línea de tres en fondo. Había algunas hogueras encendidas en el campamento sarraceno, y varios centenares de soldados despistados. Los pocos jinetes que Saladino había dejado de guardia en sus reales ni siquiera tuvieron tiempo de calzarse las botas. Los cruzados les pasaron por encima como una ola de acero y furia. Apenas hubo lucha, solo muertos. Ni siquiera los que levantaron los brazos para rendirse consiguieron el perdón de los cruzados. No era aquel el mejor día para hacer prisioneros.

Tras la matanza, Balduino desmontó con el fin de inspeccionar la tienda de Saladino. Ya que no conocía en persona a su mortal enemigo, tenía curiosidad por saber de él a través de sus gustos.

Muchas cosas se decían de los lujos y los caprichos del sultán a la hora de irse de viaje. Pero resultó todo mentira. Se trataba de un aposento espacioso, pero lo único excepcional en él eran los dos guardias personales que Saladino mantenía al lado de su cama, sujetos con cadenas.

Eran dos esclavos negros enormes, armados con cimitarras los que velaban por la seguridad del gobernante sarraceno, al menos de noche. Hubo que abatirlos de lejos, a base de flechazos, porque nadie se atrevió a acercarse a semejantes fieras. Después se descubrió que aquellos hombres no tenían lengua. Al parecer, Saladino solo confiaba en la discreción de los mudos.

La infantería cristiana se presentó una hora y media más tarde. Venían sofocados de la carrera, pero se les iluminaron los ojos al ver un campamento enemigo listo para el saqueo. Una labor que les correspondía a los de a pie, a los modestos, ya que los caballeros no se molestaban en buscar baratijas entre las ropas de los muertos. A los de sangre noble solo les interesaba conquistar más tierras y castillos. Tal vez por eso, Odón de Saint-Amand fue el primero en reiniciar la marcha.

Los templarios partieron sin consultar con nadie, rumbo a los Altos de Marj Ayyún. Después lo hizo Raimundo de Trípoli, aunque este sí explicó sus razones. Según el conde, los escasos mil soldados abatidos en aquella campa tan solo venían a indicar que Saladino había concedido permiso a su tropa para rapiñar las haciendas cristianas de los alrededores. Y de ahí la urgencia de emprender su persecución de inmediato. Un ejército desprevenido y desorganizado era un ejército muerto, asentó Raimundo. Después picó espuelas y salió con los suyos en busca de los templarios.

Balduino desplegó la mirada en derredor. Los reales de Saladino eran un hormiguero de infantes cristianos frenéticos por llenar su bolsa. Tres mil hombres que trataban de compensar los peligros, las fatigas y los sinsabores de una vida mercenaria en unas pocas horas.

—¿Qué hacemos nosotros? —preguntó dubitativo.

El caballero lazarista torció el gesto.

—Puede que Raimundo tenga razón —dijo—, pero no podemos obligar a esta gente a renunciar a un botín merecido. Y tampoco vamos a marcharnos tan campantes. Imagina que algunos escuadrones de caballería enemiga apareciesen de repente.

Asintió el rey con ademán desolado.

—La desunión va a matarnos un día —murmuró pensativo.

Iba a explayarse Amadís en lo de la especial idiosincrasia de los Estados Latinos. Pero no le dio tiempo, porque los cerretes cercanos se llenaron de repente de puntas que no eran juncos, sino lanzas. Varios miles de jinetes mostraron sus siluetas amenazantes en lontananza. Había muchos más guerreros con tambores, cimitarras y sables. Al frente de todos venía un hombre enjuto, grave, parco en sus ademanes. Alguien que en Montgisard había errado de forma fatídica, pero aquel día pretendía vengarse.

XLVI

Menudearon los gritos de alarma entre la infantería cruzada. Se avisaban los unos a los otros a grandes voces. Zarandeaban los precavidos a los despistados. Les señalaban con la espada ya en la mano la marea sarracena que había empezado a bajar del monte. Y, aun así, muchos de aquellos hombres solo tenían ojos para seguir buscando el oro de las tiendas.

Se dirigió Amadís al rey con la garganta rota de tanto alarido.

—¡Hay que salir de aquí! —le gritó.

—¡¿Y ellos?! —Se refería Balduino a sus infantes, a los soldados que iban a sufrir en sus carnes las primeras iras del enemigo.

—¡Los hermanos Ibelín van a ocuparse de salvar a los que puedan!

—¡Morirán muchos si nos llevamos a los caballeros de Jerusalén! —se resistió el monarca.

—¡Morirán los que haga falta, maldita sea! ¡Así es la guerra! —se impacientó el lazarista—. ¡Tenemos que intentar reunirnos!

—¿Con los templarios?

—¡Con ellos y con Raimundo!

Por primera vez el tono de Balduino sonó preocupado.

—¡¿Y si no los encontramos?!

Las primeras filas de caballería ayubí acababan de romper la resistencia de los pocos cristianos que en vez de correr habían optado por organizarse en un extremo del campamento.

—Si no los encontramos, mañana habrá otro en tu trono —le aseguró el lazarista.

Aprovecharon la carga a la desesperada de los hermanos Ibelín para ganar el bosque de cedros. Pretendía Amadís alcanzar la zona elevada de Marj Ayyún con la esperanza de descubrir desde allí el paradero de los templarios y de los jinetes de Trípoli. Y los encontró. Pero tanto unos como otros andaban trabados en fiero

combate con una buena parte del ejército enemigo. Aportar un centenar y medio de caballeros a aquella batalla mejoraría las cosas para el bando cristiano, pero solo temporalmente.

—Deberíamos ayudarlos…

Amadís escuchó las palabras del rey mientras se peleaba con sus propios dilemas. El retumbar de un centenar de caballos lanzados al galope lo sacó de su pesadilla y le despejó las dudas. Eran los Ibelín, con una pequeña parte de sus tropas. Cabalgaban desbocados sin dejar de mirar a sus espaldas. Saladino en persona venía tras ellos. Ni un solo peón cristiano había logrado salir con vida de la encerrona, informaron tras detenerse. El pequeño de los dos hermanos, el que llevaba el mismo nombre que el monarca, contempló un instante la refriega que enfrentaba a templarios y tripolitanos con jinetes y soldados ayubíes en la hondonada.

—¿Vais a echar una mano a los de ahí abajo? —le preguntó al lazarista.

Amadís sacudió la cabeza con gesto sombrío. La balanza implacable de su conciencia llevaba varios minutos temblando. En otros tiempos, en otra época, su vieja amistad con el conde de Trípoli lo habría impulsado a jugarse la vida sin pensarlo. Las cosas habían cambiado, sin embargo, desde que Balduino irrumpiera en su vida.

—Tengo que salvar al rey —respondió.

—Entiendo. —Asintió Balduino de Ibelín—. Nosotros estamos emparentados con Raimundo, como ya sabes. Así que estamos obligados por los lazos de sangre.

Tendió su mano Amadís al más joven de los Ibelín para desearle suerte.

—¿Me harás un último favor? —le pidió entonces el bravo caballero.

—¿Último?

Balduino de Ibelín señaló hacia la batalla de Marj Ayyún con un gesto de la cabeza.

—Va a ser un poco difícil acabar el día con vida. ¿No te parece?

—Es cierto —coincidió Amadís—. Dime qué quieres.

Una sombra de tristeza nubló la mirada limpia del caballero franco.

—Que le digas a Sibila que siempre la quise, a pesar de todo.

—Lo haré. No lo dudes —le prometió el lazarista; consciente del amor silencioso que el joven siempre le había profesado a la hermana del rey. A pesar de todos los hombres y los nombres que Inés de Courtenay le había puesto delante para cerrarle el paso al trono de Jerusalén. Porque, según ella, los Ibelín eran unos pobres arribistas, unos advenedizos que ya habían tenido demasiada suerte.

Un fuerte apretón de manos y un abrazo posterior sellaron el compromiso. Después, el gran maestre de San Lázaro lanzó a su grupo en un descenso vertiginoso hacia la orilla del río Litani. Cruzar aquel ancho cauce se le antojó como la única opción de escapatoria. Era una apuesta arriesgada, pero si lograban atravesar la corriente por delante de sus perseguidores, tal vez Saladino titubease. Al fin y al cabo, la mayor parte de su caballería se habría quedado en Marj Ayyún, donde la batalla seguiría enconada.

Divisaron a sus perseguidores entre los cedros mucho antes de ver el río. Los duplicaban en número. Acicatearon aún más a sus pesados destreros a sabiendas de que la distancia entre ambos grupos iría reduciéndose hasta quedar casi anulada al llegar a la zona de vadeo.

Balduino cabalgaba en mitad del pelotón. Parecía muy fatigado. Se bamboleaba como un tentetieso sobre su silla. Amadís frenó un poco a su caballo para colocarse a su altura. Ya faltaba poco para ponerse a salvo, lo animó. Tan solo había que vencer la corriente del Litani, pero ese esfuerzo lo haría todo su potente destrero.

Se arremolinó el grupo de cruzados al alcanzar la orilla. Algunas maldiciones se escucharon entre las rendijas de los yelmos al descubrir que el talud de acceso al río era demasiado elevado como para salvarlo de un salto. Viraron entonces a la derecha en busca de una bajada menos abrupta. Al fin encontraron un estrecho portillo por el que apenas cabían cinco monturas al mismo tiempo. Amadís miró atrás. Habían perdido mucho terreno. El propio Saladino lideraba el grupo de perseguidores. Al parecer, el sultán de Siria y Egipto no quería cederle a nadie el privilegio de matar a un rey cristiano o cautivarlo para siempre.

Los primeros jinetes pasaron a ciegas por la angostura, y se encontraron con un obstáculo inesperado antes de pisar el agua. Había un árbol caído en mitad del cascajo. Su grueso tronco era la penúltima barrera antes de ganar la margen opuesta del Litani. Los

cinco caballeros lo superaron limpiamente. Balduino y Amadís venían detrás, y saltaron a la vez, en paralelo. Cuando el lazarista giró la cabeza para comprobar el éxito de la maniobra, el rey no estaba sobre su silla. Su cuerpo se debatía en la corriente. Chapoteaba impotente el monarca bajo el lastre mortal de la cota de malla y las brafoneras. Pedía auxilio mientras peleaba contra la fuerza de aquel torrente.

Tiró de las riendas Amadís con presteza y ladró tres nombres. Correspondían a tres cabos de tropa de su entera confianza. Les pidió que volvieran grupas con cincuenta caballeros más para plantar cara a los que se acercaban. Pretendía ganar tiempo así para poder rescatar a Balduino y alejarlo del peligro. Sabía también, mientras impartía aquellas órdenes desesperadas, que estaba mandando a la muerte a cincuenta buenos soldados.

Los tres cabos no lo dudaron. Tampoco hicieron rehúse los cincuenta jinetes designados para la defensa del monarca. Entre todos formaron una línea que salió a recibir a Saladino y sus huestes entre los cedros. El fragor de los gritos y los espadazos le llegó a Amadís mezclado con el rugido ensordecedor del agua.

Agarró el cuerpo desvencijado del rey entre los remolinos y lo aupó a su propia montura como si se tratara de un fardo muerto. Lo llevó después hasta el otro lado, sujeto por los costados. De esa guisa llegaron también a la ciudad de Tiberíades al caer la noche. Silenciosos, cabizbajos, acorralados por los recuerdos y los sonidos de una jornada aciaga.

—Lo de hoy ha sido una gran derrota, ¿verdad, Amadís? —preguntó el monarca nada más penetrar en la fortaleza.

El caballero de San Lázaro jamás había visto a Balduino tan decaído, y por eso no tuvo reparo en mentirle.

—Lo de hoy tan solo ha sido un mal día —le susurró al oído mientras lo ayudaba a bajarse de la silla.

Jinetes aislados fueron llegando durante toda la noche y aun al día siguiente. Pocos se presentaban sanos. La mayoría venían heridos y alguno incluso moribundo. Pero de una manera u otra, todos traían noticias que permitían comprender mejor las claves de la tragedia.

Al parecer, Odón de Saint-Amand se había empeñado en arremeter solo con sus trescientos templarios contra una facción

enorme del ejército sarraceno. Raimundo de Trípoli había corrido en su ayuda al verlos batallar en un cerco tan apretado. Ni siquiera la llegada de los Ibelín había servido para mejorar las cosas. Tras una pelea breve pero intensa, la certeza de la derrota había obligado a cada uno a tomar sus propias decisiones.

Algunos retales del ejército cristiano habían encontrado refugio en el castillo de Beaufort, a solo cinco millas de distancia. Cien jinetes de Trípoli, con Raimundo al frente, consiguieron escapar a Tiro *in extremis*. Reinaldo de Sidón proporcionó cobijo a muchos en su feudo. Aun así, las bajas cruzadas aquel infausto 10 de junio ascendieron a casi tres mil quinientos hombres. Entre los caídos no figuraban Odón de Saint-Amand ni Balduino de Ibelín. Ellos aguantaron hasta el final, y fueron parte del valioso botín que Saladino se guardó en una mazmorra para, llegado el momento, ponerles un precio astronómico; o jugar con sus vidas una baza muy interesante: la de los intercambios.

El día 15 de ese mismo mes, Balduino cumplió dieciocho años, pero no pudo celebrar nada porque se encontraba postrado en su lecho. Tuvo que permanecer en Tiberíades durante dos meses y medio mientras le volvían las fuerzas, y los ánimos. Estaba solo un poco mejor cuando Saladino le endosó un nuevo zarpazo.

XLVII

Tras el desastre de Marj Ayyún, Amadís permaneció junto al rey dentro de la fortaleza cristiana. Quería hacerle olvidar el dolor de la derrota, y para eso era vital no hablar de guerras ni de miseria. Ambos se dedicaron a pasear entre flores y fuentes en los jardines de palacio; o a recorrer el interminable camino de ronda de la ciudad mientras charlaban de naderías.

Desde las murallas colgantes de Tiberíades solían contemplar durante horas el vuelo majestuoso de los pájaros sobre el mar de Galilea. Amadís retaba a Balduino a que los identificara por su nombre, pero aquellas siluetas fugaces ya eran un misterio para los ojos del rey enfermo. Entonces, igual que un lazarillo fiel, el gran maestre le señalaba las grullas, para que las distinguiera de los flamencos gracias a sus estruendosos trompeteos. Y lo mismo hacía después con los cormoranes y los gansos. Y así, a base de eludir el presente y también el futuro, Saladino salió de la cabeza del rey igual que un duende expulsado de su botella. Incluso el nombre maldito de Marj Ayyún se disolvió como un banco de niebla bajo el calor del estío. Y, sin embargo, en su fuero interno, Amadís siempre supo que el destrozo de aquel ya lejano 10 de junio traería consecuencias funestas para los francos. Un día u otro. Tarde o temprano.

Corría el 24 de agosto cuando todas las aves zancudas del lago Tiberíades levantaron el vuelo como si mil halcones surcaran de repente los cielos de Galilea. Eran cuatro los jinetes que hacían temblar el suelo y el firmamento mientras galopaban en medio de una densa nube de polvo.

—¿Qué ocurre? ¿Se ha oscurecido el día? —preguntó Balduino, confundido.

—No, se acercan algunos caballeros con prisa. Eso es todo —respondió Amadís, lacónico.

—¿De los nuestros?

—Más o menos.

Los templarios irrumpieron en el puente levadizo sin refrenar a sus monturas. Se trataba de un caballero y tres sargentos. Los centinelas tuvieron que apartarse de un salto para no resultar aplastados por los destreros de aquellos hombres.

Los recién llegados exigieron ver al rey nada más pisar los empedrados del patio, y, de hecho, se presentaron ante Balduino sin dar más explicaciones a nadie. Le Châtelet iba a quedar sitiado aquel mismo día, proclamaron a grandes voces sin siquiera doblar la rodilla ante el monarca. Saladino estaba cruzando el vado de Jacob con un gran ejército. Ellos habían abandonado el castillo antes de verse rodeados por completo. Urgía, pues, enviar ayuda a los de su Orden. Y Tiberíades era la ciudad que antes podía movilizar tropas dada la cercanía, afirmaron no sin razón los cuatro templarios.

Reaccionó bien Balduino a aquella vuelta forzosa a la realidad y al mundo de los conflictos. Convocó de manera inmediata a todos los hombres de la ciudad en disposición de empuñar una espada, a pie o a caballo. Sumaron en total setecientos los que se presentaron. Saltaba a la vista que no era el ejército más rutilante jamás formado por el reino de Jerusalén, pero tanto a Balduino como a Amadís se les antojó un número suficiente como para incordiar a los sitiadores sarracenos y obligarlos a levantar el asedio. Los templarios no opinaron porque estaban más pendientes de los murmullos.

Fueron solo unos simples cuchicheos los que se escucharon en cuanto Balduino acabó su discurso. Pero la intensidad de aquellas voces pronto ascendió hasta convertirse en clamor, y después en tumulto.

Había algunos supervivientes de la debacle de Marj Ayyún entre los reunidos, y no eran achacables a ellos los gritos de descontento. Pero sí la difusión de un hecho que habría debido guardarse con más cuidado. Y era que, por primera vez en mucho tiempo, la Vera Cruz no había estado presente en una batalla. Se había quedado en Jerusalén ante la necesidad de un desplazamiento rápido. De ahí que la catástrofe ocurrida en Marj Ayyún no pudiera extrañarle a nadie. No era propio de cristianos olvidar a Dios en una contienda, ni despreciar su ayuda de aquella manera. A buen seguro el castigo

sería el mismo si se repitieran las circunstancias. Por eso procedía traer la Vera Cruz del Santo Sepulcro a la mayor brevedad posible. Y si no, la ciudad de Tiberíades no iría a la guerra.

Así se expresó quien llevaba la voz cantante entre los insurrectos. No era un caballero de los de malla y yelmo. Tampoco parecía un hombre rico o culto, pero arrastró a demasiados seguidores como para ponerle grillos y encerrarlo en una mazmorra.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó el rey a Amadís.

—Colgarlos a todos o hacerles caso.

Cinco días transcurrieron hasta que la Vera Cruz apareció en Tiberíades; y eso que la trajeron a lomos de un mulo y acabó casi hecha trizas. Para entonces, los cuatro templarios ya se habían marchado. Se empeñaron en regresar a Le Châtelet para ayudar a los suyos a pesar de que Amadís les dijo que la vuelta sería un suicidio.

Dos jornadas más empleó el caballero de San Lázaro en alcanzar las proximidades del vado de Jacob con su ejército de setecientos hombres. Iba preparado para luchar otra vez contra Saladino, e incluso para perder el *lignum crucis* en el lance si las cosas venían mal dadas. Pero ya se dio cuenta desde muy lejos de que en Le Châtelet no habría batalla aquel 31 de agosto de 1179. Porque ninguna fortaleza arde antes de ser tomada por el enemigo. Como siempre, el humo negro y los buitres resultaron presagios infalibles de la tragedia.

El castillo inexpugnable diseñado por el bueno de Hunfredo para la defensa de aquella zona estratégica había caído a la primera intentona. Los templarios no habían podido evitar que las huestes de Saladino superaran la antemuralla. Y tampoco que minaran el muro interior hasta abrirle una enorme brecha. A partir de ahí, cualquiera podía imaginar la escabechina.

Amadís se frotó el sudor de la frente. Una horrible maldición le raspó la garganta. No le gustó lo que encontró al superar el último cerro. Él era un hombre hecho a la guerra, a la muerte, a las derrotas incluso, pero no toleraba de buen grado las ejecuciones a sangre fría.

Había ordenado el sultán formar dos grupos con los supervivientes. Uno con templarios, a los que sus hombres estaban crucificando en una de las torres. Amadís contó diez caballeros

clavados ya a las estacas. Rezaban en alto aquellos monjes soldado mientras hacían tiempo para la muerte. Otros diez esperaban la misma suerte sujetos con cadenas.

Debajo de aquella horripilante escena, el foso de Le Châtelet aparecía atestado de cadáveres. Se trataba, sobre todo, de guerreros sarracenos que habían perecido durante el asalto. Saladino, sin embargo, parecía empeñado en rellenar lo que faltaba a base de carne cristiana.

Cincuenta o sesenta hombres permanecían arrodillados al borde de aquel macabro agujero. Un soldado ayubí los iba decapitando uno a uno con su alfanje, aunque primero les daba la posibilidad de renegar de su religión falsa y abrazar la verdadera. Ninguno había aceptado hasta el momento.

—Esperadme aquí —les dijo Amadís a quienes lo acompañaban en lo alto de la colina. Después picó espuelas y emprendió el descenso hacia las ruinas humeantes de Le Châtelet.

Se sorprendió Saladino ante el temerario acercamiento de un solo caballero cristiano. Había visto al resto de aquel ejército a lo lejos, pero ni siquiera había ordenado formar a sus hombres. De sobra sabía él que nadie lucha por cadáveres. O por rescatar a un pequeño grupo de cautivos.

Envió por delante el sultán a tres mamelucos de su guardia personal para que recibieran a golpe de acero al extraño visitante. Pero aquellos jinetes de aspecto fiero y gesto encendido regresaron con el semblante pálido en cuanto divisaron la cruz verde en la sobreveste e identificaron al demonio que habitaba dentro. Tuvo que ser entonces el propio Saladino el que mantuviera el tipo en presencia de todos sus hombres.

—Ah, eres tú otra vez… —masculló el rey de Siria y Egipto, tal y como a él le gustaba llamarse.

—Así es.

Un atisbo de sonrisa se le filtró a Saladino entre las barbas.

—¿Lo de Marj Ayyún te ha decidido por fin a pasarte a mi bando? —preguntó cachazudo.

—Lo de Marj Ayyún fue tan solo un accidente.

Rio el sultán con ganas la ocurrencia del lazarista.

—¿Qué es lo que buscas entonces? —demandó cuando las carcajadas cesaron.

—Salvar a los supervivientes de Le Châtelet.

Se aclaró la garganta Saladino antes de escupir sobre la tierra reseca de Siria.

—Esto es lo que pasa cuando un rey orgulloso no acepta una oferta razonable —sostuvo, en referencia al dineral que había ofrecido a Balduino a cambio de la demolición del castillo.

—Es posible —concedió Amadís—. Aun así, no parece justo tomarla ahora con esos pobres cautivos. Solo han cumplido con su obligación de soldados…

Las ejecuciones a pie de foso se habían interrumpido mientras ambos hombres parlamentaban. No así las crucifixiones.

—No habrás venido a pedir clemencia por esos malditos diablos de la cruz roja… —gruñó un Saladino rebosante de inquina.

Desvió su mirada Amadís hacia la torre de los suplicios. Ya quedaban pocos caballeros en pie, aguardando lo irremediable.

—Ya sé que nunca perdonarás a los templarios —repuso—, pero los otros no son como ellos.

—¡Defendían el castillo a su lado! ¡Algún tipo de lazo tendrán con la Orden! ¡Tan solo por eso merecen la muerte! —se encrespó Saladino.

—Esos a los que estás cortándoles la cabeza son simples siervos de los caballeros, mano de obra necesaria para la administración de una fortaleza —objetó Amadís, a sabiendas de que aquella era una verdad incompleta.

Dudó el sultán unos segundos mientras examinaba otra vez el grupo de cautivos arrodillados y el espadón que amenazaba sus cuellos.

—Te dejo llevarte a veinte —decidió finalmente.

Se espantó Amadís ante lo que anticipó como un acto de crueldad infinito.

—¡¿Pretendes que elija solo a veinte entre toda esa pobre gente?!

—Mejor es eso que nada —le espetó Saladino con mirada pétrea.

Sabía muy bien el caballero lazarista identificar las derrotas, y también las victorias a medias. Salvar a veinte hombres de una ejecución sumarísima era un logro nada despreciable. Sin embargo, dejar a otros treinta a merced del alfanje iba a resultar un suplicio incomparable.

Se acercó Amadís al grupo de cristianos con paso inestable. Los conocía a todos de sobra. De Jerusalén, o de haber luchado con ellos en infinidad de batallas. Sabía de sus vidas: si tenían o no mujer e hijos; si habían llevado una existencia recta o venían dando tumbos por la vida. En cosas así tuvo que basarse a la hora de mandar a unos a casa y a los otros al infierno.

—Tú… Tú… Tú… —fue señalando mientras pasaba junto a ellos, hasta contar veinte.

—Espero que hayas elegido bien —se burló Saladino al verlo marchar seguido por los indultados.

—Espero que nunca tengas que verte tú en esta tesitura —le respondió con acritud el lazarista después de dejar atrás a treinta hombres llorosos.

—¡Espera!

Amadís se detuvo al escuchar la voz imperiosa del sultán a su espalda.

—¿Qué quieres ahora?

—Debiste dejar que tu rey se ahogara en el río Litani.

Un profundo surco arrugó la frente empapada del lazarista.

—¿Por qué?

Saladino arrugó la nariz en una mueca de asco.

—Mala vida la de un leproso…

Incomodó a Amadís el comentario y por eso replicó:

—Aquel no era el día en que Dios quería ver a Balduino a su lado —respondió el lazarista—. Tal vez Alá te reclame a ti primero.

Asintió el sultán aquiescente.

—Es posible, sí. En cualquier caso… ¿cuánta vida le queda al chico? —insistió.

Sopesó un segundo su respuesta el conde de Monterroso.

—¿Cuánta te queda a ti? ¿Lo sabes?

Saladino no respondió, pero esbozó una sonrisa franca. Le divertía el carácter indómito de su interlocutor cristiano.

—Lo que te ofrecí aquel día en la mazmorra de Homs iba en serio —sostuvo de repente.

—Ya no me acuerdo —mintió Amadís.

—Me refiero a lo de pelear a mi lado cuando tu rey la palme. O antes, si tú quieres…

—Vuelve a preguntármelo la próxima vez que nos veamos,

porque seguro que coincidiremos de nuevo en algún momento —le respondió el lazarista mientras tiraba de las riendas de su montura.

—Lo haré, descuida. Pero tal vez le hable a tu cadáver entonces —replicó un Saladino esta vez irritado.

Amadís ya no escuchó aquellas últimas palabras del sultán porque había reunido a su alrededor a los prisioneros recién liberados. Quería dejarles las cosas claras antes de regresar a territorio cristiano.

—Vosotros veinte habéis sido los únicos supervivientes de Le Châtelet —les aleccionó con ademán serio—. Todos los demás han muerto en el ataque sarraceno, incluidos los templarios. Saladino ha accedido a liberaros como un acto de caridad hacia el enemigo. La conversación entre el sultán y yo no ha existido. ¿Estamos?

Amadís había echado su parrafada con el ceño fruncido y la espada en la mano. Tal vez por eso solo hubo rápidos asentimientos entre los redimidos.

XLVIII

Dos semanas completas se entretuvo Saladino en Le Châtelet. Quería asegurarse de que del castillo templario no quedaran ni los cimientos. Tras la demolición, regresó a casa con su ejército. Balduino hizo lo propio con los suyos a últimos de septiembre.

Llegó a Jerusalén fresco y recuperado. Se le habían curado por completo las llagas provocadas por la armadura y los quebrantos de la derrota. El retorno al hogar le reportó además otros efectos sumamente curativos. Sin embargo, en opinión de Amadís, el exceso de felicidad le resintió la memoria y le ablandó los juicios.

Se despreocupó demasiado el monarca tras volver de la infausta campaña en tierras de Siria. Ni siquiera la aparición de una gigantesca flota egipcia en la bahía de Acre alteró sus rutinas. Afortunadamente, Saladino solo había venido a exhibirse.

Con tan descomunal despliegue de medios, el sultán solo pretendía meterles el miedo en el cuerpo a sus vecinos cruzados. En realidad, aquellos nuevos navíos eran los que Amadís y Monferrato vieran a medio construir en los puertos de Egipto casi tres años antes. Y es que los astilleros sarracenos contaban con madera a espuertas tras las recientes conquistas de Saladino en Libia y Cyrene. En cualquier caso, lo que más indignó al caballero de San Lázaro fue el último nombramiento hecho por Balduino a principios del otoño.

Aquella misma tarde vio al rey de lejos. Paseaba de la mano de Ivette por los jardines de palacio. Engatusado por los arrumacos de la antigua tabernera, ajeno a los deberes de un verdadero monarca. La pareja se sobresaltó al escuchar pasos acelerados en la gravilla.

—¿Puedes dejarnos a solas un momento? —le pidió Amadís a la muchacha.

Ivette solo consintió en alejarse cuando Balduino le hizo un gesto con la cabeza. Después, el rey y el conde de Monterroso se

quedaron frente a frente. Durante unos segundos ambos se leyeron los brillos de los ojos y los surcos de la frente.

—¿Ocurre algo? —preguntó al fin el monarca.

—¡Sí, que has colocado a un inepto en el puesto de condestable! ¡Y eso es muy grave!

Balduino se encogió de hombros, como si ya hubiera contado con la reprimenda.

—En realidad, ha sido cosa de mi madre —reconoció sin ambages.

Como cualquiera en Jerusalén, Amadís también sabía que Aimery de Lusignan era el último capricho de alcoba de Inés de Courtenay. No le extrañaba, por tanto, su meteórico ascenso en la corte, pero tal vez en otro cargo con menos responsabilidades. Por eso abroncó al rey sin miramientos.

—¡Ese botarate no ha estado jamás en una batalla! ¡No sabe nada de ejércitos ni de guerras! ¡Podías haber impuesto tu criterio incluso ante tu madre! —le gritó.

Balduino esbozó una sonrisa tranquila.

—No es para tanto…

Amadís dio un respingo.

—¡Aimery de Lusignan es un insulto para la memoria de Hunfredo II de Torón y de tu propio padre! ¡Ambos deben de estar revolviéndose en sus tumbas, golpeando la tapa de sus sarcófagos para que les dejen salir a propinarte una azotaina!

Ignoró el rey el destemple de su amigo. Lo aferró por el codo y lo arrastró suavemente hacia un bonito salto de agua.

—Ya me he hecho a la idea —le dijo al oído, como si le desvelara un gran secreto.

—¿De qué?

—De dejar el trono.

—¡¿Estás hablando de abdicar?!

Una extraña mueca de placidez embargó el semblante de Balduino.

—Sí. Todo tiene su momento, y el destino del que siempre hablas parece haberlo previsto ya todo.

—¿Te refieres a la llegada de Hugo de Burgundy?

—Claro.

El caballero de San Lázaro frunció el ceño. Se ofuscó un poco al

tener que escoger entre el sentimiento o la razón. Entre los besos de amor paterno o el látigo. Muy a su pesar, optó por lo segundo.

—¡Un rey es siempre un rey! ¡Aunque le queden cuatro días en el cargo! ¡No puedes entregarte a la molicie de esta manera! ¡Das mal ejemplo! ¡Perderás todo el crédito que has ganado con tanto esfuerzo durante años! ¡Has estado a punto de perder Acre sin mover un solo dedo! —censuró agriamente a su pupilo.

Le dolió la regañina a Balduino, y se puso serio.

—Yo también tengo derecho a ser feliz mis últimos años… —se quejó.

—¡La felicidad no es un placer que puedan elegir los reyes! —le cerró el paso el lazarista—. Llevo mucho tiempo tratando de que lo entiendas.

Agachó la cabeza Balduino avergonzado, pero expuso con orden sus pensamientos.

—Si tan nefasto te parece el nuevo condestable, Hugo de Burgundy prescindirá de él en cuanto se siente en el trono. No te preocupes. Lo cierto es que no me apetece terminar mi reinado enfrentado a mi madre —adujo—. En cuanto a lo de Acre, tú sabes que no es tan fácil tomar esa ciudad aunque se bloquee su puerto.

Tenía su parte de razón Balduino, pero aún le quedaban algunas flechas que lanzar al conde de Monterroso.

—¿Has pensado en los cautivos de Marj Ayyún?

Volvió Balduino a componer aquel gesto de infantil despreocupación.

—Tampoco fueron tantos los prisioneros ilustres. A Odón de Saint-Amand lo rescatarán los suyos. Dinero les sobra. Al hijastro del conde de Trípoli ya lo redimirá el propio Raimundo…

—¿Y al pequeño de los Ibelín? —lo interpeló Amadís en vista de que el rey pasaba de puntillas sobre el tema.

—Los Ibelín también cuentan con sus recursos…

—Tal vez debiéramos ayudarlos, teniendo en cuenta el servicio que nos prestaron aquel día —repuso el lazarista.

Asintió finalmente Balduino.

—Sí, es posible. Pero, aun así, prefiero que todo eso lo negocie y lo decida Hugo de Burgundy.

—¡¿Pretendes dejar en la cárcel a Balduino de Ibelín hasta la primavera próxima?!

Acabó el rey por exasperarse ante tanto reproche.

—¡No puedo hipotecar el tesoro de Jerusalén y entregarle un arca vacía a mi sustituto! ¡¿No lo entiendes?! Ya no falta tanto para que venga el futuro marido de Sibila. Tú estuviste más tiempo en una mazmorra sarracena y no te pasó nada. ¿Ya no te acuerdas?

Trató de calmarse Amadís para no seguir llamando la atención de otros paseantes. Y para no hacer hervir todavía más los ojos de Ivette, que contemplaba la escena apostada tras unas matas.

—Hay una última cosa que sí debes llevar a cabo a la mayor brevedad posible. Te lo agradecerá ese francés que viene a ocupar tu silla. Te lo echará en cara la Historia si no lo haces.

—¿De qué se trata?

—Necesitamos estrechar lazos con Bizancio. Una vez más. De manera urgente. Apenas nos queda ejército, y flota… nunca hemos tenido. Manuel II tampoco pasa por su mejor momento. Podemos aprovecharnos de ello para renovar esa alianza con los griegos.

Sopesó Balduino las palabras de Amadís y dio por bueno el consejo.

—Mandaré otra vez a Reinaldo de Châtillon —consintió—. Hizo un buen trabajo en su primera visita.

Agitó los brazos como aspas de molino el conde de Monterroso.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó—. Después del zapatazo que le diste en plena boca al general Andrónico, mucho me temo que habrá que mandar a un embajador con un perfil más dócil.

—¿Has pensado ya en alguien?

—¡Por supuesto!

Amortiguó Amadís sus pasos al penetrar en la iglesia del Santo Sepulcro. No quería sobresaltar al hombre que ocupaba el primer banco. De hecho, Guillermo de Tiro no advirtió la silenciosa figura que tomaba asiento a su lado. Un reguerillo de saliva se le escapaba al archidiácono de la boca entre ronquido y ronquido. El riachuelo le escurría después por la pechera del hábito hasta formar una laguna de babas en el regazo de su estómago.

El religioso abrió de repente los ojos como si alguna visión espectral lo hubiese expulsado de su sueño. Descubrió entonces a Amadís sentado a su vera. Contempló con atolondrado estupor aquellos ojos glaucos y aquella melena lacia.

—No soy Jesucristo, si es que me habías tomado por él —gruñó

el lazarista.

—Me… me había quedado un poco traspuesto —balbució Guillermo de Tiro—. ¿Qué diablos haces aquí?

—Rezarle al Creador unas oraciones para que te proteja en tu viaje.

Parpadeó perplejo el canciller del reino.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó a la defensiva.

—Mañana partirás para Constantinopla. Lo ordena Balduino.

—¡¿A Constantinopla?! ¡¿Para qué?!

—Para besarle el culo a Manuel II. No queda otro remedio, y tú eres el más indicado.

Palideció como un difunto el archidiácono.

—¡Yo no puedo ir hasta Constantinopla…! —jadeó sudoroso—. Apenas sé montar a caballo. Los peligros de Siria son infinitos… ¿Por qué no va Châtillon, como la otra vez?

—Porque quien viaje en esta ocasión va a tener que humillarse un poco ante el emperador, además de venderle humo a cambio de ayuda. ¿Crees que Reinaldo sería capaz de semejante hazaña?

La oscuridad iba adueñándose poco a poco del Santo Sepulcro. El rostro mofletudo del archidiácono apenas era una máscara de horror borroso a luz esquiva de los alabastros. Súbitamente, sin embargo, aquellos dos ojos bovinos brillaron como luciérnagas en plena noche.

—¡Iré a Constantinopla, sí! —proclamó de repente el religioso—. ¡Pero con una condición!

—¿Cuál?

—Cuando hable con el emperador, no admitiré la vuelta de un patriarca ortodoxo a la ciudad de Jerusalén. Ni tampoco a Antioquía.

Se sorprendió Amadís ante una exigencia *a priori* absurda.

—¿Qué te importa a ti eso? —le preguntó—. Ya eres canciller del reino, y archidiácono de Tiro. Tendría que ser Amalarico de Nesle quien se opusiera a eso que dices. ¿No te parece?

Dos llamaradas de una luz sucia y envidiosa iluminaron las pupilas del religioso.

—A Amalarico de Nesle le quedan dos padrenuestros. Palmará en cualquier momento —masculló Guillermo de Tiro—. ¿Quién crees que va a ser el próximo patriarca latino del reino?

—¿Tú?

—¡Pues claro! Y ese día no quiero competencia foránea —murmuró con sonrisa beatífica—. ¿Has dicho que salgo mañana?

—Sí.

XLIX

Partió Guillermo de Tiro hacia Constantinopla a principios del otoño. No podía siquiera sospechar que estaría cerca de siete meses fuera de casa. Dejó atrás un reino en calma, eso sí, aunque con un monarca distraído. Por primera vez en mucho tiempo, Balduino se balanceó en su particular cuerda floja como si se tratara de un inofensivo columpio.

Esquivó la compañía de sus asesores de manera sistemática. Miró hacia otro lado cada vez que barruntó una amenaza. Desoyó las voces que quisieron ofrecerle consejo, y se benefició de que a Saladino no le diese por seguir arrebatándole tierras y castillos. Siempre de la mano de la bella Ivette, el rey se dedicó a dejar pasar los días mientras esperaba la llegada de Hugo de Burgundy con los vientos de la primavera.

Se encontraba bien, relativamente. Era capaz de emprender largas caminatas e incluso de montar a caballo a ratos. No había recobrado las fuerzas de antaño, pero jamás había sentido tantas ganas de apurar la copa de la vida hasta el fondo. Y eso justificaba su comportamiento y sus dislates.

Amadís lo contempló todo desde una distancia prudente. Le perdonó todas aquellas distracciones, y más que hubiera tenido. Porque solo él sabía que, a pesar de las apariencias, la lepra era una enfermedad imparable: avanzaba dos pasos y reculaba solo uno. De ahí que, en ocasiones, el mal de San Lázaro engañara a muchos desdichados con recesos ficticios como el que Balduino estaba experimentando aquellos meses. Ni siquiera la muerte de Odón de Saint-Amand en su cautiverio de Siria lo sacó de aquella burbuja de irrealidad dichosa.

Siempre había sido el gran maestre del Temple un hombre terco, temerario y orgulloso. Y murió aferrado a aquellas armas irreductibles.

—Yo no puedo autorizar con mi ejemplo la cobardía de mis caballeros, que se dejarían prender con la esperanza de ser redimidos. Un templario debe vencer o morir, y no puede dar por su rescate otra cosa que no sea su puñal y su cinto. —Aquella fue su airada réplica cuando Saladino le ofreció canjearlo por un sobrino que obraba en poder de la famosa Orden. Tras semejante arrebato de orgullo, al sultán no le quedó más remedio que ejecutarlo.

A Balduino de Ibelín, en cambio, no le tocó ni un pelo de la ropa. Lo dejó languidecer tranquilamente en una mazmorra mientras su familia hacía encajes de bolillo para reunir el montante del rescate. No tenía prisa Saladino por liberarlo. No pensaba tampoco el monarca de Jerusalén acortarle el calvario a su ilustre vasallo. Por una vez, rey y sultán parecieron de acuerdo en algo: ninguno de los dos movería un solo dedo para evitarle el presidio a un caballero cuyo único error había sido amar a una princesa en secreto.

Como era su costumbre, Amadís rehuyó las Navidades y sus múltiples celebraciones. Se enclaustró en su hospital, se dedicó a sus enfermos y procuró dormir poco para evadir el suplicio de los sueños. No quería ver aparecer a Céline, ni a Inés de Courtenay, ni siquiera a Ivette, dentro de su cabeza. Pero cuando inevitablemente surgían, el conde de Monterroso se iba a la torre de Tancredo a contemplar los pendones de Jerusalén. Porque, aunque se negaba a admitirlo, a él también le podía la ansiedad por conocer al futuro rey de todos los cristianos en Tierra Santa. Y, por eso, escrutaba aquellos trapos colgados de la muralla, para ver si ya soplaba la brisa que habría de traer al próximo esposo de Sibila desde la lejana Europa.

Los vientos rugieron al fin a últimos de marzo, pero de Francia solo llegó una vela y no una flota entera, como se esperaba. Un funcionario se bajó de aquel triste barco y se presentó en la corte de Jerusalén al día siguiente. Traía el gesto ceñudo y un rollo sujeto bajo el sobaco. Se inclinó lo justo ante el rey, como si le dolieran las rodillas. Lo escrutó de arriba abajo con curiosidad malsana. Algo le habrían dicho por el camino, o algo habría oído en su país sobre el decrépito estado del monarca. Por eso se extrañó al encontrarse frente a sí a un hombre que hablaba ronco y gastaba babuchas femeninas, pero que aún no mostraba las costras y las

podredumbres propias de la lepra.

—¿Dónde está Hugo de Burgundy? —le preguntó Balduino, harto de tanta mirada.

—Mi señor no va a venir —replicó el hombrecillo, y se quedó contemplando con cierta indiferencia las caras de asombro de los reunidos.

Había convocado Balduino a su *curia generalis* con el fin de darle un carácter más oficial a la visita. Pensaba, además, verse las caras por primera vez con su futuro cuñado aquella mañana.

—¿Se ha quedado en Acre por alguna cuestión de salud? —indagó el rey, todavía confuso.

—Se ha quedado en Francia porque allí va a estallar una guerra —repuso el emisario antes de ponerse a explicar el problema surgido en su tierra.

Según relató, a Luis VII le había dado un ataque de apoplejía. No podía hablar, ni moverse. Tenían que darle de comer a la boca y llevarlo en volandas al retrete. Más que un rey, aquello era un desecho humano. Sus últimas palabras lúcidas, sin embargo, las había empleado para coronar a su joven vástago; aunque, dada su corta edad, le había entregado la regencia al ínclito Felipe de Flandes, aquel que incendiara el reino de Jerusalén con sus desplantes, aquel a quien el español Álvarez de Sarria tildara de mamarracho.

Desgraciadamente, la maniobra de Luis VII —afirmó el servicial mayordomo— había provocado el recelo inmediato de la reina Adela y sus hermanos, que amenazaban con retirarle la obediencia al pequeño monarca. La guerra entre madre e hijo parecía servida, y de ahí que Hugo III de Burgundy tuviera miedo de abandonar su ducado cuando todos los grandes de su país estaban velando armas.

Causó estupor la noticia, por desconocida, entre los asistentes a la asamblea. Se desató el nerviosismo cuando el emisario, una vez cumplida su función, pretendió marcharse de palacio sin arrojar luz alguna sobre el entuerto. Porque, de pronto, Sibila ya no tenía marido al que esperar, y el trono de Jerusalén volvía a estar ocupado por un rey caduco sin recambio en el horizonte.

Se arremolinaron los miembros del Tribunal alrededor del vasallo de Burgundy. Le preguntaron si por casualidad no conocía a alguien de alcurnia, a algún conde o duque a quien no le importara

venir a Jerusalén dejando atrás un país en llamas. Lo zarandearon al ver que dudaba. La emprendieron a puñetazos cuando afirmó que ningún francés en su sano juicio cambiaría una corte civilizada por un pedazo de tierra reseca, rodeado de salvajes.

Tras el escándalo, Amadís se quedó a solas con un Balduino alicaído. Mostraba el rey visibles signos de agotamiento. Parecía remiso a aceptar la noticia llegada de los confines del mundo. De pronto el pensamiento de no poderle ceder el trono a nadie, cuando ya se había hecho a la idea, parecía torturarlo más que la propia lepra.

—¿Qué opinas? —le preguntó a Amadís al cabo.

—Que ha sido cosa del destino el ponerte delante dos puertas, para que elijas.

—No estoy ahora mismo para acertijos —gruñó incómodo el monarca.

—Ambas lucen sendos carteles —insistió, sin embargo, el lazarista—, con el mismo nombre, aunque con distinto apellido. Tú verás si tienes fuerzas para seguir con la corona encima o se la das a Balduino de Ibelín. Puede que este sea ya su momento.

—El pequeño de los Ibelín está cautivo… —arguyó el rey.

—Podríamos rescatarlo. Ya lleva siete meses en un calabozo.

Se le escapó la mirada a Balduino IV por una de las troneras de la sala.

—Mi madre y mi tío Joscelino no quieren ver a un Ibelín en el trono —masculló.

—¿Y tú? ¿A ti tampoco te importa lo que piense Sibila?

Regresaron los ojos enfermos del rey de aquel breve devaneo por los cielos azules de Jerusalén.

—¿Has hablado con ella?

—Sí. Debía hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque se lo prometí a Balduino de Ibelín antes de que cayera prisionero en Marj Ayyún. Ama a tu hermana, y me pidió que se lo dijera.

—¿Y qué te respondió Sibila?

—Que habría preferido a Ibelín como marido antes que a ese Burgundy. Aun así, pensaba respetar vuestra decisión. Pero eso fue hace meses. Ahora las cosas han cambiado bastante.

Volvieron a formarse surcos en la frente de Balduino.

—No es tan fácil como a ti te parece, pero lo pensaré —prometió.

Pero tardó demasiado el monarca en decidirse. Y otros le tomaron la delantera, entre ellos el propio Saladino. Y es que hasta los oídos del sultán llegaron aquellos rumores sobre la candidatura del joven Ibelín al cetro de Jerusalén. Y por eso, en solo una semana, el precio por el rescate de tan goloso cautivo pasó de ser muy alto a convertirse en sencillamente astronómico. Nada menos que doscientos mil denarios pidió por él Saladino, a sabiendas de que la entrega de semejante cantidad dejaría las arcas del reino con telarañas para los restos.

Se cerró en banda Balduino a negociar con su mortal enemigo. Sería una tarea inútil, dijo. Por mucho que porfiara, jamás obtendría una rebaja en el precio. Sin embargo, a juicio de Amadís, aquella negativa llevaba el sello inconfundible de Inés y Joscelino. Porque por aquellos mismos días los Courtenay encontraron un reemplazo rápido para Hugo III de Burgundy: un tal Guido de Lusignan.

Echaban tierra así sobre las posibles aspiraciones al trono del pequeño de los Ibelín y sus seguidores. En realidad, casi condenaban a aquel joven valiente a una muerte lenta en una cárcel de Siria.

Montó en cólera el caballero lazarista al conocer la elección del nuevo marido para Sibila. Guido de Lusignan era poco más que un adolescente. Un petimetre con ínfulas de héroe que se paseaba por las calles de Jerusalén con ojos desafiantes. No sabía usar la espada, carecía de hechuras para ser un verdadero cruzado y ni siquiera tenía modales. Pero contaba con un hermano apuesto al que Inés de Courtenay había hecho condestable desde su cama.

Se dio cuenta Amadís de que había subestimado las habilidades del mayor de los Lusignan. No sería un gran estratega en el campo de batalla, pero ciertamente debía de ser un buen ajedrecista de alcoba. Y es que al nuevo amante de Inés le había faltado tiempo para colocar a su hermano pequeño en la casilla del rey en cuanto vio rodar por los suelos la ficha de Hugo de Burgundy. No había otra manera de explicar la repentina predisposición de los Courtenay por un personaje tan mediocre como Guido de Lusignan.

Aunque para el caballero de San Lázaro lo más doloroso fue darse cuenta de que en la reunión de urgencia convocada para tratar el tema nadie se opuso al nombramiento. Incluso Balduino, con su silencio, pareció dar su beneplácito a tanto tejemaneje. Obviamente, los dos que tal vez sí hubiesen disentido no tuvieron tiempo de desplazarse desde sus feudos de Trípoli y Antioquía.

Amadís abandonó la asamblea antes de que le llegara el turno de voto. Ya vio que la suerte estaba echada desde el principio. Una vez más, los Courtenay se habían llevado el gato al agua sin sobresaltos. Incluso lograron que la boda de Sibila y la abdicación de Balduino se programaran para coincidir el mismo día, nada más acabar las celebraciones de Pascua. Le indignaba al lazarista que todos, incluida su familia, consideraran al rey un muerto viviente. Le irritaba también que él se conformara con aquel trato.

Tres días con sus noches penó el conde de Monterroso en su celda. No quería salir de aquellas cuatro paredes por miedo a cometer una locura de la que después tuviera que arrepentirse. Le pidió a Alberico que lo liberara de sus labores porque no quería ver a nadie, ni siquiera a sus queridos enfermos. Recorrió los límites del cuartucho un millón de veces con las manos abrochadas a la espalda, igual que un león enjaulado. Murmuraba letanías sin descanso, trataba de engañar a la mente y esquivar los malos pensamientos. Pero a falta de creencias y oraciones a las que aferrarse, la locura amenazó con secuestrarlo varias veces.

Logró domar su cólera unos días antes del Domingo de Resurrección. Dio por hecho que sería capaz de hablar con Balduino sin gritarle. O de cruzarse con Inés de Courtenay o con Joscelino por la calle sin abofetearlos. Y por eso se dirigió a palacio con paso tranquilo aquella mañana del 6 de abril del año del Redentor de 1180.

Un enorme vocerío llamó su atención mientras cruzaba los jardines de naranjos nada más pasar bajo la barbacana. Provenía la algarabía de la explanada del Santo Sepulcro. Un barullo de gentes, principalmente caballeros y nobles de cierto linaje, se arremolinaba alrededor de un apuesto jinete. Se acercó Amadís al grupo llevado por la curiosidad y casi cayó fulminado por la sorpresa.

Balduino de Ibelín saltó de su caballo en cuanto lo vio llegar y se fue corriendo hacia él para estrecharlo. Balbució el lazarista algunas

palabras inconexas mientras palpaba los brazos y los hombros de su compañero de batallas. Pretendía así asegurarse de que no era una visión intangible, sino un ser de carne y hueso quien lo saludaba.

—¿Has… has logrado escapar del cautiverio? —le preguntó con voz entrecortada.

Rio el joven Ibelín la ocurrencia.

—Sabes muy bien que eso habría sido imposible —dijo.

—Sí, claro. Pero entonces… ¿quién ha pagado tu rescate?

Bajó la voz Balduino de Ibelín, como si le diera miedo decirlo.

—El emperador de Bizancio y un par de amigos —sostuvo—. ¿Le diste a Sibila mi mensaje?

Cabeceó Amadís con pesadumbre.

—Por supuesto. En cualquier caso…

La mano firme del señor de Ibelín se posó sobre el hombro del lazarista.

—No hace falta que expliques nada. Acaban de darme la noticia de la boda —repuso con los labios fruncidos—. No es culpa suya.

Estaba Amadís a punto de preguntar por la identidad de aquellos dos amigos de Ibelín que habían aportado fondos para su rescate, pero no le dio tiempo. Dos manos acostumbradas a aferrar brazos lo agarraron, una por cada lado. Eran mayordomos de palacio. El lazarista los conocía de vista. Aparentemente no eran peligrosos, ya que no llevaban espada. En realidad, su mera vestimenta y los mensajes que siempre portaban ya intimidaban bastante.

—El rey lleva rato buscándote —le comunicó el que ostentaba los galones más altos.

L

No esperaba el caballero de San Lázaro encontrarse a un rey tan ruinoso. Apenas hacía cuatro días que no lo veía, pero le pareció que habían transcurrido cuarenta años. A Balduino le temblaban las manos y las piernas como si tuviera el baile de san Vito además de la lepra. Mantenía la cabeza erguida a duras penas. El dolor y la angustia habían avejentado su cuerpo hasta convertirlo en un cadáver andante. Estaba claro que las penurias de aquel interminable traspaso de poderes estaban perjudicando al monarca más que cien campañas de guerra seguidas.

Había pensado Amadís recriminar a Balduino el permitir el ascenso de un niñato a su trono, pero desistió de ello al ver su lamentable aspecto. Además, la sorprendente conversación que acababa de mantener con el joven Ibelín le retumbaba dentro de la cabeza como un timbal sarraceno. Prefirió esperar a que fuera el rey quien hablara antes.

—Saladino ha soltado a su último cautivo —murmuró con lentitud el monarca.

—Lo sé.

Un estertor de fatiga se le escapó a Balduino del pecho mientras se frotaba la cara con las manos. Parecía un náufrago sin salvación posible.

—Me han dicho que ya está por aquí… —dijo con un hilo de voz.

—Así es. ¿Eso es lo que tanto te aflige? —inquirió Amadís—. Los tuyos ya han designado marido para Sibila. Y, por otra parte, su liberación no te ha costado nada.

Cabeceó reflexivo el rey.

—¿Sabes quién ha pagado su rescate?

Decidió Amadís no esconder sus cartas.

—Manuel II y dos amigos suyos. Me lo ha dicho él mismo.

Los labios blancos de Balduino de Jerusalén se curvaron en una mueca que quiso ser sonrisa, pero se quedó en un mohín de disgusto.

—¿Y no te ha desvelado la identidad de esos dos grandes amigos que tanto dinero tienen? —preguntó con un deje de ironía.

—No. ¿Tú sí sabes de quién se trata?

Joscelino de Courtenay irrumpió en aquel instante en la sala. Traía el semblante lechoso y el gesto descompuesto.

—¡Están a solo tres jornadas de viaje! ¡Puede que lleguen en un par de días si aceleran el paso! —proclamó a los cuatro vientos.

Escrutó Amadís al senescal del reino con ademán perplejo. Miró después la pose meditabunda de un rey abrumado por las preocupaciones.

—¿De quién diablos estáis hablando? —les preguntó.

—De Raimundo de Trípoli y Bohemundo de Antioquía —replicó Balduino con aquel aire de pensador exhausto.

Se encogió de hombros el lazarista.

—Estamos en Pascua. Es la costumbre —repuso—. Ambos asisten a los actos y procesiones todos los años…

Cobró súbitas fuerzas el monarca para golpear con el puño cerrado el apoyabrazos de su trono.

—¡Pero nunca vienen juntos! ¡Y menos aún acompañados de sus respectivos ejércitos! —exclamó furibundo—. ¡¿No te parece eso raro?!

Un silencio funesto incendió la sala de palacio en la que Amadís, Joscelino y el rey compartían espacios y repentinas tribulaciones.

—¿El conde de Trípoli y el príncipe de Antioquía avanzan hacia Jerusalén con sus tropas? ¿Como un solo ejército? —inquirió al fin Amadís, todavía incrédulo.

—Traen dos mil hombres cada uno —asentó Joscelino sin dejar margen alguno a la duda.

—Ellos son los dos poderosos amigos a los que se refería Balduino de Ibelín; los que han pagado, junto con Manuel II, los doscientos mil dinares de Saladino. ¿Sabes por qué? —preguntó el rey mientras contemplaba, aparentemente distraído, un nido de golondrinas bajo el dintel de su ventana.

Se aprovechó Joscelino de la vacilación de Amadís para ponerle palabras a la acusación más grave jamás vertida por el senescal del

reino de Jerusalén.

—Esos dos vienen con la intención de derrocar a mi sobrino antes de que abdique. ¡Pretenden dar un golpe de Estado! —aulló.

—¡Jamás nadie ha depuesto a un rey en Tierra Santa! —explotó al fin Amadís espantado por tanto disparate—. ¿Tenéis acaso pruebas de que hayan sido ellos quienes han contribuido al pago del rescate?

Esbozó el rey una sonrisa cansada.

—Amadís… —murmuró con esfuerzo—, hasta un ciego ve las piedras del fondo cuando el agua de un arroyo baja clara. No quieras convencerme de lo que es imposible.

—¡Pretenden coronar rey a Balduino de Ibelín tras forzar su boda con Sibila! ¡¿Es que no te das cuenta?! ¡Hay que detener a ese insurgente hoy mismo! —proclamó Joscelino.

El dedo de Amadís apuntó hacia el pecho del senescal como si fuera la flecha de una ballesta.

—Si arrestas hoy a Balduino de Ibelín, tendrás una guerra dentro de los muros de Jerusalén y no fuera —le advirtió.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque cientos de personas celebran ahora mismo su vuelta. Y miles verían con buenos ojos que fuera él el próximo ocupante de este trono. ¡Y no ese fantoche al que elegisteis primero en familia y luego impusisteis a toda una *curia generalis*!

Amagó Joscelino con echar mano a su espada. Pero lo hizo por la necesidad del gesto más que porque tuviera intenciones reales de desenfundarla. El rey detuvo la trifulca al elevar una mano.

—Amadís… —volvió a llamar a su amigo con voz cadenciosa—. No hace falta que mates a mi tío en mi presencia. Tan solo te he hecho venir porque necesito saber si estarás con ellos o conmigo cuando esos dos ejércitos se presenten a las puertas de Jerusalén pasado mañana.

—¡Jamás he traicionado a mi rey! —adujo con cierto pesar el lazarista—. Esa pregunta sobra.

Sonrió como antaño Balduino, como cuando maestro y pupilo cambiaban golpes con espadas de madera en el patio de la colonia, como cuando se bañaban en el embalse de Siloé o en la Nueva Cisterna entre risas.

—En realidad no lo dudaba —reconoció—. Me alegra que

vayamos a luchar otra vez juntos.

Amadís y Joscelino abandonaron a la vez la torre del homenaje, olvidado ya el encontronazo. Trataban ambos de diseñar la estrategia que evitara una guerra entre cruzados, o un asedio a todas luces cruento, o un baño de sangre intramuros. Porque nadie sabía hasta dónde estarían dispuestos a llegar Raimundo de Trípoli y Bohemundo de Antioquía si en verdad buscaban un cambio rápido de monarca.

Propuso el senescal convocar a todos los hombres dispuestos a defender las fronteras del reino. Aunque escaso, todavía quedaba tiempo para levantar algunas tropas y salir a plantar cara a los insurrectos, dijo. Empleó aquella misma tarde en medir sus verdaderas fuerzas. Acudió en busca de Amadís ya entrada la noche con la decepción pintada en el rostro.

De los templarios no podía esperarse nada al estar todavía descabezados, afirmó. Los hospitalarios rehusaban pelear contra cristianos. No había encontrado tampoco demasiados mercenarios extranjeros con ganas de trabar batalla con las huestes del conde y del príncipe.

—¿De cuánta gente estamos hablando entonces? —le preguntó Amadís, cansado de hacer cábalas en el aire.

—De Jerusalén no sacaremos más de cien caballeros y trescientos peones, a lo sumo.

Asintió despacio el lazarista mientras pensaba.

—Lo suponía —dijo—. Balduino de Ibelín tiene aquí un nombre, y muchos seguidores.

—Habrá que recurrir a Reinaldo de Châtillon —propuso el senescal—. Espero que él no esté por apoyar a los rebeldes.

—Llamaremos también a los de mi sangre, por si acaso. Esos no fallarán —asentó Amadís.

Pareció confundido el senescal en un principio.

—¿A quiénes has dicho?

—A los españoles de Monte Gaudio.

Mandaron palomas mensajeras a la frontera sur aquella misma tarde, tanto al señorío de Kerak como a los castillos meridionales de Álvarez de Sarria. Ambos mandatarios contestaron afirmativamente. Reinaldo de Châtillon envió cincuenta jinetes de caballería pesada y el conde de Sarria, cien. Con la diferencia de que el gran maestre de

Monte Gaudio se presentó al día siguiente al frente de sus tropas. Amadís también aportó los treinta caballeros de su Orden en disposición de empuñar una lanza. Unos estaban sanos; a otros los carcomía la lepra, pero todos se alistaron dispuestos a defender a su rey con la misma fiereza.

Así, el mismo Viernes Santo al rayar el alba, las huestes de Jerusalén salieron de la ciudad por la puerta de Damasco. Amadís y Joscelino habían logrado reunir finalmente a casi trescientos caballeros y quinientos infantes. Era aquel un ejército en el que destacaban a primera vista las cruces verdes de San Lázaro y las rojiblancas de Monte Gaudio. No llegaban ni a la mitad de lo que pondría en liza el bando oponente, pero era más que nada.

Pusieron rumbo al norte sin saber qué dispondría el destino cuando se toparan con las tropas mixtas de Trípoli y Antioquía. Las últimas noticias apuntaban a que Raimundo y Bohemundo ya estaban a media jornada de Jerusalén.

Divisaron la polvareda cuando apenas habían avanzado diez millas. Rodrigo Álvarez de Sarria y Amadís cabalgaban a la cabeza. Por detrás venían Joscelino y Aimery de Lusignan, que iba a estrenar sus galones de condestable en una salida a todas luces imprevisible. Y tal vez por eso marchaba callado y algo lívido.

—Entonces… puede que hoy peleemos entre cristianos —aventuró el conde de Sarria.

—Sí, es muy posible. ¿Tienes algún inconveniente? —le respondió el lazarista.

Compuso una mueca de indiferencia el gallego.

—Ninguno —asentó categórico—. En España esas cosas pasan cada dos por tres. Tantos reyes…, tantas lindes… Cualquier día los moros van a empezar a recuperar todo el terreno que les hemos quitado.

Chascó la lengua Amadís mientras escrutaba aquel horizonte de polvo y lanzas.

—Mal lugar entonces el que me recomiendas para vivir cuando me canse de Tierra Santa… —murmuró.

Se encogió de hombros el de Sarria.

—Bueno, a un país no lo hacen sus gentes —dijo.

—¿Ah, no?

—Un país florece gracias a la sangre de los que mueren

pensando que defienden una buena causa —sostuvo el conde gallego, filosófico.

Joscelino y Aimery de Lusignan se presentaron en ese instante. Se les veía inquietos, indecisos. Los de enfrente se habían detenido a mil pasos, tras descubrir a las huestes de Jerusalén taponando el camino. Aun sin adoptar posiciones de combate, la superioridad numérica de aquel ejército resultaba ciertamente aterradora.

—¿Qué hacemos? —Joscelino consultó con Amadís.

El lazarista señaló a Aimery de Lusignan con la cabeza.

—Pregúntale a él —dijo—. Es el condestable.

Dos jinetes salieron de las filas contrarias antes de que al amante de Inés de Courtenay le volviera la sangre al rostro. Destacaban aquellos insignes caballeros por el brillo de sus armaduras y los coloridos arreos de sus monturas. Eran Raimundo de Trípoli y Bohemundo de Antioquía los que ofrecían parlamento a media campa.

—Prefiero que seas tú quien hable con esos —le pidió Joscelino al lazarista a sabiendas de que el conde de Monterroso era el único que podía evitar el derramamiento de mucha sangre cristiana aquella mañana de Viernes Santo.

—¿Quieres que te acompañe? —se brindó Álvarez de Sarria al instante.

—No. Tú encárgate de formar a los hombres para la batalla.

Se aproximó Amadís sin prisas a su cita con el destino. Mantuvo su caballo al paso todo el tiempo mientras el conde y el príncipe lo esperaban como dos espantapájaros olvidados en mitad del páramo. La melena normanda de Bohemundo de Antioquía comenzó a revolverse de repente. Era la brisa del mar. El mismo viento que en vez de empujar las velas de Hugo de Burgundy desde Europa no había traído más que desgracias al reino: primero a Guido de Lusignan; después, tal vez una guerra entre hermanos.

Le ofreció su mano Raimundo. Era la misma palma firme y callosa de otras veces. No percibió Amadís matices al estrecharla. Con el príncipe de Antioquía apenas cruzó un leve asentimiento. Después, todos parecieron dispuestos a esperar a que los caballos del apuesto Bohemundo se serenasen un poco.

—No esperábamos este recibimiento… —dijo el de Trípoli cuando cesó la brisa.

Decidió el lazarista responder usando el mismo registro.

—¿Qué menos para un conde y un príncipe?

—¡Se… se… se está ri… riendo de no… nosotros! —tartajeó iracundo el de Antioquía al percibir el sarcasmo. Lo cual solo venía a demostrar que Dios nunca concede sus favores de manera completa. Bohemundo podía ser un hombre muy atractivo, a juicio de las mujeres, pero estaba mejor callado.

—¿Vais a impedirnos llegar a la procesión de Viernes Santo? —preguntó entonces Raimundo, el gesto ya más tenso, las manos más crispadas sobre el ramal de su montura.

—En absoluto.

—¿Entonces…? —Señaló el conde la formación de batalla preparada por Álvarez de Sarria.

—No os hace falta un ejército de cuatro mil hombres para ir a misa.

Se percató Raimundo de que tampoco quedaban rastros de broma en el rictus apretado de su antiguo amigo.

—No están los tiempos para atravesar Siria sin una buena escolta. Tú lo sabes —dijo—. Bohemundo y yo siempre hemos venido por Pascua rodeados de caballeros.

Previó Amadís el regateo, y se sintió cansado antes de iniciarlo. Si él les autorizaba cien hombres a cada uno para garantizarles la entrada en Jerusalén, ellos pedirían mil quinientos. Y así hasta llegar a ninguna parte. Entonces aquellos dos ilustres gobernantes pondrían el grito en el cielo, y se escudarían en la falta de entendimiento para empuñar las armas y abrirse el paso a la fuerza. Por eso, el conde de Monterroso decidió cortar por lo sano.

—¿Pagaste una parte del rescate de Balduino de Ibelín? —le disparó a bocajarro al de Trípoli.

La pregunta del lazarista restalló en el aire caldeado del páramo como la cuerda de un arco al soltar la flecha.

—¡E… eso no… no es cosa tuya! —tronó Bohemundo.

—No estoy hablando contigo. ¿Pagaste o no? —repitió Amadís sin dejar de mirar a Raimundo.

Tardó demasiado en hablar el conde de Trípoli como para dar un no por respuesta.

—Tal vez —gruñó incómodo.

—Eso no me vale como respuesta.

Resopló su derrota Raimundo.

—Imagínate que pagué lo que me tocaba. ¿Acaso no merecía el joven Ibelín nuestra ayuda?

—Por supuesto que sí, pero ese no es el caso. La cuestión es si, a tu juicio, Balduino de Ibelín también merece sentarse desde hoy mismo en el trono de Jerusalén.

Soplaba otra vez recio el viento del Mediterráneo. Se llevaba algunas palabras de aquella charla, pero dejaba en su sitio las que pesaban como el plomo. O sea, la mayoría. Por eso, a Raimundo de Trípoli debió de parecerle mal hacerse el sordo.

—¡¿Tú acaso prefieres a ese imbécil de Guido de Lusignan como rey de los cristianos?! —preguntó colérico.

—Sabes muy bien que no, pero no estoy de acuerdo con que las cosas se hagan de esta manera.

—Aquella asamblea de la *curia generalis* en la que se trató el tema fue una auténtica indecencia —masculló con ira el de Trípoli —. Ni siquiera nos dieron tiempo a Bohemundo y a mí a desplazarnos desde nuestros territorios.

Asintió Amadís. No era su costumbre rehuir las verdades.

—Es cierto. Aun así, podíais haber mostrado vuestro rechazo a través de un mensaje. Y eso… no me consta que lo hicierais. Será que la hambruna aprieta en Galilea y Antioquía, y ya os habéis comido hasta las palomas mensajeras.

—¡Me ca… cago en… en…! —Hizo piafar a su caballo el príncipe Bohemundo cuando se dio cuenta de que le saldría mejor la cabriola que el juramento.

—¿No os apartaréis entonces? —preguntó el de Trípoli.

Sacudió la cabeza, tajante, el conde de Monterroso.

—Un hombre muere por sus principios y por sus convicciones.

Una espumilla densa se le escapaba al príncipe Bohemundo por entre las comisuras de la boca. Era por la rabia de tener que tolerar la insolencia de un modesto, y también porque le habría gustado tener el dardo en la palabra y no una lengua de trapo.

—¿Ca… ca… caaargamos ya co… contra ellos? —se las apañó para decir tras hacer un titánico esfuerzo.

Raimundo de Trípoli permanecía sobre su montura igual que una estatua de cera. Sin pestañear, como si no tuviera párpados en los ojos. Miles de imágenes de otra época le pasaban por detrás de

las retinas. En una de aquellas entrañables estampas, dos niños correteaban por el camino de ronda de la ciudad de Trípoli mientras cazaban lagartijas. Un griterío les llamó la atención desde abajo, muy cerca del puente levadizo. Un integrante de la Secta de los Asesinos acababa de acuchillar a Raimundo II de Trípoli cuando regresaba de un viaje por sus territorios. Ambos vieron a la vez el cuerpo caído, y la sangre. Amadís había corrido a abrazarlo. Le había tapado los ojos mientras le decía al oído que no tuviera miedo porque él era su hermano mayor y lo cuidaría hasta su último soplo de vida.

Raimundo III regresó por fin al presente y miró muy fijo a su amigo de infancia.

—Guido de Lusignan sería un desastre para los Estados Cruzados —musitó—. Procura que jamás se siente en el trono.

—¿Ca… caaargamos ya o qué? —volvió a reclamarle Bohemundo. Pero el conde de Trípoli no le hizo caso. Levantó su lanza en el aire, la puso al través sobre su cabeza y la partió de un solo golpe contra el arzón de la silla.

—Una pértiga puede romperse por duro que sea su mástil; el amor entre hermanos, nunca —repuso con ojos brillantes, y se dio la vuelta.

LI

Amadís se reunió con el rey aquella misma tarde. Aún llevaba la cota de malla puesta y la sobreveste sucia con el polvo de los caminos.

—Entonces… hemos evitado una guerra entre cruzados —murmuró Balduino tras escuchar el relato de lo acontecido.

—Solo por ahora.

—¿Crees que el conde de Trípoli y Bohemundo volverán con sus ejércitos en algún momento? —preguntó alarmado el monarca.

—Lo que no quieren es ver a Guido de Lusignan en tu trono. Y, al parecer, lo mismo piensa el emperador de Bizancio. De ahí todo lo ocurrido. La verdad es que cualquiera en su sano juicio preferiría a Balduino de Ibelín como rey antes que al hermano del nuevo condestable.

Obvió el monarca aquellas apreciaciones y se centró en las últimas noticias llegadas a su reino. Para ello, recogió un rollo de encima de la mesa y se lo tendió al lazarista.

—Guillermo de Tiro ha escrito. Llegará dentro de un par de días de Constantinopla. A juzgar por lo que afirma en su carta, Manuel II se ha mostrado atento y colaborador con él. Incluso ha renunciado a su idea de enviar a un patriarca ortodoxo a Jerusalén. ¿Qué opinas?

Amadís torció el gesto.

—Que el emperador se ha reído de él, y de nosotros —dijo—. Tienes que volver a mandar a alguien.

—¡¿A Constantinopla?!

—Pues claro. Tienes que presentarle tus quejas a Manuel II por haber intentado derrocarte. ¿No crees?

Cabeceó abrumado Balduino ante los vaivenes de su reinado.

—Primero le pedimos ayuda… —murmuró—, y ahora tengo que amenazarlo.

—Así es la vida de un rey. Así son las relaciones entre monarcas.

En cualquier caso…

Temía el rey los silencios de Amadís cuando el lazarista dejaba una frase a medias. Sabía que detrás de aquellas pausas interminables se escondían a menudo la reflexión, el conocimiento y la dureza.

—¿Qué es lo que vas a decirme ahora?

—Que se han acabado las guerras con Saladino; para tiempo.

—¿Ya no emprenderemos campañas de verano en sus territorios?

—Ni de verano, ni de invierno ni de nada —asentó Amadís, categórico—. Tenemos un ejército demasiado justo como para exponerlo. Y, lo peor de todo, has perdido casi todos tus apoyos en Tierra Santa. Después de lo de hoy, ya no podremos recurrir a Trípoli, ni a Antioquía. Incluso puede que los Ibelín se nieguen a ayudarnos en el futuro.

—¿Qué nos queda entonces?

—Pedir una tregua al enemigo.

—¡Nunca me he rebajado a eso! ¡Siempre han sido ellos quienes la han pedido! ¡Y además les ha costado una fortuna hacerlo! —se encrespó Balduino en un ataque de coraje.

—Pues esta vez será al contrario.

Le dio pena a Amadís fustigar de aquella manera a su pupilo. Le dolió ver cómo Balduino menguaba y se encogía en su asiento como la hoja reseca de un árbol enfermo.

—Está bien. Lo haremos así —musitó al cabo el monarca.

—Hay algo más —repuso Amadís, que no había movido un solo pie para marcharse.

Abrió el rey unos ojos grandes y vidriosos.

—¿Más desgracias todavía? —preguntó.

—Eso depende.

—¿De qué?

Meditó con cuidado su siguiente mensaje el caballero lazarista. No quería ofender, pero vio la necesidad de mostrarle al rey la crudeza de una realidad implacable.

—Antes te he dicho que te quedaban muy pocos apoyos en los Estados Latinos, ¿verdad?

—Sí.

—Pues imagina los que tendría un tipejo como Guido de

Lusignan, al que la gente solo conoce por los amoríos que tu madre mantiene con su hermano mayor. Si le dejas a ese imberbe un reino partido en mil pedazos, la ciudad de Jerusalén durará dos días en manos cristianas.

Se dio la vuelta el conde de Monterroso para abandonar el despacho del rey. Le dolían el corazón y la boca de hablarle así a Balduino.

—Amadís… —lo llamó el monarca cuando tenía medio cuerpo fuera de la estancia.

—¿Qué?

—¿Estarás presente en la boda de Sibila?

Asistir a aquella ceremonia, y todo lo que después llevaba aparejado el acto, significaba también presenciar el fin de un reinado, y casi de una vida. Porque Inés y Joscelino lo habían preparado todo para que el traspaso de poderes ocurriera en la misma iglesia, cuando aún sonaran los acordes del enlace. Después, ellos, los Courtenay, pensaban manejar las riendas de un gobierno valiéndose de su títere de trapo.

—No pensaba acudir —respondió sin rodeos.

—Necesito que estés allí. Hazlo por mí —le rogó Balduino, sin embargo.

No le quedó otro remedio que comparecer al caballero de San Lázaro. Porque habría sido una descortesía desatender la súplica del que aún era monarca del reino. No obstante, penetró en la iglesia del Santo Sepulcro de los últimos; muy por detrás del propio Balduino, de su madre, de su padrastro Reinaldo de Sidón y de su tío Joscelino. Después tomó asiento junto al conde de Sarria.

—¿Vas a quedarte al convite? —le preguntó el español.

—Ni por todo el oro del mundo.

—Yo tampoco.

Se fijó el conde de Monterroso en Guido de Lusignan cuando la pareja desfiló entre los bancos. Iba vestido de colorines, con ropas de terciopelo rojo y calzas tan ajustadas que le realzaban de manera grotesca sus partes pudendas. Era alto y apuesto, eso sí, pero no tenía rastros de cicatrices ni de golpes en el rostro o en el cuello, porque jamás había levantado su espada contra nadie. Lucía una sonrisa satisfecha el hermano del condestable. Al fin y al cabo, pocos lograban sentarse en un trono con tan pocos méritos. A Sibila

no consiguió verle la cara debido al velo.

—Dime una cosa, Rodrigo —le preguntó Amadís al conde de Sarria.

—¿Qué?

—¿En España también tenéis reyes tan baratos e insignificantes como va a resultar este Guido?

Sacudió la cabeza con vehemencia el gallego.

—En España los monarcas pueden ser buenos o malos, piadosos o malvados, pero el que menos ha matado a más de mil sarracenos en el campo de batalla —proclamó orgulloso.

—Ya. Era solo curiosidad.

Discurrió la ceremonia sin sobresaltos, aunque el patriarca Amalarico de Nesle tuvo que dirigirla casi siempre sentado. Su aspecto era ciertamente preocupante, pero ya había sobrevivido a los dos padrenuestros pronosticados por un Guillermo de Tiro que examinaba muy atento las maniobras exangües de su colega.

Tras los consentimientos, Guido de Lusignan descubrió el rostro de la novia para besarla en los labios. Una mirada fugaz, entre la pena y el pánico, se le escapó a Sibila por encima del hombro de su prometido. Le pareció a Amadís que la joven trataba de localizar a Balduino de Ibelín entre los reunidos. No pudo verlo, evidentemente. Porque esa misma mañana, el eterno candidato al trono y a un amor imposible se había marchado de Jerusalén con rumbo a Antioquía. Antes se había detenido en la explanada, para contemplar por última vez a su amada escondido tras una esquina.

Iba a poner su espada el joven Ibelín al servicio del bello Bohemundo, en vista de tanto desprecio. Así mismo se lo había dicho a Amadís casi a las puertas del Santo Sepulcro. También le había jurado que nada tenía que ver él con aquel supuesto intento de golpe de Estado. Su único pecado, afirmó, había sido pelear hasta caer preso en Marj Ayyún para que el rey que ahora lo acusaba de traidor huyera vivo del desastre.

Se encogió de hombros el lazarista porque no tenía elementos de juicio suficientes como para darle la razón o quitársela.

—Arrieros somos, y en el camino nos encontraremos en algún momento. Tan solo espero que nuestras carretas circulen en la misma dirección ese día —le respondió tras ofrecerle su mano.

La aparición de Balduino de Jerusalén en el altar del Santo

Sepulcro devolvió a Amadís a un presente triste y demoledor. Terminado el casamiento de su hermana, el monarca se dirigió a uno de los dos sillones dispuestos sobre el estrado. Uno era para él. El otro ya estaba ocupado por Guido de Lusignan.

Amalarico de Nesle se arrastró como pudo hasta el rey saliente y le dejó en el regazo el cetro que tras un breve discurso de despedida pasaría a manos del marido de Sibila. Se preparó, pues, el caballero lazarista para asistir a los últimos minutos de Balduino IV en el trono. No obstante, examinó con interés la vestimenta elegida por el todavía monarca para una ocasión tan señalada.

Lucía el rey una túnica abierta. Dejaba así entrever una preciosa cota de malla. No la que usaba en las batallas, evidentemente. Esta era más fina y ligera. Pero tan bruñida estaba que el brillo de sus anillas hacía daño a los ojos. También se había ceñido la espada al cinto Balduino. Y aquella sí era el arma con la que había matado a muchos enemigos en las batallas. Tal vez no tantos como los reyes de España, pero aun así la cantidad no era desdeñable. Le extrañó a Amadís que la última imagen que el rey quería dejar a los suyos fuese la de un hombre a punto para la guerra.

Cientos de miradas se posaron en el joven que iba a dirigirse por última vez a sus grandes barones. A excepción de los supuestos sediciosos, todos los miembros del Alto Tribunal se arracimaban en los primeros bancos del Santo Sepulcro. Justo detrás se sentaban los que tenían un apellido ilustre en los Estados Latinos o un feudo vasallo del reino.

En la calle esperaba un público más modesto, pero igual de preocupado que los gentiles de dentro. Porque tanto unos como otros habían asistido a la marcha del célebre Balduino de Ibelín al principado de Antioquía pocos minutos antes de la ceremonia. Con él habían partido los corazones de muchos. Con él se habían dividido todavía más, si cabía, los francos. Sin él, Jerusalén y todos sus territorios eran más débiles que antes.

Se aclaró la garganta el monarca mientras parecía meditar la forma de iniciar su discurso. Después la voz le salió ronca, porque así era el tono de los leprosos, pero a la vez firme y pausada. Y, de hecho, se le entendieron todas las palabras, hasta las que no dijo.

Aludió Balduino en primer lugar a los últimos acontecimientos acaecidos a las puertas de Jerusalén en mitad de la Pascua. Los

calificó de tristes y desgraciados, sin echar la culpa a nadie. Ni siquiera mencionó nombres, porque esos ya estaban en la mente de todos. Lamentó la salida del joven Ibelín de su reino, pero se mostró optimista sobre su regreso algún día. Afirmó comprender, mientras cabeceaba con pesadumbre, el disgusto de todos los presentes. No obstante, confiaba en que el tiempo restañaría las heridas y curaría los resquemores, incluidos los de los dos ilustres ausentes en aquella ceremonia. Después, Balduino calló como si desfalleciera.

Amalarico de Nesle se levantó de su asiento en medio del silencio, y recogió el bastón de mando que el rey parecía haberse dejado olvidado en su butaca. Quiso entregárselo para agilizar el traspaso de poderes, pero el monarca lo rechazó con un gesto de la mano. Irguió entonces la cabeza Balduino IV y fulminó a los miembros de su Alto Tribunal con una mirada incendiaria.

No pensaba abdicar en aquellas condiciones, sostuvo de repente; con los Estados Latinos convertidos en un gallinero revuelto. Mala herencia sería aquella para Guido de Lusignan, un joven sin experiencia en el cargo ni contactos en el extranjero. Tal vez se atreviera, eso sí, a considerarlo como regente en momentos puntuales, cuando se viera cansado o acorralado por la lepra. Lo cual no era el caso en aquellos instantes. Le sobraban fuerzas para mantenerse al frente del reino de Jerusalén y lidiar con toda suerte de problemas, afirmó.

Amadís escuchó a su lado la risa de grajo de Álvarez de Sarria.

—¡Vaya carita que se les ha debido de quedar a algunos! ¡Creían que hoy enterraban a un rey y les ha salido respondón el muerto! —se carcajeó el español.

Se fijó el lazarista en los ademanes de asombro de Inés y Joscelino. Entre los hermanos Lusignan, parecía más afectado el condestable. Porque tal vez Guido, en su inmadurez, todavía se conformaba con disfrutar de un castillo para él solo.

Reparó también en Ivette, en tercera fila. A la antigua tabernera de El León Dorado la agitaban los jeribeques del llanto. Lo que Amadís no podía adivinar era si se debían a la pena o al orgullo.

—No sé por qué, pero me esperaba algo así. ¿Tú no? —insistió el conde gallego.

Pero el lazarista no le contestó. Tenía la garganta seca y los ojos acuosos. Si hubiese intentado responder, le habría salido la voz

rasgada. Y no era Amadís de los que mostraban su debilidad en público.

LII

Joscelino fue el elegido para ir a pedirle cuentas al emperador Manuel II por lo del pago del rescate del joven Ibelín. Un hecho que a punto había estado de quebrar la inestable concordia reinante entre los Estados Cruzados. Se opuso Inés de Courtenay a aquel viaje en un primer momento. Temía que la marcha de su hermano dejara a su hijo Balduino excesivamente desvalido ante los ardides y maquinaciones del conde de Monterroso.

Impuso, no obstante, el rey su criterio. Y, además, también envió a Amadís lejos de la corte aquella primavera. Si suya había sido la idea de ofrecerle una tregua a Saladino, le dijo, lo lógico era que se encargara él también de tramitarla.

Regresó el lazarista a mediados de mayo, con la paz debajo del brazo. Para dos años completos. Y además gratis. Fue precisamente aquella facilidad para alcanzar un acuerdo la que le dio que pensar y lo llevó a investigar por su cuenta. Tanta premura y tanta concesión de balde no eran propias de un viejo zorro como Saladino.

—Debemos estar satisfechos entonces… —insinuó Balduino tras escuchar el contenido de las negociaciones.

—Solo a medias.

—¿Por qué? ¿No era eso lo que queríamos?

Esbozó una sonrisa cansada el lazarista.

—Viviremos tranquilos dos años, eso es cierto —asintió—, pero Saladino seguirá estrechando el cerco. Para cuando las hostilidades vuelvan.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Me he enterado de que va a aprovechar este tiempo para aplastar a Kilij Arslan II, el sultán selyúcida de Iconium. Cuando su tregua con nosotros expire, él tendrá más fuerzas y riqueza.

Cabeceó reflexivo Balduino.

—Eso quiere decir que tenemos que darnos prisa por recobrar la unidad de antaño en los Estados Latinos…

—O algo que se le parezca. Incluso un nuevo acuerdo con Bizancio nos vendría de perlas, a pesar de lo ocurrido. ¿Se sabe algo de tu tío?

Balduino abrió un cajón de su mesa y sacó un pergamino.

—Puede que eso sea la parte más fácil —adujo, y le entregó a Amadís la primera carta enviada por Joscelino desde Bizancio.

La leyó el lazarista sin saltarse una letra. Manuel II había muerto de tristeza, decía la epístola del senescal. No había podido reponerse de la derrota de sus ejércitos contra los turcos selyúcidas en Miriocéfalo. De hecho, su cuerpo estaba ya bajo tierra cuando él se presentó en Constantinopla. Su viuda, María de Antioquía, era ahora la regente del Imperio dada la corta edad de Alejo II. Tratar con ella estaba siendo una auténtica delicia, debido a su origen franco. Un nuevo rumbo en las relaciones entre ambas potencias estaba ya gestándose, afirmaba un satisfecho Joscelino.

Devolvió la misiva Amadís con gesto escéptico.

—Parece broma tanta cordialidad de repente —murmuró—. Aunque, bien pensado, también a ellos les interesa una alianza después del varapalo contra los turcos. Si Saladino conquista Iconium, podría plantarse a las puertas de Constantinopla en dos días.

Una sonrisilla bailaba juguetona en los labios del monarca.

—Algo tramas y aún no me lo has contado —le espetó Amadís, contento de tener frente a sí a un Balduino otra vez activo.

—Se me ha ocurrido una idea.

—¿Cuál?

—Voy a casar a mi hermanastra con el nieto del difunto Hunfredo —dijo.

—¿A Isabel y Hunfredito? —exclamó pasmado el lazarista—. ¡Apenas son unos niños!

Removió el aire con una mano el rey de Jerusalén.

—Ya, bueno, sí. Me refiero a comprometerlos desde ahora mismo. Para la boda habría que esperar tres años, ya lo sé; hasta que mi hermana alcance la edad canónica.

—Entonces… ¿a qué tanta prisa para anunciar el enlace?

Una nube de negra desconfianza cruzó los ojos de Balduino.

—No acabo de ver claro el futuro del reino —dijo—. El matrimonio de mi hermana Isabel y Hunfredo IV es tan solo por cubrirme las espaldas. Quiero dejar mi sucesión bien afianzada, por si lo de Sibila y Guido de Lusignan se tuerce antes de tiempo.

—Entiendo.

Creyó el lazarista que la conversación había terminado, pero una nueva pregunta retuvo su marcha.

—¿Te dice algo el nombre de Arnaldo de Torroja?

—Pues no.

—Es español.

Amadís se encogió de hombros.

—Lo único que tengo de español por ahora es la sangre —respondió.

—Es el nuevo gran maestre del Temple. Llegará a Jerusalén cualquier día. Supongo que querrá verte…

—Ya. Tendré que pedir un sueldo como embajador de todos los ciudadanos hispanos que llegan a Tierra Santa —masculló con sorna el lazarista—. El problema es que en un país con tantos reyes no sabría a cuál dirigirle mi carta.

Abandonó Amadís el palacio con paso elástico. Se sentía contento, casi eufórico, tras aquel cambio de impresiones con Balduino. La tregua no insuflaría fondos a las menguadas arcas del reino. No conseguiría más mercenarios de los que se presentaban cada año en Tierra Santa, por barco o andando. Pero si al menos lograba la encarnadura de las muchas heridas infligidas entre cristianos, el beneficio ya sería más que suficiente.

Por otra parte, de no ser por su vasto conocimiento de la enfermedad de San Lázaro, casi estuvo tentado de empezar a creer en los milagros. Porque tras su negativa a ceder el trono, Balduino parecía haber renacido de sus cenizas. Su aspecto volvía a ser impecable. Su ánimo también era óptimo, al igual que el estado de su mente. Desgraciadamente Amadís sabía que todos aquellos avances eran meramente ilusorios. Engordar hoy para morir mañana; un dicho aplicable en el fondo al resto de mortales, incluido él mismo. Por eso, se dispuso a disfrutar de la prórroga de vida que le había arrancado a Saladino en Damasco; sin pensar en nada más, concentrado únicamente en sus enfermos.

Imaginó que Balduino haría lo mismo, y se propuso dejarlo

tranquilo. A él y a la persona que compartiría su tiempo. Y, de hecho, en los cinco meses siguientes apenas salió del Hospital media docena de veces para visitar la tumba de su hijo Santiago en el cementerio de la colonia. La de Céline le quedaba más a desmano y fue menos a verla.

Con su pequeño vástago, en cambio, mantuvo largas conversaciones. No creía en el más allá, pero la certeza de que su cuerpecillo se encontraba tan cerca, solo dos codos por debajo de la losa de piedra, le incitaba a soltar la lengua. Hablaba con él como si lo tuviera delante, le contaba sus aventuras en Siria o Egipto, le preguntaba si veía a su madre. Un día se sorprendió a sí mismo llamándolo Balduino en vez de Santiago. Aquella tarde volvió preocupado a su celda. Porque la locura le daba más miedo a Amadís que las cimitarras sarracenas.

Dos hombres lo esperaban a la entrada del edificio conventual de San Lázaro. Uno era el prior Alberico. Al otro no lo conocía, pero imaginó de quién se trataba al ver la enorme cruz roja que aquel hombre portaba sobre su manto blanco. También lo dedujo por el rictus mesiánico que el desconocido lucía como una máscara para asustar demonios; parecida a la de Odón de Saint-Amand pero con más canas.

—Te presento a Arnaldo de Torroja. Es el nuevo gran maestre del Temple —le dijo el religioso alemán antes de dejarlos a los dos solos junto a la fuente del patio.

Amadís todavía vestía el mandil que siempre usaba para trabajar en el segundo piso del Hospital de San Lázaro, allí donde los leprosos estaban más graves y sus cuerpos más incompletos. No era, pues, de extrañar que la prenda estuviera habitualmente manchada de sangre y otros miasmas indescriptibles.

Un gesto de asco se le filtró a Arnaldo de Torroja entre las costuras de la careta.

—No sabía que un gran maestre tuviera que remangarse de esta manera… —adujo todavía estupefacto.

—Entre los nuestros, el título no exime de nada; al contrario —respondió Amadís sin desprenderse del delantal—. No sé entre los tuyos…

Obvió la pulla el templario y guardó silencio mientras decidía por dónde guiar su charla.

—He estado viendo al rey —repuso al fin en un tono que a Amadís le sonó poco concluyente. Y por eso se mostró lacónico, porque sabía que las verdaderas intenciones de aquella visita todavía estaban por salir a flote.

—Ya.

—Te he buscado porque me han dicho que eres el más cercano al monarca y, dado que somos casi paisanos, supongo que puedo preguntarte algo en confianza… —continuó Arnaldo.

—Tú dirás…, y yo te contestaré si procede.

Esbozó una sonrisa desmayada el templario.

—¿Cómo está Balduino *realmente*? —dijo, y se quedó leyendo los surcos en la frente del lazarista.

—Me has dicho que acabas de visitarlo…

Asintió solemne Arnaldo.

—En realidad no soy yo quien pregunta, sino su santidad Alejandro III. Y por eso necesito un informe más técnico.

Alzó ambas cejas Amadís debido a la sorpresa.

—¿El papa se interesa de pronto por Balduino?

—A su santidad le preocupa todo lo que ocurre en Tierra Santa —respondió con gesto grave el gran maestre—. Y las noticias que han llegado últimamente a Europa no son muy tranquilizadoras.

Se encogió de hombros el de San Lázaro.

—¿Y qué es lo que yo puedo aportarle a Alejandro III que tú no puedas decirle?

—Cuánta vida le queda al rey, por ejemplo…

Había cometido una vez el error de responderle aquella pregunta a Inés de Courtenay, pero no tropezaría en la misma piedra con Arnaldo.

—Los caminos del Señor son inextricables. Eso no puedo saberlo —respondió uniendo las manos sobre el pecho—. En cualquier caso, Balduino está en una pieza. Tú lo has visto hace un momento…

—Pero vestido —adujo Arnaldo.

—Oh, sí. Aquí es costumbre que los reyes reciban vestidos y no desnudos a sus invitados —ironizó el lazarista.

—Me refiero a que incluso llevaba guantes con estos calores. ¿Ha perdido ya las uñas? —inquirió el templario, demostrando así unos ciertos conocimientos del mal de San Lázaro.

—Sí —tuvo que admitir Amadís.

—También he reparado en que le faltaban dientes…

La última vez que el lazarista había coincidido con el monarca, Balduino tenía la dentadura completa, pero de eso hacía ya dos meses.

—No sabría decirte…

Permaneció pensativo Arnaldo unos segundos hasta que reunió valor para su siguiente pregunta.

—¿Crees que el rey está en su sano juicio? —dijo.

Dio un paso adelante Amadís como impulsado por un resorte, y reculó la misma distancia el templario al ver avanzar hacia él un mandil manchado con restos de lo más nauseabundo.

—¡¿Algo en concreto te hace pensar que a Balduino no le rige la cabeza?! —preguntó tal vez con excesiva vehemencia el lazarista.

—Estaba con una mujer cuando he ido a verlo, y apenas me ha hecho caso.

—¡¿Y eso es síntoma de locura?!

El pretil de la fuente frenó la retirada de Arnaldo.

—No sé…, la chica no tenía aspecto muy regio, a pesar de las ropas —titubeó el templario—. Eran también sus juegos, sus carantoñas lo que me ha dado mala espina. Por otra parte, no ha mostrado ningún interés por mi llegada a Tierra Santa… Ni siquiera me ha preguntado por el número de caballeros que he traído.

Relajó la pose y el gesto el lazarista.

—Bueno, es comprensible —dijo—. Al fin y al cabo, estamos en medio de una tregua.

—Está bien. Escribiré al papa para decirle que no se preocupe entonces…

Había visto Arnaldo una salida a su encierro junto a la fuente y pretendió colarse por el hueco. Pero Amadís lo cazó por el brazo.

—¿Conociste a Odón de Saint-Amand? —le preguntó.

—Poco. Solo de vista —confesó el nuevo gran maestre.

—Era un valiente.

Hinchó su pecho Arnaldo antes de exclamar:

—¡Como cualquier caballero de mi Orden!

—También fue un lunático ambicioso e insolidario a quien puede atribuírsele el desastre de Marj Ayyún. —Se le desdibujó la sonrisa al templario al oír aquello—. Por eso espero que tú te comportes de otra manera el día en que coincidamos en un campo

de batalla.

Reemprendió cada cual la marcha tras la charla, pero Amadís tuvo que detenerse antes de penetrar en el convento. Fuertes voces lo reclamaban desde el patio, como si Jerusalén entero ardiera por los cuatro costados y San Lázaro fuese el único refugio posible. Era Guillermo de Tiro el autor de semejantes gritos.

Venía el archidiácono con el rostro rojo, congestionado por el esfuerzo. Había perdido una sandalia por el camino y ni se había parado a recogerla.

—¡¿No has escuchado la noticia?! —aulló mientras se acercaba.

—¿Sobre qué?

—¡Sobre el último dislate de Balduino!

Aferró Amadís a Guillermo por los hombros.

—¡¿Qué le ocurre a Balduino?! —demandó asustado.

—¡Lo ha nombrado a él! ¡No puedo creerlo! —sollozó el religioso.

—¿A quién? ¿De qué demonios estás hablando?

Guillermo de Tiro se desplomó de rodillas. Apenas podía articular palabra. Gruesos lagrimones de rabia e impotencia le resbalaban por los carrillos.

—¡Ha nombrado nuevo patriarca latino a Heraclio de Auvernia! ¡El rey se ha vuelto loco! ¡Yo fui su maestro! ¡Yo lo merecía más que nadie! ¡Es una injusticia! —lloró desconsolado.

Ató cabos Amadís en pocos segundos. Había oído lo de la muerte de Amalarico de Nesle la semana anterior. Pero nunca imaginó que el reemplazo fuese a ocurrir de manera tan apresurada. Y, desde luego, no en la figura de Heraclio, otro de los peluches de cama de Inés de Courtenay. Pero lo cierto era que la ambición campaba a sus anchas por el reino de Jerusalén y cada cual ascendía los peldaños del poder como mejor podía.

Una nebulosa grotesca se le formó a Amadís dentro de la cabeza. Había varios personajes harto conocidos en ella. La madre del rey aparecía tendida en el lecho. A un lado de aquel cuerpo desnudo estaba Aimery de Lusignan, el condestable. Al otro, el recién nombrado Heraclio. Ambos le soplaban a Inés de Courtenay sus cuitas y sus codicias al oído, sin dejar de manosearla. Después, los dos hombres se levantaban y se disponían a poseerla de manera ordenada ante la atenta mirada de Reinaldo de Sidón. El caballero

lazarista dio un respingo cuando se vio a sí mismo guardando turno en aquella fila de la lujuria.

—¡Tienes que hablar con él! Solo a ti te hará caso… —le rogó el archidiácono.

LIII

Le dijeron a Amadís que el rey no se encontraba en sus aposentos. A decir verdad era muy raro verlo en palacio por las mañanas. Solía salir a pasear por los patios de la ciudadela o por los naranjales anexos a la muralla, siempre acompañado por la sobrina de Roupen de Cilicia. A veces incluso recorría a caballo los alrededores de la ciudad si el tiempo era fresco.

Se dirigió el lazarista a la torre de Tancredo. Desde la cima de aquella enorme atalaya, se le ocurrió, lograría una vista más panorámica de la ciudad y de sus moradores. Pronto descubrió el paradero de la pareja.

Balduino e Ivette deambulaban por los jardines de la torre de David cogidos de la mano. Charlaban con desenfado mientras se regalaban toda suerte de arrumacos y carantoñas. Se detenían aquí y acullá para arrancar una frambuesa o una zarzamora. Jugueteaban después con aquellas frutas maduras, las lanzaban al aire y trataban de recogerlas con la boca. Reían como niños pequeños cuando alguno no acertaba y la bolita lo golpeaba en un ojo o en la barbilla.

Comprendió Amadís el enfado o la sorpresa de Arnaldo de Torroja tras su primera entrevista con el monarca. ¿Cómo iba a ponerse el rey a hablar de treguas, de estrategias o de tropas en un entorno tan lúdico? ¿Qué podía importarle la muerte de Amalarico de Nesle a alguien que levitaba sobre el mundo de los vivos montado en su nube de algodones blancos? Seguramente Balduino habría lanzado una moneda al aire para ver a quién designaba sustituto, y el ínclito Heraclio había resultado el escogido, para desgracia de Guillermo de Tiro.

Un pensamiento atravesó la cabeza del lazarista, de oreja a oreja, igual que un flechazo rusiente: ¿y si el gran maestre templario no estuviera del todo desencaminado en lo de la falta de

cordura del monarca? ¿Y si la lepra le estuviera ya reblandeciendo el cerebro?

Volvió sobre sus pasos Amadís y enfiló la escalera de caracol que lo dejaría al pie de la barbacana, muy cerca de las puertas de acceso a los jardines. Pensaba plantarse ante la pareja de cuatro zancadas para ponerle las peras al cuarto a Balduino, incluso delante de Ivette. Guillermo de Tiro no merecía tanto desprecio.

Una sombra se le interpuso bajo el mismo arco de la puerta. Reconoció la silueta de inmediato, a pesar de los contraluces. Aquellas formas sinuosas, aquel contoneo de gata casera solo podían pertenecer a una persona.

—No voy a permitir que salgas a los jardines. Sé lo que vas a echarle en cara a Balduino, y pretendo evitarlo —le dijo Inés de Courtenay con los brazos en jarras.

—No sé cómo vas a impedirlo… —repuso Amadís, pero frenó en seco al ver el brillo de una daga.

—Tendrás que pasar por encima de mi cadáver, y tal vez de algunos otros —adujo la madre del rey con serenidad inquietante.

Había varias figuras al otro lado del muro. Permanecían en silencio, esperando órdenes o acontecimientos. Pero eran hombres armados, de eso no había duda. Amadís podía oír el roce de los escudos sobre las anillas metálicas de la loriga e incluso los tintineos de unas espadas que ya estaban desenfundadas para la lucha.

—Tan solo quiero que Balduino recapacite sobre su último nombramiento —expuso el lazarista con más calma.

—Lo de Heraclio ha sido cosa mía. Él no ha tenido arte ni parte en este asunto. Dejó todo lo relativo a la designación del nuevo patriarca en mis manos —contestó Inés sin inmutarse.

Amadís avanzó un paso hacia la condesa de Sidón, ajeno al peligro.

—¡¿Tu hijo delegó en ti la sucesión de Amalarico de Nesle?! ¡¿Y le pareció bien que pusieras en el puesto a ese cantamañanas?! —se indignó.

Acortó también las distancias Inés de Courtenay, aunque sin dejar de empuñar la daga en su mano izquierda.

—En realidad, lo engañé —sonrió—. Le dije que el elegido sería Guillermo de Tiro. Entonces firmó los papeles sin comprobar nada.

Mucho me temo que ya no hay remedio, mi querido conde de Monterroso. Toda la documentación ha partido ya hacia el Vaticano.

—¡¿Cómo has podido ser tan… tan… víbora?!

Sintió Amadís el acercamiento de la condesa de Sidón por hálito turbador de sus aceites aromáticos. Un segundo después, ya no había distancia alguna entre los dos cuerpos. El pecho exuberante de Inés se aplastó sobre el suyo propio.

—¿Acaso no haces tú lo mismo con Balduino? —le susurró la madre del rey al oído—. ¿No consigues de él lo que quieres? ¿No diriges todos sus actos desde la sombra como si no existieras?

Rechazó Amadís tan horribles acusaciones. Trató de zafarse del contacto atosigante de aquella mujer, pero se vio atrapado por la cintura.

—Tú y yo no somos iguales —gruñó irritado—. ¡A los Courtenay solo os interesa el poder, y por eso has colocado a ese fantoche de Heraclio en el cargo! ¡Para poder manejarlo desde tu cama! ¡Por eso prefieres también a tu hija Sibila antes que a Balduino! ¡Porque sabes que reinarás a través de ella, dado que su marido es un inepto!

—¡¿Y cuál es la alternativa?! ¡¿Que seas tú el que dirija los designios de Jerusalén desde tu celda en el Hospital de San Lázaro?! ¡Apenas se te ve en palacio, pero todo el mundo sabe que Balduino no hace nada sin consultarte!

Una cabeza apareció bajo el umbral de la tronera. Era uno de los guardaespaldas de Inés, preocupado por las voces. El soldado desapareció al comprobar que la sangre no había llegado al río.

—Inés, yo solo pretendo que la Historia no recuerde a tu hijo como a un triste tullido que fue incapaz de gobernar un reino —repuso Amadís más aplacado—. Quiero lo mejor para él…, como si se tratara de un hijo.

Se le pusieron los ojos algo vidriosos a la condesa de Sidón, y tal vez por eso el lazarista se decidió a aceptar su abrazo.

—Me dijiste que viviría tan poco… —sollozó la mujer.

—Ahora no hay guerra. Esta tregua con Saladino le dará tranquilidad y descanso… —pronosticó Amadís sin darse cuenta de que tenía la boca de Inés cada vez más cerca.

Notó de repente el contacto esponjoso de aquellos labios, y no

hizo nada por remediarlo. Al contrario; lo prolongó más tiempo del deseable. Mientras lo hacía, rememoró también escenas que había tratado de borrar de su mente en vano. En todas estaba Inés de Courtenay, una dama quizá perversa, una mujer sin indicios.

—Amadís… —musitó la condesa de Sidón sin resuello.

—¿Qué?

—¿No crees que, en vez de con Saladino, esa tregua debiéramos firmarla todos los que rodeamos y queremos a mi hijo?

Estuvo de acuerdo con aquello el conde de Monterroso. Y, de hecho, ya no salió a los jardines para reprobar a Balduino el nombramiento de Heraclio. Bien sabía que su inacción provocaría las iras del archidiácono, pero lo dio todo por bueno con tal de no desequilibrar la balanza, al menos mientras la paz con Saladino reinara en Tierra Santa. Ello no impidió, sin embargo, que el rey tomara sus propias decisiones antes de acabar el año.

Envió en primer lugar a su hermanastra Isabel al castillo de Kerak, en mitad del desierto. Para que residiera allí con Reinaldo de Châtillon y Estefanía de Milly, la que iba a ser su suegra. No quería Balduino tener demasiado cerca a la pequeña para evitar posibles conspiraciones en su corte. Obviamente, la chiquilla no opuso resistencia a tan severo aislamiento, pues solo contaba con nueve años.

En cuanto a Guido de Lusignan, no tardó mucho el monarca en cansarse de su cuñado. Y cuando su presencia en Jerusalén se le hizo insoportable, le regaló la ciudad de Tiro. Para que Sibila y él echaran raíces en la fortaleza costera y la llenaran de hijos.

Fue pasando el tiempo en los Estados Cruzados igual que las grullas surcan los cielos. Con parsimonia, con desgana, pero sin descanso. Llegó el verano del año del Redentor de 1181 y el senescal del reino regresó por fin de Constantinopla tras una misión que le había ocupado catorce meses.

Se trajo Joscelino una arqueta llena de papeles firmados por María de Antioquía, una auténtica santa, según dijo. En cuestión de poco tiempo, un año como mucho, lloverían las ayudas, los tratados y los convenios entre las dos potencias. Bizancio y Jerusalén volverían a ser estados hermanos, como antaño, le había asegurado la regente.

Quedó tranquilo Balduino ante tan buenos augurios, y hasta se

animó a hacer algo inaudito: limó asperezas con Raimundo de Trípoli tras los sucesos de Pascua, aunque las paces no se sellaron ese verano, sino la primavera siguiente.

Ambos dirigentes se reunieron a mitad de camino de sus respectivos feudos, en Sidón, para que nadie sintiera que cedía más que el otro. Allí volvieron a mirarse a los ojos, y a prometerse ayuda en futuros conflictos con Saladino. Con quien no hubo arreglo fue con Bohemundo. Balduino dijo que no le compensaba un viaje tan largo para no sacarle provecho.

Así, a mediados de abril del año del Señor de 1182, cuando todos se afanaban por apurar las últimas gotas del elixir de la paz con Saladino, a Reinaldo de Châtillon le dio por romper el cáliz que lo contenía un poco antes de la hora.

Había sido aquel un invierno benigno, con lluvias mansas y temperaturas suaves. Había crecido la hierba incluso donde no solía, en mitad del desierto. Viendo aquellos arenales cercanos convertidos en pasto, el señor de Transjordania no pudo reprimir la tentación de adentrarse en territorios habitualmente vedados para los francos.

Preparó un buen ejército y emprendió una algarada por la ruta que unía Damasco y El Cairo. Pronto topó con una nutrida caravana de peregrinos a la altura de Tarbuk y los atacó sin miramientos. No se le ocurrió a Reinaldo de Châtillon que la famosa tregua todavía estaba en vigor, aunque era cierto que le quedaban dos padrenuestros, por ponerlo en palabras del archidiácono. Mató, robó, asesinó y tomó muchos cautivos aquel día el señor de Kerak.

Llovieron las cartas de protesta sobre Jerusalén a la semana siguiente. Saladino exigía al rey cristiano un importante pago como compensación por la afrenta, además de la puesta en libertad de todos los prisioneros. Habló muy seriamente el monarca con Reinaldo, pero este no se avino a razones. No soltó ni un solo denario de sus arcas y tampoco liberó a ningún cautivo. Arguyó los muchos gastos ocasionados por la defensa de la frontera sur del reino.

La respuesta del sultán de Siria y Egipto resultó inmediata y contundente. A los pocos días capturó un velero cristiano en Apulia, y se quedó con sus valiosas mercancías y con sus más de mil quinientos pasajeros. Ambos gobernantes discutieron agriamente

sobre el incidente por medio de largas epístolas. Uno, el cristiano, pareció más proclive que el otro a llegar a un arreglo. Para últimos de abril, sin embargo, Saladino había dado por rota la tregua y consideraba que sus manos ya estaban libres para proseguir la ineludible conquista de Tierra Santa.

Joscelino quiso aplacar la repentina zozobra de su sobrino. Le recordó los acuerdos alcanzados con María de Antioquía. Si había guerra, le dijo, Bizancio acudiría presto a la lucha al lado de sus ejércitos. Poco duró, sin embargo, la confianza en la llegada de ayuda griega. Aquella misma semana comenzaron a atracar barcos provenientes de Bizancio en Tiro, y en Sidón, y en Acre. Y, en general, en todos los puertos cruzados. Pero no eran soldados los que llegaban, sino fugitivos.

Se trataba de navíos venecianos y genoveses fundamentalmente que escapaban a todo trapo de Constantinopla. Según explicaron aquellos aterrados supervivientes, Andrónico Comneno, primo carnal del emperador muerto Manuel II, se había hecho con el poder tras estrangular a María de Antioquía con sus propias manos. El nuevo mandatario había ordenado también decapitar al legado papal, y destruir el Hospital de San Juan. Tanto los caballeros encargados de las curas como los enfermos habían resultado muertos tras el asalto.

Odiaba con toda su alma Andrónico Comneno a los extranjeros afincados en su territorio, especialmente a aquellos que acumulaban alguna riqueza, y había comenzado su particular exterminio por la colonia latina.

A principios de junio el rey Balduino reunió al Alto Tribunal del reino. Urgía de repente tomar decisiones. La certeza de que Bizancio se había convertido en un enemigo más en el horizonte franco lo preocupaba. Además, el avistamiento de un gran ejército sarraceno en tierras de Egipto desató el resto de sus alarmas. Cundió tanto el pánico en los Estados Cruzados al presentir un nuevo ataque del sultán que hasta Raimundo de Trípoli acudió a la asamblea acompañado de mil soldados.

Se presentó aquel día el rey con guantes negros y un fino crespón sobre la cabeza. Venía erguido y mostraba buen porte, aunque andaba despacio y sus movimientos parecían algo más envarados que de costumbre.

Expuso Balduino los últimos hechos acaecidos y también sus miedos. Lo hizo sin ambages y, por supuesto, sin reprobar en público a Reinaldo de Châtillon por su imprudencia. Amadís le había pedido que no lo hiciera. Al fin y al cabo, la tregua —le aseguró el lazarista— se habría acabado cayendo del árbol igual que una fruta podrida. Y además, ya no estaban los tiempos para nuevas riñas entre cristianos.

Habló con voz firme el monarca, y eso que se le escapaba el aire por entre los huecos de la dentadura. Nadie, sin embargo, movió un solo bigote a cuenta de aquella graciosa música. Intervinieron después los exploradores recién llegados de Egipto. Dijeron que las tropas levantadas por Saladino habían iniciado ya su desplazamiento hacia el norte. Su rumbo y sus intenciones, sin embargo, eran desconocidos. Lo mismo podían golpear al sur, en Transjordania, que en cualquier ciudad de la costa. No era incluso descartable un avance de
Farruk-Shah
desde el norte con el ejército de Damasco.

Reinaldo de Châtillon fue el primero en tomar la palabra tras las explicaciones de los batidores. Se mostró partidario de impedir la fusión de ambos cuerpos. De conseguirlo, su número sería aplastante y su fuerza, demoledora para los Estados Latinos, dijo. Reinó el silencio durante un buen rato tras el discurso del hombre que había roto una tregua ya condenada. Se vieron ceños fruncidos y gestos cavilosos entre los miembros de la *curia generalis*. Ello le dio pie al guardián de la frontera sur para remachar el clavo de su argumento: resultaba prioritario concentrar todos los esfuerzos en los alrededores de Kerak, para bloquear así el pasillo que Saladino utilizaría en su largo viaje. Si había que pelear, mejor allí que en las cercanías de Damasco, sostuvo.

Solo Raimundo de Trípoli se opuso a semejante estrategia, y acusó a Reinaldo de barrer para casa. Acumular tanto hombre en aquella zona meridional dejaría expuestos los territorios del norte; entre ellos, los suyos, protestó airado. Así se expresó el conde en su búsqueda de apoyos en la Cámara, pero el Alto Tribunal solo le regaló miradas frías y murmullos desfavorables. Al final Raimundo transigió y, para sorpresa de todos, aceptó someterse a la voluntad del grupo.

Los Estados Latinos consiguieron reunir finalmente una fuerza considerable para salir al encuentro del enemigo sarraceno. La tregua había dado sus frutos en materia de mercenarios llegados de Europa. También los impuestos habían crecido en los dos últimos años, y las arcas reales estaban más llenas en consecuencia.

Cuatro mil peones y algo más de setecientos caballeros puso en liza Balduino para aquella nueva campaña. No estaba Bohemundo de Antioquía, evidentemente, pero sí los templarios con su nuevo gran maestre a la cabeza. Y los hospitalarios, y los lazaristas. Y cualquiera que tuviera una espada y ganas de defender un palmo de tierra. A Guido de Lusignan nadie lo echó en falta entre aquellas huestes, aunque sí compareció su hermano Aimery. No por voluntad propia, sino porque lo obligaba su cargo de condestable.

No se les olvidó esta vez sacar la Vera Cruz de paseo, pero no resultó fácil encontrar a un religioso dispuesto a caminar junto a ella. El patriarca Heraclio se llamó andana en cuanto se lo dijeron. Guillermo de Tiro todavía estaba ofendido con el monarca y también rechazó la oferta. Tuvo que ser uno de los canónigos del Santo Sepulcro quien se calzara las botas.

Se llevó Balduino a su mejor destrero a aquella nueva contienda con Saladino, pero solo para utilizarlo en el momento preciso. No podía ya cabalgar largas distancias y por eso decidió hacerse transportar en el mismo carromato que los bastimentos. Así castigaría menos el cuerpo, les dijo a todos los que lo miraban con pena, y llegaría más fresco a la batalla.

Dos mujeres acompañaron al monarca hasta que se subió a la carreta. Después se aferraron a los brazos de Amadís como si el lazarista fuera Dios y pudiera salvarlas de algún infierno.

—¿Me lo devolverás en una pieza? —le preguntó una.

—¿Esta campaña le restará mucha vida? —quiso saber la otra.

El conde de Monterroso les respondió lo mismo a ambas, porque no era él un hombre al que le gustara ocultarse tras la mentira. Corría el 10 de mayo del año del Creador de 1182 cuando el monarca de Jerusalén abandonó su ciudad para afrontar otra vez un destino incierto. La guerra llamaba a las puertas de su reino, y tampoco era Balduino alguien que rehuyera el combate ni la muerte.

LIV

Emplearon casi tres días en alcanzar las proximidades de Kerak, pues viajaron todos unidos, al ritmo de los peones, ante el temor de una emboscada. Respiró aliviado Reinaldo de Châtillon al encontrar sus castillos libres de asedio y sus maizales intactos. Siguieron, no obstante, avanzando hacia el sur; hasta que, al fin, el 15 de mayo divisaron a los primeros escuadrones de infantería sarracena muy cerca de Montreal.

Los campos de la ciudad cristiana eran un auténtico hervidero de soldados musulmanes en pleno saqueo. Saladino parecía haber autorizado a los suyos a hacer acopio de alimentos y riquezas antes de internarse en terrenos más complicados. Tuvo que fiarse Balduino de los que le describían aquel panorama de desolación y rapiña, pues sus ojos solo servían ya para lo muy cercano.

A pesar de que eran vasallos suyos los que estaban sufriendo el latrocinio, no se decidió a defenderlos. Tenía todavía muy presente el desastre de Marj Ayyún y temía una nueva encerrona. A Arnaldo de Torroja sí que se le vio más nervioso, más proclive a cargar contra unas tropas enemigas absolutamente desorganizadas. Pero Amadís lo serenó con una mirada incendiaria.

Mantuvieron las distancias ambos ejércitos en los siguientes días. Se observaron celosamente desde lejos, aunque a veces —sobre todo al final— llegaron a plantar sus campamentos a tiro de piedra, como si de tanto verse las caras hubiese crecido la confianza entre cristianos y musulmanes.

Saladino optó por desviarse hacia el este de Kerak al quinto día. Evitó así los vastos maizales de la Transjordania. Tratar de saquearlos, se dio cuenta, le habría supuesto entablar batalla antes de lo previsto.

Lo persiguieron las huestes cristianas durante cincuenta millas, hasta la fortaleza de

al-Azrak.

Allí el sultán se entretuvo dos semanas completas. Los cruzados también se quedaron en las inmediaciones, acampados en medio de una estepa apenas apta para serpientes y lagartos. A principios de junio, el ejército sarraceno reemprendió la marcha hacia Damasco. Y lo hizo escoltando a una interminable caravana de gentes sin armas.

Eran en su inmensa mayoría mercaderes y artesanos indefensos que habían huido de las razias de Reinaldo de Châtillon a comienzos de la primavera. Pretendían regresar al bullicio tranquilo de los zocos de Damasco, y qué mejor oportunidad que hacerlo protegidos por el máximo guardián del islamismo.

Raimundo de Trípoli convocó a los mandos en cuanto divisó a la muchedumbre. La ocasión la pintaban calva, dijo, para lanzar un ataque devastador contra un ejército que tendría que dividir sus efectivos con el fin de defender a tanto no combatiente. Lo apoyaron en su argumento la inmensa mayoría de los barones. Amadís y Joscelino callaron; a la espera de que, poco a poco, todos fueran haciéndose conscientes de la ausencia.

—¿El rey? —preguntó entonces el señor de Cesarea.

No menos de treinta cabezas giraron en todas direcciones para buscar la figura del monarca entre los reunidos. Al no encontrarla, las miradas se posaron en los dos hombres que nunca se despegaban de su lado.

—Hace tres días que no sale de su *praetorium*. Está muy mal. La fiebre le ha vuelto —repuso su tío, por si nadie se había dado cuenta.

La noticia levantó algunos murmullos, pero no calmó la sed de sangre de algunos.

—Balduino morirá si el ataque sale mal y nos vemos obligados a escapar a toda prisa —asentó entonces el conde de Monterroso—. No podrá cabalgar, y ni siquiera viajar en carreta le ahorrará la muerte.

—¿Qué propones entonces? —demandó con urgencia Raimundo III.

—Retirarnos a un lugar seguro.

Al conde de Trípoli se le escapó un horrible exabrupto. Diezmar al enemigo antes de que este penetrara en sus feudos era para él

una cuestión prioritaria.

—¡Es una oportunidad única! —insistió—. Si no los desbandamos ahora, Saladino se adentrará en Galilea y le perderemos la pista. Rapiñará a su antojo en mis territorios. ¡Conquistará ciudades y castillos! ¡Llegará a Damasco y será todavía más fuerte!

Cruzaron los cristianos altas voces a cuenta de la estrategia más idónea. Debatían sobre la necesidad de atacar al enemigo de manera inmediata o abrazar la prudencia debido a la recaída del monarca. Un rumor de pasos interrumpió la trifulca.

Balduino había logrado levantarse de su camastro por sí solo, aunque no había tenido tiempo o ganas de cubrirse el rostro con ninguna gasa. Tampoco se había enfundado guantes, calzas o zapatos. Por las justas lucía una simple camisola que le dejaba al aire los estragos de la lepra.

Retrocedieron algunos señores ante una visión tan pavorosa y desacostumbrada. A Balduino le faltaban los rebordes de las orejas, las aletas de la nariz y todas las uñas del cuerpo. Enormes bulbos le deformaban horriblemente las piernas y los brazos. Sus labios apenas eran capaces de ocultar la falta de dientes y la repugnante purulencia de sus encías. Aun así, el rey se expresó claro.

Le quitó la razón a Amadís y se la dio a Raimundo. Había que atacar sin falta, dijo, sin importar su estado. Porque el conde de Monterroso y su tío Joscelino estaban mirando por su bien cuando lo verdaderamente importante era el reino de Jerusalén. Y de ahí la necesidad de montar a caballo y cargar cuanto antes contra Saladino, les exhortó a todos antes de caer desmayado por el esfuerzo.

Balián de Ibelín fue el más rápido. Se abalanzó el primero sobre el rey enfermo. Lo recogió del suelo y lo levantó como si en sus brazos reposara el cuerpo de su propio hermano.

—Séforis es nuestra fortaleza más cercana. Debemos llegar allí cuanto antes —zanjó, y nadie pareció acordarse ya de Saladino, ni siquiera Raimundo de Trípoli.

Un mes se debatió Balduino entre la vida y la muerte en una ciudad a la que antes los romanos habían llamado Sepphoris y los musulmanes Saffuriya. En cualquier caso, nunca dejó Amadís de ser optimista a pesar de las negras apariencias. Su vasto conocimiento

de la lepra le permitía saber que aquel no era sino un achaque más de los varios que aún vendrían. Otro requiebro al destino; un nuevo aplazamiento a una sentencia que ya estaba escrita pero carecía de fecha fija.

No se recibieron en aquel mes noticias de Saladino, ni de sus fechorías; aunque todos daban por hecho que habría alcanzado Damasco con su ejército. El 11 de julio dos heraldos llegaron desde el sur, con los caballos reventados y el grito puesto en el cielo. Eran hombres de Raimundo III de Trípoli.

Farruk-Shah,

informaron, había saqueado la villa de La Burie, cerca del monte Tabor. Había cruzado después el Jordán para tomar sin dificultades el castillo de

al-Habis

Jaldak, al sur del río Yarmuk.

Los cabellos se le erizaron al conde de Trípoli al enterarse de que había perdido la fortaleza que le guardaba las vastas planicies de su querido principado. El semblante se le puso aún más cárdeno cuando escuchó que, mientras tanto, el propio Saladino le había puesto asedio a la ciudad de Bethsan, en el sur de Galilea.

Asistió a aquella asamblea el rey Balduino, que ya era capaz de dar paseos por los bosques cercanos. Oyó el relato de los hechos en silencio y cruzó un gesto de pesadumbre con el propio Raimundo cuando los mensajeros terminaron de contar desgracias. De hecho, fue idea suya el reforzar el ejército de Jerusalén con todas las guarniciones de las fortalezas cercanas, aun a costa de dejarlas desguarnecidas. La partida de aquel conglomerado de tropas cristianas se estipuló para el 13 de junio.

Trató Amadís de que el rey se retractase de sus intenciones de viajar con el grupo. Dar batalla a Saladino iba a resultar inevitable, pero había buenos hombres en las filas cristianas en los que podía delegar el mando. Su salud, todavía precaria, aconsejaba tomarse las cosas con calma. El calor y la dureza del viaje volverían a perjudicarle severamente, le dijo.

Se esforzó el lazarista a la hora de justificar sus argumentos, pero todo resultó en vano. Dos días más tarde, Balduino salía de aquella antigua urbe romana como si fuera el César: a caballo y vestido de guerra de pies a cabeza. Ya contaba con una nueva

recaída. Sin embargo, le debía una victoria, y tal vez la vida, al conde de Trípoli. Y además, faltaban solo dos días para alcanzar el octavo aniversario de su coronación como rey, y Dios iba a premiarle con una victoria, respondió con calma.

Viajaron durante jornada y media bajo un sol de justicia, con la Vera Cruz cargada en el carro de los bastimentos. Fray Giraldo, el canónigo celador del Santo Sepulcro, venía por detrás, rezando, de fe o de miedo; aunque también había que reconocer que confesaba a todo el que se lo pedía entre misterio y misterio.

Se dirigían los setecientos jinetes y los cinco mil peones cristianos hacia el mar de Galilea, pero viraron hacia el sur antes de alcanzar Tiberíades. Pasaron la primera noche al raso, más pendientes de las armas que de conciliar el sueño. Al día siguiente llegaron al castillo hospitalario de Belvoir. Allí pudieron refrescarse y descansar por última vez antes de acudir en ayuda de los sitiados en Bethsan. Saladino, sin embargo, quiso truncarles los planes la mañana del 14 de junio del año del Redentor de 1182.

Se encontraban los ejércitos reales muy cerca ya de Le Forbelet, el castillete que obraba en manos de los caballeros de San Juan. Las llanuras inmensas de aquella comarca y el sol metálico del mediodía permitieron una contemplación perfecta y a la vez aterradora de las huestes enemigas.

Pararon todos, jinetes e infantes. Un silencio de grillos y chicharras planeó largo rato sobre seis mil cabezas cristianas. Tanto duraba ya aquella quietud insólita que el conde Álvarez de Sarria se fue en busca de Amadís.

—¿Ocurre algo? —le preguntó intrigado.

El lazarista señaló al frente con la cabeza.

—Eso.

Volvió a examinar el español al ejército sarraceno.

—¿Y no hemos venido acaso con la intención de encontrarlos? —dijo.

—Por aquí, nadie jamás ha visto nada parecido —murmuró Amadís, que calculó en más de veinticinco mil los efectivos que iba a poner en juego Saladino.

Escupió desde su caballo Rodrigo Álvarez.

—Eso os pasa porque nunca habéis combatido en España contra los moros, ¿verdad, Arnaldo? —le preguntó al gran maestre

templario.

—Así es —repuso el otro mientras se ajustaba el casco—. Pero no hay de qué preocuparse. Este terreno nos da toda la ventaja.

Coincidió el gran maestre de Monte Gaudio con su paisano.

—Con una sola carga atravesaremos toda su formación como si se tratara de un queso podrido —se relamió el gallego.

Amadís se quitó el sol de los ojos con el dorso de la mano, por si así conseguía ver el final de aquellas filas. No lo consiguió.

—Yo no estoy tan seguro…

Se acercaron Châtillon y Raimundo de Trípoli al grupo. También ellos propusieron una acción inmediata de la caballería, desde lejos, para ganar velocidad en la campa y aplastar al enemigo sin misericordia. Parecieron plegarse a lo irremediable Joscelino, Balián de Ibelín y Reinaldo de Sidón, que en esta ocasión había prescindido de los azores. Hubo muchos que callaron ante lo que se les antojó una auténtica locura.

—Falto por hablar yo, si no os importa —terció entonces Balduino, que se había mantenido en tercera fila—. Poco he podido ver con estos ojos, pero he escuchado lo suficiente como para hacerme una idea…

Regresó el silencio a la vanguardia cristiana. Más de uno acababa de darse cuenta de que había un rey, tal vez medio ciego, pero no muerto, al frente de aquellas tropas. El propio Amadís se sobresaltó al verlo aparecer a pie y con la espada en la mano.

—No dejaremos a la infantería desguarnecida, como en Marj Ayyún. Avanzaremos al paso, a su lado —declaró Balduino mientras se ponía a rasgar el suelo con la punta de su arma.

No menos de treinta cabezas se inclinaron sobre los trazos rápidos del monarca. Los peones cubrirían la milla escasa que los separaba de Saladino sin correr, para no llegar fatigados al combate. Templarios y hospitalarios defenderían su flanco derecho. Balián de Ibelín y Aimery de Lusignan comandarían el lado contrario. Su padrastro y Joscelino se encargarían de la retaguardia. Él, por su parte, formaría en vanguardia, con los de Trípoli, los de Monte Gaudio y los caballeros de San Lázaro. En ningún caso, enfatizó con vehemencia, la caballería debería emprender la guerra por su cuenta. El cometido de los jinetes, hasta nueva orden, consistía en librar a los infantes de las flechas sarracenas. Así se

expresó Balduino antes de desear a todos suerte. Si el grueso de la infantería llegaba con bien al otro extremo de la campa, afirmó, él mismo ordenaría lanzar la carga definitiva. Ni una sola voz se alzó para discutir las órdenes del monarca.

Acabó Amadís con los ojos húmedos. Y se puso el casco para disimularlo. Era la primera ocasión en que iba a usar uno de aquellos grandes yelmos que lo ocultaban todo, incluso los sentimientos. Había traído también otro para Balduino, pero este lo rechazó y se calzó un casco abierto, como hacían los caballeros leprosos de San Lázaro. Para dar más miedo al contrario con sus miradas vacías y sus rostros incompletos.

Fray Giraldo apareció entonces con la Vera Cruz sobre el hombro, como si fuera el Nazareno el día de Viernes Santo. Hizo arrodillarse a la tropa y rezó un apresurado paternóster. Después dio una absolución grupal que apenas resultó comprensible, pero surtió el mismo efecto. Tras los prolegómenos, cada cual ocupó su lugar en las filas.

A Balduino tuvieron que subirlo al caballo entre dos soldados. Y como no lograba aferrar la lanza con la debida fuerza, se la ataron con unas cuerdas al brazo izquierdo. El escudo ya lo llevaba colgado del cuello y sujeto a la cintura con dos correas.

—¿Aguantarás? —le preguntó Amadís.

—Tú preocúpate por avisarme cuando estemos ya cerca —le respondió sin mirarlo.

Marcharon en orden apretado la primera media milla, con los infantes bien protegidos por la caballería. Después, la aparición de los arqueros enemigos obligó a los jinetes cristianos a amagar varias arremetidas. Pero eran solo cabalgadas cortas de ida y vuelta, para asustarlos. Ni siquiera Arnaldo y sus templarios dieron rienda suelta a sus monturas y a su afán de matar infieles.

—¡Los tenemos encima! —le gritó Amadís al rey cuando los rostros de tanto enemigo ya no le cabían por las ranuras del casco. La voz le salió metálica al lazarista, al tener que hablar con la boca rodeada de hierro. El alarido con el que Balduino ordenó iniciar la carga le reventó los oídos como un campanazo.

Se adelantaron los caballeros de San Lázaro y los españoles de Monte Gaudio para formar la acostumbrada punta de lanza que iba a abrir en canal la formación enemiga. Por detrás venía Raimundo,

con sus jinetes de Trípoli, por si algún sarraceno quedara todavía en pie tras la arremetida. Templarios y hospitalarios desplegaron líneas por la derecha. Balián de Ibelín hizo lo propio por la izquierda. A Aimery de Lusignan, el condestable, no se le vio dirigiendo. Tampoco a Reinaldo de Sidón. Tal vez ambos estaban arreglando sus diferencias en privado. O quizá andaban escondidos en el bosque.

El cataclismo resultó atroz, como de costumbre. Los chasquidos de las lanzas al quebrarse se confundieron con los de los huesos. Los relinchos de las bestias y los gritos de los que perecían bajo sus herraduras se solaparon como risas salvajes del inframundo. Los juramentos de los cristianos y los aullidos que invocaban a un Alá exterminador llegaron a parecer voces de una misma lengua. La tierra volvió a temblar cuando se presentó la infantería cruzada.

Las mazas de clavos aplastaron cráneos de ojos estupefactos. Las hachas descuartizaron cuerpos que pugnaban por levantarse del amasijo. La sangre pronto les alcanzó los tobillos a los que combatían a pie bajo el sol implacable de Galilea.

Amadís buscó al rey en medio del caos. Cabalgaba firme sobre su montura. Jirones de carne sarracena colgaban de la punta de su lanza como pendones de un reino imaginario. Llevaba la sobreveste empapada de rojo y la mirada puesta en su siguiente víctima, porque no podía ver más lejos. Por eso el lazarista se vio obligado a advertirle.

—¡Hay que romper por las alas y volver grupas cuanto antes! —le gritó.

—¡¿Por qué?!

—¡Porque nunca lograremos atravesar del todo sus filas!

Asintió brevemente el monarca mientras derribaba a otro enemigo. Amadís levantó entonces el brazo del escudo y lo movió en círculo. Era la señal acordada para cambiar de estrategia si las cosas venían mal dadas.

Se partió en dos la caballería cruzada. Cada cual viró hacia su flanco más próximo con el fin de reagruparse en retaguardia. Contemplaron mientras regresaban el destrozo causado por la primera carga, y la escabechina metódica a la que estaba aplicándose la infantería. Había muertos por doquier, de ambos bandos. Pero muchos más sarracenos que cristianos. Y eso estuvo a

punto de confundir a los más entusiastas.

Reinaldo de Châtillon y también un desatado Raimundo de Trípoli trataron de organizar un nuevo ataque. Más profundo, más violento, más alejado de los peones que seguían enfangados en sangre hasta las corvas.

—¿Dónde está Saladino? —quiso saber entonces el monarca.

Decenas de cabezas buscaron infructuosamente la estampa melancólica del sultán en la loma desde la que había presenciado toda la refriega.

—¡Ya no está! —exclamó Gualterio de Cesarea.

—¡El enemigo se retira! —vociferaron al unísono Reinaldo de Sidón y Aimery de Lusignan.

Ambos hombres acababan de aparecer juntos en el campo de batalla. No lucían sangre en las vestiduras. No habían peleado contra sarracenos y tampoco entre ellos. Tal vez, se le ocurrió a Amadís, simplemente habían estado acordando cómo repartirse la presencia de Inés de Courtenay en sus respectivos lechos.

Balduino prohibió perseguir a un enemigo en desbandada. La desproporción de tropas todavía era mucha, a pesar de la masacre.

—¡¿Qué hacemos entonces?! —demandó Raimundo.

—Holgarnos de este momento. Aún queda mucho trabajo por hacer —le respondió el rey, lacónico.

Vieron los cruzados cómo Saladino ponía rumbo al norte al frente de un ejército que todavía los cuadruplicaba. Ellos se dirigieron sin perder tiempo hacia el sur, a la ciudad de Bethsan, con el fin de librarla del asedio. Si aún quedaba soldados musulmanes sitiándola, pensaron, no costaría mucho dispersarlos. Escucharon, sin embargo, volteo de campanas desde muy lejos. Hubo gritos de alegría, y cánticos, y rezos entre los cruzados. Porque aquella música celestial solo podía indicar que la fortaleza dormiría cristiana aquella noche. Fue precisamente debido al escándalo y a la celebración el que nadie se percatara de que Balduino acababa de desplomarse de su caballo.

LV

Revivió el rey un poco a la sombra de los muros de Bethsan. Después, él mismo expresó su deseo de volver a Séforis cuanto antes. Era una locura, en realidad, emprender viaje tras el esfuerzo descomunal de la batalla, pero nadie quiso contradecir al monarca; seguramente porque todos lo tomaron como la última voluntad de un moribundo.

Fue aquel un retorno infernal de dos días a través del desierto. La sed y el calor estuvieron a punto de lograr lo que Saladino no había conseguido. Cientos de hombres fallecieron por insolación o por puro agotamiento, y en general su muerte resultó rápida. Algunos, sin embargo, penaron más hasta que los llamó el Altísimo, como por ejemplo fray Giraldo.

El religioso comenzó a sufrir espejismos al caer la tarde. Afirmaba ver a Jesucristo en cada montículo. Creía identificar a Dios con las Sagradas Escrituras entre las manos cuando divisaba un cactus. Confundía a los buitres con el Espíritu Santo. Al final se le pusieron los ojos blancos y cayó al suelo de bruces. Entonces los soldados le hicieron beber el agua bendita que llevaba guardada en un frasco, pero fue mucho peor. Debía de estar el líquido corrompido, porque le sentó como una puñalada en las tripas. Murió el pobre hombre aquella misma noche rabiando de dolores.

Para sorpresa de casi todos, quien sí aguantó el viaje fue el enfermo. Unos atribuyeron su supervivencia al hecho de que se usó la Vera Cruz, a modo de parihuela, para transportarlo. Otros achacaron el milagro al influjo de San Eliseo, el santo del día. Solo Amadís pensó que Balduino seguía vivo simplemente porque no le había llegado la hora.

Por una cosa o por otra, lo cierto fue que en Séforis la salud del monarca se restableció bastante. Así, maestro y pupilo pudieron salir a pasear por los restos de la ciudad romana a los pocos días. Se

admiró Balduino de las columnas del *cardo maximo*, y de los pórticos, y de los templos. Pero tuvieron que tomar asiento en las gradas del teatro cuando el rey comenzó a trastabillar de cansancio. Allí, como si fueran actores de una tragedia griega, hablaron del mundo, de los hombres y de la vida.

—¿Qué ocurrirá ahora? —se preguntó el rey.

—Saladino nos hará daño. No lo dudes.

—¿Cuánto?

—Todo el que pueda, y pronto.

Resonaban las voces de uno y otro contra aquellas piedras milenarias como si fueran descargas de catapulta.

—Entonces tal vez yo no esté todavía en condiciones de plantarle cara —adujo Balduino con rictus preocupado—. Apenas puedo levantarme de la cama…

Asintió Amadís pensativo.

—Pues tendrás que sobreponerte como sea.

Cabeceó con amarga pesadumbre Balduino.

—Los milagros ocurren en contadas ocasiones —repuso—. Ya parece increíble que haya vuelto vivo de Bethsan.

Pasó su brazo el lazarista por los hombros del rey para hablarle más cerca del oído.

—El conde de Sarria me ha contado la historia de un caballero español que les ganó una batalla a los musulmanes después de muerto. Y al parecer no es ninguna leyenda.

—¡¿Cómo es eso posible?! —se asombró Balduino.

—Sus hombres montaron el cadáver sobre su caballo y le ataron un palo a la espalda para que se mantuviera tieso —le explicó Amadís—. Cuando lo vieron de lejos, los moros de
al-Ándalus
corrieron despavoridos porque lo temían más que al propio diablo.

—¿Cómo se llamaba?

—Ruy Díaz de Vivar, aunque los árabes le decían «Sidi».

No pareció animarse el rey de Jerusalén tras escuchar el relato.

—¿Debemos ir buscando entonces una buena estaca en la que apoyar mi cadáver? —preguntó cabizbajo.

—En absoluto. Tan solo quiero que entiendas que, muchas veces, la victoria es una cuestión de carisma y no de números. Nadie ha vencido a Saladino tantas veces como tú. Por eso mismo te

teme, y hemos de aprovechar el efecto.

Asintió el rey con el semblante serio, sin desasirse del todo de su tristeza.

—Amadís… —murmuró sin levantar los ojos del suelo.

—¿Qué?

—¿Cuánto tiempo crees que Ivette tardará en rechazarme?

—¡¿Por qué habría de hacerlo?! —El lazarista dio un respingo.

—¿A ti qué te parece?

Estaba Amadís muy acostumbrado a tratar con enfermos de lepra. Tal vez por eso no les daba tanta importancia a las llagas, a las costras, a la tiña húmeda de la cabeza…

—¿Te refieres a tu aspecto? —preguntó al fin tras pensárselo mucho.

—Claro.

—Bueno… Nadie de los que aquí estamos contigo te ha rechazado, ni ha mostrado signos de repulsión al verte —dijo.

—Sois hombres… Con una mujer puede ser diferente —repuso el monarca.

Agitó las manos el conde de Monterroso.

—No lo será con Ivette. Te lo aseguro —le prometió—. Ella es… una mujer fiel, una persona entregada, con un corazón inmenso.

Arrugó el ceño Balduino en señal de extrañeza.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? ¿Tanto llegaste a tratarla?

Un rubor repentino trepó por el cuello de Amadís y le llegó hasta los ojos.

—Bueno…, esa es la impresión que siempre me produjo cuando charlaba con ella en El León Dorado.

Apoyó los codos sobre las rodillas el monarca. Se miró los pies, hinchados y deformes a pesar de las vendas.

—Amadís…

—¿Qué?

—¿Cuánta vida me queda?

Se atragantó el lazarista con un barullo de flemas. Tosió sin poder evitarlo. Aquella era la primera vez que Balduino quería saber de plazos, y de muerte.

—Eso… eso… es algo impredecible —trató de excusarse.

Una sonrisilla irónica bailó en unos labios hendidos por las llagas.

—¿Dos años?

Azotó Amadís el bochorno del verano con las manos abiertas.

—El destino es el único que…

—¿Tres?

Humilló la cabeza el experto en el mal de San Lázaro.

—Como mucho —murmuró con un hilo de voz.

Fue ahora el conde de Monterroso quien sintió una mano amiga sobre sus hombros.

—Tiempo más que suficiente para hacer todavía grandes cosas —le sopló al oído Balduino.

—Sí —respondió antes de fundirse con él en un abrazo.

No se equivocó Amadís al profetizar una rápida respuesta de Saladino tras su derrota en Le Forbelet. Apenas esperó un mes y medio el sultán para asestar un doble zarpazo a los francos. Asedió Beirut, por tierra y mar. Golpeó también más al sur, en la región de Darum. Cuando las noticias llegaron a Séforis, el rey aún no era capaz de subirse al caballo. La cabeza, no obstante, la tenía en su sitio.

Reunió Balduino a su *curia generalis* el 5 de agosto. Se palpaba el nerviosismo entre los reunidos. Todo el mundo tiritaba ante aquella nueva demostración de fuerza del guardián único del islamismo. Porque el que no tenía señoríos en el norte los tenía en el sur. Y si la reacción de los cruzados no era inmediata, Saladino se adueñaría de aquellas tierras tal vez para siempre.

No resultó fácil la tesitura para el monarca, pues eran demasiadas las voces que abogaban por una intervención fulminante en ambos lugares al mismo tiempo. Pero Balduino se negó en redondo. Hacerlo así, afirmó elevando un dedo negro sobre su cabeza, significaría tener que dividir al ejército. Y eso era, precisamente, lo que Saladino pretendía con su estrategia.

Se había vencido en Le Forbelet, dijo, pero a costa de muchas bajas en la infantería. Solo habían perecido veinte caballeros de los setecientos que entraron en liza. De los peones, sin embargo, habían caído casi ochocientos, entre la batalla y el desierto. Y eso era demasiada pérdida. No procedía, por tanto, entablar combate en dos frentes distintos con unos recursos tan limitados.

Propuso entonces el rey analizar con calma la situación creada por su enemigo. Y para ello se puso a manejar un voluminoso

pergamino. Según aquellos informes, en el sur las fuerzas atacantes eran menores que en el norte. Ni siquiera era el sultán el que las comandaba. Como mucho, las tropas sarracenas ocuparían pequeñas plazas que podrían ser reconquistadas en breve. Lo que ocurría en Beirut, en cambio, sí le pareció preocupante. Allí era donde Saladino había puesto realmente toda la carne en el asador con su flota egipcia al completo y un gran ejército terrestre.

—Nosotros no tenemos barcos con los que romper el bloqueo —se lamentó un demudado Raimundo de Trípoli, que se veía incapaz de defender una de sus ciudades más emblemáticas.

—Otros tendrán que prestárnoslos entonces —le respondió el monarca con un deje de misterio.

Aquella misma tarde, el ejército de Jerusalén partió en dirección a Tiro. Balduino había decidido hacer de la ciudad costera su cuartel general mientras durara la contienda. La semana siguiente la pasó parlamentando. Visitó todos los puertos cercanos, incluido Acre. Consiguió reclutar treinta y seis barcos para la causa, la mayor parte italianos.

Se aprovechó del golpe de Estado de Andrónico Comneno en Bizancio y del odio que el nuevo regente había esparcido sobre todo lo latino. Aquella violencia desatada contra los comerciantes itálicos había propiciado una llegada masiva de barcos transalpinos a los puertos cruzados.

No salió gratis aquella ayuda, evidentemente. Balduino tuvo que prometer calles y plazas en muchas ciudades de su reino para que los recién llegados pusieran sus tiendas y sus negocios. En cualquier caso, ver usureros italianos al cargo de los mercados cristianos se le antojó menos dañino que abandonarlo todo en manos sarracenas.

El 20 de agosto, el rey de Jerusalén estaba ya en disposición de plantarle cara a su mortal enemigo. Y lo hizo mediante un avance conjunto de todas las escuadras. Fue digno de ver el asombro de los marinos egipcios al ver aparecer en lontananza las galeras de guerra de Pisa, Génova y Venecia. Se descompusieron también los que sitiaban Beirut por tierra cuando divisaron la estampa de un rey al que muchos daban por muerto.

Balduino llegó cansado a la cita. Tenía las piernas muy inflamadas y apenas podía mantenerse en pie, pero se empeñó en presentarse en público montado sobre su caballo.

—Hazme parecer ese Ruy Díaz del que me hablaste —le había dicho a Amadís la noche anterior a la presunta batalla.

Al lazarista se le ocurrió entonces amañar la silla de montar del rey. Y para ello hizo que un guarnicionero prolongara su borrén trasero hasta convertirlo en un cómodo respaldo. Lo de ponerle una estaca como al Cid Campeador no llegó a convencerlo. Así, al día siguiente, el rey compareció en el campo de batalla como si estuviera en plena forma. Incluso encontró fuerzas para levantar la lanza y saludar a Saladino desde lejos. Después quiso desfilar el primero, al frente de todo su ejército.

Temía Amadís el momento de iniciar la espolonada, pero respiró aliviado cuando se percató de que en Beirut no habría cargas ni cataclismo. Habían empezado a sonar las campanas en todas las espadañas de la fortaleza tras comprobar que la flota egipcia levaba anclas y se retiraba, atemorizada por los italianos. Temblaron entonces las filas sarracenas al escuchar la música, pues bien sabían lo que significaba aquel concierto de badajos. Aun así, Balduino siguió acercándose a la formación enemiga, impertérrito, desafiante; como si se propusiera liderar la acometida de su caballería pesada.

Desorbitaron los ojos los guerreros musulmanes de las primeras líneas ante la visión espeluznante de un cadáver preparado para la batalla. Y es que, por expreso deseo de Amadís, el rey lucía un casco abierto que le dejaba al aire todas las lacras de la lepra.

Como en otras ocasiones, Saladino se disponía a observar el combate desde la distancia, entre su escolta de mamelucos. Sin embargo, el asombro de la escena le hizo desprenderse incluso del turbante. Se rascaba el cogote con saña el sultán mientras decidía si obligaba a los suyos a pelear contra un espectro viviente o si cedía ante lo irremediable. Optó al final por lo segundo.

El caballero lazarista corrió a auxiliar a Balduino cuando la campa quedó limpia de enemigos. Llegó justo a tiempo para recogerlo en sus brazos antes de que se desplomara.

—¿Crees que he estado a la altura del caballero Ruy Díaz de Vivar? —le preguntó el rey con voz desfalleciente.

—No, pero es que el Cid tenía ventaja aquel día.

—¿Por qué?

—Porque él ya estaba muerto y así era más fácil hacerse pasar por fantasma.

Fue aquella una derrota vergonzante para Saladino. Un revés todavía peor que el de Le Forbelet. No perdió hombres, pero se dejó un pedazo de honra entre la hierba reseca de Galilea. Además, Balduino se creció tras el envite.

Le sentaba bien el clima de la antigua Sepphoris, y aquel mismo septiembre quiso ayudar a Raimundo de Trípoli a recuperar la fortaleza de

al-Habis

Jaldak. Costó tres largas semanas que el asedio de la ciudad diera sus frutos, pero el rey soportó la acampada y los combates con valentía y estoicismo. Precisamente allí, en el valle del Yarmuk, se enteró de que Saladino había vadeado el Éufrates con el fin de internarse en territorio Zengid e intentar allí otras conquistas, frente a otro tipo de guerreros. Parecía el sultán querer olvidarse de una vez por todas de los malditos cruzados y de su manía de vencerlo en batallas que creía tener ganadas.

El final del verano ya estaba próximo cuando Balduino regresó a su palacio de Jerusalén. Volvió satisfecho de lo conseguido. Pretendía tomar nuevas decisiones rodeado de su gente de confianza. Pero, sobre todo, quería comprobar si Amadís tenía razón en lo de la entereza de Ivette a la hora de amar a un leproso sin remedio.

A decir verdad, cualquiera habría jurado que el caballero de San Lázaro estaba en lo cierto, pues volvió a verse a la pareja paseando de la mano por los jardines de la ciudadela. Todos sabían que era el rey quien jugueteaba como un niño con los arbustos de frambuesas. Pero no porque se le reconociera, sino por la compañía. Y es que aquel tórrido mes de septiembre de 1182 Balduino comenzó a aparecer en público con el rostro cubierto por una máscara de plata.

Los mordiscos de la lepra resultaban ya tan evidentes y descarnados que aquella se le antojó como la mejor manera de ahorrarles el suplicio a quienes lo contemplaban de cerca. No obstante, prescindía del molesto artilugio cuando se encontraba a solas con Amadís. Y tal vez en sus momentos más íntimos con la antigua tabernera de El León Dorado, aunque eso nadie lo supo. Ni siquiera el conde de Monterroso.

Se desperezó el otoño sobre el reino de Jerusalén. Y lo hizo despacio, sin sobresaltos; repleto de días templados y noches

estrelladas. Surcaron el cielo las grullas y los gansos, como de costumbre, en su camino de vuelta al mar de Galilea. Callaron como muertos los timbales de la guerra porque Saladino andaba lejos, ocupado en ponerle cerco a la ciudad de Mosul, la capital Zengid.

Muchos se dejaron engatusar por aquella engañosa sensación de tregua, pero no Balduino. Él sabía que su eterno rival regresaría tarde o temprano de sus aventuras para asestarle un nuevo golpe a su reino. Porque la cabeza del sultán era como una crisálida podrida en la que un gusano insidioso tramaba un plan único y obsesivo: la destrucción total de todos los Estados Cruzados.

LVI

Se desplazó el rey hasta la ciudad de Cesarea a primeros de diciembre. Había convocado allí a su Alto Tribunal y no en Jerusalén porque deseaba la asistencia de Raimundo de Trípoli, y no quería que el conde esgrimiera la distancia como excusa. Pretendía debatir con todos sus barones la manera de aprovechar el alejamiento de los ejércitos enemigos para tomar la iniciativa con una nueva campaña. Si conseguían amedrentar al sultán con algunos movimientos bien medidos, tal vez este se viera obligado a levantar el cerco de Mosul. Y es que, a pesar de tratarse de turcos selyúcidas, y por tanto infieles irreductibles, la dinastía Zengid había firmado una alianza con los cruzados para ayudarse mutuamente en caso de ataque por parte de Saladino.

Se asombró Raimundo de Trípoli al encontrarse a un hombre enmascarado en el trono. Después reparó en las vendas, en los guantes y en las babuchas; y se le ensombreció el gesto. Apreciaba en el fondo a Balduino. Lo había visto nacer, crecer y enfermar. Había asistido también a su transformación en hombre y en monarca. Era cierto que las discrepancias y la desconfianza mutua habían estado a punto de destruir la relación entre ambos, sobre todo tras la extraña liberación del joven Ibelín de su cautiverio. Pero las viejas rencillas estaban ya olvidadas. El último éxito en Le Forbelet y la contribución posterior del rey en la reconquista de
al-Habis
Jaldak, dentro de los dominios del conde, habían arrojado tierra sobre la fogata de los recelos. Además, lo quisieran o no, ambos se necesitaban. Tal vez por eso Raimundo fue el primero en proponer acciones inmediatas.

Él mismo se postuló para llevar a cabo una incursión en la zona de Bosra, el enclave más importante en la carretera del desierto entre Damasco y El Cairo. Tomarla, dijo, comprometería muy

seriamente las comunicaciones de Saladino. Sus ejércitos ya no circularían con la tranquilidad de antaño. Les sería muy complicado recibir bastimentos y vituallas. Ni un solo barón dejó de aplaudir la iniciativa. Cuando el de Trípoli terminó de explicarse, Reinaldo de Châtillon carraspeó con gran aparato para llamar la atención de los reunidos. Iba a hablar y no quería que nadie se perdiera ni una sola de sus palabras.

Llevaba dos años construyendo barcos en secreto en su señorío de Kerak, en mitad del desierto, afirmó para sorpresa de todos. No se trataba de una gran flota, evidentemente, sino de diez galeras de guerra. Nunca había tenido clara su utilidad, pero ahora se le ocurría una muy interesante: internarse en el mar Rojo con ellas y asolar tierras enemigas en las que ningún cristiano había puesto jamás sus botas.

No sería muy complicado desembarcar y rapiñar a mansalva, sostuvo, ya que las ciudades de aquellas costas carecían de murallas al no haberse sentido nunca amenazadas. El terror que infundirían sus bergantines detendría el tráfico comercial del enemigo. El flujo de peregrinos que viajaba a La Meca por aquella ruta también se resentiría. Todo lo cual acabaría dañando el prestigio de Saladino como guardián infalible del islamismo.

Causó estupor la propuesta del señor de Kerak. Levantó murmullos de voces encontradas. Hubo quienes le mostraron una aprobación efusiva e instantánea. Otros, sin embargo, plantearon muchas dudas. Los francos, asentaron los más prudentes, no eran una estirpe de marineros. Nadie en aquella sala entendía de timones, de jarcias ni de remos. No se conocían, además, unas aguas por las que ni siquiera los italianos habían tenido el coraje de aventurarse. Y por otra parte, estaba el problema de botar allí unos barcos construidos entre las dunas, a doscientas millas de distancia. Sonrió Châtillon ante tanto impedimento. Al parecer venía preparado con respuestas para todos.

Lo del desconocimiento del terreno no era ningún problema, dijo. Ya había contactado con varios pilotos árabes renegados. Hombres de toda confianza, tuvo que añadir cuando vio que a alguno se le erizaban los cabellos del susto. En cuanto a los remeros, estaba claro que no se podría recurrir a prisioneros sarracenos, porque eso sí que entrañaría un riesgo. Tendrían que

bogar brazos cristianos, pero no había de qué preocuparse. Él conocía a muchos mercenarios de origen itálico dispuestos a embarcarse en la empresa. En cuanto a lo del traslado de las naves, habría que hacerlo a lomo de camello. Cosas más difíciles habían hecho los romanos, les aseguró a todos con ojos brillantes.

Había hablado con elocuencia Reinaldo de Châtillon para plantear un proyecto innovador y osado, pero aun así creíble. Y por eso cosechó muchos aplausos, incluidos los del monarca. Levantó, sin embargo, un dedo el señor de Kerak en cuanto se hizo otra vez el silencio. Solo quedaba por tratar un último detalle, dijo, mientras posaba aquellos ojos de lobo estepario en la figura del rey: el del dinero para montarlo todo.

Él pensaba aportar los barcos, pero el alquiler de los pilotos saldría caro, igual que el pago de los remeros, y el transporte de las galeras a través del desierto. Su bolsillo no podía sufragarlo todo, aseguró. Y teniendo en cuenta que, de tener éxito, los beneficios de la empresa los recogería también el reino de Jerusalén…

No sobraba el oro en las arcas reales. Más bien anidaban las arañas en su fondo. Pero entendió el monarca el mensaje, y por eso prometió empeñar incluso su corona de diamantes si hacía falta. Porque era crucial que ambas expediciones partieran de inmediato. Al terminar la asamblea, Balduino le pidió a Amadís que permaneciera en la sala.

Temió el conde de Monterroso un severo interrogatorio o, cuando menos, una consulta, a cuenta de los planes de Reinaldo. Pero se encontró con una orden.

—Quiero que vayas en esa expedición al mar Rojo —le comunicó el rey.

No contaba con ello Amadís. Además, el agua no era su elemento.

—El viaje de Châtillon es una locura —arguyó ceñudo—. Creo que puedo ser más útil en la aceifa que prepara Raimundo.

Se desprendió Balduino de la máscara para hablar más cómodo. Dejó al aire las marcas que el metal le había dejado en la frente y en los pómulos. Y las llagas, cada vez más anchas y profundas. Observó Amadís cómo el rey secaba el artilugio por dentro con los faldones de la túnica y se estremeció sin poder evitarlo.

—Y si puedo elegir —continuó Amadís—, preferiría quedarme

en Jerusalén. Ambas expediciones pueden demorarse demasiado tiempo y…

Balduino chascó la lengua.

—Y tal vez no llegues a mi entierro, ¿verdad? —gruñó—. Pues no tendrás esa suerte. Tendré que durar por lo menos hasta la boda de mi hermana Isabel con Hunfredo IV. Lo mismo que tú. Y, por otra parte, alguien tiene que controlar a Reinaldo de Châtillon, y a ti te tiene respeto.

Cabeceó Amadís ante lo irremediable.

—Está bien. En ese caso, me gustaría llevarme conmigo a alguien de confianza.

—¿Y a quién tienes en mente?

—Al conde Álvarez de Sarria.

Asintió Balduino, condescendiente.

—Si él quiere ir… —dijo.

—Querrá.

Dio Balduino otra cabezada, y la acompañó de nuevas disposiciones.

—Yo también había pensado proponerte a un tercer capitán de barco.

—¿Más invitados a la fiesta?

—Sí, Arnaldo de Torroja. Seguro que le apetecerá la aventura —sonrió el rey—; y así, de paso, me ahorro una buena parte de la mano de obra. Porque los caballeros que vayan con él, esos me saldrán gratis.

—Cierto —reconoció Amadís, buen conocedor de la afición templaria por la fe y las conquistas. Lo que ya no le comunicó al rey fue su preocupación por que toda la expedición se tornara inmanejable en algún momento.

LVII

Se desplazó Amadís a los dominios de Reinaldo de Châtillon a mediados de diciembre. Allí se reunió también con el conde de Sarria y con Arnaldo de Torroja. Sumaban entre todos casi mil hombres. El gran maestre del Temple se trajo trescientos caballeros de sus castillos sureños, mientras que el señor de Kerak aportó seiscientos cincuenta mercenarios pagados de su propio bolsillo. De Monte Gaudio solo vinieron veinte. La Orden era más pequeña y sus limitaciones, evidentes.

Partieron el día de Nochebuena tras escuchar misa. Se encomendaron así a Dios antes de cruzar el desierto. Jamás había visto Amadís tantos camellos juntos, y pocas veces había montado uno, pero esta vez tuvo que hacerlo. No le gustaba el paso bamboleante de aquellos cuadrúpedos, ni su descomunal estatura. Pero constituían el mejor salvoconducto para aventurarse en los arenales del Sinaí y salir vivo de entre las dunas. También lo eran los beduinos que los acompañaban. Sin ellos habría resultado impensable ponerse a atravesar aquella península ardiente y traicionera.

No todos viajaron, sin embargo, sobre camellos. Alguien debía ocuparse de manejar las reatas y cuidar de los bultos. Y es que las diez galeras que Reinaldo de Châtillon había construido a escondidas en su castillo iban despiezadas, colgadas de la chepa de aquellas bestias. Afortunadamente, los templarios afrontaron el trabajo sin torcer el gesto. Consideraban un acto de lo más impío cabalgar sobre monturas monstruosas más propias del inframundo. Solo Arnaldo de Torroja, debido a su edad, contaba con bula papal para subirse a los demonios jorobados.

Emplearon una semana entera en el desierto, antes de divisar el emplazamiento enemigo de Eilat. Pensó el lazarista que lo evitarían y pasarían de largo. Pero Reinaldo se dirigió recto hacia sus

murallas.

—Yo me quedo aquí —les comunicó entonces a Amadís y a Rodrigo Álvarez, y mandó descargar allí cinco de sus diez barcos. A Arnaldo de Torroja no le dijo nada, porque el templario ya parecía estar informado.

Se llevó el lazarista al señor de Kerak a un aparte.

—Esto no es lo que decidimos en la asamblea —le dijo, el gesto ceñudo.

Esbozó Châtillon aquella sonrisa de hiena precavida.

—Creo recordar que hablamos de una expedición a través del mar Rojo con el fin de inspeccionar territorios enemigos desconocidos, y dar algún golpe de mano, si tal cosa fuera posible. Pues eso es lo que vais a hacer Arnaldo y tú mientras yo os guardo las espaldas.

Pretendía Reinaldo bloquear la fortaleza de Eilat por mar y por tierra el tiempo que fuera necesario. E incluso, tal vez, tomarla al asalto con sus mercenarios. Sabía por los beduinos que la guarnición era escasa, y no podía descartarse que se rindieran. Porfió todavía Amadís, aunque ya con menos fuerza. A fin de cuentas, tomar la fortaleza egipcia beneficiaría mucho al reino. Y la idea no resultaba del todo descabellada, debía admitir, pero le daba miedo Arnaldo de Torroja.

—Tú tienes más galones ante el rey —trató de tranquilizarlo Châtillon.

—Ya lo sé. Pero él lleva trescientos hombres y yo ninguno.

Ensamblaron las naves durante tres días en el mismo golfo de Áqaba, ante los ojos despavoridos de los sitiados. Por fin, el 3 de enero se lanzaron a la aventura. A Arnaldo de Torroja, la brisa marina enseguida le soltó la lengua. Le dio por bromear con aprovechar la incursión para conquistar La Meca y destruir la tumba del profeta en Medina. No quedaban tan lejos aquellas ciudades, y llevaban una fuerza suficiente para acometer la empresa, aseguró entre risas. El conde de Sarria se tomó en serio la bravata y trató de hacerle ver que aquel era, en realidad, un viaje de exploración de las costas de Nubia. Pronto quedó claro, sin embargo, que los templarios no estaban por la investigación ni por la descubierta, sino por la rapiña.

Alcanzaron la isla del Faraón al segundo día de ruta. Les

impresionó aquel aislado peñasco. Contaba con un castillo en la picota y una red de murallas incrustadas en el mismo borde del agua. Se les antojó inexpugnable el islote, pero ya no encontrarían más dificultades como aquella en todo el trayecto, les habían dicho los beduinos. En cualquier caso, el descubrimiento de la alcazaba mereció una larga conversación entre los expedicionarios; y las primeras desavenencias.

Insistía Arnaldo de Torroja en seguir hacia adelante como si nada, pero Amadís y el conde de Sarria opinaron que no se podía dejar atrás un acuartelamiento enemigo de tal magnitud. O bien los perseguirían o, peor aún, darían la voz de alarma y la razia dejaría de ser secreta. Acordaron al final fondear allí dos de los cinco barcos con cincuenta hombres cada uno.

Tras recorrer el golfo de Áqaba en un par de jornadas, desembocaron al fin en las inmensidades del mar Rojo. El gran maestre del Temple olvidó su mal humor en cuanto divisó un largo convoy de barcazas mercantes. Lo atacaron sin dilación. Fueron dieciséis las embarcaciones apresadas con todo su cargamento de especias. También cayeron en manos de los cristianos todos sus aterrados ocupantes. Los templarios concentraron el género en cuatro naves, hundieron el resto y, como es natural, no dejaron vivo a nadie. Después, siguieron navegando hacia la costa egipcia.

Tardaron apenas otro par de jornadas en avistar el puerto de Aidhab. Se relamió Arnaldo de Torroja al comprobar la veracidad de lo declarado por los beduinos: las ciudades a orillas de aquel mar interior no estaban amuralladas. ¿Para qué? Nadie se había atrevido a importunarlas en los cinco últimos siglos. Antes de desembarcar, los templarios abrieron su apetito de sangre con el abordaje de un barco de peregrinos. Se trataba de musulmanes provenientes de Aden que viajaban con destino a La Meca. Mataron a los que sabían nadar. Y a los que no los tiraron por la borda para reírse mientras se ahogaban.

Las calles de Aidhab recibieron a aquella manada de lobos blancos con ecos de gruta vacía. Saquearon la ciudad los templarios sin encontrar oposición alguna. Un tullido les habló de una caravana que se acercaba desde Qus, y decidieron darle una sorpresa. Encontraron a los peregrinos tres millas tierra adentro y, efectivamente, les propinaron un susto de muerte, porque pasaron a

todos a cuchillo sin mediar palabra.

Contemplaron Amadís y Álvarez de Sarria todas aquellas atrocidades como espectadores obligados a asistir a una ejecución ya prevista. Cuando los barcos cristianos se hicieron a la mar a los pocos días, los dos caballeros todavía no habían desenfundado sus armas.

Le tomó afición Arnaldo a lo de adentrarse en tierra firme y, tras cruzar a la otra orilla, se atrevió a arrasar el oasis de Rabigh, justo entre Medina y La Meca. Corrió otra vez a chorros la sangre en el desierto. Huyeron despavoridos los que pudieron, que fueron los menos, en dirección a las dos ciudades santas.

El lazarista y el de Monte Gaudio ya no quisieron contemplar aquella nueva matanza; y por eso se quedaron en el puerto, esperando la vuelta de los templarios.

Tardaron varios días en regresar los caballeros, pero el 25 de enero el grupo volvió a surcar el mar Rojo en dirección a
al-Haura,
al norte de Jedda.

—¿Tú crees que Arnaldo pretende de verdad atacar La Meca? —le preguntó a Amadís el conde de Sarria aquella mañana.

—Afortunadamente no llevamos caballos ni camellos para meternos muy adentro en su territorio —dijo—, pero hay algo que me preocupa bastante más que eso.

—¿El qué?

—Que Saladino ya sepa desde hace muchos días que estamos aquí, incordiando a los suyos.

Como si las palabras de Amadís hubiesen sido premonitorias, avistaron la flota del sultán al caer la tarde, cuando ya merodeaban el puerto de
al-Haura
como hienas hambrientas. Eran quince galeras de guerra, atestadas de soldados ayubíes, las que se acercaban desde el norte.

—¡¿De dónde diablos han salido esos?! —se preguntó entonces un sorprendido Arnaldo.

—Si nosotros hemos sido capaces de transportar barcos por tierra hasta la entrada al golfo de Áqaba, ¿por qué no iban a ser ellos capaces de hacer lo mismo? Has sido demasiado indiscreto matando, y esto es lo que pasa ahora —le reprochó el lazarista.

—¡¿Y Reinaldo?! Había quedado en guardarnos las espaldas… —adujo entonces el templario.

—Habrá tenido que escapar…

—¡¿Y los hombres que dejé en la isla del Faraón?!

—Esos… dalos por muertos.

Se vieron rodeados en cuestión de minutos. Eran las embarcaciones sarracenas más grandes, con más remos. Y con buenos látigos para azuzar a los galeotes cristianos que las impulsaban.

—No queda otra que escapar por tierra entonces… —murmuró el maestre templario.

Amadís chascó la lengua.

—¿Adónde?

Levantó la mirada Arnaldo por encima de las casuchas de al-Haura.

El horizonte era del color del polvo. Más arriba solo había añil y fuego. Detrás de los últimos tabiques del poblado comenzaba un Sinaí eterno, implacable para quien no viajara con abundante agua y a lomo de camello. Desgraciadamente, ellos no iban a tener esos lujos.

Desembarcaron a la carrera mientras la flota de Husam al-Din recortaba distancias peligrosamente. Llevaban muchos odres dentro de los barcos, y alimentos de sobra, pero no tenían dónde cargarlos. Tampoco contaban con tiempo suficiente para registrar la ciudad de al-Haura en busca de burros u otras bestias. Había que escapar, y rápido. Les tranquilizaba saber que el enemigo no emprendería su persecución al no disponer tampoco de monturas. Los desasosegaba, sin embargo, abandonar la seguridad de la costa sabiendo que no podrían regresar a ella. El Sinaí los esperaba con sus manos blandas y su hálito rusiente; para matarlos muy despacio si no daban con algún oasis pronto.

Se alejaron del mar Rojo sin mirar atrás. No había dudas en cuanto a la dirección que seguir. Solo podían avanzar hacia el norte. Cualquier otro rumbo habría constituido un suicidio prematuro. Aunque, en realidad, si uno se paraba a pensarlo, sus opciones de escapatoria eran casi las mismas que las de una sardina

varada en la cúspide de una duna. Estaban a más de setecientas cincuenta millas de casa, y debían cruzar inmensos arenales plagados de espías y partidas sarracenas.

Cada cual fue libre para llevar consigo todo lo que quiso. No hubo órdenes en lo tocante a las provisiones; ni para los templarios ni para los de Monte Gaudio. Así, algunos cargaron con dos odres, pero se dejaron parte del equipo de combate en el barco. Otros prefirieron partir con la cota y hasta las brafoneras, sacrificando el líquido. Comida metieron poca en las alforjas porque confiaban en cazar serpientes y lagartos por el camino.

Para el tercer día de marcha ya no quedaba nadie con la loriga de anillas sobre el cuerpo. Todos habían ido sembrando el desierto de un rastro delator de acero inservible. El azote del sol no distinguía el color de las cruces, y hasta los yelmos quedaron tirados en la arena para dar cobijo a los alacranes.

Trataban de avanzar de noche y descansar de día. Pero el martirio era casi el mismo andando que en parado. No había árboles. Y si en algún momento distinguían una mancha de matorral, los hombres se peleaban como fieras por tan escuálido refugio, y llegaban incluso a las manos o a las cuchilladas. Un caballero de Monte Gaudio le abrió las tripas a un templario cuando este pretendió discutirle un palmo de sombra.

Al quinto día el destino les dio a elegir entre continuar por entre las dunas o tomar un desfiladero. Optaron por lo segundo, más que nada porque las paredes de aquella angostura quitaban el sol en algunos tramos. En cualquier caso, habían ido racionando bien el agua, y el hambre la mataban a base de escarabajos. No descuidaban los rezos, pues practicaban en grupo y también por separado. Se encontraban precisamente atribuyendo aquella buena racha al influjo del Altísimo cuando escucharon voces.

Se acercaban hombres y animales por ambos lados del barranco. Levantaron la cabeza. Vieron algunos vigías enemigos en lo alto de los cortados. Se santiguó el conde de Sarria.

—Aquí acaba todo, Amadís —le dijo a su amigo.

—Sí —coincidió el lazarista, pero sin persignarse.

Miraron ambos a Arnaldo de Torroja. Les intrigaba cómo afrontaría el gran maestre los últimos momentos de su ya larga existencia. Curiosamente, el templario no oraba ni maldecía por lo

bajo. Estaba examinando los acantilados con ojos atentos.

Formaron los caballeros de Arnaldo en dos grupos a una señal de su jefe. Un centenar selló un extremo de la garganta. Otros tantos hicieron lo propio por el lado opuesto. Pocos conservaban el escudo. Ninguno llevaba puesta la cota de malla. Pero algo tenían en común aquellos *milites Christi*: no les faltaban la espada ni las ganas de entregar la vida por su líder.

—Por aquí —dijo Arnaldo, y se puso a trepar entre las rocas como un conejo.

Se sintió algo violento Rodrigo Álvarez al ver que los templarios iban a morir como mártires pero, en cambio, los suyos salvarían la vida como cobardes.

—Yo no puedo permitirme esas alegrías. Somos una Orden pequeña. A mi cesto no le sobran tantos mimbres… —se justificó mientras escalaban.

—Claro, no te des mal —lo consoló su amigo—. Los de Monte Gaudio sois igual de valientes. Es solo que los del Temple encuentran un placer especial en el sacrifico.

—Sí. Qué suerte tienen los malditos.

Se apostaron al borde del cortado cuando coronaron. Rodrigo Álvarez hizo entonces un recuento rápido de sus tropas. Le quedaban diez hombres. El resto se había despeñado. En cualquier caso, todavía llegaron a tiempo de ver sucumbir al último grupo de templarios. El enemigo remató a los que acabaron la lucha muy tajados, pero respetó a cuatro que parecían indemnes o con heridas leves.

—Parece que se apiadan de ellos… —suspiró con alivio Arnaldo al ver que los atendían.

—Esos cuatro van a contemplar algo que jamás ningún templario ha visto ni imaginado —le dijo Amadís entonces.

Se ofendió un poco el gran maestre.

—Si te refieres al Reino de los Cielos, está lleno de caballeros con la cruz roja —gruñó.

—Te estoy hablando de La Meca. Ahí es donde van a llevarlos, para que se diviertan a su costa los peregrinos.

Estaban en pleno mes de Shawwal, y la costumbre era sacrificar animales a las puertas de la Ciudad Santa mediante el descuartizamiento, le explicó Amadís al templario. Pero aquel año

los ulemas iban a desmembrar caballeros cristianos de su Orden, en vez de cabras. Y lo harían poco a poco, comenzando por los dedos de las manos, y después los de los pies. Pasarían a continuación a tronzarles las piernas a la altura de las rodillas, pero procurando que no se desangraran en la maniobra; para que duraran más tiempo el suplicio y el entretenimiento de los mirones.

—¡Por todos los diablos, Amadís, haz el favor de callarte! ¡Me vas a hacer vomitar! —le gritó el conde de Sarria aun a riesgo de ser oído por los de abajo.

—Me pareció que debía saberlo —murmuró el lazarista mientras escrutaba con ojos entornados un horno llamado Sinaí.

Era Arnaldo de Torroja un hombre fogoso y robusto, aunque ya había cumplido los sesenta años. A pesar de la edad, seguía destacando por su arrojo y por su fuerza en la batalla. Pero Amadís sabía que pelear tres horas sobre un caballo nada tenía que ver con vagar a pie un mes o dos por aquellos secarrales.

Tal y como había previsto el conde de Monterroso, el grupo padeció enormemente sobre todo debido a los espejismos. Muchas veces vieron brotar manantiales que resultaron inexistentes. Creyeron sentir la lluvia en las briznas de polvo que les azotaban el rostro. Se arrodillaron en multitud de ocasiones para dar gracias a Dios por el oasis que al final no era más que una sombra traicionera del crepúsculo.

Bebieron su propia orina como último recurso. Y cuando ya se daban por muertos, divisaron un grupo de indefensos mercaderes. Amadís y Álvarez de Sarria cruzaron una mirada descarnada. Entendieron ambos que el hombre puede ser un lobo para otros hombres en algunas circunstancias.

A Arnaldo de Torroja le pareció correcto lo de hacerse pasar por peregrinos extraviados en mitad del desierto. No resultó la artimaña demasiado difícil. Ya iban cubiertos de andrajos y mugre de pies a cabeza. De esa manera consiguieron acercarse a aquellas gentes pacíficas para robarles la comida y el agua. Después los mataron a todos por miedo a que se fueran de la boca con cualquier patrulla enemiga. Antes de proseguir camino, se apropiaron también del viejo jumento en el que subieron al propio a Arnaldo.

En cualquier caso, perdieron mucho tiempo por culpa del maestre templario. Porque el burro rindió el alma cuando aún

estaban a una semana de Gaza. Tuvieron que cargar entonces con el catalán sobre sus espaldas. Estaba casi tan mal como el pollino muerto. Y aunque él mismo les rogó que lo abandonaran con su misal y su crucifijo en medio de la nada, no lo hicieron. No se les olvidaba que le debían la vida. A él y a sus doscientos hombres.

LVIII

Amadís y Rodrigo Álvarez de Sarria regresaron a Jerusalén a mediados de marzo. Llegaron con la ropa raída, el semblante amustiado y las barbas luengas después de sus desventuras en el mar Rojo. Arnaldo de Torroja se había quedado en su castillo de Gaza, recuperándose de la caminata. Así pues, fueron los dos condes quienes se plantaron en palacio para explicarle al rey, con pelos y señales, la historia de un despropósito. Desgraciadamente no lo encontraron en casa.

Estaba en Acre, en las últimas, les aseguró Ivette sin parar de derramar lágrimas. A pesar de su estado, pretendía presidir la asamblea del Alto Tribunal en la que se analizaría la nueva situación creada por Saladino tras sus recientes conquistas en territorio Zengid.

—¿Cómo de mal está Balduino? —quiso aclarar el lazarista, a quien de pronto habían dejado de interesarle Mosul, Alepo y todas las ciudades del mundo turco. Pero la antigua tabernera de El León Dorado ya no respondió, porque se le habían acabado el valor o las fuerzas para seguir hablando.

Entraron los dos condes en la fortaleza de Acre el 19 de marzo, justo el día previsto para la reunión de la *curia generalis*. Balduino tuvo que reconocerlos por sus voces y no por su estampa, porque ya no veía nada. Hacía más de un mes que la lepra había acabado por devorarle los ojos.

Trataba el monarca, no obstante, de esconder aquella triste circunstancia a base de parecer orientado en todo momento. Para ello se esforzaba en girar la cabeza en dirección a los que le hablaban. Estaba claro, sin embargo, que Balduino no distinguía figuras, ni siluetas, ni siquiera luces. Y apenas era capaz de usar los pies o las manos. Lo trajeron a la sala sentado en un palanquín, y fue un mayordomo el que tuvo que ajustarle mejor la máscara,

porque las correas le hacían daño. Tampoco pudo usar los dedos para abrir las cartas que tenía sobre la mesa, ni para desdoblar los mapas de su reino. Todo se lo hicieron los asistentes mientras él les daba las gracias.

Se le quebró la voz, eso sí, al dar la bienvenida a los dos supervivientes del mar Rojo, dos hombres a los que casi había dado por desaparecidos. Allí se enteraron Amadís y Álvarez de Sarria del completo desastre de ambas expediciones. Raimundo III había fracasado en el asedio de Bosra, porque los lugareños habían cegado los pozos y envenenado las aguas antes de que llegara. Tras buscar otras fuentes sin ningún éxito, el conde de Trípoli había tenido que regresar a territorio cristiano con la cabeza baja.

Reinaldo de Châtillon también estaba en aquella reunión, y casi sufrió un ataque de apoplejía al ver comparecer a los dos náufragos. Se vio obligado a explicar los motivos para su renuncia al cerco de Eilat y a la búsqueda de sus galeras y sus tripulantes. Según afirmó, el acercamiento imparable de Saladino y su ejército lo había empujado a una retirada forzosa. Igual de inevitable había sido el pensamiento de que todos los expedicionarios embarcados en sus naves habrían acabado como pasto para los peces o como carne de galeote.

Preguntados al respecto, el de Sarria y el de Monterroso acometieron el relato de un viaje plagado de vicisitudes, una aventura que había nacido condenada al fracaso de antemano. Pero tampoco se explayaron mucho en los pormenores, porque notaron el aire cargado de otro tipo de vientos.

A todos los reunidos les interesaba mucho más la suerte de Alepo, la fortaleza Zengid que todavía mantenía cerrado el candado en el norte. Y es que su más que probable caída podría arrastrar al abismo al resto de ciudades de la dinastía selyúcida. Lo cual desequilibraría la balanza en favor de Saladino; de manera tan grave y definitiva que hasta el altivo Bohemundo de Antioquía estaba ya temblando de miedo. Y de ahí que hubiese enviado hasta el reino de Jerusalén a dos emisarios para explicar su versión de las cosas.

El asedio de Alepo no podía acabar bien, afirmaron aquellos hombres cenicientos. Mosul estaba demasiado lejos como para que desde la capital Zengid les enviaran ayuda a los sitiados.

Correspondía, por tanto, a los cruzados aflojarles el nudo de la soga a los turcos, o de lo contrario ambas ciudades sucumbirían al empuje de las tropas ayubíes.

Una nueva guerra estaba en el horizonte, y esta vez la situación pintaba más negra que nunca para los Estados Latinos. Por eso, el gran Bohemundo tendía la mano al rey de Jerusalén y lo instaba a pactar una alianza pronta, efectiva y duradera desde la que enfrentarse al poder cada vez más omnímodo de Saladino.

Asintió el rey sin entusiasmo. Estaba de acuerdo en lo de la unión de todos los cristianos en Tierra Santa, pero se preguntó de dónde sacarían tanto el uno como el otro el dinero necesario para semejante campaña. La mano mercenaria no llegaba llovida del cielo, les respondió a los de Antioquía. Por otra parte, las arcas de su reino estaban vacías tras los fiascos de Raimundo y Reinaldo.

—Tendréis que vender ciudades, igual que Bohemundo —le propusieron entonces los dos mensajeros. Porque, al parecer, eso era lo que el príncipe había hecho para procurarse fondos. Había llegado a un acuerdo con Roupen III para que Tarso pasara a formar parte de Cilicia a cambio de una enorme cantidad de oro.

Balduino cabeceó anuente. Después se frotó la máscara mientras pensaba. Él no contaba con ciudades de las que desprenderse, dijo al fin, porque ya las había cedido o regalado todas. Pero tenía muchos vasallos en feudos importantes que debían rendirle tributos puntualmente. Y a esos barones se dirigió para pedirles que elevaran la carga de los impuestos con el fin de que ellos pudieran aportar también más caudales al tesoro del reino. La medida sería impopular, reconoció, pero no había más remedio. De ella iba a depender la supervivencia del cristianismo en Tierra Santa.

Tras su breve discurso, el monarca pareció agotado por el esfuerzo. Humilló la cabeza y despidió a todos con un gesto de la mano. Solo pronunció el nombre de Amadís con un hilo de voz porque quería quedarse a solas con su hombre de confianza.

Se aproximó el lazarista al trono haciendo ruido con los pies a propósito. Era consciente de la ceguera de Balduino, y no quería asustarlo.

—¿Quieres que te quite la máscara? —le dijo, pero el enfermo rehusó el ofrecimiento.

—Ni siquiera tú soportarías ya la visión de este rostro —

contestó.

Se asombró Amadís de que aquellos tres meses de ausencia en la corte parecieran en realidad treinta años gastados en la vida de una persona. No solo era la cara. Las manos de Balduino parecían las zarpas deformes de un dragón milenario. Sus piernas estaban hinchadas, rígidas, tumefactas. Cualquiera habría dicho que jamás habían tenido articulaciones por las que doblarse.

—¿Sabes la verdadera razón por la que te mandé al mar Rojo? —le preguntó el rey enfermo.

—Dijiste que para controlar a Reinaldo.

—En realidad fue por ahorrarte el proceso. Para que no vieras cómo mi cuerpo iba descomponiéndose poco a poco. Estos tres meses han sido los peores, y yo lo sabía.

—Se te olvida que soy un caballero sanitario del Hospital de San Lázaro. Estoy acostumbrado a estos episodios y a otros peores… —se quejó el conde de Monterroso.

Asintió Balduino condescendiente.

—Ya, pero no es lo mismo ver morir a un desconocido que a un hijo, ¿verdad, Amadís?

Tuvo que hacer esfuerzos el conde de Monterroso para hacer pasar la voz por la flauta de su garganta.

—No lo es —admitió.

Balduino alargó ambos brazos.

—Acércate. Quiero verte, aunque tenga que ser ya de esta forma —le rogó.

Tentó el rey la cabeza de su amigo con aquellos dedos sarmentosos. Notó los pómulos más salientes, el mentón todavía sin afeitar, el rostro flaco.

—¿Tan mal lo habéis pasado?

—Peor. Solo nos salvamos diez. De trescientos.

Amadís vio dos pupilas blancas, sin luz, pendientes de una respuesta.

—¿Ha tenido Reinaldo algo que ver con vuestras desgracias?

Sacudió el conde de Monterroso la cabeza con vehemencia sin caer en la cuenta de que el rey ya no podía apreciar aquellos gestos.

—El error fue emprender el viaje —matizó, no obstante.

—Lo siento —murmuró Balduino, al que se le adivinó una mueca de pesar detrás de la careta de plata.

Retuvo el caballero lazarista aquella mano negra y bulbosa entre las suyas.

—Lo importante es que volvemos a estar juntos —le dijo.

—Sí. —Titubeó el monarca tras el monosílabo—. Amadís…

—¿Qué?

—Creo que ha llegado el momento.

—¿De qué? —Tembló el conde de Monterroso, pues pensó que la respuesta sería horrenda para sus oídos.

—De dejar el trono.

Respiró aliviado el lazarista a pesar de las implicaciones.

—Ya. ¿Abdicar quieres decir?

—En principio solo he pensado en nombrar a un regente hasta… —Se detuvo Balduino un segundo antes del precipicio.

—Hasta que Dios quiera —lo ayudó Amadís.

—Sí, eso.

—Y… ¿a quién, si no es mucho preguntar?

—A mi cuñado Guido.

Tardaba demasiado Amadís en responder, perdido en sus reflexiones. Ello le dio pie al rey a pensar que su acompañante se había marchado sin despedirse.

—¿Estás todavía ahí? —preguntó desnortado.

—Sí.

—¿Y por qué no hablas?

—Para no disgustarte.

Un conato de risa floja agitó el pecho del monarca.

—¡Por todos los Cielos! —exclamó—. Sabes que puedes hablarme con total franqueza.

Y eso fue lo que hizo el conde de Monterroso. Para explicarle a su amigo que un pelele imberbe como Guido de Lusignan sería un juguete en manos de Saladino y de todo el mundo. Raimundo de Trípoli o Reinaldo de Châtillon eran candidatos mucho más contrastados y fiables. El regente del reino de Jerusalén debería ser una figura que infundiera respeto al sultán y no risa, le dijo.

Lo pensó Balduino unos segundos. Asintió con gravedad. Después respondió con dolorosa firmeza.

—Tienes razón en todo —reconoció—. Y, sin embargo, no resultaría lícito ni comprensible cerrarle el paso así a mi heredero natural al trono. Es el marido de Sibila. Él se sentará aquí

definitivamente cuando yo muera…

—Así será si nadie lo remedia —se lamentó Amadís, que a pesar de todo entendía el punto de vista del monarca.

Volvió a cabecear con ademán dubitativo Balduino.

—Vienen tiempos difíciles —murmuró—. Me pregunto qué ocurrirá si Guido, al final, no está a la altura.

Amadís se acercó al monarca hasta que este sintió su hálito templado sobre la careta.

—Tú no vas a morir todavía —le susurró al oído mientras lo abrazaba—. Podrás destituirlo y recuperar el cetro cuando quieras.

LIX

La fortaleza de Alepo cayó definitivamente el 12 de junio del año del Redentor de 1183, y detrás de ella todas las ciudades Zengid de la provincia. Pero Balduino todavía se mantuvo a la espera casi tres meses, agazapado en su palacio. No quería movilizar antes de tiempo a un ejército que esta vez sería enorme y ocasionaría muchos gastos. También se mostraba indeciso sobre lo de ceder el paso a su heredero legítimo. Como en otras ocasiones, Saladino fue el encargado de despejarle las dudas.

A mediados de septiembre, el sultán comenzó a reunir tropas al sur de Damasco. Decenas de miles de guerreros acampaban ya fuera de las murallas, informaron los beduinos. El momento del desenlace pareció cercano, y por eso Balduino mandó mensajeros a Raimundo de Trípoli y a Bohemundo de Antioquía con el fin de convocarlos en Séforis con sus ejércitos completos. Él se desplazaría desde Jerusalén como fuera, les dijo, en palanquín o en angarillas. Confiaba el monarca en estar al menos presente en la mayor batalla campal jamás peleada contra el gran enemigo del cristianismo. Desgraciadamente, solo pudo llegar hasta Nazaret cuando llegó el momento del traslado.

Allí interrumpió su viaje el monarca. Ciego, inválido, abrasado otra vez por la fiebre. Pero con la suficiente sangre fría como para mandar a su ejército por delante con el fin de no retrasar la marcha. Después, viéndose morir, hizo llamar a su lecho a los miembros del Alto Tribunal y también a Guido de Lusignan. Había llegado el momento de llevar a cabo el esperado traspaso de poderes.

Acudieron todos los barones desde la antigua Sepphoris, donde ya estaban velando armas para el combate. Se presentaron incluso el gran Bohemundo y Balduino de Ibelín, al que nadie había vuelto a ver desde los fatídicos desencuentros de Pascua. Guido viajó desde su residencia en la ciudad de Tiro.

Llegó tranquilo y sonriente el marido de Sibila, ataviado como siempre de manera estrafalaria. Traía, además, colgada del cinto una graciosa espadita de plata con la que no habría podido partir ni una piña. Según pareció, los rumores de la guerra no habían sacudido su palacio. Y si lo habían hecho, no se había dado por enterado. Tal vez por eso se asombró un tanto al verse rodeado de tanta cota de malla y tanto ceño fruncido.

Hizo esfuerzos sobrehumanos el rey para levantarse de la cama aquel día y dirigirse en pie a sus vasallos. La fiebre lo devoraba, pero no quería pasar a la Historia como el monarca que cedió su bastón sentado en una banqueta. Después se puso a hablar como un muerto viviente.

Resollaba, jadeaba, hacía pausas frecuentes para aspirar más aire entre las rendijas de la máscara. No fue, sin embargo, aquella voz cargada con sonidos de ultratumba la que hizo estremecer a Guido de Lusignan sobre la palestra, sino el contenido de un discurso sorprendente. Porque en vez de un trono con su corona, lo que el monarca le ofreció a su cuñado frente a una cámara abarrotada se pareció más a un simple plato de migajas. Así es como debió de verlo en cualquier caso el joven Lusignan a juzgar por sus muecas y sus aspavientos.

Y es que, al final, Balduino, decidió guardarse para sí tanto el título real como la capital de su reino. Otorgó a Guido, eso sí, la regencia; y el gobierno de varias ciudades cercanas, así como el control de sus finanzas. Pero le hizo prometer sobre la Biblia que jamás alienaría ni regalaría tierras ni castillos a terceros. Y también que nunca buscaría coronarse rey mientras él viviera.

No venía preparado Guido de Lusignan para tanta cicatería y tanta desconfianza. Se le notó incómodo, remiso a dar su beneplácito, pero al final claudicó sin protestar excesivamente. Juró por su honor que cumpliría con el cargo y con todo lo estipulado. El color de la cara se le demudó, no obstante, con el último regalo de un rey incapaz ya de impartir órdenes: Balduino lo nombró comandante en jefe de las tropas francas. Para que fuera él quien liderara el ejército que en breve debería luchar por la pervivencia de los Estados Latinos en Tierra Santa.

Guido de Lusignan trastabilló sobre el estrado como si le hubieran echado una saca de harina sobre los hombros. La nueva

espada de acero que Joscelino le puso en las manos pareció pesarle como si fuera de plomo. Los murmullos de estupor de los barones también hicieron mella en él. Sus miradas de desprecio se le clavaron como dagas mientras temblaba como un niño desnudo en la nieve. Alguien en Tiro le había dicho que saldría rey de Nazaret, pero él ya se veía cadáver en mitad de una campa llena de sangre.

Jamás había dirigido el joven Lusignan una simple partida de asalto en territorio sarraceno. Apenas era capaz de montarse en un caballo sin ayuda. La máxima responsabilidad que había afrontado desde su boda con Sibila era dar de comer a los perros de su palacio. Y, a pesar de todo, le mandaban comandar el mayor ejército franco de todos los tiempos. Porque con la incorporación a la semana siguiente del gran maestre Álvarez de Sarria y sus caballeros de Monte Gaudio, los cruzados sumaron más de mil trescientos jinetes y quince mil infantes.

Quien no se desplazó desde su castillo en Gaza fue Arnaldo de Torroja. Al parecer, el gran maestre templario no se había recuperado todavía de los quebrantos del mar Rojo. Pero aun así envió a cien de los suyos con el conde español.

Ivette e Inés de Courtenay se presentaron también en Nazaret en el ínterin. Amadís decidió avisarlas en vista del feo cariz que tomaba la salud de Balduino. La ceremonia, las decisiones y las dudas parecían haberse aliado con la fiebre para atacar con más saña a un ser ya débil y decrépito. El propio Amadís llegó a dudar de sus pronósticos de supervivencia, y de ahí que ambas mujeres llegaran preparadas para asistir las voluntades postreras de un moribundo. Seguramente por eso se trajeron con ellas a Heraclio, para que fuera el patriarca latino el que le dispensara la extremaunción al rey en su último suspiro.

Pero Balduino seguía vivo el 29 de septiembre, el día en que Saladino cruzó el río Jordán y le puso cerco a la fortaleza cristiana de Bethsan. Incluso estaba consciente aquella mañana el monarca. Y hasta se vio con ánimos de despedir a sus tropas ondeando un trapo blanco desde la torre del homenaje. Si alguien le hubiera adelantado entonces el resultado de aquella triste campaña, Balduino IV de Jerusalén habría elegido morirse de repente y no de lepra. Para ahorrarse la ira y la vergüenza.

Dos semanas y media tardó el ejército cristiano en volver a casa.

Hicieron escala primero en Nazaret, pero el rey ya no estaba. Se había restablecido lo suficiente como para regresar a Jerusalén y esperar allí las noticias de su ejército. Lo avisaron cuando un vigía divisó a las huestes cruzadas en el horizonte. Pidió entonces que lo subieran a la torre más alta de la ciudadela para que alguien le describiera el acercamiento y la polvareda. Y poder juzgar así, según el tamaño de la nube blanca, las bajas sufridas y la grandeza de la victoria.

Amadís lo distinguió de lejos, debido a los reflejos del sol sobre su careta de plata. Le vio hacer gestos de asombro cuando le contaron que el ejército cristiano era idéntico al del primer día; que volvían todos; que los carros destinados a cargar con las cosas de los muertos y los tesoros ganados al enemigo iban vacíos.

Cabalgaba el conde Álvarez de Sarria al lado del lazarista. Ambos habían hecho todo el trayecto juntos desde las faldas del monte Tabor, el último lugar en el que podían haber destruido a Saladino. Habían hablado poco los dos condes durante el camino, porque cada cual venía inmerso en su nube de pensamiento. A Amadís le preocupaba la manera de explicarle al rey todo lo ocurrido sin que el relato de los hechos le acortara demasiado la vida.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó el español cuando Jerusalén ya estaba a la vista.

—No, si no me la dices.

—Pues que los Estados Latinos se parecen cada día más a la España que dejé atrás no hace mucho.

—¿En qué?

—En que allí los reyes andan cada uno por su lado y no se ayudan en nada en la lucha contra los musulmanes. Más bien al contrario.

—Bueno, aquí rey… solo hay uno.

—Sí, pero tanto Raimundo como Bohemundo se creen a su altura, y a mí me da que tampoco le harían ascos al trono de Jerusalén si lo tuvieran a mano. Y de ahí todo lo que nos ha pasado.

Balduino llamó a Amadís en cuanto el conde de Monterroso se bajó del caballo. Quería saber cómo era posible que una batalla, incluso ganándola, no arrojara ni un solo muerto.

—En Bethsan no hubo combate, ni escaramuzas ni nada. Y

tampoco en el monte Tabor, ni en ninguna parte —le respondió lacónico el lazarista a sabiendas de que no sería suficiente. Porque, enseguida, el rey lo obligó a relatar la crónica de un disparate.

Sabía Amadís que el contenido de su narración perjudicaría severamente al enfermo. Y, de hecho, Balduino estuvo postrado en cama cuatro días completos después de aquella charla. Perdió la voz y casi la vida tras enterarse de todo. Pero recobró algunas fuerzas al quinto para convocar una reunión de urgencia de su *curia generalis*.

LX

Hubo algunas sillas libres en aquella asamblea del 24 de octubre. Faltaron Reinaldo de Châtillon, Joscelino y Guillermo de Tiro. Los tres estaban en el castillo de Kerak, de preparativos. La boda de Isabel, la hermanastra del rey, y Hunfredo IV de Torón era una cuestión de horas. El primero de los ausentes iba a ejercer como anfitrión de la ceremonia; el segundo había ido para hacer compañía a una criatura que solo contaba con doce años. El archidiácono tenía el cometido de velar por la pureza de la novia hasta la consumación del matrimonio. Del resto de barones comparecieron todos, incluidos el príncipe de Antioquía y el conde de Trípoli.

Llegó un poco tarde a la cita el monarca, cuando en la sala ya menudeaban los murmullos. Apareció como de costumbre en los últimos tiempos: sentado en un trono portátil y ataviado con su inseparable máscara plateada. Dos siervos lo transportaron hasta el estrado de la sala y después se marcharon. Dos mujeres formaban parte también de aquella comitiva, pero ellas se quedaron.

Inés de Courtenay se colocó detrás de su hijo, para sostenerle la cabeza cada vez que hablara. El cometido de Ivette quedó claro en cuanto Balduino tomó la palabra. La sobrina imaginaria de Roupen de Cilicia iba a ser la encargada de limpiar la máscara real de escurriduras de sangre.

Agradeció Balduino la presencia de todos, aunque no podía verlos. Dedicó sus atenciones especialmente a Raimundo III y a Bohemundo, por el trastorno de un viaje tan largo. Alabó su voluntad de venir a rendir cuentas en persona en vez de mandar heraldos desde sus feudos. Pero los censuró con acritud tras una larga pausa. Los recriminó por su egoísmo, y por su incapacidad para tomar la iniciativa en momentos tan cruciales para todos los Estados Latinos.

Un violento acceso de tos interrumpió la abrasiva perorata del monarca. Algunas gotas rojas afloraron por el orificio inferior de la máscara, pero Ivette las borró con mano rápida. Analizó Amadís el gesto con ojos de experto. Buscaba signos de repulsión o de asco en la faz de la muchacha, pero no advirtió ninguno.

Se removieron incómodos en sus butacas los dos prohombres señalados. Debieron de sentir muchas miradas de enojo sobre sus ropas. Tal vez oyeron incluso palabras malsonantes. Permanecieron a pesar de todo en silencio, a la espera de que el rey continuara con su reprimenda. Lo cual hizo una vez recuperado.

Era consciente de la bisoñez y de la incompetencia demostradas por el nuevo regente, señaló Balduino. Precisamente por eso había esperado mucho más de los jefes que sí tenían experiencia y tropas de sobra para llevarlas a la lucha. Solo a ellos dos, les dijo, era achacable el fracaso de la empresa.

Guido de Lusignan, presente en la sala, solo oyó lo del principio. Se sintió el centro de la diana y quiso protestar en alto. Afortunadamente, su hermano Aimery le hizo ver que el látigo del rey estaba fustigando a otros con más fuerza y que era mejor callarse.

Quien peor llevó el rapapolvo, al menos en apariencia, fue Bohemundo de Antioquía, poco acostumbrado a los reproches de nadie. Se levantó de un salto de su asiento e hizo un conato de decir algo. Su tartamudez, sin embargo, lo hizo trabucarse. Entonces probó con un juramento, y eso le salió bien, de tirón, pero volvió a engancharse en la frase siguiente. Raimundo III lo convenció entonces para que le cediera a él el turno de palabra. En realidad, el de Trípoli estaba deseando justificarse.

Amadís conocía muy bien a su viejo amigo de infancia. Sabía interpretar sus gestos y sus guiños cuando el vapor de la cólera le nublaba la vista. Temía el lazarista la ira de todos los hombres templados, porque así era también la suya propia: ciega, mordaz, desatada. Se preparó por tanto para la tormenta.

Comenzó el conde de Trípoli echando pestes de los dos hermanos Lusignan, sobre todo del pequeño, del que tendría que haber ostentado el mando supremo de las huestes cristianas. Jamás había tenido el reino de Jerusalén, aseguró ante la Cámara, un regente tan inepto. Nunca en su vida había visto a un mariscal con

menos conocimientos castrenses que el bello Guido. Se preguntó retóricamente cómo podía haber llegado tan alto alguien tan incapaz en materia de guerras y estrategia.

Hubo sonrisas mientras Raimundo III se llevaba teatralmente un dedo a la sesera como si recordara algo de repente.

—¡Ah, sí, claro, lo nombrasteis vos! Se me olvidaba. Así es como ascendió hasta el cargo este cretino. ¿O fue acaso vuestra madre quien os lo trajo atado con una correa de pasear perros?

Retumbaron en la sala las palabras del conde de Trípoli como las maldiciones de un apóstata. Escupió el rey sangre a través de su careta, pero no logró articular sonido alguno. Se olvidó Inés de Courtenay de sus funciones por un momento y tuvo que ser Ivette la que sostuviera y frotara al mismo tiempo. Maldijo en público la condesa de Sidón al de Trípoli. Lo amenazó con un duelo. Porque alguno de los hombres que de verdad la apreciaban le haría pagar tamaña afrenta en una justa.

—No hay problema. Pelearé contra todos vuestros amantes a la vez, y con una mano atada a la espalda —sonrió despectivo Raimundo, que aún no se había serenado.

—¡Bi… bien dicho! —prorrumpió Bohemundo mientras aplaudía como un loco.

Aprovechó Guido de Lusignan la trifulca para cargar contra todos, incluido el monarca. Acusó al conde de haberlo insultado gravemente, pero se cuidó muy mucho de desafiarlo a un combate singular. Culpó a Raimundo y a Bohemundo de ser ellos los indecisos y los pusilánimes en los momentos cruciales. Y de ahí el ridículo. A Balduino le echó en cara su obstinación para perpetuarse en el cargo cuando ya era casi un pedazo de carroña con corona. Había demasiadas voces en Jerusalén, dijo, que exigían su subida al trono habida cuenta del estado de un rey que ya no se reconocía a sí mismo.

Los goznes de la puerta gruñeron suavemente en medio del rifirrafe. Si Amadís lo oyó fue tan solo porque ocupaba el último banco, junto a Álvarez de Sarria. Se trataba de un caballero al que conocía de vista, vasallo de Reinaldo de Châtillon en el castillo de Kerak. Venía el hombre cubierto de lodo y polvo hasta las orejas. A su lado estaba un ayuda de cámara con el semblante lívido. Fue este último el que le hizo una seña al lazarista para que saliera.

Cinco minutos tardó Amadís en regresar a la sala. Continuaba la tensión en la asamblea, pero el orden al menos parecía haber retornado de algún modo. Balduino había renacido de sus cenizas. Ya no precisaba los cuidados de su madre. Y se negaba a que Ivette le quitara constantemente las hilachas rojas de la cara. Pidió ayuda a ambas mujeres, eso sí, para levantarse del trono y hablar en pie a sus barones.

Miró entonces a los reunidos con aquellos ojos blancos y hueros, pero en verdad pareció que los veía a todos sin estorbo. Tras lo escuchado, afirmó, Dios le había dictado dos decisiones. Ambas eran prudentes y beneficiosas para el reino. No obstante, antes de darles curso, deseaba someterlas al beneplácito de la cámara. A pesar de la urgencia, Amadís esperó a que el rey hiciera públicos sus dictámenes.

Procedía destituir al nuevo regente; de manera inmediata y sin paliativos. No le hacían falta más pruebas para admitir que se había equivocado al nombrarlo, sostuvo Balduino con voz firme. Su segunda disposición no resultó menos sorprendente: designó
co-rey
al hijo de Sibila y Guillermo de Monferrato, también de nombre Balduino y de solo seis años. El pequeño no ejercería todavía, pero sería coronado igualmente a la espera de su mayoría de edad. No confiaba él en durar tanto, reconoció sin ambages. Y, por eso, en algún momento el reino de Jerusalén necesitaría de otro regente. Pero esa cuestión ya se discutiría a su debido tiempo.

Hubo algunos murmullos en la sala a cuenta de las dos resoluciones reales, y solo un grito, el de Guido de Lusignan al oponerse de manera ruidosa a ser depuesto del cargo. Su propio hermano lo mandó callar tras explicarle que él no podía votar por ser parte implicada. Ni una sola voz se elevó para discutir el cese ni el nombramiento. Y es que, exceptuando a la propia Sibila, el pequeño Balduino V era la ascendencia más directa al trono.

Amadís aprovechó el silencio reinante para hacer notar su presencia al borde del estrado mediante un sonoro carraspeo.

—¿Qué es lo que ocurre? —le preguntó Balduino, que lo había identificado por la forma de aclararse la garganta.

—Saladino acaba de ponerle asedio al castillo de Kerak. Sus hombres han saltado ya la antemuralla y los nuestros han tenido

que refugiarse en la ciudadela. Apenas caben. Puede que no aguanten mucho tiempo.

—¡¿Y la boda entre mi hermana Isabel y Hunfredo?! No habrán podido ni empezar con la ceremonia… —se lamentó Balduino.

—Es lo más probable. Tanto las vidas de los novios como las de los invitados dependen de nosotros —informó el lazarista con voz firme, para que todos lo escucharan bien incluso desde el fondo.

La sorpresa golpeó a los miembros del Alto Tribunal como una maza imaginaria. Poco a poco, sin embargo, la lógica se impuso al pánico. Eran casi todos los asistentes caballeros ya expertos en las lides de la guerra. Hombres que habían echado los dientes peleando a diario contra el enemigo sarraceno. Sabían que el gran ejército al que habían dejado vivo en el monte Tabor no había tenido tiempo material de desplazarse hasta Kerak para asediarlo.

Aunque Saladino sí estuviera allí, serían otras huestes las que lo acompañaban. Guerreros traídos probablemente del sur para castigar las andanzas cristianas por el mar Rojo. Los cruzados, en cambio, sí tenían a mano a todas sus tropas: las que se habían desplazado hasta Bethsan para nada. Urgía partir, evidentemente, pero había confianza en que Joscelino y Reinaldo de Châtillon aguantaran hasta la llegada de ayuda.

Una mano retuvo a Amadís cuando se dispuso a abandonar una sala que creía vacía.

—Nunca pensé que tendrías valor para hablarle al rey mal de nosotros —le espetó a la cara Raimundo III.

El conde de Monterroso escrutó a sus dos interlocutores. El conde de Trípoli tenía la mirada negra, dura, como cuando impartía justicia en su trono de Galilea. A Bohemundo era más difícil leerle los ojos porque bizqueaba un poco del derecho y no se sabía muy bien hacia dónde miraba.

—Al rey yo no le hablé mal de vosotros, ni de nadie. Tan solo le conté lo que ocurrió y él sacó sus propias conclusiones —se defendió Amadís.

El príncipe de Antioquía dio un paso al frente. Había logrado fijar algo las pupilas, pero se le notaba furioso.

—¡¿Y… y… qué… qué…?!

Raimundo lo agarró por el brazo para que no se esforzara en balde.

—¿Y qué es lo que pasó, según tú, en Bethsan y en el monte Tabor? —repuso para regocijo de Bohemundo.

—¡E… e… eso!

Amadís esbozó una sonrisa torcida, peligrosa.

—Que salimos de Nazaret con idea de acabar con Saladino y lo dejamos vivo cuando podíamos haberlo aplastado varias veces.

El príncipe de Antioquía y el señor de Galilea cruzaron una mirada cansada, como si uno de los dos debiera poner luz por enésima vez en una gruta oscura. Obviamente, Raimundo fue el encargado de explicar lo evidente.

—Esa gran victoria de la que hablas habría sido solo posible gracias a los dos que estamos aquí hablando contigo, efectivamente —coincidió el conde—, pero habría reforzado a Guido de Lusignan en el puesto. Porque los laureles se los habría llevado solo él al figurar como comandante. Nadie habría tenido ya motivos ni arrestos para defenestrarlo. ¿Acaso quieres que ese fantoche sea tu próximo rey?

Amadís vio al fin el hachón que resplandecía en la cueva. A pesar del brillo, su luz se le antojó un tanto sucia.

—No —admitió sin rodeos—. Ya veo que tendré que elegir entre uno de vosotros dos.

LXI

No fue aquella la última charla que Amadís sostuvo la víspera de partir hacia Transjordania. Balduino también lo llamó a sus aposentos para plantearle una duda tal vez imprevista.

Pasó el lazarista sin llamar porque así se lo indicó el mayordomo de la puerta. Encontró al rey postrado en la cama. Había sobrellevado con entereza los violentos zarandeos de la asamblea. Pero, aunque con retraso, el cansancio se había presentado a su cita con el enfermo.

—Esa máscara te matará si no te la quitas ahora mismo —le dijo Amadís al verlo respirar con dificultades.

Balduino negó con ademán exhausto.

—No lo hará si no me han matado ya las palabras pronunciadas por Raimundo. Sobre mí y sobre mi madre —dijo.

Amadís se puso a soltar las correas que fijaban la máscara al rostro del monarca.

—Las palabras no matan —le respondió—, pero sí que hieren. Y hacen más daño cuanto más querida es la persona que las vierte. Eso significa que, a pesar de todo, aún aprecias al conde de Trípoli…

Ladeó la cabeza Balduino.

—No sé qué decirte.

Encontró el caballero de San Lázaro muchos tubérculos inflamados debajo de la superficie de plata. El prolongado contacto del artilugio irritaba la zona hasta convertirla en pura pulpa.

—Tal vez debimos haber sospechado lo que ocurriría en esa salida —sostuvo Amadís mientras limpiaba de miasmas la cara del monarca.

—¿Por qué?

—Porque Raimundo y Bohemundo de Antioquía detestan a Guido de Lusignan tanto como tú, y jamás moverán un dedo para

ayudarlo, aunque ello suponga un perjuicio para los Estados Cruzados.

Asintió Balduino con rictus desmayado.

—Eso es porque también ellos dos ansían mi trono —murmuró —. Aun así, pensé que a la hora de la verdad los tres se pondrían de acuerdo.

—Pues ya ves que no.

Calló el rey unos instantes mientras Amadís continuaba con sus cuidados de sanitario. Sospechaba el lazarista que la verdadera razón por la que había sido llamado aquella noche no era para hablar de faltas de respeto.

—Mi madre e Ivette no quieren que vaya a Kerak con el ejército —murmuró al cabo Balduino.

—Ya. Es natural…

—Y tú… ¿qué opinas?

El conde de Monterroso manipulaba unos ungüentos con los que se disponía a lavar las partes más blandas del cuello del enfermo.

—Acabas de destituir a tu cuñado, ¿no es cierto? —musitó distraído.

—Sí. ¿He hecho mal?

Amadís le aplicó un emplasto con sangre menstrual de doncella. No confiaba mucho en aquel remedio, pero sabía que Balduino sí creía en sus beneficios.

—Al contrario. Apartar a Guido ha sido una decisión sumamente acertada —replicó—. Ahora piensa en una cosa.

—¿En qué?

—Cuando un rey cesa a su regente es porque él mismo va a hacerse otra vez con las riendas del Gobierno. ¿Cómo crees que los barones del reino e incluso la tropa más llana se tomarían tu ausencia en la batalla a las primeras de cambio?

—No sé…

—Yo te lo diré: verían ya todas y cada una de tus decisiones como los caprichos de un hombre desesperado y loco.

Un aire de profunda cavilación embargó a Balduino. Asintió reflexivo al cabo de unos segundos. Aun así, la precariedad de su estado pareció querer inclinar la balanza.

—Estoy más muerto que vivo. Dios puede llamarme en cualquier instante… —adujo dubitativo.

—Podrás quedar con Dios en otro momento menos comprometido —lo tranquilizó Amadís—. Las citas con el Altísimo pueden aplazarse. A veces, incluso podemos fijarlas nosotros mismos.

—¿Tú crees?

—Por supuesto.

Balduino se levantó de la cama a la mañana siguiente y pidió que le prepararan una litera con cortinillas de gasa blanca. Mandó después encender el faro de la torre de David, para que el resto de atalayas de vigilancia en el camino de Transjordania fueran también prendiendo sus antorchas una a una. Así los asediados sabrían en cuestión de pocas horas que la ayuda real estaba ya en camino.

No quiso alejarse el monarca de su ciudad sin antes pasar revista a sus tropas. Echó en falta entonces a su cuñado entre los jefes. Preguntó por él, pero nadie supo darle señas, excepto su hermano Aimery. Según le explicó el condestable, Guido estaba demasiado disgustado como para salir de campaña y pensaba regresar a su feudo en breve. Pero no había motivo para la preocupación porque él mismo asumiría el mando de las huestes de Jaffa y Ascalón.

Se apeó como pudo Balduino de su litera. Resollaba, escupía espumarajos rojos por las aberturas de la máscara. Dio, aun así, instrucciones para que le trajeran a Guido de Lusignan de inmediato, aunque fuera con grilletes en las muñecas.

Apareció el bello Guido a los diez minutos. Iba ataviado con prendas más propias de alcoba que para salir de viaje porque, al parecer, acababa de levantarse de la cama. Se mostró enojado por el madrugón, y herido por las humillaciones sufridas el día anterior en la asamblea.

Balduino, ya repuesto de los jadeos, no le dio tiempo a seguir hablando. Le apuntó con una de sus muletas como si se tratara de una espada. Lo conminó a vestirse de guerra de inmediato, porque la conducción del ejército de Jaffa y Ascalón —nada menos que doscientos caballeros— le correspondía a él y no a su hermano, por muy condestable del reino que fuera. A entrar en batalla no iba a obligarlo, porque eso ya era cosa de hombres. Y si el miedo lo atenazaba al ver las barbas a Saladino, entonces le permitiría quedarse en retaguardia, rezando con los canónigos del Santo Sepulcro. Así tranquilizó el monarca a su cuñado a la vista de todos.

Hubo risas a costa de Guido de Lusignan incluso entre la soldadesca. Algunos barones opinaron que la ira del rey había resultado excesiva. No fue el caso de Amadís, desde luego, a quien le pareció escuchar sórdidas intenciones de venganza entre la retahíla de maldiciones que afloraban por la boca del antiguo regente.

Habrían podido llegar a Kerak en una sola jornada cabalgando rápido, pero emplearon tres al llevar tanta infantería y cargar además con una litera. En cualquier caso, la dicha fue la misma y los gritos de victoria, parecidos. Cinco millas antes de llegar, ya advirtieron el frenesí del enemigo. Según pareció, los batidores de Saladino habían estado más pendientes de apresar fugitivos que de vigilar los alrededores. Y de ahí que descubrieran a las huestes cristianas cuando ya las tenían encima.

Andaban por eso los sarracenos recogiendo sus bártulos con prisa antes de que fuera demasiado tarde. No en vano, los cementerios estaban llenos de ejércitos que sucumbieron al verse atrapados entre aquellos a los que antes asediaban y los que venían en su rescate.

Balduino mandó detener su transportín en lo alto de una loma. Después llamó a Amadís para que este le describiera el panorama.

Pintó el lazarista un escenario de caos multicolor, de tropas egipcias y sirias en frenética desbandada; de jinetes mamelucos que ni siquiera habían tenido tiempo de encasquetarse el turbante. Parecían rivalizar unos y otros en premura por alejarse cuanto antes de un lugar maldito llamado Transjordania. Hasta las catapultas y los fundíbulos se dejaron atrás los soldados sarracenos. Unos armatostes que, vistos desde la distancia, Amadís describió como los esqueletos fantasmales de una legión de gigantes muertos.

—¿Pero de cuántos enemigos hablamos? —quiso saber el monarca.

—¡De cincuenta mil! —le mintió Amadís, que no se sonrojó lo más mínimo al cuadruplicar la cifra verdadera.

—¡¿Tantos?!

—¡Tal vez más!

—¿Y Saladino?

—¡Corre por delante de todos sus hombres como un perro asustado!

Rio de buen grado Balduino antes de preguntar:

—¿Y no me busca con la mirada?

—¡Sí, sí, ahora! —proclamó el lazarista mientras retorcía la realidad a su antojo—. ¡Acaba de arrodillarse!

—¿Para qué?

—¡Para mí que pide clemencia o quiere convertirse!

—¡¿De verdad?!

—Pues claro. Está prohibido mentirle a un rey…

Balduino entró en triunfo en la fortaleza cristiana aquella misma tarde. Allí se reencontró con parientes y amigos. Se extrañó de no escuchar tintineo de armas ni refrote de corazas contra escudos cuando Reinaldo de Châtillon y su tío Joscelino salieron a recibirlo. Nadie se atrevió a explicarle que ambos hombres y todos los invitados al casamiento vestían de gala y no de acero porque, al parecer, habían decidido adelantar un poco la boda al notar la llegada del enemigo. E incluso habían seguido con la fiesta a pesar del bombardeo. De hecho, los asediados de Kerak estaban en medio del banquete a aquella hora. Algunos mostraban incluso los inconfundibles jeribeques de la borrachera.

Y como el rey estaba ciego, tampoco pudo advertir que el torreón de poniente era el único que se había librado de los lanzamientos. Fue Guillermo de Tiro quien levantó la liebre de la discordia. Según explicó entre lágrimas, Saladino en persona había aconsejado la reclusión de los novios en algún lugar aislado del castillo con el fin de no dirigir hacia allí las pedradas de su artillería. Reinaldo y Joscelino habían tenido entonces la fatal ocurrencia de encerrarlos en el torreón de poniente.

—¡Desde el principio del asedio! ¡A los dos solos, justo antes de la boda! —arguyó horrorizado el archidiácono, que se declaró incapaz de jurar ante Dios que la joven Isabel hubiese llegado pura al matrimonio.

Amonestó Balduino a su tío y al señor de Kerak con sus últimas fuerzas por el sacrilegio. Después recibió a los dos jóvenes como si nada ocurriese. Les deseó felicidad y muchos hijos, por si, con el tiempo, hiciera falta un heredero. Les pidió, a ellos y a todos los reunidos, que volvieran al baile y a la fiesta, pues mucho había que celebrar aquel día. A él, sin embargo, tendrían que disculparlo. Su intención era regresar a Jerusalén a la mañana siguiente, y debía

descansar hasta entonces.

Quien no esperó a que el amanecer iluminara el desierto fue Guido de Lusignan. El cuñado del rey se marchó de Kerak por la tarde, acompañado de sus doscientos caballeros y de un enfado de mil diablos. Regresó directamente a Ascalón sin hacer escala en Jerusalén, y desde allí reclamó a su esposa, Sibila.

Balduino volvió más despacio a casa a bordo de su litera. Entró en la torre de David el 5 de noviembre del año del Redentor de 1183. Quería descansar dos semanas antes de ver coronado
co-rey
a su sobrino.

LXII

Descansó el monarca todo aquel tiempo, en los brazos de Ivette y en los de su madre. También los cuidados de Amadís fueron importantes, porque por aquellos días el rey decidió confiar solo en las manos expertas del caballero de San Lázaro.

Prescindió Balduino de los físicos cristianos, árabes o indios que desde hacía años se ocupaban de su maltrecho cuerpo. Se cansó de las sangrías, de las sanguijuelas, de los emplastos a base de hierbas o de sangre de doncella. Se negó a tomar más venenos de víbora y caldos con aceite de chaulmogra. A su modo de entender las cosas, su suerte estaba ya echada, y para esperar la muerte le bastaba con estar rodeado de sus seres más queridos. Desde hacía meses, su objetivo había sido llegar vivo hasta la entronización de Balduino V, y eso ya lo había logrado. Sin embargo, asistir a la ceremonia le resultó imposible.

Se contentó con bendecir a su sobrino en la intimidad familiar, en presencia de Sibila pero no de Guido, que se negó a acudir a Jerusalén para ver la coronación de su hijastro. Después, vio partir al niño desde su balcón en palacio.

Iba el pequeño en medio de una interminable procesión de nobles y clérigos de raigambre; aupado sobre los hombros de Balián de Ibelín, el más alto de todos los caballeros del reino. Al patriarca Heraclio, aquella le pareció la manera más idónea de transportar a Balduino V hasta la iglesia del Santo Sepulcro. Porque así viajaba un poco más cerca del Redentor y de sus apóstoles.

Amadís tampoco acudió a la capilla. En realidad, ya había notables de sobra en la ceremonia como para que alguien lo echara en falta. Pero, sobre todo, no fue porque Balduino quería hacerle una confidencia.

—He pensado en pedir ayuda a Europa. Creo que pronto nos hará falta —le dijo cuando ambos se quedaron solos en el salón de

palacio.

—Sí, es posible.

—Me da la impresión de que mi reino es como un león solitario acorralado por las hienas. ¿No crees?

Asintió el lazarista, a quien el símil le pareció muy apropiado.

—Sí, somos una fiera que mantiene alejadas a las alimañas a base de rugidos, hasta que estas se den cuenta de que solo es el ruido lo que las espanta. Aun así…

—¿Qué?

—Europa está lejos, y habría que esperar a los vientos de primavera para enviar un navío. Y por otra parte, las negociaciones podrían prolongarse mucho…

Entendió Balduino adónde quería llegar su amigo.

—Lo sé. Por eso había pensado pedirle a Dios una nueva moratoria —dijo—. ¿Crees que me la concederá?

Se aprovechó Amadís de la ceguera del rey para que no se le vieran las dudas.

—Es de suponer que sí. Méritos has hecho de sobra… —respondió con cara de circunstancias.

—¿Tú crees?

—¡Por supuesto!

—¿Cuáles?

Se le fue la vista al techo al caballero de San Lázaro mientras hacía acopio de razones.

—Bueno, tu reino es el último bastión del cristianismo y tú lo has defendido con uñas y dientes. Gracias a ti, Dios sigue presente en Jerusalén, y todos los peregrinos que lo desean pueden venir hasta aquí sin arrostrar los peligros de antaño.

Cabeceó satisfecho Balduino. Una sonrisa irónica, sin embargo, le bailaba entre los colgajos de los labios.

—Algún día tienes que contarme por qué peleas realmente —murmuró pensativo.

—No sé a qué te refieres.

—Es que la lucha por el cristianismo…, la fe en la cruz y el peregrinaje… a ti todo eso no te importa nada.

—Mucho no, la verdad —reconoció el lazarista.

—Debe de ser que tu interior es pura guerra. Y de ahí tu derroche de rabia en el campo de batalla.

Se obligó Amadís a reflexionar unos instantes, por si hubiera algo de verdad en las palabras del monarca.

—La vida es matar o morir, y no suele haber medias tintas, al menos aquí en Tierra Santa —murmuró al cabo—. Y yo estoy más por lo primero que por lo segundo.

Asintió con gravedad Balduino.

—Tal vez las cosas sean distintas en otro sitio… —dijo.

—La verdad es que no he viajado lo suficiente como para saberlo. ¿Qué tipo de ayuda piensas pedirle a Europa? —preguntó, volviendo así al punto de partida de aquella charla.

Se encogió de hombros el rey.

—En realidad, cualquiera —dijo antes de añadir—: un nuevo rey con su ejército…, un buen regente…, una nueva cruzada…, dinero…, tropas…

—No será fácil.

Un gesto de cansancio ensombreció el semblante del enfermo.

—Lo sé, pero hay que intentarlo —murmuró—. Mi sobrino no reinará hasta pasados diez años. ¿Cuánto crees que duraré yo, incluso con la prórroga?

Se revolvió Amadís en su asiento como si le hubieran colocado un arsenal de leznas debajo del trasero.

—¡No me hagas esas preguntas, diantre! —gruñó—. ¿Y en quién has pensado para la embajada?

—En Heraclio.

—Harán falta más mimbres además del patriarca… —repuso el lazarista.

—¿Por ejemplo?

—Necesitamos hombres que puedan moverse con igual desenvoltura ante el papa que ante los reyes.

—¿Te refieres a los grandes maestres del Hospital y del Temple?

—A esos mismos.

Una sombra de duda cruzó las pupilas vacías de Balduino.

—No sé si querrán ir… —adujo—. Ellos suelen estar más centrados en sus propios asuntos.

—Yo los convenceré —se ofreció el conde de Monterroso.

Dejó discurrir Amadís el invierno con el fin de ver si el Altísimo estaba o no por la labor de la moratoria. Le pareció que sí, que a principios de marzo del año del Redentor de 1184 Balduino no

empeoraba. O, al menos, lo hacía de manera muy progresiva, como si al cirio que marcaba la extinción de su vida todavía le quedase cera para un par de misas.

Habló Amadís primero con Roger de Moulins, el hospitalario, pues lo sabía enfrentado a Guido de Lusignan. Y consiguió su promesa sin demasiados problemas. Después, entrado ya el mes de abril, se desplazó hasta Gaza para visitar a Arnaldo. Se extrañó el conde de Monterroso de encontrar al español todavía tan achacoso. Parecía el gran maestre templario un saco de huesos con una pelleja seca puesta por encima. Pero, aun así, el de Torroja se mostró dispuesto a tomar un barco con destino a Europa si todavía vivía a finales de la primavera, claro.

A Heraclio no hubo que convencerlo. De siempre le había gustado figurar. Le atraían además los lujos de la corte. Hablarle de encuentros con el papa y reuniones con los reyes cristianos le emborrachó los oídos de música celestial y trinos de ángeles. Antes de partir, sin embargo, quiso dejarlo todo bien atado. Y por eso excomulgó a Guillermo de Tiro aprovechando la festividad de Jueves Santo. No podía permitirse el lujo de abandonar Jerusalén y dejar a un enemigo como máximo representante de la Iglesia Latina en Tierra Santa.

Cargó por lo tanto contra su gran rival desde el púlpito. Lo acusó en público de haber convertido la ciudad de Tiro y sus parroquias afines en una ínsula independiente y contraria al patriarcado que él dirigía. Le achacó además chanchullos financieros con los que intentaba escamotearle fondos al reino.

Le faltó tiempo al agraviado para acudir al rey con el fin de aclarar todas aquellas falsedades, pero Amadís no lo dejó pasar de las puertas de palacio. Trató de tranquilizar a su amigo diciéndole que el castigo, aunque injusto, sería temporal; solo mientras durara la ausencia de Heraclio. Se negó el lazarista en cualquier caso a que el archidiácono molestara a un monarca que no estaba para soportar tonterías entre clérigos.

Se encolerizó aún más Guillermo al oír aquello.

—¡Entonces rezaré! —exclamó en un tono que sonó amenazante.

—Me parece muy bien, pero ¿para qué? —inquirió Amadís, intrigado.

—¡Para que el barco en el que viaja ese malnacido se vaya a

pique en mitad del trayecto!

—Date cuenta de que si Dios te escucha, además de Heraclio, morirían todos los pasajeros en el naufragio, y entonces no nos llegaría ninguna ayuda desde Europa… —objetó el lazarista.

El fulgor de la cólera impidió que el archidiácono refrenara su lengua. Y por eso dijo exactamente lo que pensaba.

—¡¿Qué más da si Jerusalén ya está condenado?! Caerá en manos sarracenas en cualquier momento. ¡Y tú, Amadís, lo sabes mejor que yo, pero prefieres ocultárselo a Balduino!

LXIII

Partió la embajada real de Acre a principios de junio. La agenda de Heraclio, Roger de Moulins y Arnaldo de Torroja iba cargada de citas e ilusiones, pero a la vez resultaba inconcreta. Nadie sabía qué encontrarían los tres heraldos a su llegada a Francia. La situación en Italia y en el Sacro Imperio también era una incógnita. Por eso se fueron sin fecha de vuelta; y sin la certeza de que el rey leproso seguiría todavía en su trono cuando regresaran. Lo único seguro era que Guillermo de Tiro rezaría para que su barco zozobrara. Amadís, por su parte, no iba a malgastar tiempo en oraciones, ni siquiera para rogarle a Dios por la consabida moratoria. Sus conocimientos médicos y su experiencia en el hospital le parecieron suficientes para sentirse optimista. El caballero lazarista no contaba, sin embargo, con que otros factores externos sí pudieran perjudicar la salud del monarca.

Saladino, siempre atento a las flaquezas y achaques de su enemigo acérrimo, fue el primero en intentarlo. El sultán no había logrado olvidar la vergonzante desbandada de Kerak unos meses antes, y trató de sacarse la espina a mitades del verano.

Inició un segundo asedio de la fortaleza cristiana el 23 de agosto. El movimiento cogió por sorpresa a los Estados Latinos; por la inmediatez, no por lo inesperado. No obstante, Balduino respondió diligente desde su palacio. No estaba ya para meterse en ajetreos de campaña, pero reunió a todos sus barones en poco más de una semana.

A principios de septiembre, los ejércitos de Jerusalén alcanzaron el mar Muerto y lo bordearon por su vertiente norte. Eran solo tropas de caballería las que había movilizado el rey con el fin de que viajaran más rápido. Cruzaron el río Jordán por el vado de San Juan y avanzaron hacia Kerak con la certeza de que nadie los observaba.

Habían lanzado por delante los cruzados a una tropilla de jinetes sobre corceles rápidos para que emboscaran a las patrullas de batidores que Saladino habría dispuesto por el camino. Resultó la estrategia sumamente exitosa. Así, la mañana del día 5 solo la bruma del desierto asistió al mortal acercamiento de las huestes cristianas.

Mil centauros armados surgieron de improviso de entre la niebla. Mil destreros atronaron los cielos de Transjordania con el retumbar de sus cascos. Amadís iba en el centro de aquella visión pavorosa de bestias, cruces y lanzas, pues suya había sido la idea de cargar con todo antes de que Saladino tuviera tiempo de reorganizar a sus hombres.

Los caballeros de San Lázaro galopaban justo detrás, pero también lo seguían hospitalarios y templarios ante la ausencia de sus grandes maestres. Joscelino conducía un ala. El conde de Sarria cabalgaba con los de Monte Gaudio por la izquierda de aquel abanico de acero y muerte. Aimery de Lusignan no pidió galones a pesar de ser el condestable del reino. Y no se los dieron, por si acaso.

Chocaron los de Jerusalén contra un ejército en retirada, pero, aun así, repartieron poca muerte. Como siempre ocurría en estos lances, tenían enfrente a unas fuerzas muy superiores en número, y las tornas podían cambiar sin previo aviso, igual que los vientos del mar giran a veces de manera imprevista. Así pues, Amadís y su gente se contuvieron en la matanza. Amagaron un par de arranques mientras abatían a los rezagados, a los distraídos y a los valientes. Después del rugido, el león se conformó con ver huir a las hienas del desierto. Kerak se había salvado una vez más de una jauría que sin duda volvería a intentarlo, aunque nadie sabía decir cuándo.

Balduino acusó en cualquier caso el zarpazo de su enemigo, el sultán. De hecho, empeoró de sus males, y decidió mudarse a Acre a mediados de septiembre, acompañado de las dos mujeres que compartían su vida. Quería sentir los vientos del Mediterráneo en su ajada piel mientras charlaba con Ivette o con su madre en lo alto de alguna torre. Deseaba escuchar el guirigay alocado de las gaviotas. Creyó que el clima templado de la ciudad costera lo ayudaría a reponerse. Pero lo cierto fue que allí, recostado frente al mar en un sillón de aneas, recibió una segunda puñalada. Y fue por parte de su

propio cuñado.

Debía de llevar muchos meses rumiando la venganza el bello Guido, y no se le ocurrió peor felonía que atacar a los beduinos de Darum. Sabía de la amistad que los hombres del desierto mantenían con Balduino; y de los servicios impagables que aquellos nómadas tranquilos prestaban al Reino de los Cielos. Era consciente, por tanto, del impacto que una hipotética ruptura provocaría en el ánimo de un moribundo. Desconocía, sin embargo, el marido de Sibila que los disgustos pueden herir, incluso de gravedad, a las personas; pero la cólera revive a los muertos. Y por eso, Balduino saltó de su cama al enterarse de la masacre como si la lepra y la fiebre fueran cosas del pasado.

Regresó a Jerusalén aquel mismo día porque quería manejar aquel infame asunto desde su despacho en palacio. Su primera intención fue restañar las heridas causadas a sus fieles aliados. Y usó las disculpas para hacerlo, pero las palabras no fueron suficientes. Los beduinos le hicieron ver que tanta crueldad merecía otro tipo de actuaciones. Y es que las tropas de Guido habían asaltado una pacífica caravana de mercaderes. Los habían matado a todos tras desposeerlos hasta de su dignidad de hombres. Habían violado a las mujeres antes de asesinarlas. Se habían llevado esclavos a los niños, atados en la misma reata en la que arrastraban a los camellos. El escarmiento debía ser, pues, ejemplar, adujeron los nómadas del Sinaí.

Estuvo de acuerdo el rey en casi todo. Pero no podía ejecutar ni encarcelar a un barón tan importante, les respondió. Aun así, haría que Guido liberara a los niños cautivos y pagara por cada uno de los muertos y les compensara económicamente por las pérdidas. También amonestaría a su cuñado en público, les aseguró, para que la humillación resultase más contundente. Y con esa intención reclamó la presencia del acusado en Jerusalén hasta dos veces. Pero Guido jamás compareció ante el Alto Tribunal.

El 1 de noviembre, y en vista del desacato, el rey decidió desplazarse en persona a Ascalón. Porque, como decían los musulmanes, si la montaña no iba hasta Mahoma, Mahoma tendría que viajar hasta la montaña. Amadís lo acompañó en aquel tortuoso viaje, cabalgando en todo momento al lado de su litera. Convencido de que eran el orgullo y la rabia los dos leños que mantenían viva la

llama de una vida. De no haber sido por aquella afrenta de última hora, tal vez Balduino habría rendido ya el alma.

Emplearon cuatro días en el trayecto porque los caballos que tiraban de la carreta real solo podían ir al paso. Hacerlos trotar con el fin de llegar más rápido habría supuesto desencuadernar al enfermo y perder sus miembros por el camino; tal era el estado de Balduino a finales del año del Redentor de 1184.

Usó el lazarista el puño de la espada para aporrear las puertas de Ascalón, pero no logró que nadie abriera ni una sola rendija. Probó en vano dos o tres veces más, dando grandes voces incluso. Balduino asomó entonces la cabeza por la ventanilla.

—¿Buscamos otra entrada? —le preguntó a su amigo.

—No merece la pena. Estarán todas cerradas.

Se lanzó fuera de la carreta el rey, apoyado en una muleta. Se tambaleaba, pero trataba de parecer digno.

—¡¿Cómo?! —exclamó iracundo—. ¿Está Guido observándonos?

—Sí.

—¡¿Dónde?! —Quería Balduino orientarse para que no pareciera que miraba al infinito.

—Gira un poco la cabeza hacia la izquierda. Lo tenemos en la torre de poniente —le respondió el lazarista.

Dirigió hacia allí sus ojos blancos Balduino para hacer como que veía. Solo entonces comenzó a reconvenir agriamente a su cuñado. Lo instó a quitar las trancas de inmediato so pena de cárcel. Lo amenazó con una guerra entre cristianos porque seguía sin escuchar el rechinar de los cerrojos. Otro tipo de sonidos, menos conocidos pero más inquietantes, le hicieron buscar la opinión de un experto.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó alarmado.

—Guido les ha ordenado tensar las cuerdas —le explicó Amadís.

—¡¿Nos apuntan con arcos desde las almenas?!

—Peor. Con ballestas.

Dudó un instante Balduino de que tanta maldad y tanta desfachatez fueran ciertas.

—¿Estás seguro?

—Sí, puedo verlas. Son ballestas de tejo y hueso. De las buenas. De las que solo te dejan el agujero en el pecho porque el virote entero te sale por la espalda.

Un escalofrío recorrió la nuca del monarca, que a pesar de todo

no movió un pie para retirarse.

—¿Ves a Sibila en algún sitio? —preguntó con gesto de pesadumbre.

—No.

Humilló la cabeza el rey como si le hubieran colocado un yugo de plomo.

—Me lo temía. ¿Nos vamos entonces? —musitó con voz inaudible.

—No queda otra…

—¿Y vamos a retirarnos sin hacerle nada a mi cuñado?

Le deprimió a Amadís la visión de un rey enfermo, vencido por las circunstancias. Solo se le ocurrió una manera de remediarlo.

—Algo podemos hacer para perjudicar a ese hijo de puta —dijo mientras ayudaba al rey a retornar a su litera.

—¿El qué? —Pareció animarse Balduino ante la posibilidad del desquite.

—¿Aguantarás dos días más de viaje?

LXIV

El rey de Jerusalén y su escolta de doscientos jinetes de caballería pesada se presentaron ante los muros de Jaffa el 8 de noviembre. En esta ocasión no hubo que dar golpes con el puño de la espada porque las puertas de la ciudad estaban abiertas.

Hincó la rodilla el gobernador al ver la litera real aparcada en el patio de armas y se quedó esperando a que su ilustre pasajero descorriera las cortinillas para hablarle. Pero Balduino prefirió apearse. Le parecía mal tomar posesión de la ciudad estando tumbado. Porque eso era a lo que había venido, le confesó a aquel sorprendido funcionario: a recuperar una plaza que antes de regalársela a su cuñado había sido suya.

Tragó saliva ruidosamente el gobernador de Jaffa. Su señor más inmediato era Guido de Lusignan, pero el rey era el rey. Y, sobre todo, venía acompañado de un pequeño ejército que duplicaba en número a la guarnición que él tenía a su cargo. Se empeñó Amadís en que el atribulado funcionario hiciera formar a todos aquellos soldados profesionales en el patio con el fin de exigirles juramento de fidelidad al monarca. Ni uno solo se manifestó a favor de seguir sirviendo a un traidor al reino. Aun así, al marchar, Balduino dejó a cien de los suyos dentro de la fortaleza.

Al reconquistar Jaffa, el rey despojaba a Guido de Lusignan de la mitad de su feudo. Unos territorios que él mismo había concedido como regalo de bodas y que a partir de ese instante volverían a reportar importantes beneficios para las arcas reales. Aquello le contentó, pero solo en parte. Y por eso Balduino regresó a Jerusalén rumiando una idea por el camino: hablaría con Heraclio en cuanto este volviera de Europa. Quería encontrar la manera de que el patriarca anulara el matrimonio que unía a su hermana Sibila con un indeseable. Desgraciadamente, los heraldos enviados al Viejo Continente no habían regresado todavía al llegar los fríos.

Aquella falta de noticias no jugó en favor del monarca. No obstante, algo mucho más terrible y dañino para su salud ocurrió justo antes de acabar el año: Inés de Courtenay murió de repente en la ciudad de Acre mientras esperaba junto con Ivette el regreso de su hijo.

Siempre había gozado la condesa de Sidón de una salud envidiable. Su proverbial belleza, con cuarenta y cinco años ya cumplidos, era el más claro de los indicios. Nadie esperaba su fallecimiento, pero así ocurrían las cosas muchas veces: unos vivían muriendo durante años, como el propio Balduino; otros se iban muy rápido después de haber parecido casi inmortales.

Sintió Amadís un curioso vacío tras el deceso de la condesa, pero, obviamente, quien más penó fue su hijo. En cualquier caso, para bien o para mal, las preocupaciones del cargo pronto lo distrajeron. Saladino seguía siendo una amenaza imperecedera en su horizonte. También lo era Guido de Lusignan, aunque de otra forma. Y es que ambos cuñados mantenían una especie de guerra no declarada desde la distancia, como si cada cual esperase la desgracia del otro.

Balduino se conformaba con la anulación de un casamiento y las consecuencias que ello traería para su enemigo. Guido se limitaba a tachar tranquilamente los días en el calendario, confiado en que el fin del rey estaba ya próximo. Entonces Jaffa volvería a ser suyo, y tal vez un reino entero.

Amadís visitó al enfermo a diario todos aquellos meses de invierno y comienzos de la primavera. Le cambiaba los vendajes por las mañanas y también al anochecer. Le lavaba las carnes con una solución de salmuera y vinagre rebajado, aunque ya no servía de nada. Asistió en silencio a un proceso de acelerada decrepitud que no por esperado le resultó menos doloroso.

Antes de entrar en la cámara real solía cruzarse en el rellano con Ivette, pero iban los dos cabizbajos y raras veces hablaban. Y es que al rey le gustaba compartir su tiempo con sus seres más cercanos, pero en momentos distintos. Se imaginó el lazarista que Balduino tendría palabras, lamentos, gestos distintos para cada uno de sus acompañantes. Pero que guardaría para él, para su maestro en las lides de la vida y de la guerra, sus entresijos más íntimos. Y eso incluía los miedos.

—Ya no duraré mucho, ¿verdad? —le preguntó el rey un día templado de marzo.

—Se acerca el fin —tuvo que admitir el abnegado sanitario.

Asintió el rey con serenidad admirable.

—¿Y cómo será…?

—¿La muerte?

—Sí.

—Como caer dormido —le mintió Amadís, que había visto padecer horriblemente de asfixia a muchos leprosos en sus últimas horas.

—Ya. En cualquier caso… —titubeó el rey antes de detenerse.

Percibió Amadís una sombra de contrariedad en un rostro ya irreconocible. Ello le dio pie a pensar que Balduino iba a atreverse a censurar por primera vez al Altísimo. Por enviarle una enfermedad tan inhumana, por someterlo a una vida de padecimiento.

—¿Qué te aflige? ¡Dilo sin miedo! —lo animó al verlo remiso a seguir hablando.

—No quisiera dejar mi reino en desorden. Ya sabes…, todo manga por hombro.

—Ah, es eso…, sí, claro —repuso casi defraudado.

—Creo que antes de morir tal vez debiera poner a alguien de confianza al cargo de todo. ¿No crees? —inquirió el rey, algo sorprendido por el tono.

—Por supuesto —repuso de inmediato el lazarista—. Convendría nombrar a un regente hasta que tu sobrino cumpla quince años. Porque todavía falta mucho para eso…

—¿Sabes a quién quiero proponer ante el Alto Tribunal?

—¿A Reinaldo de Châtillon?

—A Raimundo de Trípoli.

Se extrañó Amadís de aquella decisión, y así se lo expresó a Balduino.

—Tengo mis razones —sostuvo el monarca, y pasó a enumerarlas.

Se refirió en primer lugar a la necesidad de mantener a Reinaldo como defensor de las tierras meridionales junto a Álvarez de Sarria. Tenía también la impresión el rey de haber sido injusto con el antiguo regente en diversas ocasiones, sobre todo al criticar su labor al frente del reino cuando él era niño. Se acercaban tiempos

difíciles, afirmó, y la frialdad de juicios del conde de Trípoli también sería muy importante a la hora de tratar con el sultán de Siria y Egipto. Por otra parte, Raimundo III era un hombre conocido y respetado en Francia, y su figura podía convertirse en un valioso reclamo para conseguir ayuda de los príncipes europeos.

—¿Cuándo piensas convocar al Alto Tribunal? —le preguntó Amadís, casi contando con los dedos los días hábiles—. Ya no nos queda mucho tiempo…

—A mediados de la próxima semana. ¿Llegaré hasta entonces?

—Eso sí.

Mandaron desde Jerusalén palomas mensajeras a todos los Estados Latinos; con la fecha prevista para el cónclave y un único mensaje: «*El rey se muere y quiere despedirse*». También a Ascalón llegaron las aves, pero no porque Balduino soñara con un reencuentro postrero con su cuñado, sino porque deseaba cruzar un último adiós con Sibila. En cualquier caso, la hermana del rey no estaba en palacio el día de la asamblea, y aunque no lo dijo, su ausencia entristeció al moribundo.

Bohemundo sí se presentó. Lo hizo en último lugar, justo la víspera, pero al menos vino. Además, su gesto se interpretó como un signo de unidad ante la batalla definitiva que los francos habrían de darle a Saladino más pronto que tarde.

Corría el 20 de marzo del año del Redentor de 1185 cuando Balduino IV de Jerusalén se dispuso a dirigir la última asamblea de su vida. Estaba muy consciente aquella mañana, aunque jadeaba aparatosamente y apenas podía sostener la cabeza. Dos mayordomos lo transportaron hasta el Salón de Sesiones de la torre de David en un amplio butacón con el respaldo muy reclinado.

Se asombraron muchos barones al no ver los bancos de costumbre llenando la Cámara, pero es que el rey había decidido celebrar aquella reunión de otra manera. Quería sentirlos a todos cerca en su última comparecencia, incluso a los que habían estado lejos de él, en distancia y en sentimiento. Sabía que su voz sería muy débil, y de ahí también la necesidad de mantenerlos próximos. No había contado, sin embargo, Balduino con el principal inconveniente: el de la fetidez de su propio cuerpo. Afortunadamente sí lo había hecho Amadís, y por eso había mandado colgar un gigantesco incensario del techo el día anterior.

Un silencio de muerte acompañó las maniobras de los dos asistentes que acomodaron al monarca en el centro de la sala. Después el siseo aromático del turíbulo se mezcló en el aire con la respiración pedregosa del enfermo. Hacía el rey esfuerzos sobrehumanos por hablar, pero no conseguía hacer pasar sonido alguno por los orificios de la máscara. Amadís le arrancó entonces la careta de plata delante de todos, pues le pareció que Balduino se ahogaba sin remedio.

Algunos grandes señores recularon dos pasos, horrorizados ante el espectáculo. Otros se santiguaron varias veces, como si acabaran de abrirles las puertas del infierno. Bohemundo lanzó uno de sus famosos exabruptos. Tan sobrecogido estaba el príncipe de Antioquía que se olvidó de la tartamudez y no se comió ni una sola letra. Y es que la contemplación de leprosos a tan corta distancia no era una actividad habitual en la vida lúdica de aquellos barones.

Pocos fueron los que admiraron sin pestañear aquellos ojos secos, blancos y sin párpados. O la boca del enfermo: un agujero sucio al que la lepra había desprovisto de labios, encías y dientes. O la nariz, reducida a un repulsivo amasijo de cartílagos sanguinolentos.

Saludó el rey a todos los asistentes, a pesar de no verlos. Agradeció especialmente la presencia de los que venían de territorios lejanos, aunque sin citar nombres. Hablaba con voz ronca y sibilante, pero suficientemente clara como para que a nadie le quedaran dudas de lo que decía. Se mostró orgulloso Balduino de haber defendido a Dios y al reino de Jerusalén mientras tuvo fuerzas. Y de haber compartido época y batallas, buenas y malas, con todos los presentes. Si a alguno había perjudicado durante su gobierno, le pedía perdón humildemente, pues habría sido por buscar el beneficio del reino y no el suyo propio, dijo.

El cansancio comenzó a hacer mella en el enfermo a los pocos minutos. Consciente de ello, él mismo optó por abreviar su discurso. Y así propuso que Raimundo III de Trípoli se ocupara de todo, de la paz y de la guerra, tras su muerte. Podía ser otro, si el Alto Tribunal lo juzgaba procedente, excepto Guido de Lusignan. Ahí Balduino sí se mostró taxativo. No era su voluntad imponer nada a unos caballeros que tan bien conocían los entresijos del reino. Pero si algún respeto merecía el último deseo de un moribundo, el suyo

estaba bien claro: su cuñado no debía ejercer como regente, ni tampoco como monarca. Y para ello pidió a los reunidos que defendieran los intereses de su sobrino, Balduino V, como si se tratara de los suyos propios.

Se llevó después una mano al corazón el rey mientras lanzaba besos al aire con la otra. De aquella manera tan emotiva quiso despedirse de todos los que lo habían acompañado en sus años de mandato. De los que siempre lo habían apoyado y de los que lo habían hecho solo a ratos. O nunca. Amadís escoltó la butaca real hasta la salida. Entonces se dio cuenta de que había dos mujeres esperando. Una de ellas era Sibila.

Había quedado Balduino exhausto tras el esfuerzo de la asamblea, y si aún parecía vivo era tan solo porque la ausencia de párpados no le permitía cerrar los ojos. Reconoció, sin embargo, a su hermana por la voz. Estiró un brazo para tocarla, pero giró la cabeza asustado al presentir la retirada de una sombra.

—¡Amadís! —llamó a su amigo, súbitamente aterrado—. ¿Vendrás? Luego, quiero decir, cuando la hora se aproxime…

No hubo respuesta, porque el caballero de San Lázaro tenía los ojos anegados de lágrimas y solo pudo apretar un poco el hombro del monarca.

LXV

Encontró Amadís a todos los barones enfrascados en arduo debate al retornar a la sala. Parecían haber derrotado ya a la congoja de ver apagarse a un rey justo ante sus narices. Guillermo de Tiro, en calidad de canciller, llevaba la voz cantante en aquel momento. El archidiácono había estado todo el tiempo manejando el incensario y lloriqueando como una plañidera. No obstante, parecía ya más calmado. De hecho, había sido idea suya el que Raimundo III ascendiera al estrado para que todos pudieran verle mejor la cara mientras hablaba. Allí, el conde de Trípoli afirmó que aceptaría el cargo encomendado si recibía el beneplácito de la Cámara.

Sugirió entonces el canciller una votación rápida, a mano alzada, con el fin de ratificar el nombramiento. Pero la voz de Joscelino se abrió paso en aquel silencio de brazos en alto.

No pensaba él oponerse a la última voluntad de su sobrino. Pero antes de firmar una carta en blanco, el Alto Tribunal, les recordó a todos sus compañeros, debía velar en primer lugar por que el poder de un regente no resultara excesivo. Y a tal fin había que discutir algunas cosas.

Hubo algunos murmullos de sorpresa, pero muchas más cabezadas de aceptación que de negativa. Raimundo de Trípoli asistió entonces, con ademán impertérrito, al recorte de sus funciones: no podría tomar decisiones que atañesen a todos los Estados Latinos sin consultarles previamente a ellos. No se le permitiría bajo ningún concepto anexionar territorios del reino a los suyos propios. No dispondría de los fondos ni de los ejércitos de Jerusalén para sus intereses particulares.

No se descompuso Raimundo al escuchar tales medidas, pues ya se las esperaba, pero sí que le temblaron un poco las mejillas cuando Joscelino insistió en lo del control de las fortalezas. Y es que el tío de Balduino logró que la Cámara aprobara la norma que

dejaba en manos de las Órdenes militares todos los castillos del reino; no solo los fronterizos, sino también los interiores.

Temió Amadís la ira del hombre templado. Pero si es que estaba irritado, Raimundo domó su cólera. Aseguró que no pensaba quedarse con nada que no fuera ya suyo. En realidad, lo que Balduino IV le había dejado en las manos no era un bonito regalo, sino una tortuosa herencia con la que cargaría gustoso por el bien de Jerusalén y del cristianismo. Aceptaba, pues, el cargo de regente, pero no el de niñero.

Al hijo de Sibila y Monferrato aún le quedaban siete años para subir al trono, y eso era mucho tiempo, sostuvo el conde. La regencia entrañaría demasiados viajes y tareas diversas como para estar pendiente de si el niño engordaba, crecía y vivía feliz en palacio. Todo eso tendría que hacerlo otro.

Estuvieron de acuerdo los barones en que alguien debía seguir los progresos del pequeño Balduino V, y velar también por su salud, que era algo enfermiza. Todas las miradas confluyeron al final en la figura de Joscelino. Era el tío abuelo de la criatura, y también quien había suscitado el debate sobre la regencia. No le pareció a Amadís que el último Courtenay pusiera reparos a ocuparse del infante, pero tampoco habría podido asegurarlo, porque las palabras del senescal lo pillaron ya con medio cuerpo fuera de la estancia.

Subió el lazarista los escalones de dos en dos para llegar antes a la alcoba real. Había un mayordomo montando guardia en la entrada, y eco de voces al otro lado de la puerta. Los murmullos más apagados eran del rey; los llantos correspondían a la sobrina de Roupen de Cilicia, lo informó el asistente.

Ivette todavía se demoró diez minutos. Apareció entonces con las manos frías y la cara roja por el disgusto.

—¡Se nos muere, Amadís! —exclamó mientras se limpiaba las lágrimas—. ¡Ahora sí que ya no hay remedio! —añadió sin detenerse.

Penetró el lazarista en una habitación azotada por el aire. Una estancia que a pesar de mantener siempre sus cuatro ventanas abiertas nunca había dejado de oler a medicina y a muerte.

—¿Te molestan la luz o las corrientes? —preguntó tan solo para que el enfermo lo reconociera.

—Un poco.

Entornó Amadís las contraventanas y corrió las cortinas negras. Le pareció que Balduino respiraba más tranquilo en penumbra, sin la molestia de las ráfagas ni el estorbo de la careta.

—¿Quieres algo? ¿Un sorbo de agua? —le ofreció.

Negó el rey con la cabeza.

—Siéntate a mi lado —jadeó—. Siento miedo de repente. ¿Es normal?

Amadís tomó asiento en una silla, a la vera de Balduino.

—Sí, siempre ocurre —lo tranquilizó—. Pasará.

Alargó el rey su brazo izquierdo.

—Me gustaría que me agarraras la mano…

Amadís lo hizo. Se dio cuenta entonces de que a Balduino se le había desprendido el dedo meñique dentro del guante.

—¿Murió así tu hijo, aferrado a ti? —le preguntó el monarca.

Un puñal ya viejo le pinchó al caballero de San Lázaro en medio del corazón.

—En realidad expiró en mis brazos, pero es que Santiago era pequeño…

Le hizo gracia a Balduino la respuesta del lazarista, pero el conato de risa le removió las flemas de la garganta. Su desasosiego aumentó. La agonía de la tos amenazó con acortarle todavía más los tiempos.

—Es mejor que no hables —le recomendó Amadís—. Solo descansa. Y si quieres, piensa…

—¿En qué?

—En cosas bonitas.

—¿Como cuáles?

Se encogió de hombros el caballero de San Lázaro.

—Tienes mucho de lo que enorgullecerte. Has sido uno de los mejores monarcas que ha tenido el reino de Jerusalén, además de un hombre honrado. Y un buen hijo. Piensa también en todo lo que has logrado; en las grandes victorias, por ejemplo —le dijo con voz quebrada.

Meditó unos instantes el enfermo.

—En realidad no he conquistado nada —se lamentó—. No he agrandado el reino…

—Pero lo has mantenido todo en una pieza. Eso ya es triunfo suficiente. ¿No te parece?

Guardó silencio Balduino con los ojos muertos fijos en el techo. Recuperó algo el aliento, y eso lo animó a embarcarse en un nuevo mensaje.

—Quiero pedirte algo —resolló.

—Sabes que cumpliré todo lo que me digas. ¿De qué se trata?

Asintió el rey, complacido.

—Quiero que te ocupes de Ivette cuando yo falte.

Le pilló a contrapié a Amadís aquella última voluntad de Balduino. Llevaba mucho tiempo echando tierra sobre la misma hoguera. Peleaba a diario para no desviar demasiado su pensamiento hacia la tabernera de El León Dorado, pero no siempre lo conseguía. Lo cierto era que había dejado de soñar con Céline y también con Inés de Courtenay, pero Ivette se le resistía. Se enojaba consigo mismo si la veía aparecer en sus sueños, o en sus noches de insomnio. Maldecía contra todo si aquellas fantasías contenían escenas de lujuria o simplemente ternura.

—¿Tienes algún inconveniente? —le preguntó Balduino en vista del silencio.

—Por supuesto que no.

Reclamó un sorbo de agua el enfermo para aclararse la garganta.

—En realidad, quiero que te cases con ella —repuso.

—¡¿Has dicho ca… casarme?!

—Sí. Tú estás muy solo y ella va a estarlo en breve. Te aseguro que Ivette es una mujer admirable, y no me gustaría que volviera a ese tugurio. Ya sabes a qué me refiero… Además, casándose contigo, será una condesa de verdad.

Se le atascó la nuez a Amadís en medio del gaznate.

—Sí, pero tal vez Ivette no transija —titubeó—. Es una mujer con mucho carácter, y tomará sus propias decisiones, como siempre ha hecho…

La tos había vuelto a torturar cruelmente al enfermo tras la larga parrafada. La vida y la muerte libraban su última batalla dentro de un cuerpo entregado ya de la derrota.

—Prométeme que lo intentarás al menos…

Amadís apretó la mano de Balduino con un poco más de fuerza.

—Así lo haré, descuida; en cuanto la vea repuesta del duelo.

Un suspiro de alivio escapó del pecho del enfermo. Había dejado las riendas del Gobierno a un buen regente. Y a su amada en manos

de su hombre de confianza.

—Creo que ya puedo morirme en paz —musitó—. ¿Tardaré mucho?

—No te preocupes por eso. Tampoco hay prisa. Voy a estar a tu lado hasta que ya no me necesites.

Discurrió la tarde sin sobresaltos. Balduino ya no pronunció ni una sola palabra. Y tampoco lo hizo Amadís, consciente de que el rumor de conversación desasosegaba al moribundo. Se presentó la noche de puntillas, disfrazada de fantasma. En la azotea de la torre ulularon los espíritus que reclamaban al rey leproso con insistencia. Pero tuvieron que marcharse de vacío, porque Balduino aguantó hasta que el alba ya pintaba de gris las calles de la Ciudad Santa. Aun así, Amadís continuó a su lado varias horas más, sin soltarle la mano. El caballero de San Lázaro solo se movió de su silla al sentir que el cuerpo del rey era pura escarcha. Entonces sí hizo llamar a Joscelino.

Llegó el último de los Courtenay acompañado de dos curanderos egipcios con sus maletines.

—No hace falta certificar nada. Tu sobrino ha fallecido hace rato —lo informó Amadís mientras miraba de reojo a los dos físicos sarracenos.

—Estos no vienen a certificar —respondió Joscelino.

—¿A qué entonces?

—A adecentar un poco la cara al muerto.

—¿Y para qué?

—Para que llegue más presentable a la puerta de los Cielos. ¿Te parece mal?

Amadís creía mucho más en los gusanos que en el Paraíso, pero tampoco quería indisponerse con Joscelino.

—Me parece correcto —dijo, y se quedó a ver cómo aquellos dos hombrecillos emprendían una misión que parecía imposible.

Balduino IV de Jerusalén había muerto antes de cumplir los veinticuatro años, aunque desde hacía dos parecía un cadáver con permiso. Nada quedaba ya de aquel niño audaz que montaba a caballo por el foso; ni de aquel joven atlético que una vez manejara la espada con la destreza del mejor caballero franco. La lepra lo había convertido en un monstruo ciego, tullido y deforme, pero de esa maldición él nunca quiso culpar a nadie. Y mucho menos al

Altísimo.

LXVI

MAYO, AÑO DEL CREADOR DE 1187

Dos años dejó discurrir Amadís hasta que se decidió a cumplir con la última voluntad de Balduino. Aquel era el plazo oficial fijado para el duelo de princesas y reinas; y en el caso de Ivette, él quiso que fuera el mismo. Así pues, permaneció todo ese tiempo enclaustrado en el Hospital de San Lázaro, dedicado enteramente a sus labores. Asistió, eso sí, a las misas que el prior Alberico dedicó a la memoria del rey muerto. Y no fueron pocas. Lo hizo más que nada por respeto al difunto. Porque sabía de la devoción de Balduino por el Altísimo. Y aunque él no confiaba en la salvación de las almas, salió muchas veces lloroso de aquellas largas ceremonias. La tristeza de los cantos, la mera mención de su amigo le removían los posos de la nostalgia. Y los mezclaban sin querer con otros más antiguos, pero igual de torturantes.

No se concedió demasiadas alegrías Amadís durante su retiro del mundo, aunque sí se permitió una debilidad: dejó que el recuerdo de Ivette sobrevolara su vida sin el suplicio del remordimiento. En realidad, Balduino lo había liberado de él. Ya no veía como un delito si la bella tabernera se colaba en sus sueños e incluso en su pensamiento. Al contrario, se deleitaba en la contemplación de su imagen. Se preguntaba dónde estaría entonces la muchacha; si habría vuelto a El León Dorado o si le habrían permitido seguir viviendo en palacio.

Aunque trataba de ocultárselo a sí mismo, también la curiosidad le mortificaba. La relación que ambos jóvenes habían mantenido siempre había sido para él un misterio; especialmente al final, cuando el cuerpo del enfermo era ya igual que un edificio carcomido por las termitas. Le habría gustado conocer el contenido de sus conversaciones en la intimidad, ver cómo se trataban, asistir

a su despedida, saber si Balduino también le había encargado a ella algún deseo de última hora.

Era aquel, en realidad, un devaneo mental tan improductivo como ruidoso para el que Amadís solo encontraba remedio en el trabajo. A decir verdad, el Hospital y sus leprosos incurables resultaron ser el mejor antídoto contra la tristeza y la catástrofe.

Y es que tras la marcha del gran Balduino IV, el reino de Jerusalén se había sumido en las tinieblas. Su corte y sus feudos eran un teatro de marionetas sin solución posible. Cada vez que una noticia del exterior saltaba los muros de San Lázaro, esta siempre era peor que la anterior, y no tan mala como la siguiente. Cuando Amadís las escuchaba en boca de Alberico, no podía evitar que el horror y la decepción le treparan por el pecho igual que dos sanguijuelas ávidas de sangre cruzada.

En realidad, todo había empezado a torcerse a la llegada de los heraldos enviados a Europa en busca de ayuda. Heraclio y los dos grandes maestres habían dejado en Jerusalén a un rey enfermo, pero vivo. Al regresar se encontraron con una tumba más en el Santo Sepulcro y a un niño enfermizo esperando al trono. Tal vez fuera mejor así, porque, de lo contrario, ellos mismos habrían rematado a Balduino con las noticias que trajeron de aquel viaje.

Convocado por el Alto Tribunal, un sombrío Heraclio explicó los pormenores de una expedición llamada al fracaso. Los emisarios reales se habían dirigido en primer lugar a Verona, con el fin de entrevistarse allí con el papa. El recibimiento por parte de su Santidad resultó conmovedor, tal vez en exceso. De hecho, Arnaldo de Torroja no aguantó tantas emociones y murió de la impresión en los brazos de Lucio III.

Federico Barbarroja acudió también a aquella triste cita en Italia, pero solo para dar su apoyo moral a la causa cristiana. A él le resultaba imposible distraer efectivos de su Sacro Imperio Romano para mandarlos a luchar en Tierra Santa, afirmó sombrío.

Desde Verona los dos supervivientes cruzaron los Alpes en pleno invierno, y se plantaron en la corte de rey Felipe Augusto a mediados de enero. Se encontraron con un monarca francés recién ascendido al trono, y esa fue precisamente su excusa para desentenderse de casi todo. Él no podía ausentarse tan pronto de sus territorios, les dijo. En cualquier caso, ordenaría a sus obispos

que predicaran en sus diócesis la necesidad de una nueva cruzada.

Inglaterra fue el siguiente destino de Heraclio y Roger de Moulins, concretamente la ciudad de Reading. Como no podía ser de otra forma, Enrique II acudió presto desde Nottingham a los pocos días. Al fin y al cabo, el monarca inglés era nieto del rey Fulco de Jerusalén, y se sentía estrechamente unido a los cruzados. Estaba ya informado de las peripecias de los dos heraldos y de la problemática de los Estados Latinos en Tierra Santa, les dijo.

—Las cosas están mucho peor de lo que se piensa en Europa —le respondió un consternado Heraclio.

No puso reparos Enrique II a que el patriarca de Jerusalén expusiera en público y en detalle la gravedad de tales problemas. Y a tal fin accedió a reunir a su corte en Londres, en el mes de marzo. Al parecer, Heraclio los hizo llorar a todos con su relato. Logró forzar incluso una última reunión entre el monarca inglés y el franco para aunar posturas. Pero no sirvió de nada. Ambos accedieron a enviarle cierta ayuda económica, pero no ejércitos ni príncipes. Heraclio les ofreció entonces las llaves del Santo Sepulcro, y las de la torre de David, y el blasón de Jerusalén para animarlos a hacerse cargo de un reino cristiano en peligro.

El patriarca latino interrumpió su discurso ante el Alto Tribunal en aquel instante. Ya no tenía fuerzas para continuar contando miserias de Europa y sus malditos reyes, les dijo a los barones que lo escuchaban abrumados desde los bancos. En resumidas cuentas, el reino de Jerusalén tendría que apañárselas solo ante la adversidad, como de costumbre.

Tal vez en algún momento llegasen tiempos mejores, si las prédicas de los obispos franceses tenían éxito, sostuvo Heraclio mientras se secaba las lágrimas. Quizá las mareas de la próxima primavera trajesen soldados y caballeros dispuestos a la lucha con el enemigo infiel. Mientras tanto… los cristianos de Tierra Santa solo podrían hacer una cosa: rezar mucho para que la nueva tregua que el regente Raimundo había firmado con Saladino perdurarse todo lo posible.

Se aplicaron a la oración los cruzados en los meses siguientes, pero el destino decidió jugar sus propias bazas aprovechando que Dios estaba distraído. Así, Balduino V, el heredero que el rey leproso había designado para ocupar su trono, dejó de respirar un

tórrido día de verano de 1186. Falleció el pequeño en Acre, víctima de uno de sus frecuentes achaques cuando apenas llevaba un año como candidato. Pero lo de menos fue su muerte. Lo peor fue el cisma que dejó entre los barones.

La desaparición del pequeño heredero desencadenó una vez más la lucha fratricida entre dos facciones irreductibles: los partidarios de Raimundo III y los de la familia Courtenay. Los primeros se apresuraron a postular al conde de Trípoli como nuevo monarca. Los segundos se fijaron en Sibila, evidentemente.

Guillermo de Tiro ya no presenció la catarata de gritos, insultos y acusaciones mutuas que plagaron las asambleas en las que el Alto Tribunal discutió el asunto sucesorio. El archidiácono había sobrevivido al disgusto de la excomunión, pero no pudo con la pena por la muerte de su pupilo más ilustre.

En cualquier caso, si el viejo canciller estaba mirando hacia abajo desde el Cielo, tal vez sonriera al darse cuenta de que algo los unía al final a todos: nadie en el máximo órgano de Gobierno del reino deseaba ver a un inepto llamado Guido de Lusignan sentado en el trono.

El propio Raimundo III claudicó voluntariamente a sus aspiraciones al percatarse de ello. Dijo que aceptaría a Sibila como reina si antes renegaba de su actual marido y se buscaba a otro más competente.

Consultada la interfecta, consintió en divorciarse del joven Lusignan con tal de ceñirse la corona. No obstante, puso tres condiciones: las hijas que había tenido de aquel segundo matrimonio no perderían su legitimidad al trono, el propio Guido conservaría el condado de Jaffa y Ascalón y, por último…, la elección del nuevo cónyuge le concernía únicamente ella; por lo cual, no aceptaría interferencias de terceros.

Aunque con división de opiniones, el Alto Tribunal acató las premisas. La ceremonia de entronización se celebró a finales de septiembre, apenas un día después del controvertido divorcio. Coincidió el acto con el fin del estío.

Solía bendecir octubre a los Estados Latinos con un tiempo apacible. Sin embargo, en aquella ocasión trajo tormentas, las peores y más dañinas jamás experimentadas en Tierra Santa.

Fue a finales de aquel mes cuando Sibila anunció sus intenciones

de contraer matrimonio por tercera vez en su vida. Y lo hizo ante el máximo órgano regente. Se casaría en la capilla del Santo Sepulcro. Del acto saldría también la figura de un monarca consorte sobre el que no cabría ningún tipo de veto y al que todos los asistentes tendrían que rendirle vasallaje. Así se expresó Sibila ante el silencio aquiescente de los barones.

El enlace fue programado para el 17 de octubre, pero Amadís no se enteró ni de la fecha. Desde la muerte de Balduino, no había pisado la torre de David para asistir a ninguna reunión de la *curia generalis*. Su interés por la cuestión sucesoria y, en general, por todo lo tocante a la vida pública del reino, era similar que al que sentía por los ejercicios espirituales impartidos por el prior Alberico en la colonia.

No acudieron tampoco a la boda Raimundo III ni Balduino de Ibelín. Ambos esgrimieron la distancia como imponderable, pero sí lo hicieron el resto de notables. En realidad, nadie pudo refrenar la curiosidad por verle la cara al insigne caballero al que Sibila uniría otra vez su destino. Nada se sabía sobre la identidad del afortunado, pues la hija de Inés de Courtenay había mantenido su nombre celosamente en secreto. Se esperaba, en cualquier caso, alguna cara conocida, algún partidario más o menos insigne de la familia Courtenay. Pero no el personaje que descendió del carruaje que llevó a los novios hasta las puertas del Santo Sepulcro.

Guido de Lusignan se bajó de un cómico saltito. Después miró en derredor y se ajustó con ademán desafiante el cinto del que pendía su espadita de ceremonia. Se había recortado la barba y también el flequillo. No quería que quienes abrían la boca estupefactos encontraran el más mínimo obstáculo para admirar su gesto de satisfacción y de desprecio. Hubo algunos aplausos, no muchos, mientras la pareja enfilaba el camino de la capilla. Y también caras indiferentes, como las de Joscelino y Heraclio. Ellos sí debían de saber a quién traía Sibila en el carro. Aun así, su alegría no fue en ningún modo desbordante.

Un consternado Alberico informó a Amadís de todo lo ocurrido. Le dijo que Sibila había dado en loca, pues, además de tropezar en la misma piedra, también había renunciado a la corona para cedérsela a Guido. Se extrañó el alemán al no advertir sorpresa en el semblante del lazarista.

—Desde hace tiempo, el reino de Jerusalén es como un cadáver abandonado en el desierto —le explicó el conde de Monterroso.

—¿Qué quieres decir con eso? —gruñó el religioso alemán.

—Que, con Guido o sin Guido, todo se pudrirá sin remedio.

—¡¿Hablas de desaparecer?!

—Sí.

—¡¿Cuándo?! —Alberico dio un respingo.

—No lo sé. No soy adivino, pero cuando en una galera cada remero va a su aire, lo normal es que el barco zozobre.

—¡¿Y qué haremos mientras tanto los que viajamos dentro de la nave?!

Amadís se mostró pesimista al respecto.

—Nada. Ver cómo todo se llena de agua y se hunde. Pero no te preocupes. Hasta la demolición de un imperio lleva su tiempo. Fíjate los romanos todo lo que tardaron…

Como si el destino quisiera darle la razón al caballero de San Lázaro, las trifulcas y los desencuentros no tardaron mucho en sacudir los cimientos del reino. Raimundo de Trípoli y Balduino de Ibelín se negaron a rendirle homenaje al nuevo rey en la ceremonia que se celebró en la catedral de la Santa Cruz en Acre. Muchos otros lo hicieron de mala gana, sin mirarlo a la cara. Algunos como Reinaldo de Châtillon sí inclinaron un poco la cabeza, pero dejando claro que la autoridad real no alcanzaría jamás sus dominios. A partir de ese instante, cada cual hizo de su capa un sayo, sin cuidarse de si sus acciones perjudicaban o no a otros, e incluso al Gobierno del propio reino.

El Alto Tribunal se reunió en bastantes ocasiones con el fin de limar asperezas entre los más grandes, pero todo resultó en vano. Fue en una de aquellas juntas, tensas e improductivas, cuando el español Álvarez de Sarria dio un puñetazo en la mesa y se puso a lanzar verbos en su curiosa jerga. Estaba alterado, y por eso el chapurreado que escupía entre las barbas se acercaba más al gallego que al idioma de los francos, pero se le entendía.

Reprobó a aquellos barones por su falta de entendimiento. Una actitud que calificó de lamentable y mezquina; y que, además, estaba haciendo que los Estados Cruzados cada vez se pareciesen más a los reinos de taifas de
al-Ándalus.

La afirmación causó murmullos de extrañeza entre la concurrencia. En vista del desconocimiento, el conde hispano se vio obligado a profundizar un poco más en la Historia.

En la Reconquista de su país, los ilustró, mucho habían influido el valor y el empuje de las huestes cristianas, pero más todavía los despropósitos del enemigo. Tanto habían reñido los infieles entre ellos que sus territorios habían quedado fatídicamente fragmentados. Y de ahí que los nietos de don Pelayo se hubiesen aprovechado de aquella debilidad para reconquistar a sus anchas.

De poco valieron, sin embargo, las explicaciones de Álvarez de Sarria porque a comienzos de 1187 los Estados Latinos de Oriente seguían siendo un río revuelto de aguas cenagosas. Bohemundo de Antioquía ignoraba los disturbios del reino igual que un buitre distraído. Bastante tenía él con los turcos que le habían invadido Latakia como para pensar en asumir problemas de otros. Raimundo III era quien de verdad encabezaba la facción más poderosa contraria al nuevo monarca. Por eso, a Guido de Lusignan el primero de los dos señores no le preocupaba en exceso. En cambio, al conde de Trípoli lo consideraba un traidor a la causa debido a la tregua que mantenía a título personal con Saladino. Y, sin embargo, el más belicoso y taimado de los desentendidos continuaba siendo Reinaldo de Châtillon. Aquel invierno su osadía fue demasiado lejos.

En enero, el señor de Kerak asaltó una caravana egipcia que cruzaba sus territorios de Transjordania. Robó todas sus mercancías y masacró a sus integrantes. Se escudó Reinaldo en el tamaño desmesurado de la escolta que acompañaba a los comerciantes. Adujo que se trataba en realidad de un movimiento encubierto de tropas enemigas hacia posiciones más septentrionales. Y de ahí la procedencia del ataque. No era su intención rapiñar, dijo, sino evitarle males mayores al reino.

En cualquier caso, la matanza fue indiscriminada. Según contaron los beduinos pocas semanas más tarde, el Sinaí estaba raro para la época. Crecía hierba abundante al pie de las dunas, y los arenales brillaban con una luz más cegadora que la del faro de Alejandría. Lo primero lo achacaban a los ríos de sangre vertidos en el ataque de Reinaldo. Lo segundo, a los huesos esparcidos de los comerciantes sarracenos muertos.

Como era de esperar, Saladino exigió una compensación inmediata por tanta crueldad y tanto ultraje, pero Reinaldo se burló de él, y también se mofó de Guido de Lusignan cuando este quiso amonestarlo. La ira del sultán de Siria y Egipto no tardó en desatarse: juró matar al señor de Kerak con sus propias manos, y para ello reunió a sus tropas de Siria.

Su primer paso en aquella escalada de odio y venganza fue dirigirse a Raimundo III con el fin de hacer valer la paz que ambos tenían firmada. Maniatado por el acuerdo, el conde de Trípoli no se opuso a que el ejército ayubí atravesara Galilea, incluso si aquel desplazamiento masivo de tropas enemigas suponía poner en grave peligro a innumerables ciudades cruzadas.

Viendo el cariz que tomaban los acontecimientos, Guido de Lusignan tomó al fin una decisión acertada: consultó al Alto Tribunal del reino sobre la mejor manera de manejar la crisis. Los expertos en guerras santas y desencuentros entre cristianos se mostraron claros al respecto: no podía permitirse que Saladino atravesara Galilea sin sufrir el menor hostigamiento. Urgía, por tanto, entenderse con Raimundo III de una vez por todas. Y la mejor manera de hacerlo sería enviarle una embajada de reconciliación a su misma casa.

Cuatro nombres fueron propuestos para una misión tan decisiva. Reinaldo de Sidón y Balián de Ibelín acudirían a Tiberíades desde sus respectivos feudos en la costa. Gérard de Ridefort, el nuevo gran maestre del Temple, y Roger de Moulins, su homónimo hospitalario, viajarían desde Jerusalén con una nutrida escolta. La iniciativa no era mala, aunque tal vez los integrantes de aquella delegación de paz se podían haber elegido con más cuidado.

Partieron los dos grandes maestres el 30 de abril con cien caballeros cristianos. No era el grupo tan numeroso como para hacer pensar en una locura. Pero, ciertamente, se trataba de un escuadrón excesivamente grande como pasar inadvertido en tierra de nadie.

No viajó Amadís al lado de tan temibles heraldos. Había salido de la órbita real tras el fallecimiento de Balduino. De hecho, se enteró de aquella nueva tormenta como quien oye truenos lejanos y no les da ninguna importancia. Además, aquel día, el caballero de San Lázaro tenía otros planes más atractivos. Se había enfundado su

gonela menos deshilachada y sus calzas más presentables para ir a ver a Ivette después de dos años de aislamiento.

LXVII

Se sintió extraño Amadís al abandonar la colonia aquella mañana. Le deslumbró la luz de la ciudad. Le chocó que Jerusalén siguiera siendo blanco a pesar de los nubarrones que emborronaban su horizonte. El aroma dulce del azahar lo zarandeó al atravesar los jardines de naranjos. Se detuvo poco después frente al estanque del Patriarca y se miró en el espejo azul de sus aguas. El frenesí de los carpines dorados en medio de la freza se le antojó como un fiel reflejo de su propio estado. Iba nervioso. No podía evitarlo. Se serenó en cualquier caso al llegar al Arco de Judas porque el barullo que encontró allí lo distrajo temporalmente.

Deambuló por la calle de las Hierbas, y después por la *ruga Malquisinat* sin comprar ni comer nada. Aspiró el aire cargado de las especias y, luego, el humo de los asados. Jerusalén no había cambiado lo más mínimo en los dos últimos años. Era la misma urbe bulliciosa y multicolor de siempre. Una ciudad que vivía sumergida en sus rutinas; de espaldas a los peligros. Ajena a los aciertos o a los despropósitos de sus gobernantes.

Se entretuvo un rato husmeando en los mercados cubiertos del centro. Los templarios mantenían allí sus puestos y sus tiendas como si nada ocurriera, pues aquellos frailes guerreros también vivían desdeñosos del mundo; igual que los prestamistas, los vendedores de falsas reliquias y los quincalleros. Tampoco a los tahúres del acueducto les habían afectado aquellos tiempos de incertidumbre. Era aún de día cuando Amadís pasó por la zona, y por eso no pudo verlos lanzando los dados o jugando a los naipes. Pero advirtió manchas frescas de sangre en el suelo, vestigio inconfundible de sus desavenencias aquella misma noche.

El corazón comenzó a batirle fuerte al llegar a la calle de los Molinos. Y casi se le escapó por la boca al penetrar en El León

Dorado. La decepción, sin embargo, le calmó la fiebre. Ivette no había vuelto a pisar su antigua taberna, y nadie supo darle señas de dónde encontrarla.

Deshizo Amadís casi todo el camino como un demonio perseguido por un exorcista. Recorrió la calle del Templo y luego la de David a grandes trancos mientras apartaba a la gente a empujones. Mascullaba entonces disculpas incomprensibles que sonaban a amenazas. Volaba el lazarista sobre los adoquines con la mirada puesta en la torre de David. Allí tenía su oficina el único hombre que podría ayudarlo en su desesperada búsqueda.

Joscelino se encontraba en su despacho, enfrascado entre papeles y mapas. Se sobresaltó al ver aparecer a Amadís porque este ni siquiera se tomó la molestia de llamar a la puerta. Después, con el gesto ya más apaciguado, el senescal le desveló el paradero de la antigua tabernera.

Ivette vivía cómodamente retirada en la *curia regis*, el palacete que Balduino había hecho reconstruir para citarse con su amada. Apenas salía de aquellas cuatro paredes, le dijo. Y él tampoco la animaba a hacerlo «*por el bien de todos*». Su pasado era demasiado turbio como para dejarla circular por ahí libremente. Lo de hacerla pasar por una condesa armenia todos aquellos años había funcionado bien para los extranjeros y los foráneos, pero el nombre de su sobrino quedaría muy manchado si la chica regresase a su antiguo oficio en la taberna, repuso Joscelino con cara de circunstancias.

Dejó Amadís al senescal del reino con la palabra en la boca. Ya había escuchado todo lo que necesitaba saber, y no estaba dispuesto a desperdiciar su tiempo. Cómo alcanzar la *curia regis* de la manera más rápida era el único pensamiento que moraba en aquel instante dentro de su cabeza.

Optó por el estrecho callejón que cruzaba entre el mercado porcino y el de los cereales. Después saltó una tapia y accedió a la trasera del Santo Sepulcro. No había estado allí desde su primer encuentro con Inés de Courtenay. Ya no había agujeros en la galería que conectaba la rotonda de la iglesia con los jardines del palacete. La reconstrucción había sido completa y ahora el edificio contaba con muros más altos. Y con una puerta nueva, reforzada con tirantes de acero y provista de un retén de guardia armado hasta los

dientes.

Eran mercenarios eslavos o tal vez húngaros los que le cerraron el paso a la entrada del recinto. No reconoció como amiga a ninguna de aquellas caras blancas y libres de cicatrices. A los extranjeros nada les dijo la cruz verde que adornaba la sobreveste del recién llegado, ni tampoco su ceño fruncido. Sí se fijaron en cambio en su espada. Debieron de verla muy usada y brillante, y por eso llamaron a los de dentro.

No logró Amadís entenderse en lengua franca con los que estaban ni con los que llegaron. De poco le sirvió el latín; y menos todavía el romance hispano, que también dominaba. Al final las voces subieron tanto de tono que la puerta de la *curia regis* volvió a abrirse desde dentro. Esta vez el lazarista sí vio rostros conocidos. El alférez de la guarnición era un veterano de las guerras de Tierra Santa. A su lado se encontraba Ivette, con los brazos en jarras.

La tabernera de El León Dorado sostenía un búcaro con rosas rojas en su mano derecha y unas tijeras en la izquierda.

—No te hagas ilusiones. No son para ti. Ya no te esperaba —le espetó al lazarista a la vez que hacía un gesto con la cabeza a los centinelas.

Amadís se coló entonces entre los guardianes, y siguió la estela de la mujer hasta el corazón de unos jardines que ya no eran una selva de matorrales y pinchos. Ahora había flores, fresas y algunos árboles frutales dispersos. Todo aparecía muy cuidado, y las manos de la bella tabernera eran sin duda las artífices de tanta belleza.

Ivette continuó podando rosales y añadiendo flores a su búcaro como si no hubiera recibido visita, como si nadie estuviera contemplándola de hito en hito.

—Siento que este sea ahora tu único entretenimiento —murmuró al fin Amadís cuando el silencio se le hizo demasiado violento.

Ivette se revolvió entonces como las víboras.

—¡¿Quién te ha dicho que no tengo otros pasatiempos?! ¡¿Acaso crees que alguien me retiene aquí en contra de mi voluntad?!

Se ofuscó un tanto el conde de Monterroso al percibir una agresividad imprevista.

—No, es que me ha parecido entenderle a Joscelino que no salías mucho… —musitó acobardado.

Ivette se dio la vuelta sin responder y enfiló sus pasos hacia una puerta secundaria de la *curia regis*. Fue entonces cuando Amadís pudo fijarse mejor en ella, porque él se había quedado parado en mitad del patio.

Vestía la mesonera con la misma elegancia de los últimos tiempos. Y, sin embargo, a pesar del disimulo aportado por aquellas ropas, hasta un ciego se habría dado cuenta de que su cuerpo ya no era el mismo de antes. Poco quedaba de la jovenzuela que se movía como una lagartija entre las mesas de El León Dorado. Su busto, otrora duro y turgente, necesitaba ahora de un apretado corsé para mantenerse alto. Sus caderas ya no dibujaban las curvas de vértigo de antaño. Tampoco su talle era el de una avispa, aunque ella trataba de acentuarlo mediante un cinturón muy ajustado.

—¿Te han salido raíces en los pies? —Ivette reclamó a Amadís desde el umbral de la puerta. Sin embargo, antes de proseguir, el lazarista se miró a sí mismo.

Para él también habían pasado los años, se dio cuenta. Se empeñaba en seguir gastando la misma media melena de siempre. Un peinado a la usanza entre galanes mucho más jóvenes. Sin embargo, las hilachas grises de sus sienes delataban su edad sin remedio. La habían salido arrugas en las manos y también en el rostro. Hacía tiempo que no se probaba a sí mismo, pero supuso que sus brazos ya no tendrían la fuerza destructora de las primeras batallas. Al fin se decidió Amadís a pisar el refugio de amor que Balduino e Ivette habían compartido hasta la muerte del primero.

Enseguida reparó en todos los recuerdos que el rey se había traído de sus campañas. Para que una simple tabernera se supiera la dueña de su corazón, y se sintiera además la verdadera reina de Tierra Santa.

Colgados de las paredes estaban los pendones sarracenos recogidos en Siria tras la primera victoria del monarca frente a Turan-Shah.

También vio los cinturones dorados aprehendidos a los mamelucos que protegían a Saladino en su huida, y varias cimitarras árabes, y algunas de las sobrevestes utilizadas por el rey en la batalla. Hasta el último yelmo de Balduino reposaba en lo alto de una vitrina.

—¿Fuiste feliz con él?

Ivette se detuvo como si hubiera recibido una puñalada por la

espalda.

—Balduino fue el hombre más honesto y sincero que he conocido en mi vida —replicó sin volverse.

—Eso no contesta a mi pregunta.

La indignación y la ira llamearon a la vez en las pupilas de la tabernera. Y la hicieron girar como una loba furiosa.

—¡Más que contigo! —proclamó con una rabia que sonó vieja, herrumbrosa, retenida.

Asintió Amadís en silencio, el gesto grave, la cabeza humillada por una tristeza súbita.

—Entiendo —dijo, y calló como un muerto.

—¡¿Entiendes?! —exclamó Ivette colérica—. ¡¿Eso es todo lo que has venido a decirme después de dos años?! ¿Que entiendes que mi vida con Balduino fuera un remanso de paz sin los fantasmas con los que tú me obligaste a convivir durante años? ¿Eso es todo lo que se te ocurre?

Arrugó el entrecejo Amadís.

—Hace mucho que ya no sueño con Céline —gruñó incómodo—, si es que te refieres a eso.

—¡¿Tampoco con Inés?!

—Con ninguna de ellas.

Ivette se golpeó los muslos con las palmas de las manos.

—¡Vaya, es un alivio saberlo! —proclamó con un deje de ironía —. Un alivio que, sin embargo, llega demasiado tarde.

—Sí, comprendo lo que dices —murmuró Amadís apesadumbrado. Después giró sobre sus talones, aparentemente conforme con su sentencia condenatoria. Se dispuso entonces a buscar la salida con la cabeza gacha. Le pareció, sin embargo, que Ivette lo seguía de cerca, y por eso se detuvo. Tal y como sospechaba, la única moradora de la *curia regis* estaba detrás de él. Ceñuda, huraña, pero con una curiosa luz en los ojos.

—¿Se te ha olvidado algo?

—Es que Balduino me confió un último deseo… —titubeó Amadís, acorralado entre la obligación y el miedo.

Ivette se acercó un paso.

—¡¿Y cuál es el problema?!

—Que no voy a poder complacerlo —se lamentó el lazarista.

—¡¿Por qué?! —La antigua tabernera de El León Dorado se

había colocado a la distancia de un simple suspiro.

—Porque su cumplimiento por mi parte te afecta también a ti, pero después de lo que me has dicho…

Ivette aferró a su visitante por el pecho y lo atrajo hacia ella con inusitada vehemencia.

—¡Maldito seas, conde de Monterroso! ¡Dime de una vez por todas qué te encargó Balduino en su lecho de muerte!

Vio Amadís los labios de Ivette muy cerca de los suyos. Estaban entreabiertos, temblaban mientras esperaban una respuesta.

—Que me casara contigo. Eso es lo que me dijo.

Ivette colocó su mano detrás de la nuca de Amadís y lo obligó a bajar la cabeza.

—¿Y vas a atreverte a desobedecerlo? —le dijo un segundo antes de besarlo en la boca.

La *curia regis* quedó vacía al día siguiente. Joscelino dio su consentimiento a que su solitaria ocupante se trasladara a la casa familiar de los Monterroso en la *ruga Ispaniense*. No obstante, les aconsejó mudarse lo antes posible a las tierras que Amadís había heredado de su padre cerca de Trípoli. «*Por el bien de todos*», volvió a asentar el senescal, que ya no vio necesario explicar lo evidente.

No fueron las cosas tan fáciles con Alberico.

—¡¿Vas a renunciar a una vida de santo por una cualquiera?! ¡¿Precisamente ahora que parecías haber encontrado la senda?! —le espetó a Amadís el prior alemán cuando este le habló de dejar la colonia.

—No sabía que alguien sin Dios y sin fe pudiera aspirar a algo tan alto —replicó el conde de Monterroso.

—¡Pues es posible! Fíjate en San Agustín. Él fue un hombre soberbio, irascible y licencioso, pero acabó encontrando al Altísimo al final de su existencia —sostuvo, categórico, Alberico.

Asintió Amadís con ademán aquiescente.

—Ya. Pero a mi edad… ¿ese santo del que me hablas había cuidado leprosos durante casi veinte años?

—Probablemente no. San Agustín estuvo mucho tiempo extraviado en el laberinto del pecado —tuvo que admitir el religioso.

—En ese caso, yo le llevo mucha ventaja —respondió Amadís

con su habitual retranca—. Además, redimir a Ivette a través del matrimonio tal vez sea la prueba definitiva que el Creador me ha puesto delante para conocer mi verdadera valía como cristiano. ¿No crees?

Dio su brazo a torcer el prior Alberico a regañadientes. Permitió, no obstante, que su más ilustre sanitario siguiera vistiendo la cruz verde de San Lázaro a pesar de abandonar la disciplina de la Orden. Eso sí, tendría que renunciar al título de gran maestre. Y una cosa más: la pareja debería contraer matrimonio cuanto antes. Él mismo se brindó a casarlos porque, aunque a ellos el sacramento no les dijera nada, no estaba bien visto que alguien con la reputación del conde de Monterroso conviviera en pecado con una… tabernera, sostuvo el monje alemán, que a duras penas logró contener una palabra mucho más expresiva y zahiriente.

Lloró Ivette de manera desconsolada la primera vez que entró en su nueva casa de la *ruga Ispaniense*. Y no fue por la suciedad que encontró tras tantos años de cerramiento. Le devastó ver la cuna vacía del pequeño Santiago, con sus ropitas dobladas y sus juguetes intactos. Le recordó que ella ya no podría tener hijos. Dadas sus edades, los dos estaban condenados a vivir siempre solos, sin voces infantiles que llenaran aquellos espacios, sin ecos de pies diminutos danzando por la casa durante la noche. Sin el pálpito indescriptible de un cuerpecillo entre los brazos.

—Tendremos que acostumbrarnos —la consoló su futuro esposo tras secarle las lágrimas a besos—. Vivir pendientes el uno del otro no es una maldición tan horrible —quiso convencerla—. Además, viajaremos. A mis tierras de Trípoli… A mis castillos de España…

Por primera vez en mucho tiempo se vio Amadís haciendo planes como un jovenzuelo con toda una vida por delante. Se sorprendió a sí mismo soñando como un pobre loco sin el freno de la cordura.

Planearon la boda para mediados del mes de junio, porque igual que los quincalleros, los tahúres y los tramposos, ellos también pretendieron vivir de espaldas a la realidad y al mundo. Centrados en ellos mismos. Embriagados por el sabor de una felicidad inesperada y tardía.

Compraron algunos muebles. Y los adornaron con los recuerdos que Ivette guardaba de Balduino. Adquirieron incluso los trajes para

la ceremonia. Se atrevieron a pasear por las calles de Jerusalén cogidos de la mano. Encontraron cobijo en su nueva alcoba cuando se cansaron de dar vueltas sin ton ni son por los mercados. Se dieron amor y ternura como jamás habían hecho. La vorágine del sexo los entretuvo menos que antaño, pero también gozaron de ella a ratos. Fue tras uno de aquellos momentos de gozo cuando Ivette desveló al fin su secreto: el mismo día de su muerte, Balduino le hizo jurar que aceptaría la mano de Amadís cuando este le pidiera matrimonio. Por eso la espera se le había hecho interminable. Y de ahí su mal genio.

Faltaba todavía una semana para la boda cuando los portones de la mansión en la *ruga Ispaniense* crujieron con estrépito. Amadís desenfundó y colocó a Ivette detrás de su cuerpo. Los pasos que ascendían por los peldaños a toda prisa no eran augurio de nada bueno.

—Me han dicho que te encontraría aquí —los saludó el recién llegado.

—¡Ah, eres tú! Te creía en Tiberíades, parlamentando con los enviados de Guido. ¿Ha ocurrido algo para que tengas que venir a Jerusalén en persona? —preguntó Amadís, sorprendido al ver frente a sí al mismísimo conde de Trípoli.

LXVIII

Se frotó el polvo del rostro Raimundo III mientras trataba de ordenar sus ideas. Se le notaba cansado de la cabalgada y abrumado por los acontecimientos. Intentaba decidir el conde por dónde empezar a relatar la crónica de una tragedia ya ocurrida y otra simplemente probable. Al final, optó por la versión más rápida.

De camino a Tiberíades para la entrevista, los dos grandes maestres habían topado con un contingente de tropas sarracenas cerca de las fuentes de Cresson. Hablaron entre ellos sobre la posibilidad de acometerlos. Gérard de Ridefort, el templario, se mostró partidario de aprovechar la oportunidad que les brindaba el destino y hacer sangre al instante. Roger de Moulins lo convenció, sin embargo, de la necesidad de engrosar las filas con algunos caballeros más. Cien jinetes podrían no ser suficientes para enfrentarse a una fuerza de mil enemigos. Afortunadamente, había ciudades cristianas cerca. Tanto en Nazaret como en el castillo de La Fève y en el de Caco encontrarían refuerzos.

Al caer la tarde del 1 de mayo, trescientos cincuenta cruzados, la mayor parte templarios, se lanzaron al combate contra lo que tomaron por una simple avanzadilla enemiga. Fueron al final siete mil los musulmanes que se sumaron a la trampa tendida por Saladino. Pelearon con denuedo los cristianos. Le causaron varios miles de muertos al sultán, pero a costa de perecer casi todos: solo Gérard de Ridefort y tres sargentos de su Orden consiguieron salvar el pellejo.

Raimundo se desplazó a la zona de la catástrofe al día siguiente con el fin de examinar la carnicería. Por el camino se cruzó con tropas montadas de Saladino que portaban centenares de cabezas cruzadas clavadas en sus picas.

—¿Es que no habrá un solo gran maestre del Temple que no esté loco? —se preguntó Amadís consternado.

—Yo no he conocido a ninguno —replicó Raimundo.

—Yo tampoco. ¿Y ahora? ¿Crees posible alcanzar una nueva tregua con Saladino después de esto? —quiso saber el conde de Monterroso.

El semblante de Raimundo se cubrió de sombras.

—En esta ocasión es distinto —murmuró—. Saladino no desea ya la paz. Si ha levantado el mayor ejército jamás visto en Tierra Santa…, eso es para algo. Ahora mismo campa a sus anchas por Galilea. Ha conquistado ya varias fortalezas y avanza hacia el sur de manera incontestable. Debemos detenerlo entre todos, o de lo contrario…

—Ya. Quieres decir que esta vez es… todo o nada. Vida o muerte para nosotros.

Asintió rotundo el conde de Trípoli.

—Así es. El futuro de Jerusalén y de muchas ciudades cristianas depende de la próxima batalla. Y para esa necesitamos tu espada.

—La mía y muchas otras… —repuso Amadís pensativo.

Se marchó por donde había venido Raimundo III. Amadís nunca lo había visto tan afectado. Imaginó que las paces con el rey ya estarían hechas; por el bien de todos, como habría dicho Joscelino, aunque dudó de que su amigo hubiera rendido vasallaje a Guido de Lusignan. Porque arrodillarse ante un inepto y besarle las botas no era el estilo de Raimundo III de Trípoli.

Buscó a Ivette detrás de su espalda cuando ambos se quedaron otra vez solos. La encontró llorando, acurrucada en un rincón de la alcoba. Trató de calmarla hablándole con voz muy queda. No se daba cuenta Amadís de que las malas noticias son como las cuchilladas: no pierden su poder mortífero por mucho que uno cubra el puñal de trapos o de lana.

—Lo siento. Tengo que volver a la guerra —le dijo al oído—. Pero no llores. Antes también nos ocurría lo mismo y siempre regresé vivo.

Se aferró Ivette al cuerpo del lazarista con dedos crispados.

—Antes eras más joven… —sollozó.

—Bueno, todavía sé defenderme.

Se sorbió los mocos del llanto la antigua tabernera.

—Lo más doloroso de todo es que tenemos que separarnos justo cuando volvíamos a encauzar nuestros rumbos —murmuró con los

ojos arrasados de lágrimas.

—Así es el destino: una mano cruel o un brazo amigo, según el momento. Una fuerza inexorable, en cualquier caso. Por eso debo acudir a esta nueva llamada —sostuvo el lazarista con labios trémulos.

Pareció Ivette hecha ya a lo inevitable.

—Lo entiendo —musitó, pero enseguida reclamó lo imposible—. ¡Júrame que volverás!

Conocía Amadís la futilidad de las promesas antes de una batalla.

—Viviré —le aseguró, sabiendo que una mentira la consolaría al menos mientras esperaba.

Dejaron ambos que sus corazones latieran al unísono durante un rato. Se besaron, se estrecharon hasta quedar sin aliento, pero no hablaron mucho, porque ya estaba todo dicho. Y, además, en la penumbra de aquel largo abrazo, al caballero de San Lázaro le dio por reflexionar sobre sus opciones reales de supervivencia.

Llevaba dos años sin levantar la espada ni para afilarla. Cuidar enfermos de lepra había consumido todo su tiempo, pero aquello no era lo mismo que ejercitarse a diario para la batalla. Ni siquiera él podía saber qué ocurriría cuando le tocara empuñar de nuevo la lanza. Había destrezas y argucias que un cruzado nunca olvidaba. Aun así…, ¿qué quedaba de aquel caballero cristiano que causara espanto entre las tropas enemigas tan solo de escuchar su nombre? Tal vez *alshaytan al'akhdar*, el temido demonio verde, ya no fuera un mito invencible, sino un recuerdo del pasado.

Por si las cosas vinieran mal dadas, Amadís decidió acortar los plazos. Logró doblegar la reticencia de Ivette y la empujó al altar la víspera de su marcha. Alberico los casó el 10 de junio, dentro de una iglesia de Santiago absolutamente vacía. Era aquel un guiño que el conde de Monterroso quiso hacerle a su padre, gran devoto del apóstol.

—Ya te he casado, y te felicito por ello. Desgraciadamente, a los ojos de Dios, poca validez tiene todo esto —le dijo el prior alemán antes de regresar a la colonia.

—No es por Dios, sino por ella, por lo que lo hago. Para que, si

el destino me llama, la noticia de mi muerte se encuentre con una condesa además de con una viuda —respondió Amadís mientras firmaba los papeles del enlace.

El día 11 de junio, el ejército de Jerusalén partió con rumbo a Séforis. Como en otras ocasiones, la antigua fortaleza romana se iba a convertir en el punto de encuentro de todas las huestes cristianas. Era el lugar más apropiado para las grandes concentraciones de tropas gracias a sus reservas de agua.

Le costó a Amadís montarse en el caballo y abandonar Jerusalén aquella mañana. Y es que Ivette se empeñó en acompañarlo hasta la misma puerta de Damasco. Lo cubrió allí de besos y de lágrimas mientras le rogaba que volviera de la guerra de cualquier modo, aunque fuera malherido y mutilado.

Ni siquiera Céline se había comportado así, de aquella forma tan emotiva y exagerada, en sus años de matrimonio. Pero él se dejó hacer como un niño en manos de su madre. Y eso, a pesar de las murmuraciones. No era frecuente que un caballero tan veterano, con orgullo, experiencia y honra, permitiera que una mujer montara semejante escena a su costa en el momento de la despedida.

El conde español Rodrigo Álvarez de Sarria lo había presenciado todo desde una prudente distancia. Se acercó a su amigo cuando este logró zafarse de los brazos de Ivette.

—¿Prometida o amante? —le preguntó con sonrisa burlona.

—Esposa.

—¡¿Te has casado?! —Se le erizaron las barbas al conde hispano.

—Ayer.

Chascó la lengua con disgusto Álvarez de Sarria.

—Craso error —rezongó.

—¿Tú crees?

—Sin duda. Eso te pasa por exponerte.

—¿A qué?

—A los lametones del cariño.

Arrugó el ceño Amadís.

—No te entiendo. Háblame en cristiano y no en gallego.

Reparó el español en el penoso desconocimiento del conde de Monterroso. Y por eso lo ilustró con nuevas filosofías.

—El amor es como un perro de lengua pringosa —explicó—. Si

le das confianza, te llena de babas sin que te enteres. Y ahora… ¡a ver cómo te las quitas!

Asintió el lazarista tras entender el símil.

—Sí, es muy probable que ya no pueda. Entonces… ¿tú nunca te casaste? —preguntó.

—Sí, pero sin el enamoramiento.

—Ah. ¿Y dónde está ella ahora?

Esbozó una mueca ambigua el conde de Sarria.

—¡Bien lejos! En España, cuidando de mis tierras y mis castillos.

—Ya.

—Tú deberías hacer lo mismo ahora que te has casado. Por cierto… —se llevó un dedo a la frente Álvarez de Sarria como si recordara algo—, el caso es que la cara de tu mujer me suena. ¿No es la misma chica que…?

Amadís puso su mano sobre el guantelete de acero de su amigo.

—Rodrigo —le advirtió muy serio—, hay veces en que es mejor callar y no forzar a la memoria.

Entendió la indirecta el conde español. Trotaron después en silencio mientras contemplaban a Guido de Lusignan y a su hermano Aimery, el condestable, al frente de aquellas tropas de caballería pesada. Joscelino y Reinaldo de Châtillon iban mucho más atrás, al frente de los siete mil infantes. Gérard de Ridefort no viajaba dentro de aquel ejército. El templario ya no había vuelto a su cuartel general de Jerusalén tras la debacle. Pero no fue por vergüenza, sino porque el rey le encargó la contratación de mano de obra mercenaria utilizando los fondos aportados por los reyes de Inglaterra y Francia.

Álvarez de Sarria desplegó la mirada en derredor cuando solo habían recorrido cinco millas. El aspecto del ejército cristiano se le antojó magnífico. Y todavía faltaban los refuerzos de otros grandes vasallos del reino, y del mismo conde de Trípoli.

—¿No te da miedo dejar todo esto en manos de un inútil como Guido de Lusignan?

—Raimundo va a aportar muchos soldados a estas huestes —lo tranquilizó—. Confío en que sea él quien lleve la voz cantante cuando llegue el momento de la batalla.

—Entonces… ¿no hace falta que rece?

Se dio cuenta Amadís de que el conde español portaba un

rosario de cuentas entre las manos.

—Tú sí —le dijo—. Hazlo por si acaso.

LXIX

Seis días emplearon en alcanzar Séforis las mesnadas de Jerusalén. Viajaron despacio para no sofocar a la infantería. Raimundo III llegó el último al encuentro, concretamente el 30 de junio. Y por eso fue quien trajo las noticias más frescas.

Expuso el conde de Trípoli sus pesquisas en la asamblea celebrada entre todos los barones al día siguiente. Saladino merodeaba Tiberíades. Se encontraba acampado con su temible ejército en Al Qahwani, en la orilla meridional del lago. Pero se advertían movimientos de tropas ayubíes en la zona de Cafarsset y también en el río Jordán. Los efectivos enemigos podían estimarse en cincuenta mil soldados, un tercio de los cuales correspondía a tropas de caballería.

Se oyeron algunos murmullos de sorpresa, pero no de miedo, al escuchar las cifras. En realidad, los cruzados estaban muy acostumbrados a pelear en inferioridad manifiesta. Y en esta ocasión, la desproporción no era tan acusada. Contando con los refuerzos enviados por Bohemundo desde Antioquía, el ejército cristiano sumaba doce mil peones y cuatro mil jinetes, de los cuales dos mil eran caballeros acorazados y otros tantos, mercenarios turcópolos.

Había un mapa enorme en el salón de sesiones de Séforis. Tras las explicaciones de Raimundo, los barones se inclinaron sobre él con la intención de fijar la posición exacta del enemigo y diseñar después la estrategia más procedente. Aquel era el momento que Amadís temía más que a una tormenta de granizo. Estaba seguro de que tanto el rey de Jerusalén como el conde de Trípoli reclamarían, cada cual para sí, el mando único de los ejércitos cristianos en ese mismo instante. Pero lo que atronó la sala no fueron las voces de dos jefes furiosos, sino varios golpes recios sobre la puerta.

Un hombre irrumpió de pronto en la asamblea. Venía cubierto

de polvo de pies a cabeza, pero no traía sangre pegada a las ropas. No pidió permiso para hablar, a pesar de encontrarse en presencia del rey de todos los cristianos. Traía el heraldo un mensaje urgente, trompicado, y todo lo vomitó mirando solo a su señor, Raimundo de Trípoli.

Saladino acababa de ponerle asedio a Tiberíades. La escasa guarnición que quedaba en la ciudad se había visto incapaz de cubrir todo el perímetro de la muralla, y por eso los supervivientes se habían refugiado en la ciudadela, incluida Eschiva, la esposa del conde. Allí estaban defendiéndose como podían, pero dudaba de que pudieran aguantar mucho. Tal vez la fortaleza cayera en manos sarracenas antes de acabar el día.

Cincuenta miradas se posaron sobre la figura de un hombre pensativo, pero no hundido por los acontecimientos. Se hizo esperar bastante la reacción de Raimundo, pero habló al final. Y lo hizo de manera juiciosa; al menos para Amadís y Álvarez de Sarria. Pero es cierto que las palabras del conde causaron la perplejidad de otros grandes señores.

Lo que Saladino había ideado con el ataque a su feudo de Tiberíades era en realidad una vulgar estratagema. Pretendía alejar al ejército cruzado de los manantiales de Séforis y arrastrarlo al combate en unos territorios desérticos en los que sus guerreros tendrían todas las ventajas. Su esposa, Eschiva, sabría valerse por sí misma. Y si caía prisionera del sultán, ya habría tiempo de rescatarla más adelante, asentó Raimundo sin perder la calma.

Gérard de Ridefort, el templario, fue el primero en tomar la palabra tras el silencio. Llevaba la cara roja y el gesto prieto cuando se levantó de su silla.

—¡Solo un cobarde se quedaría de brazos cruzados mientras cientos de manos sarracenas mancillan a su esposa cautiva! ¡Solo un traidor a Dios y al reino plantearía semejantes argumentos si no buscara una tregua o, peor aún, una alianza con el enemigo de todos los cristianos! —resolló colérico.

Se tragó Raimundo aquellos sapos sin pestañear. Podía haber contraatacado fácilmente. Podía haberle achacado al gran maestre del Temple el sacrificio inútil de trescientos cincuenta caballeros en las fuentes de Cresson. Unos jinetes que buena falta habrían hecho entonces. Pero lo cierto fue que el conde de Trípoli prefirió callar

porque no se atrevió a contradecir los argumentos que abogaban por el rescate inmediato de su esposa. Y, además, tanto Reinaldo de Châtillon como el propio rey también le dieron la razón al templario.

La distancia entre Séforis y Tiberíades era escasamente de quince millas. Resultaría inaceptable no acudir en ayuda de los sitiados tratándose de una distancia tan corta. La misma Eschiva merecía más consideración de la que su propio marido estaba dispuesto a dispensarle, adujo Guido de Lusignan con sonrisilla sarcástica.

El señor de Kerak apuntaló las palabras del rey al argüir que una intervención rápida pillaría a los ejércitos de Saladino desprevenidos y, seguramente, divididos en varios frentes. Urgía por tanto partir sin más dilación, a pesar del calor y de la ausencia de fuentes por el camino. Quince millas se recorrían en un santiamén, en menos de medio día. Era un viaje tan corto que ni siquiera requeriría arrastrar carromatos con barriles de agua. Las calabazas y los odres habituales de los soldados ya serían suficientes. Además, el lago Tiberíades siempre estaría ahí, a cuatro pasos de distancia, para saciar la sed que da matar tanto enemigo en pleno mes de julio.

Álvarez de Sarria y Amadís habían asistido al cónclave en silencio, sumidos en sus propias reflexiones. Cuando Châtillon acabó de hablar, al gallego le entraron las dudas.

—¿Qué opinas? —le preguntó a su amigo franco—. Tú conoces mejor que yo la zona.

—Creo que Raimundo puede tener razón. Sin embargo, yo me resistiría a abandonar a mi esposa a su suerte —murmuró Amadís mientras la imagen de una desvalida Ivette se encendía en su mente como una fatídica luz de alarma.

Pareció confundido el conde hispano.

—Entonces… ¿en qué quedamos? ¿Procede o no procede atravesar el desierto y marchar hacia Tiberíades?

—Dime tú qué harías en la tesitura de Raimundo.

Álvarez de Sarria se mostró tajante.

—No hay comparación posible —dijo.

—¿Por qué?

—Por tres cosas. En primer lugar, mi mujer los tiene bien

puestos y jamás me pediría ayuda de verse sitiada. Y después… porque en Galicia no hay desiertos, ni tampoco sarracenos que puedan poner en peligro mis castillos.

Todavía se concedieron dos días los cruzados para prepararlo todo a conciencia. Partieron de Séforis el día 3 de julio del año del Redentor de 1187. Llevaban buen ánimo y confianza en la victoria. Pensaban asestarle a Saladino el golpe de gracia definitivo. Se sabían ante la batalla más determinante desde que el gran Godofredo de Bouillón conquistara Jerusalén casi un siglo antes. Si salían con bien de aquel lance, los Estados Latinos habrían logrado cortar la soga que tanto los asfixiaba. El sultán de Siria y Egipto ya solo sería un títere a merced de cualquier reyezuelo selyúcida.

El calor los mortificó desde el primer instante, pero los mandos insistieron en que nadie se desprendiera de la cota de malla ni del yelmo. Tampoco sería tan largo el suplicio. El objetivo era acampar junto al lago de Tiberíades aquella misma tarde y atacar a la mañana siguiente, una vez frescos y descansados.

Tuvieron los jefes cristianos el entendimiento suficiente como para organizarse en tres divisiones sin que surgieran las disputas entre ellos. Se decidió que Raimundo III condujera la vanguardia, pues no en vano era su esposa la más afectada. Guido de Lusignan iría en el centro de la formación, guardando la Vera Cruz junto con los obispos de Acre y Lydda. Gérard de Ridefort viajaría a retaguardia, al lado de los caballeros de su Orden y también de los hospitalarios, que a falta de un líder se habían dejado comandar por el gran maestre templario. Alrededor de todos ellos, como una nube protectora, cabalgarían los mercenarios turcópolos, verdaderos encargados de librar a los cruzados de las molestas picaduras de las avispas ayubíes.

Álvarez de Sarria examinó con atención a las tropas de caballería ligera que se aprestaban a acompañar a los ejércitos cristianos en su desplazamiento.

—¿Son de fiar esos malditos? —le preguntó al conde de Monterroso.

—¿Te quedarías más tranquilo si te dijera que sí?

—La verdad es que no. Parecen tan sarracenos como los otros.

No había coincidido mucho el español con aquellos jinetes de origen selyúcida en sus batallas en Tierra Santa, pero no resultaba

infrecuente verlos pelear en el bando cruzado.

—Pues, aunque sean de origen turco o griego, ellos se dicen cristianos —le explicó Amadís con paciencia.

—¿Y lo son?

—Bueno, yo no sé a qué Dios le rezan en sus ratos libres, pero lo cierto es que odian a Saladino tanto como nosotros. Y con eso nos basta.

No tardaron mucho en entrar en acción los mercenarios turcópolos. Todavía no habían recorrido ni cinco millas a través de la llanura de Torán cuando los primeros batidores enemigos aparecieron en el horizonte. A la media hora, un enjambre de arqueros ayubíes surgió de la nada. Se acercaron al ejército del reino como una manada de hienas y soltaron una primera descarga. Dibujaron sus dardos una pronunciada parábola mientras entre los cristianos menudeaban las voces de aviso, los gritos y los primeros lamentos.

No descompusieron sus filas los cruzados a pesar de recibir otro par de andanadas desde lejos. Todavía no había llegado su momento. Poco tenían que hacer los pesados destreros frente a la caballería ayubí, excepto agotarse. Aquel era el turno de los jinetes turcópolos. Ellos sí montaban corceles ligeros, como los sarracenos, y podían hacerles frente con sus mismas armas, e incluso perseguirlos por la estepa.

Álvarez de Sarria asomó la cabeza entre la maraña de escudos aprovechando que el repiqueteo de las flechas enemigas había amainado bastante.

—Nunca había visto tanto arquero sarraceno en mi vida —murmuró como si hablara solo—. Los nuestros están muriendo como chinches. En poco rato vamos a quedarnos sin nadie que pueda protegernos los flancos. No sé cómo lo verás tú…, pero yo creo que es momento de tomar una determinación. Puede que no sea tarde todavía para regresar a Séforis.

Echó un vistazo Amadís a través de la barrera de escudos. Ni siquiera el polvo podía ocultar ya la masacre de los jinetes turcópolos. Picó espuelas el lazarista para ponerse a la altura de Raimundo III. Le expresó la preocupación del gran maestre de Monte Gaudio, que era la suya propia, pero el conde de Trípoli rehusó tomar decisiones que afectaran a todo el ejército. Por eso

hizo llamar al resto de mandos.

Tras un breve cónclave, apostaron todos por continuar bajo el calor y la lluvia de flechas. Volver a Séforis lo consideraron una ignominia. Dos horas más tarde, sin embargo, volvieron a reunirse. Apenas habían avanzado dos millas. El hostigamiento de los demonios con arcos se había recrudecido, sobre todo por retaguardia. Los cadáveres de los centauros turcópolos eran ya incontables. Quizá quedaran vivos un centenar de los dos mil que habían partido por la mañana. A pesar de todo, no se juzgó conveniente volver grupas. El lago de Tiberíades ya estaba más cerca que Séforis, y de peores encerronas habían salido los cruzados.

Llovieron otra vez a miles los proyectiles sobre caballeros e infantes. Regresaron los alaridos, los gritos y las blasfemias bajo la sombra vaporosa de las adargas. Comenzaron a secarse las gargantas de los soldados, y a nublarse las mentes de algunos jefes. De hecho, fue idea de Guido de Lusignan el lanzar a la infantería contra los jinetes ayubíes. Una orden suicida, sin duda, pero que a todos se les antojó inevitable.

Destruidas las fuerzas turcópolas, los peones cristianos eran la única barrera que podría salvaguardar la integridad de los valiosos caballeros acorazados hasta que estos pudiesen desencadenar su temida carga. Contaban los mandos con el poder mortífero de las flechas ayubíes, y con las bajas que estas ocasionarían entre la soldadesca. Pero no fueron conscientes de otro enemigo igual de terrible pero mucho más mortificante: la sed.

Dos cabos de tropa se presentaron ante el rey cuando el sol estaba en su cénit. Los hombres no podían más, le dijeron. Hacía mucho rato que todos habían consumido sus raciones de agua. Cada vez eran más los que se desprendían de la cota de malla porque no podían soportarla. Algunos ya estaban peleando casi desnudos. Preferían morir rápido, de un flechazo, que martirizados lentamente. Ellos habían presenciado cómo un soldado cristiano se bebía la sangre de un sarraceno muerto, incluso a riesgo de envenenarse.

Consultaron otra vez entre sí los jefes cristianos entre el repiqueteo de dardos. Había ya algunos caballeros heridos sin haber entrado todavía en combate. También los destreros penaban por la

falta de agua. Llevaban muchas horas cubiertos de cuero y hierro, respirando solo polvo. La espera, además, los ponía nerviosos. Barruntaban aquellas bestias el lago de Tiberíades a muy poca distancia, y no entendían por qué sus amos no los lanzaban a la batalla o los llevaban de una vez por todas a refrescarse.

Esta vez, el parlamento de los jefes cristianos resultó menos amable. Debían decidir en un sentido u otro, y rápido. Cada segundo perdido significaba más sed y tortura para la tropa. Las palabras malgastadas eran peor que las flechas. Raimundo III alzó al fin su voz por encima de la de todos. Él conocía mejor que nadie aquellos territorios, dijo, y no había que darle más vueltas porque solo había dos opciones. Ninguna era perfecta, admitió, pero tendrían escoger una de ellas.

Visto lo que tenían enfrente, la caballería pesada podría atravesar las líneas enemigas sin demasiados problemas y alcanzar el lago Tiberíades aquella misma tarde. Mil quinientos jinetes cristianos se salvarían de la debacle, pero la infantería quedaría copada irremediablemente y perecería en su totalidad, expuso con toda crudeza el conde de Trípoli.

—¿Y la otra opción? —demandó Guido de Lusignan, que no había visto aquellos parajes ni en sus peores sueños.

Raimundo señaló hacia el norte con el brazo.

—Un poco más adelante comienza el valle de Hattin —dijo—. También ese camino nos llevaría hasta al lago, aunque es más largo. Por ahí podríamos circular todos bastante más cómodos, tanto los infantes como los caballeros. El terreno se estrecha y les será más difícil acosarnos. Además, hay un pozo en el poblado de Meskana. A una mala… ahí podríamos abastecernos de agua.

Votaron a mano alzada los jefes. Ganó por gran mayoría la opción de continuar por el valle. Amadís, sin embargo, se abstuvo.

—¿Qué mosca te ha picado? ¿En qué estás pensando? —le preguntó el de Monte Gaudio.

—En que Saladino haya previsto ya todo lo que acaba de sugerir Raimundo. En que internarse en un desfiladero es asumir que la salida pueda estar bloqueada al otro lado. En que tal vez ese pozo esté envenenado. En que…

—¡Por todos los diablos, Amadís! ¡Haz el favor de callarte! —le pidió el español—. Deja que el Señor decida por nosotros.

—Pues no haber preguntado —rezongó el lazarista—. Y ya veremos qué suerte escoge Dios para sus queridos *milites Christi*.
Quiso el Redentor que la tortura de las flechas menguara en el valle de Hattin, pero no la de la sed. El pozo de la aldea abandonada de Meskana no estaba envenenado, como sospechaba Amadís, pero no contenía agua. Escarbaron los cruzados con sus manos hasta arrancarse las uñas. Mellaron después sus espadas para cavar más hondo, pero ni barro sacaron de aquel agujero negro. Por fin gritaron algunos, alborozados tras notar algo de humedad en el suelo. Pero eran las lágrimas de los que lloraban sobre sus cabezas lo que mojaba la arena.

Mandaron entonces exploradores a inspeccionar el final del valle. La forma de cabalgar y los gestos sombríos de aquellos hombres al regresar ya hicieron presagiar la tragedia. Su dictamen resultó apocalíptico: Saladino había bloqueado la salida del desfiladero hacia el lago Tiberíades. No había escapatoria posible por el extremo norte. Las tapias derruidas de Meskana y su pozo seco era todo lo que los cruzados tenían para pasar la noche.

Convocaron los jefes cristianos una reunión de urgencia. Se sorprendió Amadís de verlos tan mansos los unos con los otros. Sin duda, la desesperación y el barrunto de la muerte habían hermanado a última hora a quienes siempre habían estado reñidos.

Raimundo de Trípoli compartió con Guido de Lusignan y con Gérard de Ridefort las últimas gotas de su cantimplora. Joscelino y Balián de Ibelín hicieron lo propio. Reinaldo de Châtillon, sin embargo, se sentó aparte. Llevaba el odre vacío, pero no le pidió líquido a nadie. El rencor le hervía en la sangre. El odio a todo lo sarraceno siempre había sido su principal fortaleza.

Álvarez de Sarria y Amadís se dispusieron a pasar la noche a cobijo de la misma tapia. A ambos les quedaban unos pocos sorbos en la calabaza hueca que llevaban colgada del arzón, pero no se les ocurrió malgastarlos. Los vertieron dentro del casco y se lo dieron a beber a sus caballos. De ellos iban a depender sus vidas a la mañana siguiente.

—¿Cómo ves las cosas? —le preguntó el español al franco.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

Se repasó los labios con la lengua el conde de Monterroso. Fue

aquello como frotarse la boca con una lija.

—Pues teniendo en cuenta que el enemigo recibirá toda esta noche provisión de agua del lago Tiberíades y nosotros no, creo que mañana acabaremos todos muertos o prisioneros de Saladino. ¿Qué prefieres?

—¿En realidad se podrá elegir?

—Probablemente no.

Cerraron los ojos los dos caballeros, amodorrados por las últimas luces del crepúsculo.

—Nunca me he atrevido a preguntarte… —murmuró de repente Álvarez de Sarria.

—¿Sobre qué?

—¿Qué te hizo perder la creencia?

Se lo pensó un poco el lazarista. Vio que le quedaban ya lejos sus años de crisis. Notó menos resquemor dentro de la garganta. Lo atribuyó al amor que Ivette le había inoculado en el cuerpo.

—La propia vida, supongo —respondió al cabo.

—Bueno, todos llevamos sacos de plomo y espinas a la espalda… —arguyó el español.

Abrió por fin los ojos Amadís. La noche se cernía sobre el valle de Hattin. No había luna, ni búhos, ni siquiera aves de mal agüero en el cielo negro de Galilea.

—Tuve un hijo leproso, y a Dios no pareció preocuparle mucho que un niño padeciera tanto —dijo.

Bandeó la cabeza el conde hispano para mostrar su desacuerdo.

—Deberías ser un poco más indulgente con el Altísimo —le reprochó a su amigo—. Seguramente estaba ocupado en otros menesteres. Piensa en la cantidad de ruegos que Dios recibe a diario.

—Sí, al final ya entendí que ni siquiera el Creador puede dar abasto con tanta súplica. Por eso no merece la pena pedirle nada para mañana. ¿No crees?

Un escalofrío sacudió al conde de Sarria.

—Yo solo espero que me conceda una cosa.

—¿El qué?

—Una muerte sin sufrimiento.

LXX

La debilidad y la sed sumieron a Amadís en una dulce duermevela. Vio a Ivette a su lado, en el estanque de Siloé. Ambos se estaban bañando desnudos. Reían, retozaban, se hacían carantoñas antes de acabar entrelazados, dispuestos para la cópula. Él le confesaba entonces su amor incondicional, una y mil veces, en medio de aquel juego amoroso. Eran jóvenes, como antaño. Los dos tenían un pasado algo torcido, pero una vida larga y recta por delante. Estaba Amadís a punto de pedirle matrimonio a la joven tabernera en aquella nube de color rosa, pero no pudo hacerlo. El conde de Sarria se acababa de levantar de un salto y lo había despertado.

Él también se puso en pie para contemplar el extraño fenómeno. Cientos de dedos señalaban al norte, a lo que los dos obispos presentes en aquel ejército habían dado en llamar «los cuernos de Belcebú». Porque debía de ser el mismísimo diablo quien moraba al otro lado del valle. A buen seguro eran las ascuas del infierno las que teñían de rojo la cabeza de la maléfica criatura y el mismo cielo.

Se sumó Álvarez de Sarria al debate porque no estaba de acuerdo con los obispos y su identificación del demonio. Aquellos cuernos tan chafados no eran los de Belcebú, sino los de Cernunnos, asentó categórico. Una deidad perversa a la que solían adorar, y temer, sus antepasados celtas de España.

Irrumpió Amadís en aquel grupo de eruditos dando voces como un loco. De haber contado con tiempo les habría explicado que aquellas dos mesetas elevadas al final del desfiladero eran «los cuernos de Hattin», y no los de Belcebú o Cernunnos. Él conocía la zona, de recorrerla con Raimundo de Trípoli en otra época. Sabía también lo suficiente de cielos y oscuridades como para reconocer el color de las llamas en mitad de la noche.

—¡El enemigo le ha prendido fuego al valle! ¡Hay que desbrozar

el campamento! ¡Hay que cavar zanjas! —aulló hasta romperse la garganta.

Trabajaron sin descanso los cruzados durante muchas horas. Porque la brisa del norte lo arrastraba todo hacia ellos: el humo, las cenizas y el estruendo infernal de los atabales sarracenos.

La alborada los pilló a todos exhaustos, sedientos, desesperados. Pocos infantes vestían ya la loriga de anillas. Por el calor insoportable, y porque muchos querían tener los brazos libres para darse tajos y beberse después su propia sangre como refresco. Se vio también a muchos caballeros llevándose a la boca la orina caliente de sus monturas. A otros más remilgados les daba asco aquel caldo turbio, pero se lo vendían a la tropa llana a precios desorbitados.

Enviaron exploradores en ambas direcciones con las primeras luces. Todos regresaron a los pocos minutos. El barranco estaba sellado por ambos extremos, informaron. No obstante, de intentar algo, había que hacerlo por su lado norte. Porque el terreno se abría en los cuernos de Hattin y allí la caballería pesada podría tomar velocidad y acometer con más energía.

Hubo acuerdo total entre los jefes para entrar en batalla sin más dilación. Antes que nada, sin embargo, procedía encomendarse a Dios celebrando una eucaristía en mitad de la nada. Pero eran muchos, demasiados para reunirse y escucharlo todo en condiciones en las angosturas del barranco. Los obispos decidieron entonces repartirse el trabajo. Uno cantaría misa para los caballeros mientras su compañero lo haría para la soldadesca. Al fin y al cabo, el número de fieles sería parecido en cada oficio. Unos dos mil por barba.

Todavía se encontraban los caballeros en el preámbulo de la ceremonia cuando el obispo de Lydda se presentó a la carrera. Venía despavorido el religioso porque nadie le hacía caso. La sed había enloquecido a la infantería, exclamó espantado. Estaban todos organizándose por su cuenta, incluso los alféreces y los cabos de tropa. Pretendían llegar hasta la orilla del lago Tiberíades a toda costa. Desconfiaban de los jefes y de los caballeros. Creían que iban a utilizarlos como durante el trayecto, a modo de parapeto para las flechas y lanzas sarracenas con tal de salvarse ellos.

La desbandada ocurrió casi de inmediato. O más bien el suicidio. Desde un principio se vio que nada podrían hacer aquellos dos mil

peones exhaustos y casi desnudos, excepto morir en el empeño. Los caballeros presenciaron la escabechina en silencio, desde las faldas de un montículo, porque se habían tomado la molestia de seguir a aquellas huestes desquiciadas hasta el final del desfiladero. Después asistieron a la huida frenética de los pocos cientos que sobrevivieron a la catástrofe.

Treparon como pudieron aquellos hombres a un roquedo que vieron cercano, y que resultó ser el cuerno oriental de un diablo llamado Hattin. Allí tomaron posiciones con las pocas armas que les quedaban, y repelieron heroicamente la primera oleada enemiga. Después se tumbaron a descansar en su cúspide, o a esperar una muerte lenta y agónica sin confiar en la ayuda de nadie. Porque los caballeros… bastante tenían con lo suyo.

Temblaron algunos de aquellos cristianos viejos al contemplar la formación enemiga en la distancia. Saladino había reunido para la ocasión a lo más granado de su imperio, e incluso a otros que vivían más lejos. Vieron a los temibles mamelucos con sus caballos acorazados. Y tropas montadas egipcias. Y mercenarios kurdos traídos del valle del Tigris. Y decenas de miles de turcomanos sobre corceles ligeros. Y bereberes sobre camellos. Los arqueros ayubíes les llamaron menos la atención porque ya los conocían de otras veces.

Quedaron tan decaídos los caballeros que los obispos propusieron entonar un *Te Deum* para ver si aquello les entonaba el temple. Sonó algo afónico el himno debido a la sequedad de las gargantas, pero quedaron más conformes los dos religiosos. Al acabar, rezaron un paternóster con los ojos cerrados. Hasta Amadís se arrodilló, aunque no movió los labios. Solo emitió algunos gruñidos para que a Álvarez de Sarria le pareciese que oraba. Por último, una absolución grupal colocó a los cruzados a las puertas de los Cielos.

El momento de la verdad había llegado. Se abrazaron mientras se daban ánimos. Trataban de convencerse los unos a los otros de sus opciones de victoria. Los efectivos de caballería pesada estaban prácticamente intactos, se decían. Y era mucha la fuerza que podían ejercer dos mil destreros lanzados al galope, incluso contra un ejército quince veces más grande. No obstante, lo más prudente sería probar antes las fuerzas del enemigo, y para ello se designó a

Raimundo III y a Balián de Ibelín.

Trescientos jinetes los acompañarían en aquel primer lance. Cruzaran o no cruzaran entre las líneas sarracenas, el escuadrón regresaría al interior del barranco para reunirse con los que quedaban esperando. Se trataba solo de ver la valía y las ganas de morir que mostraban los ejércitos que Saladino había puesto en liza aquel 4 de julio del año del Redentor de 1187.

Guido de Lusignan y Raimundo se estrecharon las manos como si fuesen camaradas de toda una vida. También Gérard de Ridefort le deseó suerte al hombre al que había tachado de cobarde pocos días antes. A Balián de Ibelín tuvieron que subirlo al caballo entre cuatro hombres porque se encontraba muy deshidratado y llevaba los ojos casi en blanco.

Resultó preocupante el arranque de los destreros en el barranco. Trastabillaban, emitían sonidos quejumbrosos cuando les metían espuelas sus jinetes. Empezaron a echar espuma por la boca mucho antes de llegar a campo abierto.

—No pasarán —vaticinó el gran maestre de Monte Gaudio.

No se abrieron en abanico, como otras veces, los cruzados. Querían concentrar su escaso poderío en el centro. Para tratar de hacer más daño y llegar más lejos una vez dentro de la vorágine. Amadís nunca había escuchado el cataclismo de lejos, porque siempre había estado en medio del torbellino. Tal vez por eso, el choque del ejército cristiano contra la barrera de lanzas sarracenas le sonó igual que el derrumbe de un bosque de árboles secos.

Álvarez de Sarria estaba a su lado y desde el principio se dedicó a contar las unidades que se iban quedando por el camino. Resultaba dramático ver lo rápido que iba mermando aquella mesnada según ganaba terreno dentro del infierno.

—Ya han caído cien —murmuró a los pocos segundos—. Ya ha muerto más de la mitad —añadió poco después.

—¡Sé contar, diantre! —lo acalló el lazarista cuando ya no pudo aguantarlo.

Raimundo de Trípoli y Balián de Ibelín aparecieron al fin al otro lado de las líneas enemigas. Los seguían apenas cincuenta jinetes. Viraron a la izquierda nada más ver la luz y desaparecieron rumbo a la costa en medio de una nube de polvo.

—¿Escapan? ¿Es que no van a volver para ayudarnos? Era lo

convenido… —se quejó el gallego.

Amadís miró a su amigo con ojos enrojecidos.

—¿Tú crees que esos están como para ayudar a nadie? ¿Tanto contar muertos y no te has fijado en que Raimundo llevaba tres flechazos en el costado?

Agachó la cabeza el gran maestre.

—Ya, bueno, en ese caso es comprensible, claro.

Excepto la voz discordante de Álvarez de Sarria, no se escucharon más comentarios entre los caballeros cristianos. Ni de reproche ni de espanto. Pocos debían de ser los que confiaban en el milagro. De los que quedaban en el desfiladero, Guido de Lusignan, su hermano Aimery y Joscelino de Courtenay eran quienes ostentaban los galones más altos. En ellos descansaba la suerte de aquella tropa. Aun así, llamaron a Gérard de Ridefort, a Reinaldo de Châtillon y a Amadís para conocer sus pareceres antes de decidir nada.

A la vista de los hechos, tanto el templario como el señor de Kerak votaron por que los cruzados se mantuvieran fieles a su idiosincrasia. Es decir, el ataque debería ejecutarse como en las grandes ocasiones. Desplegados en abanico, con entusiasmo de vencedores y con el nombre de Dios en la boca. Dando todo lo que llevaban dentro, hasta el último suspiro o hasta la victoria.

Amadís opinó que lo de Raimundo e Ibelín había sido un error garrafal de cálculo. Además, se debería haber actuado antes de que la infantería se desperdigase. Así pues, él apostaba por una formación en punta de lanza, para asestar un duro golpe solo por el centro, como habían hecho los otros, pero con más efectivos. No mencionó la palabra victoria el lazarista, pues no la consideraba ya posible. Simplemente habló de muerte con honor, llegado el caso.

Convencieron al rey las palabras de Amadís. Asintió también Joscelino. Aimery, el condestable, no dijo nada. Salió corriendo a buscar un rincón en el que vaciar los intestinos porque, al parecer, el miedo le había soltado las tripas. Fueron todos condescendientes con él. Era lo lógico tratándose de un novato. En realidad, la disyuntiva de pernoctar aquella misma noche en una mazmorra de Siria o en el Paraíso estaba en la cabeza de todos, pero unos lo llevaban mejor que otros.

Cada cual se reunió después con los suyos. Era la costumbre, si

había tiempo, dirigir unas palabras a los hombres antes de lanzarse a la batalla. Álvarez de Sarria se subió encima de una piedra porque era algo corto de estura. Desde aquel promontorio les habló a los de Monte Gaudio del servicio abnegado a Dios, y del orgullo de llamarse españoles en aquellos momentos tan difíciles. Pero resultó que había castellanos, aragoneses, navarros y catalanes entre sus huestes, y lo segundo no lo entendieron. O el mensaje no acabó de calarles.

Con Amadís apenas habían viajado veinte caballeros de San Lázaro. Diez leprosos y diez sanos. Él ya no era gran maestre desde su obligada renuncia, pero sus compañeros de Orden se habían negado a ponerle un sustituto. Así pues, tras llamarlos «*mis queridos hermanos del alma*», los abrazó a todos igual de fuerte, estuvieran o no enfermos. Sabía que tenía frente a sí a veinte hombres profundamente creyentes, y por eso trató de que su discurso no sonara demasiado agnóstico.

Las grandes batallas eran un invento de Dios con dos objetivos claros, les dijo. El primero, despejar el mundo de hordas sarracenas. El segundo, equilibrar un poco la balanza entre sus propios fieles. Porque si la vida era en realidad un morir despacio desde la misma cuna, el diablo se empeñaba siempre en acelerar esos plazos, y por eso había creado enfermedades tan terribles como la lepra. Precisamente para acabar con esa desigualdad entre los hombres, Dios había inventado las guerras. Para que todo el mundo tuviera la oportunidad de morir a la vez, y gozar antes de la compañía de los seres queridos que ya estaban disfrutando de la vida eterna.

Hubo recias cabezadas de asentimiento, y murmullos de aprobación entre los caballeros. Se persignaron todos de manera solemne y se fueron después a buscar sus monturas. Álvarez de Sarria había terminado su disertación un poco antes que Amadís y por eso pudo asistir a las últimas frases del lazarista.

—Tú no crees en esas cosas que acabas de decirles —le censuró mientras se abrochaba la hebilla del casco—. Les has mentido. ¿Por qué ahora?

Amadís se subió con ciertos problemas a su caballo. El animal también acusó el peso.

—Porque quiero que mueran contentos.

—Ya. Y tú… ¿también morirás tranquilo?

Recordó el lazarista sus años negros, cuando la desesperación, el odio y la rabia tras la muerte de su hijo y su esposa le habían hecho pelear como un suicida. Tanto había matado mientras él mismo buscaba la muerte que el enemigo había terminado por considerarlo un guerrero mítico e intocable. Sin embargo, algo había cambiado en su interior últimamente.

—La verdad es que ahora es cuando menos me apetecería sucumbir en la batalla —admitió.

—Eso te pasa por enamorarte. A tu edad…, ¡¿a quién se le ocurre?! Te creía con más cabeza —le recriminó Álvarez de Sarria —. En cualquier caso, tal vez crucemos, como Raimundo e Ibelín…

El conde de Monterroso escudriñó la tupida formación enemiga. Observó que se estaban produciendo algunos cambios en las primeras líneas. El sultán iba a jugar sus cartas de manera distinta.

—Mucho me temo que eso no será posible —dijo.

—¿Por qué?

—Porque Saladino jamás dejará escapar al rey de Jerusalén y tampoco al hombre que más odia sobre la tierra.

Se rascó una ceja el gallego.

—¿Te refieres a Reinaldo de Châtillon?

Respondió Amadís a la pregunta, pero lo hizo con el yelmo ya puesto. Álvarez de Sarria solo escuchó un bufido metálico entre las ranuras de los ojos. La batalla de los cuernos de Hattin estaba a punto de comenzar. El futuro de Jerusalén y de casi todos los feudos latinos pendía de un hilo.

Un enorme griterío jaleó el arranque de la caballería cristiana. Eran los infantes supervivientes de la masacre. Continuaban encaramados al cuerno oriental, sin agua, sin armas pero aferrados a una última esperanza. Si sus compañeros hacían trizas al enemigo o, cuando menos, lograban ahuyentarlo con su mortífera carga, ellos también se salvarían. El lago Tiberíades estaba muy cerca, pero saciarían primero la sed con la sangre de los musulmanes muertos. Después, continuarían tranquilamente hacia la ciudad cristiana.

Dejaron que Gérard de Ridefort liderara la punta de lanza con sus caballeros templarios y los hospitalarios. No sumaban más de doscientos cincuenta entre todos. La debacle reciente de las fuentes de Cresson había diezmado de manera dramática a ambas Órdenes. Los de Monte Gaudio y los lazaristas venían detrás, junto con las

tropas de Reinaldo de Châtillon. Harían unos trescientos entre todos. Los dos hermanos Lusignan y Joscelino de Courtenay cabalgaban en el centro, rodeados de acero, escudos y lanzas por todas partes. Había que proteger al rey, sostuvo el senescal; y, con mejor o peor cara, nadie se opuso.

Solo obligaron a sus cansados destreros en la última media milla, pero lo hicieron a conciencia. Porque en esta ocasión, Saladino no había colocado lanceros de infantería en primera línea, sino a las tropas mamelucas de su propia guardia. Venían además los malditos al encuentro de los cruzados montando caballos mucho más frescos y rutilantes. Ellos mismos brillaban como patenas. Sus cascos, sus túnicas, sus corazas desprendían reflejos cegadores bajo el sol abrasador de Galilea. Los cristianos, en cambio, acudían al combate como vulgares pordioseros, con las sobrevestes tiznadas de hollín y las armaduras embozadas en polvo.

En el último instante, Gérard de Ridefort decidió hacer girar a los suyos hacia la derecha. Prefirió eludir el choque frontal contra aquella densa barrera de demonios dorados y embestir a la infantería que guardaba las alas. Fue aquella una maniobra vertiginosa que dejó expuestos a los que venían detrás. Y por eso Amadís, Châtillon y Álvarez de Sarria tuvieron que vérselas con los odiosos mamelucos antes de lo esperado.

Alancearon a muchos. Descabalgaron a otros. Los fueron pisoteando mientras avanzaban. Aun así la velocidad y el empuje de los mamelucos partieron en dos la formación cristiana de manera inevitable. Los cruzados se vieron entonces divididos en dos bloques, cada vez más alejados el uno del otro.

Lanzó Saladino a sus arqueros ayubíes cuando mayor era el desconcierto en el bando contrario. Porque la guardia blindada de Saladino había desaparecido del campo de batalla como por ensalmo, y las huestes de Guido de Lusignan se habían quedado sin rivales con los que trabar combate.

Oían silbar las flechas a miles los cruzados. Las oían repiquetear contra sus cascos o sus escudos como una lluvia mortal de granizo. Lanzaban un exabrupto, o un suspiro de muerte, cuando les horadaban el cuerpo. Pero poco o nada podían hacer por librarse del tormento excepto cabalgar en círculo como si fueran dianas móviles en una práctica diabólica de tiro con arco. Además, cada

vez que iniciaban una arrancada para perseguir a aquellos corceles ligeros, todavía quedaban más aislados unos de otros. Y si trataban de avanzar hacia levante con idea de abrirse paso hacia Tiberíades, nuevos escuadrones mixtos de arqueros y mamelucos les cerraban siempre el paso. Los rodeaban otra vez y los rociaban con nuevos dardos.

Quiso el devenir de la batalla que los jefes coincidieran unos segundos en medio de aquel corral de exterminio preparado por Saladino. Pudieron así presenciar todos juntos la pavorosa aparición de otros veinte mil soldados sarracenos en el campo de batalla. Eran las tropas enemigas que habían mantenido cerrado el desfiladero en su extremo sur, por si a los cruzados les hubiera dado por tratar de escapar por ese camino. Pero ya no había peligro de que tal cosa ocurriera. El sultán había logrado concentrar a todo su ejército en la explanada de los cuernos de Hattin, rodeando al mayor ejército del reino jamás formado, para borrarlo de la faz de la tierra de una vez por todas.

Una mano crispada se agarró a la túnica de Amadís.

—¡¿Qué hacemos ahora?! —le preguntó Guido de Lusignan con la voz rota por el pánico.

—¿Por qué me preguntas a mí?

—¡Porque todos me han dicho que lo haga!

El lazarista observó un segundo los rostros expectantes de Joscelino, de Aimery de Lusignan, de Châtillon, del propio Gérard de Ridefort…, pero se dirigió solo al rey en su respuesta.

—¿Te importa mucho morir?

—¡Pues claro! —chilló histérico Guido.

—Entonces… ¿quieres vivir un poco más?

—¡Sí!

—Bien, por una vez estamos de acuerdo en algo. Pues entonces nosotros deberíamos hacer lo mismo que esos. —Amadís señaló con su lanza a los infantes encaramados al roquedo—. Han desertado de nuestro lado, pero han tenido la deferencia de dejarnos libre el cuerno izquierdo.

Titubeó el rey un instante.

—¿Y la Vera Cruz? —preguntó aterrado—. Nunca lograremos subirla hasta allá arriba…

—No, claro.

—¡Los obispos se negarán a abandonarla! ¡Morirán con ella antes que cederla al enemigo sarraceno…!

Lanzó un bufido de hastío el lazarista. El tiempo apremiaba.

—¡Pues mucho mejor para ellos! ¡Así serán mártires, y santos! —exclamó irritado. Después picó espuelas y se fue directo al promontorio.

LXXI

El obispo de Acre se subió al destrero de Joscelino sin que tuvieran siquiera que proponérselo. Como si llevara resortes en las sandalias, el de Lydda dio un tremendo brinco para acomodarse a espaldas de Reinaldo de Châtillon. Ninguno de los dos religiosos le dirigió una sola mirada a la Vera Cruz, que quedó tirada en la campa como un cacharro inservible.

Sufrieron todavía el acoso de la caballería ayubí y sus endemoniados arcos hasta el mismo pie de la meseta que habían escogido como refugio. Casi mil caballeros llegaron arriba con sus monturas desfallecidas por el esfuerzo. Iban derrumbándose las pobres bestias al coronar como si un rayo les partiese el corazón tras cumplir con su heroico cometido. Muchos cruzados también se dejaban caer después de tres horas de batallar contra un fantasma invisible; después de dos días completos sin probar una gota de agua.

Guido de Lusignan se desabrochó la hebilla y se arrancó el casco para respirar el primer soplo de tranquilidad en mucho tiempo. Pero entonces vio la realidad tal cual era, sin el estorbo del yelmo. Suyo fue el único grito, porque todos los demás caballeros ya sabían lo que habían firmado al aceptar aquella huida hacia delante.

—¡Pero vamos a morir de igual manera! —le espetó a Amadís tras comprobar que el enemigo estaba empezando a quemar los arbustos de abajo.

—Yo no te he prometido la vida eterna. Tan solo una pequeña prórroga para que te arregles con Dios o con quien quieras —le dijo Amadís con gesto cansado. Después, el lazarista se puso a buscar a los suyos entre los supervivientes, pero no halló a ninguno. Se habían tomado muy en serio, al parecer, sus compañeros lazaristas lo de morir todos a la vez para neutralizar el influjo del diablo.

Sí encontró a Rodrigo Álvarez de Sarria y a unos treinta

integrantes más de la Orden de Monte Gaudio. Con ellos se puso a arrancar brezos y hierbas con el fin de que el fuego sarraceno no los alcanzase. Los imitaron el resto de cruzados, entre toses, estertores y blasfemias. Al acabar la faena, y en vista de que el enemigo daba una cierta tregua, Gérard de Ridefort sugirió montar la tienda del rey en lo alto del cuerno. Y plantar la bandera de Jerusalén a su lado. Para que Saladino viese que no estaban vencidos. Para que los peones que los observaban, mudos, desde el cuerno opuesto se avergonzaran de su vil comportamiento.

Era buena la idea del templario. Se trataba de una forma digna de rendir el alma con la cabeza alta, pero entonces se dieron cuenta de que toda la impedimenta se había perdido en el barranco o en la campa. No se desalentaron, sin embargo, los cruzados. Y con unas ramas secas y unas cuantas ruanas improvisaron un tingladillo en el que cobijaron a un demudado Guido.

Cayó la tarde sobre los cuernos de Hattin. El crepúsculo lo bañó todo con su luz de herrumbre. Alargó las sombras de los dos peñascos hasta casi hacerles tocar la orilla del lago Tiberíades. Lloraron en silencio muchos hombres mientras caía la noche. Rezaron otros. Confesaron los dos obispos a la tropa durante un rato, pero abandonaron su santa labor tras salir la luna. Ya no les quedaban fuerzas ni saliva, arguyeron, para dar más absoluciones.

Rodrigo Álvarez fue uno de los últimos afortunados en recibir el perdón por sus pecados. Se tumbó después en la tierra reseca junto a Amadís, para contemplar las últimas estrellas de su vida.

—No me da miedo morir —murmuró el español, reflexivo.

—A mí esta vez sí —reconoció el lazarista.

—Es natural. No se puede venir a la guerra con el corazón caliente. La muerte duele más y no se pelea a gusto.

—Sí.

Una estrella fugaz cruzó el firmamento negro de Galilea. Su estela vertiginosa le recordó a Amadís los muchos años gastados al borde del precipicio; cuando vagaba por ahí como un duende desconsolado. Deseoso de acabar cuanto antes con un suplicio llamado existencia. Había sido feliz con su esposa Céline y con el pequeño Santiago, pero quizá no le había dado la importancia debida. Fue tras la muerte de ambos cuando se dio cuenta del tesoro perdido. El dolor y la rabia lo convirtieron entonces en

alshaytan
al'akhdar
, el demonio verde. El hombre que tanto despreciaba la vida que hacía esfuerzos ímprobos por perderla a diario.

Apareció Ivette un buen día en su horizonte, pero él siguió con el velo sobre los ojos. Continuó encerrado en sí mismo, concentrado en su amargura y en su tragedia, incapaz de arrancar de su corazón el óxido ponzoñoso del recuerdo.

Encontrar a Balduino tras su encierro en Homs había sido igual que recuperar a su hijo muerto. El contacto con el joven le había insuflado nuevos bríos, nuevas ilusiones. Pronto se vio involucrado en su crianza y adiestramiento en cuerpo y alma. Pero tanta dedicación acabó por alejarlo todavía más de la mujer que cada noche lo esperaba en la alcoba de El León Dorado. En silencio, sin exigir jamás nada a cambio.

Quiso el destino que el monarca se inmiscuyera, sin pretenderlo, en aquella relación condenada al fracaso. Fue entonces cuando empezó a echar de menos a la muchacha. Entendió por fin, aunque tarde, adónde conducen la ceguera y la falta de atenciones. Asumió, no obstante, su error y se volcó en Balduino. Se convirtió poco menos que en su sombra. La vida y las guerras del rey leproso fueron su mejor asidero hasta la muerte inevitable del enfermo.

Aunque en su fuero interno siempre había morado la idea de volver a Ivette y recuperarla, Amadís dudaba de que hubiese reunido el valor suficiente como para plantarse ante ella y confesarle sus sentimientos. Afortunadamente, Balduino había pensado por ambos. Había dejado heredero, regente e incluso había dispuesto que sus dos seres más cercanos —y posiblemente queridos — acabaran sus días juntos. Lo de los dos años de duelo había sido cosa de Amadís, casi como una penitencia supletoria por sus desvaríos pasados.

—Creo que ahora soy más cobarde que antes, pero más sabio — resumió Amadís tras su larga reflexión en silencio.

Asintió solemne Álvarez de Sarria.

—La vida es así. Se gana por un sitio lo que se pierde por el otro. A mí solo me aflige una cosa —dijo.

—¿El qué?

—Que mis restos no podrán descansar en España.

Ahora fue Amadís el que cabeceó con pesadumbre.

—Sí, eso será difícil. En cualquier caso, si es que pudieras elegir, ¿dónde te gustaría que te enterraran?

—En el castillo de Alfambra, en Aragón, allá donde se fundó mi Orden.

—¿Y no preferirías en algún lugar de Galicia, para reposar junto a tu esposa?

Se le ensombreció la mirada al conde de Sarria.

—En realidad ya no tengo esposa —musitó—. Me abandonó hace años para irse a un convento con su madre. Fui un indeseable durante demasiado tiempo.

Amadís se incorporó sobre un codo para ver mejor a su amigo.

—Pero me dijiste que…

Azotó el aire de la noche el conde de Sarria con ademán desmayado.

—Te mentí —reconoció entristecido—, porque me daba vergüenza admitirlo. Pero como vamos a morir pronto, te lo cuento. Así me iré al infierno con un pecado menos.

Se levantaron de repente los dos caballeros al escuchar gritos, blasfemias y tintineo de aceros. Venía el clamor de abajo, de una batalla breve y tal vez anunciada.

—Al menos han tenido arrestos para intentarlo —murmuró Álvarez de Sarria al ver cómo los infantes refugiados en el cuerno vecino morían a las puertas del campamento sarraceno con las botas puestas.

Habían descendido la ladera a gatas, disimulados por la noche. La sed iba a matarlos de todos modos, y habían decidido acabar de pie, con la espada en la mano. Unos cuantos todavía escaparon vivos de la masacre, y volvieron a ascender a su peñasco. Pero el enemigo los persiguió con saña y ellos prefirieron saltar al vacío antes que entregarse.

—Qué suerte han tenido esos de enfrente —murmuró Álvarez de Sarria con ojos evocadores.

—¿Por qué? —quiso saber Amadís.

—Porque su montículo tiene acantilado desde el que despeñarse y el nuestro no.

El lazarista lo miró con cierta sorpresa.

—Creía que el suicidio no era opción para un buen cristiano —le

dijo.

Se encogió de hombros el español.

—Bueno, si te pregunta san Pedro al llegar —arguyó—, siempre le puedes decir que tropezaste.

Tenía razón el conde de Sarria en lo del acantilado. La meseta occidental era mucho más accesible, a pie y a caballo. Por eso los cruzados esperaban el ataque definitivo por la mañana, pero este no se produjo. El ruido ensordecedor de los atabales y el humo de las hogueras siguieron planeando sobre los cuernos de Hattin como buitres negros a la espera de la carroña. Saladino sabía de sobra que la falta de agua mataría a los cristianos más pronto que tarde, y de ahí que no estuviera dispuesto a sacrificar más hombres.

Se percataron también los cristianos de la estrategia del sultán. Y por eso se reunieron sus mandos en la tienda del rey con la intención de tomar una decisión definitiva. Lo hicieron al rayar el alba, antes de que el sol les derritiera las ideas bajo el casco. Se presentaron todos maltrechos, macilentos, consumidos por la sed y el cansancio. Pero, aun así, confiados en salir con bien de la ratonera.

Hablaron de lanzar una carga cuesta abajo. Había que aprovechar la ligera recuperación experimentada por los destreros durante la noche. El frescor los había aliviado algo. También los ramajes que habían mordisqueado en la cima del roquedo les habían dado algunas fuerzas. Tan cerca estaba el lago Tiberíades que apenas les haría falta un soplo de Dios para atravesar la barrera enemiga como jinetes celestes, sostuvo Gérard de Ridefort con apasionada vehemencia.

A todos les parecieron acertadas las palabras del gran maestre, incluso a Amadís, a quien le pareció ver la silueta de Ivette dibujada en el azul lejano del mar de Galilea.

Ya no hubo *Te Deum*, ni paternóster, porque incluso rezar o cantar salmos consumía fuerzas. Además, los obispos se habían subido a las rocas más altas para presenciar desde allí la batalla.

LXXII

Formaron sin demasiado orden en la cima del cuerno. Tanto daban ya el color de las cruces o la procedencia de cada caballero. Lo único que tuvieron en cuenta a la hora de organizar un poco las filas fue el estado de los destreros. Así, quienes llevaban una montura más fresca se colocaron delante, para aprovechar mejor su poderío. Los animales renqueantes irían detrás, siguiendo la estela de los más fuertes. A lo que sí dedicaron unos minutos los cruzados fue a examinar la disposición de las tropas enemigas. Y a elegir una vía de escapatoria.

Saladino, observaron, había previsto tres anillos de acero concéntricos alrededor de la meseta. En realidad, los sitiados podrían bajar casi por cualquier parte, pero no era previsible que lo hicieran en otra dirección que no fuera la del lago Tiberíades. Por eso las filas sarracenas eran allí más tupidas.

Lanceros de infantería siria constituían el primer obstáculo. Había después soldados egipcios y mercenarios kurdos preparados también para entrar en combate si los primeros flaqueaban. El tercer anillo era solo teórico y actuaría en caso de necesidad extrema. Se trataba de varios miles de guerreros turcomanos, unos jinetes que en aquellos instantes charlaban ociosamente mientras sus caballos descansaban a la sombra de las lonas.

El campamento de Saladino se encontraba apenas media milla al oeste, algo retirado del campo de batalla previsto. Los cruzados no le dedicaron atención alguna porque su idea era abrir brecha como fuera y continuar como centauros desbocados hacia las aguas del lago Tiberíades, a solo cinco millas de distancia. No trazaron planes alternativos en caso de fracaso. No valía la pena. La única opción distinta a la victoria era la muerte, y eso ya lo sabían de sobra.

Joscelino instó al monarca a quitarse la sobreveste con la cruz amarilla del reino, y a cambiarse el yelmo por otro más modesto.

Así pasaría más inadvertido en la batalla, le dijo. Pero Guido de Lusignan rechazó ambas propuestas. Tal vez no hubiera sido un gran rey, le respondió, pero no quería pasar a la Historia como un cobarde.

Se miraron los jefes con los yelmos ya puestos después de aquellas palabras. Asintieron al unísono y se santiguaron todos menos uno. Aunque no quedaba ya ningún caballero de San Lázaro y muy pocos de Monte Gaudio, a Amadís y al español Rodrigo Álvarez de Sarria los pusieron en el centro. Por una razón u otra, sus monturas eran las mejores, y parecía procedente que abrieran la marcha. A Guido de Lusignan le reservaron un lugar en medio del grupo. Lo mereciese o no, era costumbre de los cristianos proteger a su rey cuando había peligro.

Arrancaron. Divisaron el movimiento frenético de las huestes de Saladino mientras ganaban velocidad en la ladera del cuerno. No podían, sin embargo, escuchar los gritos de alerta de los centinelas enemigos ni las voces de mando de los oficiales debido al fragor del galope. Confiaban muchos en la sorpresa de aquella súbita espolonada, pero el Altísimo no quiso hacerles semejante regalo. Los infantes sirios ya estaban con la rodilla doblada y el regatón de la pica clavado en el suelo cuando llegaron.

No se arredraron los sitiados ante la primera adversidad y arremetieron contra una barrera humana erizada de lanzas. Crujieron las astas de unos y otros en una lluvia atroz de astillas, blasfemias y sangre. Miró Amadís a ambos lados tras el choque. Descubrió con alivio que su amigo Álvarez de Sarria seguía vivo, aunque había doblado la moharra. Ya tenía, en cualquier caso, la espada en la mano el conde español. Reconoció también a Hunfredo IV de Torón a su izquierda. El joven a quien él mismo llamaba todavía Hunfredito para distinguirlo de su insigne abuelo se mantenía sobre la silla como un titán de ceniza blanca. Le faltaba poco para cumplir veintiún años, pero no era probable que llegara a ver ese día.

Continuaron progresando en el amasijo. Alanceaban unos, tajaban a diestro y siniestro los que habían quebrado la pértiga; empujaban, aplastaban sin descanso con tal de seguir adelante. Por el rabillo del ojo, Amadís vio caer a varios compañeros, pero no se desanimó porque la luz estaba cada vez más cerca.

Salieron al fin del anillo sirio tras romper su última fila. Una llama de furia abrasó la garganta reseca del lazarista al vislumbrar el siguiente obstáculo. Había mercenarios armenios formando al lado de los kurdos y los egipcios. Eran soldados que él mismo había visto luchar del lado cristiano en otras ocasiones.

—¡Hijos de la gran puta! —insultó a quienes habían renegado de pronto de su antigua fe o simplemente estaban apostando sobre seguro.

Apretaba ya los dientes para acometerlos con más fuerza cuando escuchó a su espalda los gritos desaforados de Joscelino. El rey se había rezagado, le dijo. Su grupo se había encallado en mitad del maremágnum. Una blasfemia se le escapó a Amadís entre las costras de los labios. Realizó un recuento rápido de los que lo acompañaban. Eran más de trescientos. Los mejores, los más fuertes, con las monturas más frescas. Si aprovechaban aquella inercia y atravesaban el segundo anillo, la caballería ligera turcomana solo podría perseguirlos, pero no pararlos. Se salvarían. Regresarían a casa en un par de días. Volvería a ver a Ivette, que ya no sería viuda. La abrazaría.

El plano de la espada de Álvarez de Sarria lo golpeó en el casco.

—¡Espabila, coño! —le gritó el español con voz metálica—. ¡Hay que volver a rescatar al rey!

Amadís lanzó una mirada descarnada al gallego. Se dio cuenta de que cerca de doscientos templarios se habían detenido a su lado. Aquellos hombres no le debían obediencia a nadie. Tan solo a Dios y al papa. Y, aun así, estaban pendientes de la decisión final del conde de Monterroso.

—¡Debemos ayudarlo! ¡Es lo procedente! —insistió el conde de Sarria.

Pero Amadís seguía mirando el lago Tiberíades con ojos peligrosamente nostálgicos. Y por eso el conde gallego tuvo que empujarlo hasta el borde del precipicio.

—¡Imagina que fuera Balduino quien estuviera en apuros! ¡¿Qué harías entonces?! —le gritó.

Dieron la vuelta para regresar al infierno. Guido de Lusignan navegaba muy despacio en el oleaje. Varios cientos de caballeros habían formado un círculo protector para librarlo de las acometidas sarracenas mientras, entre todos, trataban de sacarlo de apuros.

Pero el rey apenas podía ya sostenerse sobre la silla. No se le apreciaba sangre en las vestiduras. Debían de ser la sed y el cansancio los enemigos invisibles que estaban a punto de descabezar al último monarca de Jerusalén.

Se sumó el grupo de Amadís a aquella guardia real improvisada, y por momentos pareció que lograrían desencarcelar al rey del anillo sirio. Pero entonces los kurdos, los egipcios y los armenios se les echaron encima. El nudo de la soga se apretó más que nunca alrededor del ejército cruzado. Surgieron también nuevas tropas sarracenas por la puerta del campamento de Saladino. Muchos de los combatientes cristianos nunca habían visto a aquellos guerreros de tez negra como el carbón. Desconocían sus temibles habilidades.

—¡Hay que salir de aquí! —tronó Amadís mientras descabezaba a un enemigo.

—¡¿Ya?! ¡¿Por qué?! ¡No vamos tan mal! —le gritó Joscelino.

—¡Han sacado a los arqueros nubios! —El lazarista apuntó con su espada hacia un extremo de la campa.

La primera descarga derribó a cerca de tres docenas de caballeros. Los arcos de aquellos demonios negros no tenían nada que ver con los de los jinetes turcomanos. Su lomo era mucho más grueso de lo normal; y de ahí el daño de sus impactos. Además, los nubios tiraban a pie, y hacían gala de una puntería inaudita. Los astiles atravesaban las cotas de malla cristianas como si estuvieran hechas de fina seda y no de anillas de acero.

Todavía recibieron dos andanadas más antes de que Joscelino, que había asumido el mando ante el estado precario de Guido, autorizase la retirada. Volvieron a mirarse los jefes entonces.

—¿Retirada? ¿Adónde? —gruñó Châtillon, que llevaba el escudo como un erizo.

No hubo necesidad de gastar más saliva buscando respuestas. Porque Guido de Lusignan y su hermano Aimery, el condestable, ya habían iniciado el regreso a su refugio del cuerno. Muchos cientos de caballeros los seguían también a corta distancia, pues la intrincada meseta del valle de Hattin se les antojó como el único lugar a salvo de las flechas y las cuchilladas. Pero solo temporalmente.

Saladino decidió que la fruta ya estaba suficientemente madura para la recogida. O tal vez se le agotó la paciencia al ver que los

cristianos eran capaces de vivir sin agua. Lo cierto fue que cuando los cruzados coronaron el cerro advirtieron con horror que los mamelucos iniciaban la subida. Guido de Lusignan ya no fue consciente de ello. Lo habían dejado desvanecido en su tienda. Había muchos más caballeros que se derrumbaban de sus monturas y, aunque lo intentaban, ya no podían volver a subirse.

Álvarez de Sarria estaba al lado de Amadís, presenciando en silencio el acercamiento de la caballería pesada sarracena.

—Siento no haberte dejado marchar con tu esposa —le dijo—, pero…

—No tienes que pedirme perdón por eso —lo interrumpió el lazarista—. Soy un soldado, a pesar de que en esta batalla lleve el corazón caliente.

Asintió conforme el gallego.

—¿Vamos a por la última? —dijo mientras posaba una mirada roja sobre los mamelucos.

—Sí.

No fue aquella, en realidad, la última carga de los cruzados. Por tres veces rechazaron a los jinetes turcos y los hicieron retroceder hasta las puertas de su campamento. Pero la vuelta al cerro era cada vez más lenta, más dolorosa. Hacían un breve recuento al llegar arriba tan solo para darse cuenta de que la merma era constante, en hombres y en facultades. No obstante, llegó el mediodía y la batalla continuaba encarnizada en los cuernos de Hattin. Guido de Lusignan recuperó el conocimiento al final de la tercera carga y salió a contemplar el panorama.

Vio llegar a los suyos rotos, desmoronados sobre la silla. Sin fuerzas ya para sostener la lanza o la espada. Los mismos destreros estaban para el sacrificio más que para otra cosa. Resollaban lastimosamente, lanzaban relinchos de agonía como si pidiesen acabar ya aquel martirio, con un tajo en el cuello o en las tripas.

Amadís y Álvarez de Sarria regresaron de los últimos, con los mamelucos pisándoles los talones. Se encontraron a Guido y a Joscelino en la puerta de la tienda del rey. Habían arrancado la bandera de Jerusalén del mástil y le habían puesto un trapo blanco.

—Vamos a rendirnos —les comunicó el senescal.

Los dos condes no dijeron nada. Se dejaron caer del caballo, se quitaron los yelmos para tomar una bocanada de aire y se tendieron

en el suelo boca arriba. Jadeaban como galgos viejos. El cielo estaba muy azul, pero ellos lo veían blanco. Escucharon con nitidez los cascos de los caballos árabes, y las pisadas de las botas mamelucas.

—Y ahora es cuando ya nos matan… —murmuró Álvarez de Sarria con voz afónica.

—Todavía no. Todo a su tiempo, Rodrigo —le respondió Amadís, más experto en aquellas lides de la derrota.

LXXIII

Se lo tomó con calma el sultán porque tardó más de una hora en presentarse en la cima del cuerno. Tal vez lo hizo así para que el sol maltratase un poco más a los vencidos, a quienes sus tropas no les ofrecieron ni una gota de agua. Lo único que hicieron los mamelucos, con el fin de simplificar las cosas, fue clasificar a los prisioneros.

A todos los que llevaban cruces de un color u otro en la sobreveste los colocaron en una larga fila, de rodillas, con las manos atadas a la espalda. Así, Amadís y Álvarez de Sarria se vieron entre templarios, hospitalarios y los pocos supervivientes que quedaban de Monte Gaudio. Los nobles importantes permanecían aparte, sin ligaduras en las muñecas pero sin recibir tampoco líquido. A los notables de riqueza dudosa los mantenían en un tercer grupo, hasta que Saladino decidiera si su redención le merecía o no la pena.

Se acercó el rey de Siria y Egipto a los barones del reino con paso tranquilo y ojos desdeñosos. Llevaba en la mano una jarra de la que bebía, de cuando en vez, pequeños sorbos. Miraron los jefes cruzados a Saladino con más envidia que miedo.

—El leproso fue mejor rey que tú. Tenía más bríos y más hombría. Y, además, era más inteligente —le dijo a Guido de Lusignan, a quien no obstante ordenó que le sirvieran agua.

Tosió el monarca con el primer trago. Luego bebió con avidez hasta que se dio cuenta de que todos lo observaban con la boca abierta. Le cedió entonces la copa a Reinaldo de Châtillon. Pero el señor de Kerak ni siquiera pudo mojarse los labios porque Saladino le quitó el vaso de un manotazo. Agarró después a su enemigo acérrimo por el pecho y se lo acercó a los ojos.

—¡Tú tendrás que esperar hasta que llueva, y eso será para septiembre! —le espetó a la cara al cristiano.

Esbozó una media sonrisa Reinaldo, como si le hubieran hecho

gracia las palabras de Saladino.

—No pensaba ni mojarme la lengua —respondió con insolencia —. Es que me había parecido que el líquido de la jarra olía a rosas con azúcar y quería comprobar si era cierto lo que se dice de ti en Tierra Santa.

Le picó la curiosidad al sultán.

—¿Y qué es? —le preguntó a Reinaldo con el ceño fruncido.

—Que vives, luchas y bebes como las mujeres.

Acabó Châtillon por los suelos tras recibir un puñetazo en pleno rostro Desenfundó después Saladino con gran aparato. La violencia del movimiento le hizo derramar el agua de flores enfriada con hielo del monte Hebrón.

—¡Debería matarte ahora mismo por todas tus crueldades! ¡Y por esa lengua de víbora que anida dentro de tu sucia boca! — amenazó al insolente, cimitarra en mano—. Y, sin embargo, te daré la oportunidad de rectificar: si abandonas tu fe errónea y abrazas la mía, te perdonaré la vida.

Rio Châtillon como un cuervo afónico.

—Más te valdría a ti renegar del islam y hacerte cristiano. Solo así podrás evitar el castigo de la condena eterna que sin duda te aguarda —le dijo.

Cayó la cimitarra sobre el cuello del señor de Kerak sin más preámbulos. Pero, aunque muerto, la cabeza de Reinaldo continuó unida a su cuerpo. No era el brazo de Saladino tan recio como para decapitar a un hombre de un solo golpe. Para eso ya tenía ayudantes.

—Un cautivo no puede darle agua a otro prisionero sin mi permiso —recriminó entonces a un aterrado Guido—. Que lo sepas para otras veces.

No se demoró más tiempo el sultán con los barones presos. La ejecución de Reinaldo tan solo había sido un ajuste de cuentas pendientes. Los demás sabían que podían respirar tranquilos a pesar de la derrota. Joscelino, Hunfredito, Aimery de Lusignan, el rey y todos los otros pasarían un tiempo a la sombra, posiblemente en una mazmorra Siria, pero verían otra vez la luz en cuanto sus familias pagaran el obligado rescate. Incluso Gérard de Ridefort fue incluido en el cupo de los redimibles. Pero no sus hombres, ni los hospitalarios, ni los de Monte Gaudio.

Los caballeros de las Órdenes militares ya sabían cuál era su sino en caso de caer prisioneros en una batalla. El fanatismo de sus creencias y la arrogancia de su lucha impedían cualquier esperanza de supervivencia. Y de ahí su ejecución instantánea. Y, sin embargo, aquel tórrido mediodía, Saladino se paseó a lo largo de la fila de condenados con las manos abrochadas a la espalda y la mirada puesta en la punta de sus babuchas.

Iba acompañado de un puñado de eruditos musulmanes. Ascetas islámicos y místicos sufíes que le soplaban al oído sus ideas de muerte. Sin embargo, el sultán parecía meditar con calma sobre aquellas sangrientas consignas. Al fin, los mandó retirarse con un gesto de la mano. Se colocó entonces frente a los trescientos caballeros arrodillados y se dirigió a ellos con rictus casi beatífico.

Les habló de Alá, y de Mahoma, y de cómo habían pasado una vida extraviados en la senda del desconocimiento. Pero como habían luchado bien y él era, en el fondo, un ser benevolente, les daba, como a Châtillon, la opción de renegar del cristianismo y pasar a ser sus esclavos. No habría libertad para ellos, pero tampoco muerte, les dijo.

Dos árabes enormes aparecieron entonces en escena. Uno arrastraba un tocón de tajar. El otro portaba un hacha de dos filos. Álvarez de Sarria se giró hacia Amadís cuando las primeras cabezas cristianas empezaron a rodar por la cuesta.

—¿Tú vas a apostatar? —le preguntó.

—Lo decidiré en el último momento.

—Pues ya casi nos toca…

Cuarenta templarios se habían dejado decapitar como si fueran a la barbería un sábado antes de misa. El procedimiento era siempre el mismo, muy simple. Saladino planteaba la pregunta de rigor —«*¿Reniegas de tu fe cristiana y abrazas la musulmana?*»— y luego venía el hachazo, porque ninguno aceptaba.

Cuando le tocó el turno al conde de Sarria, este no dijo ni sí ni no. Simplemente respondió con un exabrupto, pero en gallego. Repitió la pregunta Saladino al no comprender nada, y Rodrigo volvió a ratificarse.

—¿Qué ha dicho? ¿Tú lo entiendes? —se dirigió entonces a Amadís.

—Te ha llamado «hideputa» en su lengua. Dos veces.

Se le quedaron los ojos negros al sultán, clavados en el lazarista. Lo miró de hito en hito durante un largo minuto como si fuera un aparecido. Pareció incluso haberse olvidado de Álvarez de Sarria y sus improperios.

—Eres tú…, *alshaytan al'akhdar*, el demonio verde. Con razón no te he visto entre los muertos de ahí abajo… —murmuró abstraído—. Estás viejo, desmejorado… Y llevas la cruz del color de los grajos… —añadió al cabo.

Se encogió de hombros Amadís como pudo a pesar de las ligaduras.

—Reconozco que no me pillas en mi mejor día —adujo.

—Sí, ya veo —contestó Saladino, y le asestó un golpe de cimitarra al conde gallego.

Al igual que Châtillon, el español Rodrigo Álvarez murió al instante, pero con la cabeza en su sitio. Después, Saladino les hizo una seña a sus dos ayudantes para que corrieran turno. Él mismo ayudó al cautivo a levantarse.

—¿A mí no me preguntas? —le dijo el conde de Monterroso.

—¿Sobre qué?

—Sobre la apostasía.

Negó con la cabeza el sultán.

—Sé distinguir bien a quien no tiene remedio —respondió mientras un esclavo negro le servía agua a Amadís en un vaso.

Llamó Saladino a uno de los filósofos sufíes para que se hiciera cargo de la posible reconversión de los infieles cruzados. Se llevó después al lazarista a la tienda de Guido de Lusignan para poder hablar en privado y a la sombra. Se sentaron ambos en el suelo, ya que allí no había sillas ni muebles de ningún tipo. Paladeó el vencido el agua de rosas con gusto, pero tampoco tenía mucho mérito el deleite. Aquella infausta tarde de julio, el lazarista se habría bebido los orines de un camello si se los hubieran ofrecido en un vaso sucio.

—¿Cuántas veces te pedí que pelearas para mí? —le preguntó Saladino.

—Dos.

—Y dos me rechazaste…

—Sí.

Contempló el sultán con pena al otrora temible demonio verde.

Vio ante sí a un caballero caduco, ceniciento, consumido por los quebrantos de la vida y de la guerra.

—Pues ya no me vales —concluyó.

—Sí, claro, lo entiendo. Pero aunque me lo volvieras a ofrecer, yo…

Alzó una mano Saladino para detener la perorata del prisionero.

—No temas. No voy a matarte, porque te necesito como mensajero —sostuvo, y le entregó un rollo—. Esto es lo que pido por los rescates de los barones cristianos.

Estaba el pergamino lleno de nombres, y de cantidades. Se asombró Amadís de la rapidez de cálculo de Saladino. Antes de trepar hasta el cuerno de Hattin, ya sabía quiénes habían caído prisioneros y quiénes estaban muertos. Aun así, le pareció que la lista estaba incompleta.

—Falta el rey —dijo.

Asintió el sultán mientras oteaba el exterior a través de las rendijas.

—A ese voy a pedirle ciudades más que dinero.

—¿Cuántas?

—Once.

—¿Jerusalén entre ellas?

Una sonrisa burlona se dibujó en los labios de anguila de Saladino.

—Esa no, porque pienso tomarla yo personalmente. Y muy pronto. Os doy un mes para desalojarla. Eso también tienes que decirlo cuando vuelvas.

Sacudió Amadís la cabeza.

—Sabes que no nos iremos. Ni aunque mantengas preso a Guido o amenaces con hacer rodar su cabeza.

—Pues ese es mi mensaje: un mes es el plazo para marcharos. De ti depende que todo se haga en paz o resulte una carnicería.

Alguna vez había hecho Amadís de heraldo, pero jamás había llevado una misiva tan imposible.

—Así lo haré, si te empeñas… —acabó acatando.

Seguía el sultán escrutando el exterior a través de las aberturas de las mantas con ojos extasiados. Veía crecer su imperio a la misma velocidad a la que menguaban los territorios cristianos. Seguía sonando el hacha, implacable, sobre el tocón de tajar

cristianos.

—Quería pedirte una cosa antes de retirarme —lo interrumpió Amadís.

Tardó unos segundos Saladino en volver al presente.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora?

—Me gustaría llevarme un cadáver.

—¿De los de ahí fuera?

—Sí.

Un acceso de risa sacudió al sultán de repente.

—Pues tendrás que bajar a buscar su cabeza hasta el pie del cuerno. Y tal vez no la encuentres…

—Este no está decapitado.

Se enfurruñó Saladino de inmediato.

—¡El cadáver de Châtillon me lo quedo para dárselo a mis perros! —rugió.

—Me refiero al otro.

Un aire de pensamiento se llevó los ojos del sultán al techo de la tienda.

—¿El que me ha insultado? —preguntó al fin.

—Sí, ese.

—¿Es amigo tuyo?

—Sí, casi pariente, de hecho.

Se encogió de hombros el vencedor de Hattin.

—Por mí no hay problema —dijo—. Allá tú con tus alforjas.

Utilizó Amadís las mantas de la tienda de Guido para envolver el cuerpo de Álvarez de Sarria. Después comió y se refrescó un poco en el campamento sarraceno. Y aunque Saladino le ofreció su hospitalidad para más tiempo, él se empeñó en partir a la mañana siguiente. Tenía miedo de que el cadáver de su amigo se le descompusiera por el camino.

Dejó el valle de Hattin con alivio. Iba tranquilo porque llevaba varios odres de agua y un salvoconducto firmado por el propio sultán; por si se cruzaba con tropas ayubíes. En cualquier caso, de todos aquellos garabatos, él no entendía ni un solo trazo.

Divisó la ciudad de Jerusalén apenas día y medio más tarde. Se le saltaron las lágrimas sin poder evitarlo. Notó el alma debilitada, y también el cuerpo. A decir verdad, llegaba en un estado lamentable; casi igual de malo que el cadáver que portaba

bamboleándose sobre la grupa. Su propio destrero estaba en las últimas. El animal ya nunca sería el mismo después de aquella última odisea en los arenales de Siria. Pero él tampoco. Hattin había marcado un antes y un después en el devenir del reino, incluidos los que habían permanecido en Jerusalén, aparentemente a salvo.

Un cuerno sonó en la torre de Tancredo. Los centinelas lo habían visto. Advirtió movimientos en las almenas, y después en la puerta de Damasco. Dos figuras estaban atravesando el puente levadizo a la carrera. Ambas vestían faldas. Le costó un poco identificar a Ivette y al patriarca dentro de aquellos hábitos porque, al parecer, los ojos también se le habían resentido con las luces incandescentes del desierto.

Se bajó del caballo para que Ivette pudiera tentarle los huesos más que las carnes. Para que se convenciera de que abrazaba a un ser vivo y no a un espectro. Lloraba fuentes de lágrimas la antigua tabernera de El León Dorado. Pero Amadís no sabía si era debido a la emoción o por el descalabro. Heraclio no hablaba; tan solo farfullaba incongruencias. Hacía guiños de demente. Abría y cerraba la boca como si Dios o la Virgen estuvieran manifestándosele en algún montículo cercano.

—¿Qué… qué ha ocurrido con el ejército del reino? —murmuró cuando pudo ordenar las ideas.

—Hemos perdido —confesó Amadís sin paliativos.

—Ya, pero… erais muchos. ¡¿Dónde están los otros?! —insistió el religioso.

Amadís le entregó el rollo de Saladino.

—Estos son los que quedan vivos, y ahí figura lo que vale liberarlos. Los demás están muertos.

Echó un vistazo rápido el patriarca.

—¡¿Y el rey?!

—Prisionero. Pero no está en la lista porque su vida hay que pagarla con ciudades, y Jerusalén sola no es suficiente. Además, Saladino vendrá en persona a tomarla muy pronto.

A Heraclio se le pusieron los ojos en blanco. Pero, aunque se tambaleó, consiguió ponerle palabras a su zozobra.

—¡Apenas quedan soldados dentro de Jerusalén! ¡¿Qué haremos ahora?! —aulló aterrado.

Amadís besó a su amada en la frente. La apretó contra su pecho

mientras se imaginaba en una de esas alfombras mágicas de las que hablaban los mercaderes persas. Surcaban ambos los cielos cogidos de la mano. Iban sin rumbo fijo, disfrutaban del paisaje sin preocuparse de nada. Porque como destino… les valía cualquiera mientras fueran juntos.

—Ahora tendremos que marcharnos —zanjó el lazarista tras besar otra vez a Ivette, esta vez en los labios. Después se dirigió a la cripta del Santo Sepulcro para dejar allí el cadáver del conde de Sarria metido en un ataúd de plomo.

LXXIV

Ivette no permitió que nadie se acercara a Amadís en los días siguientes. Ni siquiera le abrió la puerta a Sibila cuando esta vino a preguntar por el rey.

—Está vivo gracias a mi marido —respondió la condesa de Monterroso, y mandó después a la reina a su casa. Algo le había contado el vencido de la batalla librada en el valle de Hattin, y de su vuelta atrás para salvar a Guido.

Fue la propia Ivette quien se desplazó a la colonia para darle cuenta al prior Alberico de la derrota y de los muertos. Excepto Amadís, no se había salvado ninguno de los caballeros de San Lázaro. Ni de los sanos ni de los leprosos, le dijo. Después regresó deprisa a la *ruga Ispaniense* para encargarse de su esposo. Necesitaba el recién llegado reponerse cuanto antes de las penurias. Y por eso Ivette se aplicó en cuerpo y alma con toda su sabiduría.

Lo metió primero en un barreño de agua caliente para examinarlo al completo. Se espantó de tanta delgadez y tanta ruina. Parecía Amadís un saco de huesos apaleado y cosido a cuchilladas. Le restregó con vino las heridas menos importantes. Para las más feas usó vinagre rebajado. Se afanó en suturarle las brechas abiertas y, sobre todo, en limpiarle poco a poco las llagas de la desgracia, las del cuerpo y las de la honra. Pero se le escaparon demasiadas caricias por el camino. Y, con tanto contacto, el arbusto que parecía seco renació de sus cenizas al tercer día de tratamientos.

Recuperó Amadís el pulso y la fuerza. Se le despertó el apetito, y también la llama de la virilidad. Una sensación que creía haber dejado abandonada para siempre en los secarrales de Galilea. Se dio cuenta de que la sed, la derrota y el miedo no habían acabado con todo. Habían respetado cierto poderío antiguo. Algo palpitaba allá donde las brafoneras de las piernas le rozaban las ingles durante la batalla. Reclamó a su lado en el lecho a la antigua tabernera de El

León Dorado y los dos se propusieron reverdecer los laureles de otra época.

Se amaron como leones, gimieron juntos como antaño. Recorrieron los contornos del cuerpo del otro con los labios y con la lengua. Fue en una de aquellas inspecciones maravillosas cuando Ivette le anunció algo que ya había advertido Inés de Courtenay en Siria muchos años antes.

—Ya no te caben más cicatrices en ningún sitio —le dijo.

Sonrió Amadís ante el comentario.

—En realidad, ya no importa. Porque no pienso recibir ni una sola herida más en ninguna guerra.

Se apoyó Ivette sobre un codo para contemplar a su amado. No dijo nada, pero enarcó una ceja, y, por eso, el conde de Monterroso siguió explicándole.

—He estado pensando en nosotros. Ya sabes…, en nuestro futuro.

—Pensaba que, a nuestra edad, era el presente en lo que más deberíamos fijarnos —adujo la antigua tabernera con un deje de ironía.

—Bueno…, ambas cosas son importantes. Porque no habrá futuro si no cuidamos primero del presente —filosofó Amadís.

—Veo que las estrellas del desierto te han iluminado mientras esperabas la muerte en aquel desfiladero…

—Se puede decir que sí —admitió el lazarista.

—¿Y qué te han dicho?

Dobló la almohada el caballero de San Lázaro para tener más elevada la cabeza y contemplar mejor el panorama desde su alfombra mágica.

—Que debemos escapar de una ciudad que ya está condenada.

Ivette enarcó no una, sino ambas cejas.

—¿Ah, sí? Y… ¿adónde?

Amadís se sentó en la cama de un salto para admirar las chiribitas de felicidad que a buen seguro brotarían en los ojos de la tabernera.

—¡A España! ¡A mis tenencias! ¡A mis castillos! —prorrumpió, súbitamente orgulloso de su linaje—. ¡Para vivir allí en paz para siempre! ¡Pendientes solo el uno del otro! ¡¿Qué te parece?!

—Conmovedor. ¿Tanto tienes en ese país lejano?

Se molestó el conde de Monterroso al identificar el sarcasmo.

—¿Solo se te ocurre decir eso? ¿Tan poca ilusión te hace pasar el resto de tu vida a mi lado? —preguntó irritado.

Como si fuera una gata cimarrona, Ivette dio un brinco. Y se colocó a horcajadas sobre las piernas de su amado. Después le plantó un dedo acusador en el pecho.

—¡¿Cómo te atreves a hablar así, conde de Monterroso, de huir, de escapar de Jerusalén cuando el cuerpo de Balduino todavía está tibio dentro de su tumba?! —le recriminó furibunda—. ¡Fuiste su guardián, su sombra, durante diez años! ¡Lo criaste como a un hijo! ¡Lo hiciste a tu imagen y semejanza! ¡Te enfrentaste a todos, incluso a mí, para que aguantara más tiempo en el trono! —Un primer puñetazo de rabia estalló sobre el esternón dolorido de Amadís—. ¡Me cambiaste por él y no dije nada! ¡Yo también renuncié a conquistarte porque vi que él me quería! ¡Tú y yo aplazamos una vida juntos al poner a Balduino en el medio! ¡Pero ahora me doy cuenta de que, aunque nos separó, también nos unió más de algún modo! ¡Lo cierto es que lo quisimos mucho, cada cual a su manera! —Aferró Ivette con ambas manos la cabeza canosa del lazarista—. ¡¿Vas a dejar ahora de ser su sombra?! ¡¿Justo en el último momento?! ¿Vamos a permitir que Jerusalén caiga sin intentar su defensa? ¿Tan pronto vamos a abandonar su recuerdo? —Abrochó sus brazos la condesa alrededor de su marido. Le secó las lágrimas a besos—. ¡Claro que iré a España contigo, para vivir en tu castillo como una reina! ¡Claro que deseo acabar mis días a tu lado! ¡Pero antes… pelearemos por Jerusalén, porque se lo debemos a Balduino!

Asintió Amadís compungido al percatarse de su desvarío, pero no podía hablar, porque la emoción y las flemas le atascaban la garganta. Se estrecharon. Lloraron largamente, unidos el uno al otro. Admitió al fin su error y su culpa el caballero de San Lázaro. Se sintió avergonzado de su egoísmo y de su cobardía de última hora. Ni siquiera el amor renacido que sentía por ella justificaba la huida, dijo. Procedía dar una batalla más por el reino y por Balduino, aunque ello les costara la vida; aunque el barco que debía llevarlos a España partiera sin ellos; aunque sus tierras y sus castillos se quedaran sin heredero.

Recios golpes sonaron en la puerta mientras los condes de

Monterroso todavía sollozaban en silencio. Era el patriarca Heraclio en persona quien llamaba. En ausencia del rey, él había asumido el mando, informó a un Amadís medio desnudo. Lo instó a vestirse de manera correcta de inmediato porque el encargado de la defensa de Jerusalén acababa de llegar y el Alto Tribunal iba a reunirse en breve.

Acudió el lazarista a la torre de David con una doble incógnita en la cabeza. No acertaba a imaginar quién compondría el máximo órgano de Gobierno ahora que todos los barones estaban muertos o cautivos. También tenía curiosidad por conocer al hombre designado por Heraclio para liderar las escasas tropas del reino.

Se dio de bruces con Balián de Ibelín en la misma puerta de la sala. Ambos se miraron durante un largo segundo, como si no se reconocieran. Después se abrazaron con los ojos húmedos.

—¿Cuántos escapasteis al final? —le preguntó Amadís.

—Cincuenta y dos.

—Vaya. Muy pocos…

—Sí. Era absurdo volver atrás para…

—Lo sé. No te preocupes. ¿Y adónde fuisteis?

—A Tiro.

—Me alegro. ¿Raimundo?

—Con tres flechazos, pero se salvará.

—Sí, lo vimos todo desde lejos.

No eran conscientes los dos caballeros del silencio reinante en la sala, y de la atención que estaban mereciendo por parte de los asistentes.

—¿Y vosotros? —inquirió el mayor de los Ibelín.

—Mal, un desastre. Solo he vuelto yo, y porque Saladino me mandó como heraldo. Ya te habrán dicho cuál es su mensaje…

Asintió con gravedad sumaria Balián.

—Sí. Yo también estoy aquí con permiso del sultán.

Arqueó las cejas Amadís, estupefacto. Y por eso el caballero de más raigambre de todos los supervivientes en la debacle se vio obligado a seguir hablando. Explicó que había recibido autorización expresa de Saladino para recoger a su familia en Nablus y llevársela a otra parte.

—¡¿Nablus ha caído ya?! —preguntó aterrado el lazarista.

—Casi. Igual que Ascalón, Beirut, Sidón o Jaffa.

Se repasó Amadís la frente mientras pensaba.

—Irás a por ellos, claro…

Balián de Ibelín cruzó una mirada con Heraclio.

—Voy a quedarme aquí para pelear por Jerusalén —dijo.

—¡Saladino puede que mate a tu mujer y a tus hijos! —le advirtió el lazarista.

Heraclio respondió por el bravo caballero.

—La entrega a Dios tiene a veces estas servidumbres —murmuró con las manos entrelazadas sobre el pecho—. Tú también vas a quedarte, supongo…

—¡¿Lo dudabas acaso?! —respondió el conde de Monterroso con la cabeza alta, como si jamás hubiera tenido tentaciones de marcharse a su ínsula española.

Balián de Ibelín acompañó al patriarca al estrado mientras el Alto Tribunal tomaba asiento en sus escaños. Amadís era de los pocos veteranos. El resto lo constituían advenedizos recién ascendidos al rango de notables. Segundones que habían empezado casi de lanceros y habían comprado después tierras y títulos. Gentes que no habían tenido voz ni voto en los asuntos del reino. Hasta entonces.

Discurrió la reunión de la manera prevista. Es decir, rápida, lúgubre, pragmática; igual que un funeral celebrado con prisas. Comenzó Heraclio presentando un informe demoledor de las tropas disponibles dentro de la ciudad. En aquel instante había en Jerusalén catorce caballeros con auténticas habilidades guerreras y cien escuderos que alguna vez habían acudido a una batalla pero solo para empujar el carro de la impedimenta. Y no se esperaban refuerzos, dijo; tan solo rémoras. Así se refirió el patriarca a los refugiados que a buen seguro irían llegando a la capital del reino tras el derrumbe de muchas fortalezas cristianas. Por todo lo cual se mostró partidario de impedir la entrada a todo aquel que no pudiera rentabilizar su presencia. Es decir, a todos los que no fueran capaces de empuñar una espada al borde la muralla.

Balián de Ibelín tomo la palabra entonces, para contradecir a Heraclio. Cualquier cristiano sería bienvenido a Jerusalén, y recibiría protección, aunque tuviera cien años, asentó el señor de Nablus. La comida habría que repartirla entre todos, combatientes y civiles. Desde luego, entre los primeros, Ibelín esperaba ver a todos

los clérigos jóvenes, incluidos a los canónigos del Santo Sepulcro. Porque Dios demandaba en esos momentos un servicio diferente de todos aquellos hombres píos entregados habitualmente al rezo: matar infieles a mansalva.

Se trató también la recogida de las cosechas pendientes, aunque estuvieran verdes. Más valía eso que verlas arder cuando Saladino llegara. Estaba Alberico presente en la asamblea, y Balián de Ibelín quiso tranquilizarlo. Le aseguró que sus leprosos tendrían acogida en el Hospital de San Juan, ya que la colonia tendrían que desalojarla al quedar fuera del perímetro de la muralla. El prior alemán se mostró emocionado y agradecido a los hospitalarios. Afirmó que podían reservar un sector de las almenas para que sus enfermos se dejaran allí la poca vida que les quedara. Porque iban a luchar todos, hasta los que ya no tenían dedos en las manos.

Ibelín llamó entonces a Amadís para preguntarle por la organización de las tropas. Quería su opinión, y el caballero de San Lázaro se la dijo. El talón de Aquiles de la fortaleza no había cambiado desde los tiempos de Godofredo de Bouillón, sostuvo. Estaba al norte, en el valle del Tiropeón. Aunque el viejo condestable, Hunfredo II de Torón, había acometido la mejora de todo el sistema defensivo, el foso seguía siendo menos profundo en esa zona. Las almenas quedaban más cerca del enemigo. Los mangoneles de Saladino golpearían allí con toda su fuerza con el fin de abrir brecha cuanto antes. Poco se podía hacer para luchar contra una orografía tan adversa excepto colocar en ese sector a las huestes más aguerridas y expertas.

Heraclio les preguntó entonces por los plazos. Por el tiempo que Saladino tardaría en presentarse, y por la probable duración del asedio. Ambos soldados cruzaron una mirada grave. Respondió Amadís, pero Balián habría dicho algo parecido.

—El sultán no tardará mucho más de dos meses en venir a reclamar lo que cree suyo. Sobre lo otro, dado que nuestras vidas están en manos de Dios, pregúntale a este a ver si lo sabe.

LXXV

En las semanas siguientes a la derrota de Hattin, las ciudades cristianas cayeron, una a una, como las manzanas podridas de un árbol enfermo. Fue una hemorragia imparable la que desangró a los Estados Latinos a partir de ese instante. Resultaba aterrador encaramarse a la muralla y contemplar la línea del horizonte. Porque, se mirase en una dirección u otra, el panorama era siempre el mismo.

Caravanas interminables de fugitivos se acercaban por el norte, desde Tiberíades y otras poblaciones importantes de Galilea. Venían también a miles de las ciudades costeras recién tomadas por Saladino. Incluso del sur huían ya muchos, adelantándose a la catástrofe. Nadie se aproximaba desde el este, eso era cierto. Pero es que allí no había nada excepto territorios ya sarracenos. Y si uno prefería asomarse a los puentes levadizos o a los arcos de las puertas, el espectáculo resultaba igual de deprimente.

Familias enteras entraban en Jerusalén cargadas de hijos pequeños. Procesiones de clérigos se presentaban rezando tras haber abandonado sus ermitas en la montaña por miedo al martirio. Cientos de mercaderes llegaban encaramados a sus carromatos. Miraban atrás sin cesar, pues presentían el saqueo cercano.

Se agolpaban en la explanada del Santo Sepulcro los peregrinos extranjeros, porque la guerra los había pillado por sorpresa y no sabían qué hacer con sus huesos. Lloraban los campesinos que acababan de perder sus tierras a manos del enemigo. Deambulaban más que nunca los niños perdidos de Jerusalén. Y los buscavidas, y los tahúres, y todo aquel que quería escapar y no sabía adónde.

Heraclio examinaba con atención aquellas muchedumbres dolientes. Pero, por mucho que se desojaba, no veía soldados por ninguna parte. Así, muerta ya la esperanza de encontrar mercenarios, el patriarca colocó a un matemático en la torre de

Tancredo con el fin de que le fuese contando los refugiados según llegaban. Quería hacer un cálculo de los alimentos necesarios para resistir un asedio de cinco años. Al parecer, el mismísimo Redentor se le había aparecido mientras oraba. Y le había dicho que los muros de Jerusalén aguantarían al menos un millón de pedradas antes de sufrir el desplome. Después, él hizo sus propias cábalas y puso manos a la obra.

Cada mañana organizaba a los grupos destinados a recorrer los alrededores en busca de cualquier alimento que pudiera almacenarse en los silos. O ponerse en salazón en las bodegas. O conservarse en las heladeras. O ahumarse aprovechando el fuego de las fraguas. Porque de madera andaban escasos en la Ciudad Santa.

También el agua le preocupó, pues no había manantiales suficientes intramuros de los que abastecerse. El arroyuelo del Tiropeón era poco fiable, y en cuanto a los acueductos de Siloé y del valle de Hinóm…, esos Saladino los cortaría el primer día de asedio. De ahí que Heraclio recurriera a los estanques, cisternas y aljibes de la ciudad, los cuales llenó hasta rebosarlos. Balián de Ibelín y Amadís se dedicaron mientras tanto a otros menesteres más castrenses.

Ambos veteranos inspeccionaron palmo a palmo la muralla, por el camino de ronda y por abajo. Localizaron algunos puntos susceptibles de ser reforzados. Recorrieron el foso como si buscaran monedas de oro enterradas en el suelo. Ordenaron limpiarlo de cabo a rabo al comprobar que había perdido algo de profundidad debido a la acción del barro. Pero, sobre todo, emplearon mucho tiempo en instruir a los que iban a dejarse la vida en el adarve.

La escasez de tiempo, sin embargo, no les permitía proporcionar un adiestramiento militar completo. Por otra parte, tampoco aquella tropa compuesta por canónigos, ancianos, esposas y niños era la más ideal para desenvolverse con armas. Pero, aun así, resultaba crucial que aprendieran a derribar escalas usando ganchos. A manejar la pica, la espada o el hacha. Y a rematar a los enemigos que cayeran heridos dentro.

Ivette, como tantas otras mujeres, se sumó a unas prácticas que a veces resultaban extenuantes, y de ahí que se ejecutaran por las mañanas. Pero ni ella ni Amadís dejaron que el trabajo de la guerra les enturbiara las tardes. Dos meses eran demasiados como para

tirarlos por la borda. Así, mientras en su tiempo libre los más fervorosos llenaban las iglesias para pedir el milagro y los más realistas lloraban en soledad al anticipar la tragedia, ellos no malgastaron ni un suspiro. Se tomaron aquel tiempo como un noviazgo tardío al que no podían renunciar de ningún modo.

Solían pasear de la mano entre los viñedos cercanos a la colonia. Ascendieron varias veces al monte Sión y también al del Calvario. Pero siempre había gentes atormentadas en las ermitas de estas cumbres, rezando o lamentándose. Por eso, cuando buscaban intimidad y silencio, se aventuraban hasta la cisterna de Mamila; o incluso más lejos todavía, hasta el cruce de los tres valles, a un lugar llamado las Fuentes de Job.

El verano resultaba tórrido en Tierra Santa, y el frescor del manantial los sosegaba. Los liberaba de los lastres de la conciencia. Y cuando eso ocurría, Amadís e Ivette daban rienda suelta a conversaciones aplazadas por la timidez o por la vergüenza.

—¿En alguna ocasión Balduino te preguntó por… nosotros? En fin, ya sabes a qué me refiero —quiso saber la antigua tabernera una tarde.

Se encogió hombros el lazarista.

—Alguna vez, sí. ¿Y a ti?

El recuerdo opacó los ojos de Ivette.

—A mí… bastantes.

—Ya. ¿Y qué le decías?

—Siempre le dije que no, que no habíamos tenido nada, que nos conocíamos lo justo.

—¿Y él te creía?

La luz desfalleciente del crepúsculo disimuló el gesto triste de Ivette.

—No, pero le gustaba oírmelo decir antes de caer dormido en mis brazos.

Se removió inquieto Amadís entre la junquilla del pozo.

—Ya, pero sabía que le eras fiel… Sabía que tú y yo ya no…

—Sí, eso sí. En ese sentido, Balduino siempre estuvo tranquilo —zanjó Ivette mientras buscaba la cercanía de su esposo.

La abrazó Amadís y la besó en la frente.

—Me dijiste que yo era la sombra de Balduino.

—Sí.

—Pues creo que tú fuiste su sol. Porque sin esa luz que tú arrojaste sobre su vida no habría podido surgir ninguna sombra.

Contempló Ivette a su marido con ojos embelesados.

—La batalla de Hattin te ha cambiado —le dijo—. Lástima que la perdierais.

Quisieron repetir la excursión la tarde siguiente para despedir el verano, pero los centinelas de la puerta se lo desaconsejaron. Se veían lanzas sarracenas en los alrededores, les dijeron. Corrieron ambos a la torre de Tancredo y se asomaron a las almenas con el pálpito de la tragedia. Había ya centenares de personas amontonadas en la atalaya. Miles se congregaban también en el camino de ronda de la muralla norte para presenciar el acercamiento de las huestes enemigas.

—¿Cuántos son? —preguntó Ivette espantada.

Eran alrededor de diez mil. Una cifra modesta para Saladino. Pero es que tenía muchos frentes abiertos el sultán, y, por otra parte, mantener un número mayor de sitiadores podría resultar al final contraproducente.

—Los suficientes —murmuró Amadís mientras la estrujaba contra su pecho.

Aquella misma tarde los ingenieros enemigos colocaron fundíbulos y mangoneles en lugares estratégicos. Mientras tanto, las huestes sarracenas tomaron posesión de los alrededores y acamparon tranquilamente a dos tiros de flecha de la muralla norte. Lo peor de todo fue cuando empezaron los martillazos.

—¿Qué hacen? —quiso saber Ivette.

Amadís le apartó la cabeza para que mirara a otra parte.

—Escalas —le mintió.

—Me refiero a aquella especie de casas altas de troncos —porfió la condesa de Monterroso en su desconocimiento.

El lazarista respondió a la tercera, cuando ya no pudo evitarlo.

—Son torres de asalto —dijo.

—¡¿Van a superar nuestra muralla con eso?!

—Van a intentarlo, pero hoy no —trató de serenarla.

Un silencio de necrópolis se adueñó de Jerusalén y de sus habitantes mientras Saladino se paseaba a apenas cien pasos de la puerta de Damasco. Iba con las manos a la espalda. Observaba con ojos satisfechos una ciudad que ya contaba como suya. El estruendo

de los atabales empezó al poco rato. Con el fin de contrarrestar el efecto demoledor de aquel escándalo, Heraclio ordenó un furioso repique de campanas en todas las iglesias.

Amadís notó la mano de Ivette alrededor de su cintura.

—¿Te arrepientes? —le preguntó ella.

—¿De qué?

—De haberte quedado.

Negó Amadís despacio.

—El amor me confundió al principio. Eso es todo —dijo.

Vieron levantar las torres de asalto hasta bien entrada la noche, en medio de una muchedumbre que rezaba, lloraba y suspiraba al mismo tiempo. Porque no hay peor martirio para un sitiado que asistir a la creación del engendro que vendrá a reventar sus murallas.

Ivette arrastró a su marido cuando ya no cabían más estrellas en el cielo ni más lamentos en las gargantas de los asediados. Se retiraron los condes de Monterroso a su alcoba en la *ruga Ispaniense* aferrados por el talle; para pasar entrelazados tal vez su última noche. Para amarse mientras se pudiera.

—¿Te imaginas? —le preguntó ella mientras miraba al techo con ojos nostálgicos.

—¿El qué?

—Que saliéramos vivos de esta.

EPÍLOGO

Jerusalén todavía aguantaba a finales de septiembre. Se peleaba con furia en el adarve todas y cada una de las jornadas. Morían a cientos los clérigos, los ancianos, las esposas y hasta los niños. Retumbaban noche y día las máquinas artilleras. Zumbaban los saetazos sin descanso. Llovía el fuego griego desde las torres de asalto. Pero, aun así, la ciudad se negaba a rendirse.

Solo el derrumbe de la muralla frente al monte de los Olivos el día 29 convenció a los cristianos de la proximidad de la derrota. No tenía sentido ya seguir acumulando muertos. Al día siguiente, Balián de Ibelín y Amadís Pérez de Traba se plantaron con una bandera blanca en el campamento de Saladino.

—Otra vez tú… —murmuró el sultán entre desabrido y estupefacto al ver aparecer al lazarista. Por eso a Amadís no le quedó claro si se sorprendía de encontrarlo vivo o solo quería mostrar su aborrecimiento. Después, el vencedor se puso a discutir con el señor de Nablus las condiciones de una rendición que por momentos pareció imposible. Porque Saladino se empeñó en pedir cien mil besantes por respetar las vidas de todos. Se cerró en banda Ibelín al considerar la exigencia inadmisible. Y ahí estuvieron enrocados un buen rato los dos mandatarios, hasta que Amadís le espetó a Saladino:

—¿Qué es lo que en realidad deseas: matarnos o liberarnos? Porque si es lo primero, para eso no hace falta regatear tanto…

Se quedó pensativo el sultán, pero al fin contestó, no sin destemple.

—Si quisiera acabar con todos los cristianos, habría empezado en primer lugar por la familia de este —sostuvo mientras apuntaba a Balián de Ibelín con el dedo índice—. Me engañó, pero aun así dejé marchar a su mujer y a sus hijos a Trípoli.

Se arreglaron al final las cosas entre vencedores y vencidos.

Encontraron una cifra más acorde. Una cantidad de oro que vació las arcas de Jerusalén, pero salvó las vidas de todos los supervivientes. El día 2 de octubre el sultán de Siria y Egipto recibió de manos del señor de Nablus las llaves de la ciudadela. Jerusalén volvía a ser sarracena tras menos de un siglo de dominación cristiana. Sus defensores fueron autorizados a viajar a donde quisieran; eso sí, en pequeños grupos y siempre escoltados por tropas ayubíes.

Hubo quien se dirigió a Trípoli, todavía en poder de Raimundo III. Otros escogieron Gaza con el fin de abandonar desde allí Tierra Santa para siempre. Amadís e Ivette eligieron Acre, por la cercanía. Y porque, aunque ya capturada, Saladino todavía permitió a los cristianos el acceso a su puerto. Así, tan solo una semana después de la hecatombe, los condes de Monterroso tomaron un mercante genovés que los llevó a través del laberinto de las islas griegas hasta Sicilia. Pero tuvieron que pagar tres pasajes, porque el cuerpo de Rodrigo Álvarez de Sarria contaba como si estuviera vivo. Desde allí avanzaron a bordo de pequeñas naves de cabotaje siguiendo siempre la costa italiana y luego la francesa.

Al día siguiente de dejar Marsella, Ivette se quitó el sol de la cara para ver mejor la costa que tenía delante. Se agarró al talle de Amadís. Le sonrió lisonjera. Estaba contenta de acabar ya tan largo periplo y pisar tierra firme.

—Entonces… eso de ahí es tu España —le susurró a su esposo.

Amadís movió la cabeza dubitativo.

—Bueno, en realidad, no se sabe muy bien lo que es España —dijo.

Arrugó el ceño Ivette por si se hubieran confundido de país con tanto trasbordo. Su marido la puso al día entonces de lo aprendido del conde de Sarria.

—España es más bien la manera en que los musulmanes de al-Ándalus se refieren a la parte que no dominan. Se llamaba Hispania el país que los antiguos visigodos recibieron de los romanos. Pero lo perdieron casi todo contra los árabes. Y a medida que los hijos de un tal don Pelayo lo van reconquistando, se van peleando entre ellos. Y nacen nuevos reinos a los que van bautizando de distintas formas. Y cada español encuentra mucho regocijo en odiar al resto.

Y en llamarse de manera distinta en función del terruño que habita.

—¿Cómo?

—Pues, al parecer, hay castellanos…, leoneses…, aragoneses…, catalanes…, navarros…

—Vaya lío.

—Sí.

Se le fue la mirada a Ivette al ataúd del conde de Sarria.

—¿Y ese de ahí dentro cómo se decía? —preguntó intrigada.

—Rodrigo era de la vieja Galicia, pero se consideraba español ante todo.

—Ya. Un soñador entonces…

—Eso me temo. Ya veremos qué nos encontramos cuando desembarquemos en Barcelona.

Y Dios quiso que encontrasen una tierra en la que hablaban una lengua similar a la de los francos. Y unas gentes con una afición desmesurada a vender sus productos a precios desorbitados. Pero, aun así, Amadís e Ivette pudieron adquirir lo que deseaban: un jaco y una tartana en la que cargaron sus escasas pertenencias y el ataúd plomado del conde de Sarria. Se embarcaron después en un largo viaje desde levante hasta poniente dentro de aquel extraño país llamado, por algunos, España.

Abandonaron los pinares de la costa y su clima benigno para internarse pronto en secarrales y desiertos más propios de Siria. Cuando vieron Alfambra, casi les pareció que el destino los había devuelto a las planicies de Kerak. Ambos castillos tenían además similitudes inauditas. En su arquitectura, en su dominio del territorio, en sus intrincados accesos, en su desolada belleza. Una docena de caballeros bajaron la ladera al galope al divisar a los viajeros. Pero se quedaron a cierta distancia tras advertir la cruz verde de San Lázaro.

—Tranquilos, no estoy leproso —los tranquilizó Amadís—. Vengo de Jerusalén y os traigo a vuestro gran maestre. Quería descansar aquí, según me dijo.

Abrieron el ataúd con gran reverencia los de Monte Gaudio. Se arrodillaron y se santiguaron tras reconocer sin ningún género de dudas al bravo conde de Sarria, al auténtico fundador de su Orden, dijeron. Por casualidad o por milagro, su cuerpo se encontraba prácticamente incorrupto. Mantenía incluso ese último gesto de

orgullo insolente con el que había insultado a Saladino.

—¿Cómo murió? —preguntó uno de los freires al ver la fea herida en el cuello.

—Peleando como un valiente —les respondió Amadís sin querer entrar en detalles.

—¿Contra ese demonio al que llaman Saladino?

—Sí.

—¿Y cómo están ahora mismo las cosas en Tierra Santa?

Se dio cuenta Amadís de que habían viajado hasta Alfambra más deprisa que las noticias, más raudos que las derrotas. Sin embargo, no encontró fuerzas dentro de su cuerpo para rememorar más desastres. Y, además, el relato de Hattin y el del asedio de Jerusalén los habrían retrasado en exceso.

—Regular, como siempre —les dijo. No obstante, antes de ponerse nuevamente en camino preguntó por el viejo conde de Monterroso. Por si alguno de aquellos jóvenes caballeros pudiera darle señas sobre el paradero de las tenencias y castillos de su difunto padre. Se las imaginaba todavía muy al oeste, pues consideraba sus tierras muy próximas a las del difunto conde de Sarria. Pero los de Monte Gaudio le hicieron cambiar de rumbo al proporcionarle una noticia inquietante.

Resultó que tenía una hermana, Guiomar Rodríguez, de cuya existencia jamás había sabido nada. Estaba casada al parecer con un tal Diego Ximénez, señor de los Cameros. Además de sus fortalezas y territorios, el matrimonio administraba también todo el patrimonio del viejo conde de Monterroso, lo informaron.

Arrugó el entrecejo Amadís. Tembló Ivette en el carro.

—Entonces ya no tienes nada… —le dijo, pero no obtuvo respuesta.

Montó el lazarista en la tartana de un salto y fustigó al jaco con ademán enérgico. Trotó el animal con más ligereza al haberlo liberado del peso del ataúd. Estaban a mediados de diciembre. Hacía un frío endemoniado en Teruel. Pero iguales o peores temperaturas encontrarían en Ágreda, lugar de residencia de don Diego Ximénez y su esposa, Guiomar, afirmaron riendo los de Monte Gaudio.

Surcaron los páramos helados de Aragón y Castilla casi con el convencimiento de que habían desembarcado en territorio vikingo y

no hispano. Trató Ivette de amenizar el trayecto al ver a su esposo tan contrariado, pero el silencio los acompañó casi siempre. No estaba Amadís para charlas. No podía quitarse la zozobra de la cabeza. Cuando pisó el castillo de Ágreda a los cuatro días, no sabía si venía a abrazar a alguien de su sangre o a declarar una guerra.

Se vistieron ambos con sus mejores prendas. El caballero de San Lázaro se enfundó la cota de malla debajo de la sobreveste, y se ciñó la espada al cinto. Ivette se puso el único vestido que había rescatado de su época en la corte. A los guardianes que les salieron al paso para preguntarles por su identidad les dijeron:

—Anunciad que han llegado los condes de Monterroso.

Regresó al poco uno de los centinelas.

—Tengan la bondad de acompañarme sus excelencias —murmuró tras hincar una rodilla en tierra.

No le pareció mal comienzo al caballero franco, pero aun así entró en el castillo con precauciones. Llevaba una mano sobre el puño de la espada; en la otra portaba el testamento de su padre. Iba el rollo con todos los cuños puestos. Adornado incluso con un enorme plastón de lacre en el que podía leerse el nombre latino del viejo conde: «*Rodericus Petris*».

Había dos personas esperándolos debajo de la barbacana. La mujer era tal vez quince años más joven que su marido. Se le antojó aquel un claro ejemplo de enlace apañado entre hombres poderosos. Lo cual, a veces, tampoco iba reñido con el sentimiento. Le pareció muy bella la dama española. Gozaba de una estatura aventajada. Lucía los cabellos, muy largos y negros, recogidos en un bonito moño. Por un instante le recordó a la Inés de Courtenay de sus mejores tiempos.

Se adelantó Guiomar a su esposo, como si ella fuera en realidad la dueña de todo.

—Amadís…, ¡por fin! —exclamó con labios algo trémulos.

Se detuvo en seco el lazarista, pero no supo si lo hacía por respeto o por la impresión de escuchar su nombre en boca de una desconocida. Continuó avanzando la señora de los Cameros. Despacio, pero con paso firme. Emocionada a la vez que decidida.

—¡Eres igual que nuestro padre…! Eres calcado a él, pero con melena —musitó mientras posaba la palma de su mano en la mejilla de Amadís.

Se azoró el lazarista al notar el contacto. No pudo evitar el rubor cuando Guiomar le acarició los cabellos. Sintió un extraño nudo en la garganta porque también él tenía la impresión de que la vejez lo estaba acercando a su padre, en hechuras y en carácter.

—¿Me… me esperabas? —farfulló confundido, sin percatarse de que había levantado un poco la mano en la que portaba el rollo. El testamento que lo hacía dueño de todo el patrimonio de los Monterroso, aunque sin especificar tierras ni cantidades.

Asintió Guiomar sin poder reprimir una lágrima.

—Guarda eso —le dijo—. Me lo sé de memoria. Lo escribí yo misma al dictado de nuestro padre.

—¡¿Tú?!

Se había comportado hasta entonces el señor de los Cameros como un convidado de piedra amable. Pero al fin dijo algo.

—Ella lo redactó y te lo envió a Tierra Santa para que supieras que todo era tuyo. Sin excepciones. Nunca pensamos en quedarnos nada. Bastante tenemos ya con lo nuestro… En realidad, lo hemos guardado hasta ahora sin saber siquiera si vivías… —sostuvo con gesto manso.

Guiomar asió a su hermano por un brazo y a Ivette por el otro. Los arrastró hasta un salón con chimenea. Allí les habló de cuando era niña; de las historias que su padre le contaba antes de dormirse, porque ya no había madre que pudiera hacerlo. Doña Fronilde había fallecido años atrás y el viejo conde de Monterroso era el encargado de acercarla al sueño por las noches.

Solía tenderse a su lado con los ojos puestos en el techo. Entonces, invariablemente, surgía Amadís en todos sus relatos. Era su hermano mayor un hombre alto, apuesto y valiente. Vivía en Tierra Santa, pero un día volvería triunfante de aquella guerra eterna con el infiel, le decía con gesto emocionado. Por eso conocía ella cantidad de ciudades y de sitios de Oriente, aunque fuera solo de oídas: Trípoli…, Tiro…, Cesarea…, Tiberíades…, Jerusalén, por supuesto.

—En realidad, no vengo triunfante, sino derrotado. Lo cierto es que casi todos esos lugares de los que te hablaba nuestro padre ya están perdidos —musitó Amadís con una mueca de tristeza. Y relató brevemente la debacle de Hattin y sus consecuencias.

—Afortunadamente, las cosas van algo mejor por aquí —terció

entonces Diego Ximénez, que se mostró partidario de cambiar de tema.

Asintió Guiomar, con la mano de Amadís entre las suyas.

—¿Estás preparado entonces? —le dijo.

—¿Para qué?

—Para hacerte cargo de un imperio.

Le correspondían a Amadís las tenencias de San Jorge, de Ferraria, de Sanxurxo y de Limia; así como el señorío de Trastámara, con sus torres, atalayas y castillos. Y como el viejo conde de Monterroso se había desenvuelto bien en la corte portuguesa, suyos eran también la villa de Burral y el señorío de Oporto.

Miró Amadís a Ivette con ojos desorbitados por el espanto. Se veía incapaz de recorrer con la imaginación las lindes de sus posesiones. No acertaba a calcular su tamaño. Pero se imaginó valles enteros con sus bosques y sus ríos, llanuras inabarcables, pueblos, castros, serranías… Previó entonces guerras de vecindad con otros grandes señores. Vaticinó conflictos con sus propios vasallos a cuenta de los impuestos. Se vio a sí mismo inmerso en arduas negociaciones con monarcas hispanos con el fin de firmar pactos que asegurasen la paz en sus territorios.

—¡Pero si a nosotros nos basta con un castillo, y no muy grande! —sostuvo Ivette al ver palidecer a su marido.

Ensanchó su sonrisa el señor de Cameros.

—Creo que tu hermano y su esposa deberían emplear un año entero en conocer sus dominios. Así podrán escoger su nido de amor con más fundamento. ¿No te parece, querida? Lo que rechacen… ya seguiremos nosotros administrándolo —se apresuró a proponer el de los Cameros.

No se demoraron Amadís e Ivette tanto tiempo en las inspecciones, porque desecharon visitar las tenencias portuguesas. Entonces la propia Guiomar los acompañó en un viaje algo más corto, solo por Galicia. Les mostró la herencia hispana de *Rodericus Petri*. Y de lo que vieron se quedaron con la fortaleza de la Espenuca, en Betanzos. Aquella había sido la morada del viejo conde de Monterroso y también iba a ser la del nuevo. Además, a Ivette le encantó el sitio. Le asombraron las vistas de las cumbres. Se admiró de verlo todo tamizado de verde. Se emocionó con las

fuentes y los arroyos que brotaban del suelo como conejos. Todo aquello la ayudaría a olvidar los secarrales de Tierra Santa y sus desgracias, le dijo a Amadís el primer día que se asomaron a la torre más alta.

Estuvo de acuerdo el lazarista, que ya buscaba con la mirada el mejor emplazamiento para poner un huerto, como el que cultivara en la colonia antes de morir Santiago, antes de Balduino, antes de todo. Se acodaron sobre el reborde de la muralla a pesar de la llovizna, y soñaron despiertos. Hasta que se dieron cuenta de que todo era real: los árboles, las nubes, el río Mondeo, la fortaleza…

—¿Te imaginas? —volvió a preguntarle Ivette tras regresar de aquel vuelo en alfombra mágica.

—¿El qué?

—Que está fuera la auténtica vida eterna…

No lo fue, pero debió de durar bastante a juzgar por los testimonios. Se prodigaron mucho los condes de Monterroso en sus paseos por aquellas cumbres, y por los alrededores de su pequeño mundo, porque fueron muchos los que los vieron. Hasta que un día Dios o el Destino los fueron llamando por turnos.

Dicen que fue Ivette quien falleció primero. Y que Amadís languideció bastante tras el deceso. Tanto que se hizo asiduo de la ermita de Santa Eulalia, sita a pocos pasos de la fortaleza. No fue por el culto, sino por matar el tiempo y la tristeza. Le caía bien fray Ramiro, el cenobita encargado de su custodia. Además, contaba el santuario con un pequeño hospital para atender a los peregrinos que pasaban por allí rumbo a la tumba del apóstol. De esa manera pudo Amadís recuperar viejas aficiones del pasado.

Lo que jamás recobró fue la creencia. Pero, de tanto hablar con fray Ramiro, estuvo a punto de aferrarse a lo de la vida eterna. Se espantó al final, sin embargo. Porque se imaginó a su hijo Santiago y a Balduino discutiendo por su cariño. Y a Céline e Ivette pleiteando por causas similares. Y a Inés de Courtenay contemplándolas con el gesto huraño.

Fray Ramiro le dijo entonces que no había que preocuparse por semejantes nimiedades. Porque cuando llegara al Cielo se los encontraría a todos muy ocupados rezando.

—Ah, ya me voy más conforme entonces —murmuró Amadís como si se lo creyese. Después cerró los ojos para siempre.

No obstante, y por si acaso era cierto lo del Paraíso, el caballero de San Lázaro había ordenado construir dos sepulcros de piedra, y colocarlos muy juntos en el cementerio de la ermita. En uno ya descansaba Ivette. A él lo metieron en el otro. Quedaron, pues, ambos cuerpos contiguos aunque separados, como es natural, por las paredes de roca de las arcas.

Fue realmente una sorpresa cuando, muchos siglos después, los desenterraron. Porque ambos sarcófagos estaban horadados. Mostraban sendos agujeros en sus paredes laterales. De uno salía el brazo derecho de Amadís. Del otro, la extremidad izquierda de Ivette. Las manos de los dos condes de Monterroso aparecían amorosamente entrelazadas en el centro. Debían de haberse llamado mucho en la oscuridad de la fosa; y, a base de escarbar en la piedra, habían conseguido otra vez encontrarse.

AGUSTÍN TEJADA

Agustín Tejada nació en Castejón (Navarra, España) en 1961 y actualmente reside en Tudela. Es profesor de inglés desde hace treinta años.

En 2006 escribe su primera novela: *El profesor inocente*, resultando seleccionado semifinalista en el III Premio Internacional de Novela «Territorio de la Mancha», convocado por el Instituto Cultural Iberoamericano de Miami (EEUU). En 2009 se alza con el primer premio en el I Certamen de Novela «Ciudad de Almería» con *La mala estrella*.

Con *La sombra del rey de Jerusalén* Agustín continúa su trayectoria de escritor de novela histórica después de su incursión en el mundo romano de la Hispania del siglo I
a. C.
con *Contrebia Leucade* (2013), *Hispana. El sueño de un rebelde* (2018) y *El último celtíbero* (2019). También ha publicado *Cruzados* (2021), que cuenta la cruzada de Pedro el Ermitaño en el siglo XI, y *El indiano de Turruncún* (2015), ambientada en España en la época de la Segunda República.

ÍNDICE

Listado de personajes históricos
Mapa de Jerusalén
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII

XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX
XXXI
XXXII
XXXIII
XXXIV
XXXV
XXXVI
XXXVII
XXXVIII
XXXIX
XL
XLI
XLII
XLIII
XLIV
XLV
XLVI
XLVII
XLVIII
XLIX
L
LI

LII
LIII
LIV
LV
LVI
LVII
LVIII
LIX
LX
LXI
LXII
LXIII
LXIV
LXV
LXVI
LXVII
LXVIII
LXIX
LXX
LXXI
LXXII
LXXIII
LXXIV
LXXV
Epílogo